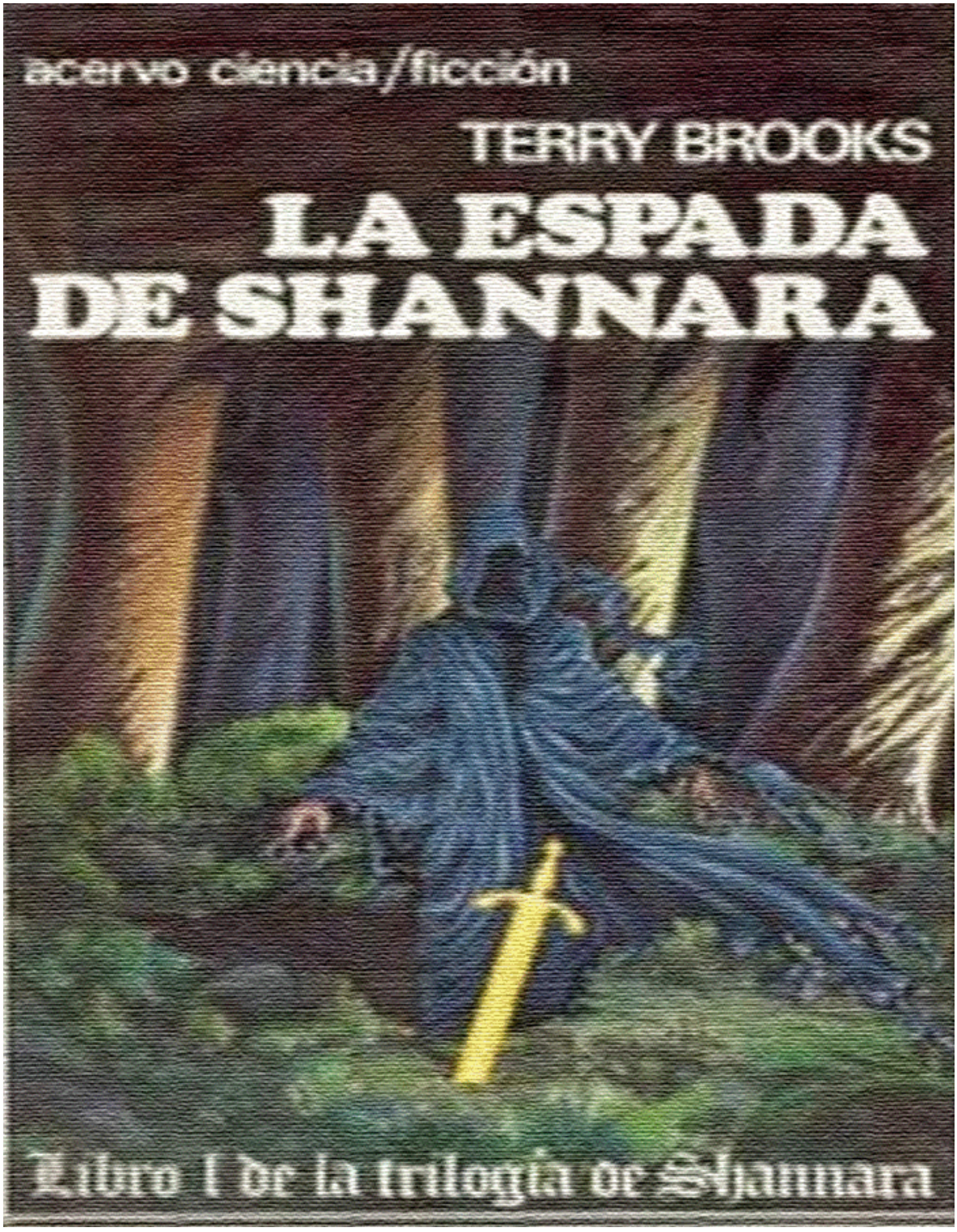
La espada de Shannara

Terry Brooks



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mis padres,
que creyeron.

I

El sol ya estaba hundiéndose en el verde oscuro de las montañas al oeste del valle; el rojo y gris rosado de sus sombras alcanzaba los rincones de la tierra, cuando Flick Ohmsford empezó su descenso. El camino se extendía desigualmente sobre la ladera norte, serpenteando entre los enormes pedruscos que tachonaban el escarpado terreno en grandes grupos, desapareciendo en los bosques espesos de las tierras bajas para reaparecer brevemente en los pequeños claros y espacios desmochados de los montes. Flick seguía con la mirada el conocido sendero mientras caminaba fatigosamente, con un fardo ligero colgando del hombro. Su rostro ancho, curtido por el viento, mostraba un aspecto tranquilo y decidido, y sólo los grandes ojos grises revelaban la fuerte inquietud que le quemaba bajo la calma exterior. A pesar de que era joven y de complexión corpulenta, el cabello castaño, levemente canoso y unas muy pobladas cejas, le hacían parecer mucho mayor. Vestía las ropas de trabajo poco ajustadas de las gentes del valle, y dentro del fardo llevaba distintos utensilios metálicos que se movían chocando unos con otros.

En el aire nocturno se notaba cierto frío, y Flick se agarró el cuello de la camisa de lana para ceñírselo. Le esperaba un viaje a través de los bosques y las ondulantes llanuras, aún no visibles desde el lugar en que se encontraba, y la oscuridad de los altos robles y los sombríos nogales llegaba hasta arriba solapándose y eclipsando el despejado cielo nocturno. El sol se había puesto, dejando sólo el azul oscuro del firmamento salpicado por miles de estrellas. Los enormes árboles ocultaban incluso a éstas, y Flick se encontraba solo en la silenciosa oscuridad mientras avanzaba lentamente por el sendero tantas veces recorrido. Debido a esto, advirtió inmediatamente la extraña tranquilidad que parecía haberse apoderado de todo el valle aquella noche. Los zumbidos y chirridos habituales de los insectos normalmente presentes en la quietud nocturna, los cantos de los pájaros que se despertaban con la puesta del sol para volar en busca de alimento; todos estaban ausentes. Flick escuchó intentando percibir el sonido de la vida, pero su fino oído no pudo detectar nada. Sacudió su cabeza de un lado a otro, con inquietud. El profundo silencio resultaba perturbador, especialmente por los rumores de que sólo unos días antes una aterradora criatura de alas negras había sido vista en el cielo al norte del valle.

Se esforzó en silbar y volver sus pensamientos hacia su trabajo en la región que estaba justo al norte del valle, donde las familias cultivaban la tierra y cuidaban animales de granja. Todas las semanas viajaba hasta allí, para aprovisionarlas de distintos artículos necesarios y llevarles alguna noticia sobre los sucesos del valle y de las ciudades distantes de la Tierra del Sur, cuando le era posible. Pocas personas conocían los alrededores tan bien como él y menos aún se molestaban en viajar más allá de la relativa seguridad de sus casas en el valle. En esos días, los hombres se inclinaban más a permanecer en sus comunidades aisladas y dejar que el resto del mundo se las arreglara como pudiese. Pero a Flick le gustaba viajar fuera del valle de vez en cuando, y en los hogares alejados necesitaban de sus servicios y estaban dispuestos a pagarle por las molestias. El padre de Flick no era una persona que dejase pasar una oportunidad de ganar dinero, y el arreglo parecía funcionar bien para todos los implicados.

Una rama que colgaba baja rozó la cabeza de Flick haciendo que se sobresaltase y diera un salto hacia un lado. Disgustado, se irguió y se volvió para mirar el frondoso obstáculo antes de continuar su camino a paso un poco más rápido. Ahora se había adentrado en los bosques de las tierras bajas, y sólo los rayos de luz de la luna eran capaces de encontrar el camino a través de las espesas ramas para iluminar tenebrosamente el

ondulante sendero. Estaba tan oscuro que a Flick le resultaba difícil orientarse; y mientras examinaba el relieve del terreno que tenía delante, se sorprendió de nuevo al hacerse consciente del silencio. Parecía como si de repente toda la vida se hubiera extinguido, dejándolo solo mientras se abría paso a través de la cripta que era el bosque. Otra vez recordó los extraños rumores. Se sentía un poco nervioso a pesar suyo y miraba preocupado a su alrededor. Pero todo estaba inmóvil en la vereda que se extendía ante él y en los árboles que le rodeaban, y se sintió un poco aliviado.

Deteniéndose un momento en un claro iluminado por la luna, observó la plenitud del cielo antes de adentrarse bajo los árboles que tenía ante él. Caminaba lentamente, con cautela, por el sendero tortuoso que se había estrechado después del claro y ahora parecía acabar en un muro de árboles y arbustos. Sabía que sólo se trataba de una ilusión, pero no obstante se descubrió escudriñando con inquietud uno y otro lado. Momentos más tarde, estaba otra vez en un camino más ancho y podía distinguir fragmentos de cielo asomando a través de la densa arboleda. Estaba casi en el centro del valle y a unos tres kilómetros de su casa. Sonrió y empezó a silbar una vieja canción tabernaria mientras aceleraba el paso. Estaba tan absorto en el camino que tenía delante y en la tierra despejada al otro lado del bosque que no advirtió la enorme sombra negra que pareció alzarse repentinamente; surgiendo de detrás de un gran roble situado a su izquierda, se dirigió con rapidez hacia el camino para interceptarlo. La negra figura estaba sobre el hombre del valle sin que éste se hubiera apercibido de su presencia. De pronto, apareció ante él como una gran piedra oscura que amenazaba con aplastarlo. Sobresaltado, dio un grito de terror y se apartó de un brinco, dejando caer el fardo sobre el camino con el consiguiente estrépito de las herramientas de metal. Con la mano izquierda sacó de golpe la larga y delgada daga enfundada en la cintura. A pesar de que se agachó para defenderse, un brazo autoritario se alzó para detenerlo y una voz fuerte, aunque tranquilizadora, le habló inmediatamente.

-Espera un momento, amigo. No soy tu enemigo, ni tengo intención de hacerte daño. Sólo deseo que me orientes, te estaría muy agradecido si me indicases el camino adecuado.

Flick relajó un poco la guardia e intentó escrutar la oscuridad de la figura que tenía delante, esforzándose por encontrar algún parecido con un ser humano. No pudo ver nada. Se desplazó hacia la izquierda con pasos cautelosos en un intento de ver las facciones de la figura bajo la luz de la luna ensombrecida por los árboles.

-Te lo aseguro, no quiero hacerte daño -continuó la voz, como si estuviese leyendo en la mente del hombre del valle-. No quería asustarte, pero no te vi hasta que estuviste muy cerca de mí, y me alarmó que pudieras pasar a mi lado sin verme.

La voz se interrumpió y la enorme figura negra quedó sumergida en el silencio, pero Flick pudo sentir los ojos que le seguían mientras se acercaba al borde del camino para dar la espalda a la luz. Lentamente, la pálida luz de la luna empezó a revelar los rasgos del extraño con líneas vagas y sombras azules. Durante un momento los dos permanecieron frente a frente, callados, estudiándose el uno al otro. Flick trataba de averiguar qué era lo que tenía ante él, el extraño parecía tranquilo.

Entonces, de repente, la enorme figura se lanzó con una terrible rapidez, inmovilizando con sus potentes manos las del joven, a quien levantó bruscamente del suelo. Mientras lo mantenía alzado, el cuchillo cayó de los dedos impotentes de Flick, mientras la profunda voz se reía burlonamente de él.

-Bueno, bueno, mi joven amigo. Me pregunto qué vas a hacer ahora. Podría, si quisiera, arrancarte el corazón ahora mismo y dejar tu cuerpo a los lobos, ¿no lo crees?

Flick forcejeaba violentamente para liberarse, mientras el terror borraba de su mente cualquier otro pensamiento que no fuese el de escapar. No tenía ni idea de a qué tipo de

criaturas pertenecía la que lo apresaba, pero era bastante más fuerte que cualquier hombre normal y, al parecer, estaba dispuesta a despacharlo sin perder tiempo. Entonces, bruscamente, su captor lo separó de sí a la distancia de un brazo y la voz burlona se volvió helada y recriminatoria.

-¡Se acabó, muchacho! Nos hemos divertido con este jueguecito y todavía no sabes nada de mí. Estoy cansado, tengo hambre y no quiero quedarme en el bosque, soportando el frío de la noche, mientras decides si soy un hombre o una bestia. Te pedí antes que me indicases el camino. Te lo aviso, no intentes evadirte de mí o será peor para ti. -La potente voz se desvaneció y el tono de recriminación con ella, pero la burla retornó en una breve carcajada-. Además -dijo con voz grave, mientras los dedos de acero aflojaban su presa y Flick se deslizaba hacia abajo-, puedo ser mejor amigo de lo que crees.

La figura dio un paso hacia atrás mientras Flick se enderezaba, frotándose las muñecas cautelosamente para restablecer la circulación de sus entumecidas manos. Deseaba salir corriendo, pero era cierto que el extraño podía apresarlo de nuevo y esta vez acabar con él sin pensarlo dos veces. Se inclinó hacia delante con cuidado y recogió la daga caída, volviendo a colocarla en su cinturón.

Ahora Flick pudo ver al sujeto con más claridad, y un rápido escrutinio le reveló que era humano sin lugar a dudas, pero mucho más alto que cualquier hombre que él hubiera visto con anterioridad. Medía al menos dos metros, pero le pareció muy delgado, aunque era difícil estar seguro. Llevaba puesta una amplia capa negra, con una holgada capucha que le cubría la cabeza. Su rostro, ensombrecido por ésta, era alargado y marcado por profundas arrugas, que le daban un aspecto tenebroso. Sus ojos estaban hundidos y casi totalmente ocultos por sus pobladas cejas, que se fruncían ferozmente sobre una larga nariz plana. Una corta barba negra perfilaba la boca ancha que únicamente era una línea en la cara, una línea que parecía no moverse nunca. Su aspecto en general era aterrador, y su oscuridad y su estatura. Flick tuvo que vencer el impulso que crecía dentro de él de salir huyendo por los límites del bosque. Miró directamente a los ojos hundidos y duros del extraño, aunque con dificultad, y logró esbozar una tenue sonrisa.

-Supongo que eres un ladrón -murmuró titubeante.

-Te equivocas -fue la tranquila réplica. Luego la voz se suavizó un poco-. Debes aprender a diferenciar a un amigo de un enemigo. A veces tu vida puede depender de ello. Bueno, sepamos cuál es tu nombre.

-Flick Ohmsford. -Flick dudó y después continuó en un tono un poco más seguro-. Mi padre es Curzad Ohmsford. Tiene una fonda en Val Sombrío, a dos o tres kilómetros de aquí. Allí podrá encontrar alojamiento y comida.

-Ah, Val Sombrío -exclamó el extraño de repente-. Sí, allí es donde voy. -Se detuvo como reflexionando sobre sus propias palabras. Flick lo miró con cautela, mientras él se frotaba su accidentado rostro con los dedos doblados como garfios y miraba más allá de los límites del bosque, hacia las ondulantes praderas del valle. Sin dejar de mirar a lo lejos habló otra vez-. Tú... tienes un hermano.

No era una pregunta; era simplemente la afirmación de un hecho. La formuló de manera distante y calmosa, como si no esperase obtener respuesta.

-¿Cómo lo...?

-Bueno -dijo el hombre-, ¿no tienen todos los jóvenes del valle un hermano en alguna parte?

Flick asintió en silencio, incapaz de comprender qué era lo que el otro trataba de decir y preguntándose vagamente cuáles eran sus conocimientos de Val Sombrío. El extraño lo miraba inquisitivamente, esperando ser guiado hacia la comida y el alojamiento

prometidos. Flick se volvió para buscar su fardo, que había soltado con el sobresalto, lo recogió y, tras colocarlo sobre su hombro, miró a la figura que se alzaba ante él.

-Se va por aquí.

Señaló con el dedo, y ambos empezaron a andar.

Salieron del espeso bosque y entraron en las suaves y ondulantes colinas que recorrerían hasta llegar a la aldea de Val Sombrío, en el extremo más alejado del valle. Fuera de los bosques, la noche era clara; la luna parecía un globo blanco sobre sus cabezas, iluminando con su resplandor el paisaje del valle y el sendero que los dos viajeros seguían. El propio camino era una línea vaga que serpenteaba sobre las colinas cubiertas de hierba y que sólo se distinguía ocasionalmente en los surcos lavados por la lluvia y en pequeños sectores en que la tierra dura y aplanada asomaba entre la espesa hierba. El viento había cobrado fuerza y embestía a los dos hombres con rápidas ráfagas que agitaban sus ropas mientras caminaban, obligándolos a inclinar ligeramente la cabeza para proteger sus ojos. Ninguno de los dos hablaba, cada cual concentrado en el paisaje que se extendía ante ellos, mientras aparecían nuevas montañas y pequeñas depresiones al dejar atrás una loma. Con excepción de las ráfagas de viento, la noche continuaba silenciosa. Flick escuchó atentamente, y en seguida le pareció escuchar un grito agudo, a lo lejos, hacia el norte; pero, un instante después, se había desvanecido y no lo volvió a oír. El extraño no parecía preocupado por el silencio. Su atención estaba centrada en un punto que cambiaba constantemente sobre la tierra a algo menos de dos metros frente a ellos. En ningún momento miró hacia arriba ni hacia su joven guía para pedirle alguna indicación. Parecía saber exactamente adónde iba el otro y caminaba con seguridad a su lado.

Después de un rato, Flick empezó a encontrar dificultades para seguir el paso del hombre alto, que recorría el camino con largas y elásticas zancadas, haciendo que las suyas pareciesen las de un enano. A veces, el hombre del valle tenía que correr para alcanzar al otro. En una o dos ocasiones, el hombre miró desde arriba a su pequeño compañero y, viendo lo difícil que le resultaba mantener su paso, redujo la marcha. Finalmente, al aproximarse a las laderas del sur del valle, las colinas empezaron a nivelarse con las praderas cubiertas de arbustos que insinuaban la aparición de nuevos bosques. El terreno comenzó a bajar en una suave pendiente, y Flick localizó varias marcas conocidas que señalaban los alrededores de Val Sombrío. Sintió una oleada de alivio. La aldea y su cálido hogar estaban cerca de él.

El extraño no habló una sola palabra durante el breve viaje. Flick tampoco intentó entablar conversación. En vez de eso, trató de estudiar al gigante con rápidas miradas sin que el otro se percatase de ello. Era lógico que estuviera aterrorizado. El largo y áspero rostro, ensombrecido por la estrecha barba negra, le hizo pensar en los temibles brujos descritos por los ancianos ante las brasas de un fuego al anochecer, cuando sólo era un niño. Lo más aterrador eran los ojos; o mejor dicho, las negras y profundas cuencas situadas bajo sus profusas cejas. Flick no pudo penetrar en las oscuras sombras que enmascaraban todo el rostro. El semblante marcado de hondas arrugas parecía cincelado en piedra, inmóvil y ligeramente inclinado sobre el camino. Mientras Flick examinaba el rostro inescrutable, se dio cuenta de repente de que el extraño no había mencionado en ningún momento su nombre.

Los dos se hallaban en el límite exterior del valle, donde ahora el camino, claramente distinguible, serpenteaba a través de los grandes y apiñados arbustos que casi impedían el paso de un hombre. El extraño se detuvo de repente y permaneció totalmente quieto, con la cabeza inclinada, escuchando con atención. Flick se paró a su lado y esperó en silencio, también escuchando, pero incapaz de oír nada. Permanecieron quietos durante unos

minutos interminables, y después el hombre se volvió apresuradamente hacia su pequeño compañero.

-¡Rápido! Escóndete en esos arbustos. ¡Vamos, corre!

Dio un empujón a Flick, que casi perdió el equilibrio, mientras él se precipitaba velozmente hacia un arbusto grande. Flick se escabulló aterrorizado, buscando el refugio de matorrales, golpeándose la espalda con el fardo dentro del cual sonaban las herramientas de metal al chocar entre sí. El extraño se volvió hacia él y le arrebató el fardo, ocultándolo bajo su larga capa.

-¡Silencio! -le dijo en un susurro-. Ahora corre sin hacer ruido.

Corrieron en dirección a la pared oscura de follaje, situada a unos quince metros, y el hombre alto empujó a Flick a través de las frondosas ramas que azotaron sus caras, llevándolo hasta un grupo de arbustos, donde se detuvieron, jadeantes. Flick echó una ojeada a su compañero y vio que no miraba al campo a través de los matorrales, sino que lo hacía hacia arriba, donde podían verse pequeños fragmentos irregulares del cielo nocturno entre el follaje. Al joven le pareció que el cielo estaba despejado cuando siguió la mirada atenta del otro, y sólo las inmutables estrellas centellearon mientras miraba y aguardaba. Pasaron unos minutos; hizo un intento de hablar, pero fue rápidamente silenciado por las fuertes manos del extraño, que le agarraron los hombros para advertirle. Flick siguió esperando, contemplando la noche y esforzándose por oír cualquier sonido que revelase un peligro aparente. Pero no oyó nada, excepto su propia respiración profunda y una tranquila ráfaga de viento que pasó a través de las ramas entrelazadas de su escondite.

Entonces, justo en el momento en que Flick se disponía a relajar sus cansados miembros sentándose, el cielo fue bruscamente eclipsado por algo enorme y negro que pasó sobre ellos. Un momento después apareció de nuevo, dando vueltas tan lentamente que parecía estar inmóvil, suspendiendo su sombra amenazadora sobre los dos viajeros escondidos como si se preparase para caer sobre ellos. Una sensación repentina de terror atravesó la mente de Flick, atrapándola como una tela de araña de acero, mientras él se esforzaba por huir de la aterradora locura que penetraba en ella. Algo parecía oprimir su pecho, privando de aire a sus pulmones. Se dio cuenta de que jadeaba en su intento de respirar. Ante él pasó fugazmente la imagen negra festoneada de rojo, manos en forma de garras y alas gigantescas, algo tan maligno que su sola existencia parecía amenazar su frágil vida. Durante un instante, el joven pensó que iba a gritar, pero la mano del extraño le apretó fuertemente el hombro, apartándolo del abismo. Tan repentinamente como había aparecido, la gigantesca sombra se alejó y todo lo que quedó fueron los retazos del tranquilo cielo nocturno.

La mano sobre el hombro de Flick relajó poco a poco su presión, y éste se desplomó pesadamente sobre el suelo, el cuerpo laxo cubierto de sudor frío. El hombre alto se sentó tranquilamente junto a su compañero y una leve sonrisa cruzó por su rostro. Apoyó su larga mano sobre la de Flick y la palmeó como si se tratase de la de un niño pequeño.

-Vamos, joven amigo -susurró-, estás sano y salvo y Val se encuentra aquí mismo.

Flick levantó la mirada hacia el rostro sereno del otro, abriendo sus ojos aterrorizados mientras movía lentamente la cabeza de un lado a otro.

-¡Esa cosa! ¿Qué era esa cosa tan horrible?

-Sólo una sombra -respondió el hombre con serenidad-. Pero éste no es el momento ni el lugar para que nos preocupemos de eso. Hablaremos más tarde. Ahora quisiera un poco de comida y un fuego que me caliente antes de que pierda la paciencia.

Ayudó al muchacho a ponerse de pie y le devolvió el fardo. Después, con un rápido movimiento del brazo cubierto por la capa, le indicó que estaba listo para seguir si él lo

estaba para conducirle. Salieron del refugio de arbustos. Flick, desconfiado, atisbaba con aprensión el cielo nocturno. Parecía como si todo hubiera sido producto de una imaginación demasiado exaltada. Reflexionó seriamente sobre lo ocurrido y decidió que, en cualquier caso, ya tenía suficiente para aquella noche. Primero este gigante sin nombre y después aquella sombra aterradora. En su interior, se prometió que lo pensaría dos veces antes de volver a viajar de noche tan lejos de la seguridad de Val.

Minutos más tarde, los árboles y arbustos se espaciaron y unas titilantes luces amarillas se hicieron visibles en la oscuridad. Al ir acercándose, las sombras vagas de los edificios empezaron a tomar formas de bultos cuadrados y rectangulares en la penumbra. El sendero se ensanchó, convirtiéndose en un camino de tierra aplanada que conducía directamente a la aldea, y Flick sonrió agradecido a las luces que brillaban recibiéndole amistosamente desde las ventanas de las silenciosas casas. No había nadie en el camino; si no hubiese sido por las luces, uno podría haberse preguntado si realmente vivía alguien en Val. En aquel momento, los pensamientos de Flick estaban muy alejados de esa pregunta. Meditaba sobre lo que debía contar a su padre y a Shea, deseando no inquietarlo, pues aquellas sombras extrañas fácilmente podrían haber sido producto de su imaginación y de las tinieblas de la noche. El forastero que iba a su lado podría aclararle algo del asunto más tarde, pero hasta el momento no había demostrado ser demasiado charlatán. Flick observó involuntariamente la figura alta que caminaba en silencio junto a él. Nuevamente se sobrecogió por la negrura del hombre. Parecía reflejarla en la capa y la capucha que le cubría, en la cabeza inclinada y en sus manos huesudas; envolver toda la figura en una penumbra brumosa. Quienquiera que fuese, Flick sentía la certeza de que debía ser un enemigo peligroso.

Pasaron lentamente entre las casas de la aldea y Flick vio las antorchas ardiendo al otro lado de los marcos de madera de las amplias ventanas. Las casas eran estructuras largas y bajas, que constaban sólo de un piso bajo un tejado ligeramente inclinado, que en muchos casos sobresalía en uno de los lados formando un alero aguantado por fuertes postes que se fijaban a un alargado porche. Los edificios estaban construidos en madera, con cimientos de piedra y, algunos, con fachadas también de piedra. Flick miró a través de los visillos de las ventanas, vislumbrando por un momento a sus habitantes; rostros familiares que le tranquilizaron en el oscuro exterior. Había sido una noche aterradora y se sintió aliviado de encontrarse en casa entre la gente que conocía.

El extraño parecía ajeno a todo. No se molestó en dedicar a la aldea más que algún vistazo casual, y no había hablado desde que entraron en Val. Flick seguía sin comprender de qué modo el otro podía seguirle. En realidad no le seguía, porque parecía saber exactamente adónde se dirigía el muchacho. Cuando el camino se dividió en dos, que se dirigían a direcciones opuestas entre filas idénticas de casas, el hombre alto no tuvo ninguna dificultad en decidir la ruta correcta, aunque ni una vez miró a Flick ni levantó la cabeza para observar el camino. Flick descubrió que se había quedado atrás, que el otro era quien guiaba.

Pronto llegaron a la fonda. Era una estructura grande compuesta de un edificio principal y un porche de entrada, con dos grandes alas a los lados. Había sido construido con grandes troncos, cortados y atados, sobre unos grandes cimientos de piedra, y cubierta con la típica techumbre de tejas de madera mucho más alta que las de las viviendas familiares. El edificio central estaba muy iluminado, y se oían voces apagadas que se mezclaban con risas y exclamaciones. Las alas de la fonda estaban a oscuras; allí se encontraban los dormitorios de los huéspedes. Un olor a carne asada impregnaba el aire de la noche, y Flick se adelantó apresuradamente por los peldaños de madera del amplio

porche hacia la ancha puerta doble situada en el centro de la posada. El hombre alto le siguió sin decir una palabra.

Flick giró el pesado picaporte de metal de la puerta y la empujó. La gran hoja de la derecha se abrió completamente, mostrándoles un gran salón lleno de bancos, sillas con altos respaldos y varias largas y pesadas mesas de madera apoyadas contra la pared de la izquierda y del fondo. La sala estaba bien iluminada por los altos candelabros de las mesas, las antorchas de las paredes y la enorme chimenea construida en el centro de la pared de la izquierda. Flick se quedó deslumbrado durante unos momentos, hasta que sus ojos se adaptaron a aquella claridad. Sus ojos recorrieron rápidamente, desde la chimenea y los muebles hasta la doble puerta cerrada al fondo de la sala, volviendo por el largo mostrador que abarcaba toda la pared a su derecha. Los hombres que se hallaban reunidos junto a la barra levantaron la vista indolentemente cuando la pareja entró, mostrando en sus caras un asombro no disimulado ante la presencia del hombre alto. Pero el silencioso compañero de Flick pareció no verlos, y ellos reanudaron de inmediato su conversación y siguieron bebiendo, girándose de vez en cuando para observar a los recién llegados. La pareja permaneció durante unos segundos más junto a la puerta, mientras Flick revisaba las caras del pequeño grupo para ver si su padre estaba presente. El extraño señaló hacia las sillas de la izquierda.

-Me sentaré mientras buscas a tu padre. Quizá podamos cenar juntos cuando vuelvas.

Sin ningún otro comentario, avanzó tranquilamente hacia una mesa pequeña del fondo de la sala y se sentó dando la espalda a los hombres de la barra, con el rostro ligeramente inclinado. El muchacho le observó durante un momento, después se dirigió rápidamente hacia la puerta doble del fondo de la habitación y, tras empujarla, siguió por el pasillo que había tras ella. Era probable que su padre estuviera en la cocina, cenando con Shea. Flick recorrió deprisa el pasillo, pasando ante varias puertas cerradas, hasta llegar a la que comunicaba con la cocina. Cuando entró, los dos cocineros que trabajaban al fondo de la estancia recibieron cordialmente al joven, dándole las buenas noches. Su padre se hallaba sentado en el extremo de un largo mostrador, a la izquierda. Como Flick había supuesto, estaba a punto de terminar su cena. Agitó una de sus fuertes manos para saludarlo.

-Llegas un poco más tarde de lo normal, hijo -gruñó afablemente-. Ven aquí y cena mientras todavía quede algo que comer.

Flick se acercó con gesto cansado, soltando su fardo de viaje en el suelo con un ligero estrépito, y se sentó en uno de los altos taburetes del mostrador. El grueso cuerpo de su padre se estiró para apartar el plato vacío, y entonces le miró con curiosidad, arrugando su ancha frente.

-Me encontré con un viajero viniendo hacia aquí -explicó Flick, titubeante-. Quiere una habitación y comida. Me preguntó si queríamos acompañarlo en la cena.

-Bueno, ha venido al lugar correcto si desea una habitación -declaró el anciano Ohmsford-. No veo por qué no le íbamos a acompañar en su comida; encargaré otro plato.

Levantó su voluminoso cuerpo del taburete y, con un ademán, pidió tres cenas a los cocineros. Flick miró a su alrededor buscando a Shea, pero no lo vio por ninguna parte. Su padre se acercó pesadamente a los cocineros para darles algunas instrucciones especiales sobre la preparación de la comida para la pequeña fiesta, y Flick se volvió hacia la jofaina que había junto al fregadero para quitarse el polvo y la mugre acumulada durante el camino. Cuando su padre se acercó a él, Flick le preguntó dónde estaba su hermano.

-Shea ha ido a hacer un recado mío y volverá en seguida -respondió el padre-. Por cierto, ¿cómo se llama el hombre que has traído.

-No lo sé. No me lo ha dicho -contestó Flick encogiéndose de hombros.

Su padre frunció el ceño y murmuró algo sobre los forasteros reservados, rematando su sordo comentario con la afirmación de que no acogería más tipos misteriosos en su posada. Después, haciendo una señal a su hijo para que le siguiese, atravesó la puerta de la cocina, rozando con sus anchos hombros la pared al torcer hacia la izquierda camino del salón. Flick le siguió, con la frente arrugada en una expresión de perplejidad.

El forastero seguía sentado tranquilamente, dando la espalda a los hombres de la barra. Al oír ruido en las puertas traseras, se volvió con lentitud para ver quién entraba. Observó el gran parecido existente entre padre e hijo. Ambos eran de mediana altura y constitución pesada, con la misma cara ancha y afable y pelo castaño claro. Ambos titubeaban en el umbral de la puerta y Flick señaló hacia la oscura figura. Pudo ver la sorpresa en los ojos de Curzad Ohmsford, que se quedó mirando durante un minuto antes de aproximarse. El forastero se levantó cortésmente, poniendo de manifiesto su estatura, cuando se acercaron.

-Bienvenido a mi posada, forastero -saludó el mayor de los Ohmsford, tratando en vano de mirar bajo la capucha de la capa que ensombrecía el oscuro rostro del otro-. Mi nombre, como probablemente mi hijo le habrá dicho, es Curzad Ohmsford.

El forastero estrechó la mano extendida con un apretón que provocó un gesto de asombro en el robusto posadero, y después señaló a Flick con la cabeza.

-Su hijo ha sido muy amable al traerme a esta agradable posada. -Le dedicó una sonrisa que Flick habría jurado que era una mueca burlona-. Espero que puedan acompañarme en la cena y tomar un vaso de cerveza.

-Desde luego -respondió el posadero, tropezando con el forastero al pasar hacia una silla vacía, donde se sentó pesadamente. Flick cogió otra y se sentó también, con sus ojos fijos en el forastero, que estaba ocupado felicitando a su padre por tener una posada tan bonita. El Ohmsford de más edad asentía complacido cuando Flick hizo un gesto a uno de los hombres de la barra para que les llevase tres vasos. El hombre alto aún no se había quitado la capucha que ocultaba su cara. Flick deseaba atisbar bajo las sombras, pero tenía miedo de que el forastero lo advirtiese, y un intento como aquel ya le había dejado las muñecas doloridas y obligado a sentir sano respeto por la fuerza y carácter del hombre. Era menos arriesgado seguir con las dudas:

Permaneció sentado en silencio mientras la conversación entre su padre y el forastero pasaba de las cortesías y los comentarios sobre el tiempo a una charla más personal sobre las gentes y los acontecimientos de Val. Flick advirtió que su padre, que no necesitaba ser animado para hablar, llevaba casi todo el peso de la conversación, mientras el otro sólo intervenía con alguna pregunta casual. Probablemente eso carecía de importancia, pero los Ohmsford no averiguaron nada sobre el forastero. Ni siquiera les dijo su nombre. Ahora estaba reuniendo hábilmente la información sobre Val que le proporcionaba el confiado posadero. La situación incomodaba a Flick, pero no sabía qué hacer. Empezó a desear que Shea apareciese para ver qué ocurría. Pero su hermano continuaba ausente, y hasta después de que la tan esperada cena fue servida y casi consumida, no se abrió la gran puerta doble que daba al vestíbulo para que Shea surgiese de la oscuridad exterior.

Por primera vez, Flick vio que el extraño encapuchado se interesaba por alguien. Sus fuertes manos agarraron la mesa cuando la figura negra se alzó silenciosamente, elevándose sobre los Ohmsford. Parecía haber olvidado que los otros estaban allí, mientras su frente arrugada se arrugaba aún más, y sus ásperos rasgos revelaban una intensa concentración. Durante un segundo aterrador, Flick creyó que el forastero iba a matar a

Shea de algún modo, pero esta idea se desvaneció para ser sustituida por otra: el hombre estaba explorando la mente de su hermano.

Miraba a Shea con fijeza; sus ojos hundidos y ensombrecidos recorrieron rápidamente el enjuto semblante del joven y su delicada figura. Advirtió de inmediato los rasgos característicos de los elfos: la insinuación de las orejas ligeramente afiladas bajo el enmarañado cabello rubio, las cejas como pintadas que se elevaban formando un ángulo agudo desde el puente de la nariz, en vez de seguir paralelas a la frente, y la finura de la nariz y la mandíbula. Vio la inteligencia y la honestidad en su cara y, contemplándolo desde el otro lado de la habitación, percibió la determinación en los penetrantes ojos azules; la determinación que se difundía como un rubor sobre los jóvenes rasgos, mientras su intensa mirada se fijaba en el forastero. Durante un momento, Shea dudó, asombrado ante la enorme y oscura aparición al otro lado de la sala. Se sintió inexplicablemente atrapado pero, dándose ánimos con repentina resolución, caminó hacia la amenazante figura.

Flick y su padre vieron como Shea se aproximaba a ellos, con los ojos fijos aún en el hombre alto. Entonces, como si de repente hubieran sabido quién era, ambos se levantaron de la mesa. Hubo un momento de tenso silencio mientras se miraban los unos a los otros. Después, los Ohmsford empezaron a saludarse con un súbito desorden de palabras que relajó la tensión inicial. Shea sonrió a Flick, pero sin poder apartar los ojos de la imponente figura que había detrás. Era un poco más bajo que su hermano, y su escasa estatura quedaba acentuada por la sombra del forastero. Curzad Ohmsford le estaba hablando sobre el recado, pero su atención se desviaba de vez en cuando mientras respondía a las insistentes preguntas de su padre. Tras esto, Shea se volvió hacia el recién llegado a Val.

-Creo que no nos hemos visto nunca; sin embargo, parece como si usted me conociese de algo, y tengo la extraña sensación de que a mí me ocurre igual.

El oscuro rostro asintió al mismo tiempo que aparecía la sonrisa burlona.

-Quizá deberías conocerme, aunque no me sorprende que no me recuerdes. Pero yo te conozco; desde luego, te conozco bien.

Shea se quedó perplejo ante esta respuesta, de pie, mirando al forastero. Éste se llevó la mano a la barbilla para acariciar su estrecha y oscura barba, deslizando lentamente su mirada sobre los tres hombres que esperaban que continuase. La boca abierta de Flick expresaba la pregunta que estaba en la cabeza de todos los Ohmsford, cuando el forastero se levantó y se quitó la capucha, descubriendo el oscuro rostro, ahora enmarcado por un largo cabello negro, que le llegaba hasta los hombros y encubría los hundidos ojos, que aún parecían solamente oscuras rendijas bajo la sombra de las espesas cejas.

-Me llamo Allanon -declaró en voz baja.

Durante un largo rato, un aturdido silencio estuvo presente, mientras los tres Ohmsford se miraban con mudo asombro. Allanon, el misterioso vagabundo de las cuatro tierras, historiador de las razas, filósofo y maestro y, según se decía, experto en las artes místicas. Allanon, el hombre que había estado en todas partes, desde los cielos más oscuros del Anar hasta las prohibidas alturas de las montañas de Charnal. Era un nombre familiar incluso para las gentes de los poblados más aislados de la Tierra del Sur. Ahora, inesperadamente, se encontraba ante los Ohmsford, quienes nunca se habían aventurado a alejarse de su valle más que unas pocas veces en sus vidas.

Allanon sonrió cálidamente por primera vez, pero en su interior sintió pena por ellos. La tranquila existencia que habían conocido durante tantos años había terminado y, en cierto modo, era responsabilidad suya.

-¿Qué le trae por aquí? -preguntó Shea al fin.

El hombre alto lo observó con mirada aguda y dejó escapar una carcajada ahogada que cogió a todos ellos por sorpresa.

-Tú, Shea -murmuró-. Vine buscándote.

II

Shea se despertó temprano a la mañana siguiente, saliendo del calor de su cama para vestirse apresuradamente en el frío y húmedo aire matutino. Descubrió que se había levantado tan pronto que nadie más en toda la posada, ni el huésped ni su familia, se había despertado aún. El gran edificio estaba en silencio cuando se deslizó con sigilo desde su pequeño dormitorio, en la parte trasera del cuerpo principal de la casa, hasta la gran sala, donde empezó a encender un fuego en el gran hogar de piedra con los dedos casi ateridos de frío. El valle estaba siempre demasiado frío en las primeras horas de la mañana, antes de que el sol tocase las cumbres de las montañas; incluso en la estación más cálida del año. Val Sombrío se hallaba bien protegido, no sólo de los ojos de los hombres, sino también de la furia climatológica que llegaba desde la Tierra del Norte. Sin embargo, aunque las fuertes tormentas del invierno y la primavera pasaban de largo, el intenso frío de las primeras horas del día se hacía sentir durante todo el año en aquel lugar rodeado de altas colinas, persistiendo hasta que el calor del sol de mediodía bajaba para expulsarlo.

El fuego crepitó y prendió en la madera mientras Shea se relajaba en una de las sillas de alto respaldo y meditaba sobre los acontecimientos de la noche anterior. Se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos para calentarse, y se acurrucó contra la dura madera. ¿Cómo podía conocerlo Allanon? Pocas veces había salido de Val, y seguramente recordaría a aquel hombre si lo hubiese visto en alguno de sus excepcionales viajes. Allanon había rehusado decir nada más tras aquella declaración. Terminó su cena en silencio, decidiendo que la continuación de la charla debería esperar a la mañana siguiente. De nuevo, se convirtió en la figura amenazante que había sido cuando Shea entró en la posada aquella noche. Terminada la cena, pidió que le enseñasen una habitación donde poder dormir, y después se retiró, excusándose. Ni Shea ni Flick lograron que pronunciara una palabra más sobre el motivo de su viaje a Val Sombrío y su interés por Shea. Los dos hermanos se quedaron hablando hasta muy tarde aquella noche. Flick relató la historia de su encuentro con Allanon y el incidente con la sombra aterradora.

Los pensamientos de Shea volvieron a la pregunta inicial: ¿cómo podía conocerle Allanon? Recorrió mentalmente los acontecimientos de su vida. Recordaba con vaguedad los primeros años. No sabía dónde había nacido aunque, después de que los Ohmsford lo adoptaran, se había enterado de que su lugar de nacimiento fue una pequeña población de la Tierra del Oeste. Su padre murió antes de que él fuera lo suficiente mayor para conservar una impresión duradera, y ahora casi no podía recordarlo. Su madre lo mantuvo junto a sí durante un tiempo, y podía rememorar pequeños fragmentos de sus años con ella, jugando con los niños de los elfos, rodeado de grandes árboles y una gran extensión solitaria intensamente verde. Tenía cinco años cuando ella enfermó de repente y decidió volver con su gente de Val Sombrío. Debía de saber que estaba muriéndose, pero su preocupación principal era su hijo. El viaje al sur fue el fin para ella, que murió poco después de llegar al valle.

Los familiares que ella dejó al casarse se habían ido; todos, excepto los Ohmsford, que no eran más que unos parientes lejanos. Curzad Ohmsford había perdido a su esposa un año antes, y criaba a su hijo Flick a la vez que se encargaba de la posada. Shea se convirtió en un miembro de la familia, y los dos niños crecieron como hermanos, llevando ambos el nombre de Ohmsford. A Shea nunca le dijeron su nombre auténtico, y tampoco se preocupó de preguntarlo. Los Ohmsford eran la única familia que significaba algo para él, y lo habían aceptado como uno de los suyos. A veces le molestaba ser un mestizo, pero

Flick había insistido tenazmente en que era una ventaja notable, ya que contaba con los instintos y el carácter de las dos razas.

A pesar de todo eso, no podía situar a Allanon en ninguna parte, no podía recordar un encuentro con él. Era como si el suceso no se hubiese producido realmente. Quizás era así. Se volvió en redondo sobre la silla y contempló el fuego, abstraído. Había algo en el siniestro vagabundo que lo aterrorizaba. Quizá fuese su imaginación, pero no podía evitar la sensación de que el hombre, de algún modo, leía sus pensamientos y podía ver su interior en el momento en que decidiese hacerlo. Parecía ridículo, pero esa impresión no le había abandonado desde el primer momento en que lo vio en la sala. A Flick le pasaba igual, se lo había dicho. Y añadió algo más, murmurándolo en la oscuridad del dormitorio a su hermano, temiendo ser oído: sentía que Allanon era peligroso.

Shea se desperezó y suspiró profundamente. Ya había luz afuera. Se levantó, añadió un poco más de leña al fuego, y oyó la voz de su padre en el pasillo gruñendo en voz alta por esto y por aquello. Suspirando con resignación, Shea dejó a un lado sus pensamientos y fue corriendo a la cocina para ayudar en los quehaceres matutinos.

Hasta casi mediodía, Shea no supo nada de Allanon, que evidentemente se había quedado en su habitación durante toda la mañana. Apareció de repente, saliendo de detrás de una esquina de la posada, mientras Shea descansaba bajo la enorme sombra de un árbol situado frente a la parte posterior de la casa, comiendo distraídamente un rápido almuerzo que se había preparado. Su padre estaba ocupado dentro y Flick había ido a algún lugar para un recado. El oscuro forastero de la noche anterior no parecía menos amenazante bajo el sol del mediodía. Seguía siendo una figura de una altura desmesurada envuelta en sombras, aunque parecía haber cambiado la capa negra por otra de color gris claro. El enjuto rostro estaba levemente inclinado hacia el camino mientras avanzaba hacia Shea. Al llegar, se sentó en la hierba junto a él, mirando abstraído a las cumbres de la colina del este, que asomaban sobre los árboles de la aldea. Los dos hombres permanecieron en silencio durante largos minutos, hasta que al fin Shea no pudo aguantar más.

-¿Por qué ha venido a Val, Allanon? ¿Por qué me buscaba?

El rostro oscuro se volvió hacia él y una débil sonrisa se esbozó en sus enjutos rasgos.

-Una pregunta, mi joven amigo, que no puede responderse tan fácilmente como tú quisieras. Quizá la mejor forma de hacerlo sea formularte otra pregunta. ¿Has leído algo sobre la historia de la Tierra del Norte? -Hizo una pausa-. ¿Conoces el Reino de la Calavera?

Shea se puso tenso al oír mencionar ese nombre, un nombre que era sinónimo de todas las cosas terribles de la vida, reales e imaginarias, un nombre usado para asustar a los niños que habían sido malos o para producir escalofríos en la espina dorsal de hombres adultos, cuando se contaban historias ante las brasas de un fuego nocturno. Era un nombre que sugería fantasmas y duendes, traviesos gnomos de los bosques del este y grandes trolls del lejano norte. Shea miró hacia el sombrío semblante que tenía ante sí y asintió lentamente con la cabeza. Nuevamente Allanon hizo una pausa antes de continuar:

-Entre otras cosas, Shea, soy historiador; quizá el historiador que más ha viajado de todos los que viven hoy en día, ya que muy pocos además de mí han entrado en la Tierra del Norte desde hace quinientos años. Sé más sobre la raza del hombre de lo que nadie sospecha. El pasado se ha convertido en un recuerdo borroso, y quizá es mejor así; porque la historia del hombre no ha sido particularmente gloriosa en los últimos dos mil años. Los hombres de hoy han olvidado el pasado; saben muy poco del presente y menos aún del futuro. La raza del hombre vive casi totalmente sola en los confines de la Tierra del Sur.

No sabe nada de toda la Tierra del Norte y muy poco de la Tierra del Este y del Oeste. Es una pena que los hombres se hayan vuelto tan cortos de miras, pero en otra época su raza fue una de las más visionarias. Ahora, sin embargo, están satisfechos de vivir apartados de los demás, aislados de los problemas del resto del mundo. Están satisfechos, claro, porque esos problemas todavía no les han afectado y porque un miedo procedente del pasado les ha conducido a no prestar demasiada atención al futuro.

Shea se sintió un poco irritado ante las acusaciones generalizadas, y su respuesta fue tajante:

-Habla como si fuese una cosa terrible quedarse solo. Conozco suficientemente bien la historia, es decir, conozco suficientemente bien la vida, para darme cuenta de que la única esperanza de supervivencia del hombre es mantenerse apartado de las otras razas, para recuperar todo lo que perdió en los últimos dos mil años. Entonces quizá sea lo bastante inteligente para no perderlo por segunda vez. Casi se destruyó por completo a sí mismo en las Grandes Guerras, debido a sus intervenciones constantes en los asuntos ajenos y a su erróneo rechazo de una política de aislamiento.

La expresión del rostro oscuro de Allanon se volvió severa.

-Conozco bien las catastróficas consecuencias acarreadas por esas guerras; los resultados que el poder y la codicia de la raza del hombre hicieron caer sobre su propia cabeza gracias a una mezcla de despreocupación y una notable falta de miras. Eso fue hace mucho tiempo. ¿Y qué ha ocurrido? ¿Tú crees de verdad que el hombre puede empezar de nuevo, Shea? Bueno, puede que te sorprenda mucho aprender que ciertas cosas nunca cambian, y que los peligros del poder están siempre presentes, incluso para una raza que casi se ha exterminado a sí misma. Las Grandes Guerras del pasado puede que hayan concluido, las guerras de razas, de política y nacionalismo; y las más recientes por la energía, por el poder en definitiva. Pero hoy nos enfrentamos a nuevos peligros, que son una amenaza mayor para la existencia de las razas de lo que fue cualquier otra en el pasado. ¡Si crees que el hombre es libre para construir una nueva vida mientras el resto de las razas va a la deriva, no sabes nada de historia!

De repente, se interrumpió. Sus rasgos sombríos mostraron una expresión de enojo. Shea le dirigió una mirada desafiante, aunque en su interior se sentía pequeño y aterrorizado.

-Dejemos esto -continuó Allanon, suavizando su rostro mientras con una de sus fuertes manos asía amistosamente el hombro de Shea-. El pasado ha quedado atrás, y es el futuro lo que debe preocuparnos. Déjame que refresque tu memoria durante un momento con la historia de la Tierra del Norte y la leyenda del Reino de la Calavera. Como sabrás, estoy seguro, las Grandes Guerras dieron fin a una edad en la que el hombre era la raza dominante. El hombre fue casi totalmente destruido e incluso la geografía que conocía fue completamente alterada, completamente reestructurada. Los países, las naciones y los gobiernos dejaron todos de existir cuando los últimos miembros de la raza humana huyeron al sur para sobrevivir. Pasaron casi mil años hasta que el hombre pudo remontarse de nuevo gracias a los animales que cazaba para comer y estableció una civilización próspera. Era primitiva, por supuesto, pero ordenada y con algo parecido a un gobierno. El hombre empezó a descubrir que había otras razas además de la suya que habitaban el mundo; criaturas que habían sobrevivido a las Grandes Guerras, desarrollándose por sí mismas. En las montañas estaban los enormes trolls, poderosos y feroces, pero bastante satisfechos con lo que tenían. En las colinas y bosques, las criaturas pequeñas y astutas que ahora llamamos gnomos. Durante los años que siguieron a las Grandes Guerras, entre éstos y los hombres tuvo lugar más de una batalla por los derechos a la tierra, y los

enfrentamientos perjudicaron a ambas razas. Pero luchaban por sobrevivir y la razón no tiene cabida en la mente de una criatura que lucha por la vida.

»El hombre también descubrió que existía otra raza, una raza de hombres que se había escondido bajo la tierra para librarse de los efectos de las Grandes Guerras. Los años que vivieron en enormes cavernas bajo la corteza terrestre, alejados de la luz del sol, alteraron su aspecto. Se hicieron bajos y rechonchos, de poderosos brazos y pecho, con anchas y fuertes piernas para escalar y gatear en los subterráneos. Su vista en la oscuridad se hizo superior a la de otras criaturas; sin embargo, a la luz del sol podían ver muy poco. Vivieron bajo la tierra durante cientos de años, hasta que al fin empezaron a surgir para habitar de nuevo la superficie. Sus ojos eran muy débiles al principio, e hicieron sus casas en los oscuros bosques de la Tierra del Este. Desarrollaron su propio lenguaje, aunque más tarde retornaron al idioma del hombre. Cuando éste descubrió por primera vez a los individuos de esta raza perdida, los llamó enanos, como a una raza imaginaria de los viejos tiempos.

Su voz se apagó y quedó en silencio durante unos minutos mirando a lo lejos, hacia las cimas de las montañas que tenían un color verde brillante bajo la luz del sol. Shea reflexionaba sobre lo expuesto por el historiador. Nunca había visto un troll, y sólo uno o dos gnomos y enanos, y no los recordaba demasiado bien.

-¿Y los elfos? -preguntó finalmente.

Allanon se volvió para mirarlo con aire pensativo e inclinó un poco más su cabeza.

-Ah, sí, no los había olvidado. Una raza de criaturas notables, los elfos. Quizá el pueblo más valioso de todos, aunque nunca nadie ha sido realmente consciente de ello. Pero el relato sobre los elfos debe esperar a otro momento. Bastará decir que siempre estuvieron allí, en los grandes bosques de la Tierra del Oeste, aunque las otras razas raramente se toparon con ellos en esta etapa de la historia.

»Veamos ahora cuánto sabes de la historia de la Tierra del Norte, jovencito. Hoy en día es una tierra habitada casi únicamente por los trolls, una región estéril y peligrosa donde pocas gentes de otras razas se atreven a viajar, y menos establecerse allí. Los trolls, sin embargo, se han adaptado a vivir en esa región. Hoy el hombre vive en el calor y el bienestar del clima templado y las praderas de la Tierra del Sur. Ha olvidado que en otra época la Tierra del Norte también estuvo habitada por criaturas de todas las razas, no sólo por los trolls en las zonas montañosas, sino por hombres, enanos y gnomos en las tierras bajas y en los bosques. Eso fue en los tiempos en que todas las razas empezaron a reconstruir una nueva civilización con ideas nuevas, leyes nuevas y muchas nuevas culturas. Se presentaba un futuro muy prometedor, pero los hombres de hoy han olvidado que existieron esos tiempos, han olvidado que son algo más que una raza exhausta que intenta vivir lejos de aquellos que les derrotaron y mutilaron su orgullo. Entonces no había división de países. Era una tierra renacida, donde a cada raza se le había concedido una segunda oportunidad para construir un mundo. Desde luego, no se dieron cuenta de la importancia de esa oportunidad. Estaban demasiado ocupados en conservar lo que consideraban suyo y en construir sus propios mundos privados. Cada raza estaba convencida de que su destino era obtener el poder dominante para los años venideros, agolpándose como un montón de ratas hambrientas alrededor de un pedazo miserable de queso rancio. Y el hombre, oh sí, con toda su gloria, mordía y se arrastraba como los otros. ¿Sabías eso, Shea? -El hombre del valle movió lentamente la cabeza, negando, incapaz de creer que pudiera ser cierto lo que oía. Le habían contado que los hombres fueron perseguidos desde las Grandes Guerras, que habían luchado por conservar viva la dignidad y el honor, por proteger la escasa tierra que era suya frente al absoluto salvajismo de las otras razas. El hombre nunca había sido el opresor en esas batallas, había sido el oprimido.

Allanon sonrió sombríamente, sus labios se torcieron revelando una satisfacción burlona ante el efecto de sus palabras-. No sabías que fue así, por lo que veo. No importa, ésta es la menor de las sorpresas que te reservo. Los hombres no han sido nunca los grandes seres que se imaginaban que eran. En aquellos tiempos, lucharon como los demás; aunque admito que tal vez ellos tuvieran un sentido superior del honor y un propósito más claro de reconstrucción que los otros, y que eran un poco más civilizados. -Pronunció aquella palabra con una intencionalidad clara, acompañándola de un sarcasmo indiscutible-. Pero este comentario tiene poco que ver con el tema principal de nuestra conversación, que espero que comprendas de inmediato.

»Fue más o menos en la misma época, mientras las razas se descubrían unas a otras y luchaban por el dominio, cuando el Consejo Druida abrió la morada de Paranor en la parte baja de la Tierra del Norte. La historia sobre los orígenes y propósitos de los druidas es bastante vaga, aunque se cree que era un grupo de hombres enormemente sabios de todas las razas, conocedores de muchas de las artes perdidas del antiguo mundo. Eran filósofos y visionarios, estudiosos de las artes y las ciencias a la vez; pero más que nada, eran los maestros de las razas. Eran los legatarios del poder, el poder de un nuevo conocimiento de las formas de vida. Estaban dirigidos por un hombre llamado Galaphile, un historiador y filósofo como yo, que convocó a los hombres más grandes de la tierra para formar un consejo que estableciese la paz y el orden. Gracias a su saber, dominaron a las otras razas. Su capacidad para transmitir el conocimiento les hizo ganarse la confianza de las gentes.

»Los druidas fueron una fuerza muy poderosa durante esos años y el plan de Galaphile parecía funcionar tal como estaba previsto. Pero el tiempo pasó, y se hizo evidente que algunos de los miembros del Consejo tenían poderes que sobrepasaban a los de otros, poderes que habían permanecido dormidos y cobrado fuerza en unas cuantas mentes de extraordinario talento. Sería difícil describirte esos poderes sin hablar durante bastante tiempo, más tiempo del que disponemos. Lo que es importante para nuestros propósitos es reconocer que algunos miembros del Consejo, que poseían unas inteligencias superiores, llegaron a convencerse de que estaban destinados a decidir el futuro de las razas. Al final, se desligaron del Consejo para formar un grupo independiente. Durante un tiempo desaparecieron y fueron olvidados.

»Unos ciento cincuenta años después, se produjo una terrible guerra civil en la raza del hombre, que al final desembocó en la Primera Guerra de las Razas, como la denominan los historiadores. La causa que la provocó fue incierta incluso entonces, y ahora se ha olvidado casi por completo. En pocas palabras, un pequeño sector de la raza del hombre se rebeló contra las enseñanzas del Consejo y formó un pequeño ejército muy poderoso y bien adiestrado. El propósito proclamado por los insurrectos fue la dominación del resto de los hombres bajo una ley única para el perfeccionamiento de la raza y para fomentar su orgullo como tal. Al final, casi todas las facciones de la raza apoyaron la nueva causa y comenzó la guerra contra las otras razas, obviamente para lograr su nuevo objetivo. La figura clave que se hallaba detrás de la guerra era un hombre llamado Brona, un término gnomo arcaico que significa "Amo". Se decía que era el líder de los druidas del primer Consejo, que se había independizado y desaparecido en las Tierras del Norte. Ninguna fuente digna de confianza declaró haberle visto o hablado con él, y por último se concluyó que Brona era únicamente un nombre, un personaje ficticio. La revuelta, si no te importa que la denomine así, fue aplastada finalmente por una potencia combinada de druidas y aliados de otras razas. ¿Sabías algo de esto, Shea?

El muchacho negó con la cabeza y una sonrisa, levemente insinuada.

-He oído hablar del Consejo Druida, de sus propósitos y de su trabajo. Toda la historia antigua posterior al Consejo se esfumó hace tiempo. He oído hablar de la Primera

Guerra de las Razas, aunque no de la misma forma que usted la ha descrito. Usted diría que mi versión es parcial. La guerra fue una lección amarga para el hombre. -Allanon esperó pacientemente y no habló mientras Shea trataba de recordar sus conocimientos del pasado antes de continuar-. Sé que los supervivientes de nuestra raza huyeron al sur después que la guerra terminó y que han permanecido allí desde entonces, reconstruyendo sus casas y ciudades perdidas, intentando crear vida en vez de destruirla. Parece que usted lo considera como un aislamiento nacido del miedo, pero yo creo que fue y todavía es la mejor forma de vivir. Los gobiernos centrales han sido siempre el mayor peligro para la humanidad. Ahora no hay ninguno, la nueva norma de vida son pequeñas comunidades. Algunas cosas es mejor dejarlas para cada uno.

El hombre alto soltó una carcajada grave y burlona, que hizo que Shea se sintiera estúpido de repente.

-Sabes tan poco... Aunque lo que dices es bastante cierto. Los esquemas, mi joven amigo, son los hijos más inútiles del paso del tiempo. Bueno, ahora no tengo intención de discutir contigo sobre los detalles de la reforma social, dejemos a un lado el activismo político. Eso tendrá que esperar a otro momento. Dime qué sabes de la criatura llamada Brona. Quizá... No, espera un momento. Alguien viene.

Las palabras apenas acababan de salir de su boca cuando la figura rechoncha de Flick apareció tras doblar la esquina de la posada. Se detuvo bruscamente al ver a Allanon, y dudó hasta que Shea le saludó con la mano. Se acercó lentamente y se quedó de pie, con la mirada sobre el oscuro rostro, mientras el hombre alto le sonreía levemente, con aquel gesto enigmático en las comisuras de su boca.

-Estaba preguntándome dónde habrías ido -comenzó Flick, dirigiéndose a su hermano- y no quería interrumpir...

-No interrumpes nada -respondió Shea con rapidez.

Pero Allanon mostró su disconformidad.

-La conversación sólo era para tus oídos -declaró sin ambages-. Si tu hermano decide quedarse habrá elegido su destino para los días venideros. Yo le ruego encarecidamente que no se quede a oír el resto de nuestra charla, y que olvide que ha hablado conmigo. Sin embargo, es decisión suya.

Los hermanos se miraron, incapaces de creer que el hombre alto estuviese hablando en serio. Pero su rostro sombrío evidenciaba que no estaba bromeando; y durante un momento ambos dudaron, sin atreverse a decir nada. Finalmente, Flick dijo:

-No tengo ni idea de lo que estaban hablando, pero Shea y yo somos hermanos y lo que le ocurre a uno debe ocurrirle a ambos. Si él está en dificultades, debo compartirlas. Ésa es mi decisión. Estoy seguro.

Shea lo miró asombrado. Nunca había oído a Flick manifestar una decisión con tanta firmeza en toda su vida. Se sintió orgulloso de él y le sonrió agradecido. Flick le guiñó un ojo y se sentó, sin mirar a Allanon. El alto viajero se acarició su pequeña y oscura barba con su mano delgada y sonrió de forma bastante inesperada.

-Ciertamente, la decisión es tuya, y has demostrado ser un hermano con tus palabras. Pero son los hechos los que establecen las diferencias. Puede que te arrepientas de tu decisión en los próximos días... -Su voz se desvaneció y quedó absorto mientras estudiaba la cabeza inclinada de Flick durante un largo rato antes de dirigirse a Shea-. Bueno, no puedo empezar mi historia otra vez para tu hermano. Tendrá que seguirnos como pueda. Ahora dime lo que sabes de Brona.

Shea meditó en silencio durante unos minutos y después encogió los hombros.

-En realidad no sé mucho de él. Era un mito, como usted dijo, el líder fantástico de la sublevación de la Primera Guerra de las Razas. Se suponía que había sido un druida que abandonó el Consejo y usó su propio poder maléfico para dominar las mentes de sus seguidores. Históricamente, nunca lo vio nadie, nunca fue capturado o muerto al final de la batalla. Nunca existió.

-Históricamente exacto, estoy seguro -murmuró Allanon-. ¿Qué sabes de su relación con la Segunda Guerra de las Razas?

Shea sonrió ante la pregunta.

-Bueno, la leyenda dice que también fue la fuerza impulsora de esa guerra, pero eso parece ser otro mito. Se supone que fue la misma criatura que había organizado los ejércitos del hombre en la primera guerra, salvo que en ésta se le llamaba el Señor de los Brujos, el equivalente maligno del druida Bremen. Creo que se supone que Bremen lo mató en la segunda guerra. Pero todo eso son sólo fantasías.

Flick asintió prontamente mostrando su acuerdo, pero Allanon no dijo nada. Shea esperó algún tipo de confirmación, obviamente perplejo por todo aquello.

-¿Adónde queremos ir a parar con esta charla? -Preguntó después de un rato.

Allanon le lanzó una mirada punzante, levantando una ceja con expresión de asombro.

-Tu paciencia es notablemente limitada, Shea. Después de todo, hemos tratado en sólo unos minutos la historia de mil años. Sin embargo, si crees que puedes aguantar un rato más, creo que tu pregunta obtendrá una respuesta. -Shea hizo un gesto de asentimiento, sintiéndose molesto por la reprimenda. No fueron las palabras las que lo hirieron sino la forma en que Allanon las pronunció, con su sonrisa burlona y su evidente sarcasmo. Sin embargo, recuperó su compostura rápidamente, e indicó con un gesto al historiador que podía proseguir al paso que desease-. Muy bien -aceptó el otro-. Intentaré acabar lo antes posible. Lo relatado hasta ahora servirá de ambientación histórica para lo que sigue: los antecedentes que te harán comprender la razón por la que vine a buscarte. Quiero refrescarte la memoria sobre los acontecimientos de la Segunda Guerra de las Razas, la guerra más reciente en la nueva historia del hombre, ocurrida hace menos de quinientos años en las Tierras del Norte. El hombre no intervino en esa guerra; fue la raza vencida de la primera, que habitó en el corazón profundo de la Tierra del Sur intentando sobrevivir con dificultades a la amenaza de la extinción total. Ésa fue la guerra de las grandes razas: los elfos y los enanos lucharon contra el poder de los salvajes trolls y de los astutos gnomos.

»Después de la finalización de la Primera Guerra de las Razas, el mundo conocido se dividió en las cuatro regiones que hoy existen, y las razas pasaron en paz un largo período de tiempo. Entonces, el poder y la influencia del Consejo Druida disminuyó enormemente debido a que su ayuda ya no parecía necesaria. Hay que reconocer que los druidas se habían relajado en su atención respecto a las razas; y durante cierto número de años, los nuevos miembros perdieron la conciencia de los propósitos del Consejo y volvieron la espalda a los problemas de las gentes para ocuparse de asuntos más personales, concentrándose en el estudio y la meditación.

»Los elfos eran la raza más poderosa, pero se confinaron en sus lejanas tierras del oeste para permanecer en un relativo aislamiento, un error que tuvieron mucho que lamentar. Las otras gentes se diseminaron y formaron pequeñas sociedades menos unificadas, principalmente en la Tierra del Este, aunque algunos grupos se instalaron en las zonas fronterizas de la Tierra del Oeste y la Tierra del Norte.

»La Segunda Guerra de las Razas comenzó cuando un enorme ejército de trolls salió de las montañas de Charnal e invadió toda la Tierra del Norte, incluida la Fortaleza de los Druidas, en Paranor. Los druidas fueron traicionados desde dentro por algunos de los suyos, que habían sido sobornados con promesas y ofertas realizadas en nombre del jefe enemigo, cuya identidad se desconocía en esos momentos. Los druidas restantes, excepto unos cuantos que escaparon o que estaban ausentes, fueron capturados y arrojados a las mazmorras de la Fortaleza y nunca más se les volvió a ver. Aquellos que escaparon de la suerte de sus hermanos, se diseminaron por las cuatro tierras en busca de un escondite. El ejército de trolls atacó inmediatamente a los enanos de la Tierra del Oeste con la intención obvia de aplastar toda resistencia lo antes posible. Pero los enanos se reunieron en el interior de los enormes bosques del Anar, que solamente ellos conocían lo bastante bien como para sobrevivir allí durante largo tiempo, y se mantuvieron firmes ante los acosos del ejército de trolls, a pesar de la ayuda prestada por varias tribus de gnomos que se unieron a la fuerza invasora. El rey de los enanos, Raybur, figura en la historia de su propia gente como el descubridor de que el druida rebelde Brona era el auténtico enemigo.

-¿Cómo pudo creer eso el rey de los enanos? -preguntó Shea de repente-. ¡Si eso era cierto, el Señor de los Brujos debería tener unos quinientos años! En cualquier caso, yo creo que algún místico ambicioso debió de sugerir la idea al rey con la intención de revivir un mito antiguo y obsoleto, quizá para mejorar su propia posición en la corte, o algo semejante.

-Es una posibilidad -reconoció Allanon-. Pero déjame continuar la historia. Tras unos meses de luchas, parece evidente que los trolls fueron inducidos a creer que los enanos estaban vencidos. En consecuencia, retiraron sus legiones guerreras al oeste y se dispusieron a atacar el poderoso reino de los elfos. Pero, durante los meses en que los trolls habían luchado contra los enanos, los pocos druidas que lograron escapar de Paranor fueron reunidos por el famoso místico Bremen, uno de los más ancianos y respetados miembros del Consejo. Éste los condujo al reino de los elfos en las Tierras del Oeste, para alertar a sus habitantes contra esta nueva amenaza e inducirlos a prepararse para la casi segura invasión de los norteños. En aquel tiempo, el rey elfo era Jerle Shannara, el más grande de todos los reyes elfos quizá, con la excepción de Eventine. Bremen avisó al rey del probable asalto a sus tierras, y el soberano organizó rápidamente a sus ejércitos antes de que las hordas de trolls que avanzaban llegasen a sus fronteras. Estoy seguro de que conoces la historia lo bastante bien como para recordar lo que ocurrió cuando se libró la batalla, Shea, pero quiero que pongas atención en los detalles de lo que te contaré a continuación. -Tanto Shea como el interesado Flick asintieron-. El druida Bremen dio a Jerle Shannara una espada especial para luchar contra los trolls. Aquel que empuñase la espada sería invencible, incluso frente al imponente poder del Señor de los Brujos. Cuando las legiones de trolls entraron en el valle de Rhenn, en las tierras fronterizas del reino de los elfos, fueron atacadas y atrapadas por los ejércitos elfos y derrotadas en una batalla campal que duró dos días. Los elfos fueron conducidos por los druidas y por Jerle Shannara, quien llevaba la gran espada regalada por Bremen. Lucharon juntos contra los ejércitos de trolls, a quienes se decía que se había agregado la fuerza de los seres del mundo espectral que dominaba el Señor de los Brujos. Pero el coraje del rey de los elfos y el poder de la Espada fabulosa superaron a las criaturas espectrales y las destruyeron. Cuando el resto del ejército troll intentó huir a la seguridad de las Tierras del Norte, atravesando las llanuras de Streleheim, fueron atrapados por el ejército de elfos y un ejército de enanos que llegó desde las Tierras del Este. Se libró una terrible batalla en la que los trolls fueron casi aniquilados. Durante la batalla, Bremen desapareció mientras combatía junto al rey de los elfos, enfrentándose al propio Señor de los Brujos. Se cuenta

que tanto el druida como el brujo se perdieron en la lucha y nadie los volvió a ver. Tampoco se encontraron sus cuerpos.

»Jerle Shannara llevó la famosa Espada hasta su muerte acaecida varios años más tarde. Su hijo entregó la Espada al Consejo Druida de Paranor, donde la hoja se insertó en un enorme bloque de tre-piedra y se guardó en una cripta de la Fortaleza de los Druidas. Supongo que conoces bien la leyenda de la Espada y lo que representa, lo que significa para todas las razas. La gran Espada descansa hoy en Paranor, como lo ha hecho durante quinientos años. ¿He sido claro en mi narración, muchachos?

Flick asintió atónito, con la boca abierta, todavía atrapado por el interés de la historia. Pero Shea decidió de repente que ya había oído bastante. Nada de lo que les había relatado Allanon de la historia de las razas era real; tenía que creer en lo que le había enseñado su propia gente desde que era pequeño. El hombre alto sólo les había contado un cuento para niños que había pasado a través de los años de padres a hijos. Había escuchado pacientemente todo lo que Allanon intentó hacer pasar como la verdad sobre las razas, siguiéndolo con el respeto que merecía su reputación. Pero toda esa historia de la Espada era ridícula, y Shea estaba harto de hacerse pasar por tonto.

-¿Qué tiene todo esto que ver con su venida a Val Sombrío? -preguntó, con una tenue sonrisa que delataba su escepticismo-. Hemos oído todo eso de una batalla que ocurrió hace quinientos años, una batalla en la que no intervino el hombre, sino trolls y elfos y enanos y vaya a saber qué más. ¿Dijo que había espectros o algo así? Lo siento si parezco incrédulo, pero todo ese cuento es difícil de tragar. La historia de la Espada de Jerle Shannara es bien conocida por todas las razas, pero sólo es una fantasía, no una realidad; una historia en la que se exalta el heroísmo, creada para estimular el sentido de la lealtad y del poder en las razas que desempeñan un papel en su historia. Pero la leyenda de Shannara es una fantasía infantil, que los adultos deben superar si aceptan sus responsabilidades como tales. ¿Por qué pierde el tiempo relatando ese cuento de hadas cuando lo único que pido es una simple respuesta a una simple pregunta? ¿Por qué... me buscaba?

Shea se interrumpió un instante al ver los oscuros rasgos de Allanon endurecerse y ennegrecerse por la ira, juntando las dos grandes cejas sobre unos repentinos destellos de luz en las profundas sombras que escondían sus ojos. El hombre alto parecía luchar por contener una terrible furia interior y, durante un momento, a Shea le pareció que estaba a punto de estrangularlo con las enormes manos que cruzó ante su cara, dirigiéndole una mirada feroz. Flick se echó hacia atrás rápidamente y. al hacerlo, tropezó con su propio pie, sintiéndose invadido por el miedo.

-Estúpido... estúpido -dijo con voz áspera el gigante, controlando apenas su furia-. Sabéis tan poco... ¡niños! ¿Qué sabe la raza del hombre de la verdad? ¿Dónde ha estado el hombre sino escondido, arrastrándose aterrorizado bajo sus miserables refugios en las regiones más profundas de la Tierra del Sur, como conejos asustados? ¡Te atreves a decirme que mi relato es un cuento de hadas, tú, que no has conocido las rivalidades, excepto aquí, en tu precioso Val! Vine a buscar a un descendiente de reyes, pero he encontrado un niño que se esconde en la falsedad. ¡No eres más que un crío!

Flick deseó fervientemente hundirse en la tierra situada bajo sus pies, o quizá sólo desaparecer, cuando, con absoluta perplejidad, vio a Shea colocarse de un salto delante del hombre alto, con sus afiladas facciones encendidas por la ira y los puños cerrados en actitud amenazante. El muchacho estaba tan dominado por la furia que no podía hablar. Permanecía de pie ante su acusador, temblando por la rabia y la humillación. Pero Allanon no se impresionó y su voz profunda se oyó de nuevo.

-Aguarda, Shea. ¡No hagas más estupideces! Escucha atentamente lo que voy a decirte. Todo lo que te expliqué ha sido transmitido como una leyenda a través de los años

y así se le contó a la raza del hombre. Pero se ha terminado el tiempo de los cuentos de hadas. Lo que he relatado no es una leyenda, es la verdad. La Espada es real; ahora se encuentra en Paranor. Pero lo más importante de todo es que el Señor de los Brujos es real. ¡Vive y su imperio es el Reino de la Calavera!

Shea se sobresaltó, dándose cuenta de repente de que el hombre no estaba mintiendo deliberadamente después de todo; que él no creía que aquello fuese un cuento de hadas. Se tranquilizó y se sentó lentamente, con la mirada aún clavada en el oscuro rostro. De golpe recordó las palabras del historiador.

-Usted dijo rey... ¿Está buscando a un rey...?

-¿Cuál es la leyenda de la Espada de Shannara, Shea? ¿Qué dice la inscripción grabada en el bloque de tre-piedra?

Shea, con la boca abierta, era incapaz de pensar ninguna leyenda.

-No lo sé... No puedo recordar lo que dice. Algo acerca de la próxima vez...

-¡Un hijo! -intervino Flick de repente desde el otro lado-. Cuando el Señor de los Brujos aparezca de nuevo en la Tierra del Norte, un hijo de la Casa de Shannara aparecerá para alzar la espada contra él. ¡Ésa era la leyenda!

Shea dirigió una mirada a su hermano, recordando lo que se suponía que decía la inscripción. De nuevo miró a Allanon, quien le observaba atentamente.

-¿Qué relación tiene eso conmigo? -preguntó-. Yo no soy un hijo de la Casa de Shannara; ni siquiera soy elfo. Soy un mestizo, no un elfo, no soy un rey. Eventine es el heredero de la Casa de Shannara. ¿Está diciéndome que soy un hijo perdido, un heredero desaparecido? ¡No lo creo!

Miró a Flick buscando su apoyo, pero su hermano parecía totalmente perdido, mirando con fijeza y perplejidad el rostro de Allanon. El hombre oscuro habló tranquilamente.

-Tú llevas la sangre de los elfos, Shea, y no eres hijo auténtico de Curzad Ohmsford. Eso ya debes saberlo. Y Eventine no desciende directamente de Shannara.

-Siempre he sabido que era un hijo adoptado -admitió Shea-, pero no puedo descender de... Flick ¿por qué no se lo dices?

Pero su hermano sólo le dirigió una mirada atónita, incapaz de articular una respuesta a la pregunta. Shea se quedó en silencio, moviendo la cabeza con incredulidad.

-Eres un hijo de la Casa de Shannara -insistió Allanon-, sólo medio hijo, sin embargo, y bastante alejado de la línea directa de descendientes que puede trazarse en los últimos quinientos años. Te conocí cuando eras pequeño, Shea, antes de que te trajeran a casa de los Ohmsford como hijo adoptivo. Tu padre era elfo, un ser magnífico. Tu madre pertenecía a la raza de los hombres. Ambos murieron cuando tú eras todavía muy joven, y fuiste entregado a Curzad Ohmsford para que te criara como a su propio hijo. Pero eres descendiente de Jerle Shannara, si bien lejano y sin sangre pura de elfo.

Shea asintió con una expresión abstraída a la explicación del hombre alto, confundido y todavía receloso. Flick miraba a su hermano como si nunca lo hubiera visto antes.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó ansiosamente a Allanon.

-Lo que te he dicho también lo conoce el Señor de la Oscuridad, aunque todavía no sabe dónde vives ni quién eres. Pero sus emisarios te encontrarán tarde o temprano; y cuando lo hagan, te destruirán.

Shea sacudió la cabeza de repente y miró a su hermano, aterrorizado, recordando el relato de la gran sombra vista cerca del extremo del valle. Su hermano también sintió un repentino escalofrío, recordando aquella tremenda sensación de terror.

-¿Pero por qué? -preguntó Shea con ansiedad-. ¿Qué he hecho para merecer algo así?

-Debes entender muchas cosas, Shea, para poder comprender la respuesta a esa pregunta -replicó Allanon-, y ahora no tengo tiempo para explicártelas todas. Debes creerme cuando te digo que desciendes de Jerle Shannara, que tienes sangre élfica y que los Ohmsford son una familia adoptante. No fuiste el único hijo de la Casa de Shannara, pero eres el único que vive aún. Los otros eran elfos, y fueron encontrados fácilmente y asesinados. Lo que impidió durante tanto tiempo que el Señor de la Oscuridad te encontrara fue que ignoraba la existencia de un medio hijo en la Tierra del Sur. El descendiente elfo cuya existencia conocía desde el principio.

»Pero escucha esto, Shea. El poder de la Espada es ilimitado; éste es el gran temor con el que vive Brona, el único poder al que no puede oponerse. La leyenda de la Espada es un amuleto poderoso en las manos de las razas, y Brona desea poner fin a la leyenda. Lo hará destruyendo a toda la Casa de Shannara, para que ningún hijo aparezca para empuñar la Espada contra él.

-Pero yo ni siquiera sabía que existiese la Espada -protestó Shea-. Ni siquiera sabía quién era yo, ni nada sobre la Tierra del Norte o sobre...

-¡No importa! -le cortó Allanon con brusquedad-. Si estás muerto, ya no tendrá que preocuparse por ti.

Su voz se apagó hasta convertirse en un débil murmullo y otra vez se volvió para mirar hacia las distantes cimas de las montañas, al otro lado de la franja de olmos. Shea se tumbó lentamente sobre la hierba, perdiendo la mirada en el azul pálido del cielo de final del invierno, atravesado por pequeños jirones de nubes blancas que se deslizaban hacia las altas colinas. Durante unos instantes placenteros, la presencia de Allanon y la amenaza de muerte se sumergieron en el sopor cálido del sol de la tarde y el olor fresco de los altos árboles que se alzaban sobre él. Cerró los ojos y pensó en su vida en Val, en los planes que había hecho con Flick, en sus esperanzas para el futuro. Todo se desvanecería si lo que le habían dicho era cierto. Reposó en silencio, reflexionando, y después se incorporó, con las manos en la espalda.

-No sé que pensar -empezó lentamente-. Hay tantas preguntas que quisiera hacerle. Me siento confuso ante la idea de no ser un Ohmsford, de ser alguien amenazado de muerte por un... mito. ¿Qué me sugiere que haga?

Allanon sonrió con afecto por primera vez.

-De momento, no hagas nada. No existe un peligro inmediato para ti. Piensa en lo que te he contado y ya hablaremos más a fondo de las implicaciones. Estaré dispuesto para responder a todas tus preguntas entonces. Pero no habléis de ello con nadie. Actuad como si esta conversación no se hubiera producido, hasta que más adelante tengamos la oportunidad de resolver los problemas. -Los dos jóvenes se miraron y asintieron mostrando su acuerdo, aunque era difícil pretender que no había ocurrido nada. Allanon se levantó, estirando su alto cuerpo para desentumecer los músculos. Los dos hermanos se levantaron a su vez y permanecieron de pie en silencio mientras éste los miraba-. Las leyendas y los mitos que no existieron en el mundo de ayer existirán en el mundo de mañana. Las criaturas del mal, crueles y astutas, que han estado durmiendo durante siglos, ahora se despertarán. La sombra del Señor de los Brujos empieza a caer sobre las cuatro tierras. -Permaneció un momento callado-. No era mi intención ser cruel contigo -dijo sonriendo amablemente, de forma inesperada-, pero si esto es lo peor que ocurre en los días

venideros, podrás darte por satisfecho. Te enfrentas a una amenaza real, no a un cuento de hadas que pueda tomarse a broma. Nada de esto será agradable para ti. Tendrás que aprender muchas cosas de la vida que no te gustarán.

Se interrumpió. Su alta figura gris, con la capa cuidadosamente colocada sobre el esquelético cuerpo, destacaba contra el verde de las colinas distantes. Su gran mano se apoyó con firmeza en el hombro de Shea, y durante un instante se convirtieron en una sola persona. Después se dio la vuelta y se alejó.

III

El plan de Allanon de proseguir la conversación en la posada no se llevó a cabo. Abandonó a los hermanos, que se quedaron sentados cuchicheando entre sí, y volvió a su habitación. Shea, y Flick retornaron finalmente a sus tareas. Poco después, su padre los envió con un encargo fuera del pueblo, hacia la parte norte del valle. Cuando volvieron había oscurecido ya y corrieron al comedor, ansiosos de interrogar al historiador, pero éste no apareció. Tomaron la cena deprisa, sin decir nada a su padre sobre lo ocurrido por la tarde. Esperaron casi una hora, pero Allanon siguió sin aparecer y por último, bastante después que su padre se hubiese retirado a la cocina, decidieron ir a su habitación. Flick se resistía a ir en busca del misterioso forastero, especialmente después de su encuentro con él en la carretera de Val la noche anterior. Pero Shea insistió tanto que al fin accedió a acompañarlo, esperando que no hubiera peligro yendo juntos.

Cuando llegaron a la habitación, encontraron que la puerta no estaba cerrada con llave y que el vagabundo se había marchado. La habitación no parecía haberse usado recientemente. Realizaron una apresurada búsqueda por toda la posada y los alrededores, pero sin éxito. Al final, tuvieron que aceptar que había abandonado Val Sombrío por alguna razón desconocida. Shea estaba claramente enojado porque Allanon se había ido sin una palabra de despedida. No obstante, al mismo tiempo, empezó a experimentar una aprensión creciente por no estar bajo el manto protector del historiador. Flick estaba contento de que el hombre se hubiese marchado. Al sentarse con Shea en las sillas de altos y duros respaldos ante el fuego en la gran sala de la posada, intentó convencer a su hermano de que todo estaba ocurriendo de la mejor manera. Nunca había creído del todo el extraño cuento del historiador sobre las guerras de la Tierra del Norte y la Espada de Shannara, aseguró, e incluso si algo de aquello era cierto, la parte relacionada con el linaje de Shea y la amenaza de Brona estaba totalmente desquiciada, se trataba de un ridículo cuento de hadas.

Shea escuchó en silencio los arbitrarios razonamientos de Flick, asintiendo de vez en cuando, con los pensamientos concentrados en lo que debería hacer a continuación. Tenía serias dudas sobre la veracidad de la historia de Allanon. Después de todo, ¿cuál sería realmente el propósito del historiador al ir a buscarle? Había aparecido justo a tiempo, por lo visto, para contarle su extraño pasado, y avisarle de que estaba en peligro. Después, había desaparecido sin mencionar una palabra sobre su propio interés en el asunto. ¿Cómo podía estar seguro de que Allanon no había llegado con algún objetivo personal oculto, esperando aprovecharse del muchacho? Había demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta.

Al fin, Flick se cansó de dar consejos y explicaciones al silencioso Shea y dejó de hablar del tema, repantigándose en su silla y contemplando resignadamente el fuego crepitante. Shea continuó reflexionando sobre los detalles de la historia de Allanon, tratando de decidir lo que debería hacer. Pero tras una hora de muda deliberación, alzó las manos, disgustado, sintiéndose tan confundido como antes. Salió airado de la sala y se dirigió a su habitación, seguido por el fiel Flick. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar sobre el asunto. Al llegar al pequeño dormitorio del ala este, Shea se dejó caer en una silla y permaneció en malhumorado silencio. Flick se desplomó pesadamente sobre la cama y se quedó mirando abstraídamente el techo.

Las dos velas situadas sobre la pequeña mesa de noche proyectaban una tenue luz en la gran habitación, y Flick pronto se encontró a punto de dejarse invadir por el sueño. Se

reanimó sobresaltado, estiró las manos sobre la cabeza y encontró un pedazo de papel doblado que había sido parcialmente escondido entre el colchón y la almohada. Con curiosidad se lo acercó a los ojos y vio que estaba dirigido a Shea.

-¿Qué es esto? -murmuró y se lo extendió a su preocupado hermano.

Shea abrió apresuradamente el papel sellado y lo miró con interés. Apenas había empezado a leerlo cuando dejó escapar un débil silbido y se levantó de un salto. Flick se incorporó, comprendiendo quién debía haber dejado la nota.

-Es de Allanon -dijo Shea confirmando las sospechas de su hermano-. Escucha esto, Flick:

No he tenido tiempo de buscarte y darte más explicaciones. Algo de máxima importancia ha ocurrido, y debo marcharme de inmediato. Quizá ya sea demasiado tarde. Debes confiar en mí y creer lo que te dije, incluso aunque no logre volver al valle.

Ya no estarás seguro en Val Sombrío. Debes prepararte para huir lo antes posible. Si tu seguridad está amenazada, encontrarás refugio en Culhaven, en los bosques del Anar. Enviaré un amigo para que te guíe. Confía en Balinor.

No hables con nadie de nuestro encuentro. El peligro para ti es extremo. En el bolsillo de tu capa de viaje marrón, he colocado una pequeña bolsa que contiene tres piedras élficas. Te proporcionarán ayuda y protección cuando nada más pueda hacerlo. Ten cuidado, son exclusivamente para ti y sólo deben usarse cuando todo lo demás falle.

El signo de la Calavera será el aviso para que huyas. Que la suerte te acompañe, joven amigo, hasta que volvamos a encontrarnos.

Shea miró alarmado a su hermano, pero el receloso Flick sacudió la cabeza con un gesto de incredulidad y el ceño arrugado.

-No le creas. ¿Qué es eso que dice de calaveras y piedras élficas? Nunca he oído hablar de ningún sitio que se llame Culhaven, y los bosques del Anar están a muchos kilómetros de aquí; días y días de viaje. No me gusta.

-¡Las piedras! -exclamó Shea, y se precipitó hacia la capa de viaje que estaba colgada en el gran armario de la esquina. Registró sus ropas durante varios minutos mientras Flick miraba ansiosamente, después se apartó despacio con una pequeña bolsa de cuero balanceándose suavemente en su mano derecha. La sostuvo en alto y apreció su peso, mostrándosela a su hermano, y luego corrió hacia la cama y se sentó. Un momento después había desatado la cuerda que la cerraba y vaciaba el contenido sobre la palma de su mano abierta. Tres piedras de color azul oscuro se precipitaron fuera, cada una de ellas del tamaño de un guijarro no muy grande, finamente talladas, resplandeciendo bajo la débil luz de las velas. Los hermanos las observaron con curiosidad, casi esperando que realizasen algún prodigio de inmediato. Pero no sucedió nada. Permanecieron inmóviles en la palma de Shea, brillando como pequeñas estrellas azules arrebatadas a la noche, tan transparentes que casi era posible ver a través de ellas, como si sólo fuesen cristales teñidos. Finalmente, después de que Flick se atreviese a tocar una, Shea las volvió a colocar dentro de la bolsa e introdujo ésta en el bolsillo de su camisa.

-Bueno, lo de las piedras es verdad -se aventuró a decir Shea un momento más tarde.

-Quizá sí, quizá no. Quizá no son piedras élficas -sugirió Flick con suspicacia-. ¿Cómo lo sabes, si nunca has visto una? ¿Qué hay del resto de la carta? Nunca he oído hablar de nadie llamado Balinor y ni de Culhaven. Debemos olvidar todo esto; especialmente que hemos visto a Allanon.

Shea asintió titubeante, incapaz de responder a las preguntas de su hermano.

-¿Por qué tendríamos que preocuparnos ahora? Todo lo que hemos de hacer es tener los ojos bien abiertos por si vemos el signo de la Calavera, cualquier cosa que sea eso, o por si aparece el amigo de Allanon. Quizá después de todo no ocurra nada.

Flick continuó exponiendo su escepticismo sobre la carta y su autor durante varios minutos, hasta que se cansó. Los dos hermanos se sentían fatigados y decidieron dar por terminada la charla. Cuando las velas se apagaron, lo último que hizo Shea fue colocar cuidadosamente la bolsa bajo su almohada, donde pudiera sentir su pequeño bulto presionando contra un lado de su cara. No le importaba lo que Flick pudiera pensar, había decidido guardar las piedras cerca de él a partir de aquel momento.

Al día siguiente, empezó a llover. Enormes nubes negras llegaron desde el norte repentinamente y cubrieron todo el valle, ocultando cualquier rastro de sol y de cielo mientras soltaban torrentes de furiosa lluvia, que azotó la diminuta aldea con increíble ferocidad. Todo trabajo en el campo tuvo que interrumpirse y los viajes por el valle cesaron totalmente durante tres días completos. La tormenta fue un espectáculo terrible de relámpagos deslumbrantes surcando el oscuro cielo nublado y truenos estruendosos que avanzaban irrumpiendo en el valle con sus explosiones estremecedoras, llegando uno tras otro y desvaneciéndose en lentos y amenazadores retumbos en algún lugar lejano, más allá de la negrura del norte. Llovió durante tres días, y la gente de Val empezó a temer que se formaran corrientes de agua procedentes de las colinas que les rodeaban y arrasaran sus pequeñas casas y sus campos desprotegidos. Los hombres se reunían diariamente en la posada de los Ohmsford y conversaban preocupados ante sus jarras de cerveza, dirigiendo miradas temerosas a las cortinas de lluvia que caían sin parar al otro lado de las ventanas. Los hermanos Ohmsford observaban en silencio, escuchando las conversaciones y examinando las caras preocupadas de los ansiosos aldeanos que se dividían en pequeños grupos dentro de la concurrida sala. Al principio mantuvieron la esperanza de que la tormenta pasaría pronto, pero después de tres días había pocos indicios de que fuese a despejar.

Al finalizar la mañana del cuarto día, la intensidad de la lluvia disminuyó, pasando del continuo aguacero a una llovizna bochornosa mezclada con una niebla densa y un calor pegajoso y húmedo, que produjo en todos incomodidad y malhumor. La posada empezó a estar menos frecuentada cuando los hombres pudieron volver a su trabajo. Entonces, Shea y Flick tuvieron que ocuparse en las tareas de reparación y limpieza generales. La tormenta había destrozado los postigos de las ventanas y roto las tejas de madera de los tejados, esparciéndolas alrededor de la casa. En el tejado y en las paredes de las alas de la posada se habían abierto grandes grietas, y el pequeño cobertizo situado en la parte trasera de la propiedad de los Ohmsford casi había sido aplastado por un olmo caído, arrancado de raíz por la fuerza de la tormenta. Los jóvenes pasaron varios días tapando las grietas, reparando el tejado y recomponiendo las tejas y postigos rotos. Fue un trabajo tedioso y el tiempo transcurrió lentamente.

Pasados diez días, las lluvias cesaron por completo, las enormes nubes se retiraron y el cielo se aclaró, adquiriendo un tranquilizador azul claro listado por estelas de nubes blancas. Las temidas corrientes no llegaron y los habitantes de Val volvieron a sus campos. El calor del sol reapareció y la empapada tierra del valle empezó a secarse, convirtiéndose

en tierra sólida, salpicada aquí y allá con pequeños charcos de agua oscura que se instalaron insolentemente en una tierra siempre sedienta. Al final, incluso los charcos desaparecieron y el valle volvió a ser lo que había sido, y la furia de la tormenta pasada quedó sólo como un recuerdo desagradable.

Shea y Flick, en la operación de reconstruir el cobertizo destrozado, una vez terminados los otros trabajos de reparación de la posada, escucharon fragmentos de conversaciones de los valenses y de los huéspedes de la posada sobre la larga tormenta. Nadie podía recordar otra de una ferocidad similar en esa época del año en Val. Podía compararse a un huracán invernal, de los que sorprendían a los viajeros desprevenidos en las grandes montañas de la parte norte, barriéndolos de los caminos y los senderos de los despeñaderos, para no volver a ser vistos jamás. Su aparición repentina hizo que todo el mundo en la aldea se detuviese a reflexionar una vez más sobre los continuos rumores de extraños sucesos en el Norte.

Los hermanos prestaron bastante atención a tales comentarios, pero no dedujeron de ellos nada interesante. A menudo hablaban en voz baja sobre Allanon y la extraña historia que les había contado sobre la herencia de Shea. El pragmático Flick descartaba todo el asunto considerándolo un disparate o una broma de mal gusto. Shea lo escuchaba con tolerancia, pero no se hallaba tan dispuesto como su hermano a burlarse del asunto. Sin embargo, aunque por una parte no podía rechazarlo, por otra era incapaz de aceptarlo totalmente. Tenía la sensación de que aún ignoraba muchas cosas, cosas sobre Allanon que ni Flick ni él sabían. Hasta que no tuviera todos los datos, se contentaría con dejar reposar el asunto. Guardaba cerca de él en todo momento la bolsa que contenía las piedras élficas. Aunque Flick murmuraba de continuo sobre la estupidez de llevar aquellas piedras y creer que algo de lo que había dicho Allanon podía ser cierto, Shea estudiaba atentamente a todos los forasteros que pasaban por Val, inspeccionando con cuidado sus equipajes por si veía algún signo de la Calavera. Pero el tiempo pasaba sin que descubriese nada y por fin se vio obligado a considerar el asunto como una experiencia del bello arte de la credulidad.

No ocurrió nada que hiciera cambiar de opinión a Shea hasta una tarde después de que hubieran pasado más de tres semanas desde la brusca partida de Allanon. Los hermanos habían estado fuera todo el día tallando tejas de madera para el tejado de la posada. Era casi de noche cuando volvieron. Su padre estaba sentado en su lugar preferido ante el largo mostrador de la cocina, con su ancha cara inclinada sobre un humeante plato de comida. Saludó a sus hijos con un ademán de la mano.

-Ha llegado una carta para ti mientras estabas fuera, Shea -le dijo, sosteniendo una alargada hoja blanca de papel doblada-. El remite es de Leah.

Shea dejó escapar una exclamación de sorpresa y agarró la carta ansiosamente. Flick gruñó de manera ostensible.

-Lo sabía, lo sabía; era demasiado bueno para ser verdad -murmuró-. El mayor holgazán de toda la Tierra del Sur ha decidido que llegó el momento de que suframos un poco más. Rompe la carta, Shea.

Pero Shea ya había abierto la hoja de papel sellada y examinaba su contenido, ignorando absolutamente los comentarios de Flick. Éste se encogió de hombros disgustado y se sentó en un taburete junto a su padre, que había vuelto a ocuparse de su cena.

-Quiere saber dónde hemos estado escondidos -se rió Shea-. Quiere que vayamos a verle en cuanto podamos.

-Oh, claro -murmuró Flick-. Probablemente tiene algún problema y necesita echarle la culpa a alguien. ¿Por qué no nos tiramos al barranco más cercano? ¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que Menion Leah nos invitó a visitarle? ¡Nos perdimos en los Robles

Negros durante días y casi nos devoran los lobos! Nunca olvidaré esa aventurita. Prefiero ir al infierno antes que aceptar otra invitación suya.

Su hermano se rió pasándole un brazo sobre sus anchos hombros.

-Tienes envidia de Menion porque es hijo de reyes y puede vivir como se le antoje.

-Un reino del tamaño de un charco -fue la rápida réplica-. La sangre real es un producto barato hoy en día. Mira tú...

Dándose cuenta de golpe, se tapó la boca con la mano. Ambos lanzaron una mirada rápida hacia su padre, pero aparentemente éste no había oído nada y seguía absorto en la comida, Flick se encogió de hombros excusándose y Shea le sonrió con cariño.

-Hay un hombre en la posada que te busca, Shea -anunció repentinamente Curzad Ohmsford, levantando la vista hacia él-. Mencionó a ese alto forastero que estuvo aquí hace varias semanas. Nunca lo había visto antes en Val. Ahora está fuera, en la sala principal.

Flick se levantó con lentitud, agarrotado por el terror. Shea se desconcertó durante un momento ante el mensaje, pero en seguida hizo una señal a su hermano, que estaba a punto de hablar. Si este nuevo forastero era un enemigo, debía averiguarlo en aquel mismo momento. Palpó el bolsillo de su camisa asegurándose de que las piedras élficas estaban todavía allí.

-¿Qué aspecto tiene el hombre? -preguntó de inmediato, tratando de averiguar si tenía la marca de la Calavera.

-No sabría decirlo, hijo -fue la respuesta de su padre mientras continuaba masticando su cena, con la cabeza inclinada hacia el plato-. Va envuelto en una larga capa de color verde. Llegó a caballo esta tarde; un bonito animal. Estaba muy ansioso por encontrarte. Será mejor que vayas inmediatamente a ver qué quiere.

-¿Viste si llevaba alguna marca? -preguntó el exasperado Flick.

Su padre dejó de masticar y levantó la vista arrugando el ceño con asombro.

-¿De qué estás hablando? ¿Quieres que lo dibuje con tiza? ¿Qué te sucede?

-No es nada -intervino Shea con rapidez-. Flick se preguntaba si... si ese hombre se parecería a Allanon... ¿Te acuerdas?

-Ah sí -murmuró el padre con complicidad, mientras Flick disimulaba un suspiro de alivio-. No, no advertí ninguna auténtica similitud, aunque ese hombre también es alto. Le he visto una larga cicatriz atravesándole la mejilla izquierda; probablemente de un corte de cuchillo.

Shea inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, tiró de Flick y se dirigió hacia la sala principal. Corrieron hasta la ancha puerta doble y allí se detuvieron jadeantes. Con cuidado, Shea empujó la puerta para que se abriese una rendija y escudriñó la sala que estaba muy animada. Durante un momento no vio otra cosa que las caras conocidas de los clientes habituales y algunos viajeros de Val, pero poco después sintió un escalofrío y soltó la puerta mirando hacia el alarmado Flick.

-Está ahí fuera, cerca de la esquina, junto a la chimenea. No puedo ver quién es ni qué aspecto tiene desde aquí; va envuelto en una capa verde, como dijo nuestro padre. Vamos a acercarnos.

-¿Salir ahí? -carraspeó Flick-. ¿Has perdido la cabeza? Te reconocerá en un segundo si sabe a quién está buscando.

-Entonces, ve tú -ordenó Shea con firmeza-. Finge que vas a añadir unos troncos al fuego y échale una mirada rápida. Comprueba si lleva la marca de una calavera.

Los ojos de Flick se agrandaron y se volvió para huir en dirección contraria, pero Shea lo cogió del brazo y le empujó para que atravesara la puerta hacia la sala, escondiéndose rápidamente tras ésta. Un momento después, abrió una rendija y espió para ver qué ocurría. Vio que Flick atravesaba vacilante la habitación y empezaba a remover las brasas con gestos desmayados para terminar añadiendo otro tronco de la leñera. El muchacho se entretenía, e intentaba colocarse en un lugar donde le fuera posible observar al hombre de la capa verde. El forastero estaba sentado junto a una mesa a poca distancia del fuego, dando la espalda a Flick pero un poco vuelto hacia la puerta trasera.

De repente, en el momento en que pareció que Flick se disponía a volver, el forastero se movió ligeramente en su asiento y pronunció una frase corta, haciendo que Flick se irguiese de repente. Shea vio que su hermano se volvía hacia el forastero y respondía, dirigiendo una mirada inquieta hacia su escondite. Shea soltó la puerta y retrocedió hacia las sombras del pasillo. De alguna forma, ellos mismos se habían delatado. Cuando estaba considerando la posibilidad de escapar, Flick atravesó la puerta empujándola bruscamente, con la cara blanca de pánico.

-Te vio en la puerta. ¡Tiene los ojos de un halcón! Me dijo que te hiciera salir.

Shea reflexionó un momento y por último asintió desolado. Después de todo, ¿adónde iban a huir que no pudiesen ser encontrados en cuestión de minutos?

-Quizá no lo sabe todo -sugirió con esperanza-. Quizá piensa que sabemos adónde ha ido Allanon. Ten cuidado con lo que le dices, Flick.

Pasó delante de su hermano, atravesó las anchas puertas y cruzó la sala hasta la mesa donde estaba sentado el forastero. Ambos se detuvieron detrás de éste y aguardaron, pero él, sin volverse, les invitó a sentarse a su lado con un movimiento rápido de la mano. Obedecieron de mala gana la silenciosa orden y, una vez sentados, los tres se miraron en silencio durante unos instantes. El forastero era un hombre grande, de complexión fuerte, aunque más bajo que Allanon. La capa le cubría todo el cuerpo y sólo su cabeza era visible. Sus rasgos eran rudos y fuertes, agradables a la vista excepto por la oscura cicatriz que iba desde el extremo exterior de la ceja derecha, atravesando toda la mejilla, hasta la boca. A Shea le pareció que sus ojos eran inesperadamente amables cuando se fijaron en él; eran de un color avellana que sugería mansedumbre bajo su duro aspecto. Llevaba el cabello rubio bastante corto y alborotado sobre la frente ancha y alrededor de las pequeñas orejas. Mientras Shea contemplaba al extranjero, le pareció increíble que aquel hombre pudiera ser el enemigo cuya llegada al valle había anunciado Allanon. Incluso Flick parecía relajado en su presencia.

-No hay tiempo para juegos, Shea -habló de repente el forastero, con una voz suave y fatigada-. Tu precaución es aconsejable, pero no soy un portador de la marca de la Calavera. Soy amigo de Allanon. Mi nombre es Balinor. Soy hijo de Ruhl Buckhannah, el rey de Callahorn.

Los hermanos reconocieron el nombre al instante, pero Shea no estaba dispuesto a correr riesgos.

-¿Cómo puedo saber que usted es quien dice ser? -inquirió rápidamente.

El forastero sonrió.

-De la misma forma que yo sé quién eres tú, Shea. Por las tres piedras élficas que llevas en el bolsillo de tu camisa; las piedras élficas que te dio Allanon.

El pequeño escalofrío del muchacho apenas fue perceptible. Sólo alguien enviado por el alto historiador podía saber lo de las piedras. Se inclinó hacia adelante con cautela.

-¿Qué le ha ocurrido a Allanon?

-No puedo asegurarlo -respondió en voz baja el hombre grande-. No lo he visto ni oído nada de él en las últimas dos semanas. Cuando lo dejé, viajaba hacia Paranor. Corría el rumor de un ataque contra la Fortaleza; temía por la seguridad de la Espada. Me envió aquí para protegerte. Hubiera podido llegar antes, pero me lo impidió el tiempo, y los que me buscaban para seguirme hasta ti.

Se detuvo y miró fijamente a Shea, sus ojos de color avellana de repente se volvieron duros, taladrando al joven.

-Allanon te reveló tu verdadera identidad y te habló del peligro que tendrías que afrontar algún día. Sí lo creíste o no, ahora carece de importancia. Ha llegado el momento; debes escapar del valle inmediatamente.

-¿Que tengo que irme ahora mismo? -exclamó el atónito Shea-. ¡No puedo hacer eso!

-Puedes y lo harás si deseas seguir vivo. Los Portadores de la Calavera sospechan que estás en el valle. Dentro de un día, quizá de dos, te encontrarán y eso será tu fin. Debes irte ahora. Viaja con poca carga y deprisa; no te apartes de los senderos que conoces y de la protección del bosque mientras puedas. Si te ves obligado a trasladarte bajo el cielo descubierto, hazlo sólo de día, cuando el poder que ellos tienen es más débil. Allanon te dijo dónde debes ir, pero tienes que confiar en tus propios recursos para llegar hasta allí. -El asombrado Shea miró con fijeza a su interlocutor durante un minuto y después se volvió hacia Flick, que se había quedado mudo ante el nuevo giro de los acontecimientos. ¿Cómo podía esperar aquel hombre que cogiese sus cosas y saliese corriendo? Era ridículo-. Tengo que marcharme. -El forastero se levantó de repente, envuelto en la gran capa adecuada a su corpulencia-. Te llevaría conmigo si pudiese, pero me han estado siguiendo. Los que tratan de aniquilarte esperan que llegue a delatarte. Te seré de más utilidad si hago de señuelo; quizá me sigan hasta un poco más lejos y pueda darte la oportunidad de escapar sin ser visto. Cabalgaré hacia el sur durante cierto tiempo y después volveré a Culhaven. Nos encontraremos allí. Recuerda lo que te he dicho. No te quedes en Val. ¡Escápate ya, esta noche! Haz lo que te indicó Allanon y guarda con cuidado las piedras élficas. Son un arma poderosa.

Shea y Flick se levantaron con él y estrecharon la mano que les extendió, advirtiendo por primera vez que el brazo descubierto estaba envuelto en una cota de malla resplandeciente. Sin añadir nada más, Balinor atravesó rápidamente el salón y cruzó la puerta hacia la noche.

-Bueno, ¿y ahora qué? -preguntó Flick, desplomándose nuevamente en su silla.

-¿Cómo voy a saberlo? -respondió Shea débilmente-. No soy adivino. No tengo ni la menor idea de si es cierto o no lo que ha dicho, ni si lo es lo que dijo Allanon. En caso de que no nos haya engañado, y tengo la sospecha de que al menos hay algo de verdad en sus palabras, debo marcharme del valle por el bien de todos. Si alguien me está buscando, no puedo arriesgarme a que otros, como tú o nuestro padre, salgan mal parados por mi presencia.

Miró con desaliento a su alrededor, desesperadamente confuso por las historias que le habían contado, incapaz de decidir cuál debería ser su mejor forma de actuar. Flick lo observó en silencio, sabiendo que no podía ayudarle, pero compartiendo la confusión y preocupación de su hermano. Por fin, se inclinó hacia delante y apoyó su mano en el hombro de Shea.

-Me voy contigo -declaró con suavidad.

Shea lo miró de hito en hito, desconcertado.

-No puedo permitirlo. Nuestro padre nunca lo entendería. Además, quizá no me vaya a ninguna parte.

-Recuerda lo que dijo Allanon. Estoy metido en esto tanto como tú -insistió Flick tozudamente-. Además eres mi hermano. No puedo dejar que te vayas solo.

Shea lo miró con admiración y agradecimiento; después asintió y sonrió, agradecido.

-Bueno, hablaremos de eso más tarde. En cualquier caso, no puedo irme hasta que decida adónde y lo que necesitaré, si es que llego a hacerlo. Tendría que dejar alguna nota para nuestro padre. No puedo marcharme sin más, a pesar de lo que piensen Allanon y Balinor.

Abandonaron la mesa y se retiraron a la cocina para cenar. El resto de la noche transcurrió en un vagar inquieto entre la sala y la cocina, con alguna visita ocasional a los dormitorios, donde Shea examinó sus pertenencias personales, repasando con atención lo que poseía, dejando de lado algún que otro objeto. Flick lo seguía en silencio, deseoso de no dejarlo solo, interiormente asustado de que su hermano pudiera decidir marcharse a Culhaven sin decírselo. Observó cómo Shea introdujo ropa y material para acampar en una bolsa de cuero. Cuando preguntó por qué guardaba sus cosas, su hermano le contestó que era sólo una precaución por si se presentaba el caso de que tuviera que huir de repente. Le aseguró que no se marcharía sin decírselo, pero eso no tranquilizó a Flick, que intensificó su vigilancia.

Aún era de noche cuando Shea despertó al sentir que una mano cogía su brazo. No se había dormido profundamente y el frío contacto le despabiló por completo, haciendo que su corazón latiera con precipitación. Forcejeó cuanto pudo, sin lograr distinguir nada en la oscuridad, intentando agarrar con la mano libre a su atacante invisible. De repente, llegó a sus oídos un rápido siseo y reconoció las anchas facciones de Flick vagamente perfiladas por la débil luz de las estrellas y de una pequeña luna creciente, oculta por las nubes que brillaban al otro lado de la ventana con visillos. El miedo cedió ante la visión familiar de su hermano.

-¡Flick! Me has asustado...

Fue interrumpido por la fuerte mano de Flick que tapó su boca y un nuevo siseo demandando cautela. En la penumbra, Shea vio las marcas profundas del miedo en el rostro de su hermano, con la piel blanca crispada por el frío del aire nocturno. Trató de incorporarse, pero los brazos que lo aguantaban lo asieron con más fuerza.

-No hables -oyó susurrar a una voz que temblaba de terror-. ¡Ve a la ventana sin hacer ruido!

Las manos relajaron la presión y suave, pero rápidamente, lo sacaron de la cama. Después los dos hermanos permanecieron encogidos, conteniendo la respiración, sobre las duras tablas de madera, ocultándose en las sombras de la habitación. Pasados unos momentos, gatearon hacia la ventana, que estaba un poco abierta, todavía encogidos, sin atreverse siquiera a respirar. Cuando llegaron hasta ella, Flick empujó a Shea a un lado con las manos temblorosas.

-Shea, junto a la casa. ¡Mira!

Aterrorizado hasta lo indescriptible, levantó la cabeza hacia la repisa de la ventana y, cautelosamente, escudriñó sobre el marco de madera la oscuridad del otro lado. Casi de inmediato pudo ver a la criatura: una aterradora y enorme forma negra, medio agazapada, como si se arrastrase rastreando a través de las sombras de las casas situadas frente a la posada, con su espalda encorvada cubierta por una capa que se alzaba y ondulaba rítmicamente, como si algo por debajo la empujase. El horrible sonido chirriante de su respiración se oía con claridad incluso a aquella distancia, y sus pies producían un extraño ruido de roce mientras atravesaba la tierra oscura. Shea se agarró a la repisa fuertemente, con los ojos fijos en la criatura que se aproximaba. Un momento antes de esconder la

cabeza bajo la ventana captó la imagen clara de un medallón de plata decorado con una reluciente calavera.

IV

Shea se dejó caer junto a la oscura figura de su hermano, sin poder articular ni una palabra, y ambos se sentaron encogidos en la oscuridad. Podían oír los movimientos de la criatura, el sonido del roce que se incrementaba a medida que pasaban los segundos. Estaban seguros de haber desatendido el aviso de Balinor durante demasiado tiempo. Esperaron, sin atreverse a hablar ni a respirar, mientras escuchaban. Shea deseaba correr, atormentado por la idea de que la cosa de allí fuera lo mataría en cuanto lo encontrase; pero aterrado, permanecía inmóvil para no ser oído y atrapado allí mismo. Flick estaba rígido, sentado junto a él, temblando de frío por la brisa que soplaba en la noche agitando las cortinas de la ventana.

De repente, oyeron el insistente ladrido de un perro, que después se convirtió en un áspero gruñido de temor y de odio. Los hermanos levantaron sus cabezas sobre la repisa de la ventana con precaución y miraron al exterior, escudriñando en la débil luz. La criatura que llevaba el símbolo de la Calavera estaba agachada contra la pared de la casa, justo enfrente de la ventana. A unos tres metros, había un enorme perro lobo, un animal de caza de algún aldeano, mostrando sus blancos y relucientes colmillos, vigilando al intruso. Las dos sombras se enfrentaron en la penumbra. La criatura con su respiración lenta y jadeante, el perro gruñendo y mordiendo el aire ante ella, aproximándose poco a poco con la cabeza baja. Entonces, con un gruñido de furia, el gran perro lobo se lanzó sobre el intruso, con la mandíbula abierta y la negra cabeza estirada. Pero, de repente, fue atacado en el aire por una especie de garra que salió de la ondulante capa y desgarró su garganta, dejándolo exánime sobre el suelo. Ocurrió en un instante, y los hermanos estaban tan atónitos que casi olvidaron agacharse de nuevo para evitar ser vistos. Un momento después, oyeron un extraño sonido procedente de la criatura que empezaba a arrastrarse por la pared del edificio adyacente, pero el sonido se hizo más débil y pareció alejarse de la posada.

Pasó un largo rato mientras los hermanos esperaban conteniendo el aliento en las sombras de la habitación, temblando incontrolablemente. La noche iba ganando quietud y se esforzaron por escuchar algún signo que les indicara la posición de la criatura. Al fin, Shea logró reunir el valor suficiente como para asomarse una vez más a la oscuridad. Cuando volvió a agacharse, el aterrado Flick se disponía a gatear hacia la salida más cercana, pero un movimiento apresurado de la cabeza de Shea le confirmó que la criatura ya se había marchado. Iba a introducirse de nuevo en su cama caliente, cuando vio que Shea empezaba a vestirse a toda prisa en la oscuridad. De inmediato, también Flick comenzó a ponerse su ropa. Tuviera lo que tuviese su hermano en la cabeza, fuera donde fuese, estaba decidido a seguirlo. Shea se acercó a su hermano y le susurró suavemente en la oreja cuando ambos estuvieron vestidos.

-Todo el mundo en Val estará en peligro mientras yo permanezca aquí. Tengo que escaparme esta noche, ¡ahora! ¿Estás decidido a seguirme? -Flick asintió enfáticamente y Shea continuó-: Iremos a la cocina y nos llevaremos un poco de comida, lo suficiente para pasar unos cuantos días. Allí dejaré una nota para nuestro padre.

Sin decir nada más, Shea recogió su pequeño fardo de ropa del armario y desapareció sigilosamente por el negro pasillo que conducía a su meta. Flick lo siguió, caminando a tientas detrás de su hermano. Era imposible ver nada en el pasillo, y tardaron varios minutos en orientarse, pegados a las paredes y rodeando las esquinas, hasta la ancha puerta de la cocina. Una vez allí, Shea encendió una vela e hizo un gesto a Flick para que recogiese los alimentos, mientras él garabateaba una nota para su padre en una pequeña

hoja de papel que sujetó con una jarra de cerveza. Flick terminó su trabajo en pocos minutos y volvió a acercarse a su hermano, quien apagó rápidamente la vela y se acercó a la puerta trasera, donde se detuvo y se volvió.

-Una vez estemos fuera, no digas ni una palabra. Sólo sígueme de cerca.

Flick asintió titubeante, preocupado por lo que pudiera estar aguardándoles detrás de la puerta, para desgarrarles la garganta como había hecho con el perro lobo hacía pocos minutos. Pero no era momento para dudas. Shea empujó con cuidado la puerta de madera y observó el patio iluminado por la luna, rodeado por densos grupos de árboles. Inmediatamente después, hizo una señal a Flick y ambos salieron con cautela de la casa templada al frío de la noche, cerrando la puerta tras de sí. Afuera, bajo la suave luz de la luna y las estrellas, podían ver mejor y, con una ojeada rápida, comprobaron que no había nadie por allí. Faltaba sólo una o dos horas para que llegase el día, para que la aldea empezara a despertarse. Los hermanos se detuvieron junto a la casa y escucharon para detectar algún ruido que indicara peligro. Al no oír nada, Shea tomó la iniciativa de atravesar el patio y desapareció entre las sombras de un seto adyacente, mientras Flick dirigía una última y nostálgica mirada hacia atrás, a la casa que probablemente nunca más vería.

Shea caminaba con sigilo por el camino que discurría entre las casas de la aldea. El joven sabía que el Portador de la Calavera ignoraba quién era él, puesto que de lo contrario lo habría atrapado en la posada. Pero ya era suficiente que la criatura sospechara que vivía en el valle y que hubiese llegado hasta la aldea dormida de Val Sombrío buscando el medio hijo que quedaba de la Casa de Shannara. Recordó el plan de viaje que había trazado precipitadamente en la posada. Si el enemigo había descubierto donde estaba, como Balinor avisó, todas las rutas de escape posibles estarían vigiladas. Además, una vez descubrieran que se había marchado, no tardarían en perseguirlo y atraparlo. Tenía que suponer que habría más de una de esas horrendas criaturas y que probablemente estarían vigilando todo el valle. Flick y él deberían camuflarse y actuar con sigilo para conseguir abandonar el valle y los campos de alrededor al día siguiente. Eso significaba una marcha forzada y dormir pocas horas. Sería bastante difícil, pero el auténtico problema era hacia dónde dirigirse. Tendrían que conseguir provisiones dentro de poco tiempo, y un viaje hasta el Anar duraría semanas. La región que había después de Val era desconocida para los hermanos, excepto algunos caminos muy frecuentados y las aldeas que seguramente los Portadores de la Calavera estarían vigilando. Dada esta situación, era imposible decidir algo más que una vaga dirección. ¿Pero qué camino tomarían? ¿Dónde esperaban las acechantes criaturas que fuesen?

Shea reflexionó sobre las alternativas, aunque ya se había decidido. El oeste de Val era un campo abierto con unos cuantos pueblos; y si iban en esa dirección, se alejarían del Anar. Si viajaban hacia el sur, con suerte, podían alcanzar la relativa seguridad de las ciudades más grandes de la Tierra del Sur, Pia y Zolomach, donde tenían amigos y parientes. Pero ése era el camino lógico para escapar de los Portadores de las Calaveras, y las criaturas estarían controlando bien todos los senderos del sur de Val. Además, el campo que había, pasados los bosques de Duln, era amplio y despejado, ofreciendo poco refugio a los fugitivos en su largo viaje hasta las ciudades, durante el cual podrían ser apresados y asesinados con facilidad. Al norte de Val y más allá de Duln había una ancha extensión de tierra que bordeaba el río Rappahalladran y el enorme lago del Arco Iris, y se extendía en kilómetros de páramos salvajes que finalmente conducían al reino de Callahorn. Los Portadores de la Calavera habrían pasado por allí en su camino desde el norte. Con toda probabilidad, conocerían aquello mucho mejor que los hermanos y estarían vigilando si sospechaban que Balinor había llegado a Val desde Tyrsis.

El Anar quedaba al noroeste de Val, ocupando kilómetros y kilómetros del terreno más escabroso y traicionero de la vasta Tierra del Sur. Este camino directo era el más peligroso de todos, pero el que menos esperarían sus perseguidores que eligiesen. Serpenteaba a través de lóbregos bosques, tierras bajas azarosas, ciénagas ocultas e innumerables peligros desconocidos que cada año se cobraban vidas de viajeros incautos. Pero había otra forma de llegar al este de los bosques de Duln que ni siquiera los Portadores de la Calavera podían conocer: la seguridad de las tierras altas de Leah. Allí los hermanos podrían pedir ayuda a Menion Leah, el amigo de Shea y, a pesar de los temores de Flick, la única persona que sería capaz de enseñarles el camino a través de las peligrosas tierras que conducían al Anar. Para Shea, ésta pareció ser la alternativa razonable.

Los hermanos llegaron al extremo sureste del pueblo y se detuvieron jadeantes junto a un viejo cobertizo, apoyando la espalda contra el grueso entablado. Shea miró al frente con precaución. No sabía dónde podían encontrarse en ese momento las acechantes criaturas de la Calavera. Todo estaba aún neblinoso bajo el resplandor lunar de la noche agonizante. En algún lugar a su derecha, varios perros ladraban con furia, y algunas luces aparecieron en las ventanas de las casas cercanas, mientras sus adormecidos propietarios atisbaban la oscuridad. Debía de faltar poco más de una hora para el amanecer, y Shea era consciente de que tenían que arriesgarse bajo el cielo descubierto para correr hacia los límites del valle y ocultarse en los bosques de Duln. Si continuaban allí cuando llegase la luz, la criatura que los buscaba les vería trepando por las laderas de las colinas y los atraparía mientras intentaban escapar.

Shea tocó la espalda de Flick, le hizo un gesto con la cabeza, y empezó a andar despacio, alejándose del refugio de las casas de Val, hacia los densos grupos de árboles y arbustos que salpicaban el valle. La noche estaba en silencio; sólo se oía el ruido amortiguado de sus pisadas sobre la hierba crecida, mojada por el rocío de la alborada. Las ramas cubiertas de hojas se agitaban a su paso, golpeando sus caras y manos desnudas con bofetadas pinchantes que dejaban el rocío pegado a su piel. Corrieron hacia la suave ladera cubierta de arbustos al este de Val, esquivando los grandes robles y nogales, zigzagueando entre las cáscaras de nueces y hojas caídas bajo las grandes ramas que adornaban el oscuro cielo. Llegaron a la ladera y subieron por el prado tan rápidamente como les permitieron sus piernas, sin detenerse a mirar atrás, sino sólo adelante, a la tierra hacia la que corrían tras abandonar Val. Resbalando a menudo sobre la hierba mojada, llegaron al límite del valle, donde se presentó ante sus ojos una panorámica de los grandes muros del valle, salpicados de piedras informes y algunos arbustos, mostrándose como una gran barrera contra el mundo de más allá.

Shea estaba en un excelente estado físico y su ligero cuerpo se deslizaba sobre el accidentado suelo, desplazándose ágilmente entre los grupos de arbustos y pequeñas rocas que se oponían a su paso. Flick le seguía, con los fuertes músculos de sus piernas trabajando incansablemente para mantener su cuerpo más pesado a la par de la veloz figura de delante. Sólo una vez se arriesgó a dirigir una rápida mirada hacia atrás, y sus ojos recogieron sólo la imagen borrosa de las copas de los árboles que sobresalían sobre la ahora escondida aldea y destacaban bajo el resplandor de las estrellas y la brumosa luna de la noche que se desvanecía. Miró a Shea que corría delante, trepando ágilmente por los pequeños montículos y rocas diseminadas, intentando llegar lo antes posible a la pequeña zona boscosa situada cerca de la ladera este del valle, un kilómetro más adelante. Las piernas de Flick empezaron a protestar, pero el miedo a una criatura escondida en algún sitio evitaba que desfalleciera. Se preguntaba qué les ocurriría ahora fuera del único hogar que habían conocido, perseguidos por un enemigo increíblemente perverso que, si los capturaba, extinguiría sus vidas como si fuesen la llama de una vela. ¿Dónde podrían ir

para no ser encontrados? Por primera vez desde la partida de Allanon, Flick deseó con toda su voluntad que el misterioso vagabundo reapareciese.

Los minutos pasaban rápidamente y los pequeños bosques a que se dirigían se iban aproximando, mientras los hermanos corrían fatigados y en silencio a través de la noche fría. Ningún sonido llegaba a sus oídos; nada se movía ante ellos. Era como si fuesen las únicas criaturas vivientes en una enorme extensión, solos excepto por las vigilantes estrellas que titilaban solemnemente con tranquila satisfacción. El cielo se iba aclarando a medida que la noche se acercaba a su melancólico fin y la enorme multitud de astros iba desapareciendo poco a poco en la claridad matutina. Los hermanos seguían corriendo, ajenos a todo salvo a la necesidad de correr más aprisa, para evitar ser atrapados bajo la luz delatadora de un sol que saldría en pocos minutos.

Cuando finalmente llegaron a la zona boscosa, se dejaron caer jadeantes sobre un manto de hojarasca que cubría el suelo bajo unos altos nogales, con los oídos y el corazón latiendo salvajemente por la tensión de la carrera. Yacieron inmóviles durante varios minutos, respirando trabajosamente en la quietud. Después, Shea se levantó de un impulso y miró atrás en dirección a Val. Nada se movía ni en la tierra ni el aire; aparentemente habían llegado hasta allí sin ser descubiertos. Pero todavía no habían salido del valle. Shea se estiró y obligó a levantarse a su hermano, tirando de él. Avanzó a través de los árboles y comenzó a ascender por la empinada colina. Flick lo siguió sin decir palabra, sin pensar, concentrando su menguante fuerza de voluntad en poner un pie detrás de otro.

La pendiente del este era escarpada y difícil. Su superficie estaba compuesta por una masa de peñascos, árboles caídos, arbustos espinosos y un suelo desigual que hacía la escalada dura y pesada. Shea abrió el paso, moviéndose entre los grandes obstáculos con tanta rapidez como le era posible mientras Flick seguía sus huellas. Los jóvenes subían la pendiente gateando. El cielo estaba cada vez más claro y todas las estrellas habían desaparecido. Ante ellos, por encima de los límites del valle, el sol enviaba su primer débil resplandor con matices anaranjados y amarillos al cielo nocturno, que reflejaba vagamente el perfil del horizonte. Shea empezó a cansarse, respiraba con dificultad y tropezaba de vez en cuando. Detrás de él, Flick se esforzaba por continuar, arrastrando su cuerpo exhausto detrás de su hermano, con las manos y los brazos arañados y cortados por las ramas y filos de las rocas. La subida parecía interminable. Se movían, lentos como tortugas, por un terreno escarpado. Sólo el miedo a ser descubiertos obligaba a sus piernas a seguir en movimiento continuo. Si eran atrapados allí, al descubierto, después de tanto esfuerzo...

De repente, cuando habían recorrido tres cuartas partes de la subida, Flick lanzó un grito de alarma y se estiró jadeando contra la pendiente, como si tratara de esconderse. Shea, aterrado, se volvió de inmediato y sus ojos divisaron el enorme objeto negro que se alzaba lentamente desde el ya lejano Val, ascendiendo como un gran pájaro en la semioscuridad del amanecer, describiendo una espiral ascendente. El muchacho se tiró al suelo entre las rocas y arbustos, haciendo una señal a su hermano para que se escondiese y rezando para que la criatura no los descubriera. Yacieron sin moverse sobre la ladera de la montaña mientras el imponente Portador de la Calavera se elevaba más y más, agrandando el círculo de su vuelo, acercando su recorrido al lugar en que se hallaban los jóvenes. Un repentino grito escalofriante surgió de la criatura, disipando su última esperanza de poder escapar. Fueron invadidos por el mismo sentimiento de terror que había inmovilizado a Flick cuando se escondió con Allanon entre unos matorrales, bajo la enorme sombra negra. Pero esta vez no había ningún sitio para esconderse. Su pánico creció hasta el límite de la histeria, mientras la criatura se dirigía directamente hacia ellos. En ese fugaz momento tuvieron una clara conciencia de que iban a morir. Pero un instante después, el negro

cazador giró en su vuelo, planeó hacia el norte y continuó su vuelo en aquella dirección, alejándose en el horizonte hasta perderse de vista.

Los hermanos se quedaron petrificados entre los escasos arbustos y las rocas durante unos minutos interminables, temerosos de que la criatura pudiera volver aleteando para destruirlos en el momento en que intentaran moverse. Pero cuando disminuyó aquel miedo terrible e irracional, se incorporaron temblando y, en silencio, reanudaron la fatigosa subida hasta la cima. Faltaba poco para que alcanzaran el final de la escarpada pendiente, y corrieron atravesando un pequeño campo abierto hacia la protección del bosque de Duln. Minutos después, estuvieron protegidos por los grandes árboles, y el ascendente sol de la mañana con su primer resplandor descubrió la tierra que se extendía hacia la región de Val silenciosa y vacía.

Disminuyeron su paso al entrar en el Duln y finalmente Flick, que seguía sin tener ni idea de adónde se dirigían, llamó a Shea, que iba delante.

-¿Por qué estamos siguiendo este camino? -inquirió. Su propia voz le pareció extraña después de un silencio tan largo-. ¿Hacia dónde vamos?

-Donde nos dijo Allanon, al Anar. Nuestra única oportunidad es ir por el camino que los Portadores de la Calavera menos esperan que tomemos. Así que iremos hacia el este hasta llegar a los Robles Negros y, desde allí, viajaremos en dirección norte. Espero que podamos encontrar ayuda en el camino.

-¡Un momento! -exclamó Flick comprendiendo de repente-. ¿Quieres decir que vamos hacia el este atravesando Leah y esperas que Menion nos ayude? ¿Has perdido el juicio? ¿Por qué no nos entregamos directamente a esa criatura? ¡Sería más rápido!

Shea alzó las manos y se volvió para mirar a su hermano con gesto de cansancio.

-¡No tenemos otra opción! Menion Leah es el único a quien podemos recurrir para que nos ayude. Conoce la región que se extiende tras de Leah. Puede que sepa de algún camino que atraviese los Robles Negros.

-Seguro -asintió Flick tristemente-. ¿Te olvidas de que gracias a él nos perdimos la última vez? ¡No confiaría en ese tipo por nada del mundo!

-No tenemos otra opción -repitió Shea-. No deberías haber venido, ¿sabes? -De repente enmudeció y se volvió hacia el frente-. Lo siento, he perdido el control. Pero debemos hacerlo a mi manera, Flick.

Reanudó la marcha en un silencio abatido y Flick le siguió, renuente, sacudiendo la cabeza en desacuerdo. Para empezar, la ascensión por la colina había sido una mala idea, sabiendo que la criatura monstruosa estaba merodeando por el valle. Pero lo de recurrir a Menion Leah era aún peor. Ese holgazán engreído los conduciría directamente a una trampa si no lograba antes que se perdiesen. Menion estaba sólo interesado en Menion, el gran aventurero, ansioso de otra expedición salvaje. La idea de pedirle ayuda era ridícula.

Flick era decididamente parcial. Desaprobaba a Menion Leah y lo que pudiera aportar; todo ello por la primera vez que se encontraron hacía cinco años. Como único hijo de una familia que durante siglos había gobernado el pequeño reino de las tierras altas, Menion había empleado toda su vida en cometer una travesura tras otra. Nunca trabajó para vivir y, según la opinión de Flick, nunca hizo nada de mérito. Pasaba la mayor parte del tiempo cazando o pescando, ocupaciones que el trabajador del valle consideraba entretenimientos de holgazán. Su actitud era igualmente molesta. Nada excepto su vida, su familia, su casa o su región parecía importarle demasiado. Aparentemente, flotaba por la vida como una nube en un cielo vacío, sin tocar nada, sin dejar ningún rastro a su paso. Este despreocupado planteamiento de la vida fue lo que casi les condujo a la muerte un año antes en los Robles Negros. Sin embargo, Shea seguía apreciándolo y, a su petulante

manera, el habitante de las tierras altas parecía corresponderle con verdadero afecto. Pero Flick nunca se convenció de que se tratase de una amistad en la que se pudiera confiar, y ahora su hermano se proponía poner sus vidas en las manos de un hombre que no tenía ni la más remota idea de lo que significaba la palabra responsabilidad.

Analizó la situación, preguntándose qué podría hacer para impedir lo inevitable. Por fin, decidió que lo mejor sería vigilar atentamente a Menion y prevenir a Shea, con el mayor tacto posible, cuando sospechase que estaban equivocándose. Si se enfadaba ahora con su hermano, no tendría más tarde la oportunidad de contradecir el mal consejo del príncipe de Leah.

Estaba entrada la tarde cuando los viajeros llegaron a orillas del gran Rappahalladran. Shea precedió la marcha a lo largo de la orilla del río durante una hora, hasta que llegaron a un lugar en donde el cauce empezaba a estrecharse considerablemente, acercando las orillas opuestas. Allí se detuvieron y observaron los bosques situados más allá. El sol tardaría en ponerse una hora, más o menos, y Shea no quería ser atrapado en la orilla en que estaban durante la noche. Se sentiría más seguro con el agua entre él y sus perseguidores. Se lo explicó a Flick, que estuvo de acuerdo, y ambos se dispusieron a construir una pequeña balsa con sus hachas y sus cuchillos de caza. La balsa tenía que ser pequeña; su único cometido era transportar los fardos y ropas. No había tiempo para construir una lo bastante grande para llevarlos a ellos también, y tendrían que nadar por el río, remolcando su equipaje. Terminaron la tarea en poco tiempo. Pusieron sus bultos sobre la balsa, que deslizaron por las frías aguas del Rappahalladran. La corriente era rápida, pero no peligrosa en esa época del año; los deshielos de la primavera habían terminado ya. El único problema era encontrar un lugar adecuado para trepar a tierra en la alta ribera del otro lado, una vez atravesado el río. Casualmente, la corriente los arrastró casi un kilómetro mientras se esforzaban por remolcar la balsa; y cuando la travesía terminó, descubrieron que estaban cerca de una ensenada en la orilla opuesta, lo que les permitía tomar tierra fácilmente. Salieron del agua helada gateando, temblando en el aire del crepúsculo. Después, sacaron la balsa del agua, se secaron rápidamente y se vistieron otra vez. Toda la operación había transcurrido en poco más de una hora y el sol había desaparecido de la vista bajo los altos árboles, dejando un resplandor rojizo que iluminó el cielo vespertino sólo unos minutos, los que faltaban para que llegase la oscuridad.

Los hermanos no se sentían demasiado inclinados a dar por terminada la jornada, pero Shea sugirió que durmiesen varias horas para recuperar fuerzas y reemprender el viaje siendo aún de noche para evitar cualquier posibilidad de ser vistos. La protección de la ensenada parecía segura, de modo que se acurrucaron en sus mantas bajo un gran olmo y, al momento, se quedaron dormidos. Hacia medianoche Shea despertó a Flick con una suave sacudida. Recogieron sus pertrechos con rapidez y se dispusieron a continuar su camino a través del Duln. Entonces, a Shea le pareció oír algo que acechaba en la otra orilla y, alarmado, avisó a Flick. Escucharon en silencio durante un largo rato, pero no pudieron detectar nada que se moviera en la negrura de la masa de árboles, y finalmente concluyeron que Shea debía de haberse confundido. Flick comentó que no podía oírse nada a causa del ruido de la corriente de agua y que la criatura de la Calavera probablemente seguiría buscándolos en Val. Su confianza se hallaba considerablemente reforzada por la errónea creencia de que, por el momento, habían burlado a sus perseguidores.

Estuvieron andando hasta la salida del sol, intentando avanzar en dirección este, pero incapaces de orientarse bien en un lugar de tan escasa visibilidad. Las entrelazadas y frondosas ramas de los árboles de hojas susurrantes les ocultaban a las estrellas. Cuando al fin decidieron detenerse, aún no habían logrado salir del Duln, ni sabían cuánto tiempo tardarían en llegar a las fronteras de Leah. Shea se sintió aliviado al ver aparecer el sol

justo enfrente de ellos; todavía seguían en la dirección correcta. Encontraron un claro protegido por un grupo de grandes olmos, resguardado en tres de sus lados por densos matorrales, y los jóvenes dejaron caer sus fardos y se adormecieron, totalmente exhaustos. Hasta media tarde no se despertaron y empezaron a prepararse para la marcha nocturna. Evitando encender un fuego que pudiera atraer la atención, tuvieron que contentarse con comer carne seca y verduras crudas, además de algunas frutas y un poco de agua. Mientras comía, Flick volvió a hablar de su punto de destino.

-Shea -empezó con cautela- no quiero insistir en el asunto, pero... ¿estás seguro de que estamos haciendo lo correcto? Quiero decir que aunque Menion quiera ayudarnos, nos podemos perder fácilmente entre los pantanos y las colinas que se encuentran detrás de los Robles Negros.

Shea asintió lentamente con la cabeza y después se encogió de hombros.

-Esto o ir más hacia el norte, donde estaremos menos cubiertos y la región sería desconocida incluso para Menion. ¿Crees que tenemos una posibilidad mejor?

-Supongo que no -respondió Flick tristemente-. Pero sigo pensando en lo que nos dijo Allanon, ¿lo recuerdas? Sobre no decírselo a nadie y evitar confiar en los demás. Fue muy rotundo respecto a eso.

-No empecemos otra vez -dijo Shea-. Allanon no está aquí y la decisión es mía. No veo cómo podemos llegar a los bosques del Anar sin la ayuda de Menion. Además, siempre ha sido un buen amigo, y es uno de los mejores espadachines que conozco. Necesitaremos su experiencia si nos vemos obligados a pelear.

-¿Qué certeza tenemos de contar con él? -preguntó Flick, resumiendo-. Además, ¿qué podemos hacer contra una criatura como la de la Calavera? ¡Nos va a destruir!

-No seas tan pesimista -se rió Shea-, todavía estamos vivos. No olvides que llevamos la protección de las piedras élficas.

Flick no quedó demasiado convencido con este argumento, pero pensó que mejor sería dejar el tema para otra ocasión. Debía reconocer que Menion Leah era una buena ayuda en una pelea, pero al mismo tiempo no estaba seguro de qué actitud decidiría adoptar el imprevisible joven. Shea confiaba en Menion por la simpatía instintiva que había desarrollado hacia el impetuoso aventurero durante los viajes a Leah con su padre en los últimos años. Pero Flick sentía que su hermano no era del todo racional al juzgar al príncipe. Leah era una de las pocas monarquías que quedaban en la Tierra del Sur, y Shea un abierto defensor del gobierno descentralizado, un oponente del poder absoluto. Sin embargo, declaraba su amistad con el heredero del trono de una monarquía, cosa que, en opinión de Flick, parecía bastante contradictoria. Tanto si se cree en algo como si no, no se puede optar por alternativas contrapuestas y ser honesto con uno mismo.

La comida acabó en silencio cuando las primeras sombras de la noche se hicieron presentes. El sol había desaparecido hacía rato y sus suaves rayos dorados se transformaron lentamente en un rojo intenso mezclándose con las ramas verdes de los gigantescos árboles. Los hermanos recogieron sus cosas y, con paso lento y rítmico, marcharon hacia el este, dando la espalda a la luz del día que iba desapareciendo. El bosque estaba extrañamente tranquilo, incluso para la hora que era, y los cautelosos jóvenes caminaron en el silencio inquietante a través de la penumbra del bosque. La luna era como un farol lejano que aparecía sólo a breves intervalos entre las oscuras ramas. Flick estaba particularmente nervioso por el silencio antinatural del Duln, un silencio inadecuado para un bosque tan enorme, pero desagradablemente familiar para el robusto hombre de Val. De vez en cuando se detenían en la oscuridad, escuchando la opresiva tranquilidad; después, al no oír nada, reanudaban rápidamente la agotadora marcha,

buscando un claro en el bosque desde donde se viesen las tierras altas. Flick no soportaba aquel silencio y en seguida empezó a silbar suavemente para sí, pero pronto se interrumpió ante la señal de aviso de Shea.

En algún momento durante las primeras horas de la mañana, los hermanos llegaron al límite del Duln y se abrieron paso por las praderas cubiertas de matorrales que se extendían durante kilómetros hasta las tierras altas de Leah. Todavía faltaban varias horas para que saliese el sol, así que los viajeros continuaron viajando hacia el este. Ambos se sintieron inmensamente aliviados al abandonar el Duln, alejándose de la sofocante opresión de sus árboles monstruosos y del desagradable silencio. Estaban más seguros ocultos por la vegetación del bosque, pero se sentían mejor preparados para enfrentarse a un peligro que apareciese en campo abierto. Incluso empezaron de nuevo a hablar en voz baja mientras caminaban. Aproximadamente una hora antes del alba, llegaron a un pequeño valle cubierto de arbustos, donde se detuvieron para comer y descansar. Desde allí ya podían ver al este las tierras altas de Leah débilmente iluminadas, todavía a un día de viaje. Shea calculó que si empezaban a caminar otra vez a la puesta del sol, llegarían a su destino, sin apresurarse, antes del nuevo amanecer. Entonces, todo dependería de Menion Leah. Con estos pensamientos en la cabeza, se quedó dormido.

Pasaron sólo unos minutos antes de que volvieran a despertarse. No fue algo que se moviera lo que les hizo levantarse con un temor repentino, sino la quietud mortal que reinaba ominosamente en las praderas. De inmediato, sintieron la inconfundible presencia de otro ser. La sensación les golpeó a ambos en el mismo instante y se pusieron de pie sobresaltados, con sus dagas resplandeciendo bajo la tenue luz, mientras miraban cautelosamente alrededor de su pequeño refugio. Nada se movía. Shea hizo una señal a su hermano para que lo siguiese, subiendo a gatas por la pendiente cubierta de matorrales del pequeño valle desde donde podrían ver la tierra de más allá. Yacieron inmóviles entre los arbustos, atisbando en la penumbra, esforzándose por detectar qué los acechaba. No se cuestionaron el hecho de que algo estuviese allí. No era necesario, ambos conocían la experiencia ante la ventana de su dormitorio. Ahora esperaban, sin apenas atreverse a respirar, preguntándose si la criatura les había encontrado al fin, deseando haber sido lo suficientemente cautelosos para no delatar sus movimientos. Parecía imposible que pudieran ser atrapados ahora, después del duro esfuerzo realizado; absurdo que la muerte llegase cuando la seguridad de Leah estaba sólo a pocas horas de distancia.

Entonces con una ráfaga repentina de viento y hojas, la figura negra del Portador de la Calavera se alzó sin hacer ruido desde una larga línea de árboles achaparrados situados a cierta distancia, a su izquierda. El bulto borroso pareció alzarse y quedar suspendido sobre la tierra durante un largo rato, como si fuese incapaz de moverse, perfilándose contra la débil luz del alba que se aproximaba. Los hermanos permanecieron echados, tan mudos como los matorrales que les rodeaban, esperando que la criatura se moviese. La forma en que los había seguido hasta allí, si realmente lo había hecho, sólo podía ser objeto de especulación. Quizá era sólo una funesta coincidencia que se encontraran en el mismo lugar de la pradera. Pero la realidad seguía siendo que los hermanos estaban atrapados y su muerte se había convertido en una posibilidad muy real. La criatura estuvo colgando inmóvil en el cielo durante largo rato. Después, lenta y perezosamente, las grandes alas se extendieron y empezó a avanzar hacia el lugar donde se escondían los jóvenes. Flick dejó escapar un suspiro de consternación y se hundió aún más entre los matorrales con la cara cenicienta bajo la luz gris, con su mano agarrando fuertemente el delgado brazo de Shea. Pero antes de llegar hasta ellos, la criatura se dejó caer sobre una pequeña arboleda y se perdió de vista. Los hermanos atisbaron con desesperación en la brumosa luz, incapaces de divisar a su perseguidor.

-Ahora -susurró la voz decidida de Shea empujando a su hermano-, mientras la criatura no pueda vernos. ¡Ve hacia esa línea de arbustos!

Flick no necesitó que se lo dijeran dos veces. Cuando el monstruo acabase con los árboles que ahora ocupaban su atención, su objetivo siguiente sería su escondite. El muchacho salió aterrorizado de su refugio, medio corriendo, medio arrastrándose, sobre la hierba mojada de la mañana, con su enmarañada cabeza volviéndose frecuentemente para mirar sobre su hombro, temiendo que el Portador de la Calavera se alzase en cualquier momento de la arboleda y lo descubriese. Tras él corría Shea, con su pequeño cuerpo inclinado sobre la tierra, cruzando rápidamente la pradera abierta, haciendo un recorrido en zigzag detrás de la robusta figura de su hermano. Llegaron hasta los arbustos sin ningún percance, y entonces Shea recordó que habían olvidado sus fardos, los fardos que estaban ahora en el lugar que acababan de abandonar. La criatura los vería con toda seguridad y, cuando lo hiciese, la caza llegaría a su fin, ya que no tendría ninguna duda de qué camino habían seguido. Shea sintió que el estómago se le encogía. ¿Cómo podían haber sido tan estúpidos? Agarró el hombro de Flick, desesperado, pero su hermano también se había dado cuenta del error y se desplomó pesadamente sobre el suelo. Shea sabía que tendría que volver por los delatadores fardos, aunque fuese visto; no había otra opción. Pero cuando se levantó titubeante, la forma negra del cazador apareció colgando inmóvil en el cielo. La posibilidad había desaparecido.

Una vez más les salvó la llegada del amanecer. Mientras el Portador de la Calavera estaba suspendido en silencio sobre los prados, el borde dorado del sol de la mañana surgió de su retiro tras las colinas del este, y envió sus primeros emisarios del día que se aproximaba, iluminando la tierra y el cielo con su cálido resplandor. La luz del sol detuvo a la masa oscura de la criatura nocturna que, viendo que su tiempo había acabado, empezó a dar vueltas sobre la tierra ampliando sus círculos. Emitió su grito aterrador cargado de odio escalofriante, helando durante un momento fugaz todos los sonidos suaves de la mañana. Giró después hacia el norte, y se alejó velozmente. Un momento más tarde había desaparecido, y los dos hermanos aliviados, sin poder creerlo, se quedaron mudos mirando a lo lejos el cielo despejado de la mañana.

V

Al final de la tarde de ese mismo día, los hombres de Val llegaron a la ciudad de Leah, en las tierras altas. Los muros de piedra y mortero que rodeaban la ciudad fueron como una bienvenida para los fatigados viajeros, a pesar de que a la luz del sol de la tarde, la masa caliente y grisácea presentaba un aspecto tan hostil como un hierro candente. La gran altura y el grosor de los muros resultaban repelentes para los hermanos, que preferían la libertad más vulnerable de los bosques que rodeaban su aldea; pero el cansancio apartó rápidamente cualquier desagrado y entraron sin dudarlo por las puertas del oeste hacia las estrechas calles de la ciudad. Era una hora bulliciosa, la gente se movía dándose empujones junto a los pequeños comercios y mercados, que se alineaban a la entrada de la ciudad amurallada y llegaban hasta la casa de Menion. Ésta era una antigua mansión majestuosa, protegida por árboles y cercas que rodeaban un césped cuidadosamente cortado y parterres de flores aromáticas. Para los hombres de Val Sombrío, Leah parecía una gran metrópolis, aunque de hecho era relativamente pequeña comparada con las grandes ciudades del centro de la Tierra del Sur o incluso la fronteriza ciudad de Tyrsis. Leah era una ciudad apartada del resto del mundo y los viajeros atravesaban sus puertas con muy poca frecuencia. Era autosuficiente, bastándose para atender a las necesidades de su propia gente. La gobernaba la monarquía más antigua de la Tierra del Sur. Era la única autoridad que sus súbditos conocían, quizá la única que necesitaban. Shea nunca estuvo convencido de esto, aunque la mayor parte de la gente de la tierra alta estaba contenta con su gobierno y la forma de vida que llevaba.

Mientras se abrían paso entre las multitudes, Shea se descubrió reflexionando sobre su increíble amistad con Menion Leah. Tenía que denominarse increíble, pensaba, porque a primera vista no parecía que tuviesen nada en común. El hombre del valle y el habitante de las tierras altas habían vivido en circunstancias tan distintas que no permitían puntos de coincidencia significativos. Shea, el hijo adoptivo de un posadero, pragmático y criado en las costumbres del hombre trabajador. Menion, el hijo único de la casa real de Leah y heredero del trono, nacido en una vida llena de responsabilidades que ignoraba sarcásticamente, poseído por una impetuosa confianza en sí mismo que intentaba esconder, lográndolo sólo a medias, y dotado de un instinto cazador casi sobrenatural, que le procuraba el envidioso respeto de incluso un crítico tan severo como Flick. Las filosofías de ambos eran tan dispares como su procedencia. Shea era muy conservador, defensor de las viejas costumbres, mientras que Menion estaba convencido de que las viejas costumbres habían demostrado ser ineficaces para solucionar los problemas de las razas.

A pesar de todas las diferencias, habían desarrollado una amistad que evidenciaba su mutuo respeto. Menion encontraba que su pequeño amigo a veces era anacrónico en su manera de pensar, pero admiraba su convicción y su determinación. Shea, en contra de la opinión frecuentemente expresada por Flick, no ignoraba los defectos de Menion, pero veía en el príncipe de Leah otras cualidades que le inclinaban a restarle importancia y un sentido fuerte y apremiante de la justicia.

En aquel momento, Menion Leah vivía sin ninguna preocupación particular por el futuro. Viajaba mucho, cazaba en los bosques de las tierras altas, pero la mayoría de la gente creía que se pasaba el tiempo buscando nuevas formas de meterse en problemas. Su pericia con el arco largo y como rastreador no le servían para ningún propósito útil. Por el contrario, únicamente lograban exasperar a su padre, que había intentado repetidas veces, pero sin éxito, interesar a su hijo y único heredero en los problemas del gobierno de su

reino. Un día, Menion sería el rey, pero Shea dudaba que su despreocupado amigo considerara esa posibilidad más que de pasada. Era absurdo esperar algo más. La madre de Menion había muerto hacía varios años, poco después de la primera visita de Shea a las tierras altas. El padre no era un hombre viejo, pero la muerte de un rey no siempre se produce por la edad, y muchos anteriores gobernantes de Leah habían muerto de forma repentina e inesperada. Si algo imprevisto le sucediese a su padre, Menion se convertiría en rey, tanto si estaba preparado como si no. Entonces no tendría más remedio que aprender algunas cosas. Ante este pensamiento, Shea sonrió a pesar suyo.

La casa ancestral de Leah era amplia, de dos pisos, construida en piedra, anidada pacíficamente entre un conjunto de frondosos nogales y pequeños jardines. Éstos estaban resguardados del resto de la ciudad por una barrera de altos arbustos. Cruzando un pequeño camino frente a la casa, había un gran parque, y cuando los hermanos atravesaron con paso cansado la entrada principal, unos niños chapoteaban festivamente en un pequeño estanque que había en la confluencia de los diferentes caminos del parque. Hacía calor y la gente pasaba deprisa junto a los viajeros para ir a encontrarse con los amigos o para dirigirse a sus hogares. Hacia el oeste, el cielo de la tarde iba oscureciéndose en una suave bruma dorada.

La alta verja de hierro estaba entornada y los valenses la atravesaron sin problemas, dirigiéndose hacia la puerta principal de la casa a través del camino entre los setos y los parterres. Cuando se aproximaron al umbral de piedra de la fachada de la casa, la pesada puerta de roble se abrió desde dentro y allí, inesperadamente, encontraron a Menion Leah. Vestido con una capa multicolor y un chaleco verde y amarillo claro, su cuerpo delgado se movía con la graciosa elasticidad de un gato. No era un hombre corpulento, aunque sí varios centímetros más alto que los hermanos, pero sus hombros eran anchos y sus largos brazos le daban una apariencia esbelta. Se disponía a tomar un sendero lateral, pero cuando vio a las dos figuras polvorientas vestidas con harapos que se acercaban por el camino principal, se detuvo en el acto. Un momento después sus ojos se abrían con sorpresa.

-¡Shea! -exclamó con voz aguda-. En el nombre de... ¿Qué te ha pasado?

Se precipitó hacia su amigo y estrechó cariñosamente la pequeña mano.

-Me alegro de verte, Menion -dijo Shea con una sonrisa.

Leah dio un paso atrás y sus ojos grises estudiaron a los dos con curiosidad.

-No esperaba que mi carta produjese un efecto tan inmediato... -Se interrumpió y escrutó el rostro cansado del otro-. No fue eso, ¿verdad? Pero no me lo digas, no quiero oírlo. Prefiero suponer que has venido a visitarme debido a nuestra amistad. Y has traído al receloso Flick también, por lo que veo. Eso sí que es una sorpresa.

Hizo un gesto irónico al ceñudo Flick, que le saludó con una escueta inclinación de cabeza.

-No fue idea mía, te lo aseguro.

-Me gustaría que fuese nuestra amistad la única razón de la visita -suspiró profundamente Shea-. Me gustaría no tener que meterte en nada de esto, pero me temo que estamos en un serio problema y que tú eres la única persona que puede ayudarnos.

Menion inició una sonrisa, después cambió de idea al ver el estado que se reflejaba en el rostro ojeroso, y asintió sobriamente.

-No se trata de ninguna broma, ¿verdad? Bueno, un baño caliente y una cena será lo primero. Después hablaremos de lo que os ha traído aquí. Vamos dentro. Mi padre está ocupado, pero yo estoy a vuestra disposición.

Una vez dentro, Menion dio órdenes a los criados para que se ocupasen de los valenses, a quienes se les ofreció un baño y una muda de ropa. Una hora más tarde, los tres amigos estaban reunidos en el gran comedor ante la cena, que normalmente hubiera servido para el doble de comensales, pero que aquella noche apenas calmó sus apetitos. Mientras comían, Shea relató a Menion la extraña historia que ocasionó su huida de Val Sombrío. Describió el encuentro de Flick con el misterioso Allanon y la historia relacionada con la Espada de Shannara. Fue necesario, a pesar de la orden de Allanon de mantenerlo en secreto, si quería solicitar la ayuda de Menion. Habló de la llegada de Balinor con su conciso aviso, de cómo lograron escapar de la negra criatura de la Calavera por muy escaso margen y finalmente de la huida hacia las tierras altas. Shea lo explicó todo. Flick no deseaba tomar parte en la conversación y resistió la tentación que sentía de exponer su propia versión de los acontecimientos de las últimas semanas. Optó por el silencio porque seguía decidido a no confiar en Menion. Estaba convencido de que sería mejor para los hermanos que al menos uno de los dos mantuviese la guardia alerta y la boca cerrada.

Menion Leah escuchó el largo relato sin interrumpirlo, sin mostrar ninguna sorpresa hasta que se habló del pasado de Shea, que pareció agradarle inmensamente. Su rostro enjuto y moreno se mantuvo casi todo el tiempo como una máscara inescrutable, alterada sólo por esa semisonrisa perpetua y las pequeñas arrugas de alrededor de sus agudos ojos grises. Comprendió rápidamente por qué habían acudido a él. Nunca hubieran podido ir desde Leah a través de las Tierras Bajas de Clete y atravesar los Robles Negros sin la ayuda de alguien que conociese la región, alguien de su confianza. *Corrijamos,* pensó Menion, sonriendo interiormente, *alguien en quien Shea pudiera confiar.* Sabía que Flick nunca hubiera accedido a ir a Leah sin la insistencia de su hermano. Nunca hubo demasiada simpatía entre Flick y él. Sin embargo, ambos estaban allí, ambos deseaban su ayuda, por cualquier razón; y él nunca podría negarle nada a Shea, ni aunque implicase arriesgar la vida.

Shea terminó su historia y esperó pacientemente la respuesta de Menion. El montañés parecía perdido en sus pensamientos, con los ojos fijos en un vaso medio lleno de vino que tenía delante. Cuando habló, su voz pareció fría.

-La Espada de Shannara. No había oído esta historia durante años. Nunca creí que fuese realmente cierta. Ahora surge de la oscuridad a través de mi viejo amigo Shea Ohmsford, por lo visto su heredero. -Sus ojos se agrandaron de golpe-. Podría ser una trampa, un señuelo de esas criaturas de la Tierra del Norte para cazarte y destruirte. ¿Cómo podemos estar seguros de Allanon? Por la historia que me has contado, parece tan peligroso como esas cosas que os persiguen. Quizá sea una de ellas.

Flick se sobresaltó notablemente ante la sugerencia, pero Shea negó firmemente con la cabeza.

-Soy incapaz de creer eso. No tiene ningún sentido.

-Puede que no -continuó Menion lentamente, meditando sobre las posibilidades-. Puede que me esté haciendo viejo y suspicaz. Francamente, toda esta historia es bastante inverosímil. Si es cierta, eres muy afortunado por haber logrado llegar hasta aquí por tus propios medios. Hay montones de cuentos sobre la Tierra del Norte, del maligno que reside en los páramos sobre las llanuras de Streleheim, cuyo poder, dicen, está más allá de la comprensión de cualquier ser mortal... -Durante un momento se interrumpió, para beber con delicadeza de su copa de vino-. La Espada de Shannara... sólo la posibilidad de que la leyenda sea cierta es suficiente para... -Movió de un lado a otro la cabeza y sonrió abiertamente-. ¿Cómo podía negarme a mí mismo la posibilidad de averiguarlo? Necesitarás un guía para llegar hasta el Anar y yo soy tu hombre.

-Sabía que lo serías.

Shea estrechó las manos del otro con gratitud. Flick gruñó en voz baja, pero logró esbozar una débil sonrisa. -Ahora vamos a examinar vuestra situación -dijo Menion tomando la iniciativa, y Flick se volvió para beber vino-. ¿Qué hay de esas piedras élficas? Déjame echarles un vistazo.

Shea sacó rápidamente la pequeña bolsa de cuero y vació su contenido en la palma abierta. Las tres piedras destellaron a la luz de las antorchas, con su color azul profundo y lleno de matices. Menion acarició una suavemente y la cogió.

-Desde luego son muy hermosas -reconoció-. No sé dónde, pero he visto alguna parecida. ¿Y cómo pueden ayudarnos?

-Todavía no lo sé -admitió el valense de mala gana-. Lo único que sé es lo que nos dijo Allanon. Que sólo deberían usarse en emergencias y que eran muy poderosas.

-Bueno, espero que tenga razón -dijo el otro-. No me gustaría descubrir en una situación difícil que estaba equivocado. Pero supongo que tenemos que pensar en esa posibilidad. -Se detuvo un momento y miró como Shea colocaba de nuevo las piedras en la bolsa de cuero que escondía en su túnica. Cuando el hombre del valle levantó de nuevo la vista, Menion miraba absorto su vaso de vino-. Yo sé algo del hombre llamado Balinor, Shea. Es un buen soldado. Dudo que podamos encontrar uno igual en toda la Tierra del Sur. Lo mejor que podríamos hacer es buscar la ayuda de su padre. Estarás mejor protegido por los soldados de Callahorn que por los enanos que moran en los bosques del Anar. Yo conozco los caminos hasta Tyrsis; todos ellos son seguros. Pero casi todos los senderos que van al Anar pasan directamente a través de los Robles Negros; no es el lugar más seguro de la Tierra del Sur, como ya sabes.

-Allanon nos dijo que fuésemos al Anar -insistió Shea-. Debía de tener alguna razón y hasta que no lo encuentre otra vez no voy a correr riesgos. Además, el propio Balinor nos aconsejó que siguiésemos sus instrucciones.

Menion se encogió de hombros.

-Eso es una desgracia, porque aunque lográsemos atravesar los Robles Negros, no conozco muy bien la zona que viene después. Me han dicho que es una región bastante inhóspita hasta llegar a los bosques del Anar. Los habitantes son en su mayoría sureños y enanos, que no deben ser peligrosos para nosotros. Culhaven es un pequeño pueblo de enanos en el río de Plata, en la parte baja del Anar. No creo que tengamos muchas dificultades en encontrarlo, si llegamos hasta allí. Primero, tendremos que viajar por las Tierras Bajas de Clete, lo que será especialmente difícil con los deshielos de primavera, y después por los Robles Negros. Ésa será la parte más peligrosa del viaje.

-¿No podemos tomar algún camino para evitarlos...? -preguntó Shea esperanzado.

Menion vació otro vaso de vino y pasó la botella a Flick que la aceptó sin parpadear.

-Tardaríamos semanas. Al norte de Leah está el lago del Arco Iris. Si vamos por allí, tendremos que rodear todo el lago hacia el norte a través de las montañas de Runne. Los Robles Negros se extienden hacia el sur desde el lago unos ciento cincuenta kilómetros. Si intentamos ir hacia el sur y volver al norte otra vez por el otro lado, tardaremos al menos dos semanas, y todo el camino es terreno abierto. En ningún sitio está cubierto. Tendremos que ir hacia el este por las tierras bajas, después cortar por los robles. -Flick frunció el ceño, recordando cómo en su última visita a Leah Menion había logrado perderlos durante varios días en el temido bosque, donde estuvieron amenazados por lobos y atormentados por el hambre. Lograron escapar vivos con grandes dificultades-. El amigo Flick se acuerda de los Robles Negros -rió Menion al interpretar su sombría expresión-. Bueno, Flick, esta vez iremos mejor preparados. Es una región traicionera, pero nadie la conoce

mejor que yo. Y es poco probable que puedan seguirnos allí. Sin embargo, no explicaremos adónde vamos. Bastará decir que salimos para una excursión de caza de varios días. Mi padre tiene sus propios problemas, ni siquiera me echará en falta. Está acostumbrado a mis salidas, que a veces duran semanas.

Se detuvo un instante y miró a Shea para ver si tenía algo más que decir. El joven sonrió ante el poco disimulado entusiasmo del otro.

-Menion, sabía que podríamos contar contigo. Será muy bueno tenerte con nosotros.

Flick le miró con una expresión de evidente disgusto, y Menion, captando la mirada, no pudo dejar pasar la ocasión de divertirse a costa de él.

-Creo que deberíamos hablar durante un minuto sobre qué gano yo con esto -declaró de repente-. Quiero decir, ¿qué consigo yo si os guío sanos y salvos hasta Culhaven?

-¿Qué consigues? -preguntó Flick sin pensarlo-. ¿Por qué deberías...?

-Está bien -interrumpió el otro rápidamente-. Me había olvidado de ti, Flick, pero no tienes que preocuparte; no pretendo compartir nada contigo.

-¿De qué estás hablando? -saltó Flick-. Nunca pensé tomar nada...

-¡Basta! -Shea se inclinó hacia delante con la cara encendida-. Esto no puede seguir así, teniendo que viajar juntos. Menion, debes dejar de provocar a mi hermano; y tú, Flick, debes mantener al margen, de una vez por todas, tu absurda suspicacia respecto a Menion. Tenemos que confiar unos en otros y ser amigos.

Menion bajó la cabeza y Flick se mordió el labio apesadumbrado. Shea se sentó de nuevo, dando por terminada la cuestión.

-Bien dicho -reconoció Menion después de unos instantes-. Flick, aquí tienes mi mano. Hagamos una tregua, al menos por Shea.

Flick miró la mano extendida y, lentamente, accedió a estrecharla.

-Pronuncias las palabras con mucha facilidad, Menion. Espero que por esta vez sea verdad lo que dices.

Menion aceptó el reproche con una sonrisa.

-Una tregua, Flick.

Soltó la mano del valense y apuró su vaso de vino. Sabía que no había convencido a Flick.

Ya era tarde y los tres estaban deseosos de acabar los planes y retirarse a descansar. Decidieron rápidamente que saldrían temprano por la mañana. Menion se encargó de que dispusiesen de un equipo de utensilios para el campo, que incluía morral, capas de caza, provisiones y armas. Sacó un mapa de la región al este de Leah, pero estaba poco detallado ya que el territorio no era muy conocido. Las Tierras Bajas de Clete, que se extendían desde el extremo este de las tierras altas a los Robles Negros, eran un páramo engañoso y lúgubre; sin embargo, en el mapa, no había más que una zona blanca con el nombre escrito encima. Los Robles Negros destacaban prominentemente, una masa densa de bosques que iba desde el lago del Arco Iris hacia el sur, resaltando como un gran muro entre Leah y el Anar. Menion comentó brevemente con los hermanos sus conocimientos del terreno y las condiciones climáticas en esa época del año. Pero su información era tan escasa como la del mapa. La mayoría de las cosas que encontrarían los viajeros no podía anticiparse con exactitud, y lo inesperado podría ser lo más peligroso.

Hacia medianoche, los tres estaban en la cama; sus preparativos para el viaje al Anar, terminados. En la habitación que compartía con Flick, Shea yacía exhausto en el mullido lecho, y durante un momento escudriñó la oscuridad que había al otro lado de la ventana

abierta. La noche lo había cubierto todo. El cielo era una masa de oscuridad densa y vibrante que había caído ominosamente sobre las brumosas tierras altas. El calor del día había desaparecido, empujado hacia el este por las refrescantes brisas nocturnas y en toda la ciudad durmiente reinaba una pacífica soledad. En la cama próxima a la suya, Flick ya estaba dormido, respirando profunda y regularmente. Shea lo observó, pensativo. La cabeza le pesaba y su cuerpo estaba agotado por el esfuerzo de llegar hasta Leah; sin embargo permanecía despierto. Por primera vez, empezaba a darse cuenta de la realidad de su difícil situación. La huida para llegar hasta Menion era sólo el primer paso de un viaje que muy posiblemente podía prolongarse durante años. Incluso si lograban llegar al Anar sanos y salvos, Shea sabía que después tendrían que huir otra vez. La búsqueda que pesaba sobre él continuaría hasta que el Señor de los Brujos fuese destruido, o hasta que él muriese. Hasta entonces, no podrían volver a Val, al hogar junto al padre que habían abandonado; y dondequiera que fuesen, su seguridad sólo duraría hasta que los cazadores alados los encontrasen.

La verdad era aterradora. En la oscuridad silenciosa, Shea Ohmsford estaba solo con su miedo; y en la profundidad de su ser luchó para deshacerse del nudo de terror. Tardó tiempo en quedarse dormido.

El día siguiente amaneció nublado, sin sol; un día húmedo que hacía sentir el frío en la piel. Shea y sus dos compañeros fueron conscientes del frío y la incomodidad mientras viajaban hacia el este a través de las brumosas Tierras Altas de Leah y empezaron lentamente a descender hacia las Tierras Bajas. No mantenían ninguna conversación mientras marchaban en fila india por los estrechos caminos que serpenteaban tediosamente entre los grandes pedruscos grises y los grupos de arbustos secos y deformes. Menion iba delante, con sus agudos ojos estudiando cuidadosamente los elementos característicos de los caminos que, a veces, no se mostraban con mucha claridad. Marchaba con pasos largos y relajados casi con elegancia, sobre el terreno que gradualmente se volvía más escarpado. Sobre su fina espalda llevaba un pequeño morral al que había fijado un gran arco de fresno y flechas. Además, bajo el morral, llevaba atado a su cuerpo, con una larga tira de cuero, la antigua espada que su padre le había dado al llegar a la mayoría de edad, la espada que correspondía por derecho de nacimiento al príncipe de Leah. Su hierro gris y frío brillaba débilmente en la sombría luz; y Shea, que le seguía varios pasos más atrás, se descubrió preguntándose si se parecería a la mítica Espada de Shannara. Sus cejas élficas se alzaron en una expresión de curiosidad, cuando intentó atisbar la interminable penumbra de la tierra que tenían delante. Nada parecía estar vivo. Era una tierra muerta en la que todo estaba muerto. Los seres vivos eran intrusos. No era una idea muy estimulante; sonrió débilmente para sí, obligando a su mente a pensar en otras cosas. Flick cubría la parte trasera, llevando en su robusta espalda el cargamento de provisiones con que deberían mantenerse hasta cruzar las Tierras Bajas de Clete y los amenazantes Robles Negros. Una vez hubiesen llegado hasta allí, si lo lograban, se verían obligados a comprar comida o intercambiar algo por ella a los nuevos y diseminados habitantes de aquella región, o como último recurso, buscar alimento en la misma tierra, una perspectiva que a Flick no le entusiasmaba particularmente. Aunque ahora estaba más seguro de que Menion se hallaba realmente dispuesto a ayudarles en este viaje, seguía desconfiando de él. Los acontecimientos del último estaban aún frescos en su memoria y no deseaba tomar parte en otra horrible experiencia como aquélla.

El primer día transcurrió rápidamente mientras atravesaban los límites del reino de Leah. Al anochecer habían llegado a la frontera de las lúgubres Tierras Bajas de Clete.

Encontraron cobijo para la noche en un pequeño valle bajo la insignificante protección de unos cuantos árboles sin hojas y algunos arbustos. La humedad de la neblina había empapado sus ropas por completo y el frío de la noche que llegaba les hizo temblar. Intentaron encender un fuego para calentarse y secarse un poco, pero la madera de aquella zona estaba tan saturada de humedad que fue imposible hacer que prendiera. Al final, renunciaron al fuego y se arreglaron con unas raciones de comida fría, envueltos en las mantas que habían protegido de la humedad al comienzo del viaje. Poco hablaron porque nadie tenía muchas ganas de pronunciar más que maldiciones sobre las condiciones del tiempo. No se oía ningún ruido en la oscuridad desde donde estaban acurrucados entre los matorrales; sólo una calma penetrante que exaltaba la mente con aprensiones repentinas e inesperadas que les obligaba a esforzarse de continuo por captar algún débil susurro que confirmase la existencia de la vida. Pero sólo había silencio y oscuridad, y ni el rastro de una suave brisa acarició sus helados rostros cuando se tendieron sin hablar entre las mantas. Al fin el cansancio de la jornada los invadió, y uno tras otro cayeron en el sueño.

El segundo y el tercer día fueron mucho peores que el primero. Llovió sin parar. Una llovizna helada, lenta y persistente empapó sus ropas, después llegó hasta la piel y los huesos y por último, hasta los mismos centros nerviosos; de manera que la única sensación que los cansados cuerpos sentían era la de una humedad total e incómoda. El aire era deprimente y frío durante el día y casi helado durante la noche. Todo lo que rodeaba a los tres viajeros parecía asolado por aquel frío persistente. Los pocos arbustos y la escasa vegetación estaban retorcidos y moribundos, masas amorfas de madera y hojas marchitas que esperaban en silencio el momento en que se desprenderían para quedar destruidas por completo. Ningún humano ni animal vivía allí; incluso el más diminuto roedor habría sido tragado y deglutido por la desgarradora quietud de aquella tierra, que se filtraba con la heladora humedad de interminables noches y días carentes de sol y de vida. Nada se movía, nada se agitaba al paso de los tres hombres a través de una región informe y sin senderos, ningún indicio de que algo o alguien hubiese pasado antes por allí, o pudiera pasar alguna vez. El sol no se asomó en ningún momento durante la marcha, ni el más leve rastro de sus rayos aleteó para demostrarles que en algún lugar fuera de aquella tierra olvidada y muerta existía un mundo con vida. Ya fuera por la neblina perpetua, por las densas nubes o por la combinación de ambas cosas, el cielo estaba tan oscuro como una pregunta sin respuesta. El único mundo que tenían era aquella tierra gris e inhóspita que recorrían.

Al cuarto día empezaron a desesperarse. Aunque no encontraron ninguna señal de los cazadores alados del Señor de los Brujos y parecía que cualquier posible perseguidor debería haberse rendido, la posibilidad ofrecía poco consuelo mientras las horas transcurrían y el silencio se hacía más hondo, la tierra más sombría. Incluso el animoso Menion empezó a titubear y la duda se introdujo subrepticiamente en sus pensamientos normalmente seguros y confiados. Empezó a preguntarse si se habrían perdido, si habrían viajado en círculo. Sabía que la tierra nunca se lo diría, que si se perdían en aquella región desolada, lo estarían para siempre. Shea y Flick sentían ese temor incluso con más intensidad. No sabían nada de las tierras bajas y les faltaba la habilidad y el instinto de cazador que poseía Menion. Dependían totalmente de él, pero notaban que algo iba mal a pesar de que el otro guardaba un silencio obstinado sobre sus dudas para no preocuparlos. Las horas pasaban, y el frío y la humedad de la horrible tierra parecían inmutables. Sintieron que la última brizna de confianza en los otros y en sí mismos empezaba a disolverse lenta, agónicamente. Al fin, como el quinto día de viaje evidenció que la desolación de las tierras bajas se extendía sin ningún signo visible de los ansiadamente buscados Robles Negros, Shea, agotado, solicitó una interrupción de aquella marcha sin fin y se desplomó sobre el suelo, interrogando con la mirada al príncipe de Leah.

Menion se encogió de hombros y miró con aire ausente hacia la neblina que los rodeaba, con su bello rostro tenso por el aire frío.

-No quiero mentirte -murmuró-. No estoy seguro de que vayamos en una dirección acertada. Podemos haber estado viajando en círculo; podemos estar perdidos sin esperanza.

Flick dejó caer su morral con desaliento y miró a su hermano con su característica expresión de «ya te lo dije». Shea le miró a su vez y se volvió con rapidez hacia Menion.

-¡No puedo creer que estemos totalmente perdidos! ¿No hay ninguna forma de que podamos orientarnos?

-Acepto cualquier sugerencia. -El amigo sonrió forzadamente, estirándose tras dejar caer también su morral sobre el suelo abrupto, y se sentó junto al hosco Flick-. ¿Qué ocurre, amigo Flick? ¿Otra vez os he vuelto a meter en lo mismo?

Flick le dirigió una mirada furiosa, pero al encontrarse con aquellos ojos grises, reconsideró su enojo. Allí había auténtica preocupación, e incluso un ramalazo de tristeza ante el pensamiento de que les había fallado. Con una afabilidad desacostumbrada en él, Flick se acercó y colocó una mano sobre el hombro de Menion, en un gesto de consuelo, asintiendo en silencio. De repente, Shea se puso en pie de un salto y abrió su morral, revolviendo precipitadamente en el contenido.

-Las piedras pueden ayudarnos -gritó.

Durante unos momentos, los otros dos lo miraron perplejos; después, al comprender de repente, se pusieron de pie y esperaron con ansiedad. Al fin, Shea sacó la pequeña bolsa de cuero con su preciado contenido. Los tres lo observaron con la esperanza de que las piedras élficas demostrasen su utilidad, que de alguna forma les ayudasen a escapar de aquella tierra yerma de Clete. Shea aflojó las cuerdas que cerraban la bolsa con nerviosismo y dejó caer cuidadosamente las tres piedrecitas azules sobre la palma de su mano. Se quedaron allí destellando levemente mientras ellos observaban y esperaban.

-Levántalas, Shea -le aconsejó Menion un momento después-. Quizá necesitan luz.

El valense lo hizo, con su inquieta mirada puesta en las piedras azules. No ocurrió nada. Esperó un largo rato antes de bajar la mano. Allanon le había indicado que no usara las piedras excepto en casos extremos. Era posible que las piedras sólo prestaran ayuda en situaciones especiales. Empezó a perder las esperanzas. En cualquier caso, se enfrentaba a la realidad de su ignorancia respecto a la forma de usar las piedras. Miró desesperado a sus amigos.

-¡Bueno, prueba otro método! -exclamó Menion intentando darle ánimos.

Shea tomó las piedras entre sus manos y las frotó unas contra otras, después las agitó y las arrojó como si fuesen dados. Tampoco sucedió nada. Lentamente las recogió de la tierra húmeda y las limpió con cuidado. Su azul intenso parecía ejercer cierta fascinación sobre ellos, y Shea escudriñó con atención su claro y cristalino núcleo, como si de alguna forma la respuesta pudiera encontrarse allí.

-A lo mejor tienes que hablarles o... -La voz de Flick denotaba desesperanza.

Una imagen del oscuro rostro de Allanon, inclinado y en profunda concentración, se materializó en la mente de Shea. Quizás el secreto de las piedras élficas pudiera ser desvelado siguiendo un procedimiento diferente, pensó de pronto. Manteniéndolas sobre su palma abierta, el pequeño valense cerró los ojos y concentró sus pensamientos en el interior del azul profundo, buscando el poder que tan urgentemente necesitaban. En silencio, le pidió ayuda a las piedras élficas. Transcurrieron momentos tan largos que parecieron horas. Abrió los ojos, y los tres amigos observaron y esperaron, mientras las

piedras descansaban sobre la mano de Shea, con su brillo azul empañado por la oscuridad y la humedad de la niebla.

Después, de repente, se iluminaron con un resplandor azul deslumbrante que hizo que los viajeros retrocediesen protegiéndose los ojos. Tan potente fue el aura que Shea casi dejó caer las pequeñas gemas a causa de la sorpresa. El intenso fulgor aumentaba cada vez más, iluminando la tierra muerta de su alrededor como nunca el sol había logrado. La luminosidad se intensificó cambiando el azul oscuro en azul eléctrico tan deslumbrante que los atónitos observadores quedaron momentáneamente hipnotizados. Se acrecentó, se hizo más firme, y de repente se proyectó hacia delante como un enorme faro, enfocando hacia la derecha, atravesando sin obstáculos la semioscuridad cubierta de niebla para llegar hasta cientos o quizá miles de metros de allí, hasta los grandes y nudosos árboles de los antiguos Robles Negros. La luz duró unos instantes y después desapareció. La neblina gris volvió con su humedad fría y las tres piedrecitas destellaron tan serenamente como antes.

Menion se repuso con rapidez, cogió a Shea por los hombros y le dedicó una amplia sonrisa. Con un ágil movimiento, volvió a colocarse el morral y se dispuso a continuar el viaje con los ojos fijos en el lugar ahora invisible donde había aparecido la vista de los Robles Negros. Shea volvió a colocar las piedras élficas en la bolsa, y los dos hermanos se ataron los morrales con correas. No dijeron ni una palabra mientras caminaban con ligereza hacia donde la luz había señalado, cada uno de ellos deseando con ansia llegar al anhelado bosque. Desapareció el frío de la oscuridad gris y la lenta llovizna de los cinco días anteriores. Desapareció la desesperación que tan intensamente sentían sólo unos minutos antes. Sólo quedó la certeza de que era posible escapar de aquellas espantosas tierras. No se cuestionaron ni dudaron de la visión que las piedras les habían revelado. Los Robles Negros eran los bosques más peligrosos de la Tierra del Sur, pero ahora les parecían un paraíso de esperanza comparado con el infierno de Clete.

El tiempo parecía no tener fin mientras ellos avanzaban. Podían haber pasado horas o tal vez sólo minutos, cuando de repente la neblina gris cedió su puesto a unos enormes troncos cubiertos de musgo que se elevaban hacia el cielo para perderse en las brumas superiores. Los tres hombres exhaustos se pararon al mismo tiempo, mirando alegremente con sus ojos cansados los impresionantes monstruos que se alzaban ante ellos de forma interminable, sus grandes masas constituían un muro impenetrable de corteza húmeda y agrietada sobre anchas y profundas raíces que habían permanecido allí durante incontables generaciones de hombres y que probablemente seguirían hasta que la tierra fuese destruida. Era un espectáculo impresionante, incluso a la débil luz de las neblinosas tierras bajas. Los espectadores sintieron la presencia evidente de una fuerza viva dentro de los bosques, tan increíblemente ancestral que demandaba un respeto profundo y temeroso por sus años. Daba la impresión de que habían entrado en otra era, en otro mundo, y todo lo que estaba tan en silencio frente a ellos tenía la magia de un cuento de hadas seductoramente peligroso.

-Las piedras funcionaron -murmuró Shea en voz baja, esbozando una leve sonrisa en su rostro cansado pero feliz. Respiró profundamente, con alivio, e hizo un gesto de satisfacción.

-Los Robles Negros -dijo Menion, admirado.

-Allá vamos otra vez -suspiró Flick.

VI

Pasaron la noche acampados dentro de la protectora periferia de los Robles Negros, en un pequeño claro, al abrigo de los grandes árboles y la densa maleza que hacían olvidar la lobreguez de las Tierras Bajas de Clete, situadas a menos de cincuenta metros al oeste. La pesada neblina se disipó en el bosque y era posible ver el cielo a través de la magnífica bóveda de hojas y ramas entrecruzadas varios metros sobre ellos. Mientras que en las moribundas tierras bajas no existía ningún signo de vida, en los gigantescos robles se mezclaban los ruidos de los insectos y de los animales como un susurro en la noche. Era agradable oír de nuevo algo viviente, y los tres viajeros cansados se sintieron bien por primera vez desde hacía días. Pero demorándose en el fondo de sus mentes, estaba el recuerdo del anterior viaje a este paraíso engañosamente pacífico, en el que se perdieron durante semanas y casi fueron devorados por los hambrientos lobos que acechaban en la profundidad de los confines del bosque. Además, las historias de viajeros desafortunados que habían intentado atravesar este mismo bosque eran demasiado numerosas para no ser tenidas en cuenta.

Sin embargo, los jóvenes se sentían bastante seguros en la frontera de los Robles Negros; y con ese ánimo, se dispusieron a encender un fuego. La madera abundaba y estaba seca. Se desnudaron y colgaron sus ropas empapadas sobre una cuerda cerca de la pequeña fogata. Rápidamente prepararon la comida, la primera comida caliente en cinco días, y la devoraron en cinco minutos. El suelo del bosque era suave y blando, un lecho confortable comparado con el siempre mojado de las tierras bajas. Mientras reposaban tranquilamente, de espaldas, mirando hacia el cielo entre las bamboleantes copas de los árboles, la brillante luz del fuego parecía proyectar hacia arriba débiles destellos anaranjados que daban la impresión de un ara ardiendo en un gran santuario. La luz vacilaba y chispeaba proyectándose sobre las rugosas cortezas y los suaves y verdes musgos que asían a los enormes árboles como oscuros parches. Los insectos del bosque mantenían su continuo zumbido de satisfacción. De vez en cuando, alguno volaría hacia las llamas del fuego y su breve vida se extinguiría con un destello. Una o dos veces oyeron el susurro de algún animalillo más allá de la luz del fuego, observándolos desde la oscuridad protectora.

Después de un rato, Menion se giró sobre el costado y miró con curiosidad a Shea.

-¿De dónde sacan su poder las piedras, Shea? ¿Pueden satisfacer cualquier deseo? Todavía no estoy seguro...

Su voz se apagó y movió la cabeza con un gesto impreciso. Shea continuó inmóvil de espaldas, mirando hacia arriba durante un rato, como si estuviese repasando los acontecimientos de aquella tarde. Se dio cuenta de que hasta entonces ninguno de ellos había hablado de las piedras élficas después de la misteriosa visión de los Robles Negros con aquella impresionante exhibición de incomprensible poder. Le lanzó una mirada a Flick, que lo observaba con atención.

-No creo que yo posea control sobre ellas -declaró bruscamente-. Fue casi como si ellas hubieran tomado la decisión... -Se interrumpió un momento y después añadió con aire ausente-: No creo que pueda controlarlas.

Menion asintió pensativo y volvió a echarse nuevamente. Flick se aclaró la garganta.

-¿Cuál es la diferencia? Nos sacaron de esa horrible ciénaga, ¿no?

Menion le dirigió una mirada penetrante y se encogió de hombros.

-Podría ser útil saber cuándo podemos contar con esa ayuda, ¿no crees?

Respiró profundamente y entrelazó sus manos detrás de la cabeza, desplazando su sagaz mirada hacia el fuego que había a sus pies. Flick se agitó inquieto observando alternativamente a Menion y a Shea. Éste no decía nada, y sus ojos parecían dirigirse a algún imaginario punto lejano. Pasó un largo rato hasta que el hombre de las tierras altas habló.

-Bueno, al menos hemos llegado hasta aquí -declaró satisfecho-. ¡Ahora podemos iniciar la siguiente etapa del viaje!

Se sentó y empezó a extender un mapa de la zona sobre la tierra seca. Shea y Flick se incorporaron también y miraron en silencio.

-Estamos aquí -Menion señaló un punto del sucio mapa en la zona que representaba los límites de los Robles Negros-. Al menos es dónde yo creo que estamos -añadió rápidamente-. Hacia el norte se encuentra el pantano de las Nieblas; más al norte el lago del Arco Iris y aún más allá el río de Plata, hacia los bosques del Anar. Lo mejor sería viajar mañana hacia el norte, hasta que lleguemos a las orillas del pantano de las Nieblas. Después lo bordearemos -trazó una larga línea-, y saldremos por el lado opuesto de los Robles Negros. Desde allí, podemos viajar directamente hacia el norte hasta que encontremos el río de Plata, que nos conducirá sin riesgos hasta el Anar. -Hizo una pausa y miró a los otros dos. Ninguno de ellos parecía satisfecho con lo expuesto-. ¿Qué ocurre? -preguntó aturdido-. El plan está pensado para que podamos pasar por los Robles Negros sin tener que atravesarlos, que es lo que nos ocasionó todos los problemas la otra vez que estuvimos aquí. ¡No olvidéis que los lobos siguen en algún lugar de ahí dentro!

Shea asintió y frunció el ceño.

-No es el plan lo que nos disgusta -empezó titubeando-, sino las historias que hemos oído sobre el pantano de las Nieblas...

Menion se llevó las manos a la frente con expresión de sorpresa.

-¡Oh, no! ¿Ese cuento de viejas sobre el Fantasma de las Nieblas que aparece en la orilla del pantano esperando para devorar a los viajeros extraviados? ¡No me digáis que lo creéis!

-No me extraña que digas eso -intervino Flick enojado-. ¡Supongo que habrás olvidado quién nos dijo lo seguros que eran los Robles Negros antes de realizar el viaje anterior!

-Muy bien -le aplacó el cazador-. No digo que esa sea una región segura, ni tampoco que no haya criaturas peligrosas en los bosques. Pero nadie ha visto nunca al fantasma de que habláis y, en cambio, muchos hemos visto a los lobos. ¿Qué preferís?

-Supongo que tu plan es el mejor -intervino Shea inmediatamente-. Pero preferiría acortar hacia el este tanto como sea posible, viajando por el bosque para evitar, si es posible el pantano de las Nieblas.

-¡De acuerdo! -exclamó Menion-. Pero puede resultar problemático cuando llevemos tres días sin ver el sol y no podamos estar seguros de en qué dirección está el este.

-Te subes a un árbol -sugirió Flick con aire indiferente.

-Te subes a... -tartamudeó el otro evidenciando su asombro-. ¡Claro! ¡Desde luego! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Bastará con trepar a un árbol de 50 metros con el tronco resbaladizo, mojado y cubierto de musgo! -Movió la cabeza de un lado a otro entre sorprendido y burlón-. A veces me dejas asombrado.

Dirigió una mirada de resignación a Shea buscando su apoyo, pero éste se había acercado de un salto a su hermano.

-¿Trajiste el equipo para escalar? -le preguntó con incredulidad. Cuando Flick asintió, le dio una palmada afectuosa en la espalda.

-Botas especiales, guantes y cuerda -le explicó rápidamente al atónito príncipe de Leah-. Flick es el mejor escalador de Val, y si hay alguien que pueda trepar por esos monstruos es él. -Menion movió la cabeza sin comprender-. Las botas y los guantes se recubren con una sustancia especial antes de usarlos, que hace que la superficie se vuelva rugosa para poder agarrarse, incluso aunque sea un tronco mojado y cubierto de musgo. Podría escalar uno de esos robles mañana y comprobar la posición del sol.

Flick sonrió orgullosamente y asintió.

-¡Ah! Maravilla de maravillas. -Menion sacudió la cabeza y miró hacia el robusto valense-. Incluso el menos ingenioso está empezando a pensar. Amigos míos, todavía podremos lograrlo.

Cuando se despertaron al día siguiente, el bosque estaba oscuro, con sólo leves jirones de luz diurna que se filtraban por entre las copas de los grandes robles. Una débil neblina había llegado flotando desde las tierras bajas, que contempladas desde el bosque, parecían tan sombrías y lúgubres como antes. En el bosque hacía frío; no un frío penetrante y húmedo como el de las tierras bajas, sino el tonificante típico de las primeras horas de la mañana en el bosque. Tomaron un rápido desayuno, y después Flick se dispuso a escalar uno de los altísimos robles. Se colocó los guantes y las botas, ambos pesados y flexibles, que Shea después recubrió con una sustancia pastosa y espesa que extrajo de un pequeño recipiente. Menion observaba con curiosidad, pero luego ésta se convirtió en sorpresa al ver al regordete valense agarrarse a la base del gran árbol y, con una agilidad que contradecía tanto su gruesa figura como la dificultad de la tarea, empezó a trepar hacia la cima. Sus fuertes miembros le condujeron hasta arriba entre la maraña de pesadas ramas. Entonces, el ascenso se hizo más lento y dificultoso. Pronto desapareció de la vista al llegar a la copa, después reapareció, bajando rápidamente por el tronco para reunirse con sus amigos.

De momento, guardaron los utensilios de escalar y el grupo se puso en marcha hacia el noreste. Basándose en el informe de Flick sobre la posición del sol en aquel momento, la ruta escogida les conduciría a un punto de la orilla este del pantano de las Nieblas. Menion creía que el viaje por el bosque podría realizarse en un día. Era temprano y estaban decididos a atravesar los Robles Negros antes de que oscureciera. Por lo tanto, iniciaron una marcha uniforme, en fila india, que a veces aceleraban. Menion iba delante, eligiendo el mejor camino, confiando plenamente en su pericia para orientarse en la semioscuridad. Shea le seguía de cerca, y Flick iba en último lugar, dirigiendo miradas ocasionales por encima de su hombro hacia los tranquilos bosques. Se detuvieron sólo tres veces para descansar y una vez para una breve comida, reincorporándose con rapidez a la caminata. Hablaban poco, pero la charla era despreocupada y cordial.

El día pasó rápidamente y pronto se hicieron visibles las primeras señales del anochecer. El bosque seguía extendiéndose ante ellos, sin ningún indicio de que fueran a acabarse los árboles. Pero lo peor fue una densa niebla oscura que empezó a filtrarse, espesándose gradualmente. Sin embargo éste era un nuevo tipo de niebla. No poseía la inconsistencia de la encontrada en las tierras bajas; era una sustancia parecida al humo, que uno podía sentir cómo se pegaba al cuerpo y a las ropas, fijándose de una forma peculiarmente desagradable. Parecía como si cientos de pequeñas manos frías y pegajosas tratasen de llegar hasta el cuerpo, y los tres viajeros sintieron una enorme repulsión ante su insistente contacto. Menion indicó que aquella sustancia densa y neblinosa provenía del pantano de las Nieblas, y que estaban a punto de salir del bosque.

Al final, la bruma se hizo tan densa que les fue imposible ver más allá de sus propios pies. Menion disminuyó su paso a una marcha lentísima, a causa de la poca visibilidad, y se mantuvieron juntos para no perderse. En ese momento, el día estaba tan avanzado que incluso sin la niebla, el bosque estaría sumido casi en una total oscuridad, pero sumando aquel elemento, era casi imposible encontrar cualquier camino. Parecía como si los tres estuvieran inmersos en un mundo de pesadilla, donde sólo la solidez de la tierra invisible que pisaban ofrecía alguna evidencia de la realidad. Finalmente se hizo tan difícil ver que Menion aconsejó a sus compañeros que se atasen el uno al otro y ambos a él para evitar una eventual separación. Lo hicieron con rapidez y reanudaron la lenta marcha. Menion sabía que estaban muy cerca del pantano de las Nieblas, y atisbaba atentamente en la semioscuridad intentando captar una imagen de lo que buscaban.

Incluso así, cuando llegaron al borde de la tierra pantanosa que rodeaba los límites norteños de los Robles Negros, no se dio cuenta hasta que se encontró hundido hasta la rodilla en las densas aguas verdes. El agarro del fango frío e inerte, acompañado de la sorpresa, le hicieron hundirse aún más, y sólo su inmediato aviso evitó que Shea y Flick corriesen la misma suerte. En respuesta a sus gritos, éstos se detuvieron sosteniendo con fuerza la cuerda que los unía y se apresuraron a sacar a su compañero del pantano y de una muerte segura. Las aguas tenebrosas y turbias de la gran ciénaga cubrían ligeramente el cieno sin fondo que había debajo. Éste, aunque no poseía la succión rápida de las arenas movedizas, lograba el mismo resultado tras un período de tiempo un poco más largo. Cualquiera que fuera capturado por él, estaba condenado a una muerte lenta por asfixia en un abismo insondable. Durante más años de los que se podían contar, su silenciosa superficie había atrapado a las criaturas desprevenidas que intentaron atravesarlo o bordearlo o tal vez sólo echar una ojeada a las opacas aguas, y los restos de todos ellos yacían sepultados en algún lugar bajo la plácida superficie. Los tres viajeros permanecieron silenciosos en su orilla, observando y experimentando interiormente el horror del oscuro secreto. Incluso Menion Leah se estremeció al recordar la breve e imperiosa invitación a compartir el destino de tantos otros. Durante un segundo mágico, la muerte pasó entre ellos y desapareció.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Shea de repente, rompiendo el silencio con lo que pareció un ruido ensordecedor-. ¡Tendríamos que haber evitado esta ciénaga!

Menion miró hacia arriba y, durante unos segundos, movió la cabeza de un lado a otro.

-Hemos salido demasiado al oeste. Tendremos que seguir rodeando el pantano en dirección este, hasta que nos libremos de la niebla y de los Robles Negros.

Hizo una pausa, calculando lo avanzado del día.

-No pienso pasar la noche aquí -declaró Flick vehemente, anticipándose a la pregunta del otro-. Prefiero caminar toda la noche e incluso mañana, o hasta pasado mañana.

La decisión inmediata fue continuar bordeando los límites del pantano de las Nieblas hasta que llegasen a una tierra abierta al este, y entonces se detendrían a descansar. Shea seguía con el temor de ser capturado en terreno abierto por los Portadores de la Calavera, pero su creciente horror por la ciénaga superaba a este miedo. Ahora sólo deseaba alejarse de allí todo lo posible. Los tres reforzaron la cuerda en la cintura y, en fila india, empezaron a avanzar por la irregular orilla del pantano, con los ojos fijos en el borroso sendero que seguían. Menion les guió con cautela, evitando la maraña traicionera de las raíces y malas hierbas que proliferaban en aquel lugar; formas retorcidas y nudosas que parecían vivas en la misteriosa penumbra de la neblina gris. A veces la tierra se reblandecía, haciéndose peligrosa como la del propio pantano, y debía ser orillada. En otras ocasiones, los enormes árboles bloqueaban el camino con sus grandes troncos

inclinados hacia la superficie inerte y oscura de las aguas. Sus ramas tristemente caídas, inmóviles, como si esperasen la muerte que se hallaba a sólo unos centímetros bajo ellas. Si las Tierras Bajas de Clete eran tierras agonizantes, aquel pantano era la propia muerte que aguardaba; una muerte infinita y eterna que no mostraba ningún signo, ningún aviso, ningún movimiento, agazapada en la misma tierra que tan brutalmente había destruido. La helada humedad de las tierras bajas también estaba allí, pero acompañada de la sensación inexplicable de que el denso lodo estancado de las aguas del pantano formaba parte de ella, depositándose continuamente sobre los cansados viajeros. La niebla se arremolinaba lentamente, pero no había ningún indicio de viento, ni de brisa, que agitase la hierba del pantano o los agonizantes robles. Todo estaba quieto, en un absoluto silencio de muerte inmutable que sabía bien quién era el vencedor.

Habían caminado quizá durante una hora cuando Shea presintió que algo iba mal. No había ninguna razón para aquel presentimiento, que se apoderaba poco a poco de él hasta que todos sus sentidos estuvieron alertados intentando descubrir dónde se escondía el problema. Caminando en silencio entre los dos, escuchaba atentamente, atisbando primero hacia los robles y después hacia el pantano. Por fin, dedujo con sobrecogedora certeza que no estaban solos, que había algo en los alrededores en sombras, algo que se escondía entre las nieblas, quedando oculto a su débil visión, pero capaz de vigilarlos. Durante un breve instante, el joven valense estuvo tan aterrorizado que se sintió incapaz de hablar y hasta de hacer un gesto. Sólo podía seguir andando, con la mente helada, esperando que ocurriese algo inexplicable. Pero entonces, con un esfuerzo supremo logró dominar sus embarullados pensamientos y hacer que los otros dos se detuviesen.

Menion miró a su alrededor inquisitivamente y empezó a hablar, pero Shea le hizo callar, poniéndose un dedo en los labios y señalando hacia el pantano. Flick ya miraba con desconfianza en aquella dirección, con todos sus sentidos alertados por el temor de su hermano. Durante un largo rato estuvieron de pie, inmóviles en la orilla del pantano; sus ojos y sus oídos concentrados en la impenetrable niebla que se movía perezosamente sobre la superficie de las aguas muertas. El silencio era opresivo.

-Creo que estás equivocado -susurró Menion al fin, relajando su vigilancia-. A veces, cuando se está cansado, es fácil imaginar cosas.

Shea negó con la cabeza y miró a Flick.

-No lo sé -admitió el otro-. Creo que he notado algo...

-¿El Fantasma de las Nieblas? -preguntó Menion con gesto irónico.

-Quizá tengas razón -intervino Shea rápidamente-. Estoy bastante cansado y sería capaz de imaginar cualquier cosa. Sigamos avanzando, salgamos de este lugar.

Reanudaron la monótona marcha, pero durante los minutos que siguieron estuvieron atentos a cualquier signo extraño. Después de un rato sin que nada ocurriese, sus pensamientos empezaron a derivar hacia otros temas. Shea logró convencerse de que estaba equivocado y había sido víctima de un exceso de imaginación, consecuencia de la falta de sueño, cuando Flick gritó.

De inmediato, Shea sintió un brusco tirón en la cuerda que los unía y notó que era arrastrado hacia la mortífera laguna. Perdió el equilibrio y cayó, incapaz de ver nada en la niebla. Durante un instante fugaz, le pareció vislumbrar el cuerpo de su hermano suspendido en el aire sobre el pantano, con la cuerda todavía atada a la cintura. Un segundo después, Shea sintió el frío de la ciénaga agarrando sus piernas.

Habrían estado perdidos de no ser por los rápidos reflejos del príncipe de Leah. Al primer tirón de la cuerda, se cogió instintivamente a la única cosa lo bastante cercana para poder hacerlo. Era un enorme roble hundido, con su tronco tan incrustado en la tierra

blanda que las ramas superiores estaban a su alcance, y Menion, rápidamente, asió con un brazo la más próxima y con el otro agarró la cuerda de su cintura y trató de tirar de ella. Shea, metido ahora hasta las rodillas en el fango del pantano, sintió que la cuerda se tensaba en la dirección de Menion e intentó ayudarle, Flick chillaba en la oscuridad sobre el pantano, y tanto Menion como Shea le gritaron, dándole ánimos. De repente, la cuerda que unía a Flick y Shea se aflojó, y de la nebulosa gris emergió la figura corpulenta y afanosa de Flick Ohmsford, todavía suspendida sobre la superficie del agua, con su cintura asida por lo que parecía ser una especie de tentáculo verde cubierto de hierbajos. En la mano derecha aguantaba su larga daga de plata, que brillaba amenazadora mientras la clavaba repetidas veces en la cosa que lo tenía apresado. Shea tiró con fuerza de la cuerda que aún les unía, intentando ayudar a su hermano a liberarse, y por fin lo logró. El tentáculo dio un latigazo hacia atrás, soltando al aún forcejeante Flick, que de inmediato cayó sobre el pantano.

Shea sacó de allí a su exhausto hermano, lo liberó de la cuerda y le ayudó a ponerse de pie antes de que varios brazos verdes surgieran de la neblinosa oscuridad. Golpearon al tembloroso Flick, derribándolo, y uno se cerró alrededor del brazo de Shea antes de que pudiera esquivarlo. También él se sintió atraído hacia la ciénaga y sacó su cuchillo para luchar con todas sus fuerzas contra el tentáculo cubierto de fango. Mientras peleaba, logró ver algo enorme que sobresalía del pantano. A un lado, Flick estaba de nuevo apresado por otros dos tentáculos y su rechoncha figura era arrastrada de nuevo hacia la orilla del agua. Shea se liberó del tentáculo que aprisionaba su brazo, clavando su cuchillo profundamente en el repugnante miembro. Mientras intentaba llegar hasta su hermano, sintió que otro tentáculo le agarraba la pierna, haciéndole perder el equilibrio. Al caer, su cabeza se golpeó contra una raíz de roble y perdió el conocimiento.

De nuevo fueron salvados por Menion, que con su agilidad característica saltó de la oscuridad blandiendo su enorme espada y, con un potente movimiento en arco, asestó un golpe al tentáculo que sostenía al inconsciente Shea. Un segundo más tarde, el hombre de las tierras altas estaba al lado de Flick, cortando y despejando su camino de los brazos que de repente salieron de la oscuridad para atraparlo. Con una serie de estocadas rápidas y certeras liberó al otro valense. Durante un momento, los tentáculos retrocedieron en la niebla del pantano; Flick y Menion corrieron a apartar a Shea, todavía inconsciente, de la peligrosa orilla del agua. Pero antes que ninguno de ellos pudiera alcanzar la seguridad de los grandes robles, los brazos verdosos surgieron nuevamente de la oscuridad. Sin dudarlo, Menion y Flick se colocaron ante su compañero inmóvil, intentando apartar a los asediantes brazos. Lucharon en silencio. Sólo se oía la sofocada respiración de los hombres que asestaban un golpe tras otro, cortando trozos, e incluso extremidades enteras, de los ansiosos tentáculos. Pero cualquier daño que inflingiesen parecía no afectar al monstruo del pantano, que atacaba con renovada furia a cada golpe. Menion se maldijo a sí mismo por no haber dejado a su alcance el arco de fresno, con lo que habría podido llegar hasta la criatura que se encontraba detrás de la niebla.

-¡Shea! -profería desesperadamente-. ¡Shea, despierta, o estaremos perdidos!

La figura silenciosa que había detrás de él se agitó un poco.

-¡Levántate, Shea! -rogó Flick desesperadamente, con los brazos exhaustos por la fuerte tensión de la lucha contra los tentáculos.

-¡Las piedras! -gritó Menion-. ¡Saca las piedras élficas!

Shea intentó ponerse de rodillas, pero de nuevo fue derribado por algún golpe de la batalla que se libraba delante de él. Oyó que Menion gritaba y, atolondradamente buscó su morral, dándose cuenta en el acto de que lo había soltado al acudir en ayuda de Flick. Lo divisó a su derecha, a varios metros de él. Los tentáculos se agitaban amenazadoramente

sobre él. Menion pareció darse cuenta también en aquel momento, y se lanzó hacia delante con un grito salvaje, abriendo paso con su larga espada para los otros. Flick estaba a su lado, con la pequeña daga todavía en su mano. En un último arrebato de sus agotadas fuerzas, Shea se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia el morral que contenía las preciadas piedras élficas. Su delgada figura se deslizó entre varios brazos que intentaban atraparle, y pudo llegar hasta ella. Ya estaba revolviendo en el interior, cuando el primer tentáculo le alcanzó una pierna. Pateó y forcejeó, intentó liberarse durante los pocos segundos que necesitaba para encontrar las piedras. Entonces su mano halló la pequeña bolsa y, de un tirón, la sacó del morral. Un repentino ataque de los serpenteantes tentáculos casi le hizo soltarla; después la apretó con todas sus fuerzas contra su pecho mientras trataba de aflojar con torpe lentitud las cuerdas que la cerraban. Flick se vio obligado a retroceder tanto que tropezó con el cuerpo tendido de Shea, cayendo de espaldas, mientras los tentáculos intentaban llegar a ellos. Ahora, sólo la figura delgada de Menion estaba de pie entre ellos y el gigantesco atacante, asiendo fuertemente con ambas manos la gran espada de Leah.

Casi sin darse cuenta, Shea llegó a tener las tres piedras azules en la mano, fuera de la bolsa al fin. Gateando hacia atrás, esforzándose por levantarse, el joven valense dejó escapar un grito salvaje de triunfo y extendió hacia delante las piedras élficas que brillaban débilmente. El poder encerrado en ellas fulguró de inmediato, inundando la oscuridad con una deslumbrante luz azul. Flick y Menion retrocedieron de un salto, protegiéndose los ojos del resplandor. Los tentáculos se encogieron titubeantes; y cuando los tres hombres se atrevieron a mirar otra vez, vieron que la luz brillante de las piedras élficas se adentraba en la niebla del pantano, abriéndose paso entre el vapor con la eficacia de un cuchillo. Vieron como golpeaba con un impacto aniquilador la enorme e incalificable masa que les había atacado, mientras ésta se hundía lentamente bajo las aguas cubiertas de fango. En el mismo instante, el resplandor sobre el monstruo que desaparecía alcanzó la intensidad de un pequeño sol, y las aguas humearon por las llamas azules que ardían hacia el cielo amortajado. Durante un momento el ardiente resplandor y las llamas estuvieron allí; al siguiente, habían desaparecido. La niebla y la noche volvieron, y los tres amigos se quedaron solos en la negrura de la tierra pantanosa.

Rápidamente, guardaron sus armas, recogieron los morrales caídos y retrocedieron hacia los enormes robles negros. La ciénaga permanecía tan silenciosa como lo había estado antes del ataque, con sus oscuras aguas inquietantemente plácidas bajo la neblina gris. Durante un rato, nadie habló, permanecieron echados contra los troncos de los árboles y respirando profundamente, agradecidos de estar vivos. Toda la batalla se había desarrollado a una velocidad increíble, como un espantoso instante en una pesadilla demasiado real. Flick estaba completamente empapado por las aguas del pantano y Shea mojado de cintura para abajo. Ambos temblaban en el frío de la noche. Tras un breve descanso, empezaron a moverse lentamente, esforzándose por evitar que el frío los entumeciera.

Comprendiendo que debían alejarse lo antes posible de la tierra pantanosa, Menion apartó su cansado cuerpo del tronco del roble contra el que descansaba, y con un suave movimiento se colocó el morral sobre los hombros. Shea y Flick lo imitaron, aunque no con la misma rapidez. Discutieron durante unos momentos la dirección que debían seguir ahora. La elección era simple: continuar a través de los Robles Negros y arriesgarse a perderse y ser atacados por los lobos hambrientos o seguir por la orilla del pantano y arriesgarse a un segundo encuentro con el Fantasma de las Nieblas. Ninguna de las posibilidades era demasiado atractiva, pero la batalla con la criatura del pantano de las Nieblas estaba demasiado próxima. Por tanto, la decisión fue la de permanecer en el bosque e intentar seguir un camino paralelo a la orilla del pantano con la esperanza de

llegar a campo abierto en pocas horas. En aquel momento, después de tanto tiempo de viaje, tras la violenta evidencia de los peligros que les acechaban, la capacidad de razonar que tenían por la mañana había desaparecido. Estaban cansados y atemorizados por el extraño mundo en el que viajaban, y el único pensamiento claro que les quedaba en sus aturdidas mentes era abrirse paso a través del sofocante bosque para poder encontrar algún lugar donde dormir. Con esta idea en sus mentes, y prescindiendo de la cautela que tan desesperadamente necesitaban, se olvidaron de volver a atarse.

El viaje continuó como antes, con Menion a la cabeza, Shea, a pocos pasos detrás, y Flick al final; todos caminando en silencio y con paso uniforme, con las mentes concentradas en la idea de que más adelante se hallaban la luz del sol y las praderas abiertas que los conducirían hasta el Anar. La neblina parecía haberse disipado un poco, y aunque la figura de Menion era sólo una sombra, Shea la divisaba lo bastante bien para poder seguirla. Aunque a veces, tanto Shea como Flick perdían de vista al que tenían delante y se esforzaban por encontrar con sus ojos cansados el camino que Menion trazaba para ellos.

El tiempo pasaba con una agonizante lentitud y la capacidad de visión de todos ellos empezó a disminuir al aumentar la necesidad de dormir. Los minutos se alargaban hasta convertirse en horas interminables; y ellos seguían caminando pesada y lentamente a través de la niebla de los grandes Robles Negros. Les parecía imposible decir qué distancia habían recorrido o cuánto tiempo había pasado. Pronto, todo perdió importancia para ellos. Se convirtieron en sonámbulos en un mundo de sueños y divagaciones, sin interrumpir su agotadora marcha, siempre entre los silenciosos troncos negros que nunca se acababan, que se aproximaban y se iban en incontables millares.

El único cambio notable fue un aumento gradual del viento que soplaba desde algún lugar en la noche amortajada, susurrando al principio, aumentando después su ruido en un crescendo aturdidor que atrajo las mentes de los tres viajeros con una magia cautivadora. Los llamaba, recordándoles la brevedad de los días pasados y venideros, avisándoles de que eran criaturas mortales con ninguna trascendencia en aquella tierra, gritándoles que se abandonasen a la paz del sueño. Lo oían y luchaban con el último resto de sus fuerzas contra el tentador razonamiento, concentrándose en poner un pie detrás del otro sin pensar, en una interminable sucesión de pisadas. Como siempre, iban uno tras otro; un momento después, cuando Shea miró hacia delante, Menion había desaparecido.

Al principio, no pudo aceptar el hecho. Su mente, normalmente aguda, estaba atrofiada por la falta de sueño, y continuó caminando lentamente hacia delante, buscando en vano la figura borrosa del esbelto príncipe. Después, se detuvo bruscamente al darse cuenta con terror de que se habían separado, aunque no sabía cómo. Se volvió con desesperación hacia Flick y lo agarró por la túnica suelta que llevaba, mientras el fatigado valense tropezaba con él. Flick lo miró sin comprender, sin saber, sin ni siquiera importarle por qué se había parado, con el único deseo de tenderse y dormir. El viento parecía aullar con júbilo salvaje en la oscuridad del bosque, y Shea llamó desesperadamente al príncipe de las tierras altas y sólo le contestaron los ecos de sus gritos inútiles. Llamó una y otra vez, elevando la voz hasta convertirla en un grito de desesperación y terror, pero no obtuvo más respuesta que los propios sonidos que emitió, amortiguados y distorsionados por el salvaje silbido del viento que se filtraba entre los grandes robles, batiendo y envolviendo los troncos y ramas silenciosos, y las susurrantes hojas. En una ocasión, pareció oír que gritaban su nombre y respondió con ansiedad. Corrió arrastrando al exhausto Flick a través del laberinto de árboles hacia la procedencia de la voz. Pero no había nada. Dejándose caer sobre el suelo del bosque, siguió gritando hasta que su voz le abandonó, pero sólo el viento contestaba con una carcajada burlona para decirle que había perdido al príncipe de Leah.

VII

Cuando al fin Shea se despertó, al mediodía siguiente, la brillante luz del sol llegaba hasta sus ojos semiabiertos con ardiente luminosidad mientras él yacía de espaldas sobre la alta hierba. Al principio, no pudo recordar nada de la noche anterior excepto que él y Flick se habían separado de Menion en los Robles Negros. Medio despierto, se incorporó sobre un codo, mirando a su alrededor soñolientamente, y descubrió que estaba en campo abierto. Atrás se alzaban los amenazantes Robles Negros, y supo que de alguna forma, después de haber perdido a Menion, lograron encontrar la manera de atravesar el terrible bosque antes de caer exhaustos. Todo estaba impreciso en su mente desde la separación. No podía imaginar de dónde había sacado las fuerzas para concluir la marcha. No podía siquiera recordar haber salido del interminable bosque para encontrar las tierras bajas cubiertas de hierba donde ahora estaba. Toda la experiencia le pareció muy lejana mientras se frotaba los ojos y suspiraba placenteramente bajo el calor del sol y el aire fresco. Por primera vez durante días, sintió a su alcance los bosques del Anar.

De repente, se acordó de Flick, y lo buscó a su alrededor con ansiedad. Un momento después, localizó la figura rechoncha abandonada al sueño a varios metros de distancia. Shea se levantó lentamente y se estiró con pereza, tomándose tiempo para localizar su morral. Se agachó y revolvió dentro de él hasta encontrar la bolsa de las piedras élficas, tranquilizándose al comprobar que aún estaban en su poder. Después recogió el morral. Se dirigió hasta donde estaba su hermano y lo zarandeó suavemente. Éste se agitó, gruñendo, contrariado porque alguien interfería en su sueño. Shea se vio obligado a zarandearlo varias veces, hasta que Flick abrió los ojos con desgana y lo miró malhumorado. Al reconocer a Shea, se sentó y escudriñó los alrededores.

-¡Eh, lo conseguimos! -exclamó-. Pero no sé cómo. No recuerdo nada desde que desapareció Menion, excepto que caminamos y caminamos hasta no sentir las piernas.

Shea sonrió asintiendo y dio una palmada en la espalda de su hermano. Le invadió una enorme gratitud al pensar en todo lo que habían pasado juntos. ¡Cuántas penalidades y peligros! Y todavía Flick podía burlarse de ello. Sintió un repentino sentimiento de amor hacia Flick, hacia un hermano que, aunque no lo era de sangre, lo era por compenetración.

-Lo hicimos muy bien -sonrió-, y lograremos recorrer el resto del camino, si consigo levantarte del suelo.

-La maldad de algunas personas es increíble. -Flick movió la cabeza, con una expresión de burlona incredulidad, y después se levantó con esfuerzo. Miró inquisitivamente a Shea-. ¿Menion...?

-Se ha perdido... No sé dónde...

Flick apartó la vista, advirtiendo el amargo disgusto de su hermano, pero sin querer reconocer ante sí mismo que su situación no mejoraba por la ausencia del príncipe de las tierras altas. Instintivamente desconfiaba de Menion, aunque tenía presente y no podía olvidar que les había salvado la vida en el bosque. Se quedó pensando durante unos momentos, después le dio una palmada en la espalda a su hermano.

-No te preocupes por ese bribón. Aparecerá en el momento menos oportuno. Créelo.

Shea asintió en silencio. Y la conversación pasó al tema más urgente. Estuvieron de acuerdo en que el mejor plan sería viajar hacia el norte hasta llegar al río de Plata, que desembocaba en el lago del Arco Iris, y subir corriente arriba hasta el Anar. Con un poco de suerte, Menion también seguiría ese camino y los alcanzaría en pocos días. Su habilidad

para desenvolverse en el bosque le permitiría escapar de los Robles Negros, encontrar su rastro en algún punto y seguirlo. A Shea le disgustaba la idea de prescindir de su amigo, pero era lo suficientemente sensato para darse cuenta de que cualquier intento de buscarlo en los Robles Negros sólo los conduciría a perderse ellos mismos. Además, el peligro al que se enfrentaban si eran descubiertos por los Portadores de la Calavera superaba con creces cualquier riesgo a que Menion pudiera enfrentarse, incluso en aquel bosque. Tenían que continuar.

Se pusieron en marcha de inmediato a través de las tranquilas y verdes tierras bajas, con la esperanza de llegar al río de Plata a la hora del crepúsculo. Era casi media tarde, y no tenían ninguna posibilidad de averiguar la distancia que los separaba del río. Tomando al sol como guía, se sintieron más seguros de su posición que en los neblinosos confines de los Robles Negros, donde habían tenido que depender de su poco fiable sentido de la orientación.

Hablaron con espontaneidad, animados por la luz del sol, que durante tantos días había estado ausente, y por una inexpresada sensación de gratitud por estar vivos aún después de las espantosas experiencias del pantano de las Nieblas. Mientras caminaban, pequeños animales y pájaros huían ante su intromisión. En una ocasión, bajo la atenuada luz del sol en declive, Shea creyó ver la figura pequeña y encorvada de un viejo a cierta distancia en el este, alejándose lentamente de ellos. Pero con aquella luz y a esa distancia, no podía estar seguro, y un instante más tarde fue incapaz de ver a nadie. Como Flick no había visto nada, el incidente quedó olvidado.

Al oscurecer, divisaron una larga y estrecha corriente de agua en el norte, que inmediatamente identificaron como el mítico río de Plata, el origen del maravilloso lago del Arco Iris, que quedaba al oeste, y de miles de cuentos de aventuras. Se decía que había un rey legendario del río de Plata, cuya riqueza y poder superaba cualquier descripción, pero cuyo único propósito era que las aguas del gran río corriesen libres y limpias, respetadas por hombres y animales. Raramente se mostraba a los viajeros, según las historias, pero siempre estaba allí para ofrecer su ayuda a cualquiera que la necesitase, o para aplicar un castigo a quien violara sus dominios. Al ver el río, Shea y Flick sólo pudieron decir que parecía muy hermoso bajo la decadente luz de la tarde, con aquel color plateado que le daba nombre. Cuando finalmente llegaron a su orilla, la tarde había oscurecido demasiado para permitirles ver lo claras que eran las aguas; pero al probarlas, las encontraron adecuadas para ser bebidas.

Descubrieron un pequeño claro cubierto de hierba en la orilla sur del río, bajo el amplio resguardo de dos grandes y viejos robles, que ofrecía un lugar ideal para pasar la noche. Incluso el corto viaje de aquella tarde les había producido un intenso cansancio, y prefirieron no arriesgarse a desplazarse en la terrible oscuridad de aquella región abierta.

Acabaron sus últimas provisiones. A partir de entonces, tendrían que cazar para comer. Este pensamiento fue especialmente descorazonador al recordar que las únicas armas que tenían eran aquellos pequeños cuchillos de caza tan poco eficaces. Menion llevaba el único arco.

Comieron sus últimas provisiones en silencio, sin encender fuego para cocinarlas, puesto que podría haber delatado su presencia. La luna estaba en cuarto creciente y el cielo sin nubes, de manera que los miles de estrellas de la ilimitada galaxia brillaban con una claridad deslumbrante, iluminando el río y la tierra situada tras él con un misterioso resplandor verde oscuro. Al terminar la comida, Shea se volvió hacia su hermano.

-¿Has pensado en este viaje, en todo lo que implica esta huida? -preguntó-. Quiero decir, ¿qué estamos haciendo realmente?

-¡Es gracioso que tú me lo preguntes! -se limitó a contestar el otro.

Shea sonrió y asintió.

-Supongo que sí. Pero tengo que justificar esto ante mí mismo y no es una tarea fácil. Puedo entender casi todo lo que nos dijo Allanon sobre el peligro que acechaba a los herederos de la Espada. ¿Pero qué ganaríamos con escondernos en el Anar? Esa criatura, Brona, debe buscar algo más que la Espada de Shannara, para tomarse tantas molestias con los herederos de la Casa de los Elfos. ¿Qué quiere? ¿Qué...?

Flick se encogió de hombros y arrojó una piedra a la rápida corriente del río, con la mente aturdida, incapaz de ofrecer ninguna respuesta sensata.

-Quizá quiere más poder -sugirió en tono impreciso-. ¿No le pasa eso, tarde o temprano, a todo el que tiene un poco de poder?

-Sin duda -asintió Shea evasivamente, pensando que esa forma de codicia había conducido a las razas a donde estaban en aquel momento, después de las largas y amargas guerras que casi habían destruido la vida. Pero habían pasado muchos años desde la última guerra y la aparición de comunidades separadas e independientes parecía haber proporcionado una respuesta parcial a la búsqueda de la paz. Se volvió hacia Flick-. ¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a donde vamos?

-Allanon nos lo dirá -respondió su hermano, aunque con dudas.

-Allanon no puede estar siempre diciéndonos qué debemos hacer -respondió Shea de inmediato-. Además, todavía no estoy seguro de que nos dijera la verdad respecto a sí mismo.

Flick asintió, pensando en aquel primer horrible encuentro con el oscuro gigante que se había lanzado sobre él, manejándolo como a un muñeco de trapo. Su comportamiento siempre había sorprendido a Flick, por ser un hombre acostumbrado a seguir su camino en la forma que mejor le pareciera. Tembló contra su voluntad, recordando su primer descubrimiento del Portador de la Calavera, y se dio cuenta de que debía reconocer que Allanon lo había salvado.

-No estoy seguro de querer saber la verdad de todo esto. Creo que no lo entendería -murmuró Flick.

Shea se sorprendió del comentario y se volvió hacia las aguas del río iluminadas por la luna.

-Puede que carezcamos de importancia para Allanon -reconoció-, pero de ahora en adelante no me moveré sin saber por qué lo hago.

-Es posible -oyó decir a su hermano-. Pero también es posible que...

La voz se disolvió amenazadoramente en los tranquilos sonidos de la noche y del río, y Shea decidió no insistir en el tema. Ambos se tumbaron y se quedaron dormidos al momento; sus cansados pensamientos fluyeron perezosamente hacia el inestable mundo de brillantes y coloreados sueños. En ese mundo seguro y errante de la fantasía, sus mentes exhaustas podían relajarse, liberarse de los temores ocultos del día siguiente que emergerían de cualquier forma que ellos deseasen, y allí, en el más distante santuario del alma humana, ser afrontados y superados. Pero incluso aunque los ruidos tranquilizadores de la vida que había a su alrededor y el pacífico murmullo del destellante río de Plata sosegasen sus preocupaciones, un espectro de aprensión iba horadando de manera inexplicable y furtiva el mundo de sus sueños y allí, a la vista de los ojos de la mente, se acomodaría y aguardaría, sonriendo sombríamente, odiosamente, conociendo bien el límite de su resistencia. Los dos durmientes se agitaban de vez en cuando, incapaces de sacudirse

la presencia de esa aparición aterradora atrincherada profundamente dentro de ellos, más pensamiento que forma.

Quizá fue esa misma sombra de alerta, que irradiaba la esencia característica del temor, lo que se fijó simultáneamente en las mentes inquietas de los dos hermanos e hizo que ambos se despertaran sobresaltados en el mismo instante. El sueño había desaparecido de sus ojos y en el aire flotaba la locura heladora y absoluta que se aferraba a ellos rayando la histeria. La reconocieron instantáneamente, y el pánico brilló débilmente en sus ojos al sentarse inmóviles y escuchar la noche sin ruidos. Pasaron unos instantes y nada ocurrió. Siguieron inmóviles, con los sentidos atentos a los sonidos que sabían que habían de llegar. Entonces oyeron el aterrador aleteo, y miraron hacia el río para ver la enorme y silenciosa figura del Portador de la Calavera, volando casi con elegancia desde las tierras bajas del lado norte del río y planeando después directamente hacia el lugar donde se refugiaban. Los valenses se helaron de terror, incapaces siquiera de pensar, y mucho menos de moverse, al ver que la enorme criatura se acercaba a ellos. No consideraban importante que todavía no los hubiese visto, quizá ni siquiera sabía que estaban allí, pero lo sabría en los segundos siguientes, y los hermanos no tenían tiempo para escapar. Shea sintió sequedad en su boca y en algún lugar dentro de él sus desordenados pensamientos le indicaron las piedras élficas, pero su mente estaba aturdida. Se sentó paralizado junto a su hermano y esperó el desenlace.

Milagrosamente, no llegó. Justo cuando parecía que el sirviente del Señor de los Brujos iba a encontrarlos, un destello de luz procedente de la otra orilla atrajo su atención. Al momento, se alejó batiendo las alas hacia la luz. Más abajo se produjo otro destello, y después otro. Ahora volaba velozmente, buscando con ansiedad mientras su mente astuta le indicaba que la búsqueda llegaba a su fin, que la larga caza concluía. Sin embargo, no podía encontrar el origen de la luz. De repente, la luz destelló de nuevo, y desapareció con la rapidez de un parpadeo. La criatura enloquecida descendió hacia ella, sabiendo que estaría escondida en la oscuridad del otro lado del río, en algún lugar entre los miles de pequeños barrancos y valles de las tierras bajas. La misteriosa luz fulguró una y otra vez, desplazándose más hacia el interior, mofándose y provocando a la nerviosa bestia para que la siguiese. En la otra orilla, las figuras petrificadas de los valenses permanecieron ocultas en la oscuridad, mientras sus ojos aterrados observaban a la sombra voladora que se alejaba cada vez más rápidamente de ellos, hasta que la perdieron de vista.

Siguieron inmóviles después de la marcha del Portador de la Calavera. Una vez más habían estado junto a la muerte y logrado evitar su roce fatal. Sentados en silencio escucharon cómo los ruidos de los insectos y los animales volvían a la noche. Tras unos minutos, empezaron a respirar con más tranquilidad. Sus posturas rígidas se relajaron y se miraron con sorprendido alivio, sabiendo que la criatura se había ido, pero incapaces de comprender cómo había ocurrido. La luz misteriosa que había destellado al otro lado del río reapareció de repente a la altura de unos cientos de metros detrás de ellos, desapareciendo durante un instante y brillando después, más cerca. Shea y Flick observaron admirados cómo se movía hacia ellos, zigzagueando ligeramente.

Poco después, la figura de un viejo anciano estaba ante ellos, encorvado y vestido con ropas de leñador. Su pelo tenía un brillo plateado bajo la luz de las estrellas, su cara estaba enmarcada por una larga barba blanca cuidadosamente arreglada y peinada. La extraña luz en su mano brillaba terriblemente, y no había ningún indicio de llama que lo produjera. De repente desapareció y, en su lugar, la mano nudosa del anciano sostenía un objeto cilíndrico. Miró a los jóvenes y les sonrió. Shea observó en silencio el viejo rostro, sintiendo que el extraño anciano merecía su respeto.

-La luz -pudo decir Shea finalmente-, ¿cómo...?

-Un juego de la gente que ha muerto y desaparecido hace tiempo. -La voz sonó como un monótono susurro que se diluía en el aire frío-. Desaparecido como la criatura maligna de...

Sus palabras se desvanecieron y él señaló hacia el lugar por donde el Portador de la Calavera se había marchado con un brazo flaco y arrugado que parecía colgar en la noche como una rama quebradiza de madera muerta. Shea le miró dubitativo, inseguro de lo que debía hacer a continuación.

-Estamos viajando hacia el este... -dijo Flick, tomando la iniciativa de repente.

-Hacia el Anar -le cortó la voz suave, mientras el rostro del anciano asentía manifestando su anterior conocimiento.

De repente, avanzó hasta la orilla del río, se volvió hacia ellos y les hizo una señal para que se sentasen. Shea y Flick lo hicieron sin titubear, incapaces de dudar de las intenciones del viejo. Al sentarse, sintieron un gran cansancio en sus cuerpos, y sus ojos de repente fueron incapaces de seguir abiertos.

-Dormid, jóvenes viajeros, que vuestro viaje puede ser corto -les dijo.

La voz se volvió más poderosa en el interior de sus mentes, más imperativa. No pudieron resistir la sensación de cansancio, tan agradable y deseada, y se tendieron sobre la hierba suave de la orilla, obedeciendo la orden. La figura que estaba ante ellos empezó a cambiar para convertirse lentamente en otra nueva. Con la vista vaga y borrosa de sus ojos semicerrados, les pareció que el viejo se convertía en un joven y que sus ropas ya no eran las mismas. Shea empezó a murmurar algo débilmente, intentando permanecer despierto, entender; pero un instante después, los dos valenses estaban dormidos.

Mientras dormían, se desplazaron como una nube por los días olvidados de sol y felicidad en su tranquila región que habían abandonado hacía tantos días. Una vez más, vagaron por los confines familiares del bosque de Duln y nadaron en las frías aguas del maravilloso río de Rappahalladran. Los temores y preocupaciones desaparecieron en el acto. Recorrieron las montañas boscosas y los valles de la campiña con una libertad que no se parecía a nada que hubiesen experimentado. En su sueño, tocaron, como si fuese la primera vez, cada planta y animal, cada pájaro e insecto, con la nueva comprensión de su importancia de ser vivo, a pesar de su pequeñez e insignificancia. Flotaron y fueron a la deriva como el viento, y olieron la frescura de la tierra, y fueron capaces de ver la belleza que la naturaleza viva había colocado allí. Todo era un caleidoscopio de colores y olores, y sólo débiles sonidos llegaban a sus mentes cansadas, sonidos del aire y de la tranquila campiña. Quedaron olvidados los largos y difíciles días de viaje a través de las brumosas Tierras Bajas de Clete, los días sin sol donde la vida era un alma perdida que vagaba desesperadamente en una tierra agonizante. Quedó olvidada la oscuridad de los Robles Negros, la locura de los gigantescos árboles interminables que les ocultaban el sol y el cielo. Desapareció el recuerdo del Fantasma de las Nieblas y del acoso del Portador de la Calavera, constante e inagotable. Los jóvenes valenses penetraron en un mundo sin los temores ni preocupaciones del mundo real y, durante esas horas, el tiempo se hizo apacible con la momentánea belleza de un arco iris al final de una repentina y violenta tormenta.

No supieron cuánto tiempo pasaron en ese mundo de sueños, ni tampoco supieron lo que les ocurrió en ese tiempo. Lo único que supieron, cuando volvían a la realidad en una creciente vigilia, es que ya no estaban en la orilla del río de Plata. Supieron también que el tiempo era nuevo y de alguna forma diferente; la sensación fue inquietante pero muy real.

Cuando su visión volvió muy lentamente, Shea se dio cuenta de que había gente a su alrededor, observando y esperando. Se incorporó sobre un codo, sin ver con claridad, descubriendo grupos de pequeñas figuras, de pie a su alrededor, inclinadas de forma

expectante. Tras ellos, emergió una figura alta e impresionante, vestida con ropas holgadas, que se inclinó sobre él. Una mano ancha se apoyó en su delgado hombro.

-¿Flick? -gritó temeroso, frotándose los ojos soñolientos con una mano, mientras miraba de soslayo para descubrir los rasgos de la figura velada.

-Ahora estás a salvo, Shea. -La profunda voz pareció provenir de aquella figura-. Esto es el Anar.

Shea parpadeó, intentando levantarse mientras la mano seguía reteniéndolo. Sus ojos empezaron a aclararse y vislumbró en un momento la figura semierguida de su hermano junto a él. Estaban rodeados por figuras bajas de fuerte complexión, que Shea identificó instantáneamente como enanos. Sus ojos examinaron el rostro duro del ser que estaba a su lado, y en el momento en que se posaron sobre la cota de malla brillante que envolvía la mano y el brazo extendido para agarrar su hombro, supo que el viaje al Anar había terminado. Habían encontrado a Culhaven y a Balinor.

A Menion Leah no le había resultado tan fácil la última parte del viaje hasta el Anar. Al principio, cuando se dio cuenta de que se había separado de los dos hermanos, el pánico se apoderó de él. No sintió miedo por sí mismo, sino por la difícil situación de los Ohmsford que tendrían que encontrar sin ayuda la salida de los Robles Negros cubiertos por la niebla. Él también había gritado desesperadamente, inútilmente, tropezando a ciegas en la oscuridad, hasta que su voz le abandonó. Pero al fin se vio obligado a admitir que la búsqueda sería inútil por esos medios. Exhausto, se encaminó a través de los bosques hacia donde creyó que se encontraban las tierras bajas, animándose con la esperanza de hallar a los hermanos con la luz del día. Se demoró en el bosque más tiempo del que había previsto, logrando salir casi al amanecer. Entonces, se derrumbó sobre un prado. Aunque en aquel momento no lo supo, había salido en un punto que quedaba al sur de donde dormían sus amigos. Su resistencia ya había llegado al límite y el sueño se apoderó de él tan rápidamente que no pudo recordar nada más tras la sensación de caer lentamente como un pluma hacia la hierba. Le pareció que había dormido mucho tiempo, pero en realidad se despertó pocas horas después de que Shea y Flick iniciaran su viaje hacia el río de Plata. Creyendo encontrarse a una distancia considerable al sur del punto al que se dirigían desde los Robles Negros, Menion decidió de momento viajar hacia el norte para atajar el camino de sus compañeros antes de que llegaran al río. Si no lograba encontrarlos, sabía que tendría que enfrentarse a la desagradable posibilidad de que continuaran perdidos en el laberinto de los bosques.

El habitante de las tierras altas se ató su ligero morral con rapidez, se colgó al hombro el gran arco de fresno y la espada de Leah, e inició su marcha hacia el norte.

Las pocas horas de luz que restaban de la tarde se consumieron rápidamente mientras caminaba, buscando con sus agudos ojos cualquier signo que revelara el paso de un ser humano. Casi se había hecho de noche cuando al fin encontró indicios de alguien que viajaba en dirección al río de Plata. Dedujo que el rastro debía ser reciente, y que con razonable seguridad pertenecía a más de una persona. Pero no había forma de saber quiénes eran los viajeros. En consecuencia, Menion continuó su camino sin demorarse en la menguada luz del crepúsculo, esperando encontrarlos cuando se detuviesen a pasar la noche. Sabía que también los Portadores de la Calavera estarían buscándolos, pero apartó de su mente los temores, recordando que no había ninguna razón para que lo relacionasen con los valenses. En cualquier caso, era un riesgo calculado al que debía exponerse si deseaba ayudar a sus amigos.

Poco después, justo en el momento en que el sol se ocultó totalmente bajo el horizonte, divisó al este a un hombre que viajaba en dirección opuesta. Rápidamente lo llamó. El hombre pareció sorprenderse por la repentina aparición del príncipe y trató de

alejarse de él. Menion fue en su persecución de inmediato, corriendo detrás del aterrado viajero y gritándole que no tenía intenciones de hacerle ningún daño. Varios minutos después alcanzó al hombre, que resultó ser un vendedor ambulante para los pueblos y familias que vivían alejados en estas tierras bajas. El vendedor, un individuo tímido y encorvado, asustado ya por la inesperada persecución, quedó totalmente aterrorizado por la visión del alto montañés que sostenía una espada ante él, allí tan lejos de cualquier lugar. Menion le dijo una vez más que no iba a hacerle daño, que estaba buscando a dos amigos que había perdido durante su viaje a través de los Robles Negros. Aquello fue lo peor que podía haber dicho al hombrecillo, que ahora estaba totalmente convencido de que el forastero era un loco. Menion pensó en informarle de que era el príncipe de Leah, pero inmediatamente descartó la idea. Al final, el vendedor le reveló que esa misma tarde había visto de lejos a dos viajeros que se ajustaban a la descripción de los valenses. Menion no pudo saber si el hombre le había dicho aquello por miedo a perder la vida o porque así había sucedido, pero aceptó el relato y se despidió del hombrecillo, que obviamente se alegró de que lo dejase partir tan fácilmente, y se alejó hacia el sur en la oscuridad protectora de la noche a toda velocidad.

Menion se vio obligado a admitir que ya había oscurecido demasiado para seguir el rastro de sus compañeros, de modo que buscó un lugar para acampar. Encontró un par de grandes pinos que le parecieron el mejor refugio disponible y se dirigió hacia ellos, observando con preocupación el despejado cielo nocturno. Había suficiente luz para permitir que la acechante criatura de la Tierra del Norte encontrara con relativa facilidad a cualquier viajero acampado, e interiormente anheló que sus amigos tuviesen el suficiente sentido común y pasaran la noche en algún lugar escondido. Arrojó su morral y sus armas bajo uno de los pinos y se acurrucó al abrigo de las ramas que colgaban bajas. Hambriento, ya que había comido poco en los dos últimos días, devoró sus últimas provisiones, pensando que, como él, los valenses deberían enfrentarse a la escasez de comida en las próximas jornadas. Después, se envolvió en su ligera manta, quejándose en voz alta por la mala suerte de haberse separado de ellos, y se durmió rápidamente con la gran espada de Leah desenvainada junto a él, resplandeciendo débilmente bajo la luz de la luna.

Ignorando los acontecimientos que se desarrollaron esa noche varios kilómetros al sur del río de Plata mientras él dormía, Menion Leah se levantó al día siguiente con un nuevo plan en la cabeza. Si podía acortar cruzando el campo, viajando hacia el noreste, lograría alcanzar a sus amigos con más facilidad. Estaba seguro de que ellos viajaban siguiendo el curso del río de Plata en su recorrido sinuoso hacia el este, hasta los bosques del Anar, de manera que tendrían que cruzarlo más arriba. Abandonó el débil rastro seguido el día anterior y empezó a caminar atravesando las tierras bajas en dirección este, pensando que si no encontraba ningún rastro de ellos río arriba, cuando llegase al borde de las aguas, podría volver atrás corriente abajo. También abrigaba la esperanza de ver algún pequeño animal de caza que le proporcionase alimento para la cena. Mientras caminaba iba silbando una canción, con el rostro relajado y animado ante la perspectiva de reunirse con sus compañeros perdidos. Incluso podía imaginarse la expresión severa e imperturbable del incrédulo Flick al verlo reaparecer. Caminó ágilmente con grandes zancadas que recorrían el terreno de manera rápida y constante, con el paso elástico y mesurado de un experto cazador y conocedor de los bosques.

Mientras viajaba, sus pensamientos vagaron hacia atrás en un repaso de los acontecimientos de los últimos días. Reflexionó sobre el significado de todo lo que había sucedido. Sabía poco de la historia de las Grandes Guerras y del reinado del Consejo Druida, la misteriosa aparición del llamado Señor de los Brujos y su derrota por la fuerza conjunta de las tres naciones. Lo que más lo inquietaba era su falta de conocimientos casi absoluta sobre la leyenda que había detrás de la Espada de Shannara, la mítica arma que

durante tantos años había sido un símbolo de la libertad ganada con el valor. Ahora constituía el derecho de primogenitura de un huérfano desconocido, medio hombre, medio elfo. La idea era tan absurda, que todavía le era imposible imaginar a Shea desempeñando ese papel. Sabía instintivamente que faltaba algo en el cuadro, algo tan básico para completar el rompecabezas de la gran Espada que, aún sin saber qué era, los tres amigos se dejaban llevar como hojas por el viento.

Menion también era consciente de que su intervención en aquella aventura no estaba motivada sólo por ayudar a su amigo. Flick tenía razón. Ni siquiera ahora estaba del todo seguro de por qué se dejó persuadir para emprender aquel viaje. Sabía que su comportamiento no era el adecuado para un príncipe de Leah. Sabía que su interés por el pueblo no era lo bastante profundo y que nunca se había esforzado realmente para incrementarlo. Nunca había intentado entender la importancia de gobernar con justicia a una sociedad donde la palabra del monarca era la única ley. Sin embargo, sentía que a su modo era tan bueno como cualquier otro hombre. Shea consideraba que él merecía ser respetado. *Tal vez,* pensó; pero su vida hasta el momento sólo estaba constituida por una larga serie de experiencias inquietantes y salvajes escapadas, que habían servido poco o nada para propósitos constructivos.

Las suaves tierras bajas cubiertas de hierba se transformaron en un terreno abrupto y árido, que se elevaba bruscamente en pequeños cerros y caía de golpe en valles que parecían zanjas, lo que hacía el viaje lento, e incluso peligroso en algunos lugares. Menion buscaba con ansia alguna señal de terreno más nivelado, pero era casi imposible ver a lo lejos, incluso desde la cima de los empinados montículos. Caminaba afanosamente, ignorando de forma deliberada y perseverante la escabrosidad del terreno y maldiciendo en silencio su decisión de haber tomado ese camino. Su mente vagó unos instantes, después se volvió de repente al percibir el sonido de una voz humana. Escuchó con atención durante varios segundos, pero no pudo oír nada más y supuso que habría sido el viento o su imaginación. Un momento después la oyó de nuevo, pero esta vez fue el claro sonido de una voz de mujer que cantaba dulcemente en algún lugar hacia delante. Caminó más deprisa, preguntándose si sus oídos se estarían burlando de él, pero escuchando de forma constante la dulce voz que se hacía más audible. Pronto el fascinante sonido del canto llenó el aire con una intensidad alegre y casi salvaje, que llegó a lo más profundo de la mente del príncipe, invitándole a seguirla, a ser tan libre como la canción parecía ser. Casi en trance, siguió caminando sin detenerse, sonriendo sin recelo ante las imágenes que la canción evocaba. Se preguntó vagamente qué estaría haciendo una mujer en aquellas desoladas tierras bajas, a kilómetros de distancia de cualquier tipo de civilización, pero la canción pareció despejar todas sus dudas con su cálida paz dirigida al corazón.

En la cima de una subida particularmente empinada y un poco más alta que las de su alrededor, Menion la encontró sentada bajo un pequeño y retorcido árbol de largas y nudosas ramas, que le recordaron las raíces de un sauce. Era una joven muy bella y se sentía cómoda en aquellas tierras, como demostraba su brillante forma de cantar, aparentemente absorta para cualquiera que pudiera ser atraído con el sonido de su voz. No disimuló su acercamiento, sino que avanzó directamente hacia ella sonriendo ante su belleza y juventud. Ella le devolvió la sonrisa, pero no hizo ningún movimiento para levantarse o saludarlo, continuando con la alegre melodía de la tonada que había estado cantando durante todo el tiempo. El príncipe de Leah se detuvo cuando le separaban unos pasos, pero ella le hizo un rápido gesto para que se acercase y se sentara a su lado bajo el árbol de extraña forma. Fue entonces cuando, desde algún lugar en su interior, sintió una señal de alerta; un sexto sentido aún no fascinado por la vibrante canción tiró de él y le exigió que le informara de por qué aquella joven pedía a un completo desconocido que se sentase a su lado. No había ninguna razón para eso, excepto quizá la desconfianza innata

del cazador hacia todas las cosas que están fuera del lugar y del tiempo requeridas por la naturaleza; pero cualquiera que fuese la razón, hizo que el habitante de las tierras altas se detuviese. En ese instante, la joven y la canción se convirtieron en humo, dejando a Menion sobre el árido montículo, frente al árbol de extraño aspecto.

Durante un segundo Menion dudó, incapaz de creer lo que acababa de ocurrir. Después, retrocedió precipitadamente. Pero el terreno que había a su alrededor se cuarteó, dejando salir a gran cantidad de gruesas y nudosas raíces que se enroscaron con fuerza en los tobillos del joven, reteniéndolo. Menion se tambaleó al retroceder en un intento de liberarse. Durante un momento, le pareció que su situación era ridícula. Pero a pesar de sus esfuerzos, no podía soltarse de aquellas raíces que lo sujetaban. La extrañeza de la situación aumentó casi de inmediato cuando alzó la vista y descubrió que el extraño árbol de ramas semejantes a raíces, que antes estaba inmóvil, se aproximaba con un movimiento lento y continuo, extendiendo sus ramas hacia él, cuyas puntas estaban cubiertas de pequeñas agujas de aspecto peligroso. Ahora, totalmente despejado, Menion dejó caer el morral y el arco, y desenvainó la gran espada, dándose cuenta de que la joven y la canción habían sido una ilusión para atraerlo hasta el alcance del ominoso árbol. Dio varios cortes a las raíces que le apresaban, dañándolas en diversos lugares, pero con pocos resultados porque estaban tan fuertemente asidas a sus tobillos que no podía arriesgarse a atacarlas con demasiada violencia. El pánico se apoderó de él cuando comprendió que no podía liberarse, pero se propuso alejar ese sentimiento y le gritó un desafío a la planta, que ahora ya estaba casi encima de él. Atacándola con furia por uno y otro lado al tenerla a su alcance, consiguió dañar varias ramas que retrocedieron ligeramente, dando la impresión de que la estructura entera se resentía. Menion supo que cuando se aproximara de nuevo debería atacar su centro nervioso si quería destruirla. Pero el extraño árbol tenía otros propósitos: replegando hacia sí sus ramas, las lanzó de golpe y a la vez contra el viajero apresado, rociándole con las diminutas agujas que se desprendieron de sus extremos. Muchas de ellas erraron su blanco y algunas rebotaron sobre la gruesa túnica y las botas sin causar daño alguno, pero otras cayeron sobre la piel desnuda de las manos y la cabeza y se clavaron, produciéndole leves sensaciones de pinchazos. Menion trató de arrancárselas, mientras se protegía contra un nuevo ataque, pero las pequeñas agujas se rompieron, dejando sus puntas incrustadas en la piel. Sintió que una especie de somnolencia lo invadía y que parte de su sistema nervioso empezaba a embotarse. Entonces comprendió que las agujas contenían alguna clase de droga que servía para dormir a la víctima de la planta, para rendirla. Luchó salvajemente contra la sensación que inundaba su cuerpo, pero pronto cayó de rodillas, incapaz de resistirse, sabiendo que el árbol había ganado.

Para su sorpresa, el mortífero árbol pareció dudar y después retroceder ligeramente, replegándose de nuevo para atacar. Detrás del príncipe caído, sonaron unas pisadas lentas y pesadas que se aproximaban con cautela. No podía volver la cabeza para ver quién era; además, una voz profunda y grave le indicó que permaneciera inmóvil. El árbol se dispuso a actuar, pero un momento antes de que lanzase sus agujas mortíferas, recibió el fuerte impacto de una enorme maza que voló sobre el hombro de Menion. El extraño árbol fue derribado por el golpe. Evidentemente dañado, intentó levantarse y volver a la lucha. Menion oyó tras él el ruido de una cuerda de arco al ser soltada y una larga flecha negra se incrustó en el grueso tronco de la planta. En el acto, las raíces que rodeaban su pie le soltaron y se hundieron en la tierra, y todo el árbol tembló violentamente, con las ramas agitándose en el aire y lanzando sus agujas en todas las direcciones. Un momento después, caía sin fuerzas sobre la tierra. Tras un espasmo final, yació inmóvil.

Todavía bajo el efecto de la droga de las agujas, Menion sintió que las fuertes manos de su salvador se asían a sus hombros y le obligaban a tenderse, mientras un gran cuchillo de caza cortaba las raíces que aún rodeaban sus tobillos. Ante él estaba un enano robusto,

vestido con las ropas verdes y marrones de leñador que llevaba la mayoría de ellos. Era alto entre los de su raza; debía de medir más de metro y medio, y llevaba un pequeño arsenal de armas sujeto alrededor de su ancha cintura. Miró hacia el drogado Menion y movió la cabeza con expresión dubitativa.

-Debes ser extranjero para hacer una cosa como ésta -le reprendió con voz grave-. Nadie con sentido común jugaría con las sirenas.

-Soy de Leah... del oeste -logró articular Menion, con voz pastosa y extraña a sus oídos.

-Un montañés. Tendría que haberlo adivinado. -El enano rió sin disimulo-. Bueno, no te preocupes, estarás bien en unos pocos días. Esa droga no te matará si recibes un tratamiento adecuado, pero estarás inconsciente durante cierto tiempo.

Rió de nuevo y se volvió para coger su maza. Menion, con el último resto de sus fuerzas, lo agarró por la túnica.

-Tengo que llegar a... el Anar... Culhaven -dijo jadeando-. Llévame hasta Balinor...

El enano se volvió para mirarlo, pero Menion ya se había desmayado. Murmurando algo para sí, recogió sus armas y las del habitante de las tierras altas. Después, con una fuerza sorprendente, colocó el cuerpo inerte de Menion sobre sus hombros, acomodando la carga para que quedase en equilibrio. Satisfecho al fin de que todo estuviese en su lugar, sin dejar de murmurar, se dirigió hacia los bosques del Anar.

VIII

Flick Ohmsford estaba sentado tranquilamente en una gran piedra de uno de los niveles superiores de los hermosos jardines de Meade, en la población de enanos conocida como Culhaven. Desde allí tenía una vista perfecta de las maravillosas plantaciones que se extendían bajando por la ladera rocosa en niveles ordenados, que iban disminuyendo en sus extremos limitados por piedras cuidadosamente cortadas, que hacían pensar en una cascada de agua que se deslizara sobre la vertiente. La creación de estos jardines en una ladera antes estéril, era un logro maravilloso. Se trajeron tierras especiales de regiones más fértiles para esparcirlas en el lugar donde estarían situados los parterres, posibilitando que miles de hermosos arbustos y plantas florecieran durante todo el año en el clima templado del bajo Anar. El color era indescriptible. Comparar los matices innumerables de las flores con los colores del arco iris habría sido una gran injusticia. Flick intentó contar los distintos tonos, tarea que pronto encontró imposible. La abandonó y trasladó su atención hacia el gran claro que había al pie de los jardines, por donde iban o venían de sus trabajos los miembros de la comunidad de enanos. Eran una gente curiosa para Flick, tan aficionado al trabajo duro y a la vida ordenada. Todo lo que hacían estaba siempre planeado de antemano hasta el mínimo detalle, pensando hasta un punto en que incluso el minucioso Flick se impacientaba por el tiempo perdido en los preparativos. Pero eran cordiales y acogedores, con una amabilidad que los dos valenses agradecían, puesto que se sentían un poco fuera de lugar en aquella tierra extranjera.

Llevaban dos días en Culhaven, y aún no habían logrado averiguar qué les había ocurrido, por qué estaban allí, o cuánto tiempo duraría su estancia. Balinor no les había aclarado nada, diciéndoles que él sabía muy poco y que todo les sería revelado a su debido tiempo, un comentario que Flick encontró no sólo melodramático sino también exasperante. No había ni rastro de Allanon, ni una palabra sobre su paradero. Lo peor de todo era la falta de noticias de Menion, teniendo en cuenta que a los hermanos, por alguna razón, se les había prohibido abandonar la seguridad del pueblo. Flick volvió los ojos hacia el nivel más bajo de los jardines para ver si su guardaespaldas personal continuaba allí, espiándole de reojo, con su incansable mirada fija en el valense. Shea se había enfurecido por este tratamiento, pero Balinor insistió en que alguien debería estar siempre vigilándolos por si intentaba atacarles alguna de las errantes criaturas de la Tierra del Norte. Flick accedió sin resistirse ante el recuerdo de todos los encuentros anteriores con los Portadores de la Calavera. Desechó aquellos pensamientos al ver que Shea se aproximaba por el sinuoso camino del jardín.

-¿Algo nuevo? -preguntó con ansiedad mientras el otro se sentaba a su lado.

-Nada -fue la corta réplica.

Shea se sentía vagamente exhausto, a pesar de que había tenido dos días para recuperarse de la extraña odisea que los había llevado desde su hogar en el Val Sombrío hasta los bosques del Anar. Allí los trataban gentilmente, incluso con excesiva atención, en ocasiones, y la gente parecía de veras preocupada porque se sintiesen bien. Pero no habían oído ni una palabra sobre lo que ocurriría después. Todo el mundo, incluido Balinor, parecía estar esperando algo, quizá la llegada del tanto tiempo ausente Allanon. Balinor fue incapaz de explicarles cómo habían llegado al Anar. Respondiendo a una misteriosa luz que destellaba, dijo, los había encontrado tendidos en la ribera del río, en las proximidades de Culhaven, hacía dos días, y los había llevado a la villa. Tampoco sabía nada del viejo, ni de cómo hicieron el largo recorrido río arriba. Cuando Shea mencionó la leyenda del rey

del río de Plata, Balinor se encogió de hombros y comentó con indiferencia que todo era posible.

-¿Ninguna noticia de Menion...? -preguntó Flick titubeante.

-Sólo que los enanos siguen buscándolo y que eso puede requerir un tiempo -respondió Shea-. No sé qué hacer ahora.

Flick reconoció en su interior que esta última declaración había demostrado ser la tónica de todo el viaje. Miró al pie de los jardines, donde un pequeño grupo de enanos armados estaba reunido alrededor de la figura dominante de Balinor, que había aparecido de pronto, saliendo de los bosques de detrás. Incluso desde el lugar en que se hallaban en la cima de los jardines, los valenses pudieron distinguir la cota de malla bajo la capa de caza que conocían tan bien. Habló en tono serio con los enanos durante unos minutos, con su cara marcada por las arrugas de la concentración. Shea y Flick sabían muy poco del príncipe de Callahorn, pero la gente de Culhaven parecía tener un gran respeto hacia él. Menion también había elogiado a Balinor. Su reino estaba en la región más al norte de la extensa Tierra del Sur. Los ciudadanos de Callahorn eran principalmente hombres, pero a diferencia de la mayoría de las personas que conocían, se mezclaban libremente con otras razas y no seguían una política de aislamiento.

La renombrada Legión Fronteriza estaba acuartelada en esa región distante; un ejército profesional dirigido por Ruhl Buckhannah, rey de Callahorn y padre de Balinor. Históricamente, toda la Tierra del Sur había dependido de Callahorn y de la Legión para debilitar la presión inicial de un ejército invasor, dando al resto de la región la posibilidad de prepararse para la batalla. En los quinientos años transcurridos desde su formación, la Legión Fronteriza nunca había sido vencida.

Balinor inició un lento ascenso hacia el banco de piedra donde los hermanos estaban sentados esperando pacientemente. Les sonrió al acercarse, consciente de la inquietud que debían sentir al no saber qué iba a ocurrirles y de la ansiedad que experimentarían por su amigo perdido. Se sentó junto a ellos y guardó silencio unos minutos antes de hablar.

-Sé lo difícil que debe ser esto para vosotros -comentó pacientemente-. He mandado a todos los guerreros enanos disponibles para que busquen a vuestro amigo. Si alguien puede encontrarlo en esta región, son ellos; y no cesarán hasta lograrlo, lo prometo.

Los hermanos asintieron con simpatía ante los esfuerzos de Balinor por ayudarles de cualquier forma posible.

-Éste es un tiempo muy peligroso para este pueblo, aunque supongo que Allanon no habló de ello. Deben afrontar la amenaza de una invasión de los gnomos desde el alto Anar. Ya se han producido escaramuzas por toda la frontera y hay signos de que se está formando un gran ejército en las llanuras de Streleheim. Habréis supuesto que todo esto tiene que ver con el Señor de los Brujos.

-¿Quieres decir que la Tierra del Sur está en peligro también? -preguntó Flick ansioso.

-Sin duda. -Balinor asintió con la cabeza-. Ésta es una de las razones por las que estoy aquí, para organizar una estrategia defensiva coordinada con la nación de los enanos en caso de un asalto masivo.

-¿Pero dónde está Allanon? -preguntó Shea rápidamente-. ¿Va a llegar a tiempo para ayudarnos? ¿Qué tiene que ver con todo esto la Espada de Shannara?

Balinor contempló los rostros perplejos y movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

-Debo confesar honestamente que no puedo responderos a ninguna de esas preguntas. Allanon es un personaje misterioso, pero es un hombre sabio que ha sido un aliado seguro siempre que lo hemos necesitado. La última vez que lo vi, varias semanas antes de hablar con vosotros en Val Sombrío, fijamos una fecha para encontrarnos en el Anar. Han pasado ya tres días.

Se interrumpió y se quedó pensativo, en silencio, mirando hacia los jardines y los grandes árboles de los bosques del Anar, escuchando los sonidos de la naturaleza y las voces lejanas de los enanos que se movían por el claro de abajo. Entonces, bruscamente, una voz se elevó de un grupo de enanos que estaba al pie de los jardines, acompañada casi de inmediato por las exclamaciones y gritos de los otros y un enorme clamor proveniente de los bosques que quedaban detrás del pueblo de Culhaven. Los hombres del banco de piedra se levantaron sin saber qué ocurría, mirando a su alrededor en busca de alguna señal de peligro. La fuerte mano de Balinor se apoyó sobre el puño de su espadón, fuertemente sujeto a su costado bajo la capa de montaña. Un momento después, uno de los enanos llegó corriendo por el camino, gritando con excitación:

-¡Lo han encontrado, lo han encontrado! -decía una y otra vez, tropezando por su premura en llegar hasta ellos.

Shea y Flick intercambiaron miradas atónitas. El corredor se detuvo ante ellos jadeando y Balinor lo agarró nerviosamente por el hombro.

-¿Han encontrado a Menion Leah? -inquirió de inmediato.

El enano asintió con expresión de felicidad, irguiendo su rechoncha figura tras el esfuerzo de llegar hasta allí con las buenas noticias. Sin una palabra, Balinor se precipitó por el camino hacia el lugar de donde provenían los gritos, seguido de Shea y de Flick. Llegaron al claro en unos segundos y se dirigieron hacia el sendero principal que atravesaba los bosques en dirección al pueblo de Culhaven, a varios cientos de metros de distancia. Delante, podían oír los gritos excitados de los enanos que felicitaban al salvador del montañés. Llegaron al pueblo y, abriéndose paso entre la multitud de enanos que bloqueaban el camino, fueron directamente al centro de todo el alboroto. Un anillo de guardias se apartó para dejarlos pasar a un pequeño patio bordeado por edificios a derecha e izquierda y un alto muro de piedra en la parte posterior. Sobre una larga mesa de madera, yacía el cuerpo inmóvil de Menion Leah, con el rostro pálido y aparentemente sin vida. Un equipo de médicos enanos se inclinaba afanosamente sobre la figura inerte, curándole, según parecía, algún tipo de herida. Shea dejó escapar un grito e intentó precipitarse hacia allí, pero el fuerte brazo de Balinor le hizo retroceder mientras interpelaba a uno de los enanos que estaba cerca.

-Pahn, ¿qué ocurre aquí?

El enano de aspecto fornido, vestido con armadura y al parecer, miembro del equipo de búsqueda que había vuelto, se giró al instante.

-Estará bien después del tratamiento. Lo encontraron enredado en una sirena en medio de las tierras bajas de Battlemound, cerca del río de Plata. No lo encontró el equipo de búsqueda. Fue Hendel, que volvía de las ciudades del sur del Anar.

Balinor asintió y miró alrededor buscando al salvador del príncipe.

-Ha ido al salón de sesiones para presentar su informe -respondió el enano a la pregunta no formulada.

Haciendo una señal a los valenses para que lo siguieran, Balinor salió del patio, atravesando la multitud, y cruzó la calle principal hacia el gran salón de sesiones. En el interior de la dependencia estaban las oficinas del gobierno del pueblo. Encontraron al enano Hendel, sentado sobre uno de los grandes bancos, comiendo con voracidad mientras

un escribano tomaba nota de su informe. Levantó la vista cuando se aproximaron, observando con curiosidad a los valenses y saludando con la cabeza a Balinor, sin dejar de comer. Balinor despidió al escribano, y los tres hombres se sentaron frente al indiferente enano, que parecía tan cansado como hambriento.

-El muy idiota intentaba defenderse de la sirena con una espada -murmuró-, aunque no le falta valor. ¿Cómo está?

-Estará bien después de que le hagan el tratamiento -respondió Balinor sonriendo para tranquilizar a los inquietos valenses-. ¿Cómo lo encontraste?

-Le oí gritar. -Continuó comiendo sin pausa-. Tuve que cargarlo durante casi diez kilómetros hasta encontrarme con Pahn y el equipo de búsqueda junto al río de Plata.

Se interrumpió y miró otra vez a los dos valenses, que le escuchaban con interés. El enano percibió la curiosidad de éstos y miró a Balinor alzando las cejas.

-Amigos del montañés y de Allanon -le respondió, señalando hacia ellos. Hendel se limitó a saludarles con la cabeza.

-Nunca hubiese sabido quién era si no hubiera mencionado su nombre -informó el enano, dirigiéndose a Balinor-. Estaría bien que alguien me dijese de vez en cuando lo que va a pasar, antes de que ocurra, no después.

Se negó a hacer más comentarios y Balinor, divertido, sonrió a los perplejos hermanos, encogiéndose de hombros como para indicar que el enano era irascible por naturaleza. Shea y Flick estaban un poco confusos ante el comportamiento de aquel individuo y guardaron silencio mientras los otros dos volvían a conversar, aunque ambos estaban ansiosos por oír la historia completa del rescate de Menion.

-¿Cuál es tu informe sobre Sterne y Wayford? -preguntó Balinor, refiriéndose a las grandes ciudades de la Tierra del Sur situadas al sureste del Anar.

Hendel dejó de comer y estalló en carcajadas.

-Los funcionarios de esas bonitas ciudades considerarán el asunto y enviarán un informe. Son típicos funcionarios ineptos, elegidos por personas indiferentes para hacer juegos malabares con una bola hasta que ésta haya de ser pasada a otro imbécil. Podría decir que cinco minutos después de que abrí la boca pensaban que estaba loco. No ven el peligro hasta que la espada roza sus gargantas; después gritan pidiendo ayuda a gente como nosotros, que lo sabíamos desde el principio.

Se detuvo y volvió a su comida, obviamente indignado con el tema.

-Debía haberlo supuesto -comentó Balinor preocupado-. ¿Cómo podemos convencerlos del peligro? Hace tantos años que no ha habido ninguna guerra que nadie quiere creer que pueda haberla ahora.

-Ése no es el problema, como sabes bien -intervino el irritado Hendel-. Piensan que no les incumbe el asunto. Después de todo, las fronteras están protegidas por los enanos, sin mencionar a Callahorn y a la Legión Fronteriza. Lo hemos hecho hasta ahora, ¿por qué no íbamos a seguir haciéndolo? Esos pobres imbéciles...

Bajó la voz poco a poco, terminando con sus declaraciones y con su comida, cansado del largo viaje de retorno. Había estado por los caminos durante casi tres semanas, viajando por las ciudades de la Tierra del Sur, y todo parecía haber sido en vano. Se sentía profundamente frustrado.

-No entiendo qué ocurre -manifestó Shea.

-Bueno, eso es algo entre nosotros dos -replicó Hendel hoscamente-. Me voy a dormir durante dos semanas. Hasta entonces.

Se levantó de repente y salió de la sala sin el más leve saludo, con sus amplios hombros inclinados pesadamente hacia delante. Los tres hombres le observaron sin hablar mientras salía, con los ojos fijos en él hasta que desapareció de su vista. Entonces Shea volvió a interrogar a Balinor.

-Es el viejo cuento de la autosatisfacción, Shea. -El alto guerrero suspiró profundamente y se estiró al levantarse-. Puede que estemos al borde de la mayor guerra de los últimos mil años, pero nadie quiere aceptar el hecho. Todo el mundo se comporta de la misma forma: dejan que unos cuantos se encarguen de las puertas de la ciudad, mientras el resto se desentiende y vuelve a sus hogares. Es una costumbre: depender de unos pocos para que protejan al resto. Y entonces un día... los pocos no son suficientes, y el enemigo entra en la ciudad, atravesando las puertas abiertas...

-¿De verdad va a haber una guerra? -preguntó Flick, aterrado.

-Ésa es la pregunta exacta -respondió Balinor lentamente-. El único hombre que puede darnos la respuesta está ausente y... debería estar aquí.

Con la alegría de haber encontrado a Menion sano y salvo, los valenses habían olvidado durante unos momentos a Allanon, el principal causante de que estuviesen en el Anar. Las preguntas que se habían hecho hasta entonces volvieron a afluir a sus cerebros con nueva persistencia, pero los valenses habían aprendido a vivir con ellas durante las últimas semanas, y una vez más tuvieron que dejar de lado involuntariamente todas sus dudas. Balinor les llamó al dirigirse hacia la puerta abierta, e inmediatamente le siguieron.

-No debéis molestaros con Hendel -les dijo mientras caminaban-. Es así de áspero con todo el mundo, pero es el mejor amigo que podréis encontrar. Ha luchado y burlado a los gnomos en el alto Anar durante años, protegiendo a su gente y a los autosuficientes ciudadanos de la Tierra del Sur, que tan pronto olvidan el papel crucial que desempeñan los enanos como guardianes de esas fronteras. A los gnomos les gustaría ponerle las manos encima, puedo asegúroslo.

Shea y Flick no dijeron nada, avergonzados de que la gente de su propia raza pudiese ser tan egoísta, y dándose cuenta sin embargo de que ellos también ignoraban la situación del Anar antes de escuchar a Balinor. Les preocupó la idea de las hostilidades reavivadas entre las razas, recordando las lecciones de historia sobre las antiguas guerras y el terrible odio de aquellos años amargos. La posibilidad de una tercera guerra de las razas era escalofriante.

-Podríais volver a los jardines -les aconsejó el príncipe de Callahorn-. Os mandaré aviso en cuanto me entere de algún cambio en el estado de Menion.

Los hermanos accedieron de mala gana, sabiendo que no tenían otra opción. Antes de acostarse aquella noche, se detuvieron ante la puerta de la habitación donde descansaba Menion, sólo para que el centinela enano les dijese que su amigo dormía y que no debía ser molestado.

Pero al día siguiente por la tarde, el habitante de las tierras altas se despertó y recibió la visita de los preocupados valenses. Incluso Flick estaba obviamente aliviado al verle de nuevo sano y salvo, aunque declaró con tono solemne que él ya había predicho sus desgracias cuando decidieron emprender el viaje a través de los Robles Negros. Menion y Shea se rieron del eterno pesimismo de Flick, pero no le discutieron ese punto. Shea le explicó a Menion cómo el enano Hendel lo había llevado hasta Culhaven, y después pasó a relatar la forma misteriosa en que Flick y él fueron encontrados cerca del río de Plata. Menion se quedó tan desconcertado como ellos por lo extraño del viaje y no logró encontrar ninguna explicación lógica. Shea tuvo cuidado de no mencionar la leyenda del

rey del río de Plata, sabiendo muy bien que la respuesta del príncipe sería cualquier especulación relacionada con un viejo cuento popular.

El mismo día, a primeras horas del anochecer, les llegó la noticia de que Allanon había vuelto. Shea y Flick estaban a punto de salir de sus habitaciones para ir a visitar a Menion, cuando oyeron los excitados gritos de los enanos, que pasaban corriendo ante sus ventanas abiertas para dirigirse al salón de sesiones, donde estaba a punto de empezar una especie de reunión. Tan pronto traspasaron la puerta los nerviosos hombres del valle, fueron rodeados por un grupo de cuatro guardianes enanos y conducidos apresuradamente entre la multitud que los empujaba, atravesando las puertas de la gran sala de sesiones, hasta una dependencia adyacente, donde les dijeron que esperasen. Los enanos cerraron las puertas sin decir una palabra al salir, corrieron el pestillo y se quedaron en el exterior guardando la entrada. La habitación estaba bien iluminada y amueblada con varias mesas y bancos, en donde los sorprendidos hermanos se sentaron en silencio. Las ventanas estaban cerradas e, incluso sin comprobarlo, Shea supo que estarían clausuradas como la puerta. De la sala de sesiones les llegó la voz profunda de un solo orador.

Varios minutos después, la puerta de la cámara se abrió y Menion, con aspecto enfurecido pero sano, fue escoltado enérgicamente al interior por dos guardianes enanos. Cuando los dejaron solos, el montañés explicó que habían ido a buscarle de la misma manera que a los valenses. Por los fragmentos de conversación que captó en el camino, parecía que los enanos de Culhaven y probablemente todos los del Anar se estaban preparando para la guerra. Cualesquiera que fuesen las noticias que Allanon había traído consigo, lograron sumir en un estado de confusión a la comunidad de enanos. Le pareció haber vislumbrado brevemente a Balinor a través de las puertas abiertas de la sala de sesiones, de pie sobre la plataforma que estaba frente a éstas, pero los guardianes lo arrastraron con energía y no pudo cerciorarse.

Las voces de la asamblea se alzaron hasta convertirse en un ruido atronador, y los tres enmudecieron expectantes. Pasaron unos segundos mientras los gritos seguían retumbando en la gran sala, extendiéndose hacia los campos abiertos que rodeaban el lugar donde estaban reunidos los enanos. Cuando los gritos alcanzaron su punto máximo, la puerta de la habitación se abrió con violencia y apareció la figura imponente y oscura de Allanon.

Se acercó a los hermanos rápidamente, les estrechó la mano y los felicitó por haber logrado llegar hasta Culhaven. Iba vestido como la primera vez que Flick se encontró con él, con su demacrado rostro medio oculto por una gran capucha. Su aspecto era oscuro y fatídico. Saludó a Menion con amabilidad y se dirigió al extremo de la mesa más cercana, indicando a los otros que se sentasen... Lo habían seguido y entrado con él en la habitación Balinor y varios enanos, que en apariencia eran jefes de la comunidad, y entre ellos se encontraba el irascible Hendel. Cerrando esta procesión había dos figuras delgadas, casi incorpóreas, ataviadas con una curiosa y amplia vestimenta de montaña, que se sentaron en silencio junto a Allanon en el extremo de la mesa. Shea pudo verlos claramente desde el lugar en que estaba al otro lado, y concluyó después de observarlos durante unos momentos que eran elfos procedentes de la lejana Tierra del Oeste. Sus afiladas facciones, desde las cejas levantadas en un ángulo hasta las extrañas orejas puntiagudas, los caracterizaban de un modo inconfundible. Al volverse, Shea vio que Flick y Menion le observaban con curiosidad, apreciando su enorme parecido con los extranjeros. Ninguno de ellos había visto nunca un elfo, y aunque sabían que Shea era medio elfo y habían oído descripciones de aquéllos, nunca tuvieron antes la oportunidad de comprobarlo.

-Amigos míos. -La voz profunda de Allanon resonó sobre el ligero murmullo de voces mientras se erguía imponente en sus más de dos metros de altura. La habitación

quedó en silencio en el acto y todas las caras se volvieron hacia él-. Amigos míos, debo deciros lo que todavía no he dicho a nadie más. Hemos sufrido una pérdida trágica. -Se interrumpió y miró, uno por uno, todos aquellos rostros-. Paranor ha caído. ¡Una división de cazadores gnomos bajo el mando del Señor de los Brujos se ha apoderado de la Espada de Shannara!

Hubo un silencio mortal durante dos segundos antes de que los enanos se pusiesen en pie gritando con furia. Balinor se levantó rápidamente, esforzándose por tranquilizarlos. Shea y Flick se miraron entre sí con incredulidad. Sólo Menion pareció no sorprenderse ante el anuncio, y siguió escrutando la figura oscura del extremo de la mesa.

-Paranor ha sido tomado desde dentro -continuó Allanon cuando se restableció un cierto orden-. Existe una pequeña duda sobre el destino de los que guardaban la fortaleza y la Espada. Me han dicho que todos ellos fueron ejecutados. Nadie sabe exactamente cuándo ocurrió.

-¿Ha estado allí? -preguntó Shea de repente, sintiendo en aquel mismo instante que era una pregunta estúpida.

-Abandoné vuestra casa de Val tan de repente porque recibí el anuncio de un asalto a Paranor. Llegué demasiado tarde para ayudarles, y a duras penas logré escapar. Ésa es una de las razones por las que he retrasado mi llegada a Culhaven.

-¿Pero si Paranor ha caído y la Espada ha sido robada...? -murmuró Flick, dejando intencionadamente la pregunta en el aire.

-¿Qué podemos hacer? -concluyó Allanon con aspereza-. Ése es el problema al que nos enfrentamos, al que debemos proporcionar una solución inmediata; la razón de este consejo. -Allanon, de repente, abandonó su posición en el extremo de la larga mesa y dio la vuelta hasta colocarse de pie ante Shea. Apoyó una de sus largas manos sobre sus frágiles hombros y se dirigió hacia la atenta concurrencia-. La Espada de Shannara no sirve para nada en las manos del Señor de los Brujos. Sólo puede ser empuñada por un hijo de la casa de Jerle Shannara; eso es lo único que impide el triunfo del maligno ahora. Por eso, ha aprisionado y destruido a todos los miembros de la Casa, uno tras otro, incluso a aquellos a quienes intenté proteger, a quienes logré encontrar. Ahora han muerto todos; todos excepto uno: el joven Shea. Shea es solamente medio elfo, pero es un descendiente directo del rey que llevó la gran Espada hace tantos años. Ahora es él quien debe empuñarla.

Shea habría corrido hacia la puerta si la fuerte mano no hubiese estado sobre uno de sus hombros. Miró desesperado a Flick y vio el terror en sus propios ojos reflejados en los de su hermano. Menion no se había movido pero estaba visiblemente impresionado por aquella terrible declaración. Lo que Allanon parecía esperar de Shea era mucho más de lo que cualquiera tenía derecho a pedir.

-Bueno, hemos hecho temblar un poco a nuestro joven amigo. -Allanon se rió brevemente-. No te desesperes, Shea. Las cosas no están tan mal como puede parecerte ahora. -Se volvió bruscamente y se dirigió de nuevo hacia el extremo de la mesa y, desde allí, habló a los demás-: Debemos recuperar la Espada a toda costa. No nos queda otra opción. Si no lo logramos, toda la tierra se sumirá en la mayor guerra de las razas que se ha visto desde la casi total destrucción de la vida que ocurrió hace dos mil años. La Espada es la clave. Sin ella, podemos recurrir a nuestra fuerza de seres mortales, a nuestro valor para luchar; una batalla con todos los medios que sólo terminará con miles de muertos en todos los bandos. El mal es el Señor de los Brujos y no puede ser destruido sin la ayuda de la Espada y el valor de unos cuantos hombres, sin el apoyo de todos los que estamos en esta sala.

Nuevamente se interrumpió para apreciar el efecto de sus palabras. Reinaba un silencio absoluto cuando miró hacia la hilera de caras sombrías que le observaban. De repente, Menion Leah se levantó en el otro extremo de la mesa y se dirigió al gigantesco orador.

-¿Está sugiriendo que vayamos a buscar la Espada a Paranor?

Allanon asintió lentamente, esbozando una media sonrisa en sus finos labios, esperando la reacción de los sorprendidos espectadores. Sus ojos hundidos parpadearon bajo las enormes cejas, observando con atención las caras que lo rodeaban. Menion se sentó, mostrando una absoluta incredulidad en sus bellas facciones, mientras Allanon continuaba:

-La Espada sigue en Paranor; existe una seria posibilidad de que continúe allí. Ni Brona ni los Portadores de la Calavera pueden trasladar personalmente el talismán; la mera presencia física de la Espada es un anatema para su existencia en el mundo mortal. Si se expusieran ante ella de cualquier forma durante varios minutos, les causaría un dolor terrible. Eso significa que cualquier intento de trasladarla hacia el norte, hacia el Reino de la Calavera, debe ser realizado por los gnomos que mantienen Paranor.

»Eventine y los guerreros elfos debían encargarse de la seguridad de la fortificación de los druidas y de la Espada. Aunque Paranor ya está perdido para nosotros, los elfos conservan la zona meridional de Streleheim al norte de la Fortaleza, y cualquier intento de viajar hacia el norte, hacia el Señor de la Oscuridad, requerirá cruzar por donde están sus patrullas. Por lo visto, Eventine no estaba en Paranor cuando éste fue tomado, y no tengo ninguna razón para creer que no intentará recuperar la Espada o, al menos, impedir cualquier tentativa de trasladarla. El Señor de los Brujos debe estar enterado de esto, y no creo que se arriesgue a perder el arma permitiendo que los gnomos la transporten. En lugar de eso, se atrincherará en Paranor hasta que el ejército se desplace hacia el sur.

»Existe una posibilidad de que el Señor de los Brujos no espere que intentemos recuperar la Espada. Puede que crea que la Casa de Shannara ha sido exterminada. Puede que confíe en que nos concentremos en reforzar nuestras defensas para un próximo asalto. Si actuamos inmediatamente, un pequeño destacamento puede lograr deslizarse en la Fortaleza sin ser visto y recuperar la Espada. Una empresa de este tipo sería peligrosa, pero si existe siquiera una remota posibilidad de éxito, el riesgo vale la pena.

Balinor se levantó e indicó que deseaba hablar a los allí reunidos. Allanon asintió y se sentó.

-No comprendo el poder que tiene la Espada sobre el Señor de los Brujos, tengo que admitirlo -empezó diciendo el alto guerrero-, pero conozco la amenaza a la que todos nosotros nos enfrentaremos si el ejército de Brona invade la Tierra del Sur y el Anar, como indican los informes que se están preparando. Mi propia patria será la primera en afrontar esta amenaza; y si puedo evitarlo de algún modo debo hacerlo. Iré con Allanon.

En ese momento, los enanos se levantaron de un salto y empezaron a manifestar en voz alta su acuerdo. Allanon se puso en pie y alzó un brazo para pedir silencio.

-Estos dos jóvenes elfos que están a mi lado son primos de Eventine. Ellos me acompañarán, porque su interés en este asunto es, al menos, tan grande como el vuestro. Balinor también irá, y llevaré también a un jefe de los enanos, nada más. Debe ser un destacamento pequeño y altamente adiestrado, si deseamos tener éxito. Elegid al mejor entre vosotros y permitidle que nos acompañe.

Miró hacia el otro extremo de la mesa, donde estaban Shea y Flick sumidos en un estado de consternación. Menion reflexionaba en silencio, con la vista perdida.

Allanon dirigió sus ojos expectantes hacia Shea, suavizando su expresión sombría al ver el terror en la mirada del joven que había llegado desde tan lejos, atravesando tantos peligros hasta este aparente paraíso de seguridad, sólo para que le dijesen que debía abandonarlo para emprender un viaje aún más azaroso hacia el norte. Pero no había tiempo para comunicar la noticia al valense de manera más suave. Movió la cabeza dubitativamente y esperó.

-Creo que será mejor que yo vaya. -La repentina declaración provenía de Menion, que se había levantado mirando a los otros-. Me desplacé hasta aquí con Shea para asegurarme de que llegaba a la seguridad de Culhaven, como ha llegado. Mi deber para con él ha terminado, pero ahora me debo a mi patria y a mi pueblo para protegerlos en la forma que me sea posible.

-¿Qué puedes aportar? -preguntó Allanon bruscamente, sorprendido de que el hombre de las tierras altas se presentara voluntario sin hablar antes con sus amigos. Shea y Flick estaban claramente atónitos por esta inesperada declaración.

-Soy el mejor arquero de la Tierra del Sur -respondió Menion-. Y probablemente también el mejor rastreador. -Allanon pareció dudar durante un momento, después miró a Balinor, que se encogió de hombros sin intervenir. Durante unos momentos Menion y Allanon se miraron con fijeza, como juzgando mutuamente sus intenciones. Menion sonrió fríamente al sombrío historiador-. ¿Por qué tengo que darte explicaciones? -inquirió luego.

La figura oscura del otro extremo de la mesa lo observó casi con curiosidad, y un silencio mortal invadió la sala. Incluso Balinor retrocedió un poco sobresaltado. Shea supo inmediatamente que Menion estaba buscándose problemas; y que todos los que rodeaban la mesa, excepto ellos tres, sabían algo que ellos ignoraban sobre el patético Allanon. El aterrado hombre del valle lanzó una mirada rápida a Flick, cuyo rostro sonrojado había empalidecido ante la idea de un enfrentamiento entre los dos hombres. Desesperado por evitar cualquier problema, Shea se levantó de repente y se aclaró la garganta. Todo el mundo miró en su dirección y su mente quedó en blanco.

-¿Tienes algo que decir? -preguntó Allanon en tono sombrío.

Shea asintió con la cabeza y su mente se aceleró desesperadamente, sabiendo lo que se esperaba de él. Miró de nuevo a Flick, que logró asentir con un gesto apenas perceptible, indicándole que estaría con él decidiera lo que decidiese. Shea se aclaró la garganta por segunda vez.

-Lo más destacado de mí parece ser el haberme equivocado de familia al venir al mundo, pero será mejor que me enfrente a ello. Flick y yo, y también Menion, iremos a Paranor.

Allanon mostró su aprobación asintiendo con la cabeza e incluso logró esbozar una ligera sonrisa, satisfecho interiormente del joven. Shea, más que nadie, debía ser fuerte. Al fin y al cabo era hijo de la Casa de Shannara y el destino de muchos dependía de esa simple y pequeña circunstancia de nacimiento.

En el otro extremo de la mesa, Menion Leah se relajó en su asiento, dejando escapar de los labios un suspiro apenas audible mientras se felicitaba a sí mismo. Había provocado deliberadamente a Allanon, y al hacer eso obligó a Shea a acudir en su ayuda, accediendo a ir a Paranor. Fue una apuesta desesperada para inducir al pequeño valense a tomar la decisión de acompañarlos. El habitante de las tierras altas estuvo cerca de lo que podría haber sido un enfrentamiento fatal con Allanon. Había tenido suerte. Se preguntó si ésta seguiría sonriéndoles a todos durante el viaje que les esperaba.

IX

Shea permaneció de pie, tranquilo en la oscuridad del exterior del salón de sesiones, dejando que las ráfagas del aire nocturno llegasen a su ardiente rostro en frescas oleadas. Flick estaba a su derecha, con expresión sombría, en la penumbra de la luz lunar. Menion se apoyaba perezosamente contra un alto roble, unos metros a la izquierda. La reunión había concluido y Allanon les había pedido que lo esperasen. El vagabundo seguía en el interior, ocupado con los enanos de más edad en los preparativos para contener la esperada invasión desde el punto más alto del Anar. Balinor estaba con ellos, coordinando la acción defensiva de la famosa Legión Fronteriza en la distante Callahorn con la del ejército de enanos en la Tierra del Este. Shea se sintió aliviado al salir de la sofocante habitación a la noche abierta, donde podía reflexionar mejor sobre su apresurada decisión de ir a Paranor. Sabía, y suponía que Flick debía saber, que no les era posible esperar mantenerse al margen del inevitable conflicto que se centraba alrededor de la Espada de Shannara. Podrían haberse quedado en Culhaven, viviendo casi como prisioneros, esperando que los enanos, los protegiesen de los acechantes Portadores de la Calavera. Podrían haberse quedado en aquella tierra extranjera, lejos de todo lo que conocían y ser olvidados con el tiempo por todos excepto por los enanos. Pero aquello sería peor que cualquier horrible destino en manos del enemigo. Por primera vez, Shea se dio cuenta de que debía aceptar definitivamente y para siempre el hecho de que era algo más que el hijo adoptivo de Curzad Ohmsford. Era hijo de la élfica Casa de Shannara, hijo de reyes y heredero de la mítica Espada; y aunque hubiese deseado otra cosa, debía aceptar lo que la suerte le había deparado.

Miró en silencio a su hermano, que seguía perdido en sus pensamientos con la vista fija en la tierra que se oscurecía, y sintió una punzada aguda de dolor al recordar su lealtad. Flick era valiente y sentía afecto por Shea, pero no esperaba que este giro inesperado de los acontecimientos les llevaría hasta el centro de la región del enemigo. Shea no quería que su hermano se viese envuelto en aquel asunto, no era responsabilidad suya. Sabía que el rechoncho hombre del valle nunca le abandonaría mientras creyera que podía ayudarle, pero quizás ahora le fuera posible convencer a Flick de que se quedara, incluso de que volviese a Val Sombrío para referir a su padre lo que les había ocurrido. Pero mientras elaboraba la idea, tuvo que descartarla; sabía que Flick nunca se volvería atrás. Pasara lo que pasase, estaría dispuesto a prestar su ayuda.

-Hubo un tiempo -dijo Flick en voz baja, interrumpiendo los pensamientos de su hermano- en que hubiera jurado que pasaría toda mi vida en la monótona soledad de Val Sombrío. Ahora parece que formaré parte de la fuerza que salvará a la humanidad.

-¿Crees que yo podría elegir otra cosa? -preguntó Shea tras un momento de silenciosa meditación.

-No, no lo creo -añadió Flick, negando con la cabeza-. Pero recuerda lo que hablamos respecto al viaje, respecto a las cosas que escapan a nuestro control, incluso a nuestro entendimiento. Verás qué poco control tendremos ahora sobre lo que va a ocurrirnos. -Hizo una pausa y miró de frente a su hermano-. Creo que has elegido bien, ocurra lo que ocurra, estaré contigo.

Shea le dedicó una amplia sonrisa y apoyó una mano sobre su hombro, pensando que eso era exactamente lo que esperaba que dijera Flick. Quizás era un gesto sin importancia, pero para él significaba más que cualquier otro que pudiera hacer. Se dio cuenta de que Menion se acercaba y se volvió hacia él.

-Supongo que pensaréis que estoy loco después de lo ocurrido esta noche ahí dentro -declaró bruscamente Menion-. Pero este loco opina lo mismo que Flick. Ocurra lo que ocurra, humano o sobrenatural, lo afrontaremos juntos.

-Provocaste la escena de allí dentro para hacer que Shea accediese a ir, ¿verdad? -inquirió Flick airado-. Es el truco más burdo que he visto en toda mi vida.

-No importa, Flick -le interrumpió Shea con rapidez-. Menion sabía lo que estaba haciendo y lo hizo bien. Yo hubiera decidido ir de todas formas, al menos me gusta pensar que así habría sido. Ahora debemos olvidar el pasado, olvidar nuestras diferencias, y permanecer juntos para nuestra propia seguridad.

-Siempre que yo pueda estar en un sitio donde vigilarlo -replicó su hermano amargamente.

La puerta de la sala de conferencias se abrió de pronto y la robusta figura de Balinor apareció, silueteada contra la luz de las antorchas del interior. Miró a los tres hombres que estaban de pie en la oscuridad, después cerró la puerta y fue hacia ellos, sonriendo ligeramente al acercarse.

-Me alegro de que decidieseis venir con nosotros -declaró sin ambages-. Debo añadir, Shea, que sin ti el viaje no habría tenido éxito. Sin el heredero de Jerle Shannara, la Espada sólo es un pedazo de metal.

-¿Qué puedes explicarnos sobre el arma mágica? -preguntó Menion de inmediato.

-Eso lo dejaré para Allanon -replicó Balinor-. Piensa venir a hablaros dentro de unos minutos.

Menion asintió, molesto interiormente ante la perspectiva de encontrarse con el gigante otra vez aquella noche, pero con el deseo de saber algo más sobre los poderes de la Espada. Shea y Flick intercambiaron rápidas miradas. Al fin conocerían la historia completa de lo que había ocurrido en la Tierra del Norte.

-¿Por qué estás aquí, Balinor? -preguntó Flick con cautela, sin querer inmiscuirse en los asuntos personales del hombre de la frontera.

-Es una larga historia que no os interesaría -contestó el otro lacónicamente, provocando en Flick la sensación de haberse excedido. Balinor al ver su expresión de embarazo, sonrió para tranquilizarlo-. No he estado en muy buenas relaciones con mi familia. Mi hermano pequeño y yo tuvimos una... discusión, y preferí abandonar la ciudad durante un tiempo. Allanon me pidió que lo acompañase al Anar. Hendel y los otros son viejos amigos míos, así que accedí.

-Me suena a algo cotidiano -comentó Menion-. También yo tengo problemas de ese tipo de vez en cuando.

Balinor asintió con la cabeza y le dedicó la sombra de una sonrisa, pero Shea pudo ver en sus ojos que no tomaba a la ligera aquel asunto. Cualquiera que fuese la razón que le había obligado a marcharse de Callahorn, era más seria que todo lo que podía haberle sucedido a Menion en Leah. Shea cambió rápidamente de tema.

-¿Qué puedes decirnos sobre Allanon? Creo que hemos demostrado una confianza poco corriente en él, y aún seguimos sin saber absolutamente nada de ese hombre. ¿Quién es?

Balinor arqueó las cejas y sonrió, divertido por la pregunta y al mismo tiempo buscando la forma de responderla. Se alejó un poco de ellos, después se volvió bruscamente y señaló con la cabeza hacia la sala de sesiones.

-En realidad yo tampoco sé demasiado sobre Allanon -admitió con sinceridad-. Viaja mucho, explorando las regiones, tomando nota de los cambios de la tierra y del

crecimiento de sus gentes. Se le conoce en todas las naciones; creo que ha estado en todas partes. La magnitud de sus conocimientos sobre este mundo es extraordinaria; la mayoría de las cosas no están en ningún libro. Es admirable...

-¿Pero quién es? -insistió Shea con impaciencia, sintiendo que debía conocer la verdadera identidad del historiador.

-No lo puedo decir con seguridad, porque nunca se ha confiado plenamente ni siquiera a mí, y yo soy casi un hijo para él -declaró Balinor en voz baja, tan quedamente que tuvieron que acercarse un poco para oír todo lo que decía-. Los enanos de más edad y los ancianos de mi pueblo dicen que es el mayor de los druidas, de ese casi olvidado Consejo que gobernó a los hombres durante miles de años. Dicen que es descendiente directo del druida Bremen, quizá del mismo Galaphile. Creo que hay bastante verdad en esas suposiciones, porque estuvo en Paranor muchas veces durante largos períodos, anotando sus descubrimientos en los grandes libros de crónicas que se guardan allí.

Se detuvo un momento y los otros tres intercambiaron miradas, preguntándose si el sombrío historiador podría ser realmente un descendiente directo de los druidas, pensando con admiración en los siglos de historia que había tras ese hombre. Shea había sospechado antes que Allanon era uno de los ancianos maestros filósofos conocidos como druidas, y parecía evidente que ese hombre poseía un conocimiento mayor que los demás sobre todas las razas y sobre los orígenes de la amenaza que les acechaba. Se volvió hacia Balinor, que estaba hablando de nuevo.

-No puedo explicarlo, pero creo que no podremos contar con mejor compañía para enfrentarnos al peligro, incluso si llegamos a encontrarnos cara a cara con el Señor de los Brujos. Aunque no tengo ninguna evidencia concreta ni ningún ejemplo que citaros, estoy seguro de que el poder de Allanon llega más allá de cualquier otro de que tengamos noticia. Podría ser un enemigo muy, muy peligroso.

-De eso no tenemos la menor duda -murmuró secamente Flick.

Sólo unos minutos más tarde, la puerta de la sala de reuniones se abrió y Allanon apareció lentamente. Bajo la débil luz de la luna, parecía enorme e impresionante, casi una réplica de los temibles Portadores de la Calavera, con la oscura capa ondeando ligeramente mientras se acercaba a ellos y el enjuto rostro escondido en la gran capucha que tapaba su cabeza.

Esperaron en silencio a que se aproximase, preguntándose qué les diría, qué destino les depararía para los próximos tiempos. Quizás, instintivamente, él conoció sus pensamientos mientras se acercaba, pero los ojos de quienes aguardaban no lograron atravesar la máscara inescrutable que cubría las facciones sombrías y envolvía totalmente la figura de aquel hombre. Sólo pudieron ver el repentino destello de sus ojos cuando delante de ellos estudiaron con detenimiento las caras una a una. Un profundo y opresor silencio cayó sobre el pequeño grupo.

-Ha llegado el momento de que sepáis la historia completa sobre la Espada de Shannara, la historia de las razas como sólo yo la conozco. -La voz que salió de él los atrajo imperativamente-. Es esencial que Shea lo entienda, y como el resto de vosotros compartiréis los mismos riesgos, debéis conocer también la verdad. Lo que descubriréis esta noche debéis mantenerlo en secreto hasta que os diga que ya no tiene importancia. Será difícil, pero debéis hacerlo.

Les hizo un gesto para que lo siguieran y se apartó del claro adentrándose en la oscuridad de los árboles más alejados. Cuando habían avanzado varios metros en el bosque, pasó a un pequeño claro casi oculto. Se sentó en el tocón seco de un viejo tronco e

indicó a los otros que se acomodasen. Lo hicieron rápidamente, sentándose en silencio mientras el famoso historiador ordenaba sus pensamientos y se preparaba para hablar.

-Hace mucho tiempo -empezó al fin, todavía reflexionando sobre sus palabras mientras hablaba-, antes de las Grandes Guerras, antes que existieran las razas tal como las conocemos ahora, la tierra estaba, o se pensaba que estaba, habitada sólo por hombres. La civilización se había desarrollado antes de aquellas fechas, durante miles de años; años de duro trabajo y aprendizaje que llevaron al hombre hasta una situación en la que casi dominaba todos los secretos de la vida misma. Fue una época fabulosa y excitante, tan opulenta que os resultaría imposible de comprender si yo tuviese la facultad de describiros el retrato más perfecto. Pero mientras que el hombre trabajaba para descubrir los secretos de la vida, nunca consiguió escapar de su irresistible fascinación por la muerte. Era una alternativa constante incluso en las naciones más civilizadas. Curiosamente, el catalizador de cada nuevo descubrimiento era la misma búsqueda sin fin: el estudio de la ciencia. No de la ciencia de las razas que se conoce hoy, ni de la vida animal, de las plantas, de la tierra o de las artes. Era la ciencia de las máquinas y el poder, dividida en infinitos campos de exploración, todos ellos trabajando para los dos mismos objetivos: descubrir mejores formas de vida o formas más rápidas de matar. -Hizo una pausa y sonrió con cierta amargura, inclinando la cabeza hacia el atento Balinor-. Parece muy extraño cuando se piensa en ello. El hombre pasaba su tiempo trabajando para dos objetivos obviamente contrapuestos. Incluso ahora nada ha cambiado. Incluso después de todos estos años... -Su voz se apagó durante un momento y Shea se aventuró a dirigir una breve mirada a los otros, pero los ojos de éstos estaban fijos en el orador-. ¡Las ciencias del poder físico! -exclamó repentinamente Allanon, haciendo que Shea volviese rápidamente la cabeza hacia él-. Ése era el compendio de todos los fines en esa época. Hace dos mil años, los adelantos de la raza humana iban en desacuerdo con la historia de la tierra. El viejo enemigo del hombre, la muerte, podía reclamar sólo a aquellos que hubiesen completado su período de vida natural. Las enfermedades fueron prácticamente eliminadas. Con un poco más de tiempo, el hombre habría logrado una forma de prolongar la vida. Algunos filósofos afirmaban que los secretos de la vida estaban vedados para los mortales. Nadie había demostrado nunca lo contrario. Podrían haber llegado a hacerlo, pero el tiempo pasó y los mismos elementos de poder que habían librado a la vida de las enfermedades, casi lo destruyeron todo.

»Empezaron las Grandes Guerras, creciendo gradualmente desde pequeñas disputas entre unos cuantos grupos, extendiéndose progresivamente, a pesar de que se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo. Circunstancias banales se convirtieron en odios esenciales: la raza, la nacionalidad, las fronteras, las creencias... en definitiva todo. Entonces de repente, tan de repente que muy pocos supieron lo que había ocurrido, el mundo entero estuvo envuelto en una serie de ataques vengativos por diferentes países, todo planeado y llevado a cabo de manera muy científica. En cuestión de minutos, la ciencia de miles de años, el aprendizaje de siglos, culminó en una destrucción casi total de la vida.

»Las Grandes Guerras. -La voz era profunda y lúgubre; sus ojos destellantes observaban atentamente las caras de su auditorio-. Un nombre muy apropiado. El poder derrochado en esos pocos minutos de batalla no sólo aniquiló miles de años de desarrollo humano, sino que además desencadenó una serie de explosiones y cataclismos que alteraron completamente la superficie de la tierra. La fuerza inicial causó los daños principales, eliminando al noventa por ciento de los seres vivos de la faz de la tierra, pero los efectos subsiguientes dieron lugar a cambios y destrucciones, separando continentes, haciendo emerger océanos, convirtiendo las tierras y los mares en lugares inhabitables durante cientos de años. Pudo haber sido el final de la vida, quizás el del mundo. Sólo un milagro lo impidió.

-No puedo creerlo. -Las palabras escaparon de Shea antes de que pudiera evitarlo, y Allanon se volvió hacia él, con su acostumbrada sonrisa burlona en los labios.

-Ésa es tu historia del hombre civilizado, Shea -murmuró sombríamente-. Pero lo que ocurrió después nos afecta mucho más directamente. Los que quedaron de la raza del hombre lograron sobrevivir durante el terrible período que siguió al holocausto, habitando en lugares aislados del planeta, luchando con el medio para mantenerse vivos. Éste fue el principio del desarrollo de las razas tal como existen hoy en día: hombres, enanos, gnomos, trolls y, según algunos, elfos, pero ellos estuvieron siempre y ésa es otra historia para otro momento.

Allanon hizo exactamente el mismo comentario referido a los elfos que cuando habló a los hermanos Ohmsford en Val Sombrío. Shea deseó con todas sus fuerzas detener la narración en ese punto para preguntar sobre la raza de los elfos y sobre su propio origen. Pero sabía que irritaría al historiador interrumpiéndole, como había hecho varias veces durante el primer encuentro.

-Unos cuantos hombres recordaban los secretos de las ciencias que se desarrollaron antes de la destrucción del viejo mundo. Sólo unos cuantos. La mayoría eran casi criaturas primitivas y pocas pudieron recoger pequeñas porciones del saber. Pero conservaron intactos sus libros de estudio y éstos pudieron revelarles la mayoría de los secretos de las antiguas ciencias. Los guardaron en lugares ocultos y seguros durante los primeros cientos de años, incapaces de llevar a la práctica sus palabras, esperando el momento de poder hacerlo. En vez de ello, se dedicaron a leer los libros y entonces, como los libros empezaron a romperse con el uso y el paso del tiempo y no había forma de preservarlos o copiarlos, aquellos pocos hombres que los poseían empezaron a memorizar la información. Pasaron los años y los conocimientos fueron transmitidos cuidadosamente de padres a hijos, guardando cada generación el conocimiento seguro en la familia, preservándolo de aquellos que no lo habrían usado de forma sensata, que podrían crear un mundo en el que las Grandes Guerras se produjeran por segunda vez. Al final, aunque llegó a ser posible anotar la información de aquellos libros irreemplazables, los hombres que la habían memorizado se negaron a ello. Todavía tenían miedo a las consecuencias; a las consecuencias y a sí mismos. De modo que decidieron, la mayoría por cuenta propia, esperar el momento adecuado para ofrecer sus conocimientos a las nuevas razas que crecían.

»Pasaron los años, las nuevas razas empezaban a superar lentamente el estadio de la vida primitiva. Se reunieron en comunidades, intentando construir una nueva vida lejos de las cenizas de la vieja; pero como ya os habrán dicho, no demostraron capacidad para ello. Lucharon violentamente en disputas triviales sobre el territorio, que pronto se convirtieron en conflictos armados entre las razas. Fue entonces cuando los hijos de aquellos que guardaron al principio los secretos de la vida y las ciencias antiguas, vieron que las cosas estaban volviendo progresivamente hacia la misma situación que había provocado la destrucción del viejo mundo.

»Y decidieron actuar. El hombre conocido como Galaphile vio lo que estaba ocurriendo y se dio cuenta de que si no se intervenía, las razas irían a la guerra con toda seguridad. Por tanto, convocó a un grupo escogido de hombres, todos los que encontró que poseían cualquier conocimiento sobre los antiguos libros, para realizar un consejo en Paranor.

-Así que ése fue el primer Consejo Druida -murmuró Menion Leah asombrado-. Un consejo de todos los hombres sabios de esa época, aunando sus conocimientos para salvar a las razas.

-Un esfuerzo loable para explicar el intento desesperado de evitar la exterminación de la vida -rió Allanon brevemente-. El Consejo Druida se formó con las mejores intenciones por parte de la mayoría, quizá de todos en sus comienzos. Ejerció una influencia tremenda sobre las razas, porque era capaz de contribuir en gran medida a hacer la vida considerablemente mejor para todos. Funcionaba estrictamente como grupo, y cada hombre aportaba sus conocimientos en beneficio de todos. Aunque logró evitar el estallido de una guerra total y mantener la paz entre las razas al principio, se encontró con problemas inesperados. El conocimiento que cada uno poseía se había alterado inevitablemente en sus detalles al transmitirse de generación en generación, de forma que muchas claves para la comprensión ya no eran las que habían sido.

»Para complicar más las cosas, existía una lógica incapacidad para coordinar las distintas materias, el conocimiento de las diversas ciencias. Para muchos miembros del Consejo, la sabiduría que habían recibido de sus antecesores carecía de significado en términos prácticos y les parecía que no era más que un revoltijo de palabras. Así que mientras los druidas, como se llamaban a sí mismos en memoria de un antiguo grupo dedicado a buscar el conocimiento, podían ayudar a las razas de muchas maneras, se vieron incapaces de reconstruir los textos que habían memorizado para poder aplicar algunos de los importantes conceptos de las grandes ciencias, los conceptos que ayudarían a los pueblos a crecer y a prosperar.

-Entonces, los druidas deseaban que el viejo mundo se reconstruyese basándose en sus ideas -dijo Shea rápidamente-. Deseaban evitar las guerras que los habían destruido la primera vez, y sin embargo reproducir los beneficios de las antiguas ciencias.

Flick movió la cabeza con perplejidad, incapaz de ver la relación del Señor de los Brujos y de la Espada con todo aquello.

-Así es -señaló Allanon-. Pero el Consejo Druida, con todo su vasto conocimiento y sus buenas intenciones, ignoraba una idea básica para la existencia humana: Siempre que una criatura inteligente posea un deseo innato de mejorar sus condiciones de vida, de desentrañar los secretos del progreso, encontrará los medios para hacerlo, de una forma u otra.

»Los druidas se recluyeron en Paranor, alejados de las razas de la tierra, mientras trabajaban solos o en pequeños grupos para dominar los secretos de las viejas ciencias. La mayoría se basó en el material que tenía a mano, el conocimiento de cada miembro relacionado con el de todo el Consejo, para intentar reconstruir los antiguos instrumentos de control de la energía. Pero algunos no se contentaron con esto. Varios pensaron que, en lugar de tratar de entender mejor las palabras y pensamientos transmitidos por los antiguos, tales conocimientos, en la manera que ellos los comprendían, debían ser aplicados y desarrollados en relación con nuevas ideas, nuevos razonamientos.

»Así fue como algunos miembros del Consejo, actuando bajo el liderazgo del llamado Brona, empezaron a sondear en los antiguos misterios sin esperar a comprender por completo las viejas ciencias. Tenían inteligencias excepcionales, geniales en algunos casos, y estaban ansiosos por triunfar, ansiosos por dominar la energía que sería tan útil para las razas. Pero por una extraña argucia del destino, sus descubrimientos y desarrollos les alejaron cada vez más de los estudios del Consejo. Las viejas ciencias eran enigmas sin solución para ellos, y así se desviaron hacia otros campos del pensamiento, adentrándose lenta e implacablemente en un mundo de estudios que nadie había abordado antes y que nadie llamaba ciencia. Lo que empezaron a desvelar fue el infinito poder de la mística... de la brujería. Llegaron a dominar unos cuantos secretos de la mística antes de ser descubiertos por el Consejo y conminados a abandonar su trabajo. Hubo un enfrentamiento violento y los seguidores de Brona salieron enojados del Consejo, decididos a continuar

con sus propios planteamientos. Desaparecieron y nadie los volvió a ver. -Se detuvo un momento, reflexionando sobre sus explicaciones. Los oyentes aguardaban con impaciencia-. Sabemos lo que ocurrió en los años siguientes. En sus continuos estudios, Brona descubrió los secretos más ocultos de la brujería y llegó a dominarlos. Pero en el proceso, perdió su propia identidad, e incluso su propia alma, en beneficio del poder que tan ansiosamente había perseguido. Quedaron olvidadas las viejas ciencias y su misión en el mundo del hombre. Quedó olvidado el Consejo Druida y su objetivo de un mundo mejor. Quedó olvidado todo excepto el anhelo pujante de saber más sobre las artes místicas, los secretos del poder de la mente, para llegar a otros mundos. Brona se obsesionó con la necesidad de acrecentar su poder para dominar a los hombres y al mundo que habitaban con la supremacía de aquella fuerza terrible. El resultado de su ambición fue la ignominiosa Primera Guerra de las Razas, cuando logró el dominio sobre las mentes débiles y confusas de la raza del hombre, haciendo que gentes desventuradas se impusieran por medio de la guerra a otras razas, sometiéndolas a la voluntad del hombre que ya no era hombre, porque había perdido el control sobre sí mismo.

-¿Y todos sus seguidores...? -preguntó lentamente Menion.

-También fueron sus víctimas. Se convirtieron en sirvientes de su jefe, esclavos de un extraño poder de brujería... -Allanon se interrumpió, vacilante, como si fuera a añadir algo y no supiera qué efecto iba a producir en su auditorio. Cambiando de opinión, siguió-: El hecho de que los desafortunados druidas tropezaran precisamente con lo opuesto a lo que buscaban es en sí una lección para el hombre. Quizá con paciencia podrían haber reunido los eslabones que faltaban en las viejas ciencias, en vez de desvelar el terrible poder del mundo espectral que se alimentó vorazmente de sus mentes indefensas hasta devorarlas. Las mentes humanas no están preparadas para afrontar las realidades de la existencia inmaterial en esta esfera. Es demasiado terrible para que cualquier mortal lo soporte mucho tiempo.

Se interrumpió de nuevo, permaneciendo en un silencio inquietante. Los oyentes entendían ahora la naturaleza del enemigo a quien intentaban burlar. Se enfrentaban a un hombre que ya no era humano, sino la proyección de una gran fuerza que estaba más allá de su comprensión, de una fuerza tan poderosa que Allanon temía que pudiera afectar a la mente humana.

-El resto ya lo conocéis -empezó otra vez Allanon-. La criatura llamada Brona, que no se parece a nada humano, es la fuerza directriz que hay detrás de las dos Guerras de las Razas. Los Portadores de la Calavera son los seguidores del antiguo maestro Brona, aquellos druidas que en otro tiempo tuvieron forma humana, que formaron parte del Consejo de Paranor. Ya no pueden escapar a su destino, como tampoco puede él. Las propias formas que adoptan son una encarnación del mal que representan. Pero más importante para nosotros es que representan una nueva era para la humanidad, para todos los pueblos de las cuatro tierras. Las antiguas ciencias han desaparecido de nuestra historia, olvidadas tan completamente como los años en que las máquinas eran un don del cielo que facilitaba la vida; pero el encantamiento de la brujería las ha reemplazado; un arma más poderosa y peligrosa para la vida humana que cualquiera que se hubiera conocido antes. No lo dudéis, amigos. Vivimos en la era de la brujería y su poder nos amenaza a todos nosotros.

Hubo un momento de silencio. En la noche del bosque flotaba una calma opresiva y las últimas palabras de Allanon retornaban, a causa del eco, con una resonante nitidez. Entonces Shea habló suavemente.

-¿Cuál es el secreto de la Espada de Shannara?

-En la Primera Guerra de las Razas -contestó Allanon casi en un murmullo-, el poder del druida Brona era limitado. En consecuencia, las fuerzas reunidas de las otras razas, junto con los conocimientos del Consejo Druida, venció a su ejército de hombres y lo obligó a esconderse. Él podría haber desaparecido y el acontecimiento habría quedado reducido a un capítulo de la historia: otra guerra entre los mortales. Pero logró desentrañar el secreto para perpetuar su esencia espiritual mucho después que sus restos mortales se hubiesen descompuesto y convertido en polvo. De alguna forma preservó su espíritu, alimentándolo con el poder de las fuerzas místicas que entonces poseía, dándole una vida independiente, inmaterial e inmortal. Entonces fue capaz de unir los dos mundos: el mundo en que vivimos y el mundo espectral que hay más allá, donde convocó a los fantasmas oscuros que durante siglos yacieron durmiendo, y esperó que llegase el momento de contraatacar. Mientras esperaba, contempló la separación de las razas que sabía que ocurriría, y la relajación del Consejo Druida cuando su interés por las razas decreció. Aguardó hasta que la proporción de odio, envidia, ambición (los sentimientos humanos comunes a todas las razas) superaron a la bondad y al afecto, y entonces atacó. Obteniendo con facilidad el control de los primitivos y belicosos trolls de las montañas de Charnal, aumentó sus fuerzas con las criaturas del mundo espectral que ahora le servían, y su ejército avanzó sobre las razas enfrentadas.

»Como ya sabéis, presionaron al Consejo Druida y lo destruyeron; a todos sus componentes, excepto a los pocos que lograron huir. Uno de aquellos que escapó fue un místico entrado en años llamado Bremen, que había previsto el peligro e intentado en vano alertar a los otros. Como druida, en principio era historiador y en su capacidad de tal había estudiado la Primera Guerra de las Razas e investigado sobre Brona y sus seguidores. Intrigado por lo que intentaban hacer y sospechando que quizás el misterioso druida había adquirido poderes que nadie conocía ni podía esperar combatir, Bremen inició su propio estudio de las artes místicas, pero con mayor cuidado y respeto hacia el posible poder que pudieran encerrar. Tras varios años de empeño, llegó a convencerse de que Brona seguía existiendo y que la próxima guerra de la raza humana sería iniciada y finalmente decidida por los poderes de la brujería y de la magia negra. Podéis imaginar la respuesta que recibió a esta teoría; prácticamente fue expulsado de Paranor. En consecuencia, empezó a dominar por sí mismo las artes de la mística y por eso no estaba presente cuando el castillo de Paranor cayó en manos del ejército de los trolls. Cuando se enteró de que la sede del Consejo había sido invadida; supo que si él no actuaba, las razas quedarían indefensas frente a la hechicería que Brona había aprendido, un poder del que nada sabían los mortales. Pero ahora se enfrentaba al problema de vencer a una criatura que no podía ser alcanzada por ningún mortal, a alguien que había sobrevivido durante más de quinientos años. Acudió a la mayor nación de su tiempo, al pueblo de los elfos, entonces regido por un valeroso y joven rey llamado Jerle Shannara, y les ofreció su ayuda. Los elfos siempre habían respetado a Bremen, porque le entendían mucho mejor que sus compañeros druidas. Había vivido entre ellos durante los años previos a la caída de Paranor, mientras estudiaba las ciencias de la mística.

-Hay algo que no entiendo -dijo Balinor de repente-. Si Bremen era un maestro de las artes místicas, ¿por qué no podía enfrentarse al poder del Señor de los Brujos?

La respuesta de Allanon fue un poco evasiva.

-Llegó a enfrentarse con Brona en las llanuras de Streleheim, aunque no fue una batalla visible para los ojos de un mortal, y ambos desaparecieron. Se supuso que Bremen había vencido al Rey de los Espectros, pero el tiempo demostró lo contrario, y ahora... -Dudó unos instantes antes de retomar rápidamente su narración, pero el énfasis de la pausa no pasó inadvertido para sus oyentes-. En cualquier caso, Bremen se dio cuenta de que se

necesitaba un talismán, para que sirviese como escudo contra un posible retorno de alguien como Brona en un momento en que no quedase nadie que conociera las artes místicas para ofrecer ayuda a los pueblos de las cuatro tierras. De este modo concibió la idea de la Espada, un arma que contendría el poder necesario para vencer al Señor de los Brujos. Bremen forjó la Espada de Shannara con la ayuda de sus propios poderes místicos, a partir de algo más que el metal de nuestro mundo, dándole esa característica protectora de los talismanes contra lo desconocido. La Espada debía extraer su fuerza de las mentes de los mortales para los que actuaba como escudo; el poder de la Espada era su propio deseo de permanecer libres, de entregar incluso sus vidas para preservar la libertad. Éste fue el poder que capacitó a Jerle Shannara para destruir al ejército de la Tierra del Norte dominado por los espectros; el mismo poder que debe usarse ahora para enviar nuevamente al Señor de los Brujos al mundo a que pertenece, para encarcelarlo para toda la eternidad, para impedir que pueda volver a este mundo. Pero mientras tenga la Espada, conserva la posibilidad de impedir que su poder sea usado para destruirlo, y eso, amigos míos, no se puede permitir.

-Pero entonces, ¿por qué sólo un descendiente de la Casa de Shannara...?

La pregunta provino de los farfullantes labios de Shea, en cuya mente reinaba la confusión.

-¡Ésa es la mayor ironía! -exclamó Allanon antes de que la pregunta fuese acabada-. Si habéis seguido toda mi explicación sobre los cambios de vida que siguieron a las Grandes Guerras, del paso desde las ciencias materialistas a las ciencias de la era presente, las ciencias de la mística, comprenderéis lo que voy a referir, el fenómeno más extraño de todos. Mientras que las ciencias antiguas operaban sólo sobre teorías prácticas construidas alrededor de cosas que podían verse, tocarse y sentirse, la brujería de nuestro tiempo opera sobre un principio totalmente diferente. Su poder sólo es efectivo cuando se cree en él, porque es un poder sobre la mente que nadie puede tocar ni ver mediante los sentidos humanos. Si la mente no encuentra ninguna base para creer en su existencia, éste no puede producir ningún efecto real. El Señor de los Brujos lo sabe, y el miedo de la mente y la creencia en lo desconocido (los mundos, las criaturas, todos los sucesos que no pueden ser comprendidos por los sentidos limitados de los hombres) le ofrecen un apoyo más que suficiente para practicar las artes místicas. Ha estado confiando en esa premisa durante quinientos años. De la misma forma, la Espada de Shannara no puede ser un arma eficaz a menos que quien la empuñe crea en su poder al usarla. Cuando Bremen entregó la espada a Jerle Shannara, cometió el error de hacerlo directamente a un rey y a la casa de un rey; no se la dio a los pueblos de las tierras. Como consecuencia, a través de una errónea interpretación humana y un concepto histórico equivocado, creció la convicción universal de que la Espada era el arma del rey de los elfos únicamente y que sólo aquellos descendientes que llevasen su sangre podrían empuñarla contra el Señor de los Brujos. Así que ahora, a menos que sea usada por un hijo de la Casa de Shannara, nadie puede creer totalmente en su derecho a usarla. La antigua tradición de que sólo tal persona puede esgrimirla hará que todos los demás duden; y no debe existir ninguna duda, porque no funcionará. Si la duda existe, se convertirá en un objeto de metal sin trascendencia. Sólo la sangre y el convencimiento de un descendiente de Shannara pueden invocar el poder latente de la gran Espada.

Así concluyó. Le siguió un profundo silencio. No quedaba nada que pudiera decirse. Allanon reconsideró brevemente lo que se había propuesto. No les había explicado todo, guardándose intencionadamente lo poco que podría haber provocado su pánico. En su interior, lucharon el deseo de revelarlo todo y la aguda conciencia de que eso acabaría con cualquier posibilidad de éxito. Y el éxito era de suma importancia. Sólo él conocía toda la

verdad de ese hecho. Así que se sentó en silencio, consternado por su íntimo saber y trastornado por los límites que se había marcado; los límites que prohibían una revelación completa a aquellos que dependían de él tan estrechamente.

-Entonces sólo Shea puede usar la Espada si... -dijo Balinor rompiendo el silencio bruscamente.

-Sólo Shea tiene el derecho por nacimiento. Sólo Shea.

Todo estaba tan quieto que incluso la vida nocturna del bosque parecía haber suspendido su incesante cháchara en absorta meditación sobre la desconsoladora respuesta del historiador. El futuro se presentaba ante cada uno como un simple dilema de supervivencia: triunfar o ser destruido.

-Ahora os podéis ir -ordenó Allanon de repente-. Dormid. Dejaremos este refugio al amanecer para salir hacia Paranor.

X

La mañana llegó rápidamente para el pequeño grupo, y la media luz dorada del alba los sorprendió preparándose para emprender el largo viaje con los ojos aún somnolientos. Balinor, Menion y los valenses aguardaban a Allanon y a los primos de Eventine. Ninguno hablaba, en parte porque todos estaban medio dormidos y poco predispuestos al buen humor, y en parte porque cada uno en su interior reflexionaba sobre el azaroso viaje que tenían por delante. Shea y Flick estaban sentados sobre un pequeño banco de piedra, sin mirarse, pensando en la historia que Allanon les había relatado la noche anterior, preguntándose qué posibilidad habría de recuperar la Espada de Shannara, de usarla contra el Señor de los Brujos, y de volver vivos a su tierra. Shea, en particular, había llegado a un punto en que su sentimiento dominante era el miedo; ahora sólo sentía un aturdimiento que entorpecía su mente con una inhibición autoimpuesta, una aceptación de autómata del hecho de que iban a dirigirse hacia una masacre inevitable. Sin embargo, a pesar de su actitud resignada ante el viaje a Paranor, en algún lugar en el fondo de su confusa mente persistía la creencia de que podría sortear todos estos obstáculos insuperables en apariencia. Podía sentirla allí latente, esperando un momento oportuno para aparecer y exigir una satisfacción. Pero por el momento él se permitía un período de entumecida aquiescencia.

Los valenses iban vestidos con ropas de montaña que les habían proporcionado los enanos, incluyendo unas medias capas de abrigo en las que ahora estaban envueltos para protegerse del frío de las horas tempranas. Además, llevaban los cuchillos cortos de caza que les acompañaban desde Val sujetos a los cinturones de cuero. Sus morrales no eran demasiado grandes, de acuerdo con la estatura de quienes tenían que llevarlos. La región que atravesarían ofrecía la mejor caza de toda la Tierra del Sur, y existían muchas pequeñas poblaciones simpatizantes de Allanon y de los enanos. Pero también era morada de gnomos, que eran enemigos de los enanos desde hacía mucho tiempo. Había alguna esperanza de que el pequeño grupo consiguiera pasar desapercibido y evitara un enfrentamiento con los cazadores gnomos. Shea guardó sus piedras élficas en la bolsa de cuero con cuidado, sin mostrárselas a nadie. Allanon no las había mencionado desde su llegada a Culhaven. Tanto si se trataba de un olvido como si no, Shea no estaba dispuesto a renunciar a la única arma realmente poderosa que poseía y escondió la bolsa en su túnica.

Menion Leah paseaba con aire indiferente a varios metros de los hermanos. Iba vestido con amplias ropas de caza y de unos colores que se confundían con la tierra, para facilitar su tarea de rastreador y cazador. Los zapatos eran de cuero suave, endurecidos con aceites especiales, que le permitían acercarse cautelosamente a cualquier cosa sin ser oído y a la vez caminar sobre un suelo accidentado sin dañarse la planta del pie; sujeta con una correa llevaba a su espalda la gran espada, ahora envainada, con su fuerte empuñadura destellando débilmente a la luz del amanecer, mientras él se movía sin cesar de un lado a otro. Sobre su hombro colgaba el arco de fresno y las flechas, su arma favorita para las excursiones.

Balinor iba ataviado con su larga capa de caza envolviendo ceñidamente su figura corpulenta y alta, con la capucha echada sobre la cabeza. Bajo la capa llevaba la cota de malla, cuyo brillo se hacía visible cada vez que sus brazos salían de la protección de su cobertura al gesticular. Del cinturón colgaban un largo cuchillo de caza y la espada más grande que habían visto los valenses. Era tan enorme que les pareció que, de un solo golpe,

su hoja podría cortar en dos a un hombre. Iba escondida bajo la capa, pero los hermanos la habían visto cuando se la ajustaba al costado al presentarse aquella mañana.

La espera concluyó al fin cuando Allanon se aproximó procedente del salón de sesiones, acompañado por las pequeñas figuras de los dos elfos. Sin detenerse, dio los buenos días a todos y les ordenó que se pusieran en fila para el viaje, advirtiéndoles con insistencia que tras cruzar el río de Plata estarían en una región frecuentada por gnomos y que sólo debían hablar lo imprescindible. Su ruta seguiría desde el río directamente hacia el norte, atravesando los montes del Anar hasta las montañas situadas detrás de ellos. Había menos oportunidades de que fuesen descubiertos si viajaban por aquella tierra accidentada que a través de las llanuras que quedaban más hacia el oeste, donde el terreno era bastante más llano y accesible. La clave del éxito estaba en no ser descubiertos. Si el propósito del viaje llegaba a conocimiento del Señor de los Brujos, estarían perdidos. Viajarían durante las horas de luz, protegidos por los bosques y las montañas, y únicamente lo harían de noche, arriesgándose a ser detectados por los acechantes Portadores de la Calavera, cuando se viesen obligados a cruzar las llanuras situadas bastante más al norte.

Los jefes enanos habían elegido como representante para la expedición a Hendel, aquel individuo malhumorado que salvó a Menion de la sirena. Hendel dirigió el grupo hasta salir de Culhaven, ya que era quien conocía mejor esa parte del país. A su lado caminaba Menion, hablando sólo de vez en cuando, concentrado principalmente en no interponerse en el camino del enano e intentando evitar atraer la atención sobre su presencia, algo que el enano consideraba totalmente innecesario. Varios metros atrás iban los dos elfos. Sus esbeltas figuras parecían pequeñas sombras que avanzaban graciosamente y sin esfuerzo, hablando entre sí con voces musicales que a Shea le parecieron tranquilizadoras. Ambos llevaban largos arcos de fresno parecidos al de Menion. No usaban capas, sólo las extrañas ropas ceñidas que habían llevado en el consejo la noche anterior. Shea y Flick los seguían, y detrás de ellos caminaba el silencioso jefe de la expedición, recorriendo el camino sin esfuerzo a grandes pasos, con el oscuro rostro inclinado hacia el suelo. Balinor cerraba la marcha.

Shea y Flick se dieron cuenta rápidamente de que la posición que ocupaban en el centro aseguraba al máximo su protección. Shea sabía lo valioso que lo consideraban los otros para el éxito de la misión, pero era dolorosamente consciente de que se sentía incapaz de defenderse en caso de que se presentase un peligro real.

Llegaron al río de Plata y lo cruzaron por un lugar en que se estrechaba, donde el curso serpenteante de las aguas estaba cruzado por un sólido puente de madera. Toda la charla cesó cuando lo atravesaron, y todos los ojos se volvieron hacia el espeso bosque que los rodeaba, vigilando con inquietud. La marcha no ofrecía problemas; el terreno estaba nivelado y el camino zigzagueaba con bruscos ángulos por el gran bosque, conduciéndoles hacia el norte. La luz del sol se filtraba en largos rayos a través de los espacios que dejaban libres las densas ramas, cruzándose de vez en cuando en su camino, iluminando sus rostros al pasar y calentándoles brevemente en el frío aire del bosque. Bajo sus pies, las hojas y las ramas caídas estaban empapadas por el rocío, formando un colchón que amortiguaba el sonido de sus pisadas y ayudaba a mantener casi intacta la calma del día. A su alrededor, podían oírse los ruidos de la vida, aunque sólo consiguieron ver pájaros multicolores y algunas ardillas que trepaban presurosas por sus dominios en las copas de los árboles, regando, en ocasiones, a los viajeros que pasaban con una lluvia de nueces y hojas, al saltar de rama en rama. Los árboles entorpecían la visión de los componentes del grupo; grandes troncos, de uno a tres metros de diámetro, y enormes raíces que se extendían desde los troncos como dedos de mamuts, abriéndose paso implacablemente en la tierra bajo el suelo

del bosque. La visibilidad estaba bloqueada en todas las direcciones, y el grupo debía confiar en los conocimientos de Hendel sobre la región y en la capacidad de exploración de Menion Leah para que lo guiase a través del laberinto de vegetación.

El primer día transcurrió sin ningún incidente. Pasaron la noche bajo los gigantescos árboles, en algún lugar al norte del río de Plata y Culhaven. Hendel parecía ser el único que sabía exactamente dónde estaban, aunque Allanon conversó brevemente con él sobre su situación y la ruta que debían seguir. Tomaron una cena fría, temiendo que el fuego los delatara. Pero todos estaban de buen humor y la conversación fue agradable. Shea aprovechó para hablar con los dos elfos. Eran primos de Eventine, elegidos para acompañar a Allanon como representantes del reino de los elfos y para ayudarle en la búsqueda de la Espada de Shannara. Eran hermanos. El mayor, flaco y callado, se llamaba Durin, y les dio la impresión tanto a Shea como a Flick de ser una persona en quien se podía confiar. Dayel era el hermano más joven, un individuo tímido y enormemente amable, varios años menor que Shea. Su encanto juvenil era extrañamente apreciado por los miembros mayores de la compañía, en especial por Balinor y Hendel, veteranos curtidos en las batallas para proteger durante tantos años las fronteras de sus patrias, que veían la vida joven y fresca casi como una segunda oportunidad para recobrar algo que habían dejado atrás hacía tiempo. Durin le explicó a Shea que Dayel había abandonado su hogar varios días antes de la fecha fijada por su matrimonio con una de las jóvenes más hermosas del país. Shea no creía que Dayel hubiera alcanzado una edad adecuada para casarse, y se le hizo difícil entender que alguien pudiera marcharse en vísperas de su boda. Durin le aseguró que había sido una decisión de su hermano, pero Shea le comentó a Flick más tarde que creía que su relación con el rey tenía mucho que ver con aquella decisión. Ahora, mientras los miembros del grupo permanecían tranquilamente sentados y hablaban en voz baja unos con otros, con la excepción del silencioso y reservado Hendel, Shea se preguntaba si el joven elfo lamentaría su decisión de haber abandonado a la que sería su esposa para emprender aquel peligroso viaje a Paranor. Se descubrió deseando interiormente que Dayel no hubiese sido escogido como miembro de la expedición, quedándose a salvo dentro de los límites protectores de su propia patria.

Más tarde, aquella noche, Shea se aproximó a Balinor y le preguntó por qué habían permitido que Dayel se uniese a ellos. El príncipe de Callahorn sonrió ante la preocupación del muchacho, pensando que la diferencia de años entre los dos era difícilmente apreciable para él. Le dijo a Shea que cuando las patrias de tantos pueblos estaban amenazadas, nadie se detenía a preguntar por qué otro estaba allí para ayudarles; simplemente se aceptaba. Dayel había decidido ir porque su rey se lo había pedido y porque se habría sentido despreciable en caso de rehusar. Le explicó que Hendel mantenía una lucha constante con los gnomos desde hacía años para proteger su patria. La responsabilidad le fue delegada porque era uno de los hombres de las fronteras del este más experimentados e inteligentes. Tenía mujer e hijos, que sólo había visto una vez en las últimas ocho semanas y no esperaba volver a verlos durante mucho tiempo. Todos los viajeros tenían mucho que perder, concluyó, quizás incluso más de lo que creía Shea. Sin aclarar su última declaración, el hombre de la frontera se alejó para hablar con Allanon sobre otros asuntos. Descontento de algún modo por el brusco final de la conversación, Shea se volvió para reunirse con Flick y los hermanos elfos.

-¿Cómo es Eventine? -estaba preguntando Flick cuando Shea se unió al grupo-. Siempre he oído decir que se le considera el más grande de los reyes de los elfos, respetado por todo el mundo. ¿Cómo es realmente?

Durin mostró una sonrisa amplia y Dayel se rió festivamente ante la pregunta, encontrándola divertida e inesperada.

-¿Qué podemos decir de nuestro primo?

-Es un gran rey -respondió Durin seriamente tras unos segundos-. Muy joven para ser rey, como dirían otros monarcas y jefes. Pero es previsor y, lo más importante de todo, se ocupa de las cosas antes de que sea demasiado tarde. Cuenta con el cariño y la estima del pueblo de los elfos. Lo seguirían a cualquier parte, harían cualquier cosa que les pidiese; y eso es una suerte para todos. Los ancianos de nuestro consejo preferirían ignorar a las otras tierras, tratar de permanecer aislados. Una completa estupidez, pero temen que haya otra guerra. Sólo Eventine se opone a ellos y a su política. Sabe que la única forma de evitar la guerra que todos temen es atacar primero e impedir el avance del ejército que amenaza. Ésa es una de las razones por las que esta misión es tan importante; para tratar que la invasión sea controlada antes de que se convierta en una guerra total.

Menion se acercó paseando desde el otro lado del pequeño campamento y se sentó con ellos justo a tiempo de oír el último comentario.

-¿Qué sabéis de la Espada de Shannara? -preguntó con curiosidad.

-Muy poco en realidad -admitió Dayel-, aunque para nosotros forma parte de la historia más que de una leyenda. La Espada ha representado siempre una garantía para el pueblo de los elfos de que nunca más tendría que temer a las criaturas del mundo espectral. Siempre se ha creído que la amenaza concluyó al finalizar la Segunda Guerra de las Razas, así que nadie se preocupó realmente por el hecho de que todos los miembros de la Casa de Shannara murieran uno tras otro en pocos años, excepto unos cuantos como Shea, a quien nadie conoce. La familia de Eventine, nuestra familia, comenzó a gobernar hace casi cien años; los Elessedil. La Espada quedó en Paranor, olvidada por casi todo el mundo hasta ahora.

-¿Cuál es el poder de la Espada? -insistió Menion, demasiado ansiosamente para el gusto de Flick, que lanzó a Shea una mirada de advertencia.

-No sé la respuesta a esa pregunta -admitió Dayel y miró a Durin, que se encogió de hombros negando con la cabeza-. Sólo Allanon parece saber de eso. -Todos miraron durante un momento hacia la figura alta que se encontraba en animada conversación con Balinor al otro lado. Después, Durin se volvió a los otros-. Es una suerte que tengamos a Shea, un hijo de la Casa de Shannara. Él desvelará el secreto del poder de la Espada cuando sea nuestra y con ella podamos atacar al Señor de la Oscuridad antes de que consiga organizar una guerra para destruirnos.

-Si logramos apoderarnos de la Espada, querrás decir -corrigió Shea. Durin acogió este comentario con una breve carcajada de conformidad y asintió.

-Todavía hay algo en esto que no encaja -declaró Menion con voz casi inaudible, levantándose de repente y alejándose para buscar un sitio donde dormir. Shea lo observó, dándose cuenta de que coincidía con el hombre de las tierras altas, pero que no lograba ver qué podían hacer con esa desazón. En ese momento sintió que había tan pocas esperanzas de tener éxito en la empresa de recuperar la Espada, que por ahora se concentraría simplemente en llegar hasta Paranor. Ya no quería ni pensar en lo que ocurriría después de eso.

Al despuntar el alba, ya todos estaban despiertos y de nuevo en ruta por el sinuoso camino, guiados por el siempre alertado Hendel. El enano avanzaba con paso rápido entre la multitud de gruesos árboles y el espeso follaje, que aumentaba en densidad a medida que penetraban en el Anar. El camino empezaba a subir, una señal de que estaban aproximándose a las montañas que ocupaban la parte central del Anar. En un punto más al norte se verían obligados a atravesar las llanuras del oeste, que quedaban entre ellos y el edificio de Paranor. La tensión empezó a crecer cuando se fueron adentrando en el dominio

de los gnomos. Experimentaban la desagradable sensación de que alguien los vigilaba constantemente, escondido en la espesura del bosque, esperando el momento adecuado para atacar. Sólo Hendel, que abría la marcha, parecía despreocupado, con sus temores aparentemente controlados por su conocimiento del terreno. Nadie hablaba mientras iban avanzando, todos los ojos exploraban el silencioso bosque que los rodeaba.

Hacia mediodía, el camino se volvió muy empinado y el grupo empezó el ascenso. Ahora los árboles crecían más separados y el follaje de arbustos menos aglomerado. El cielo, de un azul profundo, sin manchas de nubes, se hizo claramente visible a través de los árboles. El sol era cálido y brillaba intensamente iluminando todo el bosque. Las rocas empezaron a aparecer en pequeños grupos y los viajeros pudieron ver la tierra que se alzaba ante ellos en altos picos y aristas que anunciaban el comienzo de la parte sur de las montañas del centro del Anar. El aire se enfriaba a medida que subían y la respiración se hacía más dificultosa. Después de varias horas, llegaron a los inicios de un bosque de pinos muertos, agrupados tan apretadamente que era imposible ver a más de siete u ocho metros de distancia en cualquier dirección. A ambos lados del camino se elevaban altos riscos de rocas laminadas que descollaban en el cielo azul de la tarde. El bosque se extendía varios cientos de metros a la redonda, terminando en los muros de los riscos. Al llegar donde empezaban los pinos, Hendel pidió un breve descanso y habló durante unos minutos con Menion, al parecer, preguntándose algo, señalando hacia el bosque y luego hacia los riscos; Allanon se les unió, después hizo una señal al resto de la compañía para que se acercaran.

-Las montañas que estamos a punto de cruzar son las Wolfsktaag, una tierra deshabitada tanto de enanos como de gnomos -explicó Hendel en voz baja-. Escogimos este camino porque hay menos posibilidades de encontrar una patrulla de cazadores gnomos, algo que derivaría en una batalla campal. Se dice que las montañas de Wolfsktaag están habitadas por criaturas de otro mundo. Qué gracioso, ¿no?

-No divagues -le interrumpió Allanon.

-Bueno, la cuestión es -siguió Hendel, fingiendo ignorar al sombrío historiador- que hace unos quince minutos hemos sido descubiertos por uno o dos exploradores gnomos. Puede que permanezcan por aquí; no estamos seguros. El montañés dice que ha visto rastros de un grupo grande. En cualquier caso, informarán sobre nosotros e irán en busca de ayuda rápidamente; así que debemos darnos prisa.

-¡Y algo peor! -declaró Menion de inmediato-. Esos rastros indicaban que hay gnomos delante de nosotros en algún lugar entre esos árboles.

-Tal vez, tal vez -le cortó bruscamente Hendel-. Estos árboles siguen así durante casi kilómetro y medio y los riscos continúan a ambos lados, pero se estrechan después del bosque para formar el paso del Lazo, la entrada a las Wolfsktaag. Ése es el camino por el que tenemos que ir. Intentar cualquier otra ruta nos supondría dos días más y nos arriesgaríamos a un encuentro casi seguro con los gnomos.

-Basta de charla -dijo Allanon-. Salgamos ya de aquí. En cuanto lleguemos al otro lado del paso y estemos en las montañas, los gnomos no nos seguirán.

-¡Qué alentador! -murmuró Flick en voz baja.

Avanzaron hacia los árboles muertos del bosque de pinos, uno tras otro, en fila, esquivando los troncos irregulares y retorcidos. Montones de agujas secas cubrían todo el suelo del bosque, creando una blanda alfombra sobre la que los pies no producían ruido. Los árboles de corteza blanca se elevaban altos y delgados, formando en sus cimas una especie de intrincada tela de araña que enrejaba el azul del cielo con dibujos fascinantes. El grupo serpenteaba atravesando la masa de troncos y ramas detrás de Hendel, que decidía la

ruta sin titubeos. Se habían adentrado varios cientos de metros, cuando Durin les hizo parar bruscamente y les indicó que permaneciesen en silencio, mientras miraba a su alrededor con atención, como buscando algo en el aire.

-¡Humo! -exclamó de repente-. ¡Han incendiado el bosque!

-Yo no huelo nada -declaró Menion aspirando el aire con desesperación.

-Tú no tienes los agudos sentidos de un elfo -manifestó secamente Allanon. Después se volvió hacia Durin -. ¿Puedes decirnos en que lugar lo han incendiado?

-Yo también huelo a humo -declaró Shea con aire ausente, perplejo de que sus sentidos fuesen tan agudos como los del elfo.

Durin estuvo buscando durante un minuto, intentando captar el olor del humo en una dirección determinada.

-No puedo asegurarlo, pero me parece que han prendido fuego en más de un lugar. ¡Si es así, el bosque arderá en cuestión de minutos!

Allanon dudó durante un breve instante; después indicó que continuasen hacia el paso del Lazo. La marcha se aceleró considerablemente en su precipitación por dejar atrás la trampa de fuego en la que estaban encerrados. Un incendio en aquellos bosques secos ofrecía escasas posibilidades de escapar, una vez se hubiese extendido hacia las copas de los árboles. Las largas zancadas de Allanon y del hombre de la frontera forzaban a Shea y a Flick a correr para no quedarse atrás. Allanon gritó algo a Balinor y la robusta figura se apartó de ellos y se perdió de vista. Delante, Menion y Hendel también habían desaparecido, y sólo conseguían visiones fugaces de los hermanos elfos deslizándose ágilmente entre los pinos inclinados. Únicamente Allanon permanecía claramente a la vista, unos cuantos pasos más atrás, incitándoles para que aceleraran el paso. Unas nubes densas de humo blanco empezaron a filtrarse entre los árboles como una niebla espesa, ocultando el camino y dificultando cada vez más la respiración. Seguía sin haber ningún signo de verdadero fuego. Todavía no había crecido lo suficiente para extenderse por los matorrales entrelazados y cortarles el paso. El humo lo llenó todo en cuestión de minutos, y tanto Shea como Flick tosían con violencia cada vez que inhalaban, empezando a sentir agudas molestias en los ojos por el calor y la irritación. De repente, Allanon les indicó que se detuviesen. Obedecieron de mala gana esperando la orden de continuar, pero Allanon parecía estar buscando algo tras ellos, con su cara delgada y oscura extrañamente velada por el humo. En aquel momento reapareció la robusta figura de Balinor de entre los árboles, envuelto en su larga capa de caza.

-Tenías razón. Están detrás de nosotros -informó al historiador, jadeando-. Han incendiado todo el bosque desde atrás. Parece que tratan de conducirnos al paso del Lazo.

-Quédate con ellos -ordenó Allanon, señalando a los aterrados valenses-. ¡Tenemos que alcanzar a los otros antes de que lleguen allí!

Con increíble velocidad para un hombre tan grande, Allanon salió disparado y se deslizó entre los árboles, desapareciendo casi inmediatamente. Balinor hizo una señal a los hermanos para que lo siguieran, y ellos lo hicieron con paso rápido, esforzándose por ver y por respirar a pesar del humo sofocante. Entonces, de repente, oyeron aterrados el agudo crujido de la madera al quemarse y el humo se convirtió en una enorme nube cegadora de calor blanco. El fuego los estaba alcanzando. En pocos minutos, llegaría y los quemaría vivos. Tosiendo sin descanso, los tres se abrieron paso atropelladamente entre los pinos, tratando con desesperación de escapar del infierno en que habían caído. Shea lanzó una rápida mirada hacia el cielo, y vio con horror que las llamas sobrepasaban las copas de los altos pinos, quemando el camino resplandeciente que habían seguido a lo largo de los troncos para llegar hasta allí.

Entonces, bruscamente, el muro impenetrable de piedra de los riscos apareció a través del humo y de los árboles, y Balinor señaló en esa dirección. Minutos más tarde, mientras andaban a tientas a lo largo de la pared del risco, vieron al resto del grupo en un claro al otro lado de la franja de árboles que se quemaban. Delante había un camino abierto que serpenteaba hacia arriba entre las rocas y desaparecía en el paso del Lazo. Los tres se unieron rápidamente a los otros mientras el bosque entero se convertía en llamas.

-Tratan de obligarnos a elegir entre asarnos en el bosque de pinos o tratar de atravesar el paso -gritó Allanon entre los crujidos de la madera que ardía, mirando ansiosamente hacia el camino-. Saben que sólo tenemos dos salidas, pero ellos se enfrentan al mismo dilema y ahí es donde pierden su ventaja. Durin, adelántate un poco por el paso y comprueba si los gnomos nos han tendido una emboscada.

El elfo se dirigió hacia donde le había indicado, sin hacer ruido, manteniéndose agachado y pegado a la pared del risco. Los demás lo observaron hasta que desapareció en un recodo del camino, entre las rocas. Shea se acurrucó junto a los demás, anhelando poder hacer algo para ayudar.

-Los gnomos no son tontos. -La voz de Allanon se cruzó bruscamente en sus pensamientos-. Los que se encuentran en el paso saben que están aislados de los que incendiaron el bosque, a menos que logren adelantarnos. No se arriesgarían por ninguna razón a tener que retirarse hacia las montañas de Wolfsktaag. O hay una gran cantidad de gnomos en el paso, lo que podrá decirnos Durin, o tienen algún plan que desconocemos.

-Cualquier plan que tengan, intentarán ponerlo en práctica en el lugar que llaman el Nudo -les informó Hendel-. En ese punto, el sendero se estrecha tanto que sólo se puede caminar de uno en uno, flanqueados por los lados convergentes de los riscos.

Se interrumpió como si pensara en algo más.

-No entiendo cómo planean detenernos -intervino Balinor-. Esos riscos son casi verticales. Nadie podría escalarlos sin someterse a un ascenso largo y peligroso. Los gnomos no han tenido tiempo de llegar arriba desde que nos localizaron.

Allanon asintió pensativo, mostrando su acuerdo con el hombre de la frontera e incapaz de comprender lo que los gnomos les tenían reservado.

Menion Leah habló en voz baja con Balinor; después bruscamente, abandonó el grupo y se dirigió hacia la entrada del paso, donde las paredes rocosas empezaban a estrecharse, examinando el suelo con atención. El calor desprendido por el bosque al arder empezó a hacerse tan intenso que se vieron obligados a avanzar hacia la boca del paso. Todo seguía velado por las nubes de humo blanco que salían del bosque agonizante como un muro y se dispersaban perezosamente en el aire. Pasó un largo rato mientras los seis aguardaban el regreso de Menion y de Durin. Podían ver al delgado montañés estudiando el terreno a la entrada del paso, ensombrecida su esbelta figura por el aire colmado de humo. Al fin, se incorporó y volvió, reuniéndose con ellos, justo un momento antes de que el elfo regresara.

-Hay pisadas, pero ningún otro signo de vida -informó Durin-. Todo está aparentemente tranquilo hasta el punto más estrecho. No he seguido más allá.

-Hay algo más -le interrumpió Menion-. A la entrada del paso he descubierto dos grupos de pisadas que van hacia dentro y dos que salen. Pies de gnomos.

-Deben habernos adelantado y después salido otra vez para mantenerse cerca de los muros de los riscos mientras nosotros avanzábamos por el centro -dijo Balinor irritado-. Pero si estaban delante de nosotros, ¿qué...?

-No lo descubriremos quedándonos aquí sentados hablando -concluyó Allanon malhumorado-. Sólo lograríamos elaborar una hipótesis. Hendel, adelántate con el montañés y averiguadlo. Los demás seguiremos en la misma formación que antes.

El enano avanzó con Menion a su lado, estudiando con su penetrante mirada cada pedrusco que enmarcaba el camino serpenteante que se estrechaba hacia el paso del Lazo. Los otros les siguieron a corta distancia, dirigiendo miradas temerosas al escarpado terreno que los rodeaba. Shea se arriesgó a dirigir una ojeada rápida hacia atrás y advirtió que, mientras Allanon iba casi pisándoles los talones, Balinor no se hallaba a la vista. Así que Allanon había dejado otra vez que el fronterizo actuase en la retaguardia al borde del bosque de pinos que ardía, para comprobar si se producía el posible avance de los gnomos que acechaban desde algún lugar. Shea tenía la seguridad de que iban a caer en una trampa cuidadosamente dispuesta por los furtivos gnomos, y que lo único que quedaba por saber era la forma en que se produciría.

El camino se elevaba notablemente en los primeros cien metros, después la pendiente iba suavizándose poco a poco mientras se estrechaba hasta un punto en que sólo había espacio para una persona entre los rocosos muros de ambos lados. El paso no era más que un profundo nicho en el risco, cuyos lados se inclinaban hacia dentro y casi se cerraban sobre ellos. Sólo una delgada franja de cielo azul iluminado les era visible, y proporcionaba una débil luz al camino sinuoso entre las agobiantes rocas. La marcha disminuyó de forma notable mientras los dos que la guiaban iban buscando las trampas dejadas por los gnomos. Shea no tenía idea de hasta donde habría llegado Durin en su anterior exploración; pero al parecer no se había aventurado hasta lo que Hendel denominaba como el Nudo. Pudo imaginarse el lugar que había originado aquel nombre. La estrechez del paso producía la aguda impresión de que se era arrastrado por el lazo corredizo de un verdugo hacia el mismo destino que aguardaba al condenado. Podía escuchar la respiración dificultosa de Flick casi junto a su oreja y experimentaba una desagradable sensación de sofoco por la proximidad de los muros rocosos. El grupo seguía avanzando en forma lenta, sus integrantes caminaban ligeramente inclinados para protegerse de los lados de los riscos y sus agudos salientes de piedra afilada.

De pronto, la marcha se hizo aún más lenta y sus componentes quedaron apiñados. Detrás, Shea oyó la voz profunda de Allanon murmurando con acritud, pidiendo explicaciones sobre lo que ocurría, exigiendo que lo dejasen pasar. Pero en aquel lugar tan estrecho era imposible dejar paso. Shea atisbó al frente y vio un delgado rayo de luz más allá de los guías. En apariencia el camino se ensanchaba. Estaban a punto de salir del paso del Lazo. Pero entonces, justo cuando Shea pensó que habían llegado a la seguridad del otro lado, se oyeron exclamaciones que provocaron la detención instantánea de toda la fila. La voz de Menion cortó la semioscuridad con sorpresa y enojo, lo que provocó que Allanon maldijese entre dientes y ordenase al grupo que siguiera adelante. Durante un momento, no ocurrió nada. Después, lentamente, comenzaron a avanzar con cautela, penetrando en un claro amplio ensombrecido por las paredes de los riscos, que se separaban bruscamente bajo un cielo donde brillaba el sol.

-Lo que me temía -murmuró Hendel para sí en el momento en que Shea salía del nicho detrás de Dayel-. Tenía esperanzas de que los gnomos no hubiesen explorado hasta aquí por ser una tierra prohibida para ellos. Según parece nos han atrapado, Menion.

Shea caminó hacia la luz sobre un rellano de roca donde el resto del grupo murmuraba con enojo y frustración. Allanon surgió casi en el mismo momento y juntos examinaron el paisaje que se desplegaba ante ellos. El rellano de roca sobre el que estaban se extendía unos cinco metros desde la abertura del paso del Lazo, formando un pequeño reborde que caía bruscamente en un precipicio profundo. A pesar de la intensa luz del sol,

el fondo no se veía. Las paredes del risco se abrían hacia fuera a sus espaldas para formar un semicírculo alrededor del precipicio y después se sesgaban de forma quebrada, dejando paso a un espeso bosque que empezaba a varios cientos de metros de distancia. El precipicio, una trampa de la naturaleza, según las apariencias, presentaba la forma de un lazo dentado. No había ningún camino que lo rodease. Al otro lado de la hendidura colgaban los restos de lo que debía haber sido un puente de madera y cuerda, que debía de ser el único medio por el que los viajeros pudieran cruzarlo. Ocho pares de ojos examinaban las escarpadas paredes de los riscos, buscando algún medio para escalar sus superficies resbaladizas. Pero era demasiado evidente que la única forma de llegar al otro lado era cruzar el foso abierto que tenían ante ellos.

-¡Los gnomos sabían lo que estaban haciendo cuando destruyeron el puente! -comentó Menion malhumorado-. Nos han dejado atrapados entre ellos y este agujero sin fondo. Pueden aguardar hasta que nos muramos de hambre. Qué estúpidos...

La ira le impidió seguir hablando. Todos sabían que había sido una necedad dejarse engañar por una trampa tan simple y a la vez tan eficaz. Allanon se acercó al borde del precipicio, observó atentamente sus profundidades y examinó el terreno del otro lado, buscando algún medio de cruzarlo.

-Si fuese un poco más estrecho o yo contara con un poco más de espacio para tomar carrerilla, podría saltarlo -manifestó Durin.

Shea estimó que debía de haber una distancia de, aproximadamente, diez metros. Aunque Durin hubiese sido el mejor saltador del mundo, habría puesto en duda un intento exitoso en tales condiciones.

-¡Un momento! -gritó Menion de repente, acercándose de un salto a Allanon y señalando hacia el norte-. ¿Y ese árbol que cuelga de la pared del risco, a la izquierda?

Todos miraron con ansiedad, incapaces de entender lo que sugería el hombre de las tierras altas. El árbol del que hablaba crecía incrustado en el muro del risco hacia la izquierda, a unos ciento cincuenta metros de ellos. Su forma grisácea resaltaba rotundamente bajo el cielo azul, sus ramas sin hojas se inclinaban hacia abajo como las piernas cansadas de un gigante inmovilizado a media zancada. Era el único árbol visible sobre el camino cubierto de rocas que salía del precipicio y desaparecía bajo las paredes de los riscos en los bosques que estaban más allá. Shea miró con los otros pero sin entender qué solución podría ofrecer aquello.

-Si lograra clavar una flecha atada a una cuerda en ese árbol, alguien con poco peso podría cruzar el foso y fijar la cuerda con más seguridad para que pasáramos los demás -sugirió el príncipe de Leah, apretando con su mano izquierda el gran arco de fresno.

-Ese disparo tendría que cubrir unos cien metros -replicó Allanon con impaciencia-. Contando con el peso adicional de la cuerda atada a la flecha, se debería hacer el disparo más largo del mundo para llegar hasta allí, sin mencionar que tendría que incrustarse en el árbol lo bastante como para aguantar el peso de un hombre. No creo que se consiga.

-Bueno, será mejor que se nos ocurra algo brillante o ya podemos olvidarnos para siempre de la Espada de Shannara y todo lo demás -gruñó Hendel, con el rostro encendido por la rabia.

-Tengo una idea -se atrevió a decir Flick, dando un paso hacia delante. Todo el mundo miró hacia él como si lo vieran por primera vez o hubiesen olvidado que estaba aún allí.

-¡Bueno, muy bien, suéltala! -exclamó Menion con impaciencia-. ¿Qué es, Flick?

-Si hubiese un arquero experto en el grupo -Flick lanzó una mirada venenosa hacia Menion- podría clavar una flecha con una cuerda atada en los trozos de madera del puente que cuelgan del otro lado y atraerlo luego hasta aquí.

-¡Eso es algo que vale la pena intentar! -aprobó Allanon inmediatamente-. ¿Quién...?

-Yo puedo hacerlo -dijo Menion al momento, mirando con ira a Flick.

Allanon asintió con la cabeza y Hendel sacó un cordel resistente. Menion ató con fuerza uno de sus cabos a una flecha, y el otro a su ancho cinturón de cuero. Colocó la saeta en el gran arco de fresno y apuntó. Todos los ojos miraron a través del precipicio a la soga fijada en el otro lado. Menion siguió con la mirada la cuerda que colgaba hacia la oscuridad de la hendidura hasta que localizó un fragmento de madera, unos nueve metros más abajo, todavía unido a la soga del puente roto. Todo el grupo observaba conteniendo la respiración mientras Menion tensaba el gran arco, apuntaba con gesto seguro, y soltaba la flecha, que produjo un sonido cortante. La flecha con la cuerda penetró en la caverna y se incrustó en la madera.

-Buen disparo, Menion -felicitó Durin al montañés que ahora sonreía.

Con cuidado, el puente fue levantado y atraído hasta que los extremos de la cuerda se juntaron. Allanon buscó en vano algo para fijarlo, pero las escarpias que lo aguantaban habían sido arrancadas por los gnomos. Al final, Hendel y Allanon se cogieron del brazo en el borde del precipicio y aguantaron tirante la cuerda del puente mientras Dayel atravesaba el profundo foso colgado de las manos, llevando atada a la cintura una segunda cuerda. Hubo minutos de angustia mientras el gigante vestido de negro y el silencioso enano mantenían firmemente la tensión hasta que Dayel llegó ileso al otro lado. Balinor reapareció e informó que el fuego estaba empezando a apagarse por sí solo y que los cazadores gnomos pronto atravesarían el paso del Lazo. Inmediatamente, la cuerda que llevaba Dayel fue lanzada de vuelta después que éste la hubo fijado en un extremo, y el largo cabo fue pasado por las rocas salientes que había a la entrada del paso, donde la ataron con firmeza. Los otros miembros de la compañía empezaron a cruzar el precipicio del mismo modo que Dayel, uno a uno, colgándose de las manos, hasta que todos estuvieron a salvo en el otro lado. Entonces cortaron la cuerda y la dejaron caer en el foso junto con los restos del viejo puente, para asegurarse de que nadie podría seguirlos.

Allanon ordenó que se avanzara sin hacer ruido para no informar a los gnomos, que estaban aproximándose, que habían logrado escapar de la trampa tan cuidadosamente tendida. Antes, sin embargo, el alto historiador se aproximó a Flick, colocó una mano flaca y oscura sobre su hombro y le sonrió sombríamente.

-Hoy, amigo, te has ganado el derecho a ser un miembro de esta expedición, un derecho que está más allá de tu afecto por tu hermano.

Se revolvió con brusquedad e indicó a Hendel que se pusiera en cabeza.

Shea miró el rostro ruborizado y feliz de Flick, y le dio una palmada cariñosa en la espalda. Desde luego que había ganado el derecho a quedarse con ellos, un derecho que quizá Shea todavía no había ganado.

XI

Viajaron otros quince kilómetros por las montañas de Wolfsktaag hasta que Allanon solicitó una parada. El paso del Lazo y el peligro de ser atacados por los gnomos habían quedado atrás hacía tiempo y ahora estaban bien adentrados en el bosque. El viaje había sido rápido y sin obstáculos hasta el momento, los caminos amplios y despejados, el terreno bastante llano a pesar de que estaban a unos cuantos metros de altura en las montañas. El aire era frío, lo que hacía que la marcha resultase casi agradable, y el sol de la tarde lanzaba sus rayos sobre ellos con un resplandor que los mantenía en buen estado de ánimo. Los bosques se extendían, interrumpidos por cerros prominentes de rocas laminadas y picos donde no crecía vegetación, cuyas cimas estaban cubiertas de nieve. Aunque tradicionalmente era una región prohibida, incluso para los enanos, nadie descubrió ningún indicio de algo anormal que pudiese representar señal de peligro para ellos. Todos los sonidos del bosque estaban allí, desde el retumbante zumbido de los insectos hasta los alegres cantos de una enorme variedad de pájaros multicolores de todas las formas y tamaños. Parecía que habían elegido un buen camino para llegar hasta las aún distantes moradas de Paranor.

-Nos detendremos a pasar la noche dentro de unas cuantas horas -anunció el historiador cuando todos estuvieron reunidos a su alrededor-. Pero yo saldré a primeras horas de la mañana para explorar el camino que sigue después de las Wolfsktaag, por si hay algún signo del Señor de los Brujos o de sus emisarios. En cuanto finalicemos el viaje a través de estas montañas y un corto recorrido por los bosques del Anar, tendremos que cruzar las llanuras de los Dientes del Dragón, justo debajo de Paranor. Si las criaturas de la Tierra del Norte o sus aliados han bloqueado la entrada, debo saberlo ahora, para que podamos decidir rápidamente una nueva ruta.

-¿Irás solo? -preguntó Balinor.

-Creo que es más seguro para todos que así lo haga. Yo correré poco peligro y vosotros podéis necesitaros los unos a los otros cuando lleguéis a los bosques del centro del Anar. Estoy casi seguro de que las partidas de cazadores gnomos estarán vigilando todos los pasos procedentes de estas montañas para cerciorarse de que no salís vivos. Hendel puede guiaros entre estas trampas tan bien como yo, e intentaré reunirme con vosotros más adelante, antes que lleguéis a las llanuras.

-¿Qué camino tomará? -preguntó el taciturno enano.

-El paso de Jade ofrece la mejor protección. Señalaré el camino con trozos de tela, como hemos hecho antes. El rojo significará peligro. Seguid el color blanco y todo irá bien. Ahora continuemos mientras todavía quede luz.

Viajaron sin interrupciones a través de las Wolfsktaag, hasta que el sol se escondió bajo las cumbres de las montañas del oeste y ya no fue posible ver el camino. Era una noche sin luna, pero las estrellas emitían un débil resplandor sobre el escarpado paisaje. Acamparon junto a la pared de un alto risco serrado que se elevaba unos cuantos metros sobre ellos como una gran hoja dentada que cortara el cielo oscuro. En la otra parte del lugar donde acamparon había grupos de pinos altos que los encerraban contra la pared del risco formando un semicírculo, de forma que estaban protegidos por todos lados. Tomaron nuevamente una cena fría, para no llamar la atención con una hoguera. Hendel organizó turnos para mantener una guardia continua durante toda la noche, una práctica que consideraba esencial en una región hostil. Los miembros del grupo realizarían turnos varias

horas mientras los demás dormían. Después de la comida, se habló poco; y casi al mismo tiempo se envolvieron todos en las mantas, cansados del largo día de marcha.

Shea se ofreció voluntario para vigilar primero, ansioso de participar, sintiendo todavía que había contribuido poco mientras los otros arriesgaron sus vidas por él. La actitud de Shea hacia el viaje a Paranor se había alterado considerablemente durante los dos últimos días. Empezaba a darse cuenta ahora de lo importante que era conseguir aquella Espada. De ella dependía la gente de las cuatro tierras, de su protección contra el Señor de los Brujos. Primero había escapado de la amenaza de los Portadores de la Calavera y de su herencia como descendiente de la Casa de Shannara. Ahora corría hacia una amenaza incluso mayor, a un enfrentamiento con un poder pavoroso cuyos límites no habían sido nunca definidos, y con poco más que la valentía de siete mortales como protección. Pero incluso sabiendo eso, Shea sentía que negarse a seguir, no dar lo poco que tenía que ofrecer, sería una terrible traición a su parentesco con los elfos y con los hombres y una cesión del orgullo que sentía por intentar defender la seguridad y la libertad de todos los humanos. Sabía que aunque le dijesen ahora que iba a fracasar, seguiría adelante.

Allanon se volvió sin dirigir una palabra a nadie y se quedó dormido en cuestión de segundos. Shea estuvo contemplando su figura inmóvil durante su turno de dos horas de guardia; después, se retiró al ser sustituido por Durin. Hasta que Flick no se despertó después de medianoche para realizar su turno, la alta figura del jefe no se movió lo más mínimo; entonces se levantó con un rápido movimiento y se envolvió en su gran capa negra, como la primera vez que Flick se lo había encontrado en el camino a Val Sombrío. Durante un momento, permaneció de pie mirando a los miembros durmientes de la compañía y a Flick, que estaba sentado inmóvil sobre una roca en un extremo del claro. Tras esto, sin una palabra o un gesto, se volvió hacia el norte, tomó el camino y desapareció en la negrura del bosque.

Allanon caminó durante el resto de la noche sin detenerse en su viaje al paso de Jade, en el centro del Anar, y después a las praderas del oeste. Su tenebrosa figura atravesaba el silencioso bosque con la rapidez de una sombra fugaz, rozando la tierra sólo un instante, siguiendo apresuradamente. Su cuerpo parecía inmaterial al pasar por encima de las vidas de pequeños seres, que le miraban un instante y le olvidaban a continuación, sin alterarlos pero dejando un cambio sutil, fijando su huella indeleble en aquellas mentes irracionales. Una vez más, reflexionó sobre el viaje que estaban haciendo a Paranor, meditando sobre lo que únicamente él sabía, y sintió una extraña incapacidad frente a lo que era la transición de una época. Los otros sólo sospechaban su intervención en todo lo que había ocurrido, en todo lo que se avecinaba, pero sólo él estaba obligado a vivir con la verdad detrás de su propio destino y el de los otros. Murmuró casi en voz alta sus pensamientos, repudiando lo que sucedía, pero sabiendo que no había alternativa para él. Su rostro delgado y largo se presentaba ante los bosques como una máscara negra de indecisión mientras avanzaba en su marcha solitaria. Era un rostro marcado profundamente por las arrugas de la preocupación, pero endurecido por la determinación interior de que conservaría el alma cuando el corazón hubiese desaparecido.

El alba le sorprendió cuando atravesaba un tramo en el que el bosque se espesaba en una extensión de varios kilómetros sobre un terreno empinado, lleno de piedras y de troncos caídos. Advirtió en seguida que aquella parte del bosque estaba extrañamente silenciosa, como si una especial clase de muerte hubiese posado su mano helada sobre la tierra. El camino que iba dejando atrás estaba señalado con pequeñas tiras de tela blanca. Caminaba con lentitud. Hasta aquel momento no se había presentado nada que debiera preocuparle; pero ahora, un sexto sentido se puso en marcha dentro de su rápida mente,

avisándole que algo no iba bien. Llegó hasta una bifurcación del camino principal, que se dividía en dos. Uno era un sendero ancho y despejado que se dirigía hacia la izquierda y que daba la impresión de haber sido la principal vía de acceso a lo que parecía ser un enorme valle. Era difícil estar seguro porque el bosque lo invadía todo, evitando la vista del sendero a más de cien metros. El segundo estaba lleno de matorrales. Sólo podría pasarse por allí de uno en uno, a menos que se ensanchase cortando el follaje. El sendero estrecho subía hacia un cerro elevado que salía en ángulo del paso de Jade.

De repente, el sombrío historiador se puso alerta al sentir la presencia de otro ser, sin duda alguna forma de vida maligna, más adelante, en el camino que conducía al valle invisible. No se percibía ningún ruido ni movimiento. Fuera lo que fuese, prefería acechar esperando a que sus víctimas pasaran por el camino. Allanon desgarró rápidamente dos tiras de tela, una roja y otra blanca, anudando la roja al camino ancho que conducía al valle y la blanca al camino más estrecho que conducía al cerro. Cuando hubo terminado su tarea, se detuvo y escuchó de nuevo; pero aunque aún podía sentir la presencia de la criatura, fue incapaz de detectar ningún movimiento. El poder de ésta no era equiparable al suyo, pero podría ser peligrosa para los hombres que le seguían. Comprobando las tiras de tela una vez más, avanzó hacia arriba por el camino estrecho y desapareció entre la densa maleza.

Pasó casi una hora antes de que la criatura que permanecía esperando en el camino del valle decidiese investigar. Era sumamente inteligente, una posibilidad que Allanon no había considerado, y supo que quien pasó por el camino de arriba había advertido su presencia y evitado intencionadamente el encuentro. Supo también que ese hombre tenía poderes mucho mayores que los suyos, de modo que permaneció sin hacer ruido en el bosque y esperó a que se alejase.

Ahora, ya había esperado demasiado. Minutos más tarde atisbó atentamente hacia la silenciosa bifurcación del camino principal, donde las dos tiras de tela aleteaban llamativamente con la ligera brisa del bosque. Qué estúpidas marcas, pensó la criatura, y con enérgicas pisadas hizo avanzar su voluminoso cuerpo informe.

Balinor se encargó de la última guardia de la noche; y cuando el amanecer empezó a despuntar con sus rayos dorados y deslumbrantes por encima del horizonte del este, el alto fronterizo despertó con suavidad al resto del grupo haciéndoles pasar del sueño placentero al frío de la madrugada. Se levantaron prontamente y tomaron un breve desayuno mientras intentaban calentarse en el aire aún frío del día soleado, recogieron en silencio sus pertrechos y se dispusieron a iniciar la marcha diurna. Alguien preguntó por Allanon, y Flick, medio dormido, contestó que había partido hacia la medianoche sin decirle nada. A nadie le sorprendió particularmente que se hubiera marchado de forma tan silenciosa, y no se comentó mucho más sobre el tema.

Una hora después, se hallaban en el camino que conducía hacia el norte a través de los bosques de Wolfsktaag, avanzando sin pausa, sin conversar la mayor parte del tiempo, en el mismo orden que antes. Hendel había delegado su puesto de guía en el talentoso Menion Leah, que se desplazaba con la agilidad sigilosa de un gato a través del laberinto de arbustos y ramas sobre un suelo salpicado de hojas. Hendel sentía un cierto respeto por el príncipe de Leah. Ningún habitante del bosque podría competir con él en rapidez. Pero el enano sabía también que el montañés era impetuoso y poco experimentado, y que en aquellas tierras sólo con cautela y pericia se podía sobrevivir. Sin embargo, la práctica era la única forma de aprender, así que el enano permitió sin demasiado entusiasmo que el joven rastreador los guiase, encargándose él de comprobar por segunda vez todo lo que se fuera presentando a su paso.

Un detalle especialmente inquietante llamó la atención del enano casi de inmediato, mientras que pasó desapercibido a su compañero. El camino no presentaba ningún indicio de que un hombre lo hubiese atravesado pocas horas antes. Aunque examinó el suelo con meticulosidad, Hendel no logró descubrir el más mínimo rastro de huella humana. Las tiras de tela blanca aparecían a intervalos regulares, tal como Allanon prometió que estarían. Sin embargo no había rastro de su paso por allí. Hendel conocía las historias sobre el misterioso vagabundo y había oído que poseía poderes extraordinarios. Pero nunca se le ocurrió pensar que aquel hombre fuese un rastreador tan consumado para lograr ocultar totalmente sus huellas. El enano no podía entenderlo, pero decidió no comentar el asunto.

Al final de la procesión, Balinor también iba haciéndose preguntas sobre el enigmático hombre de Paranor, el historiador que sabía tanto, más de lo que se podía sospechar, el vagabundo que parecía haber estado en todas partes y sobre el que sin embargo se conocía tan poco. Había visto a Allanon de vez en cuando durante varios años mientras crecía en el reino de su padre, pero sólo podía recordarlo vagamente como un sombrío forastero que llegaba y se iba sin avisar, que siempre se había mostrado muy amable con él, aunque nunca le había referido su misterioso pasado. Los hombres sabios de todas las tierras consideraban a Allanon un erudito y un filósofo sin igual. Otros lo conocían sólo como viajero que pagaba con buenos consejos y que poseía una especie de siniestro sentido común al que nadie podía oponerse. No obstante, nunca había entendido realmente al historiador. Reflexionó sobre eso durante un rato y después, en lo que le vino casi como una revelación casual, se dio cuenta que desde que conocía a Allanon no había apreciado nunca en él ningún signo del paso del tiempo.

El camino empezó a subir de nuevo y a estrecharse a medida que los grandes árboles del bosque y la espesa maleza se cerraban como paredes compactas. Menion había seguido las tiras de tela cuidadosamente y tenía la certeza casi absoluta de que iban por el buen camino; pero, de forma automática, empezó también a inspeccionar más atentamente a medida que la marcha se volvía más difícil. Era casi mediodía cuando el camino se bifurcó bruscamente y Menion se detuvo sorprendido.

-Es extraño. Una bifurcación en el camino y ninguna marca. No puedo entender por qué Allanon no dejó una señal.

-Debe haber sucedido algo con ella -concluyó Shea, suspirando profundamente-. ¿Qué ruta tomamos?

Hendel examinó el suelo con atención. Sobre el camino que subía hacia el cerro había indicios del paso de alguien, por las ramas dobladas y las hojas recientemente caídas. En el camino inferior, sin embargo, había señales de huellas, aunque eran muy débiles. Instintivamente supo que algo peligroso les aguardaba en uno de los caminos, o incluso en ambos.

-No me gusta. Algo no va bien aquí -murmuró-. Las señales son confusas, tal vez intencionadamente.

-Quizá todos esos cuentos sobre tierras prohibidas no sean tan absurdos -sugirió Flick con preocupación, apoyándose en un árbol caído.

Balinor se adelantó y discutió con Hendel, durante unos momentos, algo relativo a la dirección del paso de Jade. Hendel admitió que el paso inferior sería la ruta más rápida y que parecía el camino principal. Pero no había ninguna forma de saber qué sendero habría elegido Allanon. Finalmente, Menion alzó sus brazos exasperado y exigió que se tomara una decisión:

-Todos sabemos que Allanon no habría pasado por aquí sin dejar una marca, así que la conclusión obvia es que les ha ocurrido algo a las marcas o a él. En cualquier caso, no

podemos quedarnos aquí sentados esperando encontrar la respuesta. Dijo que nos reuniríamos en el paso de Jade o en los bosques que hay más allá. Por tanto, yo voto por que tomemos el camino inferior, el más rápido.

Hendel expresó de nuevo su confusión sobre los signos del camino inferior y su molesta sensación de que algo peligroso les aguardaba, una sensación que Shea empezó a compartir en cuanto llegaron a aquel lugar y no encontraron las tiras de tela. Balinor y los otros debatieron acaloradamente durante unos minutos y al fin estuvieron de acuerdo con el hombre de las tierras altas. Seguirían la ruta más rápida, pero se mantendrían muy atentos hasta que saliesen de las montañas misteriosas.

Otra vez se formó la fila con Menion a la cabeza. Se encaminaron rápidamente por la suave ladera del camino inferior, que parecía llevar hasta un valle, densamente cubierto por grandes árboles que crecían rama contra rama durante kilómetros en todas las direcciones. El camino se ensanchó de forma notable, los árboles y la maleza se espaciaron y el terreno empezó a nivelarse en una ladera que descendía de forma apenas perceptible. Los temores disminuyeron cuando el viaje se hizo más cómodo, y rápidamente se evidenció que bastantes años antes aquél debió ser un camino muy transitado por los habitantes de esa tierra. Caminaron durante poco menos de una hora hasta llegar al valle. Era difícil decir dónde se hallaban respecto a la cadena montañosa que los rodeaba. Los árboles del bosque ocultaban todo excepto el sendero que estaba ante ellos y el azul despejado del cielo.

Después de caminar durante un rato por el valle, el grupo divisó una extraña estructura que se elevaba entre los árboles como un enorme armazón. Parecía formar parte del bosque, salvo por la desacostumbrada rigidez de las ramas, y en pocos momentos estuvieron lo bastante cerca para ver que se trataba de una serie de gigantescas vigas cubiertas de herrumbre, enmarcando porciones cuadradas de cielo abierto. Se detuvieron automáticamente, mirando con cautela a su alrededor para asegurarse de que aquello no era una trampa para viajeros incautos. Pero nada se movió, así que se aproximaron, intrigados por la estructura que aguardaba silenciosa.

De repente, el camino se terminó y el extraño armazón se reveló completamente. Las grandes barras de metal estaban deterioradas por el tiempo, pero continuaban rectas y, en apariencia, tan firmes como en años pasados. Formaban parte de lo que en otra época habría sido una gran ciudad, construida hacía tanto tiempo que nadie recordaba su existencia, una ciudad olvidada como el valle y las montañas en que se asentaba; un último monumento a una civilización de seres desaparecidos. El armazón metálico estaba firmemente incrustado en enormes cimientos de una especie de piedra, ahora descantillada y agrietada por el clima y paso del tiempo. En algunos lugares se veían restos de lo que debían haber sido paredes. Había gran cantidad de edificaciones de este tipo reunidas, que se extendían en varios cientos de metros más allá de donde estaban los viajeros y terminaban donde la barrera del bosque marcaba el fin de la infructuosa invasión del hombre en una naturaleza imposible de destruir. Dentro de las estructuras, y en los cimientos y en el armazón, crecían matorrales y pequeños árboles en abundancia tal, que la ciudad parecía asfixiada en vez de desmoronada por el tiempo. Permanecieron en silencio ante el extraño testimonio de otra era, y la obra de otras personas como ellos, tantos años atrás. Shea sintió un ineludible sentimiento de futilidad a la vista de aquellas deterioradas y siniestras estructuras.

-¿Qué es esto? -preguntó en voz baja.

-Los restos de alguna ciudad -contestó Hendel encogiéndose de hombros y volviéndose hacia el joven valense-. Nadie ha estado aquí desde hace siglos, supongo.

Balinor se acercó a la estructura más próxima y frotó una viga de metal. Eso hizo que salieran despedidas grandes partículas de herrumbre y suciedad, que cayeron en forma de

lluvia, dejando debajo un color gris acero que confirmaba que la construcción todavía se mantenía firme. El resto del grupo le siguió mientras caminaba lentamente sobre los cimientos, observando con atención el material parecido a la piedra. Un momento después, se detuvo en un rincón y apartó con la mano el polvo y la suciedad, revelando una fecha todavía legible. Todos se acercaron para leerla.

-¡Esta ciudad está aquí desde antes de las Grandes Guerras! -dijo Shea sorprendido-. No puedo creerlo. ¡Debe de ser la más antigua que existe!

-Recuerdo lo que nos dijo Allanon de los hombres que vivían entonces -declaró Menion en un raro momento de evocación soñadora-. «Fue la gran era», dijo; y a pesar de eso, esto es todo lo que queda de ella. Nada más que unas vigas de metal.

-¿Qué os parece si descansamos unos minutos aquí? -sugirió Shea-. Me gustaría echar un vistazo a las otras construcciones.

A Balinor y a Hendel les pareció peligroso detenerse allí, pero accedieron a un breve descanso con la condición de que todos se mantuviesen juntos. Shea estuvo merodeando por el edificio contiguo acompañado de Flick. Hendel se sentó y observó cansadamente las grandes estructuras, aumentando cada vez más su incomodidad por permanecer en aquella jungla de metal tan ajena a los bosques de su tierra. Los otros siguieron a Menion hasta el otro lado del edificio, en donde habían encontrado la fecha, descubriendo parte de un nombre en un pedazo de pared caído. No habían pasado más de unos minutos cuando Hendel fue asaltado por los recuerdos de Culhaven y de su familia, que inmediatamente desechó para no distraer su alerta. Todo el mundo estaba ante su vista, pero Shea y Flick se habían alejado a la izquierda de la ciudad muerta, aún observando con curiosidad los ruinosos restos y buscando signos de la antigua civilización. En aquel instante se dio cuenta de que, excepto por las voces bajas de sus compañeros, el bosque circundante se había sumido en una calma mortal. Ni siquiera el viento atravesaba el pacífico valle, ni un pájaro volaba en el cielo, ni se percibía el zumbido vibrante de algún insecto. Hasta su propia respiración era una discordancia para sus agudos oídos.

-Sucede algo raro.

Las palabras fueron pronunciadas en el mismo momento en que cogía instintivamente su pesada maza.

A la vez, Flick percibió algo blanquecino sobre el suelo a un lado del edificio que Shea y él estaban examinando, parcialmente oculto por los cimientos. Se aproximó con curiosidad a unos objetos que parecían palos de distintos tamaños y formas esparcidos sin ningún propósito definido. Shea no advirtió el interés de su hermano y se alejó del edificio, contemplando fascinado los restos de otra estructura. Flick se acercó más, pero desde donde estaba seguía sin poder saber qué eran aquellos palos blancos. Hasta que no estuvo ante ellos y los vio brillando débilmente bajo el sol del mediodía sobre la tierra oscura, no comprendió con un escalofrío que eran huesos.

La jungla situada detrás del rechoncho valense estalló de repente con una atronadora rotura de ramas y matorrales. Ante él surgió de su escondite un enorme monstruo grisáceo de múltiples patas. Una mutación alucinante de una máquina y un ser vivo; sus patas encorvadas aguantaban un cuerpo formado por una parte metálica y otra de carne cubierta de tupido pelo. Una cabeza como de insecto que se sacudía intermitentemente sobre un cuello de metal. Unos tentáculos terminados en púas que se inclinaban ligeramente sobre unos ojos brillantes y unas mandíbulas salvajes que se abrían y cerraban con voracidad. Creado por el hombre de otra época para atender a las necesidades de sus amos, había sobrevivido al holocausto que los destruyó a ellos, pero al sobrevivir y preservar su existencia durante siglos con pedazos de metal injertados en su cuerpo deteriorado, había

evolucionado convirtiéndose en un monstruo informe; y aún peor, en un devorador de carne.

Cayó sobre su desafortunada víctima antes de que nadie pudiera moverse. Shea era quien estaba más cerca cuando la criatura gigantesca golpeó a su hermano con una pata extendida, derribándolo y presionándolo contra el suelo, emitiendo un sonido ronco mientras aproximaba las mandíbulas a su víctima. Shea gritó ferozmente y sacó su pequeño cuchillo de caza, blandiendo la insignificante arma al apresurarse a rescatar a su hermano. La criatura había apresado ya entre sus garras a la víctima inconsciente, cuando dirigió su atención al otro humano que se había lanzado salvajemente contra ella. Titubeando ante este asalto inesperado, relajó la fuerza de su garra y retrocedió un paso cautelosamente, equilibrando su voluminosa estructura, disponiéndose a dar un segundo golpe, con sus abultados ojos verdes fijos en el diminuto hombre que tenía delante.

-Shea, no... -gritó Menion aterrorizado cuando el valense atacó inútilmente uno de los retorcidos miembros de la criatura. Un aullido de furia brotó de las profundidades del gran cuerpo del monstruo que dio un empujón a Shea con una pata estirada para sujetarlo contra el suelo. Pero Shea logró escabullirse por escasos centímetros y nuevamente lo atacó en otro punto con su diminuta arma. Entonces, ante los ojos horrorizados de los viajeros, la pesadilla de la jungla se precipitó sobre el desdichado muchacho en un aluvión de patas y pelo. Justo cuando Shea estaba a punto de agarrar a Flick para arrastrarlo fuera, la criatura le arrolló y, durante un segundo, todo desapareció en una nube de polvo.

Ocurrió con tal rapidez que nadie más tuvo tiempo de actuar. Hendel no había visto nunca un engendro de tal tamaño y ferocidad, una criatura que aparentemente había vivido en aquellas montañas durante años incontables, yaciendo a la espera de víctimas impotentes. El enano era quien estaba más alejado del escenario de la batalla, pero se acercó rápidamente para ayudar al valense caído. En ese mismo momento reaccionaron también los otros. Cuando el polvo se depositó lo suficiente como para permitir ver la espantosa cabeza, sonaron tres cuerdas de arco en armonía y las flechas se enterraron en la oscura masa cubierta de pelo con impactos sonoros. La criatura aulló furiosa y alzó su cuerpo, con las patas delanteras extendidas, buscando a sus nuevos atacantes.

El desafío no quedó sin respuesta. Menion Leah soltó el arco de fresno y sacó su gran espada de la vaina, asiéndola con ambas manos.

-¡Leah! ¡Leah!

El grito de guerra de hacía mil años surgió del príncipe en el momento en que cargó salvajemente atravesando los deteriorados cimientos y las paredes derruidas para llegar hasta el monstruo. Balinor también había sacado su espada; la enorme hoja resplandecía salvajemente bajo la intensa luz del sol. Balinor la empuñó y se lanzó para ayudar al hombre de las tierras altas. Durin y Dayel arrojaban una rociada de flechas tras otra a la cabeza de la bestia gigantesca que seguía aullando, usando sus patas delanteras para apartar las flechas y golpearlas para desprenderlas de su gruesa piel. Menion llegó al engendro antes que Balinor y, con un gran impulso, asestó un golpe de espada que cortó una de las patas más próximas, sintiendo el impacto estremecedor sobre el hueso de metal. Cuando el monstruo retrocedió y empujó a un lado a Menion, recibió una fuerte sacudida en la cabeza; el mazo de guerra de Hendel lo golpeó con fuerza aturdidora. Un segundo más tarde, Balinor estaba ante la enorme criatura, arrojando su capa a un lado e hinchando el pecho bajo su brillante cota de malla. Con una serie de cortes rápidos y potentes de su gran espada; el príncipe de Callahorn le partió totalmente una segunda pata. La bestia contraatacó con furia, tratando sin éxito de atrapar a uno de sus atacantes contra la tierra para aplastarlo. Los tres defensores emitieron sus gritos de batalla y embistieron con furia, intentando por todos los medios alejar al monstruo de sus víctimas. Atacaron con

precisión, asaltándole por los flancos desprotegidos, atrayendo a la bestia colosal primero hacia un lado y después hacia otro. Durin y Dayel se aproximaron más y continuaron con su lluvia de flechas sobre el enorme blanco. Muchas rebotaban en las partes metálicas, pero el asalto implacable distraía constantemente a la enloquecida criatura. En una ocasión, Hendel recibió un golpe tan fuerte que aturdió sus sentidos durante unos segundos, permitiendo al monstruo adelantarse rápidamente para acabar con él. Pero Balinor, decidido, haciendo acopio de todas sus fuerzas, lo golpeó con tanta violencia y persistencia que no le permitió alcanzar al enano, a quien Menion arrastraba por los pies.

Al fin, las fechas de Durin y Dayel cegaron parcialmente el ojo derecho de la criatura. Sangrando en abundancia por el ojo y por otra docena de heridas, el monstruo supo que había perdido la batalla y que podía perder la vida si no escapaba. Haciendo un amago de ataque hacia su asaltante más próximo, se giró de repente con sorprendente agilidad y salió corriendo hacia la seguridad de su guarida en el bosque. Menion llevó a cabo una corta persecución, pero la criatura le dejó atrás y desapareció entre los grandes árboles. Los cinco luchadores volvieron de inmediato su atención hacia los dos valenses caídos, que yacían encogidos e inmóviles en la tierra hollada. Hendel los examinó, poseedor de cierta experiencia en el tratamiento de las heridas de guerra tras tantos años. Tenían numerosos cortes y magulladuras, pero en apariencia ningún hueso roto. Era difícil asegurar que no hubiesen sufrido alguna lesión interna. Ambos habían sido aguijoneados por la criatura, Flick en la espalda y en el cuello y Shea en el hombro; las marcas amoratadas indicaban que habían recibido pinchazos en la piel descubierta. ¡Veneno! Los dos hombres siguieron inconscientes tras los repetidos intentos de reavivarlos, su respiración era débil y su piel estaba pálida y empezaba a grisear.

-Yo no puedo curarlos -declaró Hendel preocupado-. Tenemos que llevarlos a Allanon. Él sabe de estos asuntos; probablemente podrá ayudarles.

-Pueden morir, ¿verdad? -preguntó Menion en un susurro apenas audible.

Hendel asintió débilmente en silencio. Balinor se hizo cargo de la situación, ordenando a Menion y a Durin que cortasen palos para hacer unas angarillas, mientras Hendel y él fabricaban unas redes donde tender a los valenses. Dayel se ocupó de vigilar por si la criatura volvía en cualquier momento. Quince minutos más tarde, las camillas estuvieron terminadas, los hombres inconscientes atados sobre ellas y cubiertos por mantas que los protegerían del frío de la noche que se avecinaba, y el grupo estuvo listo para emprender la marcha. Hendel tomó el primer puesto, y los otros cuatro cargaron con las camillas. Cruzaron rápidamente las ruinas de la ciudad aún amenazadora y, tras unos segundos, localizaron un camino que salía del valle escondido. Los rostros lúgubres del enano y de los portadores de los cuerpos inconscientes se volvieron para mirar con hostilidad las estructuras aún visibles que sobresalían del bosque. Un sentimiento de amarga impotencia creció dentro de ellos. Cuando entraron en el valle se sentían fuertes y decididos, seguros de sí mismos y con fe en la misión que los había unido. Pero al abandonarlo, su aspecto era el de víctimas exhaustas y desmoralizadas tras una cruel desgracia.

Salieron del valle con premura, subiendo la suave pendiente de las montañas que lo encerraba, por un ancho y sinuoso camino protegido por altos y silenciosos árboles, pensando sólo en los hombres heridos que transportaban. Los sonidos normales del bosque volvieron a aparecer, indicando que el peligro del valle había pasado. Ninguno de ellos lo advirtió, salvo el taciturno enano, cuya mente entrenada para la guerra registró automáticamente los cambios de un bosque familiar. De nuevo pensó con amargura en la elección que los había conducido al valle, preguntándose qué le habría ocurrido a Allanon y a las marcas prometidas. Sin apenas reflexionar sobre ello, comprendió que el vagabundo

debía haber colocado las marcas antes de tomar el camino de arriba, y alguien o algo, quizá la criatura que habían encontrado, descubrió las marcas y las quitó. Movió la cabeza al pensar en lo estúpido que había sido al no adivinar la verdad y pateó el suelo, descargando así su rabia.

Llegaron al límite del valle y continuaron sin detenerse a través de los bosques, que se extendían ante ellos como una masa ininterrumpida de grandes troncos y densas ramas que se enredaban y entrelazaban como si desearan ocultar el cielo. El camino volvió a estrecharse, obligándolos a marchar en fila india a causa de las camillas. El cielo de la tarde pasó con rapidez de un azul oscuro a una mezcla de violetas y púrpuras que anunciaba el final de un día más. Hendel calculó que sólo podían contar con una hora de luz. No sabía a que distancia se encontraban del paso de Jade, pero creía que no estaban lejos. Todos eran conscientes de que no debían detenerse al anochecer, de que no podrían dormir esa noche ni quizá la siguiente, si deseaban salvar las vidas de los hermanos. Tenían que encontrar rápidamente a Allanon y hacer que tratase sus heridas antes de que el veneno llegara a sus corazones. Nadie comentó nada ni creyó que fuera necesario hacerlo. Había una única opción y la aceptaron.

El sol se ocultaba tras las cumbres de las montañas del oeste una hora más tarde. Para entonces, los brazos de los cuatro portadores habían llegado al límite de su resistencia; estaban rígidos y tensos por el ininterrumpido peso soportado desde que salieron del valle. Balinor pidió un descanso y el grupo entero se desplomó, respirando trabajosamente en la tranquilidad del bosque en el crepúsculo. Con la llegada de la noche, Hendel fue relevado por Dayel, que era obviamente el más agotado por el peso de la camilla de Flick. Los valenses seguían inconscientes, envueltos en las mantas, con rostros ojerosos y cenicientos bajo la tenue luz y cubiertos de una capa de sudor. Hendel les tomó el pulso y apenas pudo captar un aleteo de vida en sus muñecas. Menion tuvo un estallido de cólera incontrolada, jurando venganza contra cualquier cosa que se le venía a la mente. Su enjuto rostro dejaba traslucir la tensión de la batalla, el cansancio del camino y el deseo de encontrar algo contra lo que descargar su furia.

Reemprendieron su marcha forzada tras unos breves minutos de descanso. El sol había desaparecido por completo, dejándolos en una negrura sólo suavizada por la luz pálida de las estrellas y un indicio de luna nueva. La falta de iluminación hizo la travesía lenta y peligrosa por el camino sinuoso e irregular. Hendel había ocupado el lugar de Dayel en la parte posterior de la camilla de Flick, mientras el delgado elfo empleaba sus agudos sentidos en localizar el sendero en la oscuridad. El enano recordó con pesar las tiras de tela que Allanon había prometido que dejaría para guiarlos fuera de las Wolfsktaag. Ahora, más que en ningún otro momento, hubieran sido necesarias para marcar el camino adecuado. Las vidas de los dos hombres del valle dependían de la velocidad. Mientras caminaba, sin sentir en los brazos la tensión de la camilla, meditando sobre la situación a la que se enfrentaban, se encontró mirando hacia dos altos picos situados a su izquierda, que despuntaban en la uniformidad del cielo nocturno. Tardó varios segundos en advertir con sorpresa que estaba mirando hacia la entrada del paso de Jade.

En ese mismo momento, Dayel anunció que el camino se dividía en tres. Hendel informó al momento que llegarían al paso por el camino de la izquierda. Sin detenerse, siguieron adelante. El camino empezó a descender de las montañas dirigiéndose hacia los picos gemelos. Animados con la esperanza de llegar pronto a su meta y encontrar a Allanon, sus fuerzas se avivaron. Shea y Flick ya no estaban inmóviles sobre las camillas, sino que empezaban a agitarse de forma incontrolada e incluso a temblar con violencia bajo las ceñidas mantas. Dentro de los cuerpos envenenados se estaba librando una batalla

entre la muerte y sus fuertes deseos de vivir. Hendel pensó que era un signo favorable. Sus cuerpos aún no habían renunciado a luchar por la vida. Se volvió hacia los otros miembros del grupo y descubrió que estaban observando con atención un punto luminoso que resplandecía con intensidad en el horizonte negro entre los picos gemelos. Entonces sus propios oídos captaron los sonidos distantes de un estruendo y un apagado murmullo de voces procedentes del lugar donde estaba la luz. Balinor ordenó que no se detuviesen, pero encargó a Dayel que fuera delante y mantuviera los ojos bien abiertos.

-¿Qué es aquello? -preguntó Menion, con curiosidad.

-No puedo estar seguro desde esta distancia -respondió Durin-. Parecen tambores y cánticos.

-Gnomos -declaró tristemente Hendel.

Tras otra hora de viaje, estuvieron lo bastante cerca para determinar que la curiosa luz era producida por cientos de pequeñas hogueras, y los ruidos, por retumbos de docenas de tambores y cánticos de muchísimas voces. El sonido creció hasta proporciones ensordecedoras y los dos picos que marcaban la entrada del paso de Jade aparecieron como enormes pilares frente a ellos. Balinor pensó que, si aquellas criaturas eran gnomos, no se aventurarían a entrar en tierra prohibida para ellos, ni a situar vigilantes, de modo que el grupo estaría relativamente seguro hasta llegar al paso. El sonido de los tambores y los cánticos continuó vibrando a través de los árboles del espeso bosque. Por las apariencias, quienquiera que estuviese bloqueando el paso permanecería allí durante bastante tiempo. Momentos más tarde, llegaron a las proximidades del paso de Jade. Apartándose en silencio hacia las sombras, el grupo tuvo un breve cambio de impresiones.

-¿Qué está pasando? -preguntó Balinor ansiosamente a Hendel, cuando todos estuvieron sentados bajo la protección del bosque.

-No puedo saberlo desde aquí, a menos que supiera leer las mentes -gruñó el enano irritado-. Por los sonidos de los cánticos, parecen gnomos, pero las palabras son confusas. Lo mejor será que me adelante y lo compruebe.

-Yo no lo creo así -aconsejó Durin rápidamente-. Éste es trabajo para un elfo, no para un enano. Yo puedo acercarme más rápida y silenciosamente que tú y advertiré la presencia de guardianes, si es que existen.

-Entonces será mejor que vaya yo -sugirió Dayel-. Soy más pequeño, ligero y rápido que cualquiera de vosotros. Volveré en un minuto.

Sin esperar la respuesta, se adentró en el bosque y desapareció antes de que nadie pudiese articular una objeción. Durin maldijo interiormente, temiendo por la vida de su hermano. Si había gnomos en el paso de Jade, matarían a cualquier elfo que encontraran merodeando en la oscuridad. Hendel se encogió de hombros con preocupación y volvió a sentarse apoyado contra un árbol, esperando el regreso de Dayel. Shea había empezado a gemir y a sacudirse con más violencia, arrojando a un lado las mantas y casi saliéndose de la camilla. Flick se comportaba de la misma manera, aunque con menos fuerza, gruñendo en voz baja, con el rostro aterradoramente demacrado. Menion y Durin se acercaron para envolverlos en las mantas, atándolos esta vez con largas cintas de cuero. Los gemidos continuaron, pero el grupo no tenía serios temores de ser descubierto con todo aquel ruido proveniente del otro lado del paso. Se sentaron en silencio a esperar a Dayel, mirando con ansiedad hacia el brillante horizonte y escuchando los tambores, sabiendo que de alguna forma tendrían que encontrar la manera de cruzarlo quienquiera que fuesen los que bloqueaban su entrada. Transcurrieron largos minutos. Después, Dayel reapareció de repente de la oscuridad.

-¿Son gnomos? -preguntó Hendel en el acto.

-Cientos de ellos -replicó el elfo con aire sombrío-. Ocupan toda la entrada del paso de Jade y hay docenas de fogatas. Debe de ser una especie de ceremonia por la forma en que tocan los tambores y por los cantos. Lo peor es que todos están de cara al paso. Nadie puede entrar o salir sin ser visto.

Dejó de hablar durante un momento mientras observaba los cuerpos de los valenses heridos y atormentados por el dolor. Después, se dirigió a Balinor.

-He explorado toda la entrada y las laderas de ambos picos. No hay otro camino excepto el que bloquean los gnomos. Estamos atrapados.

XII

El desolador informe de Dayel produjo una reacción inmediata. Menion se puso en pie de un salto cogiendo su espada y amenazó con abrirse paso a la fuerza o morir en el intento. Balinor trató de detenerlo, o al menos calmarlo, pero se desencadenó un auténtico tumulto que duró varios minutos cuando los otros se unieron al exaltado hombre de las montañas en su promesa. Hendel interrogó al consternado Dayel sobre lo que había visto a la entrada del paso; después de hacerle varias preguntas, ordenó que todos guardasen silencio.

-Los jefes gnomos están allí -informó a Balinor, que al fin había logrado calmar a Menion lo suficiente para que escuchase al enano-. Están todos los sumos sacerdotes y altos miembros de los pueblos de los alrededores para una ceremonia especial que ocurre una vez al mes. Llegaron al ponerse el sol y cantan oraciones a sus dioses para que los protejan de los seres malignos de la tierra prohibida, las Wolfsktaag. Durará toda la noche. Si esperamos hasta mañana, ya podemos perder las esperanzas de ayudar a nuestros amigos.

-¡Qué gente tan maravillosa son los gnomos! -estalló Menion-. ¡Temen a los seres malignos pero se alían con el Reino de la Calavera! No sé vosotros, pero yo no pienso rendirme ante unos cuantos gnomos estúpidos que cantan conjuros inútiles.

-Nadie se rinde, Menion -contestó Balinor con rapidez-. Vamos a salir de estas montañas esta noche. Ahora mismo.

-¿Qué propones que hagamos? -preguntó Hendel-. ¿Pasar ante las narices de los gnomos? ¿O quizá volar encima de ellos?

-¡Esperad un minuto! -exclamó Menion de repente, inclinándose sobre el inconsciente Shea, buscando ansiosamente entre sus ropas hasta encontrar la pequeña bolsa de cuero que contenía las piedras élficas.

-Las piedras élficas nos sacarán de aquí -anunció apretando la bolsa con su mano.

-¿Ha perdido el juicio? -preguntó Hendel al ver al hombre de las tierras altas agitando la bolsa de cuero.

-No funcionará Menion -declaró en voz baja Balinor-. El único que tiene poder para usar las piedras es Shea. Además, Allanon me dijo una vez que sólo podrían usarse contra cosas cuyo poder estuviese más allá de la materia, peligros que ofuscasen la mente. Esos gnomos son de carne y hueso, no criaturas del mundo espectral o de la imaginación.

-No sé de qué estás hablando, pero vi cómo funcionaron estas piedras contra esa criatura del pantano de las Nieblas, yo lo vi... -Menion dejó de hablar desalentado al reflexionar sobre lo que estaba diciendo, y finalmente bajó la bolsa y su valioso contenido-. ¿Qué importa? Tienes razón. No sé siquiera lo que estoy diciendo.

-¡Tiene que haber un camino! -Durin se adelantó, tratando de encontrar alguna sugerencia-. Lo que necesitamos es un plan para trasladar su atención a otro sitio durante sólo cinco minutos y tratar de colarnos mientras tanto.

Menion se animó ante la sugerencia, aprobando aparentemente la idea, pero incapaz de encontrar una forma de distraer la atención de miles de gnomos. Balinor se paseó de un lado a otro durante unos minutos, concentrado en sus pensamientos, mientras los otros soltaban sugerencias al azar. Hendel dijo con ironía que se acercaría a ellos y se dejaría capturar. Los gnomos se alegrarían tanto de tener en sus manos al enano que durante tanto

tiempo había intentado destruirlos, que olvidarían todo lo demás. Menion no le encontró demasiada gracia al chiste.

-¡Basta de charla! -rugió el príncipe de Leah, perdiendo la paciencia-. Lo que necesitamos es un plan que nos permita salir de aquí ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde para que los valenses reciban ayuda. ¿Qué hacemos?

-¿Qué anchura tiene el paso? -preguntó Balinor pensativamente, aún paseando.

-Unos ciento ochenta metros en el lugar donde están reunidos los gnomos -contestó Dayel, evitando un enfrentamiento con Menion. Pensó un minuto más y después chasqueó los dedos al recordar-. El lado derecho del paso está completamente despejado, pero en el izquierdo hay pequeños árboles y arbustos que crecen a lo largo de la pared del risco. Podrían cubrirnos un poco.

-No demasiado -le interrumpió Hendel-. El paso de Jade es lo bastante ancho para que lo atraviese un ejército, pero intentar cruzarlo con la poca protección que ofrece para ocultarse sería un suicidio. Lo he visto desde el otro lado, y cualquier gnomo que estuviese mirando nos descubriría al momento.

-También tendrán que mirar hacia otro lado -declaró Balinor empezando a vislumbrar débilmente un plan en su cabeza. Se detuvo de repente y, arrodillándose sobre el suelo del bosque, dibujó un simple esquema de la entrada del paso, mirando hacia Dayel y Hendel para ver si estaban de acuerdo. Menion ya había dejado de protestar para unirse a ellos.

-Según el dibujo, parece que podemos estar a cubierto y fuera de la luz hasta llegar aquí -explicó Balinor, señalando un punto cercano a la línea que representaba la cara izquierda del risco-. La ladera es lo bastante suave para permitirnos llegar a un lugar más alto del que ocupan los gnomos, bajo la cobertura de los matorrales. Después hay un espacio abierto de unos veinte o veinticinco metros, hasta que el bosque se inicia junto a la cara más escarpada del risco. Éste es el punto estratégico de diversión, el punto donde la luz nos descubrirá claramente a cualquiera que esté mirando. Los gnomos tendrán que estar mirando hacia el otro lado cuando crucemos ese espacio abierto. -Se detuvo y miró a los cuatro rostros ansiosos, deseando haber podido ofrecerles un plan mejor, pero sabiendo que no había tiempo para pensar en otro si querían mantener la posibilidad de recobrar la Espada de Shannara. De todo lo que estaba en juego, nada era tan importante como la vida del debilitado joven que era el heredero del poder de la Espada. La única posibilidad que les quedaba a las gentes de las cuatro tierras de evitar un conflicto que podría acabar con todos: Sus propias vidas apenas tenían valor si se las comparaba con esta única esperanza-. Ésa es tarea para el mejor arquero de la Tierra del Sur -siguió diciendo-. Y ese arquero es Menion Leah. -El hombre de las montañas levantó la vista sorprendido ante la inesperada declaración-. Hará un solo disparo -continuó el príncipe de Callahorn-. Si no da exactamente en el blanco, estaremos perdidos.

-¿Cuál es tu plan? -le interrumpió Durin con curiosidad.

-Cuando lleguemos al final del lugar cubierto, a la zona despejada, Menion localizará a uno de los jefes gnomos situado en el punto más alejado del paso. Tendrá que disparar con el arco para matarlo; y en la confusión que se produzca, lo atravesaremos.

-No funcionará, amigo mío -gruñó Hendel-. En cuanto vean que su líder ha sido atravesado por una flecha, todos bloquearán la entrada del paso. Nos encontrarían en minutos.

Balinor negó con la cabeza y sonrió sin convicción.

-Tu objeción es lógica, pero habrá un hombre que se dejará ver en el momento en que caiga el jefe. Los gnomos estarán tan enfurecidos y ansiosos de atraparlo, que no buscarán a nadie más y nosotros podremos pasar aprovechando esa confusión.

Tras esta exposición, se produjo un silencio; y los rostros preocupados se miraron entre sí, con el mismo pensamiento en todas sus mentes.

-Parece un buen plan, excepto para el hombre que deba ser perseguido -comentó Menion con incredulidad-. ¿Quién llevará a cabo esa tarea suicida?

-Es mi plan -declaró Balinor-. Mi deber es conducir a los gnomos hacia las Wolfsktaag, hasta que pueda dar la vuelta y reunirme después con vosotros al borde del Anar.

-Debes de estar loco si piensas que voy a dejar que te quedes y te lleves todos los méritos -replicó Menion-. Si hago el disparo, me quedaré a recibir los aplausos, y si fallo...

Su voz se debilitó y él sonrió encogiéndose de hombros, dando una palmada en la espalda de Durin cuando éste lo miró con asombro.

Balinor se disponía a exponer una nueva objeción, cuando Hendel dio un paso adelante moviendo la cabeza en señal de desacuerdo.

-El plan no está mal, pero todos sabemos que quien se quede tendrá detrás a miles de gnomos que intentarán atraparlo; o en el mejor de los casos, esperarán a que salga de la tierra prohibida. Debe hacerlo alguien que conozca bien a los gnomos y sus métodos, cómo luchar y sobrevivir contra ellos. En tal caso, ese alguien es un enano con una experiencia de toda una vida batallando contra ellos. Debo ser yo. Además -añadió con aire sombrío-, ya os dije cuánto desean mi cabeza. No dejarán pasar la oportunidad de un encuentro como ése.

-Y yo ya os he dicho -insistió Menion otra vez-, que es mi...

-Hendel tiene razón -le interrumpió bruscamente Balinor. Los otros le miraron sorprendidos. Sólo Hendel supo que la decisión que tomó el hombre de la frontera contra su propia voluntad, era la única que él habría tomado si los papeles hubiesen estado invertidos-. La elección está hecha y llevaremos a cabo el plan. Hendel tendrá más oportunidades que nadie de sobrevivir.

Se volvió hacia el robusto guerrero enano y le ofreció su ancha mano. El otro la estrechó con fuerza durante unos momentos, después se giró y se alejó lentamente por el camino. Los otros contemplaron su marcha, pero poco después ya no fue visible. El retumbo de los tambores y los cánticos de los gnomos llegaban con intensidad desde el cielo iluminado del oeste.

-Amordazad a los heridos para que no puedan gritar -ordenó Balinor, sobresaltando a los otros tres con la rotundidad de su mandato. Menion se quedó inmóvil, como enraizado en el suelo, en silencio, con la vista puesta en el sendero que había tomado Hendel un momento antes. Balinor se acercó a él y apoyó una mano tranquilizadora en su hombro-. Ten la seguridad, príncipe de Leah, que tu disparo merece que él haga ese sacrificio por nosotros.

Los cuerpos de los valenses, que aún se retorcían, fueron, de nuevo, atados a las camillas improvisadas y sus quejidos adecuadamente amortiguados con mordazas de tela fuertemente atadas. Los cuatro que quedaban alzaron la carga y salieron del refugio de árboles en que se hallaban, para dirigirse hacia la boca del paso de Jade. Las fogatas de los gnomos aleteaban ante ellos, iluminando el cielo nocturno con un halo brillante de llamas amarillas y anaranjadas. Los tambores sonaban con un ritmo monótono. Su ruido ensordecía más y más a los cuatro a medida que se iban acercando. Los cánticos se hicieron más fuertes, dando la impresión de que todo el pueblo gnomo estaba reunido allí.

Tenían la sensación de estar sumergidos en una irrealidad fantasmagórica, como si se hubiesen perdido en un mundo que en parte pertenecía a los sueños, en donde se mezclaban características materiales y espectrales en unos ritos que no tenían un objetivo claro. Las paredes de los altísimos riscos cortaban a ambos lados el cielo nocturno con dientes de sierra, distantes pero como amenazadores intrusos gigantescos en el pequeño espectáculo que tenía lugar entre ellos. Los muros de roca destellaban con una lluvia de colores: rojo, naranja y amarillo, mezclados con el dominante verde oscuro que danzaba y aleteaba en las hogueras. El color se reflejaba en la dura roca y en los rostros sombríos de los cuatro portadores de la camilla, destacando momentáneamente el terror que intentaban ocultar.

Por fin se detuvieron en el acceso al paso, fuera del alcance de la vista de los gnomos. Las laderas se alzaban en forma escalonada a ambos lados, la pendiente del norte ofrecía poca o ninguna protección para esconderse, mientras que la del sur estaba bastante poblada de árboles pequeños y densa maleza que crecían con tal profusión que resultaba extraño. Balinor les indicó en silencio que subiesen por aquella ladera. Él se situó delante, buscando la forma más segura de acercarse, ascendiendo con cautela hacia donde crecían los pequeños árboles. Tardaron cierto tiempo en alcanzar la seguridad de la vegetación, y Balinor los condujo lentamente hasta la entrada del paso. Mientras avanzaban, Menion pudo atisbar con rápidos vistazos, lanzados entre los huecos que dejaban los árboles y la maleza, las hogueras que ardían aún delante de ellos, con sus brillantes llamas casi ocultas por cientos de pequeñas figuras retorcidas que se movían rítmicamente en su resplandor, cantando en un tono profundo que conjuraba a los espíritus de las Wolfsktaag. Su boca se secó al imaginar lo que les ocurriría si eran descubiertos, y pensó con tristeza en Hendel. De repente, sintió mucho miedo por el enano. Los matorrales y los árboles empezaron a espaciarse a medida que subían la pendiente, y los cuatro treparon agachados tratando de mantenerse a cubierto, más despacio ahora, con más dudas en sus mentes. Balinor no quitaba su mirada de los gnomos. Durin y Dayel caminaban sobre las puntas de sus pies; sus cuerpos ligeros de elfos se desplazaban sin ruido entre las frágiles ramas, confundiéndose con el terreno circundante. De nuevo Menion miró con preocupación a los gnomos, ahora más de cerca; sus cuerpos amarillentos estaban abrazados a los tambores, brillando por el sudor de las horas pasadas clamando a sus dioses y a las montañas.

Los cuatro llegaron al final de su cobertura. Balinor señaló hacia el espacio abierto que se extendía entre ellos y los bosques densos y oscuros del Anar. Era una larga distancia, y en ella quedaban desprotegidos hasta el paso. Sólo había algunos matorrales y rodales de hierba seca por el sol. Justamente debajo estaban los gnomos contemplando el resplandor del fuego, en una posición perfecta para ver a cualquiera que intentase cruzar los espacios abiertos intensamente iluminados de la ladera sur. Dayel había informado correctamente; habría sido un suicidio intentar cruzar en esas condiciones. Menion levantó los ojos y vio que cualquier intento de proseguir hacia arriba con los dos hombres heridos estaba imposibilitado por la escarpada cara del risco que se alzaba bruscamente, con sólo una leve inclinación más arriba hacia su pico invisible. Volvió a mirar otra vez hacia el espacio abierto, y le pareció más extenso que antes. Balinor les hizo una señal para que se agrupasen en círculo. Se agruparon.

-Menion puede avanzar hasta el límite de la vegetación -susurró con cautela-. En cuanto elija su objetivo y el gnomo sea alcanzado, Hendel se dedicará a llamar la atención sobre sí dentro del paso, en la otra ladera. En este momento ya debe de estar en su puesto. Cuando los gnomos se precipiten tras él, cruzaremos el espacio abierto tan rápidamente como sea posible. No os detengáis para mirar, no dejéis de correr.

Los otros tres asintieron y todos los ojos se concentraron en Menion, que estaba desatando de su espalda el gran arco de fresno y comprobando su tensión. Eligió una flecha larga y negra, apuntando para comprobar que estaba en buenas condiciones. Dudó durante un minuto, mirando hacia abajo a través de los árboles a los cientos de gnomos que estaban en el fondo del valle. De repente fue consciente de lo que se esperaba de él. Tenía que matar a un ser humano, no en una batalla o en una pelea limpia, sino a traición, furtivamente, y esa persona nunca tendría la oportunidad de defenderse. Supo por instinto que no podría hacerlo, que no era un guerrero endurecido como Balinor, que no tenía la fría determinación de Hendel. Era temerario e incluso valiente a veces, dispuesto a enfrentarse con cualquiera en un combate abierto, pero no era un asesino. Se volvió para mirar a los otros durante un momento, y ellos vieron en su mirada lo que ocurría.

-¡Debes hacerlo! -susurró Balinor con dureza; sus ojos ardían por la feroz determinación.

El rostro de Durin estaba ligeramente desviado, su expresión era sombría y helada por la incertidumbre. Dayel miraba con fijeza a Menion, con los ojos muy abiertos, aterrorizado por el dilema a que se enfrentaba el hombre de las tierras altas, con su semblante juvenil tétrico y ceniciento.

-No puedo matar a un ser humano de esta forma -Menion se estremeció contra su voluntad al oír sus palabras-, ni siquiera para salvar vidas... -Se interrumpió y Balinor continuó mirándolo fijamente, esperando algo más-. Puedo hacer el trabajo -continuó de repente Menion, tras un momento de reflexión y una segunda mirada al valle-. Pero tendrá que ser de otra forma.

Sin dar más explicaciones avanzó entre los árboles y se agachó sin hacer ruido en su límite, casi fuera de la escasa protección. Sus ojos examinaron rápidamente las figuras de los gnomos, deteniéndose al final en uno de los jefes del lado más alejado del paso. El gnomo estaba de pie ante sus súbditos, su macilento rostro amarillo levantado, sus pequeñas manos extendidas, ofreciendo un gran recipiente que contenía brasas ardiendo. Permanecía inmóvil mientras dirigía el cántico de otros jefes gnomos, con el rostro vuelto hacia la entrada de las Wolfsktaag. Menion cogió una segunda flecha de su aljaba y la colocó ante él. Después, apoyado sobre una rodilla, salió a corta distancia de la protección de los árboles, ajustó la primera flecha en el arco y apuntó. Los otros tres esperaron sobrecogidos, conteniendo la respiración entre el follaje y observando al arquero. Durante un largo momento, todo pareció quedarse en una completa inmovilidad; después, la tirante cuerda del arco fue soltada, produciendo una vibración audible, y la flecha voló invisible hacia su objetivo. Casi como parte del mismo movimiento, Menion colocó la segunda flecha en la cuerda, apuntó y disparó con inusitada rapidez. Se dejó caer, y permaneció inmóvil bajo la protección del árbol más cercano.

Ocurrió tan deprisa que nadie pudo verlo todo, pero cada uno de ellos captó imágenes de la acción del arquero y de la situación que se desencadenó entre los sorprendidos gnomos. La primera flecha dio en el recipiente que sostenía el jefe gnomo con las manos extendidas y lo hizo saltar por los aires con una explosión de astillas de madera. Los carbones incandescentes volaron con una lluvia de chispas. En el instante siguiente, mientras el atónito gnomo y sus aún más desconcertados seguidores se quedaban momentáneamente inmovilizados, la segunda flecha se clavó en el vulnerable trasero del jefe, que daba la espalda a Menion tras lo ocurrido. Un angustiado gemido que pudo oírse por todo el paso de Jade, salió de sus labios. La sincronización había sido del todo perfecta. Ocurrió tan deprisa que ni siquiera la desafortunada víctima tuvo el tiempo ni la ocasión de decidir de dónde procedía el vergonzoso ataque o quién lo había perpetrado. El jefe gnomo saltó de dolor y terror durante unos instantes, mientras sus compañeros buscaban a su

alrededor con una mezcla de consternación y miedo, emociones que rápidamente se transformaron en otras. Su ceremonia había sido interrumpida y uno de sus jefes atacado a traición desde algún escondite. Estaban humillados y peligrosamente furiosos.

Pocos segundos después de que las flechas acertaran en sus blancos, antes de que nadie pudiese reaccionar, apareció una antorcha a lo lejos dentro del paso, en el tramo superior de la ladera del norte, produciendo una gigantesca fogata que llameó en el cielo nocturno como si la propia tierra hubiese entrado en erupción en respuesta a los gritos de los vengativos gnomos. Ante las llamas que se alzaban estaba la figura ancha e inmóvil del enano Hendel, con los brazos alzados en un reto, sosteniendo en una de sus grandes manos la fuerte maza como un amenazador desafío a todos los que le miraban. Su risa resonó estruendosamente en los muros de los riscos.

-Venid a buscarme, gnomos. ¡Gusanos de la tierra! -rugió con ironía-. Venid a luchar. Está claro que no os atrevéis a dar la cara. Vuestros estúpidos dioses no pueden salvaros de los poderes de un enano sin contar con los espíritus de las Wolfsktaag.

El bramido de furia que surgió de los gnomos fue aterrador. Casi todos a un tiempo, se lanzaron hacia el paso de Jade para atrapar a la figura burlona de la ladera, decididos a destrozar su corazón, por la vergüenza y humillación que les había infligido. Atacar a un jefe gnomo ya era provocación suficiente, pero insultar su religión y su valor era algo imperdonable. Algunos de ellos reconocieron al enano de inmediato y gritaron su nombre a los otros, jurando matarlo en el momento en que pudieran. Los gnomos se precipitaron ciegamente hacia el paso, olvidando su ceremonia mientras aún ardían las fogatas. Los cuatro de la otra ladera se levantaron de repente, asieron las camillas y corrieron agachados por la ladera abierta y desprotegida del sur, totalmente iluminados por el resplandor de las hogueras que proyectaban sus sombras como enormes fantasmas contra la pared del risco. Nadie se detuvo a comprobar el avance de los furiosos gnomos; se lanzaron salvajemente hacia delante, con los ojos fijos en la oscuridad protectora del bosque del Anar que se divisaba a lo lejos.

Casi por milagro, lograron alcanzar la seguridad del bosque. Allí se detuvieron, respirando sofocados entre las frías sombras de los grandes árboles, escuchando los ruidos procedentes del paso. Debajo de ellos, la entrada del paso estaba desierta, prescindiendo de varios gnomos agrupados, uno de los cuales se ocupaba de atender al jefe herido, extrayéndole la flecha. Menion no pudo evitar sonreír al ver aquello, y su sonrisa se mostró en su delgado rostro. Sin embargo, se desvaneció rápidamente cuando miró hacia el paso, donde la fogata de la ladera norte todavía ardía. Los gnomos enfurecidos escalaban desde todas partes; un número interminable de cuerpos amarillentos, la mayoría de los cuales estaba llegando a la hoguera. No había ningún signo de Hendel; pero según las apariencias, estaba atrapado en algún lugar de la ladera. Los cuatro observaron sólo durante un minuto, después Balinor hizo una señal para que siguiesen. El paso de Jade quedó atrás.

El denso bosque se sumió en la oscuridad cuando se alejaron de la luz de los fuegos de los gnomos. Balinor situó delante al príncipe de Leah con instrucciones de que descendiese por la ladera del sur hasta encontrar un camino que los condujese al oeste. No tardaron mucho en encontrarlo, y el pequeño grupo penetró en el centro del Anar. Los bosques de alrededor ocultaban la tenue luz de las estrellas distantes, y los grandes árboles acotaban el camino como muros negros. Los valenses temblaban de nuevo con violencia sobre sus camillas y lanzaban gemidos de dolor a pesar de las gruesas mordazas. Los portadores estaban empezando a perder las esperanzas de salvar a sus jóvenes amigos. El veneno iba adentrándose lentamente en sus cuerpos y cuando llegara a sus corazones en suficiente cantidad, se produciría el desenlace. No podían saber cuánto tiempo les quedaba a los hermanos, y no había forma de estimar a qué distancia estarían de algún lugar donde

pudiesen obtener asistencia. El único que conocía el centro del Anar estaba detrás de ellos, atrapado en las Wolfsktaag y luchando por su vida.

De repente, con tal rapidez que no tuvieron tiempo de apartarse del camino para no ser descubiertos, apareció un grupo de gnomos de los próximos árboles situados ante ellos. Durante unos instantes, todos se paralizaron. Los dos bandos se escudriñaron en la penumbra. Sólo tardaron un momento en reconocerse mutuamente. Los cuatro portadores depositaron rápidamente sus pesadas camillas y se adelantaron formando una línea que bloqueaba el camino. Los gnomos, en número de diez o doce, se reunieron durante un momento. Después, uno de ellos desapareció entre los árboles.

-Ha ido a buscar ayuda -susurró Balinor a los otros-. Si no logramos pasar rápidamente, llegarán refuerzos que acabarán con nosotros.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando los gnomos soltaron su agudo grito de batalla y se lanzaron hacia ellos ferozmente, blandiendo sus cortas espadas. Las flechas silenciosas de Menion y de los hermanos elfos abatieron a tres a mitad de la carrera, antes de que el resto se abalanzara sobre ellos como lobos salvajes. Dayel estaba aturdido por el asalto y, durante un momento, se quedó rezagado. Balinor se mantuvo firme cortando con su enorme hoja a dos desafortunados gnomos, al describir un amplio arco. Los minutos siguientes se llenaron de gritos agudos y fatigosas respiraciones procedentes de los luchadores que se enfrentaban en el estrecho camino. Los gnomos trataban de acercarse a sus cuatro oponentes y éstos intentaban mantenerse entre sus atacantes y sus dos compañeros heridos. Al final, todos los gnomos yacieron muertos sobre el camino ensangrentado bajo la penumbra de las vigilantes estrellas. Dayel había recibido una estocada de importancia en las costillas que tuvo que ser vendada, y Menion y Durin tenían varias heridas pequeñas. Balinor estaba ileso, protegido de las espadas de los gnomos por la ligera cota de malla que llevaba bajo la capa.

Los cuatro se detuvieron sólo lo indispensable para vendar la herida de Dayel. Después cogieron las camillas y continuaron a un paso aún más rápido por el camino despejado. Ahora tenían otra razón más para correr. Los cazadores gnomos estarían tras ellos en cuanto encontrasen a sus camaradas muertos. Menion trató de saber la hora por la posición de las estrellas y calculando el tiempo que habían viajado desde que el sol se había puesto tras las montañas de Wolfsktaag, pero sólo puedo deducir que era de madrugada. Sintió que los signos del cansancio empezaban a trepar por sus brazos y los músculos tensos de la espalda mientras seguía caminando con rapidez tras la fuerte figura de Balinor. Todos estaban próximos al agotamiento, sus cuerpos exhaustos por el viaje del día y los encuentros con el monstruo y los gnomos. Sólo permanecían de pie porque sabían las consecuencias que afectarían a los heridos si se tomaban un descanso. Sin embargo, treinta minutos después de la batalla contra los gnomos, Dayel cayó desmayado por la sangre que había perdido y por el cansancio. Los otros tardaron unos momentos en reavivarlo y volver a ponerlo en pie. Sin embargo, la velocidad de la marcha disminuyó apreciablemente.

Balinor se vio obligado a solicitar otra parada poco después, para permitirles el descanso tan necesario. Se acurrucaron en silencio a un lado del camino y escucharon postrados el tumulto que crecía a su alrededor. Los gritos y los tambores amortiguados por la distancia habían comenzado otra vez. Los gnomos debían de estar ya alertados de su presencia y habrían reunido varias partidas de cazadores. Parecía como si todo el bosque del Anar estuviese inundado por la furia de los gnomos, que acechaban en los bosques y las montañas de alrededor en busca del enemigo que se había escapado después de matar a más de diez de los suyos. Menion dirigió una mirada llena de cansancio hacia los jóvenes heridos, cuyos rostros estaban pálidos y cubiertos de una densa capa de sudor. Pudo oírlos

quejarse a través de las mordazas de tela, ver sus miembros convulsos mientras el veneno se extendía implacablemente por sus debilitados cuerpos. Los miró y sintió pronto que en cierto modo los había abandonado cuando más lo necesitaban, y que ahora pagarían el precio de su descuido. Le enfureció pensar en la absurda idea de viajar a Paranor para recuperar una reliquia de otra era, con la inocente esperanza de que así se salvarían y salvarían a todos de una criatura como el Señor de los Brujos. Sin embargo, sabía que era un error cuestionarse algo que había aceptado desde el principio como posibilidad remota. Miró a Flick y se preguntó por qué razón no podían haber sido mejores amigos.

El susurro repentino de alerta proveniente de Durin les hizo retirarse más del camino, acarreando las pesadas camillas, para esconderse entre los grandes árboles, aplastados contra la tierra y esperando casi sin respirar. Un momento después, el claro sonido de pesadas botas, procedente de la misma dirección que los había llevado hasta allí, retumbó en el camino desierto; una partida de guerreros gnomos avanzaba en la oscuridad hacia ellos. Balinor comprendió que eran demasiados para hacerles frente y reprimió con un gesto al exaltado Menion, para evitar que realizase cualquier movimiento repentino. Los gnomos marchaban por el camino en formación, con sus pétreos rostros amarillentos iluminados por las estrellas, con sus ojos abiertos mirando ansiosamente hacia la oscuridad del bosque. Llegaron al lugar donde el grupo se hallaba escondido y continuaron avanzando sin detenerse, ignorantes de que su enemigo estaba a pocos pasos. Cuando desaparecieron y ya no se les oyó, Menion se volvió a Balinor.

-Estamos perdidos si no encontramos a Allanon. No lograremos llevar a Shea y a Flick un kilómetro más en estas condiciones, a menos que tengamos ayuda.

Balinor asintió con la cabeza, lentamente, pero no hizo ningún comentario. Sabía cuál era la situación. Pero también sabía que detenerse sería peor que ser capturados o que un segundo enfrentamiento con los gnomos. Tampoco podían abandonar a los hermanos en el bosque y esperar encontrarlos cuando volviesen con ayuda; el riesgo era demasiado evidente. Hizo una señal a los otros para que se levantaran. Sin hablar, recogieron las camillas y reanudaron la cansina marcha por el camino del bosque, sabiendo que los gnomos estaban ahora delante de ellos y también detrás. Menion se preguntó otra vez qué le habría sucedido al bravo Hendel. Parecía imposible que incluso el habilidoso enano con toda su experiencia de batallar en las montañas pudiera conseguir evadirse de los enfurecidos gnomos. En cualquier caso, el enano no debía de estar en una situación mucho peor que la de ellos, que vagaban por el Anar con dos heridos graves y sin ninguna ayuda en perspectiva. Si los gnomos los encontraban antes de que lograsen llegar a un sitio seguro, no había muchas dudas sobre lo que sucedería.

De nuevo las agudas orejas de Durin percibieron el sonido de unas pisadas que se aproximaban y todos se lanzaron a esconderse entre los árboles. Apenas se habían apartado del camino y tendido en el suelo entre la maleza, cuando aparecieron varias figuras de entre los árboles. Incluso a la débil luz de las estrellas, la aguda mirada de Durin reconoció inmediatamente al que encabezaba al pequeño grupo, al hombre gigantesco con una larga y amplia túnica negra que cubría su cuerpo enjuto. Un momento después, también lo vieron los otros. Era Allanon. Pero el repentino gesto de alerta de Durin silenció las exclamaciones de alivio que estaban a punto de salir de los labios de Balinor y Menion. Atisbaron a través de la oscuridad y vieron que las pequeñas figuras de capas blancas que acompañaban al historiador eran indudablemente gnomos.

-¡Nos ha traicionado! -susurró Menion con voz áspera, llevando su mano instintivamente al largo cuchillo de caza de su cinturón.

-No, esperad un momento -ordenó Balinor con presteza, haciéndoles una señal para que permaneciesen tumbados mientras los recién llegados se acercaban al lugar donde estaban escondidos.

La alta figura de Allanon se aproximaba lentamente, sin ningún signo de apresuramiento, con sus ojos hundidos mirando hacia delante. Su frente oscura estaba surcada por las arrugas de la concentración. Menion supo que iban a encontrarlos y puso sus músculos en tensión preparándose para saltar al camino desde donde dispararía su primera flecha al traidor. Sabía que no tendría una segunda oportunidad. Los gnomos vestidos de blanco le seguían sumisamente, sin determinado orden en su marcha, arrastrando los pies con aire indiferente. De pronto, Allanon se detuvo y miró a su alrededor con un sobresalto, como si hubiese sentido sus presencias. Menion se preparó para saltar, pero una mano firme lo agarró por el hombro, aguantándolo contra el suelo.

-Balinor -llamó el alto vagabundo con voz suave, sin moverse hacia ningún lado, mirando expectante.

-¡Suéltame! -exigió Menion con furia al príncipe de Callahorn.

-¡No llevan armas! -le replicó la voz de Balinor, induciéndolo a observar de nuevo a los gnomos que iban con el hombre alto. No había ningún arma a la vista.

Balinor se levantó con lentitud y avanzó hacia el camino, asiendo su gran espada con la mano. Menion estaba tras él, advirtiendo la delgada figura de Durin entre los árboles, con una flecha preparada en su arco. Allanon se adelantó con un suspiro de alivio y tendió su mano a Balinor, deteniéndose inmediatamente al ver la ligera desconfianza reflejada en los ojos del hombre de la frontera y el rencor sin disimulos en el rostro del montañés. Pareció desconcertado durante un momento, y después volvió la vista hacia las pequeñas figuras que estaban inmóviles detrás de él.

-¡Oh, no! -exclamó inmediatamente-. Son amigos. No van armados ni tienen nada contra vosotros. Son curanderos, médicos.

Durante un momento nadie se movió. Después, Balinor guardó su espada y estrechó la mano de Allanon dándole la bienvenida. Menion le siguió, mirando aún con desconfianza a los gnomos.

-Ahora contadme lo que ha ocurrido -ordenó Allanon, de nuevo al mando del disminuido grupo-. ¿Dónde están los demás?

De forma rápida, Balinor resumió lo que les había sucedido en las Wolfsktaag, la elección equivocada del camino en la bifurcación, la pelea con la criatura en las ruinas de la ciudad, el viaje por el paso y el plan que idearon, para cruzar por dónde los gnomos estaban reunidos. Al escuchar lo referente a los heridos, Allanon habló con los gnomos que le acompañaban, e informó al suspicaz Menion de que ellos tratarían las heridas de sus amigos. Balinor prosiguió su relato mientras los gnomos de blancas vestiduras se acercaron con rapidez a los valenses y los reconocieron con evidente preocupación, aplicándoles líquidos de algunos frascos que llevaban. Menion los observó con ansiedad, preguntándose por qué esos gnomos eran diferentes del resto. Cuando Balinor terminó, Allanon movió la cabeza en señal de disgusto.

-Fue culpa mía, un error mío -murmuró enojado-. Miraba demasiado lejos, sin preocuparme lo suficiente de los peligros inmediatos. Si esos hombres mueren, todo el viaje habrá sido inútil.

Habló de nuevo con los escurridizos gnomos y uno de ellos salió a toda prisa por el camino hacia el paso de Jade.

-He enviado a uno para que averigüe qué ocurre con Hendel. Si algo le ha sucedido, yo seré el único culpable.

Ordenó a los médicos gnomos que llevasen a los hermanos y todo el grupo volvió al camino, dirigiéndose hacia el oeste con los portadores de las camillas a la cabeza y los agotados miembros de la expedición detrás. También habían curado la herida de Dayel y ahora podía caminar sin ayuda. Mientras avanzaban por el camino desierto, Allanon les explicó por qué no encontrarían cazadores gnomos de allí en adelante.

-Estamos acercándonos a la tierra de los stors, de esos gnomos que vinieron conmigo -les informó-. Son curanderos, independientes del resto de los pueblos gnomos y de las otras razas, dedicados a ayudar a aquellos que necesitan asilo o ayuda médica. Tienen su propio gobierno, viven al margen de los triviales altercados de las otras naciones; algo que la mayoría de la humanidad no pudo hacer. Todos en esta parte del mundo los respetan y les rinden honores. Su tierra, en la que entraremos pronto, se llama Storlock. Está establecido que ninguna partida de cazadores gnomos debe atreverse a cruzar sus fronteras a menos que sea invitada. Podéis estar seguros de que esas invitaciones serán muy solicitadas esta noche.

Siguió explicando que había sido amigo de este pueblo pacífico durante muchos años, compartiendo sus secretos, viviendo con ellos hasta varios meses. Se podía confiar en los stors, garantizó a Menion, que curarían cualquier enfermedad que tuvieran los valenses. Eran los principales curanderos del mundo, y no le habían acompañado por casualidad en su vuelta por el Anar para reunirse con ellos en el paso de Jade. Al enterarse de los extraños acontecimientos que habían tenido lugar por un gnomo que huyó aterrado y que él encontró en los fronteras de Storlock, quien creía que los espíritus de la tierra prohibida habían surgido para destruirlos a todos, pidió a los stors que le acompañasen en la búsqueda de sus amigos ante el temor de que hubiesen sufrido algún daño serio en el paso.

-No creí que la criatura cuya presencia detecté en el valle de las Wolfsktaag tuviese inteligencia suficiente para quitar las marcas del camino después de mi paso -reconoció irritado-. Debí haberlo sospechado, y dejar otras señales para asegurarme de que evitaríais aquel lugar. Aún peor, crucé el paso de Jade a primeras horas de la tarde sin darme cuenta de que los gnomos se reunirían allí por la noche para alejar a los espíritus de las montañas. Siento que os he fallado.

-Todos somos culpables -declaró Balinor, aunque Menion que escuchaba desde el otro lado, no estaba demasiado predispuesto a darle la razón-. Si todos hubiésemos tenido más cuidado, nada de esto habría ocurrido. Lo que importa es que Shea y Flick se curen e intentemos hacer algo por Hendel antes de que las partidas de gnomos lo encuentren.

Caminaron en silencio durante un rato, demasiado cansados para pensar más en el asunto, concentrándose únicamente en poner un pie delante del otro, en llegar al refugio prometido del pueblo de los stors. El camino parecía serpentear de modo interminable a través de los árboles del bosque del Anar; y después de un rato, los cuatro perdieron la noción del tiempo y del espacio, con sus mentes obnubiladas por el agotamiento y la falta de sueño. Lentamente la noche llegó a su fin, y los primeros matices de la luz del alba aparecieron inesperadamente sobre el horizonte del este sin que todavía hubiesen llegado a su destino. Una hora más tarde vieron las luces de las fogatas nocturnas que ardían en el pueblo de los stors, reflejándose en los árboles que circundaban a los exhaustos viajeros. Poco después, entraron en el pueblo, rodeados por fantasmagóricos stors, ataviados con las mismas capas blancas, que los miraban con expresión triste y sin parpadear mientras los conducían a la protección de uno de sus bajos edificios.

Una vez dentro, los miembros del grupo se echaron sin decir una palabra sobre las camas blandas que les proporcionaron, demasiado cansados para lavarse ni aun para desvestirse. Todos se quedaron dormidos en unos segundos, excepto Menion Leah, cuyo

temperamento demasiado tenso luchó contra el agarro de un sueño tranquilizador para buscar con la mirada a Allanon. Como no lo encontró, se levantó con gran esfuerzo de la blanda cama y se dirigió tambaleándose hasta la puerta de madera que, según recordaba confusamente, conducía a una segunda habitación. Inclinándose sobre la puerta, acercando la oreja a la rendija del quicio, escuchó fragmentos de la conversación del historiador con los stors. En medio del aturdimiento del sueño, oyó una breve digresión referente a Shea y Flick. Las extrañas personitas creían que los muchachos se recuperarían si descansaban y recibían la atención médica necesaria. Entonces, bruscamente, una puerta que estaba más allá se abrió y entraron varias personas, y sus voces se mezclaron confusamente con exclamaciones de consternación y asombro. La voz profunda de Allanon las interrumpió con heladora claridad.

-¿Qué habéis descubierto? -preguntó-. ¿Es lo que nos temíamos?

-Han atrapado a alguien en las montañas -fue la tímida respuesta-. Ha sido imposible averiguar quién era, ni intentar reconocerlo cuando acabaron con él. Lo han descuartizado.

¡Hendel!

Aturdido, a pesar del cansancio, el hombre de las tierras altas consiguió enderezarse y llegar a la cama a tropezones, incapaz de creer que había entendido correctamente. Dentro de él se abrió una profunda sensación de vacío. Brotaron lágrimas de impotencia, incapaces de llegar a sus ojos secos, quedando suspendidas hasta que el príncipe de Leah cayó en un sueño reconfortante.

XIII

Cuando finalmente Shea abrió los ojos estaba mediada la tarde del día siguiente. Se encontró descansando cómodamente en una gran cama, tapado por sábanas limpias y mantas, sus ropas de montaña reemplazadas por un sayo holgado cerrado al cuello. En la cama contigua yacía Flick todavía dormido, su cara ya no estaba demacrada ni pálida, sino que había recobrado su color de vida y la tranquilidad del sueño. Se encontraban en una pequeña habitación de paredes encaladas con el techo sostenido por largas vigas de madera. A través de las ventanas, el joven podía ver los árboles del Anar y el azul brillante del cielo de la tarde. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente ni lo que había ocurrido hasta llegar a aquel lugar desconocido, pero tenía la certeza que la criatura de las Wolfsktaag estuvo a punto de matarlo y de que Flick y él debían sus vidas a los miembros de la expedición. Su atención fue atraída de pronto por la puerta que se abrió en un extremo de la pequeña habitación, donde apareció Menion Leah con síntomas de nerviosismo.

-Bueno, amigo mío, veo que has vuelto al mundo de los vivos. -El hombre de las tierras altas esbozó una incierta sonrisa al acercarse a la cama-. Nos disteis un buen susto.

-Lo conseguimos, ¿verdad? -bromeó Shea, sonriendo irónicamente.

Menion asintió con la cabeza y se volvió hacia la figura acostada de Flick, que se movía ligeramente bajo las mantas y estaba empezando a despertarse. El rechoncho valense abrió los ojos con lentitud y miró parpadeando hacia el rostro sonriente del montañés.

-Sabía que era demasiado bueno para ser cierto -gruñó-. Ni siquiera muerto puedo escaparme de ti. ¡Es una maldición!

-El amigo Flick también se ha recuperado totalmente. -Menion soltó una breve carcajada-. Espero que aprecie el trabajo que costó transportar su pesado cuerpo durante todo el camino.

-El día que hagas algo honesto, me quedaré perplejo -murmuró Flick, intentando despejar sus ojos aún nublados por el sueño. Miró al sonriente Shea y le devolvió la sonrisa con un breve ademán de saludo.

-¿Dónde estamos? -preguntó Shea con curiosidad, tratando de incorporarse en la cama, pero aún se sentía débil-. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Menion se sentó al borde de la cama y repitió el relato completo del viaje desde que escaparon de la criatura del valle. Les habló de la marcha hasta el paso de Jade, del encuentro con los gnomos, del plan para burlarlos y de los resultados. Vaciló un poco antes de relatar el sacrifico de Hendel. Los rostros de los hermanos reflejaron su consternación al escuchar la descripción de la muerte espeluznante del valiente enano a manos de los furiosos gnomos. Menion continuó rápidamente con el resto de la historia, explicando cómo habían atravesado el Anar hasta ser encontrados por Allanon y las extrañas personas llamadas stors, que les habían curado sus heridas y llevado hasta aquel lugar.

-Esta tierra se llama Storlock -concluyó finalmente-. Ellos son gnomos que han dedicado sus vidas a curar a los enfermos y a los heridos. Es muy sorprendente lo que pueden hacer. Tienen un bálsamo que al ser aplicado sobre una herida abierta, la cierra y cura en doce horas. He visto cómo ocurría en una herida que le hicieron a Dayel.

Shea movió la cabeza con un gesto de incredulidad, y estaba a punto de preguntar más detalles cuando la puerta se abrió de nuevo y entró Allanon. Por primera vez, pensó

Shea, el oscuro vagabundo parecía realmente feliz, y descubrió una sincera sonrisa de alivio en su rostro sombrío. El hombre se acercó a ellos y asintió con aprobación.

-Estoy muy contento de que os hayáis recobrado de vuestras heridas. Me sentía de veras preocupado por vosotros, pero parece que los stors han hecho bien su trabajo. ¿Os sentís lo bastante bien para levantaros y caminar un poco, quizá para comer algo?

Shea miró interrogativamente a Flick y ambos asintieron.

-Muy bien, entonces id con Menion y probad vuestras fuerzas -sugirió el historiador-. Es importante que os recuperéis bien para reanudar el viaje lo antes posible.

Sin una palabra más, salió por la misma puerta cerrándola suavemente tras él. Lo observaron mientras desaparecía, preguntándose cuánto tiempo mantendría su actitud de fría formalidad hacia ellos. Menion se encogió de hombros y les dijo que iría a buscar sus ropas de montaña, que habían sido lavadas. Salió y volvió poco después con ellas, tras lo cual los valenses se levantaron de sus camas con precaución y se vistieron mientras Menion les daba más noticias sobre los stors. Les explicó que al principio había desconfiado de ellos porque eran gnomos, pero que sus temores se disiparon cuando vio cómo los atendían. El resto del grupo había dormido hasta bien entrada la mañana y ahora estaba paseando por el pueblo, disfrutando de la breve pausa en el viaje a Paranor.

Los tres salieron de la habitación y entraron en otro edificio que servía como comedor de la villa, donde les sirvieron generosas raciones de comida caliente que aplacó su voraz apetito. A pesar de su estado, los hombres del valle repitieron varias veces de aquella comida. Cuando terminaron, Menion los condujo al exterior, donde encontraron a Dayel, totalmente recuperado, y a Durin, que se alegraron de ver de nuevo en pie a los valenses. Por sugerencia de Menion, los cinco caminaron hacia el extremo sur de la villa para ver la maravillosa laguna Azul, de la que habían hablado los stors al hombre de las tierras altas. Tardaron sólo unos minutos en llegar al pequeño lago, y se sentaron en su orilla bajo un enorme sauce llorón, contemplando en silencio su plácida y azulada superficie. Menion les explicó que los stors fabricaban muchos de sus bálsamos y ungüentos a partir de las aguas de aquella laguna, que, según se decía, contenía elementos curativos especiales que no se encontraban en ninguna otra parte del mundo. Shea probó el agua y le pareció diferente a cualquier cosa que hubiese probado antes, pero en absoluto desagradable al gusto. Los otros también la bebieron y expresaron su aprobación. La laguna Azul era un lugar tan pacífico que durante un rato todos se relajaron y olvidaron el azaroso viaje, pensando en sus hogares y en la gente que habían dejado atrás.

-Esta laguna me recuerda Beleal, mi patria en la Tierra del Oeste. -Durin sonrió para sí e hizo correr un dedo por la superficie del agua, trazando alguna imagen de su mente-. Allí se puede encontrar la misma tranquilidad que aquí.

-Volveremos antes de lo que piensas -le prometió Dayel, y después añadió en tono de broma-. Y yo me casaré con Lynliss y tendremos muchos hijos.

-Olvida eso -declaró Menion bruscamente-. Quédate soltero y sé feliz.

-Tú no la conoces, Menion -insistió Dayel con entusiasmo-. No se parece a nadie que hayas visto. Es dulce y amable, tan bella como este lago.

Menion movió burlonamente la cabeza dando cualquier réplica por inútil y apoyó una mano sobre el hombro del frágil elfo, sonriendo comprensivamente ante la profunda emoción que le hacía sentir la muchacha. Nadie habló durante unos minutos, observando las aguas azules de la laguna con mezclados sentimientos. Después Shea se volvió hacia ellos con mirada interrogadora.

-¿Creéis que estamos haciendo lo correcto? Me refiero a todo este viaje. ¿Pensáis que vale la pena?

-Resulta divertido que esa pregunta la hagas tú, Shea -remarcó Durin, pensativo-. Según mi punto de vista, eres tú quien más puede perder haciéndolo. En realidad, tú mismo eres el objetivo de este viaje. ¿Crees que vale la pena?

Shea reflexionó durante un momento mientras los otros le miraban en silencio.

-Eso no es una pregunta honesta -protestó Flick.

-Sí lo es -le cortó Shea con serenidad-. Todos están arriesgando sus vidas por mí y yo soy el único que expresa sus dudas ante lo que estamos haciendo Pero no puedo contestar a mi propia pregunta, ni siquiera ante mí mismo, porque creo que no sé exactamente lo que está ocurriendo. Creo que no podemos hacernos una idea completa de todo esto.

-Sé lo que quieres decir -intervino Menion-. Allanon no nos ha explicado todos los motivos de lo que estamos haciendo en este viaje. Hay algo más que este asunto de la Espada de Shannara.

-¿Alguien ha visto alguna vez la Espada? -preguntó Dayel de repente. Los otros negaron con la cabeza-. Quizá no exista la Espada.

-Yo creo que existe -declaró Durin-. Pero una vez lleguemos a ella, ¿qué haremos? ¿Qué puede hacer Shea contra el poder del Señor de los Brujos, incluso estando en posesión de la Espada de Shannara?

-Creo que tenemos que confiar en que Allanon responda a eso cuando llegue el momento -dijo otra voz.

La voz surgió de detrás de los cinco y todos se volvieron bruscamente, suspirando de alivio al comprobar que era Balinor. Viendo acercarse al príncipe de Callahorn, Shea se preguntó aún por qué seguían sintiendo aquel miedo inexplicable de Allanon. El hombre de la frontera sonrió al saludar a Shea y a Flick y se sentó con ellos.

-Bueno, parece que nuestras penurias al atravesar el paso de Jade han valido la pena después de todo. Me alegro de ver que estáis bien.

-Siento lo de Hendel -dijo Shea con una sensación de torpeza-. Sé que erais buenos amigos.

-Fue un riesgo calculado que la situación exigía -replicó suavemente Balinor-. Sabía lo que estaba haciendo y lo que podía ocurrir. Lo hizo por nosotros.

-¿Qué pasará ahora? -preguntó Flick, pasados unos instantes.

-Estamos esperando a que Allanon decida nuestra ruta del último tramo del viaje -respondió Balinor-. Por cierto que reafirmo lo que dije respecto a confiar en él. Es un gran hombre, un buen hombre, aunque a veces parezca lo contrario. Dice lo que cree que debemos saber; pero, creedme, se preocupa mucho por todos nosotros. No debéis juzgarlo con ligereza.

-Tú sabes que no nos lo ha dicho todo -manifestó Menion.

-Estoy seguro de que sólo nos ha contado parte de la historia -asintió Balinor-. Pero él es el único que se dio cuenta al principio de la amenaza que pendía sobre las cuatro tierras. Le debemos mucho, y lo menos que podemos hacer es confiar en él.

Los otros asintieron lentamente con la cabeza, más por el respeto que sentían por él que por las palabras que había pronunciado. Esto era evidente en Menion, que reconocía que Balinor era un hombre de gran valor, el tipo de hombre que él consideraba un líder. No hablaron más sobre el tema. El siguiente fueron los stors, la historia de su separación de las naciones de los gnomos y su larga y fiel amistad con Allanon. El sol se estaba poniendo cuando el alto historiador apareció inesperadamente y se sentó con ellos junto al lago.

-Una vez haya terminado de hablaros, quiero que los valenses vuelvan a la cama para descansar durante varias horas. Los demás también deberíais dormir un poco. Saldremos de este lugar hacia medianoche.

-¿No es un poco pronto después de lo graves que han estado Shea y Flick? -preguntó Menion con cautela.

-No serviría de nada quedarnos más tiempo. -El rostro sombrío parecía oscuro incluso bajo la suave luz-. Nos queda muy poco tiempo. Si llega hasta el Señor de los Brujos una palabra de nuestra misión o incluso de nuestra presencia en esta parte del Anar, intentará trasladar la Espada de inmediato; y sin ella este viaje no tiene sentido.

-Flick y yo podemos hacerlo -declaró Shea con resolución.

-¿Qué ruta tomaremos? -preguntó Balinor.

-Cruzaremos las llanuras de Rabb esta noche, en una marcha de unas cuatro horas. Con suerte, no seremos descubiertos en el espacio abierto, aunque estoy casi seguro de que los Portadores de la Calavera todavía estarán buscándonos a Shea y a mí. Sólo podemos tener la esperanza de que no hayan logrado seguirnos hasta el Anar. No os lo dije antes porque ya teníais suficientes preocupaciones, pero cualquier uso de las piedras élficas señalará nuestra posición a Brona y a sus cazadores. El poder místico de las piedras puede ser detectado por cualquier criatura del mundo espectral, previniéndola de que se está empleando algún tipo de magia similar a la suya.

-Entonces, cuando usamos las piedras en el pantano de las Nieblas... -comenzó a decir Flick con horror.

-Hicisteis saber a los Portadores de la Calavera el lugar exacto donde estabais -dijo Allanon concluyendo la frase-. Si no os hubieseis perdido en la niebla y en los Robles Negros, ya podrían haberos atrapado.

Shea sintió un escalofrío y recordó lo cerca que se sintieron de la muerte en aquel momento, sin darse cuenta de que en realidad el mayor peligro provenía de aquellas criaturas temibles.

-Si sabía que las piedras atraerían a las criaturas espectrales, ¿por qué no me lo dijo? -preguntó Shea enojado-. ¿Por qué nos las dio para que nos protegiesen cuando sabía lo que ocurriría?

-Fuisteis prevenidos, amigos míos -respondió Allanon lenta y contrariadamente, lo que indicaba que su paciencia estaba tocando a su fin-. Sin ellas, habríais estado a merced de otros elementos igualmente peligrosos. Además, también son una protección suficiente contra las criaturas aladas.

Hizo un gesto con la mano para indicar que el asunto estaba zanjado y que no contestaría más preguntas sobre ello, provocando en Shea más recelo y enojo. Durin, que estaba atento, vio todos los signos y apoyó una mano tranquilizadora sobre el hombre del joven, indicándole con un movimiento de cabeza que se contuviese.

-Si podemos volver al asunto en que estamos sin interrupciones -continuó Allanon en un tono algo más sosegado-, os explicaré algo sobre la ruta elegida para los próximos días. El viaje a través de las llanuras de Rabb nos llevará hasta el pie del Diente del Dragón al amanecer. Esas montañas ofrecen toda la protección que necesitamos contra cualquiera que nos esté buscando. Pero el verdadero problema es llegar hasta arriba y descender por el otro lado hasta los bosques que rodean Paranor. Todos los pasos conocidos a través del Diente del Dragón estarán vigilados por los aliados del Señor de los Brujos, y cualquier intento de escalar esos picos sin pasar por alguno de esos lugares acabaría con la mitad de nosotros. Por tanto atravesaremos las montañas por una ruta diferente, una que no estará vigilada.

-¡Un momento! -exclamó Balinor-. ¿No pensarás atravesar la Tumba de los Reyes?

-No nos queda otra alternativa si queremos evitar que nos descubran. Podemos entrar en la Morada de los Reyes al amanecer y atravesar las montañas llegando a Paranor por la tarde, sin que los guardianes de los pasos se den cuenta.

-Pero las historias dicen que nadie ha atravesado esas cavernas vivo -insistió Durin, viniendo rápidamente en ayuda de Balinor-. Ninguno de nosotros teme a los vivos, pero sí a los espíritus de los muertos que habitan esas cuevas. Sólo los muertos pueden pasar por allí sin que nada les ocurra. Ninguna persona viva lo ha logrado jamás.

Balinor asintió lentamente mostrando su acuerdo, mientras los otros los miraban con ansiedad. Menion y los valenses ni siquiera habían oído hablar del sitio que tanto aterraba a los otros. Allanon hizo una mueca extraña tras el último comentario de Durin. Sus ojos estaban ensombrecidos por las espesas cejas, sus dientes blancos se mostraban de un modo amenazador.

-Eso no es del todo cierto, Durin -replicó después de un minuto-. Yo he atravesado la Morada de los Reyes y os aseguro que puede hacerse. No es una travesía que no implique riesgos. Las cavernas están realmente habitadas por los espíritus de los muertos, y en eso es en lo que confía Brona para evitar la entrada de humanos. Pero mi poder será suficiente para protegeros.

Menion Leah no sabía cuáles eran los peligros de las cavernas para que hicieran dudar a un hombre como Balinor. Pero fuera lo que fuese, sintió que había razones suficientes para temer. Además ya no ponía en duda lo que antes llamaba cuentos de viejas, después de los encuentros en el pantano de las Nieblas y en las Wolfsktaag. Lo que realmente le preocupaba ahora era el tipo de poderes que podía poseer el hombre que iba a guiarlos para protegerlos de los espíritus.

-Todo el viaje ha sido un riesgo calculado -siguió diciendo Allanon-. Todos sabíamos cuáles eran los peligros antes de empezarlo. ¿Deseáis abandonarlo en este punto o llegaremos hasta el final?

-Te seguiremos -declaró Balinor, tras unos momentos de duda-. Sabías que lo haríamos. El riesgo valdrá la pena si logramos poner nuestras manos sobre la Espada.

Allanon sonrió ligeramente, recorriendo con los ojos hundidos las caras de los otros para detenerse al fin en Shea. El valense le sostuvo la mirada, aunque en su interior sentía las punzadas del temor y la inseguridad mientras aquellos ojos parecían penetrar en sus pensamientos más profundos, descubriendo incluso la duda más secreta que hubiera intentado ocultar.

-Muy bien -asintió Allanon de forma extraña-. Ahora id a descansar.

Se levantó y se encaminó hacia el pueblo de los stors. Balinor se precipitó tras él, deseando al parecer preguntarle algo más. Los otros los observaron hasta que se perdieron de vista. Entonces, por primera vez, Shea se dio cuenta de que era casi de noche. El sol se hundía lentamente detrás del horizonte y quedaba una suave luz blanca en el oscuro cielo púrpura del crepúsculo. Durante unos instantes, nadie se movió; después, en silencio, se incorporaron y se dirigieron al pacífico pueblo para dormir hasta la hora señalada de la medianoche.

A Shea le pareció que acababa de quedarse dormido cuando una mano fuerte lo sacudió para despertarlo. Un momento después, el intenso resplandor de una antorcha ardiendo aleteaba en la oscuridad de la habitación, haciéndole desviar la mirada de ella, mientras sus ojos adormecidos se adaptaban a la nueva luz. Entre la neblina del sueño, vio el rostro decidido de Menion Leah, los ojos ansiosos que le informaban que había llegado la hora de partir. Se levantó tambaleándose en el aire frío de la noche y, tras unos

momentos de titubeo, empezó a vestirse. Flick ya estaba despierto y medio vestido, su rostro impasible era una visión bienvenida en el silencio pavoroso de la medianoche. Shea se sentía otra vez fuerte, lo suficiente para realizar la larga marcha a través de las llanuras de Rabb hasta los Dientes del Dragón y más allá si era necesario; cualquier cosa para llegar al final del viaje.

Minutos más tarde, los tres compañeros caminaban por el pueblo de los stors dormidos para encontrarse con los otros miembros de la expedición. Las casas parecían masas negras cuadradas bajo la débil luz del cielo nocturno sin luna, oculto por un manto denso de nubes que se movían perezosamente hacia algún destino ignorado. Era una noche buena para viajar por un lugar descubierto, y Shea se sintió aliviado por la idea de que cualquier emisario acechante del Señor de los Brujos tendría dificultades para localizarlos. Mientras andaban, descubrió que apenas podía ver las pisadas de las ligeras botas de montaña sobre la tierra húmeda. Todo parecía estar a su favor.

Cuando llegaron al límite oeste de Storlock, encontraron esperando a los demás, excepto a Allanon. Durin y Dayel parecían figuras inmateriales en la oscuridad, como si, sus ligeros cuerpos sólo fuesen sombras que se paseaban mudas, escuchando los sonidos de la noche. Al pasar junto a ellos, Shea se fijó en los característicos rasgos de los elfos, las extrañas orejas puntiagudas y las cejas como delgados trazos en arco hacia arriba sobre la frente. Se preguntó si otros humanos le mirarían a él de la forma que él miraba ahora a los hermanos elfos. ¿Eran realmente criaturas diferentes? Volvió a recordar la historia del pueblo de los elfos, que Allanon había descrito como relevante en otra época, pero que no terminó de narrar. Esa historia era la suya propia; ahora comprendía lo que siempre había sospechado. Había algo más que deseaba saber, quizá solamente entender mejor lo de su herencia y el origen de la Espada de Shannara.

Miró hacia la figura alta y fuerte de Balinor que estaba de pie como una estatua a un lado, con el rostro sin rasgos en la oscuridad. Balinor era sin duda quien más confianza infundía a todos. Había una especie de firmeza en él, una naturaleza indestructible que compartía generosamente con los miembros del grupo y les infundía valor. Ni siquiera Allanon les inspiraba ese sentimiento, aunque Shea intuía que era mucho más poderoso. Quizá Allanon, con su conocimiento aparentemente infinito de todo, sabía lo que Balinor provocaba en los demás hombres y lo trajo con él precisamente por esa razón.

-¡Así es, Shea! -La voz sonó tan cerca de su oreja que el valense dio un salto, sorprendido, mientras el vagabundo pasaba junto a él envuelto en su capa negra-. Debemos hacer el viaje mientras contemos con la cobertura de la noche. Manteneos juntos y no apartéis la vista de los que vayan delante. No se podrá hablar.

Sin ningún otro comentario, el oscuro gigante se puso en camino, seguido de los otros, hacia los bosques del Anar, tomando el estrecho sendero que salía de Storlock por el oeste. Shea marchó detrás de Menion, sintiendo aún el ahogo en la garganta por el susto que había recibido, rememorando apresuradamente todos los anteriores encuentros con el extraño hombre, preguntándose si lo que siempre había sospechado era realmente cierto. En cualquier caso, intentaría guardarse para sí sus pensamientos siempre que Allanon estuviese cerca, por muy difícil que resultase tal cosa.

Llegaron al límite de los bosques del Anar por el oeste y al comienzo de las llanuras de Rabb antes de lo que Shea esperaba. A pesar de la negrura del cielo, los valenses pudieron advertir la presencia de los Dientes del Dragón marcándose en la lejanía. Se miraron sin hablarse; después, volvieron la cabeza para atisbar ansiosamente en la oscuridad. Allanon los guiaba a través de un llano desierto a paso uniforme y acelerado. Las llanuras eran completamente planas, totalmente libres de accidentes naturales. Lo único que crecía eran pequeños arbustos y algunas matas diseminadas y casi sin hojas. El

suelo era de tierra compacta, tan seca en algunos lugares que se abría en grandes grietas. Nada se movía alrededor de los viajeros que avanzaban en silencio, con los oídos atentos a cualquier sonido anormal. En una ocasión, cuando ya llevaban casi tres horas caminando por las llanuras de Rabb, Dayel hizo un gesto para que se detuviesen, indicando que había oído algo detrás, bastante atrás en la oscuridad. Se agacharon sin hacer ruido, quedándose inmóviles durante unos minutos, pero no ocurrió nada. Al final, Allanon se encogió de hombros e hizo una señal para que volvieran a colocarse en fila, reanudando así la marcha.

Llegaron a los Dientes del Dragón justo antes del amanecer. El cielo nocturno seguía oscuro y nublado cuando se detuvieron al pie de las amenazantes montañas que se elevaban ante ellos como monstruosas lanzas de una verja de hierro. Tanto Shea como Flick se sentían fuertes, incluso después de la larga marcha, e indicaron a los otros que estaban dispuestos a continuar sin necesidad de descanso. Allanon parecía ansioso por seguir, casi como si tuviera que acudir a una cita. Los llevó directamente hasta las montañas de aspecto traicionero, adelantándose en ellas por un camino de grava que zigzagueaba suavemente hacia arriba en lo que parecía ser una grieta en la pared del risco. Flick iba con los ojos levantados, mirando a los picos que estaban a ambos lados del camino, estirando el grueso cuello con la intención de ver las puntas serradas. Los Dientes del Dragón parecía un nombre apropiado.

Las montañas de los lados empezaron a envolverlos mientras seguían adentrándose en la cavidad del risco. Más allá del paso inferior, vieron otras montañas, más altas que las primeras y claramente inaccesibles para alguien incapaz de volar. Shea se detuvo un momento, recogió un pedazo de roca partida bajo sus pies y lo examinó con curiosidad mientras reanudaba la marcha. Descubrió con sorpresa que era lisa en sus superficies planas, de un aspecto casi vidrioso, y su color era oscuro, un negro brillante que le recordó el carbón que había visto usar como combustible en algunas poblaciones de la Tierra del Sur. Sin embargo, parecía más dura que el carbón, como si éste hubiese sido comprimido y pulido hasta alcanzar ese estado. Se la entregó a Flick, que la examinó encogiéndose de hombros con desinterés y arrojándola a un lado.

El camino empezó a virar atravesando enormes grupos de arbustos caídos, haciendo que durante unos momentos los viajeros perdiesen de vista las montañas que los rodeaban. Fueron serpenteando entre el laberinto de roca durante cierto tiempo, aún ascendiendo hacia la cavidad, con el oscuro líder aparentemente ajeno al hecho de que nadie conocía su meta. Al fin llegaron a un claro en las rocas, desde donde pudieron apreciar con bastante claridad los altos riscos de alrededor, lo que confirmó que estaban en la abertura de la cavidad y evidentemente cerca de la cima del camino, que después bajaría o seguiría al mismo nivel que las montañas. Aquí fue donde Balinor interrumpió el silencio con un suave silbido, haciendo que todos se detuvieran. Habló durante unos momentos con Durin, que se había quedado atrás en su compañía. Después se volvieron hacia Allanon y hacia los otros con alarma en los ojos.

-Durin está seguro de que ha oído que alguien nos seguía -les informó en tono tenso-. Ahora no hay ninguna duda; hay alguien allí detrás.

Allanon alzó la vista hacia el cielo de la noche. Su oscura frente se frunció por la preocupación, su rostro enjuto revelaba que estaba profundamente consternado por ese informe. Miró a Durin con una sombra de duda.

-Estoy seguro de que hay alguien allí -afirmó este último.

-No puedo detenerme para averiguarlo. Debo estar en el valle antes de que amanezca -declaró Allanon bruscamente-. Sea lo que fuese eso que está atrás, tendrá que esperar a que halla terminado; es esencial.

Shea nunca había oído hablar a aquel hombre tan autoritariamente, y captó las miradas de preocupación de Flick y de Menion mientras se miraban entre sí. Cualquier cosa que tuviera que hacer Allanon en el valle, era de vital importancia para él no ser interrumpido hasta haber terminado.

-Me rezagaré -se ofreció voluntariamente Balinor, sacando su gran espada-. Esperadme en el valle.

-No debes quedarte solo -dijo Menion al momento-. Me quedaré contigo.

Balinor sonrió y asintió demostrando que estaba de acuerdo. Allanon le miró durante un instante como si fuese a manifestar su desaprobación, después asintió e hizo un gesto a los demás para que le siguieran. Los hermanos elfos se apresuraron a hacerlo, pero Shea y Flick titubearon hasta que Menion les hizo un gesto. Shea saludó con la mano, abandonando de mala gana a su amigo, pero comprendiendo que sería de poca ayuda si se quedaba. Miró hacia atrás una vez más y vio que los dos hombres se situaban entre las rocas a cada lado del estrecho camino, con sus espadas brillando débilmente bajo la tenue luz de las estrellas, sus oscuros capotes de montaña confundiéndose con la sombra de las rocas.

Allanon condujo a los otros cuatro a través de la masa de rocas donde la pared del risco se dividía, ascendiendo implacablemente hacia lo que parecía ser el inicio del misterioso valle. Pocos minutos después, estaban allí, observando con admiración lo que se extendía ante ellos. El valle presentaba una salvaje aridez de rocas partidas y pedruscos diseminados, negros y brillantes como la piedra que Shea había examinado en el camino; el lugar estaba completamente cubierto de ellas. No se veía nada más, excepto un pequeño lago de lóbregas aguas de un color verde oscuro, que centelleaban y se movían en perezosos remolinos como si poseyesen vida propia. Shea se asombró ante el extraño movimiento de las aguas. No hacía viento que pudiese causar aquella lenta agitación. Miró al silencioso Allanon y le sobresaltó un brillo extraño en su oscura y amenazante cara. El alto vagabundo parecía perdido en sus pensamientos, con la mirada puesta en el lago, y el muchacho pudo advertir un peculiar aire nostálgico en la manera en que el hombre observaba el lento movimiento de las aguas.

-Éste es el valle de Esquisto, el umbral de la Morada de los Reyes y residencia de los espíritus durante años. -La voz profunda surgió repentinamente del fondo de su pecho-. El lago es el Cuerno de Hades, sus aguas son mortales para los humanos. Venid conmigo hasta pisar el valle y después yo seguiré solo.

Sin esperar una respuesta, empezó a bajar lentamente la ladera, caminando con pisadas cautelosas a causa de las piedras, con la mirada fija en el lago. Los otros le siguieron en silencio, intuyendo que iba a ser un momento importante para todos; que allí, más que en cualquier otro lugar, Allanon era soberano. Sin poder explicar el porqué, Shea supo que el historiador, el vagabundo, el filósofo y el místico, el hombre que los había conducido entre peligros innumerables a una extraña aventura que sólo él comprendía en su totalidad, el hombre misterioso a quien ellos llamaban Allanon, por fin había llegado a su hogar. Minutos más tarde, cuando se detuvieron juntos sobre la tierra del valle, se volvió de nuevo hacia ellos.

-Debéis esperarme aquí. Suceda lo que suceda, no me seguiréis. No os moveréis de este lugar hasta que haya terminado. Allí donde voy, sólo se encuentra la muerte.

Se quedaron como pegados al suelo mientras Allanon se alejaba entre las rocas hacia el misterioso lago. Observaron su figura alta y negra avanzando resueltamente sin variar la velocidad ni la dirección, con su gran capa ondeando ligeramente. Shea miró a Flick durante un momento. El tenso rostro de su hermano revelaba su temor ante lo que podía

ocurrir. Shea consideró la posibilidad de escapar de allí, pero inmediatamente se dio cuenta de lo temeraria que habría sido tal decisión. Instintivamente, palpó su túnica, sintiendo el bulto tranquilizador de la pequeña bolsa que contenía las piedras élficas. La presencia de éstas le hizo sentirse seguro, a pesar de que dudaba que fueran útiles contra cualquier cosa que Allanon no pudiera manejar. Miró con angustia a los otros, que observaron la figura que iba disminuyendo. Después se volvió y vio que Allanon había llegado a la orilla del Cuerno de Hades, donde aparentemente esperaba algo. Un silencio mortal pareció invadir el valle entero. Los cuatro esperaron con los ojos fijos en la figura oscura que estaba inmóvil al borde de las aguas.

Lentamente, el alto vagabundo alzó al cielo sus brazos cubiertos por la capa negra y los asombrados compañeros vieron que el lago se agitaba con más rapidez hasta llegar a revolverse manifestando su insatisfacción. El valle se estremeció, como si algún tipo de vida escondida y durmiente estuviera siendo despertada. Los mortales, aterrorizados, miraron con incredulidad, temiendo ser tragados por la garganta de roca de aquel monstruo disfrazado de valle. Allanon seguía firme en la orilla del agua, que empezó a hervir ferozmente por el centro. Una tenue neblina se elevó hacia el cielo oscuro, con un silbido de alivio al liberarse de las profundidades. Del aire nocturno llegaron débiles gemidos, los gritos de las almas apresadas, su protesta ante la perturbación causada a su sueño por el hombre que estaba junto al Cuerno de Hades. Las voces, que no llegaban a ser humanas y tenían la frialdad de la muerte, atravesaron el límite confuso de la cordura de los cuatro, que temblaron y miraron hacia el borde del valle, y se filtraron en sus mentes aterrorizadas con despiadada crueldad hasta que pareció que el poco valor que les quedaba iba a serles arrancado, dejándolos privados de toda defensa. Incapaces de moverse, de hablar, ni siquiera de pensar, se quedaron paralizados de terror, mientras los ruidos del mundo espectral llegaban hasta ellos y atravesaban sus mentes, avisándoles de las cosas que se encontraban más allá de la vida y de su comprensión.

Entre aquellos gritos escalofriantes, con un ronco retumbo que surgió del centro de la tierra, el Cuerno de Hades se abrió por el medio en un remolino y de sus lóbregas aguas surgió un anciano encorvado por los años. La figura se alzó sobre las aguas, un cuerpo alto, escuálido, de un gris transparente y fantasmagórico que resplandecía como el lago que tenía debajo. Flick perdió el color. La aparición de este último espanto confirmó su creencia de que sus últimos instantes en la tierra estaban próximos. Allanon permanecía inmóvil en la orilla del lago, ahora con los brazos caídos, envuelto en la capa negra, de cara a la figura que tenía ante él. Parecían conversar, pero los cuatro espectadores no lograron oír nada, excepto el sonido continuo y enloquecedor de los gritos inhumanos que se alzaban en la noche de forma penetrante cada vez que gesticulaba la figura del Cuerno de Hades. La conversación, cualquiera que fuese su naturaleza, no duró más de unos breves minutos, terminando cuando el espectro se volvió hacia ellos rápidamente, levantando un brazo esquelético y señalándolos. Shea notó un impacto terrible sintiendo como si los huesos se le rompieran, y supo que durante un breve instante la muerte lo había rozado. Entonces el fantasma se giró y, con un último gesto de despedida hacia Allanon, volvió a hundirse lentamente en las aguas oscuras del Cuerno de Hades. Al desaparecer, las aguas volvieron a agitarse perezosamente y los gemidos y gritos alcanzaron un nuevo tono agudo antes de desvanecerse en un débil lamento de angustia. Entonces el lago volvió a ser como antes y los humanos se quedaron solos.

Al salir el sol por el horizonte del este, la figura alta y negra de la orilla del lago pareció tambalearse ligeramente; después, se desplomó. Durante un segundo, los cuatro se miraron indecisos ante de precipitarse por el valle hacia el jefe caído, resbalando y tropezando con las piedras. Llegaron en pocos segundos y se inclinaron con cautela sobre él, sin saber qué debían hacer. Finalmente, Durin se agachó y zarandeó con cuidado el

cuerpo inerte, mientras pronunciaba su nombre. Shea friccionó las grandes manos, encontrando la piel fría como el hielo y alarmantemente pálida. Pero sus temores desaparecieron cuando, tras unos momentos, Allanon se agitó un poco y sus ojos hundidos se volvieron a abrir. Los miró unos instantes y después se incorporó con lentitud mientras ellos se agachaban angustiadamente a su lado.

-La tensión debe de haber sido muy grande -murmuró para sí, frotándose la frente-. Me desmayé después de perder el contacto. Estaré bien en seguida.

-¿Quién era esa criatura? -preguntó Flick, temiendo que pudiera reaparecer.

Allanon pareció reflexionar sobre la pregunta, mirando alrededor mientras su rostro se contraía, y después se relajaba.

-Un alma perdida, un ser olvidado por el mundo y por su gente -declaró en tono triste-. Ha sido condenado a una existencia de semivida que durará eternamente.

-No lo entiendo -dijo Shea.

-Ahora no importa. -Allanon apartó con brusquedad la idea-. La triste figura con la que acabo de hablar es el fantasma de Bremen, el druida que luchó contra el Señor de los Brujos. Hablé con él de la Espada de Shannara, de nuestro viaje a Paranor, del destino de esta expedición. No pude averiguar gran cosa por él; sólo que nuestra suerte no está decidida para un futuro próximo, sino que será decidida en días que aún están lejanos. La de todos, excepto uno.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Shea.

Allanon se incorporó cansadamente, mirando en silencio al valle, como para comprobar que su entrevista con el fantasma de Bremen había terminado. Después se volvió hacia los rostros angustiados que le aguardaban.

-No es fácil explicar eso, pero habéis llegado hasta aquí, casi hasta el final de la búsqueda. El fantasma de Bremen hizo dos profecías sobre el destino de este grupo cuando lo llamé del mundo del limbo donde se halla encerrado. Auguró que dentro de dos amaneceres contemplaremos la Espada de Shannara. Pero también predijo que uno de sus miembros no llegaría al otro lado de los Dientes del Dragón. Sin embargo, será el primero en poner las manos sobre la hoja sagrada.

-Sigo sin entenderlo -confesó Shea después de reflexionar un momento-. Ya hemos perdido a Hendel. Seguramente se referiría a él.

-No, te equivocas, amigo mío. -Allanon suspiró con tristeza-. Al formular la última parte de su profecía, el fantasma señaló a los cuatro que estabais en el límite del valle. ¡Uno de vosotros no llegará a Paranor!

Menion Leah se agazapó en silencio cubriéndose con los arbustos, junto al camino que ascendía hacia el valle de Esquisto, esperando al misterioso ser que les había seguido hasta los Dientes del Dragón. Frente a él, escondido en la negrura de las sombras, estaba el príncipe de Callahorn, con la hoja de su gran espada apuntando hacia abajo sobre la roca, su mano ligeramente apoyada sobre la empuñadura. Menion asió también su arma y atisbó en la oscuridad. Nada se movía. Sólo podía ver a unos quince metros hasta un lugar donde el camino viraba bruscamente, ocultando el resto detrás de un grupo de arbustos. Esperaron durante al menos media hora y nada aparecía, a pesar de lo que Durin había asegurado. Menion se preguntó durante un momento si su perseguidor sería uno de los emisarios del Señor de los Brujos. Un Portador de la Calavera podía viajar por el aire y esconderse para capturar a alguien. La idea le sobresaltó, y estaba a punto de hacerle una seña a Balinor

cuando, de repente, un ruido en el camino llamó su atención. De inmediato, se apretó contra las rocas.

El ruido de alguien que avanzaba por el camino serpenteante, abriéndose paso lentamente entre los grandes arbustos bajo la débil luz del próximo amanecer, era claramente audible. Fuera lo que fuese, aparentemente no sospechaba que ellos estuviesen esperándolo; o lo que sería peor, no le importaba, ya que no hacía ningún esfuerzo por disimular su avance. Segundos después, una forma borrosa apareció en el camino, justo debajo del lugar donde estaban escondidos. Menion se aventuró a echar una rápida ojeada, y durante un segundo el cuerpo rechoncho y el caminar pesado de la figura le recordó a Hendel. Apretó la espada de Leah en previsión y esperó. El plan de ataque era simple. Saltaría ante el intruso impidiéndole el paso. En ese mismo momento, Balinor le cortaría la retirada.

Con un impulso rápido y ligero, el hombre de las tierras altas saltó sobre las rocas para colocarse de cara ante el misterioso intruso, empuñando su espada con aplomo a la vez que daba la orden de detenerse. La figura que estaba delante de él se agachó un poco y una mano poderosa se alzó ligeramente, mostrando una maza enorme. Un segundo más tarde, cuando los ojos de los combatientes se encontraron, los brazos cayeron al reconocerse, y un grito de sorpresa salió de los labios del príncipe de Leah.

-¡Hendel!

Balinor apareció entre las sombras detrás del recién llegado, justo a tiempo para ver a Menion saltando y gritando salvajemente y lanzándose a abrazar la figura pequeña y rechoncha con desbordada alegría. El príncipe de Callahorn guardó la espada aliviado, sonriendo y moviendo la cabeza con asombro al ver al eufórico hombre de las tierras altas y al afanoso y refunfuñón enano que habían dado por muerto. Por primera vez desde que escaparon por el paso de Jade, sintió que el éxito los acompañaba y que probablemente toda la expedición llegaría a Paranor y conseguiría la Espada de Shannara.

XIV

El alba colgaba sobre los riscos y los picos de los Dientes del Dragón con una rotundidad gris y fría que no resultaba en absoluto grata. El calor y la luz del sol que se elevaban estaban totalmente enmascarados por las nubes bajas y la densa niebla que se asentaba sin moverse en las amenazantes alturas. El viento soplaba con indómita fuerza sobre las rocas estériles, azotando los cañones y precipicios de los despeñaderos, las laderas y los riscos agitando la escasa vegetación y obligándola a inclinarse hasta casi romperse; y sin embargo, resbalaba sobre la niebla y las nubes con esquiva rapidez, dejándolas en su inexplicable y extraña inmovilidad. El ruido del viento, fuerte y vibrante, era como el rugido profundo de las olas de un océano al romper en una playa abierta y cubría todos los picos con un zumbido peculiar que, cuando se soportaba durante cierto tiempo, creaba su propio nivel de silencio. Los pájaros se elevaban y caían a causa del viento, sus gritos eran dispersados y amortiguados. Había pocos animales a esas alturas; rebaños aislados de cabras montesas particularmente resistentes y pequeños ratones peludos que habitaban en los huecos más profundos de las rocas. El aire estaba helado y resultaba desagradable. La nieve cubría las cumbres de los Dientes del Dragón y los cambios estacionales tenían, a estas altitudes, poco efecto sobre la temperatura, que raramente llegaba a cero grado.

Eran unas montañas traicioneras, enormes, afiladas e imponentes. Esa mañana parecían envueltas en una extraña expectativa, y los ocho miembros que componían la pequeña expedición llegada de Culhaven no podían ignorar el sentimiento de intranquilidad que ocupaba sus pensamientos mientras caminaban cansadamente en la penumbra y el frío. Era más que la inquietante profecía de Bremen o incluso que la conciencia de que pronto intentarían pasar a través de la prohibida Morada de los Reyes. Algo les aguardaba, algo que tenía paciencia y astucia, una fuerza viva que yacía escondida en el terreno rocoso y estéril que recorrían, llena de odio y deseo de venganza, observando mientras ellos se adentraban trabajosamente en las gigantescas montañas que encerraban el antiguo reino de Paranor. Se dirigían hacia el norte en formación desordenada, uno tras otro siguiendo la borrosa línea del horizonte, envueltos en sus capas de lana para protegerse del frío, con los rostros inclinados hacia abajo para evitar el viento. Las laderas y cañones estaban agrietados y cubiertos de piedras, lo que hacía la marcha extremadamente peligrosa. Más de una vez, un miembro del grupo se deslizó seguido de una pequeña catarata de piedras y polvo. Pero aquello que se escondía en la tierra seguía sin mostrarse, contentándose sólo con que su presencia fuese advertida y esperando que el efecto de tal conciencia minara la resistencia de los ocho humanos. Los cazadores se convertirían entonces en piezas de caza.

No tardaría mucho. Las dudas empezaban a mordisquear de manera lenta y persistente en sus mentes agotadas; las dudas que surgían de forma fantasmagórica de los temores y secretos que escondían en el más profundo interior de sí mismos. Aislados unos de otros por el frío y el rugido creciente del viento, no hablaban, y la incapacidad de comunicarse potenciaba el sentimiento creciente de inquietud. Únicamente Hendel seguía impasible. Su naturaleza taciturna y solitaria le protegía de sus propias dudas, y la espeluznante huida de los enloquecidos gnomos del paso de Jade había eliminado, al menos temporalmente, cualquier temor a la muerte. La había tenido tan cerca, que sólo su instinto pudo salvarlo. Los gnomos llegaron hasta él por todos lados, subiendo en grupos las laderas con temeraria indiferencia, enfurecidos hasta el punto de que sólo el

derramamiento de sangre podría calmar su odio. Él se había deslizado rápidamente hacia los comienzos de las Wolfsktaag, quedándose inmóvil entre los matorrales, dejando que los gnomos pasaran de largo, hasta que uno lo encontró. Sólo tardó unos segundos en dejar sin sentido al desprevenido cazador, en vestir a su prisionero con sus propias ropas características de enano, y en gritar pidiendo ayuda. En la oscuridad, exaltados por la excitación de la caza, los gnomos no fueron capaces de reconocer nada excepto sus ropas. Despedazaron a su propio hermano sin darse cuenta. Hendel permaneció escondido y, al día siguiente, se deslizó por el paso. Una vez más había logrado sobrevivir.

Los valenses y los elfos no poseían la gran confianza en sí que tenía Hendel. La profecía del fantasma de Bremen los había dejado sumidos en la preocupación. Las palabras parecían repetirse una y otra vez en el aullido del viento de la montaña. Uno de ellos iba a morir. Bueno, las palabras de la profecía no habían sido exactamente ésas, pero su significado era el mismo. La perspectiva era amarga y ninguno de ellos podía aceptarla realmente. De alguna forma, debían encontrar el modo de demostrarse que la predicción era falsa.

En cabeza, la gran figura de Allanon se inclinaba contra la violenta fuerza de los vientos de las montañas, reflexionando sobre los acontecimientos del valle de Esquisto. Meditó por centésima vez sobre el extraño encuentro con el fantasma de Bremen, el anciano druida condenado a vagar por el limbo hasta que el Señor de los Brujos fuese al fin destruido. Sin embargo, no era la aparición del espectro lo que le inquietaba ahora. Era la terrible información que ocultaba en lo más hondo. Su pie golpeó un saliente de roca, haciendo que se tambalease ligeramente en el intento de no perder el equilibrio. Un halcón que volaba en círculos emitió un grito agudo en la semioscuridad y se lanzó en picado desde el cielo sobre el cerro distante. El historiador se volvió ligeramente hacia la estrecha fila que intentaba seguir su marcha. El fantasma le había dicho algo más que la profecía. Pero a los otros, a aquellos que confiaban en él, no les contó toda la verdad, al igual que no les explicó la historia completa que había tras la Espada de Shannara. Sus hundidos ojos echaron chispas de furia al encontrarse en la situación en que él mismo se había colocado al no informarlos de todo, y durante un momento llegó a pensar en hacerlo. Habían dado tanto de sí mismos, y apenas estaban en los comienzos... Pero un momento después, apartó la idea de sus pensamientos. La necesidad era un imperativo mayor que la verdad.

La escasa luz del amanecer se transformó lentamente en la escasa luz del mediodía, y la marcha por los Dientes del Dragón aún continuaba. Los riscos y las laderas aparecían y desaparecían con una monótona regularidad que creó en las mentes de los fatigados viajeros la impresión de que no avanzaban. Ante ellos, una fila de altísimos picos se alzaba de forma desoladora en el neblinoso horizonte del norte, y parecía como si se dirigiesen directamente hacia un muro de roca impenetrable. Después se adentraron en un ancho cañón que descendía con brusquedad en un giro hacia un camino estrecho y serpenteante, que pasaba entre dos enormes riscos y desaparecía en la niebla espesa. Allanon los guiaba en la penumbra turbulenta mientras el horizonte desaparecía y el viento se aquietaba. Brusca e inesperadamente se produjo el silencio, casi como un suave susurro que se filtrase a través de las altísimas masas rocosas, murmurando en voz baja en los oídos de los viajeros palabras de cautela. Entonces, el paso se ensanchó un poco y la neblina se aclaró, revelando una abertura alta y cavernosa en la pared del risco, donde terminaba el sinuoso sendero: la entrada a la Morada de los Reyes.

Era impresionante, majestuosa, aterradora. A cada lado de la oscura entrada rectangular había dos enormes figuras de piedra esculpidas en la roca, de unos treinta metros de alto. Los centinelas de piedra habían sido modelados con la forma de guerreros con armaduras, que se alzaban expectantes en la penumbra, asiendo con sus manos fuertes

las empuñaduras de las enormes espadas que se apoyaban entre sus pies, con las hojas hacia abajo. Los rostros barbudos estaban deteriorados por la erosión del clima y el viento; sin embargo, sus ojos parecían casi vivos, fijos en los ocho humanos que se encontraban ante el umbral de la antigua morada que custodiaban. Sobre la gran entrada, grabadas en la roca, había tres palabras de un lenguaje con siglos de antigüedad y olvidado desde hacía tiempo, un aviso para los que entraban de que aquello era la tumba de la muerte. Al otro lado de la abertura, todo era oscuridad y silencio.

Allanon los reunió a su alrededor.

-Hace años, antes de la Primera Guerra de las Razas, los hombres de una secta, cuyo origen se ha perdido con el tiempo, sirvieron como sacerdotes a los dioses de la muerte. Dentro de estas cavernas, enterraron a los monarcas de las cuatro tierras junto con sus familias, criados, sus posesiones preferidas y gran parte de sus riquezas. Se desarrolló la leyenda de que sólo la muerte podría sobrevivir dentro de estas cámaras, y sólo a los sacerdotes se les permitía el entierro de los soberanos. Cualquier otro que entrase nunca volvería a ser visto. Con el tiempo, la secta desapareció, pero la leyenda asociada a la Morada de los Reyes continuó existiendo, para servir ciegamente a los sacerdotes cuyos huesos habían vuelto a la tierra muchos años antes. Pocos hombres entraron... -Al ver en los ojos de sus oyentes la pregunta sin respuesta, se interrumpió-. Yo he atravesado la Morada de los Reyes; sólo yo desde entonces, y ahora vosotros. Soy un druida, el último que vaga por la tierra. Al igual que Bremen, y Brona antes que él, he estudiado las artes negras y soy un brujo. No poseo el poder del Señor de la Oscuridad, pero puedo conduciros a través de estas cavernas hasta el otro lado de los Dientes del Dragón.

-¿Y después? -preguntó con voz suave Balinor entre la niebla.

-Un camino estrecho y rocoso llamado Cresta del Dragón desciende de las montañas. Una vez allí, tendremos Paranor a la vista.

Se produjo un silencio tenso. Allanon sabía en qué estaban pensando. Orillando aquellos pensamientos, continuó:

-Al otro lado de esta entrada, hay una serie de pasillos y cámaras, un laberinto para alguien que no conozca el camino. Algunos son peligrosos, otros no. Poco después estaremos en el túnel de las Esfinges, estatuas gigantescas como estos centinelas, pero esculpidas como seres que son medio humanos y medio animales. Si miráis a sus ojos, os convertiréis en piedra en el acto. Por tanto, debéis llevar los ojos vendados. Además iréis atados con cuerdas unos a otros. Debéis concentraros en mí, pensar sólo en mí, porque la voluntad de ellas, su poder mental, es lo bastante fuerte para obligaros a quitaros las vendas y mirarles a los ojos.

Los siete se comunicaron unos a otros sus dudas, sin hablar. Todos ellos empezaban a cuestionarse la seguridad de aquel plan.

-Una vez pasadas las Esfinges, hay varios pasadizos sin ningún peligro que conducen al Corredor de los Vientos, un túnel habitado por seres invisibles, llamados Espíritus de la Muerte. No son más que voces, pero pueden volver locos a los mortales. Llevaréis los oídos tapados, pero, como la otra vez, lo más importante es que os concentréis en mí, dejando que mi mente os proteja para evitar que os llegue la fuerza de esas voces. Debéis relajaros, no oponerme resistencia. ¿Entendéis?

Los siete asintieron casi imperceptiblemente.

-Una vez pasemos el Corredor de los Vientos, estaremos en la Tumba de los Reyes. Allí habrá sólo un obstáculo más...

En ese momento dejó de hablar. Sus ojos se volvieron cautelosamente hacia la entrada de la cueva. Durante un momento, pareció que iba a terminar la frase, pero en vez

de eso les hizo una señal para que le siguiesen hacia la oscura entrada. Permanecieron de pie, con nerviosismo, ante los gigantes de piedra; la niebla grisácea ocultaba los altos muros de los riscos que los rodeaban, y la abertura negra y profunda se abría ante ellos como la garganta de un animal de presa. Allanon sacó varias tiras anchas de tela y las repartió. Utilizando una cuerda gruesa de escalar, el pequeño grupo se ató entre sí, colocándose Durin a la cabeza, y de nuevo el príncipe de Callahorn en última posición. Se fijaron fuertemente las vendas y unieron las manos para formar una cadena. Un momento después, la fila atravesaba con precaución la entrada de la Morada de los Reyes.

En la cueva había una quietud silenciosa y abismal, amplificada por el desvanecimiento repentino del viento y el eco de las pisadas sobre la roca del pasadizo. El suelo, curiosamente, era liso y nivelado, pero el frío que se había acumulado en aquellas piedras durante siglos de temperaturas invariables, se filtró rápidamente en sus tensos cuerpos dejándolos helados y tiritantes. Nadie hablaba. Cada uno intentaba relajarse mientras Allanon los conducía cuidadosamente a través de una serie de curvas suaves. En medio de la fila que marchaba a ciegas, Shea sintió la mano de Flick asiendo fuertemente la suya en la oscuridad que los rodeaba. Desde su huida de Val se habían unido más por los lazos de las experiencias compartidas que por su propio parentesco. Shea sintió que cualquier cosa que ocurriese no destruiría nunca aquella unión. Tampoco podría olvidar lo que Menion había hecho por él. Pensó en el príncipe de Leah durante un momento y sonrió de manera inconsciente. El hombre de las tierras altas había cambiado tanto durante los últimos días que casi era una persona diferente. El antiguo Menion seguía presente, pero había una nueva dimensión de él que Shea encontraba difícil de definir. Pero en realidad todos ellos habían cambiado en ciertos aspectos que no podían ser detectados si no se consideraba individualmente a cada uno. Se preguntó si Allanon habría advertido cambios en él. Allanon nunca le había tratado como a un hombre, sino como a un chico.

Se detuvieron en un lugar irregular y, en el silencio abismal que siguió, la voz imperativa del jefe druida susurró en las mentes de cada uno: *Recordad mi aviso, dejad que vuestros pensamientos se dirijan a mí, concentraros sólo en mí.* Entonces la fila avanzó, retumbando las pisadas de sus botas sobre el suelo de la cueva. De inmediato, los humanos de ojos vendados pudieron advertir la presencia de algo que aguardaba ante ellos, esperando de forma silenciosa y paciente. Los segundos volaban mientras el grupo se adentraba en la cueva. Percibieron las enormes formas inmóviles que se alzaban a cada lado; imágenes esculpidas en piedra con rostros humanos y cuerpos de animales indescriptibles: las Esfinges. En sus mentes, los miembros de la expedición podían ver aquellos ojos, interponiéndose sobre la imagen de Allanon que se desvanecía, y empezaron a sentir la dificultad de concentrarse en el gigante druida. La voluntad insistente de los monstruos de piedra presionaba sus cerebros, tratando de dispersar sus pensamientos, trabajando con tenacidad para que los ojos de los humanos se encontrasen con sus ojos muertos. Todos ellos empezaron a sentir la necesidad imperiosa de arrancarse la venda que les impedía la visión, de desvelar la oscuridad y mirar libremente a las prodigiosas criaturas que los contemplaban en silencio.

Pero justo cuando parecía que el instigante susurro de las Esfinges iba por fin a abrirse paso en la voluntad debilitada de los humanos acosados y apartar del todo sus pensamientos de la imagen borrosa de Allanon, la poderosa fuerza mental de éste atravesó sus mentes como la hoja afilada de un cuchillo, recordándoles en silencio: *Pensad sólo en mí.* Sus mentes obedecieron al instante, desprendiéndose de la necesidad casi insuperable de alzar la mirada a los observantes rostros de piedra. La extraña lucha siguió sin tregua mientras la fila, sudando y respirando trabajosamente, avanzaba a tientas a través de laberintos de imágenes no vistas, unidos por las cuerdas atadas a sus cinturas, por sus manos cogidas unas a otras y el mandato imperativo de Allanon. Nadie se soltó ni un

segundo. El druida los conducía sin descanso ante la hilera de Esfinges, con sus ojos fijos en el suelo de la cueva, su voluntad indomable luchando por atraer las mentes de sus ciegos protegidos. Entonces, al fin, los rostros de las criaturas de piedra empezaron a desvanecerse y a debilitarse, dejando a los mortales solos en el silencio y la oscuridad.

Siguieron adelante, torciendo a un lado y a otro por los serpenteantes pasillos. Después, volvieron a detenerse y la voz de Allanon atravesó la oscuridad ordenándoles que se quitasen las vendas. Le obedecieron inseguros y descubrieron que se hallaban en un estrecho túnel donde la rugosa piedra producía una peculiar luz verdosa. Sus rostros demacrados fueron bañados por el extraño resplandor. Se miraron unos a otros para asegurarse de que estaban todos presentes. La figura oscura del druida recorrió en silencio la fila comprobando la cuerda que llevaban atada a la cintura y advirtiéndoles que aún debían pasar el Corredor de los Vientos. Se introdujeron en las orejas bolitas de tela y las cubrieron con las vendas para amortiguar los sonidos de los seres invisibles que Allanon llamó Espíritus de la Muerte, cogiéndose las manos de nuevo.

La fila prosiguió lentamente bajo la tenue luz verde del estrecho túnel, sus pisadas eran apenas perceptibles para sus oídos cubiertos. Esta parte de la cueva se extendía durante más de un kilómetro, después desembocaba bruscamente en un paso más ancho, convirtiéndose en un inmenso pasillo totalmente negro. Las paredes rocosas se fueron retirando y el techo se elevó hasta desaparecer, dejando a los hombres en un extraño limbo de oscuridad donde sólo el suelo liso ofrecía alguna prueba de que la tierra no se había disuelto totalmente. Allanon los condujo a la oscuridad, sin mostrar ningún signo de duda.

En aquel momento, llegó el ruido. Su increíble furia los cogió totalmente desprevenidos, y durante un momento los poseyó el pánico. El estruendo inicial se convirtió en un rugido terrible que parecía compuesto de miles de vientos que soplaran juntos con fuerza y furia. Pero bajo aquello, las voces terroríficas de las almas gritaban con desesperación, voces que manifestaban las torturas de horrores inimaginables sin esperanza de salvación. El rugido se convirtió en un alarido, alcanzando una agudeza tal que superaba la comprensión de las aturdidas mentes de los mortales, cuya cordura empezaba a fragmentarse. Los terribles sonidos caían sobre ellos, reflejando su propia desesperación creciente, arrastrándolos dentro y desgarrando sus atormentados nervios, como si fueran capas de piel, hasta dejar los huesos al descubierto.

Sólo duró un momento. Si hubiera continuado un poco más, habrían estado perdidos. Pero por segunda vez fueron salvados, ahora de la completa locura, por la poderosa voluntad de Allanon, que se abría paso entre el ruido enloquecedor para cubrirlos con una confianza protectora. Los gritos y los rugidos parecieron disminuir hasta reducirse a un extraño zumbido, mientras el rostro oscuro y sombrío aparecía en las mentes febriles de los siete y el pensamiento firme e imperativo hablaba de manera sedante: *Dejad que vuestras mentes se relajen; pensad sólo en mí.* Los humanos avanzaron de forma mecánica tropezando en la densa oscuridad del túnel, sus mentes asidas a la cuerda segura de coherencia y tranquilidad que les ofrecía el druida. Las paredes del corredor reverberaban con los alaridos aún audibles y la piedra de la caverna retumbaba aterradoramente. Por última vez, las voces de los Espíritus de la Muerte se alzaron con febril intensidad, chillando violentamente en un esfuerzo desesperado por atravesar el muro del subconsciente que levantó la poderosa mente del druida; pero el muro no cedió y el poder de las voces se agotó, convirtiéndose en un murmullo moribundo. Un momento después, el pasadizo se estrechó una vez más, y la expedición abandonó el Corredor de los Vientos.

Visiblemente consternados, con los rostros brillantes de sudor, los siete se detuvieron cuando Allanon rompió la fila ordenando una parada. Tratando de poner orden en sus alterados pensamientos, se quitaron las cuerdas de sus cinturas y la tela que tapaba sus

oídos. Se hallaban en una gruta pequeña, frente a dos enormes puertas de piedra enlazadas por bandas de hierro. Los muros de roca que los rodeaban emitían la misma extraña luz verdosa. Allanon esperó pacientemente hasta que todos estuvieron recuperados, después les hizo una señal para que se acercasen. Se detuvo ante los portones de piedra. Con sólo un ligero empujón de su delgada mano, las gruesas hojas giraron sin ruido, abriéndose. La voz profunda del druida sonó como un susurro.

-La Morada de los Reyes.

Durante mil años, nadie, excepto Allanon, había entrado en la cripta prohibida. Todo ese tiempo había permanecido inalterada; una enorme cueva circular de grandes paredes lisas y pulidas, el techo reflejando un resplandor verde similar al de los túneles que habían dejado atrás. A lo largo de la pared circular de la gigantesca rotonda, erguidos con el mismo desafío orgulloso que posiblemente habían mostrado en vida, estaban las estatuas de los gobernantes muertos, cada una de ellas encarada al centro de la cámara, donde había un extraño altar que se alzaba con la forma de una serpiente enrollada. Ante cada estatua estaban amontonadas las riquezas de los muertos, cofres, metales preciosos y joyas, pieles, armas; las posesiones que los difuntos más habían apreciado. En los muros, justo detrás de cada figura, se hallaban las aberturas rectangulares selladas donde descansaban los restos de los muertos: los reyes, sus familias, sus sirvientes. Sobre las tumbas selladas, unas inscripciones referían la historia de los soberanos enterrados allí, con frecuencia en lenguas desconocidas para todos los asombrados miembros del grupo. Toda la cámara estaba bañada con la oscura luz verde. El metal y la piedra parecían absorber el color. El polvo lo cubría todo, un polvo de roca que se había depositado durante siglos y ahora se elevaba en pequeñas nubes al ser alterado su largo reposo por las pisadas de los humanos. Durante mil años, nadie había violado la paz de aquella antigua cripta. Nadie había puesto la mano en sus secretos ni intentado abrir las puertas que guardaban a los muertos y a sus posesiones. Nadie, excepto Allanon. Y ahora...

Shea tembló con violencia de manera inesperada. No debía estar allí; podía sentir una voz débil y distante diciéndole que no debía estar allí. No porque la Morada de los Reyes fuese sagrada o prohibida, sino porque era una tumba; una tumba para una muerte antigua. No era un lugar para los vivos. Sintió que algo le rozaba y, tras el sobresalto, comprendió que era la mano de Allanon que tocaba su hombro. El druida le miró sombríamente, con el ceño fruncido; después, llamó suavemente a los otros. Se apiñaron en silencio bajo la luz verdosa mientras se dirigía a ellos en tono susurrante.

-Al otro lado de esas puertas, en el otro extremo de la Morada, está la Asamblea. -Dirigió una mirada al otro lado de la rotonda, donde había otras enormes puertas de piedra-. Unas anchas escaleras de piedra descienden a un estanque alimentado por una cascada que baja de las montañas. Al pie de las escaleras, justo antes de llegar al estanque, se halla la Pira de los Muertos, donde los monarcas enterrados aquí yacían de cuerpo presente durante una serie de días, dependiendo el número de ellos de su rango y sus riquezas, presumiblemente para que sus almas pudieran escapar a la otra vida. Debemos pasar por esa cámara para llegar al pasadizo que nos llevará a la Cresta del Dragón, al otro lado de las montañas. -Se detuvo y respiró profundamente-. Cuando viajé en anteriores ocasiones por estas cuevas, logré esconderme de los ojos de las criaturas que se hallan aquí para destruir a los intrusos. No puedo hacer esto por vosotros. Hay algo en la Asamblea, algo cuyo poder ha resultado ser mayor que el mío. Aunque no pudo sentir mi presencia, yo sí pude advertirlo, escondido bajo las aguas profundas del estanque. Bajo las escaleras, a cada lado del estanque, hay unos pasillos estrechos que conducen a cada extremo de la cámara y a la salida hacia los pasadizos que hay detrás. Estos pasillos son la única forma de pasar el estanque. Lo que se esconde en la Pira de los Muertos, nos atacará allí. Cuando

entremos en la sala, Balinor, Menion y yo pasaremos por la izquierda. Eso hará que la criatura salga de su escondite. Cuando nos ataque, Hendel conducirá al resto por la derecha, a través de la salida del fondo. No os detengáis hasta llegar a la Cresta del Dragón. ¿Entendido?

Asintieron lentamente con la cabeza. Shea se sentía extrañamente atrapado, pero no mejoraría las cosas explicando su estado de ánimo en ese momento. Allanon se irguió e hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa, enseñando sus grandes y brillantes dientes. El pequeño valense sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, alegrándose de no ser enemigo del místico. Balinor sacó su gran espada con un rápido movimiento, cortando el aire con la afilada hoja. Hendel ya se dirigía hacia la sala, aguantando con una mano la gran maza. Menion empezó a seguirle, después titubeó, dirigiendo una mirada hacia los montones de tesoros que había junto a las tumbas. ¿Qué problema podría haber en llevarse algo? Los hombres del valle y los elfos caminaban detrás de Hendel y Balinor. Allanon se quedó observando al montañés, con los brazos cruzados bajo su capa negra. Menion se volvió para mirar interrogativamente al místico.

-Yo no lo haría en tu lugar -le contestó a la pregunta que no había formulado-. Todo está cubierto por una sustancia venenosa para la piel de los seres vivos. Si la tocas, morirás en menos de un minuto.

Menion lo miró con incredulidad durante un momento, volvió a lanzar una ojeada rápida al tesoro, después movió la cabeza con resignación. Había recorrido la mitad de la cámara cuando, por una súbita inspiración, sacó dos largas flechas negras y caminó hasta un arcón abierto lleno de piezas de oro. Con cuidado frotó con las puntas de hierro el metal precioso, asegurándose de que sus manos no tocaban nada excepto los extremos de las flechas. Sonriendo con perversa satisfacción, se reunió con los otros. Cualquier cosa que aguardase tras las puertas de piedra iba a tener la oportunidad de probar su resistencia a este veneno que teóricamente debía matar a cualquier ser vivo. Todos se reunieron en apretado círculo alrededor de Allanon, con sus armas metálicas brillando con frialdad. La amplia habitación fue invadida por una gran quietud, únicamente alterada por la respiración de los ocho humanos apiñados junto a las puertas cerradas. Shea volvió a mirar durante un momento hacia la Morada de los Reyes. La cripta parecía inalterada salvo por un rastro irregular de pisadas sobre el polvo. Una nube de ese polvo, producida por las pisadas de los intrusos, flotaba formando remolinos bajo la luz verdosa pero se volvía a depositar lentamente sobre el suelo de la antigua cueva. Con el tiempo, todos los signos de su paso quedarían borrados y las huellas totalmente cubiertas.

Tras un toque de Allanon, los portales de piedra se abrieron y la expedición se adentró en la Asamblea. Se hallaron en una plataforma alta que conducía a una gran glorieta y después descendía en una serie de escaleras. La cueva del otro lado era enorme, una gruta ancha y alta que exhibía todo el esplendor inalterado creado por las manos cuidadosas de la naturaleza. Del alto techo colgaban afiladas estalactitas, carámbanos de piedra formados por el agua y los minerales depositados durante miles de años. Bajo estas lanzas esculpidas había un gran estanque rectangular de oscuras aguas verdes, cuya superficie era lisa y vidriosa. Cuando caía una simple gota de agua de algún saliente de piedra, la plácida superficie formaba pequeñas ondas que se abrían y, tras esto, volvía a quedarse en calma. Los cautelosos humanos avanzaron hacia el borde de la plataforma y posaron su mirada sobre el altar de piedra situado al pie de las escaleras que había ante el estanque. Su antigua superficie estaba desgastada y llena de hoyos y, en algunos lugares, descantillada. La gruta estaba iluminada débilmente por rayos de fosforescencia que recorrían las paredes rocosas, produciendo un resplandor misterioso y fluorescente en la antigua cámara.

Avanzaron lentamente hacia la escalera, con los ojos puestos en una palabra grabada en la superficie de piedra del altar. Pocos conocían su significado. *Valg,* una palabra de la antigua lengua de los gnomos. Significaba muerte. Las pisadas producían ecos amortiguados por toda la enorme cueva. Nada se movía. Todo estaba sumergido en la antigüedad y el silencio. Al llegar al pie de la larga escalera, dudaron durante un segundo; después, sus ojos se fijaron en el silencioso estanque. Allanon avisó a Hendel con gesto impaciente, y a sus compañeros, para que se desviasen a la derecha; luego, seguido de Menion y Balinor, se dirigió hacia el camino de la izquierda. Ahora un paso en falso resultaría fatal. Desde el otro lado del estanque, Shea observó las tres figuras que caminaban en silencio junto a la rugosa pared de piedra, manteniéndose apartadas del lado abierto del camino. No había ningún movimiento en las plácidas aguas. Ya habían recorrido casi la mitad del camino y Shea respiró por primera vez.

Entonces la superficie tranquila del estanque oscuro se elevó y, de sus profundidades, emergió algo monstruoso con aspecto de serpiente. El repugnante engendro pareció llenar la cueva, su cuerpo cubierto de cieno se estiró hacia el techo, rompiendo las antiguas estalactitas. Su grito de furia resonó en toda la sala. El enorme cuerpo se estiraba y se contraía mientras emergía de las aguas. Unas largas patas delanteras acabadas en garras afiladas daban zarpazos al aire, y las grandes mandíbulas entrechocaban haciendo que los oscuros y afilados dientes que se alineaban en sus bordes rechinaran. Los grandes ojos fijos lanzaban llamas rojas entre una serie de protuberancias y pequeños cuernos que cubrían la informe cabeza. Toda la criatura estaba cubierta por piel de reptil, chorreaba espuma y suciedad que debían de haber sido extraídas de los oscuros fosos del mundo subterráneo. Su boca rezumaba veneno que caía al agua y se elevaba como ligeros retazos de vapor. El monstruo miró a los tres hombres que estaban en el camino y lanzó un aullido de odio. Con las mandíbulas abiertas, emitió un grito asesino y atacó.

Todos reaccionaron en el acto. El gran arco de fresno de Menion Leah sonó sin interrupción mientras las flechas envenenadas volaban con precisión mortal, enterrándose profundamente en la carne desprotegida de la boca abismal de la serpiente. La criatura retrocedió ante el acoso y, en ese momento, Balinor asumió la iniciativa. Acercándose al borde del camino, el gigantesco guerrero atacó con todas sus fuerzas el brazo más próximo del monstruo. Pero, para su sorpresa, la enorme espada apenas arañó la piel escamosa, rebotando en la gruesa capa de cieno. El segundo brazo se movió rápidamente contra el atacante, fallando por centímetros al saltar su objetivo hacia un lado. En el camino de enfrente, Hendel se precipitó por el paso abierto hacia el otro extremo del estanque, empujando ante él a los valenses y a los elfos. Pero uno de ellos accionó por azar un oculto mecanismo, y una gruesa plancha de piedra bloqueó la salida, cerrando la ruta de escape. Desesperado, Hendel se abalanzó con su robusto cuerpo contra la barricada de piedra, pero ésta rehusó moverse.

La serpiente se alertó ante el ruido de la piedra al caer. Abandonó su lucha contra Balinor y Menion y avanzó furiosamente hacia aquellos adversarios menos peligrosos. Habría sido su final sin las rápidas reacciones del diestro enano. Olvidando la plancha de piedra y descuidando su propia seguridad, Hendel acometió contra el enorme monstruo cayendo sobre él y golpeando con su pesada maza de hierro uno de sus llameantes ojos. El arma le dio con tal fuerza que destrozó el globo ardiente. La serpiente retrocedió con un dolor agudo, chocando contra las puntiagudas estalactitas mientras se tambaleaba de un lado a otro. Por toda la cámara caían los fragmentos de rocas. Flick fue derribado al recibir un fuerte golpe en la cabeza. Al borde del estanque, Hendel estaba semienterrado bajo un montón de piedras desprendidas y yacía inmóvil. Los otros tres se aplastaron contra la entrada bloqueada mientras el enorme atacante se arrojaba hacia ellos.

Al fin, Allanon se unió a la desequilibrada batalla. Alzando ambos brazos, extendió sus delgadas manos y sus dedos parecieron convertirse en esferas resplandecientes. De sus puntas salieron ráfagas de llamas azules proyectadas hacia la cabeza de la horrible criatura. La fuerza de este nuevo ataque aturdió a la desprevenida serpiente, que se revolvió con enorme violencia sobre el agua hirviente del estanque, aullando de dolor y furia. Moviéndose con rapidez hacia el principio del camino, el druida atacó por segunda vez, las llamas azules volvieron a incidir sobre la cabeza haciendo que la bestia la girase por completo. Esta segunda acometida hizo que el gran cuerpo escamoso retrocediese hacia la pared de la gruta, donde al agitarse con incontenible frenesí, derribó la plancha de piedra que bloqueaba la salida. Shea y los hermanos elfos lograron arrastrar al inconsciente Flick justo a tiempo de evitar ser aplastados por el enorme peso. Oyeron caer la plancha de piedra con gran estruendo y, tras mirar lo que había al otro lado, gritaron para atraer a los demás luchadores. Balinor había atacado otra vez al contorsionante monstruo cuando lo tuvo de nuevo cerca, golpeándolo sin resultado en la cabeza, todavía aturdida por la fuerza de los rayos de Allanon. Éste tenía los ojos fijos en la serpiente y sólo Menion vio que los otros les estaban llamando y haciendo señas para que se dirigiesen hacia la abertura. Dayel y Shea recogieron a Flick y lo llevaron hacia el túnel que había después. Durin se disponía a seguirlos, pero luego dudó al ver a Hendel enterrado bajo las piedras. Dando la vuelta, se acercó al borde del estanque, agarró el brazo del enano y tiró de él sin lograr sacarlo de los escombros.

-¡Vete! -rugió Allanon al descubrir al elfo rezagado. Aprovechando este momento de distracción, la serpiente contraatacó. Con un poderoso movimiento del brazo echó a un lado a Balinor, haciéndole chocar violentamente contra el muro de la cámara. Menion Leah se colocó de un salto frente al monstruo, pero la repentina embestida arrolló al príncipe apartándolo de su camino. A pesar del dolor de sus múltiples heridas, la serpiente mantenía su propósito de llegar hasta la alta figura negra y acabar con ella. Aún tenía otra arma en su arsenal, y ahora era el momento de usarla. Sus mandíbulas cargadas de veneno se abrieron ante su futura víctima, que se hallaba sola y desprotegida, y lanzó sobre ella una serie de llamaradas que la envolvieron totalmente. Durin permanecía en un lugar desde donde podía ver todo lo que ocurría al otro lado. Dejó escapar un grito de consternación. Shea y Dayel, en la entrada del túnel que partía de la Asamblea, observaron horrorizados cómo las llamas rodeaban al místico. Pero un segundo después, el fuego se extinguió y Allanon se mostró intacto ante los perplejos espectadores. Sus manos se alzaron y concentró con nueva intensidad los rayos de llamas azules sobre la cabeza de la serpiente, haciéndola retroceder otra vez. De las turbulentas aguas del estanque se alzaron grandes nubes de vapor que se mezclaron con la espesa neblina de polvo y humo levantada durante la batalla, hasta que todo se oscureció.

Entonces Balinor apareció junto a Durin, destacándose de la neblina, con la capa desgarrada, la brillante cota de malla rota y agujereada, el rostro manchado por el sudor y la sangre. Juntos lograron sacar a Hendel de las rocas. Con su fuerte brazo, el príncipe de Callahorn colocó el cuerpo sobre su hombro e indicó a Durin que le precediera hasta donde Dayel y Shea esperaban con el inconsciente Flick. El gigantesco hombre de la frontera les ordenó que recogiesen del suelo al valense y, sin esperar a comprobar que le obedecían, desapareció por el oscuro pasillo, con Hendel sobre un hombro y la gran espada en la mano libre. Los hermanos elfos hicieron rápidamente lo que dijo, pero Shea se demoró, intentando localizar a Menion. La Asamblea quedó convertida en un caos, con largas hileras de estalactitas destrozadas, los caminos cubiertos de escombros y las paredes agrietadas, todo oscurecido por el polvo y el vapor del estanque que hervía. A un lado de la gruta, la figura enorme de la serpiente aún era visible, retorciéndose en su agonía contra la pared rota, una masa cubierta de escamas y sangre que se contorsionaba. No podía

distinguirse a Menion ni Allanon. Pero un momento más tarde surgieron de la espesa bruma, Menion cojeando ligeramente, pero asiendo aún su arco de fresno y la espada de Leah, Allanon harapiento y cubierto de polvo y ceniza. Sin hablar, el druida hizo un signo con la mano al valense y los tres atravesaron, inseguros, la abertura parcialmente bloqueada.

Lo que ocurrió después fue un recuerdo vago en la mente de todos. Aturdido, el maltrecho grupo se apresuró a lo largo del túnel, cargando a los dos heridos inconscientes. El tiempo se alargaba de forma interminable, hasta que de repente se encontraron en el exterior, deslumbrados por la brillante luz del sol de la tarde, parados al borde de un peligroso precipicio. A su derecha, la Cresta del Dragón mostraba un camino que descendía hacia el paisaje montañoso y abierto. De repente, toda la montaña empezó a retumbar amenazadoramente, vibrando bajo sus pies. Allanon ordenó que siguiesen el estrecho camino. Balinor tomó el primer puesto, llevando aún el cuerpo de Hendel, con Menion Leah un par de pasos atrás. Durin y Dayel le siguieron, cargando a Flick. Detrás iba Shea y por último Allanon. El lóbrego retumbar continuó, procedente de algún punto del interior de la montaña. Lentamente, el pequeño grupo avanzó por el sendero estrecho. El camino serpenteaba irregularmente entre salientes serrados y repentinas cascadas. A veces, los hombres se veían obligados a pegarse a la pared del risco para no perder el equilibrio y caer sobre las rocas situadas centenares de metros más abajo. A la Cresta del Dragón le iba bien su nombre. Las continuas curvas y vueltas del camino requerían habilidad y precaución para lograr pasarlas con éxito, y los temblores reiterados hacían la tarea doblemente peligrosa.

Habían recorrido sólo una corta distancia del difícil camino, cuando llegó hasta ellos un profundo bramido que se impuso al retumbar de la montaña. Shea, que cerraba la fila con Allanon, no logró identificar el origen del alarido. Al rodear un agudo corte rocoso, que le condujo a un saliente encarado al norte, descubrió una enorme cascada. Grandes cantidades de agua caían rugiendo ensordecedoramente sobre un gran río que estaba cientos de metros más abajo y se deslizaba entre las montañas, fluyendo en una serie de rápidos hacia el este, hacia las llanuras de Rabb. El brioso río corría bajo el reborde sobre el que se hallaba Shea; sus aguas blancas se agitaban y chocaban contra las paredes de los dos picos que lo contenían. Shea lo observó durante unos instantes, después reemprendió la marcha obedeciendo una orden de Allanon. El resto del grupo le había adelantado un buen tramo y pronto desapareció entre las rocas.

Había recorrido unos treinta metros desde el reborde, cuando de repente oyó un repentino temblor, más violento que los anteriores, que sacudió toda la montaña hasta su base. Sin ninguna señal de advertencia, la parte del camino sobre la que se hallaba Shea se agrietó y se desprendió, arrastrando con ella, ladera abajo, al indefenso valense. Gritó espantado, luchando por detener su caída al ver que se deslizaba hacia un precipicio que descendía verticalmente sobre el violento río. Allanon se precipitó hacia él mientras resbalaba envuelto en una nube de polvo y rocas.

-¡Agárrate a algo! -rugió el druida-. ¡Cógete!

Shea intentaba en vano asirse a alguna cosa, arañando la abrupta superficie de la montaña, hasta que al final, justo antes de despeñarse, logró agarrarse a una roca saliente. Se quedó pegado a la pared casi vertical, sin atreverse a intentar impulsarse hacia arriba, con sus brazos a punto de ceder.

-¡Aguanta, Shea! -le animó Allanon-. Tiraré una cuerda. ¡No te muevas ni un centímetro!

Allanon llamó a los otros, pero si éstos llegaron en su ayuda, Shea no lo supo nunca. Mientras el druida pedía auxilio, un segundo temblor agitó la montaña haciendo que el

desafortunado valense se soltase de su precario sostén, resbalando directamente hacia el abismo sin posibilidad de salvación. Sus brazos y sus piernas se agitaban en el aire frenéticamente mientras caía de cabeza hacia las rápidas aguas del río. Allanon contempló con impotencia cómo chocaba violentamente contra la superficie del agua y era arrastrado hacia las llanuras del este, agitándose y girando en las turbulentas aguas como un pequeño corcho hasta perderse de vista.

XV

Flick Ohmsford estaba silencioso al pie de los Dientes del Dragón, mirando a lo lejos. Los debilitados rayos de sol del final de la tarde iluminaban su cuerpo rechoncho, proyectando su sombra sobre las frías rocas de la gigantesca montaña que tenía a sus espaldas. Escuchó durante un momento los sonidos de su alrededor, las voces apagadas de alguien del grupo a su izquierda, el griterío de los pájaros en el bosque cercano. Dentro de su cabeza, durante un instante, pudo escuchar la voz decidida de Shea, y recordó la valentía de su hermano al afrontar los innumerables peligros que habían encontrado juntos. Ahora Shea se había ido, probablemente estaría muerto, arrastrado por un río desconocido hacia las llanuras que se encontraban al otro lado de las montañas que tanto les había costado cruzar. Se acarició la cabeza, notando el chichón y el dolor amortiguado del golpe contra las rocas que le había dejado sin sentido, impidiéndole ayudar a su hermano en el momento en que lo necesitaba. Habían estado preparados para afrontar la muerte a manos de los Portadores de las Calaveras, dispuestos a morir bajo las espadas de los gnomos e incluso a sucumbir ante los horrores de la Morada de los Reyes. Pero que todo hubiese terminado por una mala jugada de la naturaleza en el estrecho reborde de un risco, cuando ya estaban a punto de salvarse, era demasiado difícil de aceptar. Flick se sentía tan profundamente herido en su interior que deseaba gritar su amargura. Pero ni aun ahora podía hacerlo. No era capaz de experimentar rabia, únicamente un sentimiento de desolación.

Menion Leah, por el contrario, paseaba de un lado a otro a cierta distancia del valense, con furiosa congoja; su delgada figura se encogía como si un gran dolor le atenazara. Sus pensamientos estaban inflamados por la ira, ese tipo de rabia inútil que muestra un animal enjaulado cuando ha perdido la esperanza de escapar, y sólo le queda su orgullo y su odio contra lo sucedido. Sabía que no hubiera podido ayudar a Shea de ninguna forma. Pero eso apenas aliviaba su sentimiento de culpa por no haber estado allí cuando el reborde cedió y el muchacho cayó hacia las revueltas aguas de los rápidos. Podría haber intentado algo para evitarlo si no hubiese dejado solo a Shea con el druida. No obstante, sabía que no era imputable a Allanon. Éste había hecho todo lo posible por salvar a Shea. Menion se movía con nerviosas zancadas, clavando en el suelo los finos tacones de sus botas. Se negaba a admitir que la búsqueda hubiese terminado, que tuvieran que aceptar la derrota cuando la Espada de Shannara estaba a un paso. Se detuvo y reflexionó un momento sobre el objetivo de la aventura. Ya no tenía ningún sentido para el hombre de las tierras altas. Aunque hubieran conseguido la Espada, ¿qué podía hacer un hombre, casi un niño, contra el poder de una criatura como el Señor de los Brujos? Ahora ya nunca lo sabrían, porque lo más probable era que Shea estuviese muerto; y si no muerto, perdido. Ya nada parecía tener sentido, y Menion Leah comprendió de repente cuánto significaba para él aquella amistad en apariencia superficial. Nunca había hablado de ello, nunca lo había reconocido abiertamente; pero no importaba, era algo muy preciado para él. Menion se mordió los labios con rabia impotente y continuó paseando.

El resto del grupo estaba reunido al pie de la Cresta del Dragón, que terminaba sólo unos metros detrás de ellos. Durin y Dayel hablaban entre sí en voz baja, sus finos rasgos élficos estaban arrugados por la preocupación; sus ojos, bajos, mirándose entre sí sólo ocasionalmente. Cerca de ellos, apoyado contra un arbusto, estaba la robusta figura de Hendel, siempre reservado, ahora taciturno e inaccesible. Tenía vendados los hombros y piernas, el rostro arañado y magullado tras la lucha con la serpiente. Durante unos instantes

recordó su hogar, la familia que le aguardaba, y deseó ver el verde de Culhaven una vez más antes del fin. Sabía que sin la Espada de Shannara y sin Shea para empuñarla, su tierra sería invadida por los ejércitos del Norte. Hendel no era el único que pensaba en esto. También Balinor lo hacía con los ojos puestos en el gigante solitario que estaba de pie inmóvil entre un grupo de árboles a cierta distancia de los demás. Él sabía que ahora se enfrentaban a una alternativa frustrante: renunciar al objetivo del viaje y volver para intentar llegar a casa y quizás encontrar a Shea, o continuar hacia Paranor y rescatar la Espada de Shannara sin el valioso valense. Era una elección difícil y ninguna de las dos posibilidades resultaba grata. Recordó con tristeza durante unos instantes la amarga discusión que había tenido con su hermano. También debería tomar una decisión al volver a Tyrsis, y tampoco sería agradable. No había hablado con los otros sobre esto, y en ese momento, sus problemas personales tenían una importancia secundaria.

De repente, el druida se volvió y se encaminó hacia ellos, evidentemente con una decisión en su cabeza. Observaron cómo se acercaba, con su capa negra aleteando suavemente al caminar; su rostro sombrío y feroz revelaba firmeza incluso en este momento de amarga derrota. Menion cesó en su paseo, su corazón empezó a latir más deprisa mientras aguardaba el enfrentamiento que había de producirse entre ambos, porque el hombre de las tierras altas tenía su propio plan de acción y sospechaba que no iba a coincidir con el de Allanon. Flick percibió un indicio de terror en el rostro del príncipe de Leah, pero también vio el extraño valor de un hombre que intentaba darse ánimos. Todos se levantaron vacilantes y se acercaron a la figura oscura, apartando de improviso el cansancio y el desaliento de sus mentes con la feroz determinación de no admitir la derrota. No sabían lo que Allanon iba a ordenarles, pero sí que habían llegado muy lejos y sacrificado mucho para renunciar ahora.

Se detuvo ante ellos con ojos profundos ardiendo por unos sentimientos contradictorios, su rostro sombrío como un muro de granito, consumido y arrugado. Cuando habló, sus palabras fueron frías y contundentes en medio del silencio.

-Puede que hayamos sido vencidos, pero volver significaría deshonrarnos ante nuestros ojos y ante los de aquellos que dependen de nosotros. Si tenemos que ser derrotados por el maligno de la Tierra del Norte, por seres procedentes del mundo espectral, debemos ir a afrontarlos. No podemos dar la vuelta y esperar que algún milagro casual se interponga entre nosotros y lo que seguramente ya estará avanzando para someternos y destruirnos. ¡Si la muerte llega, debe encontrarnos con las armas preparadas y la Espada de Shannara en nuestras manos!

Pronunció con énfasis esta última frase, con tan fría determinación que incluso Balinor sintió un leve escalofrío recorriendo su cuerpo. Todos permanecieron en silencio admirando la fuerza irreductible del druida, y sintieron un repentino orgullo de estar a su lado, de formar parte del grupo que él había escogido para aquella peligrosa y difícil odisea.

-¿Qué pasa con Shea? -preguntó Menion de repente, quizá con demasiada brusquedad, mientras los ojos penetrantes del druida se volvían hacia él-. ¿No era la razón principal de esta expedición?

Allanon movió lentamente la cabeza de un lado a otro, reflexionando una vez más sobre el destino del valense.

-No sé más de lo que sabes tú. Fue arrastrado hacia las llanuras por ese río de montaña. Quizá vive, quizá no, pero en estos momentos no podemos hacer nada.

-¡Lo que tú propones es que nos olvidemos de él y vayamos en busca de la Espada, de un pedazo de metal inútil si no lo empuña la persona destinada a ello! -gritó Menion

enfurecido, mostrando al fin toda su frustración contenida-. Pues yo no continuaré hasta que sepa qué le ha sucedido a Shea; aunque eso signifique renunciar a nuestro objetivo, debo encontrarlo. ¡No abandonaré a mi amigo!

-Mírate un instante -le aconsejó el místico con voz reposada y burlona-. No seas estúpido. No tiene ningún sentido que me culpes por la pérdida de Shea, porque yo más que nadie desearía que no hubiera sufrido ningún daño. Lo que dices no es razonable.

-¡Basta de palabras sensatas, druida! -estalló Menion, dando un paso al frente sin pensar en lo que podría ocurrir después, enardecido hasta el límite por la aceptación pasiva del vagabundo ante la pérdida del valense-. Te hemos seguido durante semanas, atravesando cientos de regiones y peligros, sin cuestionar ni una sola vez lo que ordenabas. Pero esto ya es demasiado para mí. ¡Soy el príncipe de Leah, no un pordiosero que hace lo que se le dice sin preguntar, sin preocuparse nada más que por él mismo! Mi amistad con Shea no tiene nada que ver contigo; para mí es mucho más importante que cien Espadas de Shannara. ¡Ahora apártate! ¡Seguiré mi propio camino!

-¡Estúpido! Hablando así no pareces un príncipe, sino un payaso -replicó Allanon furiosamente, con el rostro tenso por la ira, conteniendo sus puños cerrados. Los otros palidecieron mientras los dos oponentes se atacaban verbalmente con rabia desenfrenada. Después, al ver que la pelea física estaba a punto de desencadenarse, se interpusieron entre ellos, hablando con precipitación, intentando calmarlos con razonamientos, temerosos de que una división entre ellos en ese momento significase el fin de toda posibilidad de éxito. Sólo Flick permaneció inmóvil, aun pensando en su hermano, enojado por la impotencia que sentía al ser incapaz de hacer algo excepto sentirse impotente. En cuanto Menion empezó a hablar, supo que expresaría también sus propios pensamientos, y que no saldría de allí sin saber qué le había ocurrido a Shea. Pero siempre parecía que Allanon sabía mucho más que ellos, que sus decisiones eran siempre las correctas. No obedecer las palabras del druida parecía un error. Reflexionó durante un minuto, intentando imaginar que haría Shea en una situación semejante, qué podía sugerir a los otros. Entonces, casi sin darse cuenta, le llegó la idea.

-Allanon, hay una solución -declaró bruscamente, gritando para ser oído en el alboroto. Todos se volvieron a mirarlo al mismo tiempo, sorprendidos por la expresión decidida de su rostro. Allanon asintió para indicar que escuchaba-. Tienes poder para hablar a los muertos. Te vimos hacerlo en el valle. ¿No puedes saber si Shea está vivo? Tu poder es lo bastante grande para encontrar a los vivos puesto que eres capaz de despertar a los muertos. ¿No puedes decirnos dónde está?

Todos se giraron hacia el druida, esperando su reacción. Allanon suspiró profundamente y bajó la mirada, su rabia contra Menion se diluyó mientras reflexionaba sobre la pregunta del valense.

-Puedo hacerlo -respondió ante la sorpresa de todos y el alivio general-, pero no lo haré. Si uso mi poder para averiguar dónde está Shea, y si está vivo o muerto, probablemente revelaré nuestra presencia al Señor de los Brujos y a los Portadores de la Calavera, que nos esperarían en Paranor.

-Si es que vamos a Paranor -le cortó Menion secamente, haciendo que Allanon se volviera hacia él enfurecido, con la antigua ira reavivada. De nuevo, todos se lanzaron a calmarlos.

-¡Basta, basta! -gritó Flick furioso-. Esto no ayudará a nadie y menos a Shea. Allanon, no he preguntado nada en todo el viaje. No tengo derecho a preguntar; vine porque quise. Pero ahora sí tengo derecho porque Shea es mi hermano, quizá no por la

sangre o la raza, sino por lazos mucho más fuertes. Si no usas tus poderes para averiguar dónde está y qué le ha ocurrido, me iré con Menion y no me rendiré hasta encontrarlo.

-Tiene razón, Allanon. -Balinor asintió lentamente, apoyando una de sus grandes manos sobre un hombro del pequeño valense-. Cualquiera que sea nuestra situación, ellos tienen derecho a saber si existe alguna posibilidad para Shea. Sé lo que significaría que nos descubriesen, pero creo que debemos correr el riesgo.

Durin y Dayel asintieron también con energía manifestando su acuerdo. El druida desvió la mirada hacia Hendel para saber su opinión, pero el taciturno enano no hizo ningún movimiento, limitándose a fijar sus ojos en los del otro. Allanon los miró otra vez uno a uno, quizá estimando sus verdaderos sentimientos mientras pensaba en los riesgos, reflexionado si la Espada merecía la pérdida de dos miembros de la expedición. Miró absorto hacia el sol que se ocultaba mientras el crepúsculo del atardecer iba cubriendo las montañas con lentas oleadas de oscuridad que se mezclaban con el rojo y el púrpura del día que terminaba. Había sido un viaje largo y duro, y no habían logrado nada, excepto perder al hombre por quien se había realizado el viaje. Parecía absurdo, y podía entender el rechazo de los demás a seguir en ese momento. Asintió para sí, después volvió a mirarlos y vio que sus ojos se iluminaban de repente en la creencia de que su mirada expresaba asentimiento a la petición de Flick. Sin la más leve sonrisa, el alto vagabundo movió la cabeza de un lado a otro.

-La decisión es vuestra. Haré lo que me pedís. Quedaos atrás y no me habléis ni os acerquéis hasta que os lo diga.

Retrocedieron mientras él se quedaba en silencio en el mismo lugar, inclinada la cabeza en un ejercicio de concentración, agarrándose sus grandes brazos con las manos bajo la negra capa. Sólo los sonidos distantes de la tarde eran audibles en la penumbra. Entonces el druida se tensó y su cuerpo se cubrió de un resplandor blanco, una aura cegadora de luz, que hizo que los otros se protegiesen los ojos. En un momento el resplandor lo llenó todo, haciendo desaparecer la oscura figura de Allanon; e inmediatamente después, tras un destello brillante, desapareció la luminosidad. Allanon estaba de pie en el mismo sitio, inmóvil en la oscuridad; después, se dejó caer lentamente al suelo, con una mano fuertemente apoyada en la frente. Los otros dudaron durante un momento, y desobedecieron su orden precipitándose hacia él, temiendo que le hubiese sucedido algo. Allanon les dirigió una mirada de reproche, enojado por la desobediencia. Pero al ver la preocupación en los rostros inclinados, su expresión reflejó incredulidad y luego un repentino agradecimiento. Se conmovió profundamente, un extraño calor recorrió su cuerpo al darse cuenta de la lealtad que los seis humanos de distintas razas, distintas tierras, distintas vidas, sentían hacia él, incluso después de lo que había ocurrido. Por primera vez desde la pérdida de Shea, Allanon experimentó una sensación de alivio. Se incorporó tambaleante, apoyándose ligeramente sobre el fuerte brazo de Balinor, aún debilitado por la gran tensión que acababa de sufrir. Permaneció inmóvil durante unos segundos y después sonrió.

-Vuestro joven amigo sigue vivo, aunque es un milagro que no puedo explicar. He localizado su fuerza vital al otro lado de estas montañas, probablemente en algún lugar cerca del río que lo llevó a las llanuras del este. Hay otros con él, pero no puedo determinar cuáles son sus intenciones sin una exploración mental intensa. Eso podría revelar aún más nuestra posición y me debilitaría hasta el punto de dejarme totalmente inútil.

-¿Pero está vivo? ¿Estás seguro? -preguntó Flick con impaciencia.

Allanon asintió. El grupo entero empezó a sonreír aliviado. Menion dio una palmada cariñosa en la espalda del exaltado Flick mientras saltaba y bailaba.

-Entonces el problema está resuelto -dijo con júbilo el príncipe de Leah-. Tenemos que volver a los Dientes del Dragón y encontrarlo, luego continuaremos el viaje a Paranor y conseguiremos la Espada.

La sonrisa desapareció bruscamente de su rostro para ser reemplazada por la irritación al ver a Allanon negando con la cabeza. Los demás se miraron atónitos, seguros de que eso era precisamente lo que el propio druida habría sugerido.

-Shea está en manos de una patrulla de gnomos -declaró el místico-. Lo llevan hacia el norte, probablemente a Paranor. No podremos llegar hasta él sin atravesar los pasos vigilados de los Dientes del Dragón y buscarlo por esas llanuras plagadas de gnomos. Eso nos entretendría varios días, y nuestra presencia sería advertida de inmediato.

-No hay ninguna garantía de que no nos hayan localizado ya -gritó Menion enfurecido-. Tú mismo lo dijiste. ¿Qué le pasará a Shea si cae en manos del Señor de los Brujos? ¿De qué nos servirá la Espada sin el que ha de esgrimirla?

-No podemos abandonarlo -imploró Flick, adelantándose un paso.

Los otros no dijeron nada; permanecieron en silencio esperando la explicación de Allanon. La oscuridad había envuelto a la región montañosa, y apenas podían verse las caras en aquella penumbra. La luna estaba oculta por los monstruosos picos que se elevaban ante ellos.

-Habéis olvidado la profecía -les amonestó pacientemente-. La última parte decía que uno de nosotros no vería el otro lado de los Dientes del Dragón, pero que sería el primero en poner las manos sobre la Espada de Shannara. Ahora sabemos que ése es Shea. Además, la profecía dijo que aquellos que llegaran al otro lado de las montañas verían la Espada antes de que pasasen dos noches. Parece que el destino nos conducirá a todos juntos.

-Eso está muy bien para ti, pero a mí no me sirve -declaró Menion de forma tajante, mientras Flick asentía de acuerdo con él-. ¿Cómo podemos fiarnos de una absurda promesa hecha por un fantasma? ¡Nos estás pidiendo que arriesguemos la vida de Shea!

Durante un momento pareció que la cólera iba a invadir a Allanon que luchaba por controlarse; después, miró serenamente a los dos jóvenes y movió la cabeza demostrando su desacuerdo.

-¿No habéis creído en una leyenda desde el principio? -les preguntó con tranquilidad-. ¿No habéis encontrado evidencias de que el mundo espectral está arraigado en vuestro mundo de carne y hueso, tierra y roca? ¿No hemos estado desde el principio luchando con seres nacidos en esa otra existencia, seres que poseen poderes que nada tienen que ver con los mortales? Habéis sido testigos de la energía de las piedras élficas. ¿Por qué ahora volvéis la espalda a todo eso, para escuchar lo que os dice vuestro sentido común, un proceso de razonamiento que se basa en hechos y estímulos acumulados en este mundo, en vuestro mundo material, imposibles de extrapolar a una existencia donde vuestros conocimientos más fundamentales no tienen ningún sentido?

Todos le miraron sin decir una palabra, comprendiendo que tenía razón, pero reacios a abandonar el plan de buscar a Shea. El viaje había estado asentado sobre leyendas y sueños, no sobre el sentido común, y decidir de repente que era el momento de volverse prácticos parecía ridículo. Flick había renunciado a su pragmatismo desde el primer día que escapó aterrado de Val Sombrío.

-Yo no me preocuparía, amigos míos -continuó suavemente Allanon, y fue apoyando su delgada mano en los hombros de cada uno de sus seguidores, confortándolos de forma extraña-. Shea aún lleva las piedras élficas, y su poder le proporcionará protección. También pueden guiarle hacia la Espada, ya que están en armonía con ella. Con suerte,

volveremos a verlo cuando encontremos la Espada en Paranor. Ahora todos los caminos conducen a la Fortaleza de los Druidas, y debemos estar seguros de nuestra presencia allí para prestar a Shea cualquier ayuda que pueda necesitar.

Los otros miembros de la expedición habían recogido sus armas y los pequeños morrales, y se hallaban dispuestos para partir. Sus siluetas parecían sombras bajo la débil luz de las estrellas, finamente perfiladas a lápiz en la negrura de la montaña. Flick miró hacia el norte, al oscuro bosque que cubría la región baja del otro lado de los Dientes del Dragón. En el centro, se alzaban como un obelisco las rocas de Paranor; y allí, en la cima, la Fortaleza de los Druidas y la Espada de Shannara. El final de la búsqueda. Flick contempló en silencio unos instantes el solitario pináculo, después se volvió hacia Menion. El hombre de las tierras altas asintió de mala gana.

-Iremos contigo. -La voz de Flick fue un susurro.

Las aguas revueltas del presuroso río salpicaban con fuerza las paredes del canal de la montaña, batiéndolas violentamente en su camino hacia el este, arrastrando consigo escombros sueltos y trozos de madera caídos. Se precipitaban por las montañas en rápidos caudalosos que se agitaban ferozmente contra la superficie lisa de las rocas; de repente giraban, serpenteando con lentitud hacia el sosiego de los ríos tranquilos que se bifurcaban en las escarpadas tierras bajas sobre las llanuras de Rabb. En uno de estos pequeños tranquilos afluentes, el hombre, todavía atado al tronco astillado con su cinturón de cuero, fue depositado al fin sobre una orilla cenagosa, inconsciente y casi ahogado. Sus ropas estaban hechas jirones y había perdido las botas de cuero. Su rostro aparecía ceniciento y manchado de sangre procedente de las magulladuras producidas al ser arrastrado por los rápidos hasta aquel lugar. Se despertó, dándose cuenta de que al fin había llegado a tierra. Se desató del tronco y gateó con esfuerzo sobre la orilla hacia la tupida hierba de una suave colina. Con un acto reflejo, sus manos magulladas palparon la pequeña bolsa de cuero atada a su cintura, descubriendo con alivio que seguía allí. Inmediatamente después, sus últimas fuerzas se agotaron y cayó en un sueño profundo y apacible.

Durmió hasta el atardecer, sumido en el calor y la tranquilidad del día, hasta que la hierba fresca agitada por una suave brisa empezó a rozar su cara. Había algo más, algo que de repente previno a su mente ya descansada de que estaba en peligro. Pero apenas pudo levantar su cuerpo exhausto mientras un grupo de diez o doce figuras aparecía en la cima de la colina en que él estaba. Se detuvieron al verlo, dando muestras de asombro, y después se precipitaron colina abajo hacia él. En vez de examinar con cuidado su maltrecho cuerpo, volvieron a tenderlo, y le ataron los brazos a la espalda fuertemente, con correas de cuero que lastimaron su piel desnuda. También le ataron los pies. Cuando lo volvieron hacia arriba, pudo ver a sus agresores. Sus peores sospechas se confirmaron de inmediato. Los cuerpos amarillentos y deformes, vestidos con ropas de montaña y armados con espadas cortas, eran fácilmente reconocibles tras la descripción de Menion del incidente que había tenido lugar pocos días antes en el paso de Jade. Miró aterrado a los ojos penetrantes de los gnomos que contemplaban con asombro sus rasgos entre élficos y humanos y los restos de su particular atuendo de la Tierra del Sur. Al fin, el jefe se agachó y empezó a registrarlo. Shea se resistió, pero fue abofeteado varias veces y tuvo que permanecer inmóvil mientras el gnomo le quitaba la pequeña bolsa de cuero que contenía las preciadas piedras élficas.

Los gnomos contemplaron con curiosidad las tres piedras azules que brillaban intensamente bajo la cálida luz del sol cuando fueron depositadas sobre la mano del líder. Hubo una breve discusión, que el prisionero no logró entender, sobre la utilidad y origen de aquellas piedras. Por último, decidieron llevar al prisionero y las piedras al campamento principal en Paranor, donde consultarían a autoridades superiores. Levantaron al prisionero

y, después de cortarle las correas que sujetaban sus pies, se pusieron en marcha hacia el norte, empujándole de vez en cuando si aminoraba la marcha por el cansancio. Siguieron avanzando hacia el norte bajo el sol poniente, mientras al otro lado de la barrera montañosa conocida como los Dientes del Dragón, el jefe druida de una pequeña expedición se esforzaba mentalmente en localizar a Shea Ohmsford.

Corrían las primeras horas del alba cuando la expedición, arropada por un silencioso manto de oscuridad y oculta por las sombras del espeso bosque, que impedía el paso de la luz de la luna y las estrellas, llegó al pie de los riscos de Paranor. Fue un momento que quedaría grabado para siempre en sus mentes. Los ojos expectantes de los viajeros se alzaron hacia la escarpada pared rocosa, carente de camino o reborde alguno, sobresaliendo por encima de los altos pinos y robles, que terminaban bruscamente al empezar las rocas. En su cima, había un edificio construido por el hombre: la Fortaleza de los Druidas. Era una especie de castillo, cuyos antiguos muros, formados por bloques de piedra, se elevaban en torreones acabados en punta y torres entorchadas que sobresalían en el cielo con orgulloso desafío. Indudablemente era una fortaleza construida para resistir el asalto del ejército más poderoso, el antiguo hogar de una raza ya extinguida de hombres llamados druidas. En su interior de piedra y hierro había permanecido durante años el recuerdo del triunfo de los humanos sobre las fuerzas de los espectros, el símbolo del valor y la esperanza de las razas en las épocas pasadas, olvidado a través de los años con el paso de las generaciones y la muerte de una vieja leyenda: la maravillosa Espada de Shannara.

Mientras los siete humanos observaban la Fortaleza de los Druidas, la mente de Flick retrocedía hacia los acontecimientos que habían tenido lugar desde que partieron de los Dientes del Dragón. Habían recorrido rápidamente las llanuras abiertas que los separaban de los bosques fronterizos a Paranor, alcanzando la soledad de su oscuro perímetro sin ningún incidente en pocas horas. En ese momento, Allanon les explicó de forma escueta lo que podía presentarse a continuación. Dijo que el bosque era impenetrable si no se conocía la forma de evitar los peligrosos obstáculos que el Señor de los Brujos había ideado para desalentar cualquier intento de llegar hasta la Fortaleza. Los lobos, enormes bestias grises capaces de destrozar cualquier cosa en pocos segundos, merodeaban por el bosque. Además de los lobos, rodeando la base de los riscos bajo la fortaleza, había una barrera impenetrable de espino, cubierto con un veneno para lo cual no existía cura conocida. Pero el ingenioso druida estaba preparado. Se adentraron en el oscuro bosque, sin preocuparse por elegir otro camino que no fuera el más directo, aquel que conducía en línea recta hacia la fortaleza. Allanon les aconsejó que se mantuviesen cerca de él, aunque esto no habría sido necesario. Sólo Menion se mostró ansioso por adelantarse, pero pronto se reunió con los demás ante los primeros indicios de lobos acechantes. Los animales grandes y grises atacaron pocos minutos después de que los humanos penetraran en el bosque; sus ojos inyectados en sangre refulgían en la oscuridad, sus enormes mandíbulas se abrían con odio. Pero antes que pudiesen alcanzar al asustado grupo, Allanon se puso un extraño silbato en los labios y sopló suavemente. Produjo un sonido tan agudo que no pudo ser percibido por los humanos, pero los lobos se dispersaron y huyeron aullando aterrorizados, dejando una estela de gemidos que continuaron oyéndose en la lejanía durante cierto tiempo.

Aparecieron dos veces más durante el resto de la travesía del bosque, aunque no fue posible saber si se trataba de la misma manada o de otra. Flick se inclinaba a creer que eran diferentes después de observar el efecto del extraño silbato. Siempre ante su sonido, los lobos retrocedieron aterrados, sin tocar a los viajeros. Éstos llegaron a la barrera de espino sin dificultades. Pero la erizada masa de púas venenosas parecía realmente impenetrable, incluso para Allanon. Una vez más les recordó que aquél era el hogar de los druidas, no del

Señor de los Brujos. Los condujo hacia la derecha, bordeando la barrera hasta llegar a un punto que pareció satisfacerle. Midió la distancia que lo separaba de un roble cercano, que a Flick le pareció igual que cualquier otro, y marcó un lugar en el suelo ante el obstáculo espinoso, asegurándoles que entrarían por allí. Entonces, para sorpresa de todos ellos, el siniestro místico se dirigió hacia las afiladas púas y desapareció entre los espinos, reapareciendo ileso un instante después. En voz baja, les explicó que ese lugar de la barrera era falso e inofensivo, un paso secreto hacia la fortaleza. Había otros, también indetectables por cualquier ojo humano que ignorase qué debía buscar. Y de esta forma, el grupo atravesó la barrera, descubriendo que las espinas eran realmente inofensivas, y encontrándose por fin ante los muros de Paranor.

A Flick le parecía imposible haber llegado hasta allí. El viaje había sido interminable, sin vencer nunca del todo los peligros encontrados, sólo eludiéndolos para sustituirlos por otros. Sin embargo, habían llegado. Ya sólo les restaba escalar los riscos y apoderarse de la Espada, una tarea nada fácil, pero no peor que las otras que habían afrontado y superado. Levantó la mirada hacia las almenas del castillo, examinando brevemente las antorchas espaciadas que iluminaban sus murallas, sabiendo que el enemigo estaba vigilando aquellos muros y la Espada que guardaban en su interior. Se preguntó quién era el enemigo, qué era. No los gnomos ni los trolls, sino el auténtico enemigo; la criatura que pertenecía al otro mundo, pero que había invadido éste de una forma inexplicable para someter a los humanos que lo habitaban. Se preguntó vagamente si alguna vez sabría la razón de todo lo que les había sucedido, la razón por la que ahora estaban allí, persiguiendo la legendaria Espada de Shannara, de la que nadie, salvo el místico druida, sabía nada. Sintió que había una lección que aprender en algún lugar, pero que en aquel momento se le ocultaba. Sólo deseaba terminar aquel asunto y salir vivo de allí.

Sus pensamientos se cortaron bruscamente cuando Allanon hizo una señal para que caminasen junto a los empinados muros del risco. El druida parecía buscar algo. Pocos minutos después, se detuvo ante una parte lisa de la pared, tocó algo de la roca, y una puerta se abrió revelando un pasadizo escondido. Allanon se adentró durante un momento y volvió a salir con varias antorchas apagadas, entregando una a cada miembro del grupo y dándoles instrucciones para que le siguiesen. Se encaminaron en silencio hacia el interior, deteniéndose un momento en la pequeña entrada para cerrar sin ruido la puerta de piedra tras ellos. Atisbando en la oscuridad, vieron el contorno vago de una escalera de piedra que ascendía por la roca, apenas visible bajo la débil luz de una sola antorcha encendida en la parte delantera del camino. Ascendieron con cuidado hasta esa antorcha y cada uno encendió la suya para conseguir la suficiente visibilidad para la escalada hasta el castillo. Poniéndose un dedo sobre los labios para pedir un absoluto silencio, la oscura figura del líder se volvió y empezó a subir los húmedos peldaños de piedra, haciendo ondear levemente su capa negra mientras ascendía, llenando todo el pasadizo con su sombra. Los otros le siguieron. El asalto a la Fortaleza de los Druidas había comenzado.

La escalera era una espiral continua, girando sin cesar hasta el punto de que nadie podía calcular cuánto habían subido. El aire fue calentándose poco a poco, haciéndose más fácil de respirar, y la humedad de los muros y los peldaños disminuyó hasta desaparecer totalmente. Las pesadas botas de montaña pisaban la piedra resonando en el profundo silencio de la gruta. Tras cientos de pasos y varios minutos la expedición llegó al final del túnel. Una gruesa puerta de madera reforzada con hierro e incrustada en la piedra bloqueaba el paso. Allanon demostró nuevamente que conocía bien el camino. Un simple roce en el borde y la puerta se abrió silenciosamente descubriendo una gran cámara con numerosos pasadizos que salían de ella, todos bien alumbrados por antorchas encendidas.

Una rápida ojeada sirvió para comprobar que no había nadie a la vista, de modo que Allanon se reunió de nuevo con sus hombres.

-Estamos justo debajo del castillo -explicó en un susurro apenas audible mientras los otros se apiñaban rodeándolo-. Si logramos llegar a la cámara donde se encuentra la Espada de Shannara sin ser vistos, podremos evitar la lucha.

-Hay un problema -intervino Balinor con cautela-. ¿Dónde están los guardianes?

Allanon movió la cabeza expresando que no podía responder a eso, pero los otros advirtieron la preocupación en sus ojos. Había algún inconveniente.

-El pasadizo que tomaremos conduce hacia los conductos calefactores principales y hacia una escalera trasera que llega hasta la sala central. ¡No pronunciéis palabra hasta que estemos allí, pero mantened los ojos bien abiertos!

Sin esperar respuesta alguna, se dio la vuelta y se dirigió hacia uno de los túneles abiertos, y los demás le siguieron. El pasadizo ascendía, girando tanto que casi les pareció que retrocedían. Balinor se había deshecho de su antorcha y empuñaba la espada pocos pasos detrás del líder, y tras él iba el resto de la expedición. La luz fluctuante de las antorchas, apoyadas en soportes de hierro contra la roca de la gruta, proyectaba sus encogidas sombras contra la pared de piedra, reflejando imágenes que se movían como criaturas furtivas que intentaran escapar de la luz. Avanzaron con cautela por los antiguos túneles: el druida, los dos príncipes, el hombre del valle, los hermanos elfos y el enano; todos vigilando atentamente, poseídos por la excitación contenida que se produce al final de una larga caza. Caminaban separados unos de otros, junto a los muros del pasadizo, con las armas preparadas, los ojos y los oídos atentos a cualquier señal de peligro, adentrándose en el corazón de la Fortaleza de los Druidas. Después el silencio se desvaneció lentamente, al percibirse un ruido ahogado que parecía producido por una respiración profunda. El calor se hizo más intenso. Al fondo, concluía el camino y se veía una puerta de piedra con el picaporte de hierro; sus bordes eran destacados por la luz del otro lado que se filtraba por las rendijas. El misterioso sonido aumentó y pudieron reconocerlo. Era el murmullo palpitante de una maquinaria alojada en la roca debajo de ellos, bombeando a un ritmo constante. Los miembros del grupo se aproximaron con temor a la puerta cerrada tras la orden muda de Allanon.

Cuando el gigante abrió la pesada barrera de piedra, los desprevenidos humanos quedaron sorprendidos por una ráfaga de aire caliente que penetró en sus pulmones y llegó hasta la boca del estómago. Sofocados, dudaron unos instantes antes de entrar en la sala. La puerta se cerró detrás de ellos. Al momento, supieron donde estaban. La habitación era poco más que un pasadizo circular sobre un enorme foso de unos treinta metros de profundidad excavado en la roca. En el fondo ardía una viva fogata, alimentada por alguna fuente desconocida, cuyas llamas rojas y anaranjadas ascendían en el aire hasta la superficie del foso. Éste ocupaba la mayor parte de la cámara, dejando sólo un pequeño paso con una baja barandilla de hierro de protección que rodeaba su borde interior. Del techo y las paredes salían varios conductos calefactores que transportaban el aire caliente a otras partes del edificio. Un sistema de bombeo oculto controlaba la cantidad de calor generado por el horno abierto. Como era de noche, el ritmo de bombeo había sido disminuido y la temperatura en el pasadizo aún resultaba tolerable, a pesar del intenso calor del fuego. Cuando los fuelles funcionaban al máximo, ninguna persona podía atravesar la cámara sin quemarse a los pocos segundos.

Menion, Flick y los hermanos elfos se acercaron a la barandilla para observar mejor el sistema, Hendel se quedó atrás, oprimido por la agobiante estructura de roca que tan poco tenía que ver con los bosques abiertos a los que estaba acostumbrado. Allanon se acercó a Balinor y habló con él durante un rato, mirando con inquietud hacia las distintas

puertas de la cámara y señalando una escalera de caracol que conducía a las salas superiores del castillo. Al final, los dos asintieron como si hubieran llegado a un acuerdo, e hicieron una señal a los otros para que los siguiesen. Hendel obedeció con gusto. Menion y los hermanos elfos se apartaron de la barandilla para unirse a él. Sólo Flick se demoró un segundo, extrañamente atraído por la fascinante hoguera de abajo. Aquel pequeño retraso produjo un resultado inesperado. Al levantar los ojos mirando hacia la otra parte de la cámara, vio aparecer la figura oscura de un Portador de la Calavera.

Flick se quedó paralizado en el acto. La criatura permaneció semiencogida, justo enfrente de él, al otro lado del foso; su cuerpo era una masa negra a pesar de la luz que producía el fuego, sus alas ondeaban ligeramente. Tenía las piernas corvas, los pies acabados en garras de aspecto aterrorizador que parecían capaces de rasgar hasta la propia piedra. Hundidos entre sus anchos hombros, la cabeza y la cara parecían talladas en carbón. Los perversos ojos fijos en el valense, invitándole a acercarse al resplandor rojizo que ardía en el interior, invitándole a morir. Arrastrando los pies con lentitud, la criatura empezó a aproximarse, respirando de forma silbante a cada paso, acercándose trabajosamente cada vez más al inmovilizado Flick. Éste quería gritar, salir corriendo, hacer cualquier cosa salvo quedarse allí, sin embargo aquellos extraños ojos lo mantenían inmóvil. Creyó que su fin se acercaba.

Pero los otros advirtieron su extraña actitud y, siguiendo su mirada fija en el otro lado de la cámara, descubrieron al Portador de la Calavera deslizándose en silencio por el borde del foso. En un instante, Allanon dio un salto y se colocó ante Flick, apartándolo de un empujón para romper el encantamiento de los terribles ojos de la criatura. Aturdido, Flick retrocedió tambaleándose hasta los brazos de Menion que le aguardaban, pues se había precipitado en su ayuda. Los otros se quedaron detrás del druida, con las armas preparadas. La criatura se detuvo a varios metros de Allanon, aún semiencogida, ocultando su espantoso rostro del resplandor del fuego con un ala levantada y la mano terminada en una garra. Su respiración sonaba como ronquidos lentos y regulares y sus ojos crueles se posaron en la figura alta que se había interpuesto entre ella y el muchacho.

-Druida, es absurdo que te enfrentes a mí. -La voz surgió de algún lugar en el interior del rostro informe de la criatura-. Habéis sido vencidos. Lo fuisteis desde el momento en que decidisteis venir a buscar la Espada. El Amo sabía que vendrías, druida. ¡Lo sabía!

-¡Huye mientras puedas, ser abominable! -ordenó Allanon en un tono amenazador que nunca antes habían oído los miembros de la expedición-. Aquí no asustas a nadie. Conseguiremos la Espada y tú no te interpondrás en nuestro camino. ¡Apártate, siervo, y que venga tu Amo!

Las palabras ardieron en el aire, atravesando al Portador de la Calavera como si fuesen cuchillos. La criatura emitió un agudo silbido de furia, y su respiración bronca se hizo sofocada al moverse otra vez, encogiéndose todavía más, con sus terribles ojos encendidos con un nuevo odio.

-Te destruiré, Allanon. ¡Después ya no quedará nadie que se oponga al Amo! Has sido nuestra herramienta desde el principio, aunque no lo sospechabas. Ahora te tenemos, junto con tus más valiosos aliados. Y mira lo que nos has traído, druida. ¡Al último heredero de Shannara!

Para sorpresa de todos, la mano con forma de garra señaló al atónito Flick. La criatura no parecía saber que Flick no era el heredero ni que Shea se había perdido en los Dientes del Dragón. Nadie habló durante un momento. El fuego rugió en el foso, arrojando de repente una ráfaga de aire caliente que quemó los rostros desprotegidos de los humanos. Las garras de la criatura negra parecieron posarse sobre ellos.

-Ahora, estúpidos -dijo la voz ronca cargada de odio-, tendréis la muerte que os merecéis.

XVI

Cuando las últimas palabras de la criatura negra se desvanecieron en el aire fulgurante, todo pareció precipitarse. Con un movimiento fatal de su delgada mano y una orden tan rotunda que obligó a todos a actuar en el acto, el gigante druida ordenó a los aterrados miembros del grupo que escapasen por la escalera que conducía a la sala principal de la Fortaleza de los Druidas. Cuando salieron en una frenética huida por la escalera de caracol, el Portador de la Calavera se lanzó contra Allanon. El impacto contundente del choque pudo ser oído por los humanos que escapaban, que ya habían empezado a subir; todos excepto uno, Flick titubeó, dividido entre el deseo de escapar y su curiosidad ante el enfrentamiento titánico de dos seres poderosos trabados en una lucha a pocos centímetros de las llamas del gran horno. Seguía al pie de la escalera, oyendo las pisadas de sus compañeros que se alejaban hacia arriba. Un momento después, las pisadas dejaron de oírse quedando él como único testigo de la increíble lucha entre el druida y el Portador de la Calavera.

Las dos figuras vestidas de negro estaban inmóviles al borde del foso, como estatuas inmovilizadas por la gran tensión de su batalla, sus oscuros ojos separados sólo unos centímetros, las enjutas manos del gigante druida aguantando con firmeza los miembros acabados en garras de la criatura maligna. El Portador de la Calavera intentaba acercar sus afiladas uñas a la desnuda garganta del místico para arrancarle la vida y acabar la pelea rápidamente. Las alas negras se alzaron, batiéndose con furia con el fin de tomar impulso para el ataque; los inconfundibles silbidos de su respiración cortaban el aire caliente con terrible rabia. Entonces, de repente, la criatura lanzó su pata fina y fuerte, haciendo que el druida saltase y cayese hacia atrás sobre el suelo de piedra al filo del foso. El atacante se arrojó sobre él intentando clavarle las garras. Pero la víctima fue demasiado rápida, y rodó hábilmente para escapar del zarpazo mortífero y librarse de la criatura. Sin embargo, el golpe rozó su hombro y se oyó el ruido característico de la ropa desgarrada a la vez que brotaba la primera sangre. Flick dejó escapar un grito; pero un momento después, el druida estaba de pie, sin presentar ninguna marca de herida. De sus dedos salieron dos rayos de llama azul que se concentraron con intensidad sobre el Portador de la Calavera, expulsando a la enfurecida criatura hacia atrás, contra la barandilla. Mas los rayos que habían herido a la serpiente durante la batalla en la Morada de los Reyes sólo detuvieron durante unos segundos a la criatura de la Tierra del Norte. Rugiendo con ira, contraatacó. De sus ojos ardientes salieron llameantes rayos rojos. Allanon levantó su capa con un rápido movimiento y los rayos parecieron desviarse hacia las paredes de piedra de la cámara. Durante un momento, la criatura titubeó, y los dos oponentes giraron en círculo, uno frente a otro, como dos animales salvajes, enredados en una pelea a vida o muerte en la que sólo uno podría sobrevivir.

Por primera vez, Flick advirtió que la temperatura se elevaba. Con la llegada del amanecer, los encargados del horno lo habían reavivado para atender las necesidades de calor del despertar del castillo. Ignorando la batalla que estaba teniendo lugar en el pasadizo situado sobre ellos, activaron la inactiva maquinaria de fuelles en el fondo del foso, produciendo un fuego más intenso que permitiría que el aire caliente caldease todas las cámaras de la Fortaleza de los Druidas. Como consecuencia, ahora las llamas sobrepasaban el borde del foso y la temperatura de la cámara se incrementaba constantemente, Flick sintió que el sudor resbalaba por su rostro, empapando sus gruesas ropas de montaña. Pero a pesar de eso no se movió. Pensó que si la bestia vencía a

Allanon, todos ellos estarían perdidos y decidió quedarse allí hasta saber el desenlace. La Espada de Shannara no les serviría de nada si el hombre que los había conducido hasta aquel último campo de batalla perdía. Con una expresión de absorta fascinación en el rostro, Flick Ohmsford contemplaba lo que podía decidir el destino de las razas y de las tierras, resuelto por dos protagonistas indestructibles en apariencia, representantes de los humanos y del Señor de los Espectros.

Allanon había atacado otra vez con sus rayos azules, acosando al Portador de la Calavera con cortas ráfagas, intentando obligarle a un movimiento rápido que le hiciera resbalar, o cometer el error definitivo. La criatura espectral no era estúpida, sino un ser maligno que había participado en cientos de luchas de las que siempre había salido victorioso, y todas sus víctimas yacían olvidadas más allá del mundo de los mortales. Se movía regateando con aterradora agilidad, siempre volviendo a la misma postura agazapado, observando y esperando el momento propicio para atacar. Entonces, con un movimiento totalmente inesperado, las alas negras se desplegaron y empezó a girar en el aire, remontándose sobre las llamas del horno y descendiendo otra vez con perversa velocidad sobre la alta figura de Allanon. Las garras de sus manos dieron un zarpazo hacia abajo y, durante un momento, Flick creyó que todo estaba perdido. Milagrosamente, el druida derribado escapó de las mortíferas garras, lanzando por encima de él al Portador de la Calavera con la fuerza poderosa de sus brazos. La criatura atravesó el aire y fue a chocar contra la pared. En un instante se volvió a levantar, pero la fuerza del golpe la había debilitado, haciéndola más lenta. Antes de que pudiera escapar, el druida cayó sobre ella.

Las dos figuras negras se revolvieron violentamente contra la pared, como si estuvieran unidas de forma inextricable, con sus miembros enredados como ramas torcidas. Cuando retrocedieron lo suficiente, Flick pudo ver que Allanon estaba detrás del forcejeante Portador de la Calavera, con sus poderosos brazos apretando como una prensa la cabeza de la criatura, tensando los músculos lentamente hasta aplastarla. Las alas de la víctima se agitaban salvajemente, sus manos ganchudas intentaban en vano agarrarse a algo para separarse de lo que la estaba destruyendo. Los ojos inyectados de rojo ardían con la misma furia que el fuego del horno, lanzando llamaradas que chocaban contra la piedra y horadaban la pared. Los combatientes se apartaron de ésta, rodando salvajemente hacia el foso llameante del centro de la caliente habitación hasta chocar con la baja barandilla de hierro. Durante un momento, el atónito valense creyó que ambos iban a perder el equilibrio y precipitarse sobre las llamas. Pero de pronto, Allanon se enderezó con un vigoroso esfuerzo, apartándose un poco de su prisionero. Fue este movimiento repentino lo que provocó que la criatura espectral se volviera y sus ojos cargados de odio se posaran sobre el muchacho medio escondido. Agarrándose a cualquier oportunidad para distraer la atención del druida, un instante que le permitiese liberarse de sus compresores brazos, el Portador de la Calavera atacó al desprevenido Flick. Dos rayos llameantes salieron de sus ojos, rompiendo los bloques de piedra de la escalera en miles de trozos que volaron en todas las direcciones como pequeños cuchillos. Flick actuó por instinto; saltó para apartarse de la escalera, sus manos y su cara cortadas por la piedra, pero conservando la vida gracias a su rapidez. En el momento en que saltó, los muros de la salida temblaron bruscamente y se derribaron como una cascada de bloques de piedra rotos que taponaron completamente el acceso hacia arriba, desprendiendo una densa nube de polvo y escombros.

En ese mismo instante, mientras Flick se tendía aterrado y temblando sobre el suelo, aún consciente mientras las llamas del rugiente foso se alzaban cada vez más, adentrándose en la nube de polvo, la presión de Allanon se relajó justo lo suficiente para permitir a la astuta criatura del ultramundo liberarse. Volviéndose con un alarido de odio, asestó al druida un golpe terrible en la cabeza que lo hizo caer de rodillas. La criatura del Norte se

acercó para matarlo. Pero de alguna forma, el aturdido místico logró ponerse en pie y enviar las ráfagas azules de sus delgadas manos sobre la cabeza desprotegida de su atacante. Unos puños poderosos propinaron varios golpes a ambos lados de la cabeza negra de la criatura, dando la vuelta otra vez a la abatida figura mientras los grandes brazos rodeaban con fuerza su pecho, sujetándole las alas y las garras contra su cuerpo que se contorsionaba. Aguantando de esta forma a la criatura, el druida de ojos de acero rechinó los dientes con furia y presionó. Flick, todavía tendido en el suelo a varios metros de los combatientes, escuchó el terrible crujido de algo al quebrarse en el interior del Portador de la Calavera. Entonces, en un bandazo, las dos figuras volvieron a encontrarse junto a la barandilla de hierro. Las llamas iluminaban sus tensas facciones, el fragor de la fosa ardiente fue igualado en fuerza y ferocidad por el gemido de agonía de la quebrantada víctima, mientras su cuerpo negro y encorvado se agitaba una vez más. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas y del odio encerrado en su interior, el Portador de la Calavera realizó un brusco movimiento precipitándose sobre la barandilla de hierro, con sus garras asidas fuertemente al druida de la negra capa, arrastrando con él en la caída a su odiado enemigo. Ambas figuras se perdieron en el fulgor de las llamas hambrientas.

El aturdido Flick logró ponerse de pie, mientras la conmoción iba reflejándose lentamente en su cara magullada. Tambaleándose logró llegar hasta el borde del foso, pero el calor era tan intenso que tuvo que retroceder. Hizo un nuevo intento sin éxito, mientras el sudor chorreaba por su frente hacia los ojos y la boca, mezclándose con las lágrimas de la rabia y la impotencia. Las llamas del foso asomaban sobre la baja barandilla, lamiendo vorazmente la piedra y crepitando con nueva fuerza como si fuesen conscientes de las dos figuras negras añadidas al combustible que consumía ávidamente. A través de la niebla que empañaba sus ojos ardientes, el valense intentó atisbar en el fondo del foso. No había nada más allá del resplandor rojo de las llamas y el insoportable calor. Sin esperanza, gritó el nombre del druida una y otra vez con vana desesperación, y cada grito resonó contra las paredes de piedra y se extinguió en el calor del fuego. Pero el valense se encontraba solo en medio del rugir de las llamas y supo que el druida se había ido al fin.

En ese momento, lo invadió el pánico. En un arrebato frenético, se apartó del foso gateando. Llegó a los escombros de la escalera sin recordar que estaba bloqueada y se derrumbó sobre los trozos de roca. Moviendo la cabeza en un intento de aclarar sus pensamientos confusos, sintió toda la intensidad del fuego. Supo instintivamente que si no escapaba de la cámara en cuestión de minutos, el calor lo abrasaría vivo. Se incorporó y corrió hasta la puerta de piedra más próxima, tirando hacia fuera y hacia dentro con desesperación. Pero la puerta permaneció como estaba, haciendo que abandonara su intento con las manos ensangrentadas por el esfuerzo. Revisó las paredes y encontró una segunda puerta. Avanzó torpemente hacia ella, pero también estaba cerrada por el otro lado. Sintió que sus esperanzas se desvanecían, seguro ahora de que estaba atrapado. Se obligó a caminar hasta la tercera como un autómata. Con el último resto de sus exhaustas fuerzas empujó y tiró con frenesí de la obstinada barrera, hasta que involuntariamente tocó algo escondido en la roca que disparó el mecanismo que permitía abrirla. Con una exclamación de alivio, atravesó la abertura y dio una patada a la puerta para cerrarla tras desplomarse al otro lado en la semioscuridad, quedando aislado del calor y de la muerte.

Durante varios minutos, yació sin fuerzas en el oscuro pasillo, con su cuerpo ardiente absorbiendo el frío de la piedra del suelo y el aire sedante. No trató de pensar, no quería recordar, sólo deseaba perderse en la paz y en la tranquilidad del túnel de roca. Después se puso de rodillas fatigosamente, y con un último esfuerzo se enderezó, apoyándose sin fuerzas contra la piedra fría del muro del pasadizo en espera de su propia recuperación.

Se dio cuenta por primera vez de que sus ropas estaban desgarradas y quemadas, su rostro y sus manos chamuscados y ennegrecidos por el calor. Miró lentamente a su alrededor, enderezando su rechoncha figura mientras se apartaba de la pared. La débil luz de una antorcha en la pared le indicó la dirección hacia la que se abría el tortuoso pasillo, y avanzó a tropezones hasta que logró coger la tea de madera de su soporte. Avanzó arrastrando los pies, iluminando con la antorcha el camino. En algún lugar ante él, oyó gritar, e instintivamente su mano libre se dirigió al mango de su pequeño cuchillo de montaña, sacando el arma de su funda. Después de varios minutos, el ruido pareció alejarse hasta que desapareció del todo sin que el valense lograse saber qué lo producía. El pasillo giraba entre la roca caprichosamente, pasando ante varias puertas, todas ellas cerradas y atrancadas, pero en ningún momento ascendía ni se bifurcaba hacia otros pasadizos. Muy a menudo la oscuridad era interrumpida por la débil luz de una antorcha sujeta a la pared de piedra. Su resplandor amarillo proyectaba la sombra de Flick sobre el muro como un fantasma deforme que huyera en la oscuridad.

Después, de repente, el pasillo se ensanchó y la luz se hizo más intensa, Flick dudó un momento, apretando con fuerza el arma, su rostro marcado por franjas de humo y sudor, pero severamente decidido en el oscilante resplandor. Mientras avanzaba con precaución, no oyó ningún ruido. Sabía que en algún lugar debía de haber una escalera que condujese a la sala principal de la Fortaleza de los Druidas. Hasta el momento, había sido una búsqueda larga e inútil y empezaba a estar exhausto. Ahora se arrepentía demasiado tarde de haberse rezagado, separándose del resto del grupo. Estaba atrapado en aquellos inacabables pasillos en el centro de Paranor. En ese momento se le ocurrió que nunca encontraría a los otros si continuaba vagando por aquel laberinto. En una curva se pegó a la pared para espiar hacia la luz. Para su sorpresa, se encontró a la entrada de una cámara redonda de la que salían numerosos pasadizos. En la pared circular ardían con viveza una docena de antorchas. Respiró aliviado cuando comprobó que la cámara estaba desierta. Después comprendió que su situación no había mejorado. Los otros pasillos parecían exactamente iguales al ya recorrido. No había puertas que condujesen a otras habitaciones ni escaleras que ascendiesen ni ninguna pista que le indicara el camino que debía seguir. Miró a su alrededor con perplejidad, intentando desesperadamente detectar alguna diferencia en los pasadizos, pero perdió todas sus esperanzas tras repetir el examen. Caminó hasta una pared y se sentó agotado, cerrando los ojos, obligándose a aceptar la amarga realidad de que estaba perdido.

Tras la orden de Allanon, el resto del grupo se había precipitado hacia la escalera. Durin y Dayel, que estaban más cerca del paso de piedra, fueron los más rápidos, realizando la mitad del recorrido cuando los otros aún no lo habían empezado. Las ágiles piernas de los elfos les permitían ascender con rápidos brincos sin apenas tocar el suelo. Hendel, Menion y Balinor subieron detrás, entorpecidos por las pesadas armas y su mayor peso, y también, en parte, por ellos mismos, tropezando unos con otros en la estrecha y tortuosa escalera. Fue una escapada salvaje y caótica hacia la sala superior, cada uno concentrado en alcanzar el objetivo de su larga persecución y en huir de la terrorífica criatura del submundo. En aquellas circunstancias, no notaron la falta del infeliz Flick.

Durin fue el primero en atravesar la entrada escalonada de la Fortaleza de los Druidas, hasta llegar a un gran vestíbulo con su hermano menor detrás de él. El vestíbulo impresionaba, era un enorme corredor de altos techos y sólidas paredes de madera pulidas hasta el punto de brillar con lustrosa magnificencia bajo la luz amarilla de las antorchas, mezclada con los tonos rojos del amanecer que se filtraba por unas ventanas altas e inclinadas. Los paneles estaban adornados con pinturas, figuras esculpidas en piedra y

madera sobre pedestales de mosaico, y grandes tapices tejidos a mano que colgaban hasta el suelo de mármol pulido. A intervalos, había grandes estatuas de hierro y mármol de otra era, conservadas durante muchos siglos en aquel refugio ancestral. Parecían guardar las gruesas puertas de madera tallada, ornamentadas con preciosos picaportes de cobre aguantados con tachuelas de hierro. Algunas permanecían abiertas y comunicaban con otras cámaras que presentaban el mismo esplendor cuidadosamente diseñado y que resplandecían con la brillante luz del sol que entraba por las ventanas.

Los hermanos elfos tuvieron poco tiempo para admirar la belleza sempiterna de Paranor. Un instante después de abandonar la escalera, fueron apresados por los guardianes gnomos, que parecieron surgir de todas partes al mismo tiempo, con sus cuerpos deformes y amarillos asomando detrás de las puertas, las estatuas y las mismas paredes. Durin afrontó el asalto con su largo cuchillo de montaña y consiguió detenerlo un momento. Dayel se aproximó a rescatar a su hermano, blandiendo su gran arco como si fuese una espada y golpeando a los asaltantes para apartarlos hasta que el arco se quebró. Durante un momento, pareció que iban a ser destrozados antes de que sus compañeros más fuertes llegasen en su ayuda, pero Durin sacó una impresionante lanza encajada en uno de los antiguos guerreros de hierro y dispersó a los gnomos congregados con rápidos bandazos, separándolos de su forcejeante hermano.

Pronto se recuperaron volviendo a reunirse para un segundo ataque. Los hermanos elfos habían retrocedido hacia la pared, jadeando por el esfuerzo y llenos de rasguños y de la sangre de sus atacantes. Los gnomos se agruparon formando una masa amarilla de la que sobresalían las pequeñas espadas mortíferas, dispuestos a arrebatar la oscilante lanza de Durin y cortar en pedazos a los dos elfos. Con un salvaje grito se lanzaron a matar.

Por desgracia para los gnomos, habían olvidado vigilar la salida de la escalera por si los elfos no estaban solos. En el instante que se precipitaron contra Durin y Dayel, los otros tres miembros de la expedición aparecieron en el umbral de la puerta y cayeron sobre los desprevenidos atacantes. Los gnomos no se habían enfrentado en su vida a humanos como aquéllos. En el centro estaba el gigante de Callahorn, abriéndose camino con su reluciente espada entre las cortas de los gnomos, con tal ferocidad que éstos tropezaron unos con otros intentando escapar. En un lado, sus cabezas encontraron la golpeante maza del fortísimo enano, mientras que en el otro les esperaba la rápida hoja del ágil montañés. Durante un momento, respondieron al ataque de los cinco hombres frenéticos, después dudaron al persistir el ataque, y finalmente se apartaron y salieron corriendo, olvidándose de cualquier propósito de vencer. Sin una palabra, los cinco guerreros extenuados cargaron por la magnífica sala saltando sobre los heridos y los muertos, haciendo resonar sus botas sobre el pulido mármol. Los pocos gnomos que se les opusieron, sucumbieron pronto bajo la embestida, yaciendo en montones silenciosos e inmóviles. Después de todo lo que habían sufrido y luchado, los cinco que quedaban del pequeño grupo no estaban dispuestos a dejar que se les escapara la victoria que con tanto desesperación buscaban.

Casi al final del magnífico corredor, ahora atestado de gnomos muertos y heridos, los tapices y las pinturas rasgados y diseminados por la violenta batalla, un último grupo de guardianes se apiñó en densa formación ante una serie de altas puertas de madera labrada que permanecían cerradas. Sus pequeñas espadas sobresalían como una pared de púas, decididos a presentar una última resistencia. Los atacantes embistieron contra la mortífera barrera, intentando abrirse paso por el centro tras las largas espadas de Balinor y Menion, pero los expertos guardias rechazaron el ataque tras varios minutos de enconada lucha. Los cinco se retiraron exhaustos, jadeando y sudando por el esfuerzo, con los cuerpos magullados y doloridos. Durin cayó de rodillas, su brazo y su pierna habían sido seriamente dañados por las espadas de los gnomos. Menion había recibido un corte en un

lado de la cabeza producido por el borde de una lanza y la sangre de color rojo intenso manaba de la herida, pero parecía ignorar la lesión. De nuevo los cinco atacaron y de nuevo fueron rechazados después de cinco minutos de largo enfrentamiento mano a mano. El número de gnomos se había reducido casi a la mitad, pero el tiempo se estaba acabando para los humanos. No había ninguna señal de Allanon y los gnomos tendrían refuerzos en camino para proteger la Espada de Shannara, si es que seguía en la cámara que ahora tanto deseaban encontrar.

Entonces, con una sorprendente exhibición de fuerza, el altísimo Balinor se lanzó al otro lado del vestíbulo y empujó un enorme pilar de piedra, en cuya parte superior estaba fijada una urna de metal. El pilar y la urna cayeron contra el suelo con un estruendo estremecedor, repetido por el eco de la sala ensangrentada. La piedra debería haberse destrozado, pero el pilar seguía intacto. Con la ayuda de Hendel, el gigantesco hombre de la frontera empezó a rodar el redondo ariete hacia la barrera de gnomos y las puertas cerradas de la cámara, mientras el monstruo rodante iba ganando velocidad y poder en cada vuelta. Durante un momento, las fuertes criaturas amarillas titubearon, empuñando sus cortas espadas mientras el aplastante peso del pilar de piedra avanzaba hacia ellos. Entonces se apartaron, saltando para ponerse a salvo, su valor los había abandonado, la batalla estaba perdida. A pesar de ello, algunos no tuvieron la rapidez suficiente para escapar del improvisado ariete, y fueron arrollados por la gran masa que chocó contra las puertas cerradas, produciendo una lluvia de fragmentos de rocas y madera. Las puertas se sacudieron y se curvaron con el golpe, la madera crujió y los cerrojos de hierro se rompieron con el chasquido de un látigo; sin embargo, de alguna forma, resistieron la fuerza del ariete. Pero un instante después, saltaban de sus bisagras con un estallido resonante, cuando el peso del príncipe de Callahorn embistió contra ellas, y los cinco hombres se precipitaron a la cámara del otro lado para reclamar la Espada de Shannara.

Para sorpresa de todos ellos, la habitación estaba vacía. Había varias ventanas altas y grandes, tapadas por ondeantes cortinas, obras maestras de la pintura que cubrían las paredes y distintas piezas decorativas colocadas cuidadosamente por toda la cámara. Pero ni rastro de la codiciada Espada. Consternados e incrédulos, los cinco examinaron lentamente la habitación cerrada. Durin cayó de rodillas, debilitado por la sangre que había perdido y a punto de desmayarse. Dayel se acercó para ayudarle. Rompió unas tiras de tela para envolver las heridas abiertas, después llevó a su hermano hasta una silla, donde se derrumbó exhausto. Menion miró de una pared a la otra, buscando otra salida de la habitación. Después, Balinor, que había estado recorriendo el suelo de la sala en un lento examen de su enlosado de mármol, dejó escapar una exclamación. Una parte del suelo en el mismo centro estaba marcada y descolorida, un pobre intento de ocultar el hecho de que algo grande y cuadrado había estado allí durante muchos años.

-¡El bloque de tre-piedra! -exclamó Menion con rapidez.

-Pero si lo han movido, ha debido ser recientemente -supuso Balinor, hablando con voz baja y fatigosa mientras intentaba pensar-. Entonces, ¿por qué los gnomos trataban de impedirnos...?

-Tal vez no sabían que había sido trasladada -sugirió Menion.

-Quizá sea una trampa... -dijo Hendel-. Pero ¿por qué perder tiempo con una trampa a menos que...?

-Quisieran tenernos ocupados aquí, porque la Espada estaba todavía en el castillo y no habían logrado sacarla -concluyó Balinor con excitación-. No han tenido tiempo de sacarla, por eso han intentado entretenernos. ¿Dónde estará la Espada ahora? ¿Quién la tiene?

Durante un momento los tres se quedaron callados. ¿Se habría enterado el Señor de los Brujos de que la expedición iba hacia allí, tal como pareció indicar el Portador de la Calavera que apareció en el horno? Y si el ataque los había sorprendido, ¿qué podía haberle ocurrido a la Espada desde la última vez que Allanon la vio en aquella cámara?

-¡Esperad! -exclamó Durin débilmente desde el otro lado de la sala, levantándose con dificultad. Cuando subí la escalera, algo estaba ocurriendo en otra escalera debajo de la sala. Alguien subía por allí.

-¡La torre! -gritó Hendel, corriendo hacia la puerta abierta-. ¡Han encerrado la Espada en la torre!

Balinor y Menion desaparecieron detrás del enano, olvidando el cansancio. La Espada de Shannara aún estaba a su alcance. Durin y Dayel los siguieron a un paso más lento, el primero seguía débil y caminaba apoyado en su hermano más joven, pero sus ojos brillaban con esperanza. Un momento más tarde la cámara estaba vacía.

Flick se levantó desesperanzado tras descansar unos minutos y decidió que lo único que podía hacer era elegir un pasadizo y seguirlo hasta el final, esperando que lo llevase hasta la escalera que ascendía hacia la fortaleza. Pensó durante unos instantes en los otros, que estarían en algún lugar en los pasillos de arriba, quizá ya en posesión de la Espada. No podían saber nada de la caída de Allanon ni de su propio destino, perdido en aquellos complicados túneles. Tenía la esperanza de que le buscasen, pero en seguida se dio cuenta de que si habían encontrado la Espada, no tendrían tiempo de preocuparse por él. Tendrían que intentar escapar antes que el Señor de los Brujos enviara a los Portadores de la Calavera para recuperarla. Se preguntó qué le habría sucedido a Shea, si lo habrían encontrado vivo, si habría sido rescatado. De alguna forma, sabía que Shea nunca abandonaría Paranor mientras Flick estuviese vivo; pero no podía hacer saber a su hermano que no había perecido en la cámara del horno. Tenía que admitir que su situación era bastante desesperada.

Poco después, se produjo un fuerte clamor en uno de los túneles, los golpes sordos de unas botas contra la piedra, gente que corría directamente hacia la rotonda. Con un movimiento reflejo, el valense cruzó la habitación y corrió a esconderse en otro túnel, apretándose contra la entrada para ocultarse entre las sombras. Se quedó en un lugar desde donde podía observar la rotonda iluminada y sacó su pequeño cuchillo de montaña. Unos momentos más tarde, un grupo de guardianes gnomos atravesó corriendo la sala redonda y desapareció sin detenerse por otro pasadizo. El ruido de la escapada pronto se perdió en las curvas y revueltas de la roca. Flick ignoraba de dónde procedían o hacia dónde iban, pero en cualquier sitio en que ellos hubieran estado era donde Flick quería estar. Probablemente procedían de las cámaras superiores de la Fortaleza de los Druidas, donde el valense tenía que llegar. Volvió con cautela a la cámara iluminada y se dirigió hacia el túnel por el que habían salido los gnomos. Desandando el recorrido de la huida, se adentró en él, ahora desierto, hacia la oscuridad. Empuñando el cuchillo, empezó a andar a tientas junto a las paredes débilmente iluminadas hasta que encontró la primera antorcha. Sacando del soporte la madera ardiendo, continuó andando. Sus ansiosos ojos examinaban las rugosas paredes en busca de puertas o escaleras. Apenas había caminado unos cien pasos cuando de repente un trozo de roca se deslizó y a su lado apareció un gnomo.

Sería discutible cuál de los dos se quedó más sorprendido al descubrir al otro. El guardián gnomo era un rezagado del grupo que huyó de la batalla que había tenido lugar arriba, y la visión de otro invasor en los túneles le sobresaltó durante un instante. Aunque de menor estatura que el valense, el gnomo era fuerte e iba armado con una espada corta. De inmediato, atacó. Flick esquivó instintivamente la espada, que erró el blanco. El

valense saltó sobre el gnomo antes que pudiese recobrarse y lo derribó contra el suelo de piedra, intentando en vano arrebatar la espada de su oponente y perdiendo la suya en el forcejeo. Flick no tenía experiencia en el combate cuerpo a cuerpo, pero el gnomo sí, y eso confirió al hombrecillo amarillo una clara ventaja. Había matado antes y lo volvería a hacer sin pensarlo, mientras que Flick sólo trataba de desarmar a su atacante y escapar. Rodaron por el suelo, forcejeando durante varios minutos hasta que el gnomo logró liberarse y asestar un fuerte golpe a su adversario, acertándole casi en la cabeza. Flick se echó hacia atrás buscando con desesperación su cuchillo. El pequeño guardián se lanzó contra él justo en el momento que la mano tanteadora del valense agarraba la antorcha que había soltado en el primer asalto. La espada cayó sobre él rebotando en el hombro y haciendo un doloroso corte en su brazo desnudo. En ese momento, el aturdido valense levantó la antorcha con fuerza y golpeó la cabeza del gnomo, produciendo un impacto estremecedor. El guardián se desplomó y ya no volvió a moverse. Flick se incorporó lentamente y recuperó su cuchillo después de buscarlo durante un momento. Su brazo palpitaba de dolor y la sangre había empapado su capa de montaña, chorreando por el brazo y la mano que apenas podía ver. Temiendo desangrarse, rompió en tiras la capa del gnomo caído y las ató en el brazo hasta que la hemorragia se detuvo. Recogiendo la espada del otro, se acercó a la losa parcialmente abierta para ver hacia dónde llevaba.

Con alivio, descubrió una escalera de caracol que conducía hacia arriba. Se deslizó por el pasadizo, cerró la losa de piedra después, con varios empujones de su brazo sano. Las escaleras estaban débilmente iluminadas por las ya familiares antorchas, y emprendió el ascenso con pasos lentos y cautelosos. Todo estaba en silencio; las grandes antorchas en sus soportes de hierro producían luz suficiente para poder distinguir el camino. Llegó a una puerta cerrada en la parte superior de la escalera y se detuvo para escuchar, colocando su oreja junto a una ranura entre ribetes de hierro. Al otro lado sólo había silencio. Con cuidado, empujó la puerta un poco y pudo ver una de las antiguas salas de Paranor. Había llegado a su meta. Abrió la puerta un poco más y se adentró en el silencioso pasillo observándolo todo.

Entonces, el puño de acero de una oscura mano delgada cayó sobre el brazo que empuñaba la espada y tiró violentamente de él.

Hendel se detuvo indeciso al pie de la escalera que conducía a la torre de la Fortaleza de los Druidas, tratando de atisbar en la penumbra. Los otros permanecían detrás de él en silencio, siguiendo su mirada con atención. La escalera consistía en poco más que una serie de peldaños de piedra, estrechos y de aspecto traicionero, que ascendían en espiral entre los muros del torreón. Toda la torre estaba envuelta en una lóbrega oscuridad, sin antorchas ni aberturas en la oscura piedra que la iluminasen. En esa situación tan poco ventajosa, los miembros de la expedición apenas podrían ver nada tras las primeras vueltas de la escalera. El hueco de la misma caía desde donde ellos estaban hacia un oscuro foso. Menion se acercó al borde del rellano y miró hacia abajo, consciente de que no había ninguna barandilla de protección en toda la escalera. Dejó caer una piedrecita en el abismo negro y esperó a que golpease el fondo. No oyó ningún sonido. Nuevamente revisó los escalones y la penumbra de arriba, después se volvió hacia los otros.

-Parece una clara invitación a una trampa -declaró con sarcasmo.

-Es muy probable -concedió Balinor, dando un paso hacia delante para observar mejor-. Pero tenemos que subir.

Menion asintió, después se encogió de hombros y se dirigió hacia la escalera. Los otros le siguieron en silencio, Hendel casi pisando los talones del montañés, Balinor después y los hermanos elfos al final. Treparon con precaución por los estrechos peldaños

de piedra, alertas a cualquier señal de trampa, con los hombros pegados a la pared, alejados de la peligrosa abertura del hueco de la escalera. Ascendieron dando vueltas a través de la húmeda penumbra. Menion estudiaba cada paso antes de darlo, sus agudos ojos buscaban en las juntas de los bloques de piedra del muro artilugios escondidos. De vez en cuando, arrojaba piedras ante sus pies, comprobando si había trampas que pudieran activarse por el peso repentino de las pisadas. Pero nada ocurrió. El abismo de abajo era un agujero negro y silencioso en la densa penumbra de la torre, donde ningún sonido alteraba su oscura serenidad, excepto el suave ruido de las botas arrastrándose al subir los gastados peldaños. Al final, una débil luz de antorchas encendidas se abrió paso en la oscuridad. Los pequeños fuegos oscilaban vivamente con las rachas de una brisa procedente de la cima del torreón. Llegaron a un lugar desde donde pudieron ver un pequeño rellano al final de la escalera, y después una enorme puerta de piedra, ribeteada de hierro y cerrada. La cumbre de la Fortaleza de los Druidas.

Entonces Menion hizo saltar la primera trampa escondida. Una serie de puntas afiladas que salieron disparadas del muro de piedra, accionadas por la presión del pie de Menion en la piedra de la escalera. Si Menion se hubiese quedado sobre este peldaño, las púas se habrían clavado en su pierna desprotegida, lisiándolo y obligándole a caer por el hueco abierto hacia el negro abismo. Pero Hendel escuchó el sonido del resorte un instante antes de que la trampa saltase. Con un rápido movimiento tiró del atónito príncipe, casi derribando a los que estaban detrás. Todos se tambalearon en la densa penumbra, a pocos centímetros de las puntiagudas púas de acero. Al recuperar el equilibrio, los cinco se quedaron pegados contra la pared durante varios minutos, respirando ruidosamente en la tranquila oscuridad. Después, el taciturno enano golpeó las púas varias veces con su gran maza, abriendo un camino para pasar. Ahora continuó él a la cabeza en silenciosa alerta, mientras el consternado Menion quedó detrás de Balinor. Inmediatamente, Hendel encontró una segunda trampa del mismo tipo, y tras accionarla, destrozó las púas y siguió adelante.

Casi estaban en el rellano y parecía que iban a llegar sin más dificultades, cuando Dayel lanzó un grito agudo. Sus finos oídos élficos habían captado algo que los otros no percibieron, un pequeño ruidito que delataba el resorte de otra trampa. Durante un momento, todos se quedaron inmovilizados en la posición en que estaban, buscando con ojos alertados en las paredes y en los peldaños. Pero no encontraron nada y al final Hendel se aventuró a dar un paso más. Contra lo que esperaban, no ocurrió nada, y el cauteloso enano siguió hacia arriba mientras los otros se quedaban en sus puestos. Cuando hubo llegado a salvo hasta el rellano, los otros subieron hasta reunirse allí, observando ansiosamente la tortuosa escalera dentro del negro foso. Cómo habían logrado escapar de la tercera trampa, no podían ni imaginarlo. Balinor opinaba que habría fallado debido a los años de abandono, pero Hendel no estaba tan convencido de eso. No podían quitarse la sensación de que algo les había pasado desapercibido.

La torre estaba suspendida como una enorme sombra sobre el hueco abierto de la escalera, su piedra era negra, húmeda y fría al tacto, una masa de enormes bloques que habían sido ensamblados muchísimos años atrás y que soportaba los estragos del tiempo con la misma resistencia que la tierra. La gran puerta del rellano parecía inamovible, su superficie pulida, los ribetes de hierro tan firmes como el día en que fueron incrustados. Unos grandes clavos de hierro, introducidos en la piedra, aguantaban las bisagras y la cerradura, y a los cinco que estaban ante ella les pareció que nada excepto un terremoto podría obligar a la monstruosa losa a abrirse siquiera un centímetro. Balinor se aproximó a la impresionante barrera y pasó sus manos sobre las juntas y la cerradura, intentando encontrar algún artilugio escondido que pudiera soltarse. Con precaución, giró el picaporte de hierro y empujó hacia dentro. Ante la perplejidad de todos, la losa de piedra cedió con

un temblor, rechinando el hierro oxidado. Un momento después, el misterio de la torre fue revelado y la puerta se abrió por completo, chocando fuertemente contra la pared del interior.

En el centro exacto de la cámara redonda, insertada en la negra superficie pulida del gigantesco bloque de tre-piedra estaba la hoja apuntando hacia abajo, erguida como una reluciente cruz de plata y hierro. Ante ellos estaba la legendaria Espada de Shannara. Su gran hoja destellaba bajo la luz del sol, cuyos rayos entraban por las altas ventanas enrejadas, reflejándose en la superficie de espejo de la piedra cuadrada. Ninguno de ellos había visto nunca la fabulosa Espada, pero inmediatamente estuvieron seguros de que era aquélla. Durante un momento permanecieron en el marco de la puerta, observando atónitos, incapaces de creer que al fin, después de todos sus esfuerzos, de las interminables marchas, de los tristes días y noches ocultándose, se encontraban ante el antiguo talismán por el que habían arriesgado tanto. ¡La Espada de Shannara era suya! Habían burlado al Señor de los Brujos. Lentamente entraron en fila dentro de la cámara, con la sonrisa en sus rostros, desaparecido el cansancio, las heridas olvidadas. Estuvieron durante un largo rato contemplándola en silencio, maravillados, colmados. No lograban adelantarse y coger el tesoro sustentado por la piedra. Parecía demasiado sagrado para las manos de los mortales. Pero Allanon había desaparecido y Shea se había perdido y donde...

-¿Dónde está Flick? -preguntó la voz de Dayel de repente. Por primera vez se dieron cuenta de que no estaba con ellos. Miraron a su alrededor, buscando confusamente en los otros una explicación. Entonces Menion, que se había apartado y contemplaba temeroso la reluciente Espada, presenció el suceso imposible. El gran bloque de tre-piedra y la preciosa pieza que sostenía empezaron a centellear y desintegrarse ante sus atónitos ojos. En unos segundos toda la imagen se había convertido en humo, después en una densa neblina y finalmente en aire, ante los cinco humanos que se quedaron solos en una habitación vacía.

-¡Una trampa! ¡La tercera trampa! -rugió Menion, recuperándose de la impresión inicial.

Pero tras él, ya se estaba cerrando la enorme losa de piedra de aquella prisión de la que era imposible escapar, crujiendo y chirriando mientras cedían las oxidadas bisagras bajo el monstruoso peso. El hombre de las tierras altas se lanzó contra la puerta justo en el momento en que se cerraba, el contundente chirrido de la cerradura ajustándose en su lugar. Lentamente se dejó caer sobre el gastado suelo de piedra, con el corazón latiendo violentamente por la rabia y la frustración. Los otros ni siquiera se movieron. Permanecieron en silencio mientras observaban desesperados junto a la puerta la delgada figura que ocultaba el rostro en sus manos. El débil pero inconfundible sonido de una risa resonó en los fríos muros como largas carcajadas que se burlaban de la necedad y de la amargura que ahora sentían, de su ineludible derrota.

XVII

El cielo frío y desapacible de la Tierra del Norte aparecía surcado por finas franjas de niebla sobre los contornos borrosos formados por los picos de la montaña solitaria de negrura abismal que era el castillo del Señor de los Brujos. Encima y debajo de la llanura que rodeaba el Reino de la Calavera, sobresaliendo como los dientes de una sierra, estaban las achatadas puntas de las Montañas de la Navaja y del Filo del Cuchillo, una barrera impenetrable para los mortales. Entre ellos se hallaba la montaña muerta del Señor del Espectro, olvidada por la naturaleza, desdeñada por las estaciones a medida que se iba marchitando. El velo de muerte que cubría sus altos picos, aferrándose con cruel firmeza a su asolada superficie, extendía un aura maligna por toda la tierra, con un odio inconfundible hacia cualquier pequeño vestigio de vida y de belleza que de algún modo hubiese logrado sobrevivir. Una nueva era de fatalidad aguardaba en silencio en el reino de la Tierra del Norte del Señor de los Brujos. Había llegado el momento de la muerte, los últimos signos de vida se desvanecían lentamente en un territorio donde sólo quedaba una capa de restos de la naturaleza, que en otra época había sido radiante y magnífica.

Dentro de la calavera de la montaña solitaria había cientos de cuevas intemporales, cuyos umbríos muros de resistente roca nunca habían visto un gris diferente. Rodeaban el corazón de la roca con la crueldad constrictora de una serpiente. Todo era silencio y muerte en la neblina gris del reino del espectro, un aire permanentemente sombrío que denotaba la total extinción de la esperanza, el absoluto enterramiento de la alegría y la luz. Sin embargo, incluso allí existía el movimiento, pero era una vida que no tenía que ver con nada conocido por el hombre mortal. Su origen estaba en la cámara negra en el pico de la montaña, una habitación monstruosa con su cara norte abierta a la débil luz del desapacible cielo y a la interminable extensión de amenazantes montañas que formaba la entrada norte del reino. Esa cavernosa habitación, de muros húmedos y fríos cortados en la roca como con cuchillo, escondía a los oscuros esbirros del Señor de los Brujos. Sus figuras pequeñas y negras se arrastraban por el suelo de la silenciosa cámara, sus cuerpos invertebrados, encorvados y destrozados por el terrible y dislocante poder que su Amo había ejercido sobre ellos. Eran espectros sin mente, mantenidos sólo para servirle como esclavos. Al desplazarse, emitían lamentos y gritos que sonaban como una agonía inolvidable. En el centro de la habitación se elevaba un gran pedestal que sostenía un cuenco de agua de superficie lóbrega y mortífera. De vez en cuando, una de las pequeñas criaturas reptantes se precipitaba al borde y miraba con precaución el agua fría, recorriéndola con los ojos, esperando y vigilando. Un momento después, con un débil gimoteo, se apartaba escurriéndose para confundirse de nuevo en la negrura de las sombras de la caverna.

-¿Dónde está el Amo? ¿Dónde está el Amo? -susurraban las voces en la penumbra mientras los pequeños seres se movían incesantemente.

-Vendrá, vendrá, vendrá -contestaba una voz cargada de odio.

El aire se agitaba con violencia como intentando escapar del espacio que lo contenía y la neblina parecía proceder de una gran sombra negra que se materializaba lentamente al borde del cuenco. La neblina se concentró y se arremolinó y apareció el Señor del Espectro, una enorme figura envuelta en una capa negra que parecía suspendida en el aire. Las mangas se levantaron, pero no había brazos dentro, y los pliegues de las colgantes ropas no cubrían nada excepto el suelo.

-El Amo, el Amo -decían al unísono las voces de las criaturas aterrorizadas y sus cuerpos curvados se arrastraron obedientes hasta él. La capucha sin rostro se volvió y miró

abajo, y ellos pudieron ver en la negrura los diminutos destellos de una llama que ardía con odio satisfecho, centelleando como chispas en la neblina verdosa que rodeaba el hueco interior de la capa. Entonces el Señor de los Brujos se apartó, olvidándolas mientras contemplaba el agua del extraño cuenco, esperando que apareciese la imagen mental invocada. Segundos después, la oscuridad se desvaneció y en su lugar apareció la habitación del horno de Paranor, donde la expedición de Allanon seguía frente al temible Portador de la Calavera. Los feroces ojos dentro de la neblina verde contemplaron primero al valense, después la pelea que tuvo lugar entre las dos figuras oscuras hasta que ambas se precipitaron por el borde del foso y se perdieron en las llamas. En ese momento, un ruido repentino detrás del Señor del Espectro le hizo detenerse y volverse lentamente. Dos de sus Portadores de la Calavera entraron en la sala por uno de los oscuros túneles de la montaña y se pararon en silencio, esperando que se les prestase atención. En ese momento no le interesaban, de modo que volvió a las aguas de la vasija. Otra vez se aclararon formando la imagen de la torre, donde los atónitos miembros del grupo estaban inmóviles ante la Espada de Shannara. Aguardó unos segundos, jugando con ellos, disfrutando su dominio de la situación mientras se acercaban a la Espada como un ratón atraído por un queso hasta la trampa. Segundos después, la trampa se reveló y la ilusión se evaporó ante los sorprendidos ojos. Después cerró la pesada puerta de la torre, atrapándolos allí hasta la eternidad. Detrás de él, los dos siervos alados escucharon la risa heladora saliendo de la figura incorpórea.

Sin volverse, el Señor de los Brujos hizo un gesto brusco hacia el muro abierto del norte y los Portadores de la Calavera avanzaron sin dudarlo. Sabían lo que se esperaba de ellos sin necesidad de preguntar. Volarían hasta Paranor y destruirían al hijo de Shannara capturado, el único heredero de la odiada Espada. Con el último miembro de la Casa de Shannara muerto, y la Espada en sus manos, ya no tendrían que temer a ningún poder místico mayor que el suyo. La Espada ya estaba en camino desde la morada de Paranor hacia el reino de la Tierra del Norte, donde sería enterrada y olvidada en las infinitas cuevas de la Montaña de la Calavera. El Señor de los Brujos se volvió con lentitud para observar a sus dos sirvientes moviéndose torpemente por la sala negra hasta llegar al muro abierto, donde se elevaron hacia el cielo gris y viraron hacia el sur. Con seguridad, el rey de los elfos, Eventine, intentaría interceptar la Espada, recuperarla para su pueblo. Pero su intento fracasaría, y Eventine sería apresado; el último líder de las tierras libres, la última esperanza de las razas. Con Eventine como prisionero, la Espada en su poder, y el enemigo más odiado de todos, el druida Allanon, destruido en el horno de Paranor, la batalla estaba acabada antes de haber empezado. No habría derrota de la Tercera Guerra de las Razas. Él había ganado.

Una pasada de su capa sobre las aguas y éstas nuevamente se volvieron lóbregas; la imagen de la Fortaleza de los Druidas y de los mortales atrapados desapareció. El aire se agitó violentamente alrededor del espíritu negro y su forma empezó a disolverse en la niebla de la cámara, desvaneciéndose poco a poco hasta que no quedó nada excepto el cuenco y la habitación vacía. Hubo un largo silencio hasta que los esbirros reptantes del Señor de los Brujos estuvieron seguros de que el Amo había vuelto a abandonarlos y salieron de las sombras, arrastrando ansiosamente sus pequeñas y oscuras figuras hasta el borde del cuenco donde atisbaron con curiosidad gimiendo y susurrando su desdicha a las plácidas aguas.

En la torre alta de Paranor, en la remota y ahora inaccesible sala de la Fortaleza de los Druidas, cuatro miembros cansados y mudos del pequeño grupo que había salido de Culhaven paseaban afligidos en su prisión. Sólo Durin estaba sentado sin moverse contra

un muro de la torre, sintiendo el dolor intenso de su herida. Balinor se balanceaba sobre sus tobillos ante la alta ventana de barrotes, observando los débiles rayos del sol que se filtraban iluminando la habitación con pequeños cuadrados de luz que caían descuidadamente sobre las losas de piedra del suelo. Llevaban allí una hora, apresados sin esperanza tras la grandísima puerta reforzada con hierro. Habían perdido la Espada y con ella sus esperanzas de cualquier victoria. Al principio, esperaron pacientemente creyendo que Allanon pronto los encontraría y abriría la gran barrera de piedra que les cerraba el paso hacia la libertad. Le llamaron por su nombre, esperando que pudiera oírlos y seguir sus voces hasta la torre. Menion les recordó que Flick seguía perdido, posiblemente vagando de un lado a otro, buscándolos por las salas de Paranor. Pero poco a poco la confianza de todos se fue apagando hasta que al final se desvaneció por completo, e interiormente, se vieron obligados a admitir, aunque nadie lo reconoció verbalmente, que no serían rescatados, que el valeroso druida y el pequeño valense habían caído víctimas del Portador de la Calavera, que el Señor de los Brujos había ganado.

Menion pensó una vez más en Shea, preguntándose qué le habría sucedido a su amigo. La expedición hizo todo lo que pudo, pero no había sido suficiente para salvar la vida a un pequeño humano, y ahora nadie podía imaginar qué habría sido de él, abandonado en medio de las llanuras salvajes de la frontera con la Tierra del Este. Tal vez habría muerto. Allanon creía que encontrarían a Shea cuando hallasen la Espada, pero ahora habían perdido la Espada y no había ninguna señal del heredero desaparecido. Tampoco estaba Allanon, asesinado en la sala del horno de la Fortaleza del Consejo de los Druidas, su hogar ancestral. Y si no había muerto, estaría prisionero, encadenado con grilletes en alguna mazmorra, al igual que ellos encerrados en aquella torre. Se quedarían allí hasta pudrirse o algo peor, y todo habría sido para nada. Sonrió tétricamente al reflexionar sobre el destino, deseando al menos poder tener una oportunidad de enfrentarse al enemigo real, de poder empuñar su espada contra el todopoderoso Señor de los Brujos.

De repente, un corto siseo de advertencia procedente del siempre alerta Dayel hizo que todos se parasen donde estaban, con los ojos fijos en la gran puerta, escuchando atentamente el débil sonido de unas pisadas sobre la piedra al otro lado. Menion buscó con la mano la espada de Leah que estaba sobre el suelo en su funda de cuero y, sin hacer ruido, la sacó. El gigante de la frontera ya esgrimía su gran hoja. Todos avanzaron con pasos cortos y rápidos hacia la entrada. Incluso el herido Durin se puso de pie tambaleándose, cojeando con dolor para unirse a sus compañeros. Las pisadas llegaron hasta el rellano y se detuvieron. Hubo un momento de silencio amenazador.

De repente, la gran puerta de piedra se abrió hacia el interior, con el débil chirrido de las bisagras de hierro que aguantaban el peso de la losa. En la oscuridad del otro lado aparecieron las facciones aterradas de Flick Ohmsford. Sus ojos miraron de un lado a otro al encontrar a sus compañeros prisioneros armados y dispuestos a atacar. Las espadas y las mazas descendieron lentamente, como si los hombres que las aguantaban fuesen juguetes mecánicos. El joven avanzó con precaución hacia la tenue luz de la torre, parcialmente ensombrecida por la alta figura que le seguía.

Era Allanon.

Todos le miraron sin decir una palabra.

Chorreando sudor, cubierto de ceniza y hollín, avanzó hacia ellos, apoyando suavemente una de sus grandes manos sobre el hombro de Flick. Sonrió ante la reacción de los otros.

-Estoy perfectamente -les aseguró.

Flick aún no podía creer que había encontrado a Allanon.

-Yo lo vi caer -trató de explicar a los otros.

-Flick, estoy perfectamente -repitió Allanon dando una palmada en el hombro del valense.

Balinor se adelantó un paso como para convencerse de que era realmente Allanon y no un fantasma.

-Pensábamos que te habíamos... perdido -logró decir.

La familiar sonrisa burlona apareció en el rostro enjuto.

-La culpa de eso la tiene, al menos en parte, nuestro joven amigo. Me vio caer hacia el pozo del horno con el Portador de la Calavera y supuso que había muerto. No se dio cuenta de que el horno está equipado con una serie de travesaños de hierro, que permiten a los trabajadores descender al foso cuando tienen que reparar algo. Como Paranor ha sido durante siglos el hogar ancestral de los druidas, yo conocía la existencia de esos travesaños. Cuando el malvado me tiró por encima de la barandilla, intenté alcanzar uno de ellos y me agarré quedando a cierta distancia del borde. Flick, desde luego, no pudo verlo, y el rugido del fuego apagó mi voz mientras lo llamaba. -Se detuvo para sacudirse el polvo de la túnica-. Flick tuvo suerte de escapar de la cámara, pero se perdió en los túneles. La pelea con el Portador de la Calavera me dejó algo debilitado, y aunque poseo una protección especial contra el fuego, tardé bastante en salir del foso. Fui a buscar a Flick, que estaba perdido en el laberinto de túneles subterráneos. Por fin me topé con él, casi matándolo del susto. Después fuimos a buscaros. Pero ahora debemos irnos rápidamente.

-¿La Espada...? -preguntó Hendel.

-No está. Se la han llevado a otra parte. Hablaremos de eso luego. Los gnomos enviarán refuerzos para proteger Paranor, y el Señor de los Brujos mandará a otros de sus portadores alados para asegurarse de que no vais a causarle más problemas. Con la Espada de Shannara aún en su poder y creyéndoos atrapados en la Fortaleza de los Druidas, inmediatamente desplazará su atención a sus planes para la invasión de las cuatro tierras. Si logra invadir Callahorn y los países fronterizos rápidamente, el resto de la Tierra del Sur caerá sin oponer resistencia.

-Entonces es demasiado tarde. ¡Estamos perdidos! -exclamó Menion con amargura.

Allanon meneó la cabeza enfáticamente.

-Sólo hemos sido superados en táctica, pero no vencidos, príncipe de Leah. El Señor de los Brujos descansa tranquilo creyendo que ha ganado, que nos ha destruido y ya no somos una amenaza. Quizá podamos usar eso contra él. No debemos desesperarnos. Ahora venid conmigo.

Los condujo rápidamente a través de la puerta abierta. Un momento después, la cámara de la torre quedó vacía.

XVIII

La pequeña banda de gnomos arrastró a Shea hacia el norte hasta que el sol se puso. El muchacho estaba exhausto cuando la marcha se inició y cuando se detuvieron para pasar la noche, se derrumbó al instante y se quedó dormido antes de que los gnomos hubieran terminado de atar sus pies. La larga caminata los había llevado hasta las orillas de un río desconocido que se dirigía hacia el norte, dentro de una región montañosa al oeste del bosque del Alto Anar que bordeaba la Tierra del Norte. El viaje se volvió considerablemente más difícil, pasando de las praderas planas de las llanuras de Rabb a montecillos ondulantes e irregulares. Después de un rato, la banda escalaba en lugar de caminar, cambiando constantemente de dirección para evitar las colinas más altas. Era un bello paisaje, las praderas alternaban con pequeños bosques de viejos árboles frondosos, cuyas ramas se inclinaban graciosamente con la ligera brisa primaveral. Pero esta belleza pasó desapercibida para el exhausto valense, que apenas podía concentrarse en poner un pie delante del otro mientras sus indiferentes captores le empujaban sin descanso. Al caer la noche, se adentraron en la región montañosa, y si Shea hubiese podido consultar el mapa de la región, habría descubierto que se encontraban acampados justo enfrente de Paranor. Tal como estaba, el sueño acudió a él tan rápidamente que sólo pudo recordar cómo cayó agotado sobre la tierra cubierta de hierba.

Los diligentes gnomos terminaron de atarlo y luego prepararon un fuego para la magra cena. Un gnomo ocupó el puesto de centinela, más que nada por costumbre, ya que se sentían seguros en su propia tierra; otro se encargó de vigilar al cautivo dormido. El jefe gnomo no se había dado cuenta de quien era Shea, ni de la importancia de las piedras élficas, aunque fue lo bastante inteligente como para deducir que debían de tener algún valor. Su plan era llevar al muchacho a Paranor donde consultaría a sus superiores respecto a que destino darles al joven y a las piedras. Quizás ellos sabrían más de estos asuntos. Los del gnomo sólo tenían que ver con el cumplimiento correcto de la orden de patrullar la región; y fuera de esa tarea, no le preocupaba saber nada más.

El fuego pronto estuvo dispuesto y los gnomos comieron deprisa la comida preparada con pan y carne. Cuando terminaron, se reunieron alrededor del calor de la hoguera y contemplaron con curiosidad las tres piedras élficas que el jefe había sacado para inspeccionarlas a instancias de sus subordinados. Los mustios rostros amarillos se inclinaron hacia el fuego y hacia la mano extendida del jefe, donde las piedras centelleaban bajo la luz oscilante. Uno de los curiosos subalternos intentó tocarlas, pero un golpe seco de su superior lo obligó a apartarse hacia las sombras. El jefe gnomo tocó las piedras con curiosidad y las hizo rodar en su palma abierta mientras los otros observaban fascinados. Al final, los gnomos se cansaron del entretenimiento y las piedras volvieron a la bolsa de cuero y a la túnica del jefe. Abrieron una botella de cerveza para protegerse del frío de la noche y para que les ayudase a olvidar sus preocupaciones inmediatas. La botella fue pasando de uno a otro y los pequeños soldados amarillos rieron y bromearon hasta tarde, manteniéndose cerca del fuego para calentarse. Incluso el solitario centinela se acercó, sabiendo que su guardia era innecesaria.

La cerveza se acabó, y los agotados cazadores se acostaron, extendiendo sus mantas en un apretado círculo alrededor del fuego. El centinela tuvo el suficiente sentido común para arrojar una manta sobre el cautivo dormido, pensando que no sería bueno tener que llevarlo hasta Paranor enfermo. Momentos más tarde, el campamento estaba en silencio,

todos dormían salvo el centinela que seguía de pie en las sombras a pesar de su cansancio, más allá de la luz del pequeño fuego de campaña que poco a poco se iba extinguiendo.

Shea durmió con un sueño ligero, despertándose a intervalos con pesadillas en las que estaban presentes la horrible escapada con Flick y Menion hasta llegar a Culhaven y el aciago viaje desde allí hasta Paranor. Revivió la batalla con el Fantasma de las Nieblas, sintiendo en su cuerpo la garra fría y cenagosa, experimentando el terror por el contacto con las mortíferas aguas del pantano que lamían sus piernas. Sintió la desesperación apoderarse de él mientras los tres volvían a perderse en los Robles Negros, aunque ahora él estaba solo en el gran bosque y sabía que era imposible salir. Tendría que continuar vagando hasta su muerte. Pudo oír los aullidos de los lobos acechantes acercándose a él mientras intentaba correr, zigzagueando frenéticamente por el interminable laberinto de gigantescos árboles. Un momento después, el escenario cambió y la expedición se encontró ante las ruinas de la ciudad en medio de las montañas de Wolfsktaag. Observaban con curiosidad las vigas de metal, inconscientes del peligro que se escondía en la jungla que los rodeaba. Sólo Shea sabía lo que estaba a punto de ocurrir, pero cuando intentó avisar a los otros, descubrió que no podía hablar. Después vio a la criatura gigantesca arrastrándose hacia delante, saliendo de su escondite para atacar a los desprevenidos hombres, y él no podía moverse para avisarles. Parecían ignorar lo que estaba a punto de ocurrir, y la criatura se abalanzó, una masa de pelo negro y dientes. Después Shea estaba en el río, sacudiéndose y girando frenéticamente, intentando en vano mantener su cabeza sobre las rápidas aguas para respirar el aire vivificante. Pero era arrastrado hacia abajo y sabía que iba a ahogarse. Intentaba luchar con desesperación, agitarse salvajemente mientras era arrastrado cada vez más hacia el fondo.

Entonces, de repente, se encontró despierto y contemplando los primeros débiles trazos de luz del próximo amanecer. Sus manos y sus pies estaban fríos y entumecidos por las apretadas correas de cuero que le ataban. Miró ansiosamente a su alrededor, a las brasas de carbón de la hoguera y a los cuerpos inmóviles de los gnomos sumidos en un profundo sueño. Las montañas estaban aún en la penumbra, tan silenciosas que el muchacho podía oír su propia respiración. A un lado del campamento, se hallaba la figura solitaria del centinela, su pequeño cuerpo era una sombra borrosa al borde del claro, cerca de un frondoso arbusto. Su figura era tan vaga en la nebulosidad de la noche agonizante que durante varios segundos Shea no estuvo seguro de que no formase parte del arbusto. Volvió a recorrer con la mirada el campamento, incorporándose sobre un codo y frotándose los ojos para salir del sueño, observando todo con cautela. Durante un corto momento estuvo manipulando las correas que lo ataban, esperando en vano poder quitárselas y correr hacia la libertad antes de que los durmientes gnomos pudiesen atraparlo. Por un momento contempló desalentado el suelo que tenía ante él, convencido de que había llegado el fin, que en cuanto los gnomos lo llevasen a Paranor sería entregado a los Portadores de la Calavera, que acabarían con él rápidamente.

Entonces oyó algo. Sólo fue un débil susurro procedente de algún lugar de la oscuridad al otro lado del claro, pero le hizo buscar con atención, tratando de escuchar algo más. Sus ojos de elfo recorrieron rápidamente el campamento y los gnomos, pero nada parecía fuera de su lugar. Tardó unos instantes en volver a localizar al guardián solitario junto al arbusto, pero el gnomo no se había movido de su lugar. Entonces una enorme sombra negra surgió del matorral, envolvió al centinela y lo hizo desaparecer. Shea parpadeó sin poder creerlo, pero no estaba equivocado. En el lugar donde antes se encontraba el gnomo, ahora no había nadie. Pasó cierto tiempo sin que sucediera nada más. El sol ya estaba saliendo. Los últimos vestigios de la noche se desvanecieron con rapidez y el borde del sol dorado de la mañana apareció sobre la cima de una lejana colina del este.

A su izquierda, se produjo un suave sonido y el valense se volvió en el acto. De detrás de una pequeña arboleda surgió una de las visiones más extrañas que el joven había contemplado. Era un hombre vestido totalmente de color escarlata, un tipo que nunca podría encontrarse en Val Sombrío. Al principio, el valense pensó que era Menion, recordando un atuendo de caza que éste poseía. Pero en seguida se hizo evidente que el extraño no era su amigo, ni se le parecía. Su talla, postura y maneras eran muy distintas. Le fue imposible distinguir otros rasgos en la penumbra. En una mano llevaba un cuchillo pequeño de caza y en la otra un extraño objeto puntiagudo. La figura escarlata avanzó lentamente por un lado y se colocó detrás de Shea antes que éste pudiera ver claramente su rostro. El cuchillo de caza se introdujo entre las correas y liberó al cautivo valense. La otra mano pasó ante su cara y los ojos de Shea se abrieron con sorpresa al descubrir que no existía, que su lugar lo ocupaba un sobresaliente punzón de hierro de aspecto mortífero.

-Ni una palabra -dijo junto a su oído la voz del que cortaba las correas-. No mires, no pienses, sólo ve hacia los árboles de la izquierda y espera allí. ¡Vamos!

Shea no se detuvo a hacer preguntas, sino que obedeció rápidamente. Incluso sin ver el rostro de su liberador, pudo imaginar por la voz ronca y el miembro mutilado que lo más sensato sería hacerle caso. Se escabulló del campamento sin hacer ruido, corriendo agachado hasta esconderse tras los árboles. Allí se detuvo para esperar al otro, pero con sorpresa, vio que la figura escarlata se paseaba sigilosamente entre los gnomos durmientes; al parecer, buscando algo. El sol había salido ya del todo, y su luz enmarcó al forastero mientras se agachaba sobre el cuerpo encogido del jefe gnomo. Una mano enguantada se introdujo cautelosamente en su túnica, tanteando durante un momento, y salió sosteniendo la pequeña bolsa de cuero con las preciadas piedras élficas. Al quedar la mano con la bolsa suspendida durante unos instantes en el aire, el gnomo se despertó, e intentó apresar con una mano la muñeca del extraño, mientras la otra, empuñando su pequeña espada, se disponía a acabar con él. Pero el liberador de Shea era demasiado rápido para ser cogido descuidado. El gran punzón de hierro paró el golpe con un sonoro choque de metales y después, con un rápido impulso, atravesó la garganta desnuda del gnomo. Cuando el extraño se levantó deshaciéndose del cuerpo muerto, todo el campamento se había despertado con el ruido del forcejeo. Los gnomos se levantaron al instante, con sus cuchillos en la mano, y se abalanzaron contra el intruso antes de que lograse escapar. El liberador escarlata fue obligado a luchar de nuevo, enfrentándose a una docena de atacantes con un pequeño cuchillo en una mano.

Shea pensó que el hombre estaba perdido y se preparó para saltar de su escondite en los árboles e intentar ayudarle. Pero el sorprendente forastero se sacudió de encima la primera embestida de gnomos como si fuesen ratones, impidiendo su desorganizado ataque y dejando a dos retorciéndose en el suelo heridos de muerte. Después emitió un grito agudo cuando la segunda oleada de atacantes se lanzó, y de las sombras del otro lado del campamento irrumpió una enorme figura negra que sostenía una gran porra. Con furia indescriptible, cayó sobre los sorprendidos gnomos dispersándolos con fuertes porrazos de su maza, como si no fuesen más que frágiles hojas. En menos de un minuto, todos lo gnomos yacían en el suelo, sin moverse. Shea observaba atónito detrás de los árboles, mientras la enorme figura se acercaba a su liberador, en cierto modo como un perro fiel buscando la aprobación de su amo. El extraño habló en voz baja con el gigante durante unos momentos, y después se encaminó hacia Shea mientras su compañero seguía vigilando a los gnomos.

-Creo que eso es todo -dijo en voz alta mientras se acercaba al valense, sosteniendo la bolsa de cuero en su mano buena.

Shea estudió durante un momento el rostro del hombre, ignorando aún quién podría ser su benefactor. Por la forma airosa en que caminaba, Shea pensó que sin duda era un tipo arrogante cuya incuestionable confianza en él mismo sólo era igualada por su innegable eficacia en la lucha. El rostro curtido y tostado estaba totalmente afeitado, a excepción de un pequeño bigote bien cortado sobre el labio superior. Tenía uno de esos rostros que no muestran la edad; no parecía ni viejo ni joven, sino algo indefinido. Sin embargo, sus modales eran los de un joven y sólo su piel curtida y los ojos profundos revelaban que nunca más volvería a los cuarenta. El pelo oscuro aparecía ligeramente veteado de gris, aunque en la brumosa luz del amanecer era difícil estar seguro. La cara era ancha y las facciones prominentes, especialmente la boca grande y afable. Tenía un rostro atractivo y seductor, pero Shea sintió instintivamente que aquello era una especie de máscara que ocultaba la verdadera naturaleza del hombre. El forastero se hallaba ante el inseguro valente, sonriendo y esperando algún comentario de lo ocurrido.

-Quiero darles las gracias -farfulló rápidamente Shea-. Hubiera sido el final para mí a no ser por...

-No estuvo mal, no estuvo mal. Rescatar gente no es exactamente nuestra ocupación, pero esos demonios te habrían despedazado sólo para pasar el rato. Soy de la Tierra del Sur, ¿sabes? Hace bastante tiempo que no he vuelto por allí, pero sin embargo es mi tierra. Tú eres de allí, seguro. ¿De las poblaciones de las montañas, quizá? Desde luego tienes sangre élfica, también... -La voz se apagó bruscamente y, durante un momento, Shea tuvo la certeza de que el hombre no sólo sabía quién era sino también qué era, de que había escapado de un peligro para caer en otro mucho peor. Se volvió a mirar a la criatura gigantesca que estaba entre los gnomos para asegurarse de que no fuese un Portador de la Calavera-. ¿Quién eres, amigo, y de dónde vienes? -preguntó de repente el extraño.

Shea le dijo su nombre y le explicó que era de Val Sombrío. Le contó que estaba explorando el río por el sur cuando su bote volcó y fue arrastrado río abajo y depositado ya inconsciente en una orilla, donde fue encontrado por la banda de gnomos. El cuento inventado era bastante cercano a la realidad, de modo que el hombre podía creerlo. Shea no podía confiar aún en los forasteros para explicarles toda la verdad sin saber algo más de ellos. Concluyó su historia declarando que los gnomos lo habían encontrado y decidido hacerle prisionero. El hombre lo miró durante un largo rato, una sonrisa divertida cruzó sus labios mientras jugueteaba con la bolsa de cuero.

-Bueno, dudo que me hayas dicho toda la verdad. -Soltó una pequeña carcajada-. Pero no puedo culparte. Si estuviese en tu lugar, tampoco te lo diría todo. Ya habrá tiempo para la verdad más tarde. Mi nombre es Panamon Creel.

Extendió su ancha mano hacia Shea, quien la aceptó y estrechó afectuosamente. El extraño tenía un puño como de hierro y él se encogió involuntariamente ante el fuerte apretón. El hombre sonrió y le soltó la mano, señalando al gigante que estaba detrás.

-Mi compañero, Keltset. Hace dos años que vamos juntos y nunca he tenido un amigo mejor, aunque desearía que fuese un poco más locuaz, quizá. Keltset es mudo.

-¿Quién es? -preguntó Shea con curiosidad, contemplando la gran figura que caminaba torpemente por el pequeño claro.

-Es evidente que no conoces esta parte del mundo -rió divertido-. Keltset es un rock troll. Su hogar estaba en las montañas de Charnal, hasta que su gente lo desterró. Los dos fuimos desterrados en este mundo desagradecido, pero la vida nos ha tratado de diferente forma, supongo. No tenemos elección.

-Un rock troll -repitió Shea asombrado-. Nunca había visto a un rock troll. Creía que todos eran criaturas salvajes, casi como animales. ¿Cómo pudo...?

-Cuida tu lengua, amigo -le avisó con brusquedad el extranjero-. A Keltset no le gusta esa expresión y es lo bastante sensible como para aplastarte por usarla. Tu problema es que lo miras y ves un monstruo, una criatura deforme, distinta a ti y a mí, y te preguntas si es peligroso. Entonces te digo que es un rock troll y te convences aún más de que es un animal; por tu educación limitada y tu falta de experiencia, te lo aseguro. Deberías haber viajado conmigo durante unos cuantos años. Sí, habrías aprendido que incluso una sonrisa amistosa muestra los dientes detrás.

Shea observó con atención al gigante que se inclinaba ociosamente sobre los gnomos tendidos en el suelo, mirando alrededor por si se le había escapado algo en su búsqueda exhaustiva entre las ropas y pertrechos. Keltset tenía básicamente forma de hombre, vestido con pantalones hasta las rodillas y una túnica ceñida con un cordón verde. Alrededor del cuello y las muñecas llevaba cadenas metálicas de protección. Su característica realmente peculiar era una piel con aspecto de corteza que le cubría todo el cuerpo, dándole un color de carne cocida, pero no chamuscada. La cara oscura tenía rasgos poco notables, romos e indefinidos, con unas cejas espesas y ojos hundidos. Las extremidades eran iguales a las de un hombre excepto por las manos. Carecía de dedo meñique en ambas manos; sólo un pulgar y tres dedos rechonchos y fuertes casi tan grandes como las pequeñas muñecas del valense.

-No me parece demasiado manso -declaró Shea en voz baja.

-¡Ahí lo tienes! El ejemplo perfecto de una opinión apresurada, absolutamente carente de fundamento. Sólo porque Keltset no parece civilizado ni se muestra inteligente ante las cosas, lo calificas como a un animal. Shea, amigo mío, puedes creerme cuando te digo que Keltset es un humano sensible con los mismos sentimientos que tú o yo. Ser un troll en la Tierra del Norte es tan normal como ser un elfo en la Tierra del Oeste.

Shea miró cautelosamente el rostro ancho y tranquilizador, la fácil sonrisa que parecía esbozarse con demasiada naturalidad, e instintivamente desconfió de aquel hombre. Aquellos dos eran algo más que viajeros que pasaban por la región y al verlo en apuros decidieran acudir en su ayuda de forma altruista. Se habían aproximado al campamento de los gnomos con habilidad y astucia, y cuando fueron descubiertos, destruyeron a toda la patrulla con una eficiencia despiadada. A pesar de lo peligroso que parecía el rock troll, Shea estaba seguro de que Panamon Creel lo era aún más.

-Es probable que estés mejor informado que yo sobre el asunto -admitió Shea, eligiendo las palabras con cuidado-. Siendo de la Tierra del Sur, y habiendo viajado poco fuera de sus fronteras, no estoy familiarizado con las peculiaridades de esta región del mundo. Os debo a los dos mi vida, y mi agradecimiento también alcanza a Keltset.

El forastero sonrió ante su expresión de gratitud, obviamente complacido por la inesperada cortesía.

-No son necesarias las gracias, ya te lo he dicho -replicó-. Ven conmigo y siéntate un rato mientras esperamos que Keltset termine su tarea. Debemos hablar más sobre lo que te trajo a esta región. Esta parte es muy peligrosa, ¿sabes?, especialmente si se viaja solo.

Le condujo hasta el árbol más cercano donde se sentó con ademanes cansados, apoyando la espalda contra el delgado tronco. Seguía llevando en la mano la bolsa de las piedras élficas, pero a Shea le pareció que aún no era momento de tratar el tema. Seguramente el extranjero le preguntaría si eran suyas; entonces podría recuperarlas y seguir hacia Paranor. Sus amigos estarían buscándolo en la vertiente oriental de los Dientes del Dragón o más cerca de Paranor.

-¿Por qué registra Keltset a los gnomos? -preguntó el joven tras un momento de silencio.

-Bueno, puede haber alguna señal que indique de dónde proceden, o adónde se dirigen. Quizá tengan comida, que podría sernos útil ahora mismo. ¿Quién sabe? Puede que tengan algo valioso...

Se interrumpió bruscamente y miró con atención a Shea, balanceando con una mano ante los ojos del valense la bolsa de cuero, sosteniéndola como un cebo de caza ante un animal. Shea vaciló, dándose cuenta de que el hombre había deducido que le pertenecían desde el principio. Debía hacer algo deprisa para no delatarse.

-Son mías. La bolsa y las piedras son mías.

-¿Ah sí? -Panamon Creel sonrió irónicamente-. No veo tu nombre en la bolsa. ¿Dónde las encontraste?

-Me las dio mi padre -mintió Shea rápidamente-. Hace años que las tengo. Las llevo a todas partes; son una especie de amuleto. Cuando los gnomos me capturaron, me registraron y me quitaron la bolsa con las piedras. Pero son mías.

El liberador vestido de escarlata sonrió y abrió la bolsa, depositando las piedras en su palma abierta, aguantando la bolsa con el punzón de peligroso aspecto. Las sopesó y las alzó hacia la luz, admirando su resplandor azul brillante. Después se volvió hacia Shea, levantando las cejas con una expresión burlona.

-Puede que sea cierto lo que dices, pero también puede ser que las robases. Parecen demasiado valiosas como para llevarlas como amuleto. Creo que las guardaré hasta que esté convencido de que eres su auténtico dueño.

-Pero tengo que marcharme. Debo encontrarme con mis amigos -farfulló Shea desesperado-. ¡No puedo quedarme con vosotros hasta que estés seguro de que las piedras me pertenecen!

Panamon Creel se levantó lentamente y le sonrió, escondiendo la bolsa y su contenido dentro de su túnica.

-Eso no es ningún problema. Dime dónde puedo encontrarte, y te llevaré las piedras en cuanto haya comprobado tu historia. Iré por la Tierra del Sur dentro de unos meses.

Shea estaba totalmente fuera de sí, y se puso de pie enfurecido.

-¡Claro, no eres más que un ladrón, un vulgar salteador de caminos!

Panamon Creel estalló repentinamente en un ataque de risa incontrolable. Después, recobró el control de sí mismo, meneando la cabeza con incredulidad mientras las lágrimas resbalaban por su cara. Shea le miró atónito, incapaz de comprender qué resultaba tan divertido en su acusación. Incluso el enorme rock troll se había detenido un momento y se volvió para mirarlos con su oscuro rostro plácido e inexpresivo.

-Shea, tengo que admirar a un hombre que habla con franqueza -exclamó el extranjero, todavía riendo divertido-. Nadie podría acusarte de no ser observador.

El irritado joven empezó a buscar un nuevo insulto pero luego se contuvo al reflexionar sobre los hechos en su confusa mente. ¿Qué estaban haciendo aquellos dos extranjeros en esta parte de la Tierra del Norte? ¿Por qué se habían molestado en rescatarlo? ¿Cómo habían sabido que era un prisionero de la banda de gnomos? Comprendió la verdad en un instante; era tan obvia que le había pasado desapercibida.

-¡Panamon Creel, el amable liberador! -se burló amargamente-. No me extraña que encuentres mi observación tan divertida. ¡Tú y tu amigo sois exactamente eso. Ladrones, rateros, salteadores de caminos! ¡Eran las piedras lo que buscabais! ¿Cuán bajo podéis...?

-¡Cuida tu lengua, jovencito! -El forastero escarlata saltó ante él amenazándole con el punzón de hierro. Su rostro estaba distorsionado por un odio repentino, la sonrisa constante bajo el bigote se volvió perversa y la furia encendió sus oscuros ojos-. Lo que

pienses de nosotros será mejor que te lo guardes para ti. He tenido que pasar por muchas cosas en este mundo y nadie me ha dado nunca nada. Por tanto, no dejo que ningún hombre se lleve nada.

Shea retrocedió para protegerse, aterrorizado por haber sobrepasado sus límites estúpidamente con aquella pareja imprevisible. Era indudable que su rescate fue algo secundario, siendo las piedras élficas el principal objetivo de los ladrones. Panamon Creel no era alguien con quien se pudiese bromear, y una lengua imprudente en esa etapa del juego podría costarle la vida. El fornido ladrón miró a su aterrorizado cautivo durante un largo rato y después retrocedió lentamente, los rasgos enfurecidos se relajaron y un débil rastro de su anterior buen humor retornó con una rápida sonrisa.

-¿Por qué íbamos a negarlo, Keltset y yo? -Empezó a pasearse de manera arrogante y luego, de repente, se volvió hacia Shea otra vez-. Somos aventureros. Personas que viven gracias a su ingenio y habilidad; sin embargo no diferentes de otros humanos, salvo en los métodos. ¡Y quizá en nuestro desdén por la hipocresía! Todos los humanos son ladrones de uno u otro modo; nosotros simplemente lo somos a la antigua usanza de los honestos que no se avergüenzan de lo que son.

-¿Cómo disteis con este campamento? -preguntó vacilante Shea, temiendo irritar más a ese hombre tan temperamental.

-Descubrimos el fuego por la noche, poco antes del amanecer -replicó el otro en tono indiferente, sin el menor resto de hostilidad-. Me acerqué al borde del claro para espiar y descubrí a mis pequeños amigos amarillos jugando con esas tres gemas azules. También te vi a ti, atado y pidiendo ser rescatado. Así que decidí matar dos pájaros de un tiro, Y ya ves, no mentía cuando te dije que no me gusta ver a un tipo de la Tierra del Sur en manos de esos demonios.

Shea asintió, feliz de estar libre, pero inseguro de si estaba mejor ahora o cuando era prisionero de los gnomos.

-Deja de preocuparte, amigo -dijo Panamon Creel dándose cuenta de sus dudas-. No tenemos intención de hacerte ningún daño. Sólo queremos las piedras. Podemos ponerles un buen precio y el dinero nos será útil. Puedes marcharte por donde viniste en cuanto quieras.

Bruscamente se dio la vuelta y se alejó hacia el lugar donde aguardaba Keltset junto a un pequeño montón de armas, ropas y todo tipo de artículos de valor que había recogido de los gnomos caídos. La enorme figura del troll hacía parecer pequeño a su corpulento compañero; su piel oscura y con aspecto de corteza le daba apariencia de árbol nudoso que proyectaba su sombra sobre el hombre de ropas escarlata. Los dos conversaron brevemente, Panamon en voz baja y el otro replicando con signos y asentimientos de su gran cabeza. Se volvieron hacia las cosas amontonadas, que el hombre revolvió rápidamente, apartando la mayor parte como chatarra inútil. Shea observó durante un momento, indeciso sobre lo que debía hacer a continuación. Había perdido las piedras, y sin ellas estaba casi indefenso en aquella tierra salvaje. Había perdido a sus compañeros en los Dientes del Dragón, los únicos que le apoyarían, los únicos que podían ayudarle realmente a recobrar las piedras. Después de haber llegado tan lejos, era absurdo pensar en volver, aunque no significase ningún peligro. La expedición dependía de él y nunca abandonaría a Flick ni a Menion, a pesar de todos los riesgos que ello implicara.

Panamon Creel dirigió una breve mirada por encima de su hombro para ver si el muchacho había hecho algún intento de marcharse, y un débil asomo de sorpresa se registró en su atractivo rostro al ver que el joven seguía de pie donde lo dejó:

-¿Qué estás esperando?

Shea meneó su cabeza lentamente, indicando que no estaba del todo seguro. El alto ladrón le observó durante un largo rato, y entonces sonriéndole le indicó con la mano que se acercase.

-Ven y toma un bocado, Shea -le invitó-. Lo mínimo que podemos hacer es darte de comer antes de que vuelvas a la Tierra del Sur.

Quince minutos más tarde los tres estaban sentados alrededor de un pequeño fuego de campaña, mirando cómo se calentaban en el calor humeante las apetecibles tiras de carne. El mudo Keltset se sentó en silencio junto al pequeño valense, sus profundos ojos fijos en la carne humeante, las grandes manos apretadas con un gesto infantil, acurrucado ante el fuego. Shea tuvo un incontenible deseo de extender una mano y tocar a la extraña criatura para palpar su piel rugosa con aspecto de corteza. Los rasgos del troll eran increíblemente suaves incluso desde esa corta distancia. Éste no se movió mientras la comida se asaba, sentado con absoluta tranquilidad, quieto como una roca que durante siglos no se hubiese alterado. Panamon Creel echó una ojeada a su alrededor y descubrió que Shea no quitaba los ojos de la enorme criatura. Sonrió y apoyó una mano sobre el sobresaltado valense.

-No te morderá, mientras tenga comida. Ya te lo he dicho, pero no me escuchas. Es la juventud; indomable y despreocupada, sin tiempo para los mayores. Keltset es como tú y como yo, sólo que más grande y más callado, que es lo que me gusta en un compañero para este trabajo. Hace su tarea mejor que cualquier otro hombre con el que haya trabajado, y he trabajado con bastantes, te lo aseguro.

-Hace lo que le dices, ¿no? -preguntó Shea.

-Claro, claro -fue la inmediata respuesta; después, la figura escarlata se inclinó hacia el rostro pálido del otro, elevando bruscamente el punzón de hierro-. Pero no me interpretes mal, jovencito, porque no quiero decir que sea una especie de animal. Puede pensar por sí mismo si es necesario. Pero yo fui amigo suyo cuando nadie se preocupaba por él, ¡nadie! Es el ser vivo más fuerte que he visto. Podría aplastarnos sin apenas esfuerzo. Pero, ¿sabes una cosa? Le golpeé, y ahora me sigue. -Se detuvo a comprobar la reacción del otro, abriendo los ojos complacido ante la sorprendida mirada de incredulidad del valense. Se rió alegremente y golpeó su rodilla con exaltado buen humor por la reacción que había provocado-. ¡Le golpeé con la amistad, no con la fuerza! Lo respeté como a un humano, lo traté como a un igual, y por ese precio tan barato, me gané su lealtad. ¡Ah, te sorprende!

Todavía carcajeándose por su pequeña broma, el ladrón sacó las tiras de carne del fuego y tendió el palo que las sostenía hacia el silencioso troll, que cogió unas cuantas y empezó a masticarlas ávidamente. Shea se sirvió cuando se le ofreció, dándose cuenta de repente de que estaba hambriento. No podía siquiera recordar la última vez que había comido y empezó a mordisquear vorazmente la sabrosa carne. Panamon Creel meneó su cabeza divertido y ofreció al valense un segundo trozo antes de coger otro para él. Los tres comieron callados durante varios minutos, hasta que Shea se aventuró a continuar las averiguaciones acerca del destino de sus compañeros.

-¿Qué os hizo decidir convertiros en... ladrones? -preguntó con cautela.

Panamon Creel le dirigió una rápida mirada, arqueando las cejas sorprendido.

-¿Qué te importan las razones? ¿Piensas escribir nuestra historia? -Se interrumpió y se contuvo, sonriendo para aplacar su irritación-. No hay ningún secreto, Shea. Nunca he llevado una vida demasiado honesta, nunca he servido para trabajar de forma normal. Fui un niño rebelde, ansioso de aventuras, de conocer el mundo, que odiaba el trabajo. Después perdí la mano en un accidente, y me fue incluso más difícil encontrar un empleo

que me procurase una vida agradable, que me proporcionase lo que yo quería. Entonces vivía en el corazón de la Tierra del Sur, en Talhan. Tuve varios problemas y más tarde aún más. Después aprendí a vagar por las cuatro tierras robando para vivir. Lo divertido fue que descubrí que era tan bueno para eso que no pude abandonarlo. Y me divertía. Y aquí estoy, quizá no soy rico, pero sí feliz y en la flor de la juventud, o al menos de la madurez.

-¿Nunca has pensado en volver? -insistió Shea, incapaz de creer que el hombre estuviese siendo honesto consigo mismo-. ¿Nunca has pensado en un hogar y...?

-Por favor, muchacho, déjate de sensiblerías -replicó el otro riéndose-. Si sigues con eso pronto me harás llorar, suplicando el perdón de rodillas.

Estalló en otro ataque de risa estridente que hizo que incluso el silencioso troll se volviese para contemplarlo durante un momento antes de volver a su comida. Shea sintió una sofocante indignación extendiéndose en su cara y lentamente volvió a dedicarse a la comida, masticando la carne con violencia, descargando su furia y su vergüenza. Tras unos momentos, la risa se redujo a pequeñas carcajadas, el ladrón agitaba la cabeza divertido mientras intentaba tragar un poco de alimento. Después, continuó su narración con un tono de voz más tranquilo, sin que mediara ninguna pregunta:

-Keltset tiene una historia distinta a la mía, quiero dejar esto claro. No tengo ninguna razón para llevar este tipo de vida, pero él sí la tiene. Es mudo de nacimiento, y a los trolls no les gustan los tarados. Una especie de ironía, supongo. De modo que le hicieron la vida bastante difícil, maltratándole y pegándole cuando se enfurecían por cualquier cosa contra la que no pudiesen descargar la rabia. Él era blanco de todas las bromas, pero nunca se defendió porque aquella gente era todo lo que tenía. Después se hizo grande, tan grande y fuerte que los otros se asustaban de él. Una noche, algunos de los más jóvenes intentaron hacerle daño, daño de verdad, para hacerlo huir o para matarlo. Pero no funcionó como esperaban. Fueron demasiado lejos, y él se defendió y mató a tres. En consecuencia, lo echaron del pueblo y un troll expulsado no tiene hogar fuera de su propia tribu o lo que sean. Así que estuvo vagando por ahí hasta que me encontró. -Sonrió ligeramente y miró hacia el gran rostro plácido que se inclinaba sobre los últimos trozos de carne, comiéndolos ansiosamente-. Sin embargo, él sabe lo que hacemos, y supongo que sabe que no es un trabajo honesto. Pero es como un niño que ha sido tan maltratado que no tiene respeto por los otros, porque ellos nunca le hicieron ningún bien. Además, estamos en esta región donde sólo hay gnomos y enanos, los enemigos naturales de los trolls. Nos mantenemos alejados del corazón de la Tierra del Norte y raramente llegamos muy al sur. Y así nos va bien.

Volvió su atención al trozo de carne, masticando con expresión abstraída mientras observaba fijamente las brasas del fuego, removiéndolas con la punta de su bota de cuero, elevándose las pavesas en pequeñas nubes que se desvanecían en el aire. Shea terminó de comer sin hacer ningún otro comentario, preguntándose cómo podría recuperar las piedras élficas, deseando saber dónde estarían ahora sus amigos.

Momentos más tarde, la comida estaba terminada y el ladrón vestido de escarlata se levantó bruscamente, esparciendo las brasas con un rápido puntapié. El gigante también se levantó y aguardó de pie a que su amigo hiciese el segundo movimiento, encumbrándose por encima de Shea con su alta figura. El valense se levantó al fin y observó a Panamon Creel recoger algunas baratijas y varias armas que introdujo en un saco que luego entregó a Keltset para que lo llevase. Después se volvió hacia el pequeño muchacho.

-Ha sido interesante conocerte, Shea, y te deseo buena suerte. Cuando piense en las gemas me acordaré de ti. Es una pena que no puedas conservarlas, pero al menos salvaste la vida; o mejor dicho, te la salvamos. Piensa que las piedras son un obsequio por los servicios prestados. Así sentirás menos haberlas perdido. Ahora será mejor que te pongas

en marcha si piensas llegar a salvo hasta la Tierra del Sur dentro de unos días. La ciudad de Varfleet queda justo al sureste, y la encontrarás sin problemas. Sólo sigue por el camino abierto.

Se dio la vuelta para irse, haciendo una señal a Keltset para que lo siguiese. Ya había dado unas cuantas zancadas cuando se volvió a mirar sobre su hombro. El valense no se había movido y contemplaba a los dos compañeros que partían como si estuviese hipnotizado. Panamon Creel meneó su cabeza con disgusto y caminó un poco más, luego se detuvo con fastidio y se giró, sabiendo que el otro seguiría inmóvil donde lo había dejado.

-¿Qué te pasa? -inquirió enfadado-. ¿No irás a decirme que se te ha ocurrido la estúpida idea de seguirnos y quitarnos las gemas? Eso estropearía una bonita amistad, porque tendría que cortarte las orejas, o quizá hacerte algo peor. ¡Ahora vete, lárgate de aquí!.

-¡Tú no entiendes lo que significan esas piedras! -gritó Shea desesperado.

-Creo que sí -fue la rápida respuesta-. Significan que durante un tiempo Keltset y yo seremos algo más que pobres ladrones. Significan que no tendremos que robar ni mendigar para comer durante algún tiempo. Significan dinero, Shea.

Desesperadamente, Shea se dirigió hacia los dos rateros, incapaz de pensar en nada excepto recuperar las preciadas piedras élficas. Panamon Creel le observó aproximarse atónito, seguro de que el muchacho había enloquecido hasta el punto de atreverse a atacarlos para recuperar las tres gemas azules. Nunca antes había encontrado un tipo tan tozudo. Había perdonado la vida del chico y le había otorgado generosamente la libertad, pero eso no parecía ser suficiente para satisfacerle. Shea se detuvo jadeante a unos metros de las dos altas figuras, y por su cabeza pasó el pensamiento de que había llegado al límite. La paciencia de los otros se habría agotado y ahora lo despacharían sin contemplaciones.

-Antes no te dije la verdad -farfulló finalmente-. No podía... Ni siquiera yo la conozco del todo. Pero las piedras son muy importantes; no sólo para mí, sino para todas las tierras. Incluso para ti, Panamon.

El ratero escarlata le miró con una mezcla de sorpresa y enojo, la sonrisa desapareció, pero los ojos oscuros todavía no estaban poseídos por la rabia. No dijo nada, sino que permaneció inmóvil esperando que el exasperado valense siguiese hablando.

-¡Tienes que creerme! -exclamó Shea con vehemencia-. Son algo más de lo que crees.

-Realmente así debe ser, al menos para ti -admitió el otro. Miró a Keltset, que estaba a su lado, y se encogió de hombros expresando su incredulidad ante el extraño comportamiento de Shea. El rock troll hizo un rápido movimiento hacia Shea, y el valense retrocedió aterrorizado, pero Panamon Creel detuvo a su enorme compañero alzando una mano.

-Mira, sólo concédeme un favor -rogó Shea desesperadamente, agarrándose a cualquier oportunidad de ganar algo de tiempo para pensar-. Condúceme al norte, hasta Paranor.

-¡Debes estar loco! -gritó el ladrón, horrorizado por la sugerencia-. ¿Qué razón puedes tener para querer ir a esa fortaleza negra? Es una región enormemente hostil. ¡No durarías ni cinco minutos! Vete a casa, muchacho. Vete a tu casa de la Tierra del Sur y déjame en paz, a mí y a mi compañero.

-Tengo que llegar a Paranor -insistió el otro rápidamente-. Eso es lo que iba a hacer cuando los gnomos me capturaron. Tengo amigos allí, amigos que me están buscando. ¡Debo unirme con ellos en Paranor!

-Paranor es un lugar maldito, una tierra abominable para las criaturas de la Tierra del Norte. ¡Incluso yo tendría miedo de entrar! -dijo Panamon titubeando-. Además, si tienes amigos allí, probablemente planeas llevarnos a Keltset y a mí a una especie de trampa para poder recuperar tus piedras. Ése es tu plan, ¿verdad? Olvídalo. Sigue mi consejo y vuelve al sur mientras puedas.

-Tienes miedo, ¿verdad? -balbuceó Shea furioso-.

Tienes miedo de Paranor y de mis amigos. No tienes valor para...

De repente enmudeció cuando el fuego de furia contenida prendió explosivamente en el ladrón; su rostro enrojeció ante tal acusación. Durante un momento, Panamon Creel se quedó quieto, todo su cuerpo estremecido por la rabia y observando fijamente al pequeño valense. Shea se mantuvo firme, apostándolo todo en este último argumento.

-Si no quieres llevarme contigo hasta Paranor, iré solo y me enfrentaré a mi suerte solo -aseguró. Durante un momento observó la reacción de los otros y luego continuó-: Todo lo que pido es que me acompañéis hasta los límites de Paranor. No os pido que vayáis más allá; no quiero llevaros a una trampa.

Panamon Creel negó con la cabeza expresando su incredulidad. La furia había desaparecido de sus ojos y una tenue sonrisa apareció en sus apretados labios, desplazando su mirada desde el valense al troll gigante. Se encogió los hombros y asintió:

-¿Por qué íbamos a preocuparnos? -murmuró burlonamente-. Es tu cuello el que está en peligro. Vamos, Shea.

XIX

Los tres extraños compañeros viajaron hacia el norte a través de la abrupta región montañosa hasta el mediodía, en que se detuvieron para una comida rápida y unos minutos de descanso. El terreno de la región no experimentó cambios durante la marcha matutina, una serie constante de elevaciones y depresiones que hacían el viaje difícil en extremo. Incluso el poderoso Keltset se vio obligado a escalar y gatear con los dos hombres, sin poder encontrar una base segura o un terreno llano que le permitiese andar derecho. La tierra no sólo era irregular y deforme, sino también estéril y de apariencia hostil. Las colinas estaban cubiertas de hierba y salpicadas de arbustos y pequeños árboles, pero transmitían a los viajeros un vacío salvaje y solitario que les hacía sentirse incómodos y malhumorados. La hierba era una maleza alta, tan fuerte que azotaba las piernas de los humanos con urticantes latigazos. Al ser hollada por las pesadas botas permanecía aplastada sólo durante unos segundos antes de levantarse nuevamente. Mirando hacia atrás en la dirección en que venían, Shea no podía deducir de su apariencia si había pasado alguien por allí. Los árboles diseminados estaban retorcidos y doblados, llenos de pequeñas hojas, pero daban la impresión de ser hijastros de la naturaleza, raquíticos de nacimiento y a los que sólo se había permitido sobrevivir en esta tierra solitaria. No había ningún rastro de vida animal, y desde el amanecer, los tres no vieron ni oyeron a ninguna otra criatura viviente.

Sin embargo, la conversación no faltó. De hecho, en varios momentos Shea deseó que Panamon Creel se cansase de su propia voz durante unos minutos. Toda la mañana, el ladrón mantuvo una charla constante con sus compañeros, consigo mismo y en ocasiones con nadie en particular. Habló sobre todo lo imaginable, incluido un montón de cosas sobre las que parecía no saber nada. El único tema de conversación que evitaba con cuidado era Shea. Actuaba como si Shea fuese meramente un compañero de armas, un amigo ladrón con el que podía hablar libremente de sus experiencias sin temor a la censura. Pero evitaba con meticulosidad mencionar el pasado de Shea, las piedras élficas o el propósito del viaje. En apariencia, había decidido que lo mejor sería llevar al molesto valense hasta Paranor lo antes posible, reunirlo con sus amigos y, sin demorarse más, continuar. Shea no tenía ni idea de adónde se dirigían los dos antes de encontrarlo. Quizá no habían decidido su destino. Escuchó con atención mientras el ladrón divagaba, intercalando sus comentarios cuando pensaba que era apropiado o cuando el otro parecía interesado en su opinión. Pero la mayor parte del tiempo, se concentró en el viaje e intentó idear la mejor manera de proceder para recuperar las piedras. La situación en cierto modo era insostenible, no importaba como procediese; los ladrones y él sabían que iba a intentar quitarles las piedras. La única pregunta que restaba era por qué método lo intentaría. Shea estaba convencido de que el astuto Panamon Creel solamente estaba jugando con él, dándole cuerda suficiente para descubrir cómo planeaba conseguir las piedras, y después, alegremente, tiraría del nudo para apretarlo sobre el cuello del valense.

De vez en cuando, mientras caminaban y conversaban, Shea miró en silencio al rock troll, preguntándose qué tipo de persona se escondía bajo aquel exterior inexpresivo. Panamon había dicho que era un inadaptado, una criatura desdeñada por su propia gente, un compañero del arrogante ladrón porque éste le había demostrado que era su amigo. Eso podía ser cierto, y así se lo pareció al escuchar el relato, pero había algo en la actitud del troll que le hacía dudar de que fuese un exiliado repudiado por su propia gente. El troll se conducía con una innegable dignidad: la cabeza erguida, su voluminoso cuerpo totalmente

erecto. Nunca hablaba, aparentemente porque era mudo. Sin embargo, había una inteligencia en sus ojos que indujo a Shea a creer que Keltset era bastante más complejo de lo que su compañero había explicado. Igual que con Allanon, Shea percibió que Panamon Creel no le había dicho toda la verdad. Pero a diferencia del druida, el astuto ladrón era con toda probabilidad un mentiroso, y el joven sintió que no debía creer nada de lo que le había dicho. Estaba seguro de que no conocía la historia completa de Keltset, ya fuese porque le había mentido o simplemente porque tampoco él la conocía. Estaba también seguro de que el aventurero vestido de escarlata, que en un instante le había salvado la vida y en el siguiente robado sus preciadas piedras élficas, era algo más que un salteador de caminos.

Terminaron rápidamente la comida de mediodía. Mientras Keltset recogía los útiles empleados, Panamon explicó a Shea que no estaban lejos del paso de Jannisson, en la frontera norte de la región montañosa. Una vez atravesaran este paso, cruzarían las praderas de Streleheim hacia el oeste para llegar a Paranor. Allí se separarían, remarcó el ladrón significativamente, y Shea podría encontrarse con sus amigos o ir a la Fortaleza de los Druidas, o lo que juzgase conveniente. El joven asintió, captando una insinuación de ansiedad en la voz del otro, sabiendo que ellos esperaban que en cualquier ocasión hiciese algún movimiento para recuperar las piedras. Sin embargo, no dijo nada, no dio ninguna muestra de que sospechase que estaban poniéndole un cebo, sino que recogió los pocos pertrechos que le quedaban aún y continuó el viaje. Los tres serpentearon a través de las estribaciones hacia unas montañas bajas que aparecieron al fondo. Shea estaba seguro de que las montañas situadas a su izquierda eran una prolongación de los impresionantes Dientes del Dragón, pero esta nueva serie de montañas parecía ser completamente diferente, y entre aquellas dos cadenas debía encontrarse el paso de Jannisson. Ahora estaban muy cerca de la Tierra del Norte, y para el valense no existía la posibilidad de volver atrás.

Panamon Creel se hallaba embarcado en otra serie de historias en apariencia interminables sobre sus aventuras. Curiosamente, pocas veces mencionaba a Keltset, otra indicación para Shea de que el ladrón sabía menos del rock troll de lo que presumía. Empezó a parecerle que el gigante era un misterio tan grande para el ladrón como para él. Si habían vivido juntos como ladrones durante dos años, como afirmaba Panamon, algunas de las historias deberían incluir a Keltset. Además, mientras que al principio a Shea le pareció que el troll seguía al otro como un perrito, tras una observación más atenta empezó a pensar que viajaba con el hombre por razones totalmente diferentes a las de éste. Era una conclusión a la que Shea llegó no por escuchar a Panamon sino por observar la conducta muda del troll. Le llamaba la atención su comportamiento orgulloso y su independencia. Keltset había sido rápido e implacable exterminando a los gnomos, pero mirando hacia atrás daba la impresión de que había hecho aquello porque tenía que hacerlo; no para complacer a su compañero o para apoderarse de las piedras. A Shea le resultaba difícil imaginar quién podría ser, pero estaba seguro de que no era un marginado oprimido y despreciado que había sido desterrado por su pueblo.

Era un día muy caluroso y Shea empezó a transpirar en abundancia. El terreno se había desnivelado por completo, y atravesar las sinuosas colinas resultaba trabajoso y lento. Panamon Creel charló durante un rato, riñendo y bromeando con Shea como si fuesen viejos amigos, compañeros de andanzas y de grandes aventuras. Le habló de las cuatro tierras. Había viajado por todas ellas, visto a sus gentes, estudiado sus formas de vida. Shea pensó que divagaba un poco al hablar de la Tierra de Oeste, y dudó que el ladrón supiese demasiado sobre los elfos, pero decidió que no sería conveniente insistir en el asunto. Escuchó con atención las historias de las mujeres que Panamon había encontrado en sus viajes, incluida la típica narración sobre la bella hija del rey a la que salvó y de la que se enamoró, perdiéndola cuando el padre se interpuso entre ellos y la llevó a tierras

lejanas. El valense suspiró, exagerando su compasión, riéndose en su interior de la historia, mientras el afligido ladrón terminó confesándole que aún continuaba buscándola. Shea remarcó que esperaba que la encontrase y ella lograra persuadirlo para que cambiara de vida. El hombre le dirigió una mirada aguda, estudiando el rostro serio; durante unos momentos permaneció en silencio, como meditando sobre las perspectivas.

Llegaron al paso de Jannisson unas dos horas más tarde. El paso estaba formado por una abertura en el encuentro de las dos cadenas montañosas, un paso amplio y de fácil acceso que conducía a una gran llanura en el otro lado. La enorme cadena de montañas que ascendía desde el sur era una prolongación de los altísimos Dientes del Dragón, pero la procedente del norte era desconocida para Shea. Sabía que las montañas de Charnal, el hogar de los grandes rock trolls, quedaba en algún lugar del norte, y esta segunda cadena podría ser una prolongación de esa cordillera. Esos picos desolados y casi inexplorados habían permanecido durante siglos como una amplia extensión salvaje habitada solamente por las colonias feroces y belicosas de los trolls. Además de los rock trolls, el grupo más numeroso de esa raza, había otros tipos de trolls que vivían en esa zona de la Tierra del Norte. Si Keltset era un tipo característico de rock trolls, Shea imaginó que debían de ser un pueblo más inteligente de lo que creían los habitantes de la Tierra del Sur. Parecía curioso que sus propios paisanos estuviesen tan mal informados sobre otra raza que habitaba el mismo mundo. Incluso los libros de texto que había estudiado cuando era más joven, describían a las naciones de trolls como ignorantes e incivilizadas.

Panamon ordenó de repente que se detuviesen a la entrada del ancho paso y se adelantó unos metros, para examinar con cautela las altas laderas del otro lado, obviamente temeroso de lo que pudiera haber allí. Tras varios minutos de pesquisas, encomendó al robusto Keltset que investigara el paso para comprobar si era seguro atravesarlo. El gigante comenzó a andar torpemente y pronto se perdió entre las montañas y las rocas. Panamon le sugirió a Shea que se sentara a esperar, sonriendo con esa inolvidable mueca orgullosa, que revelaba que el ladrón se creía enormemente inteligente por tomar esta precaución para descubrir cualquier trampa que los amigos de Shea pudieran haber preparado para él. Aunque se sentía seguro con Shea, por la relativa convicción de que no representaba una amenaza, le preocupaba que pudiese tener amigos poderosos que les causaran problemas si encontraban la oportunidad. Mientras esperaba a que volviese su compañero, el arrogante aventurero decidió lanzarse a otro de sus fantásticos relatos sobre su espeluznante vida como salteador de caminos. Shea encontró que éste, como los otros, era increíble y obviamente exagerado. Panamon parecía divertirse contando aquellos cuentos mucho más de lo que cualquiera escuchándolos, como si cada vez fuese la primera y no la quincuagésima. Shea aguantó el cuento con estoico silencio, intentando parecer interesado mientras pensaba en lo que le esperaba. Debían estar bastante cerca de los límites de Paranor, y en cuanto llegasen a ese punto, tendría que seguir por su cuenta. Tendría que encontrar a sus amigos rápidamente si esperaba sobrevivir en aquella región. El Señor de los Brujos y sus cazadores estarían buscando sin descanso cualquier rastro suyo, y si lo encontraban antes de que consiguiese la protección de Allanon y el grupo, su muerte sería segura. Sin embargo, era posible que en ese momento hubiesen tomado ya posesión de la Fortaleza de Los Druidas y de la preciada Espada de Shannara. Quizá la victoria ya se había producido.

Keltset apareció de repente en el paso y les hizo una señal para que avanzaran. Se apresuraron a reunirse con él y los tres reemprendieron la marcha. El paso de Jannisson no proporcionaba demasiada protección para esconder a alguien que intentase tender una emboscada, y era evidente que no tendrían problemas en este punto. Había algunos arbustos dispersos y varios montículos, pero ninguno era lo bastante grande para ocultar a más de una o dos personas. El paso era largo, y los tres viajeros tardarían casi una hora en

llegar al otro extremo. Pero el paseo resultó agradable y el tiempo pasó rápidamente. Cuando llegaron a la entrada del norte, pudieron ver unas llanuras que se extendían hacia el norte y después otra cordillera de montañas que parecía extenderse hacia el oeste. Los viajeros abandonaron el paso para seguir por el terreno liso de las llanuras que quedaban encerradas entre las montañas y los bosques, que formaban una especie de herradura abierta hacia el oeste. Las llanuras estaban escasamente cubiertas por hierba fina y pálida que crecía en parches sobre el terreno seco. Había pequeños matorrales, que sólo llegaban a la altura de la rodilla de Shea, pero quebrados y con aspecto decrépito. Al parecer, ni incluso en primavera aquellas llanuras estaban muy verdes, y existía poca vida en la solitaria extensión de campo al otro lado de Paranor.

Shea supo que estaban aproximándose a su destino cuando Panamon hizo que el pequeño grupo virase hacia el oeste, manteniendo la trayectoria de la marcha varios cientos de metros al norte del bosque y de las montañas que les bordeaban por la izquierda, estando prevenido contra ataques por sorpresa. Cuando el valense preguntó al guía vestido de escarlata en dónde se hallaban en relación con Paranor, el ladrón sonrió con picardía y le aseguró que estaban acercándose cada vez más. No tenía sentido insistir en la pregunta, y el joven se resignó a mantenerse en la ignorancia hasta que el otro decidiera que estaba dispuesto a permitir que su huésped siguiese solo. Shea trasladó su atención a las llanuras, su inmensidad estéril le impresionaba y fascinaba. Era un mundo totalmente nuevo para él, y aunque estaba preocupado por su vida, decidió que observaría todo lo que pudiera. Ésta era la fabulosa odisea que él y Flick siempre habían soñado realizar algún día, y aunque su final podía ser la muerte y el olvido, el fracaso de la búsqueda y la pérdida de la Espada de Shannara, no renunciaría a la esperanza durante el tiempo que quedase.

Hacia media tarde, los tres estaban sudando y su paciencia empezaba a agotarse en el constante calor de las llanuras abiertas. Keltset caminaba un poco apartado de los otros dos, su paso constante y sin vacilaciones, su rudo rostro inexpresivo, sus ojos oscuros e irritados por la luz blanca y ardiente del sol. Panamon había dejado de hablar y sólo estaba interesado en completar la marcha del día y librarse de Shea, a quien empezaba a considerar como una carga innecesaria. Shea, cansado y dolorido, con sus fuerzas muy debilitadas por los dos días de viaje constante. Los tres caminaban directamente hacia el vigoroso sol, sin protección ni sombra en las llanuras abiertas, entrecerrando los ojos para no deslumbrarse. Cada vez se hacía más difícil distinguir la tierra que tenían delante a medida que el sol se acercaba al horizonte del oeste; y después de un rato, Shea dejó de intentarlo, confiando en la destreza de Panamon para llegar hasta su destino. Los viajeros se aproximaban a la cordillera montañosa de su derecha, hacia el norte, y parecía que donde acababan las montañas se iniciaban las llanuras que se extendían de forma interminable. Eran tan amplias que Shea podía ver la línea lateral del horizonte donde el cielo se unía con la tierra. Cuando al fin preguntó si éstas eran las llanuras de Streleheim, Panamon no dio una respuesta inmediata, pero después de unos momentos de reflexión asintió escuetamente.

Nada más se dijo sobre la situación presente o sobre los planes ocultos de Panamon Creel respecto a Shea. Atravesaron el valle de la herradura hacia las fronteras del este de las llanuras de Streleheim, un territorio amplio y llano que se extendía hacia el noroeste. La tierra que estaba ante ellos corría paralela a la pared del risco y el bosque situado a su derecha era sorprendentemente montañoso. No había ningún cambio del terreno que pudiera ser visto estando aún en el valle, pero se apreciaba cuando se estaba sobre él. Había incluso grupos de pequeños árboles y densas bandas de maleza a lo lejos y... algo más, algo extraño a la tierra. Los tres viajeros lo percibieron en el mismo momento, y Panamon solicitó un alto de inmediato, atisbando con suspicacia hacia lo lejos. Shea entrecerró los ojos para ver mejor bajo la potente luz del sol de la tarde, haciendo pantalla

con la mano. Vio una serie de extraños postes clavados en el suelo, diseminados en un área de unos cien metros de forma desordenada, donde había montones de ropas de colores y fragmentos de metal brillante o de vidrio. Logró vislumbrar unos pequeños objetos negros entre las ropas y los escombros. Finalmente Panamon gritó en voz alta a quien pudiera estar allí; para su sorpresa, se produjo un batir de alas, acompañado de los chillidos aterradores de los carroñeros interrumpidos en su tarea mientras los objetos negros se convertían de repente en enormes buitres que se alzaron de forma lenta y reluctante, diseminándose por el cielo brillante. Panamon y Shea se quedaron como pegados al suelo, mudos por la impresión, mientras el gigante Keltset se aproximaba unos metros para espiar cautelosamente. Un momento después, se volvió e hizo una señal a su expectante compañero. El ladrón escarlata asintió con expresión sombría.

-Ha habido alguna batalla -declaró brevemente-. ¡Eso de allí son muertos!

Los tres avanzaron hacia la espantosa escena. Shea se rezagó un poco, temiendo de repente que las figuras inmóviles y harapientas pudieran ser sus amigos. Los extraños postes se hicieron distinguibles al adelantarse unos metros; eran lanzas y estandartes de batalla. Los fragmentos brillantes eran las hojas de las espadas y los cuchillos, algunos olvidados en la huida, otros aún agarrados por las manos muertas de sus poseedores. Los montones de ropas se convirtieron en cadáveres humanos, cuerpos inmóviles y empapados de sangre, asándose lentamente bajo el calor blanco del sol. Shea se sintió golpeado al percibir en su nariz el olor a muerte por primera vez y sus oídos captaron el zumbido de las moscas que revoloteaban alrededor de los cuerpos. Panamon volvió la vista atrás e hizo una mueca que quería ser una sonrisa. Supo que el valense nunca había visto hasta entonces la muerte de cerca y sería una lección que no olvidaría.

Shea luchó contra la sensación de náusea que crecía en su estómago, forzándose a encaminarse con los otros hacia el lugar de la batalla. Unos cien cuerpos yacían en un pequeño tramo de la ondulante tierra, desparramados. Nada se movía; todos estaban muertos. De su dispersión desordenada, Panamon dedujo que había sido una lucha a muerte larga y terrible, sin tregua ni clemencia. Reconoció los estandartes gnomos y los deformes cuerpos amarillos. Pero hasta que no examinó de cerca algunas de las figuras yacentes no se dio cuenta de que sus opositores habían sido elfos.

Al fin, Panamon se detuvo en medio de los cadáveres, dudando lo que debía hacer a continuación. Shea sólo podía contemplar horrorizado la carnicería, su mirada se movía de forma automática del rostro de un muerto al de otro, de un gnomo a un elfo, de las heridas abiertas a la tierra ensangrentada. En ese momento, supo lo que significaba realmente la muerte y tuvo miedo. No había ninguna aventura en ella, ningún propósito ni elección, nada excepto la nauseabunda repugnancia y la consternación. Todos aquellos humanos habían muerto por alguna razón absurda, muerto quizá sin saber exactamente por qué luchaban. Nada merecía aquella terrible matanza, nada.

Un movimiento repentino de Keltset trasladó bruscamente su atención hacia sus compañeros, y vio que el troll recogía un estandarte caído con la tela rota y ensangrentada, el asta quebrada por la mitad. El escudo de la bandera era una corona sobre un árbol rodeada por una guirnalda de ramas. Keltset parecía muy excitado y gesticulaba con nerviosismo hacia Panamon. El otro frunció el ceño y se apresuró a estudiar los rostros de los cuerpos cercanos, alejándose de sus compañeros y moviéndose en amplio círculo. Keltset miró a su alrededor con angustia, deteniéndose de repente cuando sus ojos hundidos se posaron en Shea, aparentemente fascinado por algo que vio en el rostro del pequeño valense. Un momento más tarde, Panamon volvía a su lado con una desacostumbrada preocupación ensombreciendo sus anchas, facciones.

-Nos encontramos en una situación difícil, amigo Shea -anunció solemnemente, apoyando sus manos sobre su cintura y plantando los pies-. El estandarte es la bandera de la casa real élfica de Elessedil, el báculo personal de Eventine. No puedo encontrar su cuerpo entre los muertos, pero eso no me tranquiliza. Si algo le ha ocurrido al rey de los elfos, podría desencadenarse una guerra de increíbles proporciones. ¡Toda la tierra se destrozaría!

-¡Eventine! -exclamó Shea asustado-. Él protegía las fronteras del norte de Paranor en caso de...

Bruscamente se contuvo, temiendo haberse descubierto, pero Panamon Creel seguía hablando y aparentemente no había oído sus palabras.

-No tiene sentido; los gnomos y los elfos luchando aquí en medio de esta tierra de nadie. ¿Qué puede haber traído a Eventine hasta este lugar? Deben de haber luchado por algo. No puedo enten... -Se interrumpió como si su pensamiento se hubiese congelado. Tras unos instantes de silencio, miró inquisitivamente a Shea-. ¿Qué acabas de decir? ¿Qué es eso que dijiste de Eventine?

-Nada -balbuceó asustado el valense-. Yo no dije...

El ladrón agarró al asustado muchacho por la ropa, lo atrajo hacia sí y lo levantó del suelo, hasta que sus rostros casi se tocaron.

-No trates de hacerte el astuto, hombrecito. -El rostro furioso y sofocado parecía enorme y los ojos feroces se estrecharon con suspicacia-. Sabes algo sobre todo esto; ahora habla. He estado sospechando que sabías más de lo que decías sobre esas piedras y la razón por la que los gnomos se molestaron en hacerte prisionero. Ahora, deja de hacerte el idiota. ¡Habla!

Pero Shea nunca supo cuál habría sido su respuesta. Mientras colgaba en el aire, forcejeando violentamente contra la poderosa presa del ladrón, una enorme sombra negra cayó sobre ellos seguida de un susurro de alas, procedentes de una forma monstruosa que descendía del cielo vespertino. La figura negra y gigantesca aterrizó con lenta elegancia sobre el campo de batalla a sólo unos metros de ellos, y Shea horrorizado sintió el conocido escalofrío de terror que invadía su cuerpo a la vista de aquella forma mortífera. Panamon Creel, todavía furioso, pero asombrado ante la repentina aparición de la criatura, dejó a Shea en el suelo con brusquedad y se volvió hacia el extraño recién llegado. Shea trató de sostenerse sobre sus piernas temblorosas, su sangre se había helado, sus sentidos estaban trastornados por el terror y su último vestigio de valor había desaparecido. ¡La criatura era uno de los temibles Portadores de la Calavera del Señor de los Brujos! No había tiempo para correr; Shea llegó a la conclusión de que al fin lo habían encontrado.

Los crueles ojos rojos de la criatura pasaron rápidamente sobre el gigante troll, que se había quedado inmóvil a un lado, se detuvo un momento sobre el ladrón escarlata, después pasó al pequeño valense, abrasándolo con la mirada, confirmando sus sospechas. Panamon Creel, aunque seguía confuso ante la visión de aquel monstruo alado, no estaba asustado en absoluto. Se volvió para hacer frente al ser maligno, con su amplia y diabólica sonrisa esbozándose lentamente en su sofocado semblante mientras alzaba un brazo y señalaba con gesto amenazador.

-Seas lo que fueres, mantente alejado-le previno-. A mí sólo me importa este hombre y...

Los ojos ardientes concentraron su odio en él y de repente el ladrón fue incapaz de continuar. Se quedó mirando fijamente a la criatura negra consternado y sorprendido.

-¿Dónde está la Espada, mortal? -dijo una voz ronca e inquietante-. Puedo sentir su presencia. ¡Dámela!

Panamon Creel observaba sin comprender a la figura oscura que emitió aquella voz, después lanzó una ojeada rápida al rostro aterrado de Shea. Por primera vez, comprendió que por alguna razón desconocida esa terrible criatura era enemiga del muchacho. La situación se presentaba peligrosa.

-¡Es inútil negar que la tenéis! -La chirriante voz atravesó la angustiada mente del ladrón-. Sé que está aquí, y debo llevármela. Es inútil que os resistáis. La batalla está perdida para vosotros. El último heredero de la Espada hace tiempo que fue capturado y destruido. ¡Debéis darme la Espada!

Contra su costumbre, Panamon Creel se quedó sin habla. No entendía qué estaba diciendo la enorme criatura negra, pero se daba cuenta de que no tenía ningún sentido intentar aclararlo. El monstruo alado estaba decidido a terminar con ellos de todas formas, y no había tiempo para explicaciones. El ladrón alzó su mano izquierda y acarició su pequeño bigote con el mortífero punzón. Sonrió orgullosamente, desviando durante un momento la mirada hacia el cuerpo inmóvil de su compañero gigante. Ambos supieron por instinto que aquello sería una batalla a muerte.

-¡No seáis estúpidos, mortales -La orden sonó como un silbido penetrante-. Vosotros no me importáis nada; sólo la Espada. Puedo destruiros fácilmente, incluso a la luz del día.

De repente Shea tuvo un destello de esperanza. Allanon había dicho una vez que el poder de los Portadores de la Calavera se debilitaba a la luz diurna. Quizás esos monstruos no eran invencibles mientras lucía el sol. Quizá los dos ladrones diestros en la lucha tendrían alguna oportunidad. ¿Pero cómo iban a destruir algo que no era mortal, sino sólo el espectro de un alma muerta, el fantasma de una existencia inmortal encarnada en una forma física? Durante unos momentos nadie se movió; después, bruscamente, la criatura dio un paso hacia delante. De inmediato, la mano sana de Panamon Creel desenvainó la gran espada de su costado con un movimiento de relámpago y el ladrón se colocó en posición de ataque. El gran cuerpo de Keltset se adelantó un poco, pasando de ser una estatua inmóvil a una máquina de lucha dotada de músculos de hierro, con la pesada maza en una mano y los gruesos brazos dispuestos a atacar. El Portador de la Calavera vaciló y sus ardientes ojos se posaron un momento en el rostro del rock troll que se aproximaba, estudiando atentamente por primera vez al ser enorme. Entonces los ojos rojos se abrieron atónitos.

-¡Keltset!

Sólo hubo un instante para pensar en cómo el Portador de la Calavera conocía al gigante mudo. Durante un segundo, los ojos de la criatura mostraron su incredulidad que se reflejó con una perplejidad similar en los ojos de Panamon Creel, y entonces el enorme troll atacó con ciega rapidez. La maza se precipitó en el aire, impulsada por el enorme brazo derecho de Keltset, golpeando a la criatura negra de la Calavera directamente en el pecho y produciendo un crujido repugnante. Panamon saltaba ya hacia atrás, blandiendo la espada y el punzón contra el pecho y el cuello del Portador. Pero la perversa criatura del Norte no iba a dejarse destruir con tanta facilidad. Recuperándose del golpe de la maza, apartó violentamente las armas de Panamon con una mano en forma de garra, dejándolo tendido en el suelo. Al instante siguiente, los ojos ardientes empezaron a humear y lanzaron unas ráfagas de luz roja abrasadora hacia el aturdido ladrón ya incorporado. Con rapidez, éste se apartó hacia un lado y las ráfagas le alcanzaron sólo oblicuamente, chamuscando su túnica escarlata y volviendo a derribarlo. Antes de que el atacante pudiera emprender un segundo asalto, el enorme cuerpo de Keltset cayó sobre él, tirándolo al suelo. Incluso el monstruo alado de gran tamaño parecía pequeño ante el gigantesco rock troll, mientras los dos se revolcaban y forcejeaban sobre el campo ensangrentado. Panamon seguía de rodillas, moviendo su aturdida cabeza, intentando recuperar sus

sentidos. Shea comprendió que debía hacer algo, y corrió hacia donde estaba el ladrón caído, agarrándolo del brazo con desesperación.

-¡Las piedras! -rogó frenéticamente-. ¡Dame las piedras, puedo ayudar!

El rostro abatido se levantó hacia él durante un momento, y entonces la acostumbrada mirada de furia apareció en sus ojos y lo apartó de un empujón.

-Cállate y no te metas en esto -rugió, levantándose con torpeza-. Nada de trucos, amigo. ¡No te muevas!

Recogiendo la espada caída, se lanzó a ayudar a su compañero gigante, intentando en vano asestar un golpe sobre el Portador de la Calavera. Durante largos minutos, los tres forcejearon ferozmente hacia delante y hacia atrás por el campo de batalla, pateando los cuerpos caídos de los gnomos y los elfos. Panamon no era tan fuerte como los otros dos, pero era rápido y muy resistente esquivando con habilidad los golpes, saltando con agilidad para evitar las ráfagas rojas que le dirigía el habitante de la Tierra del Norte. La increíble fuerza de Keltset estaba demostrando ser buena rival para los poderes espectrales de la criatura de la Calavera, que empezaba a desesperarse. La piel rugosa del troll estaba chamuscada y quemada en una docena de sitios, donde el fuego le había tocado, pero el gigante escapaba a los golpes y continuaba luchando. Shea deseaba ayudar de cualquier modo, pero ante la corpulencia y la fuerza de los otros, sus armas y él parecían del todo inadecuados. Si pudiera conseguir las piedras...

Al final los dos mortales empezaron a cansarse frente la serie ininterrumpida y agotadora de asaltos de la criatura del espectro. Sus golpes no producían efectos perdurables y, lentamente, empezaron a comprender que la fuerza humana sola no podría destruir al atacante. Estaban perdiendo la batalla. De repente, el valiente Keltset se tambaleó y cayó de rodillas. La criatura de la Calavera empezó a golpearlo con uno de sus miembros acabados en garras, derribando de espalda al ahora vulnerable troll. Panamon gritó enfurecido y sacudió con violencia a la maligna criatura, pero los golpes fueron esquivados, y la furia hizo que descuidara la guardia quedando momentáneamente desprotegido. El emisario del Señor de los Brujos embistió cruelmente, apartando con un brazo la mano del punzón del ladrón, mientras sus ojos entornados lanzaban las feroces ráfagas directamente al pecho del hombre. Las mortíferas ráfagas quemaron al desdichado Panamon Creel en el rostro y los brazos, y abrasaron con tanta intensidad su pecho, que el ladrón quedó sin sentido. El Portador de la Calavera habría acabado con él de no ser por Shea, que olvidando sus propios temores ante el grave peligro, arrojó un pedazo de lanza hacia la cabeza del atacante, acertando plenamente en el rostro del ser maligno. Las manos terminadas en garras se alzaron demasiado tarde para protegerse del doloroso impacto, y enfurecido se las llevó al rostro tratando de recuperarse. Panamon yacía aún inmóvil en el suelo, pero el resistente Keltset volvió a ponerse en pie, asiendo a la criatura de la Calavera con un asfixiante abrazo, intentando ahogarla con desesperación.

Sólo quedaban unos segundos para actuar antes de que la criatura mortífera se librase de nuevo. Shea se acercó a Panamon Creel y lo zarandeó para que volviese en sí. La figura vapuleada se levantó con un valor inconcebible, pero inmediatamente cayó hacia atrás, cegado y exhausto. Shea le suplicó gritando, rogándole que le devolviese las piedras. Sólo las piedras podrían ayudar ahora, le dijo desesperadamente el valense. ¡Era la única posibilidad de sobrevivir! Miró hacia los dos combatientes oscuros y, para su horror, vio que Keltset estaba empezando a soltar a la criatura del espectro. En unos segundos, el ser malvado estaría libre y ellos perdidos. Entonces, bruscamente, la pequeña bolsa de cuero fue arrojada a su mano por el puño ensangrentado de Panamon y de nuevo las piedras estuvieron en poder de Shea.

Apartándose de un salto del ladrón, el pequeño valense desató los cordones de la bolsa y vació las tres piedras azules en su mano abierta. En ese momento, el Portador de la Calavera se liberó del abrazo poderoso de Keltset y volvió a la lucha. Shea aulló salvajemente, sosteniendo las piedras con la mano extendida hacia el atacante, rogando que su extraño poder le ayudase. El destellante resplandor azul se difundió justo en el momento en que la criatura se dio la vuelta. El Portador de la Calavera vio demasiado tarde que el heredero de la Espada de Shannara daba la vida al poder de las piedras élficas. Demasiado tarde concentró sus ojos en el valense, con las ráfagas rojas llameando amenazantes. La intensa luz azul bloqueó y frustró el ataque, desviándolo con una poderosa y cegadora descarga de energía que alcanzó a la figura negra que intentaba protegerse. La luz cayó sobre la criatura de la Calavera produciendo un agudo crujido, inmovilizándola y arrancando su espíritu oscuro de su apariencia mortal, mientras se retorcía en su agonía profiriendo maldiciones contra el poder que la destruía. Keltset se puso en pie de un salto, recogió la lanza caída, echó hacia atrás su gigantesco cuerpo y, levantando un brazo, arrojó el arma contra la criatura. Ésta se estremeció horriblemente, contorsionándose hasta emitir el alarido final; después, se desmoronó lentamente, mientras su cuerpo negro se convertía en polvo sobre la tierra. Un poco más tarde, no quedaba de ella más que unas cenizas negras. Shea permaneció inmóvil, con las piedras en su mano extendida, cuya penetrante luz azul seguía concentrada en el polvo. Entonces, el montón de cenizas se revolvió con otro temblor y de ellas se elevó una nube negra que se proyectó hacia arriba como una columna de humo y desapareció en el aire. La luz azul cesó bruscamente y la batalla terminó. Los tres mortales quedaron quietos como estatuas en el ensangrentado campo de batalla.

Durante largo rato, nadie se movió, todavía atónitos por el repentino final del violento combate. Shea y Keltset miraban fijamente el montón de cenizas negras como si esperaran que volviese a la vida. Panamon Creel yacía exhausto a un lado, apoyado sobre un codo; sus ojos intentaban en vano captar lo que acababa de suceder. Al fin, Keltset dio un paso hacia delante con cautela y removió con un pie las cenizas del Portador de la Calavera, para comprobar que había desaparecido. Shea observaba en silencio, devolviendo mecánicamente las tres piedras élficas a la bolsa de cuero y guardando ésta en su túnica. Recordando a Panamon, se volvió rápidamente para comprobar el estado del ladrón herido, pero el fiero hombre del Sur ya estaba intentando sentarse, con sus profundos ojos marrones mirando con admiración al valense. Keltset se acercó y ayudó a su compañero a levantarse. Éste estaba quemado y magullado, la cara y el pecho desnudo negros y algunos sitios en carne viva, pero no parecía tener nada roto. Contempló a Keltset también durante un momento, después se sacudió el fuerte brazo del otro y avanzó hacia Shea.

-En definitiva, yo tenía razón respecto a ti -gruñó, respirando con dificultad y moviendo de un lado a otro su ancha cabeza-. Sabías más de lo que me contaste; especialmente sobre esas piedras. ¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

-No me habrías creído -replicó Shea con rapidez-. Además, tú tampoco me dijiste la verdad sobre ti ni sobre Keltset. -Se detuvo para dirigir una aguda mirada al enorme troll-. No creo que sepas mucho sobre él.

El magullado rostro contempló al valense con incredulidad, después una sonrisa se esbozó lentamente en las atractivas facciones. Parecía como si el ladrón escarlata de repente viese la situación con ironía, pero Shea percibió una sombra de respeto en los ojos oscuros que le contemplaban.

-Puede que tengas razón. Estoy empezando a pensar que no sé nada sobre él. -La sonrisa se transformó en una risa espontánea y el ladrón miró directamente el rostro

inexpresivo y duro del gran rock troll. Después volvió a mirar a Shea-. Nos salvaste la vida, Shea, y eso es una deuda que nunca podremos pagar. Para empezar puedes quedarte las piedras. No volveré a discutir ese punto. Aún más, te prometo que si alguna vez se presenta la necesidad, mi espada y mi destreza estarán a tu servicio con sólo una palabra tuya. -Se detuvo para tomar aliento, todavía temblando por los golpes recibidos. Shea se adelantó rápidamente para ofrecerle su ayuda, pero el ladrón lo apartó, negando con la cabeza-. Supongo que seremos grandes amigos, Shea -murmuró con seriedad-. Sin embargo, no podemos ser amigos mientras nos ocultemos cosas el uno al otro. Creo que me debes alguna explicación sobre esas piedras, sobre esa criatura que casi pone fin a mi ilustre carrera y sobre esta misteriosa espada que nunca he visto. En compensación, te aclararé algunos, eh... malentendidos relativos a Keltset y a mí mismo. ¿Estás de acuerdo?

Shea frunció el ceño con suspicacia, intentando descifrar qué ocultaba aquel semblante magullado. Finalmente asintió e incluso esbozó una ligera sonrisa.

-De acuerdo -dijo.

-Muy bien, Shea -aprobó Panamon, golpeando la débil espalda del valense.

Un segundo después, el alto ladrón se derrumbó, debilitado por la pérdida de sangre y mareado al intentar moverse demasiado pronto. Los otros dos se precipitaron a su lado y, a pesar de las protestas del ladrón, lo obligaron a permanecer echado mientras el gigante Keltset limpiaba su cara con un trapo húmedo, como una madre habría hecho con su pequeño hijo herido. Shea estaba sorprendido por el repentino cambio del troll, que había pasado de una máquina de combate indestructible a convertirse en una enfermera eficiente y cariñosa. Había algo extraordinario en él, y Shea estaba seguro de que de alguna extraña manera estaba relacionado con el Señor de los Brujos y la búsqueda de la Espada de Shannara. No fue una casualidad que el Portador de la Calavera conociese al rock troll. Los dos se habían encontrado antes, y no se habían despedido amistosamente.

Panamon no estaba inconsciente, pero podía verse que no se hallaba en condiciones de viajar por sus propios medios. Varias veces intentó levantarse sin lograrlo, puesto que el atento Keltset le empujó suavemente hacia atrás. El ladrón, furioso, juró con vehemencia y exigió que se le permitiera ponerse en pie, pero inútilmente. Al final se dio cuenta de que no iba a conseguirlo y pidió que lo pusieran a la sombra para descansar un rato. Shea miró hacia la estéril llanura y rápidamente concluyó que no había ningún lugar a cubierto. La única sombra a una distancia relativamente cercana estaba al sur, en los bosques que rodeaban la Fortaleza de los Druidas dentro de los límites de Paranor. Panamon había dicho, antes de que todo sucediera, que no se acercaría más a Paranor, pero no se hallaba en situación para exigir que se cumplieran sus decisiones. Shea señaló hacia los bosques, a un kilómetro de camino hacia el sur, y Keltset asintió mostrando su acuerdo. El hombre herido, al darse cuenta de lo que había indicado Shea, empezó a gritar enfurecido que no se dejaría llevar a esos bosques aunque tuviera que morirse donde estaba. El muchacho intentó hacerle entrar en razón, asegurándole que no tenía por qué temer nada de sus compañeros si es que tenían la suerte de encontrarlos, pero el ladrón parecía más alterado por los extraños rumores que había oído acerca de Paranor. Shea se rió de ello, recordando las fanfarronadas de Panamon sobre los peligros espeluznantes que había superado. Mientras los dos hombres conversaban, Keltset se dedicó a examinar el terreno a su alrededor, sin hacer nada en apariencia. Los otros dos seguían hablando cuando el gigante se inclinó sobre ellos, haciendo una señal de alarma a Panamon. El ladrón se sobresaltó, empalideciendo mientras asentía al gigante. Shea empezó a levantarse temeroso, pero la fuerte mano del ladrón lo retuvo.

-Keltset ha divisado algo moviéndose entre la maleza del sur. No puede saber desde aquí qué es; está justo en el límite del campo de batalla, a medio camino entre nosotros y el

bosque. -El rostro de Shea se tornó ceniciento-. Ten tus piedras preparadas por si las necesitamos -ordenó el otro en voz baja, un signo inconfundible de que pensaba que podía ser un segundo Portador de la Calavera, esperando que el sol se pusiese para atacarlos desprevenidos.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Shea asustado, apretando en su mano la pequeña bolsa de cuero.

-Sorprenderlo antes que él a nosotros. ¿Qué otra posibilidad tenemos? -declaró Panamon con irritación, haciendo una señal a Keltset para que lo levantase.

El obediente gigante se agachó y levantó a Panamon entre sus enormes brazos. Shea recogió el espadón del ladrón herido y siguió a la figura de Keltset, que avanzaba hacia el sur con zancadas ágiles y relajadas. Panamon hablaba sin parar mientras caminaban, llamando a Shea para que se diese prisa, regañando a Keltset para que no fuese demasiado rudo en su tarea de portador. Shea no logró relajarse y se contentó con seguir rezagado, dirigiendo miradas inquietas de un lado a otro mientras proseguían hacia el sur, buscando en vano algún signo de movimiento que pudiera indicar de dónde procedía el peligro. Su mano derecha apretaba con fuerza la bolsa de cuero con las inestimables piedras élficas, su única arma contra el poder del Señor de los Brujos. Estaban a unos cien metros del escenario de la batalla cuando Panamon ordenó de repente que se detuvieran, quejándose de su hombro lastimado. Suavemente Keltset depositó su carga sobre el suelo y se incorporó de nuevo.

-Mi hombro no puede seguir soportando este tratamiento tan desconsiderado para con sus músculos y huesos -gruñó Panamon Creel, mirando expresivamente a Shea.

Al momento, el valense supo que allí estaba el peligro y sus manos temblaron mientras aflojaba las cuerdas de la bolsa y sacaba las piedras élficas. Keltset seguía de pie detrás del ladrón que aún mascullaba, con su gran maza en una mano. Shea miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en un grupo de arbustos justo a la izquierda de los otros dos. El corazón se le subió a la garganta cuando una rama se agitó ligeramente.

Entonces Keltset avanzó; y, girando para tomar impulso, saltó al centro de los arbustos y desapareció.

XX

Lo que siguió fue un tremendo tumulto. De detrás de los matorrales salió un grito agudísimo y toda la masa de arbustos se agitó violentamente. Panamon, de rodillas, hacía grandes esfuerzos para ponerse en pie, llamando a Shea en demanda de su gran espada, que el espantado valense aún sostenía en la mano izquierda. Shea se había quedado petrificado, oprimiendo con la otra mano las poderosas piedras élficas, esperando con terror el ataque que llegaría de la criatura desconocida de los arbustos. Al fin, Panamon cayó de espaldas agotado y desesperado, incapaz de llamar la atención del joven e incapaz de llegar hasta él caminando. Se produjeron varios gritos más en los matorrales, sonidos vagos de golpes y después silencio. Un momento más tarde, el poderoso Keltset reapareció, la pesada maza en la mano izquierda. En la otra se retorcía y contorsionaba un gnomo, sostenido de la nuca por el puño de hierro del troll. El deforme cuerpo amarillo parecía el de un niño junto a la enorme figura de su captor, sus brazos y sus piernas se movían al mismo tiempo en diferentes direcciones como serpientes atrapadas por la cola. El gnomo era un cazador típico, vestido con túnica de cuero, botas de montaña y un cinturón para colgar la espada. Ésta había desaparecido, y Shea dedujo acertadamente que habría sido desarmado durante el forcejeo en los arbustos. Keltset se acercó a Panamon, que había logrado sentarse, y sumisamente le enseñó el prisionero para que lo inspeccionara.

-¡Déjame, déjame, maldito! -gritaba ponzoñosamente el maltrecho gnomo-. ¡No tienes derecho! No hice nada. No estoy armado, te lo aseguro. ¡Déjame!

Panamon Creel miró divertido a la pequeña criatura, moviendo su cabeza de un lado a otro con alivio. Después, como el gnomo continuaba con su súplica, el ladrón estalló en carcajadas.

-¡Qué terrible enemigo, Keltset! Podría habernos destruido a todos si no llegas a capturarlo. Debe de haber sido una pelea espantosa. ¡Ja, ja! No puedo creerlo. ¡Y nosotros que temíamos otro de esos monstruos de alas negras!

Shea no encontró tan divertido el incidente, recordando con claridad los cercanos encuentros que la expedición había tenido con aquellas pequeñas criaturas amarillas mientras viajaba por el Anar. Eran peligrosas y astutas; un adversario que él no consideraría inofensivo. Panamon lo miró y, tras apreciar su semblante serio, interrumpió su reprimenda al prisionero y trasladó su atención hacia Shea.

-No te enfades, Shea. Es mi costumbre reírme de estas cosas. Me río para conservar la cordura. Pero ya es suficiente. ¿Qué hacemos con nuestro amiguito, eh?

El gnomo contempló aterrorizado al hombre que ya no se reía, sus grandes ojos se abrieron más, mientras su voz obstinada se convertía en un bajo gemido.

-Por favor, dejadme -rogó servilmente-. Me iré y no diré nada de vosotros. Haré lo que me pidáis. Pero dejad que me marche.

Keltset aún aguantaba al indefenso gnomo por el cogote a unos treinta centímetros del suelo delante de Shea y de Panamon, mientras el pequeño prisionero empezaba a ahogarse por la fuerza con que le asía. Ante sus súplicas, Panamon hizo una señal al rock troll para que bajase a su víctima al suelo y relajase su mano. Haciendo una pausa para atender con seriedad los ansiosos ruegos del gnomo, el ladrón miró a Shea y le guiñó rápidamente un ojo, se volvió hacia el gnomo, colocando el punzón de su mano izquierda bajo la garganta amarilla.

-¡No veo ninguna razón para permitirte vivir y mucho menos dejarte libre, gnomo! -anunció con voz amenazadora-. Creo que sería mejor para todos si te cortase la garganta ahora mismo. Así no tendríamos que preocuparnos más por ti.

Shea no creyó que el ladrón hablase en serio, pero su voz sonaba inquietante. El aterrorizado gnomo tragó saliva y juntó sus manos delante de él suplicando clemencia. Gemía y lloraba tanto, que Shea se incomodó por la situación. Panamon no hizo ningún movimiento, únicamente permaneció sentado mirando el rostro horrorizado del desafortunado gnomo.

-No, no, te lo ruego, no me matéis -rogaba frenéticamente el gnomo, moviendo sus grandes ojos verdes de una cara a otra-. Por favor, por favor, dejadme vivir. ¡Puedo seros útil! ¡Puedo ayudaros! ¡Puedo deciros dónde está la Espada de Shannara! Puedo incluso llevaros a ella.

Shea se sobresaltó ante la mención inesperada de la Espada, y apoyó una mano sobre el ancho hombro de Panamon.

-¿De modo que puedes decirnos algo de la Espada? -La voz helada del ladrón tenía un matiz de interés, e ignoraba a Shea completamente-. ¿Qué puedes decirnos?

El cuerpo amarillo se relajó un poco, y los ojos recuperaron el tamaño normal, moviéndose ansiosamente de un lado a otro, agarrándose a cualquier posibilidad de sobrevivir. Sin embargo, Shea percibió algo más, algo que no podía definir con claridad. Era casi una artimaña que se reveló durante un momento cuando el gnomo relajó sus sentimientos cuidadosamente enmascarados. Un segundo más tarde había desaparecido, reemplazada por una actitud de absoluto sometimiento e indefensión.

-Puedo conduciros a la Espada, si lo deseáis -susurró con voz ronca como si temiese que alguien le oyera-. Puedo llevaros donde está, si me dejáis vivir.

Panamon retiró la afilada punta de hierro de su punzón de la garganta del sumiso gnomo, dejando un pequeño rasguño en el cuello amarillo. Keltset no se había movido y no mostró ningún signo de interés frente a lo que ocurría. Shea quería avisar a Panamon de lo importante que podía ser el gnomo si existía la más leve oportunidad de encontrar la Espada de Shannara, pero se dio cuenta de que el ladrón prefería mantener la incógnita en el cautivo. El muchacho no podía estar seguro de lo que sabía Panamon Creel sobre la leyenda; hasta el momento, había demostrado poca preocupación por las razas en general y no parecía saber nada sobre la historia de la Espada de Shannara. Las facciones del ladrón se relajaron por unos instantes y una débil sonrisa cruzó sus labios, sin que quitase la mirada del cautivo que aún estaba temblando.

-¿Es valiosa esa Espada, gnomo? -inquirió de modo casual, casi indiferente-. ¿Puedo cambiarla por oro?

-Su valor es incalculable para muchos -afirmó el otro, asintiendo ansiosamente-. Algunos pagarían cualquier cosa por poseerla. En la Tierra del Norte...

Cesó de hablar de pronto, temiendo haber dicho demasiado. Panamon sonrió y se dirigió a Shea.

-Este gnomo dice que puede darnos dinero -comentó en torno burlón-, y el gnomo no miente, ¿verdad, gnomo? -La cabeza amarilla negó con vehemencia-. Bueno, entonces, quizá te permitamos vivir lo suficiente para que nos demuestres que tienes algo de valor para cambiarlo por tu inútil pellejo. No quisiera desperdiciar una oportunidad para hacer dinero simplemente por satisfacer mi deseo innato de cortar la garganta de un gnomo cuando la tengo a mano. ¿Qué te parece, gnomo?

-Lo entiendes perfectamente, sabes lo que valgo -gimió el otro, cayendo de rodillas ante el sonriente ladrón-. Puedo ser útil. Puedo hacerte rico. Puedes contar conmigo.

Panamon sonreía ahora ampliamente, su gran cuerpo estaba relajado y su mano intacta apoyada en el pequeño hombro del gnomo, como si fuesen viejos amigos. Le propinó unas cuantas palmadas, como para darle confianza, y asintió de forma tranquilizadora, desplazando su mirada del gnomo a Keltset y de éste a Shea y otra vez al gnomo durante varios segundos.

-Dinos qué estabas haciendo por aquí, gnomo -instó Panamon un momento después-. Por cierto, ¿cómo te llamas?

-Soy Orl Fane, un guerrero de la tribu Pelle -respondió-. Venía... venía en una misión de emisario desde Paranor cuando llegué hasta este campo de batalla. Todos estaban muertos y yo no pude hacer nada. Entonces os oí y me oculté. Tenía miedo de que fueseis... elfos.

Se interrumpió y miró aterrorizado a Shea, advirtiendo las facciones élficas del joven. Shea no se movió, sino que esperó a que Panamon actuara. Éste sólo dirigió al gnomo una mirada de comprensión y sonrió, amigable.

-Orl Fane, de la tribu Pelle -repitió con lentitud el ladrón alto-. Una gran tribu de cazadores, gnomos valientes. -Sacudió la cabeza de un lado a otro, como si hubiera recordado algo, y de nuevo se dirigió al desconcertado gnomo-. Orl Fane, si nos vamos a prestar algún servicio mutuo, debemos confiar el uno en el otro. Las mentiras sólo pueden obstaculizar el propósito que une nuestro nuevo compañerismo. Había un estandarte de Pelle en el campo de batalla, el estandarte de tu tribu. Debiste estar con ellos durante la lucha.

El gnomo se quedó sin habla; una mezcla de temor y duda comenzó a reaparecer en sus vivaces ojos verdes. Panamon continuaba sonriéndole de forma despreocupada.

-Obsérvate un momento, Orl Fane. Manchado de sangre y con un corte en la frente, en el nacimiento del pelo. ¿Por qué nos ocultas la verdad? Estuviste allí, ¿no es cierto? -La persuasiva voz indujo al otro a asentir mecánicamente, y entonces Panamon rió-. Desde luego que estuviste allí, Orl Fane. Y cuando fuisteis asaltados por los elfos, luchaste hasta que te hirieron, tal vez te quedaste sin sentido, ¿eh? Y estuviste así hasta que llegamos. Ésa es la verdad, ¿no?

-Sí, esa es la verdad -asintió el gnomo.

-¡No, ésa no es la verdad!

Hubo un momento de silenciosa consternación. Panamon seguía sonriendo y Orl Fane estaba atrapado entre dos emociones, un rastro de duda asomaba en sus ojos, mientras en sus labios se formaba una semisonrisa. Shea observó a ambos con curiosidad, incapaz de comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

-Escúchame, mentiroso roedor. -La sonrisa había desaparecido del rostro de Panamon, sus facciones se endurecían mientras hablaba, la voz se hizo fría y amenazadora una vez más-. ¡Has mentido desde el principio! Un miembro de la tribu Pelle llevaría su insignia. Tú no llevas ninguna. No fuiste herido en la batalla. Ese pequeño rasguño de la frente carece de importancia. Eres un carroñero, un desertor, ¿verdad? ¿Verdad?

El ladrón había agarrado al aterrorizado gnomo por sus ropas y lo zarandeaba con tanta violencia que Shea oyó el castañeteo de sus dientes. El prisionero forcejeaba para intentar respirar, jadeando con gesto perplejo ante ese repentino giro de los acontecimientos.

-¡Sí, sí! -admitió al fin ahogándose, y Panamon lo soltó empujándolo hacia atrás, hacia donde estaba Keltset.

-Un desertor de su propio pueblo. -Panamon pronunció las palabras con desprecio-. La forma más infame de vida que camina o se arrastra es la de un desertor. Has estado registrando el campo de batalla para quedarte con los objetos valiosos de los muertos. ¿Dónde están, Orl Fane? Shea, examina los arbustos donde estaba escondido.

Cuando Shea se fue hacia los arbustos, el forcejeante gnomo dejó escapar el más espantoso grito de consternación que pueda imaginarse, haciendo creer al joven que Keltset le había retorcido el cuello. Pero Panamon sonrió y le hizo un gesto para que siguiera, seguro ahora de que el gnomo ocultaba algo allí. Shea se abrió paso entre las matas hasta el centro de los matorrales, buscando con cuidado algún signo del botín. La tierra y la maleza del centro estaban quebradas por la lucha entre el gnomo y Keltset, y no había nada que destacara a simple vista. Rastreó sin éxito durante varios minutos y, cuando ya estaba a punto de abandonar, sus ojos captaron algo medio enterrado cerca de un arbusto, bajo hojas, ramas rotas y tierra. Usando su pequeño cuchillo de caza, descubrió rápidamente un saco alargado que contenía objetos metálicos que chocaron entre sí al tirar del saco. Gritó a Panamon que había descubierto algo, lo que inmediatamente desencadenó una nueva serie de quejidos por parte del enloquecido gnomo. Cuando el saco estuvo totalmente desenterrado, lo arrastró bajo la luz del sol, que ya empezaba a ponerse, y lo soltó ante los otros. Orl Fane estaba frenético, y Keltset se vio obligado a usar ambas manos para retenerlo.

-Cualquier cosa que haya ahí dentro debe ser muy importante para nuestro amiguito -dijo con una sonrisa burlona Panamon, mientras cogía el saco.

Shea se apartó y observó por encima de los hombros de Panamon mientras éste desataba un cordel de cuero que cerraba la bolsa e introducía ansiosamente la mano en su oscuro interior. Cambiando de opinión rápidamente, el ladrón escarlata sacó la mano y, agarrando el otro extremo del saco, le dio la vuelta vertiendo sobre la tierra su contenido. Todos observaron el botín, mirando cosa por cosa con curiosidad.

-Chatarra -gruñó Panamon Creel tras examinarlo durante unos momentos-. Sólo chatarra. El gnomo es demasiado estúpido para conseguir cosas de valor.

Shea miró el contenido del saco sin responder. No había más que puñales, cuchillos y espadas de todos tipos, algunas todavía dentro de sus vainas de cuero; varias joyas baratas y una o dos monedas de los gnomos, prácticamente sin valor para cualquiera que no fuese gnomo. Ciertamente parecía chatarra inútil, pero era evidente que el quejumbroso Orl Fane lo consideraba valioso para él. Shea movió la cabeza en un gesto compasivo hacia el pequeño gnomo. Lo había perdido todo al convertirse en desertor, y lo que obtuvo a cambio eran aquellas piezas inútiles de metal y unas pocas joyas baratas. Ahora parecía seguro que perdería la vida por haberse atrevido a mentir al irascible Panamon Creel.

-No valía la pena morir por eso, gnomo -gruñó Panamon, haciendo un gesto de asentimiento a Keltset, que alzó la pesada maza para acabar con la vida del infeliz hombrecillo.

-No, no, esperad un minuto, por favor -gritó el gnomo, forzando su voz hasta la desesperación. Era el final para él; era su última súplica-. No os mentí respecto a la Espada. ¡Juro que no lo hice! Puedo conseguirla para vosotros. ¿No os dais cuenta del valor que tiene la Espada de Shannara para el Señor de la Oscuridad?

Sin pensarlo, Shea agarró el enorme brazo de Keltset para detenerlo. El gigante troll pareció entender. Lentamente bajó la maza y miró con curiosidad a Shea. Panamon Creel abrió la boca enfurecido pero después dudó. Quería saber la verdad sobre la presencia de Shea en la Tierra del Norte, y era evidente que el secreto de esa Espada tenía mucho que

ver con ello. Observó con atención al valense durante un momento, después se volvió hacia Keltset y se encogió de hombros.

-Siempre estaremos a tiempo de matarte, Orl Fane, si es que vuelves a decepcionarnos. Pon una cuerda alrededor de ese cuello inútil y llévalo contigo, Keltset. Shea, si me das una mano para levantarme y un brazo para que me apoye, creo que podré llegar hasta los bosques. Keltset, mantén vigilado a nuestro astuto desertor.

Shea ayudó a Panamon a ponerse en pie y trató de sostenerlo mientras daba unos cuantos pasos de prueba. Keltset ató a Orl Fane y le colocó una cuerda alrededor del cuello para conducirlo con ella. El gnomo se dejó atar sin quejarse, aunque estaba visiblemente perturbado por algo. Shea imaginó que también había mentido respecto a la Espada de Shannara y ahora intentaba planear a la desesperada la forma de liberarse de sus captores antes de que descubrieran su engaño y lo mataran. Aunque Shea no mataría nunca al gnomo, ni siquiera estaría de acuerdo en que lo hicieran, tampoco sentiría ninguna compasión por el mentiroso. Orl Fane era un cobarde, un desertor, un carroñero, una persona sin patria ni pueblo. Ahora estaba seguro de que la actitud plañidera y servil que el gnomo había mostrado antes, era un escudo fabricado cuidadosamente bajo el que se escondía una criatura desesperada y astuta. Orl Fane les cortaría la garganta sin el menor reparo si pensara que no había peligro para él al hacerlo. Shea casi deseó que Keltset hubiese terminado con sus preocupaciones unos minutos antes, acabando con el gnomo. Podría haberse sentido más tranquilo.

Panamon indicó que estaba preparado para avanzar hacia el bosque; pero sólo habían andado dos pasos, cuando las súplicas quejumbrosas de Orl Fane los detuvieron. El desdichado gnomo se negaba a seguir si no se le permitía llevar su saco y sus tesoros. Gimoteaba protestando con tanta tozudez que Panamon nuevamente estuvo a punto de aplastar la odiosa cabeza amarilla.

-¿Qué más da, Panamon? -preguntó al final Shea exasperado-. Déjale sus baratijas si eso le hace feliz. Ya nos desharemos de ellas más tarde cuando se calme.

Panamon asintió con un gesto de contrariedad en su atractivo rostro, dando remisamente su consentimiento. Ya estaba harto de Orl Fane.

-Muy bien, se las daremos por esta vez -accedió el ladrón y Orl Fane se calmó al momento-. Sin embargo, si vuelve a abrir la boca, le cortaré la lengua. Keltset, manténlo alejado del saco. No quisiera que se apoderase de una de esas armas y nos cortara el cuello para largarse después. Las hojas gastadas probablemente no harían un trabajo limpio y no quisiera morir con la sangre envenenada.

Shea se rió a pesar suyo. Eran armas vulgares, pero había un delgado espadón con un brazo extendido y una antorcha grabados en su puño. Pero incluso éste era vulgar, y la pintura dorada había saltado de la empuñadura en algunos sitios. Como muchas otras espadas, estaba protegida por una vaina de cuero, de modo que era difícil imaginar la calidad de su hoja. En cualquier caso, podía resultar peligrosa en manos del taimado Orl Fane. Keltset se cargó al hombro el saco con su contenido y continuaron el camino hacia el bosque.

Fue una caminata relativamente corta, pero cuando llegaron al perímetro del bosque, Shea estaba exhausto por sostener el peso de Panamon. El pequeño grupo se detuvo ante una orden del ladrón, que envió a Keltset para que cubriese las huellas dejadas y creara otras falsas que pudieran confundir a cualquiera que les siguiese. Shea no hizo objeción alguna, porque aunque tenía la esperanza de que Allanon y los otros estarían buscándole, existía la peligrosa posibilidad de que una partida de cazadores gnomos o, aún peor, otro Portador de la Calavera, estuviera siguiendo su rastro.

Después de atar al prisionero a un árbol, el rock troll volvió al campo de batalla para borrar cualquier signo de su paso en esa dirección. Panamon se derrumbó agotado contra un gran arce y el cansado valense se situó enfrente de él, tumbándose sobre una loma cubierta de hierba, mirando abstraído hacia las copas de los árboles mientras respiraba profundamente el aire del bosque. El sol se ponía, marcando el final de la tarde, y la noche empezaba a mostrar sus primeros signos en el oeste del cielo, donde aparecieron unas franjas rojizas y azul oscuro. Quedaba menos de una hora de sol, y la noche les ayudaría a ocultarse de sus enemigos. Shea deseaba ahora con toda su voluntad la ayuda de la expedición, la fuerza, la sabiduría y el poder fantástico de Allanon, el coraje de los otros, Balinor, Hendel, Durin, Dayel y el ardiente Menion Leah. Y más que nada deseaba que Flick estuviese con él, con su lealtad y confianza incuestionables e inmutables. Panamon Creel era un hombre valioso como aliado, pero entre ellos no existían lazos reales. El ladrón había vivido durante demasiado tiempo gracias a su ingenio y astucia como para comprender los principios básicos de la verdad y la honestidad. ¿Y qué podía decirse de Keltset? ¿Era un enigma, incluso para Panamon?

-Panamon, dijiste antes que me explicarías algo sobre Keltset -comentó Shea en voz baja-. Sobre la razón por la que el Portador de la Calavera lo conocía.

Durante un momento, no se produjo ninguna respuesta y Shea se incorporó para ver si el hombre le había oído. Panamon le observaba tranquilamente.

-¿El Portador de la Calavera? Tú pareces saber bastante sobre ese asunto. Tendrás que hablarme tú sobre mi compañero gigante, Shea.

-No era cierto lo que me dijiste cuando me salvaste de los gnomos, ¿verdad? -preguntó Shea-. No es alguien expulsado de su patria por su gente. No mató para defenderse de un ataque, ¿verdad?

Panamon se rió ruidosamente, rascándose el bigote con el punzón.

-Quizás eso fuera cierto. Quizás esas cosas le ocurrieron. No lo sé. Siempre me pareció que debió ocurrirle algo así para unirse a alguien como yo. Él no es un ladrón; no sé lo que es. Pero es mi amigo, lo es. En eso no te mentí.

-¿De dónde procede? -preguntó Shea tras un momento de silencio.

-Lo encontré al norte de aquí hace unos meses. Bajaba de las montañas de Charnal, maltrecho y apaleado, apenas vivo. No sé lo que le ocurrió; nunca mostró interés en explicármelo y yo tampoco le pregunté. Tenía derecho a mantener su pasado oculto, al igual que yo. Lo cuidé durante varias semanas. Conozco un poco el lenguaje de los signos, y él lo entendió; de este modo nos comunicamos. Deduje su nombre por sus signos. Cuando estuvo bien, le pregunté si quería venir conmigo y accedió. Hemos pasado buenos momentos, ¿sabes? Es una pena que no sea realmente un ladrón.

Shea soltó una carcajada moviendo la cabeza de un lado a otro tras oír este último comentario. Panamon Creel probablemente no cambiaría nunca. No entendía ningún otro modo de vida o no deseaba hacerlo. Las únicas personas a quienes entendía eran aquellas que se bastaban a sí solas y cuando necesitaban algo lo tomaban por el método que fuese. Sin embargo, la amistad era un lujo valioso incluso para un ladrón, y algo que no podía despreciarse a la ligera. Hasta Shea estaba empezando a sentir una extraña amistad hacia el ostentoso Panamon Creel, una amistad que resultaba difícil de creer, ya que sus personalidades y principios eran totalmente opuestos. Pero ambos comprendían cómo sentía el otro, aunque no el porqué, y además estaba la experiencia compartida en la batalla contra un enemigo común. Quizá eso era lo más importante en que basar una amistad.

-¿Cómo pudo conocerlo el Portador de la Calavera? -insistió Shea.

Panamon se encogió de hombros, indicando que ni lo sabía ni le importaba. El observador valense percibió que esto último no era cierto, y que a Panamon le hubiese gustado mucho averiguar la verdad sobre la aparición de Keltset hacía meses. Su pasado escondido tenía algo que ver con el hecho inexplicable de que la criatura del espectro le hubiese reconocido. Había aparecido un indicio de temor en aquellos ojos crueles, y a Shea se le hacía difícil imaginar cómo un mortal podía asustar al poderoso Portador de la Calavera. Panamon lo había visto también, y seguramente debía estar haciéndose la misma pregunta.

Cuando Keltset volvió a unirse a ellos, el sol acababa de desaparecer y sus débiles rayos rezagados apenas iluminaban el bosque. El troll había borrado cuidadosamente todos los signos de su paso por el campo de batalla, dejando una serie de huellas falsas y confusas para que nadie pudiera seguirlos. Panamon se sentía lo bastante bien como para confiar en su fuerza, pero precisaba que Keltset le prestase algún apoyo hasta llegar a un lugar adecuado para acampar, ya que pronto habría demasiada oscuridad para seguir viajando. A Shea se le encomendó la tarea de conducir al dócil Orl Fane por la correa, una tarea que no le complacía pero que aceptó sin quejas. De nuevo Panamon intentó deshacerse del saco y su contenido, pero Orl Fane no estaba dispuesto a prescindir tan fácilmente de sus tesoros. Soltó tal aullido de angustia que el ladrón ordenó que lo amordazaran hasta que los gritos emitidos por el infeliz gnomo quedaron reducidos a roncos gruñidos. Pero cuando intentaron adentrarse en el bosque, el desesperado cautivo se arrojó al suelo y se negó a levantarse, a pesar de ser golpeado por el enfurecido Panamon. Keltset podría haber cargado al gnomo y aguantado a Panamon, pero no valía la pena tomarse tantas molestias. Murmurando espantosas amenazas contra el gnomo sollozante, el ladrón hizo que Keltset recogiese el saco, y los cuatro continuaron viaje hacia los oscuros bosques.

La oscuridad aumentó y les fue difícil saber con certeza por dónde iban. Panamon ordenó que se detuvieran en un claro entre unos gigantescos robles cuyas ramas entrelazadas formaban un techo enrejado. Ataron a Orl Fane a uno de los altos robles mientras los otros tres encendían un fuego para preparar la comida. Cuando ésta estuvo lista, aflojaron un poco la cuerda de Orl Fane para permitirle comer. Panamon no sabía exactamente donde estaban, pero se sentía lo bastante seguro para arriesgarse a encender un fuego, confiando en que nadie podría encontrarlos. Si hubiera conocido los peligros de los bosques que rodeaban los oscuros riscos de Paranor, quizás no se hubiese arriesgado. Casualmente, los cuatro humanos se encontraban en una arboleda contigua a los peligrosos bosques que rodeaban Paranor. La parte en la que habían acampado, raramente era atravesada por los secuaces del Señor de los Brujos, y había pocas posibilidades de que alguien los descubriese. Comieron en silencio, hambrientos y cansados tras el largo día de viaje. Incluso las quejas del pesado Orl Fane cesaron mientras el pequeño gnomo comía con avidez, inclinando su rostro amarillo hacia el calor del fuego, moviendo sus ojos verdes con rapidez desde un rostro a otro. Shea no le prestó atención, concentrado en pensar qué debería decirle a Panamon Creel sobre sí mismo, la expedición y, lo más importante de todo, la Espada de Shannara. Todavía no lo había decidido al terminar la cena. El cautivo fue atado otra vez al roble más próximo y se le permitió respirar sin la mordaza bajo la solemne promesa de que no empezaría a gritar y a protestar otra vez. Después, acomodándose cerca del fuego que se extinguía, Panamon fijó su atención en el expectante valense y al fin dijo:

-Ha llegado el momento, Shea, de que me cuentes lo que sabes de ese asunto de la Espada -empezó sin rodeos-. Nada de mentiras, nada de verdades a medias, y no te olvides nada. Prometo ayudarte, pero debemos tener confianza el uno en el otro, dejando al margen a ese quejumbroso desertor. Yo he sido sincero y claro contigo. Tú debes corresponderme.

Y así, Shea se lo contó todo. No tenía intención de hacerlo al empezar. No estaba seguro de cuánto tenía que explicarle, pero una cosa condujo a la otra y antes de darse cuenta había revelado toda la historia. Habló sobre Allanon y la subsiguiente aparición del Portador de la Calavera que obligó a su hermano y a él a huir de Val Sombrío. Relató los acontecimientos relativos al viaje a Leah y el encuentro con Menion, seguido por la terrible huida a través de los Robles Negros hasta Culhaven, donde se unieron al resto de la expedición. Pasó por alto algunos detalles del viaje a los Dientes del Dragón, gran parte del cual estaba todavía borrosa en su mente. Concluyó explicándole cómo había caído de la Cresta hasta el río, siendo arrastrado hacia las llanuras de Rabb, donde fue capturado por la partida de cazadores gnomos. Panamon escuchó sin interrumpirlo, con los ojos dilatados por la perplejidad ante el relato. Keltset estaba sentado a su lado, sumido en un silencio insondable; su adusto rostro tosco pero inteligente miraba con atención al pequeño e inquieto valense. Orl Fane se movía tranquilo, gruñendo y murmurando palabras ininteligibles mientras escuchaba a los otros dos; sus ojos recorrían de continuo todo el campo como si temiera que en cualquier momento se presentase el Señor de los Brujos.

-Es la historia más fantástica que nunca he oído -declaró al fin Panamon-. Es tan inaudita que incluso me cuesta creerla. Pero te creo, Shea. Te creo porque luché contra ese monstruo de alas negras en la llanura y porque he visto el extraño poder de tus piedras élficas, como tú las llamas. Pero este asunto de la Espada y de que tú eres el último heredero de Shannara... No sé. ¿Lo crees tú?

-Al principio no lo creía -admitió Shea lentamente-, pero ahora no sé qué pensar. Han ocurrido tantas cosas que ya no sé lo que creo, ni a quién. En cualquier caso, tengo que reunirme con Allanon y los otros. Ya deben de haber encontrado la Espada. Puede que tengan la respuesta a todo ese enigma sobre mi ascendencia y el poder de la Espada.

De repente Orl Fane estalló en carcajadas agudas y frenéticas.

-No, no, ellos no tienen la Espada -gritaba como un loco presa de un ataque-. ¡No, no, sólo yo puedo enseñaros la Espada! Puedo llevaros a ella. Sólo yo. Podéis buscarla y buscarla y buscarla, ja, ja, ja... Seguid. ¡Pero yo sé donde está! ¡Yo sé quién la tiene! ¡Sólo yo!

-Me parece que está perdiendo la razón -murmuró Panamon Creel divertido, y ordenó a Keltset que volviese a amordazar al incordiante gnomo-. Averiguaremos exactamente qué es lo que sabe mañana por la mañana. ¡Si sabe algo sobre la Espada de Shannara, lo que dudo seriamente, nos lo dirá o intentará hacerlo!

-¿Crees que puede saber quién la tiene? -preguntó Shea con preocupación. Esa Espada puede significar tanto... Pero no sólo para nosotros, sino para todos los pueblos de las cuatro tierras. Tenemos que averiguar qué es lo que sabe realmente.

-Harás que se me salten las lágrimas con tus lamentos por los pueblos -se burló Panamon-. Me tienen sin cuidado todos ellos. Nunca sus habitantes han hecho nada por mí, excepto viajar solos, desarmados y con las bolsas llenas. Y eso no ha ocurrido demasiadas veces. -Levantó la mirada hacia el rostro decepcionado de Shea y se encogió de hombros-. Sin embargo, me intriga eso de la Espada, así que puede que desee ayudarte. Después de todo, te debo un gran favor y no soy de los que lo olvidan.

Keltset terminó de amordazar al gnomo y se reunió con ellos junto al fuego. Orl Fane dejaba escapar ahora una serie de breves carcajadas agudas acompañadas de balbuceos incoherentes que ni siquiera la tela de la mordaza lograba ahogar por completo. Shea contempló inquieto al pequeño prisionero, cuyo deforme cuerpo amarillo se retorcía como poseído por algún demonio, sus ojos estaban abiertos y atisbando en todas direcciones. Panamon ignoró durante cierto tiempo sus quejidos, pero al fin, perdiendo la paciencia, se

puso en pie de un salto y sacó su daga para cortar la lengua del gnomo. Orl Fane enmudeció de inmediato y durante un rato pudieron olvidarse de él.

-¿Por qué supones -empezó a decir poco después Panamon- que la criatura del Norte creía que escondíamos la Espada de Shannara? Es extraño que ni siquiera lo pusiera en duda. Dijo que podía sentir que la teníamos. ¿Cómo explicas eso?

Shea pensó durante un momento y, por fin, hizo un gesto de impotencia.

-Debieron ser las piedras élficas.

-Puede que tengas razón -comentó Panamon pensativamente, acariciándose la barbilla con su mano intacta-. Con franqueza, yo no lo entiendo. Keltset, ¿qué piensas tú?

El rock troll los miró con aire solemne durante un momento y después hizo unos breves ademanes con las manos. Panamon lo observó atentamente, después miró a Shea con aire decepcionado.

-Cree que la Espada es muy importante y que el Señor de los Brujos es un gran peligro para todos nosotros. -El ladrón rió-. ¡Es una gran ayuda, te lo aseguro!

-¡La Espada es muy importante! -repitió Shea, y su voz se adentró en la oscuridad. Todos se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos.

Ya era noche cerrada. Más allá del resplandor rojizo de las ascuas, todo era oscuridad. Los bosques parecían sombríos muros que encerraban a los humanos en el pequeño claro, rodeados por los constantes sonidos de los insectos y los aullidos ocasionales de alguna criatura lejana. El cielo que se veía a través de las ramas de los frondosos árboles era de un azul oscuro salpicado por alguna estrella distante. Panamon habló en voz baja durante un par de minutos más, hasta que las brasas se redujeron a cenizas. Entonces se levantó, pisoteó las cenizas mezclándolas con la tierra y deseó buenas noches a sus compañeros con una decisión que desalentó cualquier nuevo intento de conversación. Keltset se envolvió en una manta y se quedó dormido antes de que Shea hubiese elegido un lugar adecuado en el suelo del bosque. El valense se sentía muy cansado por la tensión de la marcha del largo día y la batalla con el Portador de la Calavera. Extendiendo la manta, se tumbó de espaldas, sacudiendo los pies para quitarse las botas. Su mirada se perdió en la oscuridad del cielo que apenas podía distinguir entre las ramas de los árboles.

Shea pensó sobre todo lo que le había ocurrido, repasando mentalmente el largo e interminable viaje desde Val Sombrío. La mayoría de los acontecimientos le seguían pareciendo un misterio. Había llegado hasta allí, resistido tanto, y aún no sabía bien qué significaba todo aquello. El secreto de la Espada de Shannara, el Señor de los Brujos, su herencia, no estaban más claros que antes. La expedición debía de estar en algún lugar, buscándolo, conducidos por el enigmático y místico Allanon, que parecía ser el único hombre con respuestas para las preguntas sin contestación. ¿Por qué no le había contado a Shea toda la verdad desde el principio? ¿Por qué había insistido en ir revelándoles sólo fragmentos de la historia poco a poco, siempre reservándose esa posesión que era necesaria para comprender totalmente el desconocido poder que encerraba la esquiva Espada de Shannara?

Se volvió de costado, atisbando a través de la oscuridad el cuerpo durmiente de Panamon Creel a pocos metros de él. Más allá, en el otro extremo, se oía la respiración profunda de Keltset mezclándose con los ruidos de la noche en el bosque. Orl Fane estaba sentado con la espalda apoyada contra el árbol al que estaba atado, sus ojos brillaban como los de un gato, inmóviles y fijos en Shea. El valense también lo contempló durante un momento, incomodado por la mirada penetrante del gnomo, pero al final se obligó a apartar la vista y cerró los ojos, cayendo dormido en cuestión de segundos. Lo último que

hizo fue apretar en su mano el pequeño bulto de las piedras que llevaba en la túnica bajo su pecho, preguntándose si su poder continuaría protegiéndole en los días venideros.

Shea despertó bruscamente en la luz grisácea de la madrugada del bosque por las exclamaciones malsonantes y coléricas del enfurecido Panamon Creel. El ladrón estaba pateando todo el campamento con furia, gritando y jurando. Shea no pudo comprender de momento qué ocurría y tardó varios minutos en alejar el sueño de sus ojos e incorporarse sobre un codo, escudriñando torpemente en la penumbra. Sentía como si no hubiese dormido más de unos minutos, sus músculos estaban doloridos y tensos, su mente confusa. Panamon continuó con su arrebato por todo el claro mientras Keltset se arrodillaba en silencio junto a uno de los grandes robles. Entonces Shea se dio cuenta de que Orl Fane había desaparecido. Dio un salto y se acercó asustado de repente. En un momento sus peores temores se confirmaron; las cuerdas que ataban al astuto gnomo estaban rotas en la base del enorme tronco. El gnomo había escapado y Shea había perdido su única posibilidad de encontrar la Espada.

-¿Cómo escapó? -inquirió enojado-. ¡Pensaba que lo habías atado lejos de cualquier cosa que pudiera cortar!

Panamon Creel le miró como si fuera idiota, revelando su odio en el semblante ceñudo.

-¿Te crees que soy un completo imbécil? Desde luego que lo até lejos de las armas. Lo até a ese maldito árbol y lo amordacé como precaución adicional. ¿Dónde estabas tú? El pequeño diablo no cortó las cuerdas ni la mordaza. ¡Las rompió a mordiscos! -Ahora Shea se quedó atónito-. Estoy hablando totalmente en serio, te lo aseguro -continuó Panamon irritado-. Mordió las cuerdas hasta romperlas. Ese pequeño roedor era más hábil de lo que yo imaginaba.

-O quizás estaba más desesperado de lo que creíamos -añadió el valense pensativo-. Me pregunto por qué no intentó matarnos. Tenía razones suficientes para hacerlo.

-Muy caritativo por tu parte decir tal cosa -declaró el otro burlonamente-. Te explicaré por qué, ya que lo preguntas. Estaba aterrado de que lo pudiéramos pescar in fraganti. Ese gnomo era un desertor, un cobarde de los peores. ¡No tenía valor para hacer otra cosa que salir corriendo! ¿Qué es eso, Keltset? -El enorme rock troll avanzaba pesadamente hacia su compañero mientras gesticulaba señalando hacia el norte. Panamon sacudió la cabeza con disgusto-. Ese ratón pusilánime se ha largado hace horas. Y lo peor es que el muy imbécil huyó hacia el norte y no sería muy aconsejable para nosotros seguirlo en esa dirección. Es probable que su propia gente se encargue de él. No protegerán a un desertor. De todas formas, lo más seguro es que ese maldito gnomo nos mintiera en todo lo que dijo, y más aún respecto a la Espada de Shannara.

Shea asintió vacilante, poco convencido de que el gnomo hubiese mentido en todo lo que les había dicho. A pesar de lo trastornado que parecía, daba la impresión de saber dónde se encontraba la Espada y quién la tenía. La idea de que pudiese conocer tal secreto desalentó al valense. ¿Y si se había ido a buscar la Espada? ¿Y si sabía realmente dónde estaba?

-Olvídalo, Shea -le recomendó Panamon-. Ese gnomo estaba muerto de miedo; su única idea era escapar. La historia de la Espada fue sólo un truco para evitar que lo matáramos hasta que encontrase la oportunidad de escapar. ¡Mira eso! Con las prisas ha olvidado hasta su preciado saco.

Por primera vez, Shea vio el saco que estaba tirado en un lado del claro. Era de veras extraño que Orl Fane hubiese olvidado sus tesoros después de crear tantos problemas por

conservarlos. Aquel saco inútil había sido muy importante para él. Y sin embargo allí estaba olvidado, su contenido aún visible como pequeños bultos bajo la tela. Shea se acercó con curiosidad, mirándolo con evidente suspicacia. Vació su contenido sobre el suelo, las espadas, cuchillos y joyas entrechocaron entre sí, amontonándose. Shea los contempló, consciente de que el gigante Keltset estaba a su lado y su rostro oscuro e inexpresivo inclinado junto a él. Durante unos momentos, los dos examinaron el botín abandonado por el gnomo, como si en alguna forma contuviese algún secreto misterioso. El ladrón los miró, después masculló algo y avanzó a grandes pasos para reunirse con ellos y examinar también las armas y las joyas.

-Sigamos nuestro camino -les aconsejó-. Tenemos que reunirnos con tus amigos, Shea, y quizá con su ayuda podamos encontrar la Espada. ¿Qué estáis mirando ahí? Ya visteis que era un montón de chatarra. No ha cambiado.

Entonces Shea vio algo.

-No es lo mismo -anunció lentamente-. Ha desaparecido. Se la ha llevado.

-¿Qué ha desaparecido? -preguntó con irritación Panamon, dando una patada al montón de chatarra-. ¿De qué estás hablando?

-La vieja espada en la vaina de cuero. La que tenía el brazo y la antorcha.

Panamon miró hacia las espadas apiladas, frunciendo el ceño con expresión de curiosidad. Keltset se enderezó bruscamente y miró a Shea, fijando en él sus profundos ojos inteligentes. También él comprendió lo sucedido.

-Así que se llevó una espada -rezongó Panamon sin dejar de pensar-. Eso no significa que... -Se interrumpió dejando caer la mandíbula atónito, levantando los ojos sin poder creerlo-. ¡Oh no! Eso no puede ser, no puede ser. ¿Quieres decir que...?

No fue capaz de concluir la frase, tragándose las últimas palabras. Shea asintió con serena desesperación.

-¡La Espada de Shannara!

XXI

La misma mañana en que Shea y sus nuevos compañeros se enfrentaban a la terrible realidad de que Orl Fane se había escapado con la Espada de Shannara, Allanon y los restantes miembros del grupo también se hallaban envueltos en otras dificultades. Habían escapado de la Fortaleza de los Druidas guiados por el místico, serpenteando por un laberinto de túneles en el centro de la montaña hasta dos bosques de abajo. No encontraron ninguna oposición inicial a la huida, tropezando sólo con algunos gnomos aislados que se escabullían por los túneles, restos de la guardia de palacio que ya había escapado antes. A primeras horas del anochecer, el pequeño grupo salía de las abominables alturas y avanzaba hacia el norte a través de los bosques. Allanon estaba seguro de que los gnomos se habían llevado la Espada de Shannara en algún momento antes de su encuentro con el Portador de la Calavera en la sala del horno, pero era imposible saber con exactitud cuándo había tenido lugar el traslado. Eventine patrullaba el perímetro norte de Paranor y cualquiera que intentara trasladar la Espada por allí se habría topado con la oposición de sus soldados. Quizás el rey de los elfos ya se había apoderado de la Espada. Quizás incluso se había reunido con Shea. Allanon estaba muy preocupado por el pequeño valense, a quien había esperado encontrar en la Fortaleza de los Druidas. No hubo ningún error en su indagación mental sobre el paradero del joven realizada al pie de los Dientes del Dragón. Shea estaba en compañía de otros, y avanzaba en dirección norte hacia Paranor. Algo les había desviado. Sin embargo, Shea era inteligente y además contaba con el poder de las piedras élficas para protegerse del Señor de los Brujos. El druida tenía la esperanza de que en cualquier momento se encontrarían, y cuando esto ocurriera, Shea estaría sano y salvo.

No obstante, Allanon tenía otras preocupaciones que requerían su atención inmediata. Los refuerzos de gnomos empezarían a llegar en gran número y no tardarían mucho en descubrir que él y su pequeño grupo de invasores habían huido del castillo y se encontraban en algún lugar del peligroso Bosque Inexpugnable que rodeaba Paranor. En realidad, los gnomos no sabían a quién buscaban; sólo que el castillo había sido invadido, y los intrusos debían ser capturados y muertos. Los emisarios del Señor de los Brujos no habían llegado, y el Rey de la Calavera no se había enterado aún de que su presa se había escapado una vez más. Descansaba satisfecho en la oscuridad de sus dominios, seguro de que el problemático Allanon había sido destruido en los hornos de Paranor, que el heredero de Shannara y los que iban con él estaban prisioneros y que la Espada se encontraba segura y de camino hacia la Tierra del Norte, en manos del Portador de la Calavera enviado el día anterior para asegurar que la preciada Espada no le sería arrebatada. Por tanto, los gnomos recién llegados empezaron a registrar los bosques que rodeaban Paranor en un esfuerzo por encontrar a los intrusos desconocidos creyendo que habrían huido hacia el sur, y enviando a la mayoría de sus rastreadores en esa dirección.

Allanon y su pequeño grupo avanzaron hacia el norte sin detenerse, aunque su avance era interrumpido de vez en cuando por la aparición de grandes partidas de gnomos que patrullaban los bosques. La pequeña expedición nunca habría logrado escapar si se hubiera dirigido al sur; pero en el norte, las partidas de cazadores eran tan escasas que era posible eludirlas escondiéndose mientras pasaban o avanzando a más velocidad que ellas. Ya había luz cuando al fin llegaron a los últimos árboles del bosque y pudieron contemplar al norte las imponentes llanuras de Streleheim, con sus perseguidores a sus espaldas.

Allanon se volvió hacia los otros, su oscuro semblante cansado y sombrío, pero sus ojos aún brillantes y decididos. Sus compañeros esperaron mientras los estudió uno a uno,

como si estuviese viéndolos por primera vez. Después habló, pronunciando las palabras lenta y cuidadosamente.

-Hemos llegado al final del camino, amigos míos. El viaje a Paranor ha llegado a su fin, y es el momento de que la expedición se disuelva y cada uno de nosotros siga su camino. Hemos perdido nuestra oportunidad de apoderarnos de la Espada, al menos por ahora. Todavía no hemos encontrado a Shea, y no podemos saber cuánto tardaremos en hacerlo. Pero la mayor amenaza a la que nos enfrentamos es una invasión del Norte. Debemos protegernos a nosotros y a los pueblos de la Tierra del Sur, Este y Oeste. No hemos visto ninguna señal de los ejércitos élficos de Eventine, aunque se supone que estaban patrullando esta región. Parece que se han replegado, y la causa de eso sólo puede ser que el Señor de los Brujos ha empezado a mover sus ejércitos hacia el sur.

-¿Ha comenzado la invasión? -preguntó Balinor.

Allanon asintió gravemente, y los otros intercambiaron miradas de alarma.

-Sin la Espada no podemos derrotar al Señor de los Brujos, así que debemos intentar detener a sus ejércitos. Para ello, las naciones libres deben unirse rápidamente. Tal vez sea demasiado tarde. Brona utilizará sus ejércitos para invadir todo el centro de la Tierra del Sur. Para hacer eso, sólo necesita destruir a la Legión Fronteriza de Callahorn. Balinor, la Legión tiene que defender las ciudades de Callahorn para dar tiempo suficiente a las naciones de unir sus ejércitos y contraatacar al invasor. Durin y Dayel pueden acompañarte a Tyrsis y desde allí viajar hacia el oeste hasta su propio país. Eventine debe conducir sus ejércitos a Tyrsis atravesando las llanuras de Streleheim. Si somos vencidos allí, el Señor de los Brujos se interpondrá entre los ejércitos y tendremos pocas posibilidades de unirlos. Y aún peor, toda la Tierra del Sur quedará abierta y desprotegida. Los humanos nunca serán capaces de organizar sus ejércitos a tiempo. La Legión Fronteriza de Callahorn es la única oportunidad que nos queda.

Balinor asintió, comprendiendo, y se volvió hacia Hendel.

-¿Qué apoyo pueden darnos los enanos?

-La ciudad de Varfleet es la llave del sector este de Callahorn. -Hendel reflexionó con detenimiento sobre la situación-. Mi pueblo puede oponerse a cualquier asalto llegado a través del Anar, pero también podemos prescindir de un número suficiente de soldados para que protejan Varfleet. Pero debéis resistir por vuestros propios medios en las ciudades de Kern y Tyrsis.

-Los ejércitos de elfos os ayudarán por el oeste -prometió rápidamente Durin.

-¡Esperad un momento! -exclamó Menion con incredulidad-. ¿Qué pasa con Shea? No os habréis olvidado de él, ¿verdad?

-Todavía hablas antes de pensar, por lo que veo -dijo Allanon sombríamente. Menion se puso rojo de ira, pero esperó a ver qué tenía que decir el místico.

-Yo no voy a abandonar la búsqueda de mi hermano -anunció Flick en voz baja.

-No estoy sugiriendo que lo hagas, Flick. -Allanon sonrió ante la preocupación de éste-. Menion, tú y yo continuaremos la búsqueda de nuestro amigo y de la Espada desaparecida. Sospecho que cuando encontremos una nos llevará al otro y viceversa. Recordad las palabras del fantasma de Bremen. Shea será el primero en tener en sus manos la Espada de Shannara. Quizá ya la tenga.

-Entonces sigamos con la búsqueda -sugirió Menion irritado, evitando los ojos del druida.

-Saldremos en seguida -anunció Allanon, puntualizando después, pero tú tienes que intentar mantener la boca cerrada. Un príncipe de Leah debe hablar con sabiduría y prudencia, con paciencia y talento, no con ira descontrolada.

Menion asintió de mala gana. Los siete se despidieron emocionados y partieron. Balinor, Hendel y los hermanos elfos se dirigieron hacia el oeste por el bosque en el cual Shea y sus compañeros habían pasado la noche, pretendiendo rodearlo, atravesar la región montañosa situada al norte de los Dientes del Dragón, y desde allí llegar a Kern y Tyrsis en dos días. Allanon y sus dos jóvenes compañeros fueron hacia el este, buscando algún rastro de Shea. El druida estaba convencido de que el valense se habría encaminado hacia el norte, hacia Paranor y quizá estuviera prisionero en alguno de los campamentos gnomos de esa región. Rescatarlo no sería fácil, pero el mayor temor del místico era que el Señor de los Brujos se enterase de su captura y descubriera su identidad, haciendo que lo ejecutaran de inmediato. Si eso ocurría, la Espada de Shannara perdería su utilidad, y ya no tendrían otra opción que confiar en la fuerza de los ejércitos divididos por las tres tierras asediadas. No era una idea alentadora, y Allanon la dejó de lado y puso su atención en el terreno que se extendía ante él. Menion caminaba delante con ligereza, examinando los rastros con sus agudos ojos y estudiando las huellas de todos los que habían pasado por allí. Le preocupaba el tiempo. Si llovía, nunca encontrarían el rastro. Incluso aunque les fuera favorable, las súbitas tormentas de viento que soplaban en las llanuras de Streleheim tendrían el mismo efecto que el agua, borrarían todas las huellas. Flick seguía un poco rezagado, caminando en reconcentrado silenció, ansiando con todas sus fuerzas encontrar algún signo de Shea, pero temiendo no volver a verlo nunca más.

A mediodía, las desiertas llanuras resplandecían bajo el intenso calor del sol y los tres viajeros caminaban lo más cerca posible de los límites del bosque para aprovechar la sombra de sus grandes árboles. Sólo Allanon parecía insensible al terrible calor, su oscuro rostro tranquilo y relajado bajo la ardiente luz, sin el menor rastro de sudor. Flick se sentía a punto de desfallecer e incluso el resistente Menion Leah empezaba a sentirse mal. Sus agudos ojos estaban resecos, su visión borrosa y sus sentidos comenzaban a tenderle trampas. Veía cosas que no existían en las ardientes praderas que tenía delante, oía y olía imágenes formadas en su cerebro aturdido.

Finalmente los dos hombres del sur fueron incapaces de continuar y el líder ordenó que se detuvieran, conduciéndolos a la sombra fresca del bosque. Comieron en silencio un insípido refrigerio consistente en pan y carne seca. Flick quería preguntar al druida algo más sobre las posibilidades que existían de que Shea estuviese vivo en aquella tierra desolada, pero no se atrevió. La respuesta era demasiado evidente. Nunca se había sentido cerca de Allanon, siempre asaltado por insistentes dudas sobre los extraños poderes del druida. El místico seguía siendo una figura sombría, tan misteriosa e inquietante como los Portadores de la Calavera que los habían seguido de forma tan implacable. Continuaba siendo una personificación del espíritu inmortal de Bremen que había surgido del mundo de la nada en el valle de Esquisto. Su poder y sabiduría eran de tal magnitud, que no parecían pertenecer al mundo mortal de Flick; se asemejaba más al dominio del Señor de los Brujos, ese rincón aterrador y oscuro de la mente donde domina el miedo y la razón no puede penetrar. A Flick le era imposible olvidar la horrenda lucha entre el gran místico y la peligrosa criatura de la Calavera, que terminó en las llamas del horno situado bajo la Fortaleza de los Druidas. Sin embargo, Allanon se había salvado, había sobrevivido a lo que ningún ser humano podía sobrevivir. No era solamente sobrenatural, sino además sobrecogedor. Sólo Balinor parecía capaz de entenderse con el gigante, pero ahora se había ido y Flick se sentía solo y vulnerable.

Menion Leah también estaba inseguro. En realidad no temía al druida, pero era consciente de que éste no le apreciaba demasiado y había permitido que los acompañara por no contrariar a Shea, que tenía puesta su confianza en el príncipe de Leah incluso cuando Flick dudaba de la buena fe del aventurero. Pero Shea no estaba con ellos. Menion sentía que si provocaba la ira del druida una vez más, éste se libraría de él. De modo que comió con aparente calma y no habló, creyendo que la discreción sería la mejor táctica por el momento.

Una vez terminada la silenciosa comida, el druida les indicó que se levantasen. Volvieron a ponerse en marcha hacia el este bordeando el bosque, con los rostros abatidos bajo el calor, sus ojos cansados recorriendo las desiertas llanuras en busca de Shea. Esta vez sólo caminaron durante quince minutos hasta encontrar algunas señales que les llamaron la atención. Menion identificó las huellas casi al momento. Un gran número de gnomos habían pasado por allí varios días antes, calzados con botas e indudablemente armados. Siguieron las huellas hacia el norte durante medio kilómetro. Tras subir un pequeño montículo, encontraron los restos de los gnomos y los elfos que habían muerto en una batalla. Los cuerpos en descomposición yacían en el mismo lugar donde habían caído, aún sin enterrar, a menos de cien metros del montículo. Los tres descendieron lentamente hacia aquel cementerio. El terrible hedor se elevaba hasta sus narices en oleadas nauseabundas. Flick no pudo seguir y se detuvo a mirar desde allí cómo los otros dos avanzaban entre los cuerpos muertos.

Allanon se movía mirando en silencio a los guerreros caídos, estudiando las armas abandonadas y los estandartes, posando sus ojos sólo unos instantes en cada muerto. Casi de inmediato, Menion descubrió una serie de huellas recientes y empezó a andar alrededor del campo de batalla con los ojos fijos en la tierra polvorienta. Flick, desde su posición, no podía saber con exactitud qué estaba ocurriendo, pero parecía como si el hombre de las tierras altas estuviera siguiendo sus propios pasos una y otra vez, tratando de encontrar rastros de huellas nuevas, protegiéndose con sus finas manos los ojos enrojecidos. Finalmente se volvió hacia el bosque en dirección sur, y empezó a caminar con lentitud, pero a grandes zancadas, hacia Flick, con la cabeza baja y expresión concentrada. Se detuvo ante un grupo de arbustos y se arrodilló para mirar algo con interés. Por un momento, olvidando su repugnancia por el campo de batalla y los cadáveres, el curioso valense se adelantó. Acababa de llegar adonde estaba el otro arrodillado, cuando Allanon, en el centro del campo, dejó escapar un grito de asombro. Los dos se detuvieron y observaron en silencio, mientras la alta figura negra estudiaba algo en el suelo durante un momento, como para asegurarse. Después se giró y avanzó hacia ellos con largos pasos. El rostro oscuro del místico estaba enrojecido por la excitación cuando llegó hasta ellos, y se sintieron aliviados al ver en él su acostumbrada sonrisa burlona.

-¡Sorprendente! Es verdaderamente sorprendente. Nuestro joven amigo es más hábil de lo que imaginaba. He encontrado allí un montón de cenizas; los restos de un Portador de la Calavera. No pudo ser destruido por ningún mortal; ¡fue el poder de las piedras élficas!

-¡Entonces vamos detrás de Shea! -exclamó Flick esperanzado.

-Nadie más tiene el poder de usar las piedras -asintió Allanon-. Hay signos de que hubo una terrible batalla, huellas que demuestran que Shea no estaba solo. Pero no puedo saber si los que le acompañaban eran amigos o enemigos. Tampoco puedo saber si la criatura del Norte fue destruida durante o después de la batalla entre gnomos y elfos. ¿Qué has descubierto, montañés?

-Un montón de huellas falsas dejadas por un troll muy inteligente -respondió Menion con ironía-. No me es posible deducir gran cosa de estas pisadas, pero estoy seguro de que había un gran rock troll entre los ocupantes de este campamento. Ha dejado sus huellas por

todas partes, pero ninguna conduce a ningún sitio. Hay signos de que tuvo lugar algún tipo de refriega entre esos arbustos. ¿Ves las ramas dobladas y las hojas caídas? Pero lo más importante es que hay huellas de un hombre pequeño. Podría ser de Shea.

-¿Crees que ha sido capturado por un troll? -inquirió Flick atemorizado.

Menion sonrió al ver su preocupación y se encogió de hombros.

-Si consiguió arreglárselas con esa criatura de la calavera, no creo que un vulgar troll pueda causarle demasiados problemas.

-Las piedras élficas no protegen contra las criaturas mortales -puntualizó Allanon en tono frío-. ¿Hay alguna indicación clara de qué camino siguió este troll?

Menion negó con la cabeza.

-Para estar seguros tendríamos que encontrar huellas que se alejen. Éstas son de hace un día por lo menos. El troll sabía lo que hacía cuando las dejó. Podemos buscar durante toda la vida y nunca estaremos seguros del camino que siguió.

Flick sintió que su corazón se encogía ante estas noticias. Si Shea había sido atrapado por aquella misteriosa criatura, habían llegado a otro punto muerto.

-He encontrado algo más -anunció Allanon después de un momento-. He encontrado un estandarte roto de la casa de Elessedil, el distintivo personal de Eventine. Debió de estar presente en la batalla. Puede haber sido capturado o incluso asesinado. Es probable que los gnomos caídos intentaran escapar de Paranor con la Espada y fueran interceptados por el rey de los elfos y sus guerreros. En tal caso, Eventine, Shea y la Espada podrían estar en manos del enemigo.

-Estoy seguro de una cosa -declaró Menion rápidamente-. Esas huellas de troll y la batalla de los arbustos se produjeron ayer, mientras que la batalla entre gnomos y elfos sucedió hace varios días.

-Sí..., sí. Tienes razón, desde luego-agregó el druida pensativamente-. Ha tenido lugar una secuencia de acontecimientos que no podemos reconstruir con los datos que tenemos. Me temo que no encontraremos todas las respuestas aquí.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Flick.

-Hay huellas que conducen al oeste a través de Streleheim -musitó Allanon, mirando en esa dirección mientras hablaba-. Las huellas son borrosas, pero pueden pertenecer a supervivientes de esa batalla...

Miró de forma interrogativa al silencioso Menion Leah para saber su opinión.

-Nuestro misterioso troll no siguió ese camino -manifestó Menion con aire preocupado-. No iba a molestarse en dejar un montón de huellas falsas para después dejar otra claras al marcharse. No me gusta.

-¿Tenemos otra posibilidad? -insistió Allanon-. Las únicas huellas claras que salen de este campo de batalla conducen hacia el oeste. Debemos seguirlas y esperar que suceda lo mejor.

Flick pensó que tal optimismo era infundado teniendo en cuenta la situación y le pareció que el comentario del druida era impropio de su carácter. De todas formas, no tenían muchas opciones. Quizá quienquiera que hubiese dejado aquellas huellas podría decirles algo respecto a Shea. El valense se volvió hacia Menion y asintió mostrando su acuerdo con el plan del druida, advirtiendo la mirada de consternación que ensombreció las finas facciones del hombre de las tierras altas. Estaba claro que a Menion no le agradaba la decisión, convencido de que podrían encontrar otro rastro que les dijese algo más sobre el troll y la criatura de la Calavera vencida. Allanon les hizo una señal, y volviendo sobre sus pasos continuaron la marcha por las llanuras de Streleheim hacia las tierras situadas al

oeste de Paranor. Flick dirigió una última mirada hacia el campamento de gnomos y elfos muertos, a sus cuerpos que se descomponían lentamente bajo el intenso calor del sol, abandonados por los humanos y por la naturaleza tras una muerte absurda. Sacudió la cabeza de un lado a otro. Quizá todos ellos tuvieran el mismo final.

Los tres caminaron sin detenerse hacia el oeste durante el resto del día. Hablaron poco, sumidos en sus propios pensamientos, siguiendo casi sin prestar atención las huellas borrosas mientras en el horizonte el brillante sol iba tornándose rojo a medida que se ocultaba. Cuando la oscuridad les impidió seguir, Allanon condujo a los hombres al interior de los bosques que bordeaban, donde acamparon para pasar la noche. El trío se hallaba en un punto cercano al sector noroeste del pavoroso Bosque Inexpugnable, expuesto otra vez al riesgo de ser descubiertos por partidas de cazadores gnomos o manadas de lobos acechantes. El druida explicó que, aunque existía cierto peligro, creía que su búsqueda ya habría sido abandonada tras el tiempo transcurrido y que sus perseguidores debían estar dedicados a asuntos que creían más urgentes. Como precaución necesaria, no encenderían ningún fuego y mantendrían una vigilancia constante durante toda la noche por si se presentaban lobos. Flick anhelaba en su interior que los lobos no se aventurasen cerca de la llanura, y se quedaran en las profundidades del bosque, próximos a la Fortaleza de los Druidas. Tomaron una breve e insípida comida y después se dispusieron a descansar. Menion se ofreció para la primera guardia. Flick se quedó dormido de inmediato, pero cuando Menion lo despertó para su turno de guardia le pareció que no habían transcurrido más de unos instantes. Alrededor de medianoche, Allanon se aproximó a Flick sin hacer ruido y le ordenó que volviese a dormir. El valense había estado vigilando sólo por una hora, pero hizo lo que el otro le ordenó sin discutir.

Flick y Menion despertaron cuando ya había amanecido. A la débil luz roja y amarillenta que lentamente se adentraba en el umbrío bosque, vieron al gigante druida apoyado apaciblemente contra un olmo alto, observándolos. La figura negra casi parecía formar parte del bosque, sentado inmóvil, con sus ojos negros hundidos en las cuencas bajo la gran frente. Supieron que Allanon había estado vigilando durante toda la noche, sin dormir. Parecía imposible que estuviera en buena forma; sin embargo se levantó sin esfuerzo, con el rostro relajado y alerta. Tomaron un rápido desayuno y cambiaron una vez más el bosque por la llanura. Un momento después, se detuvieron sobresaltados. A su alrededor el cielo estaba despejado y azul por la luz del nuevo día, el sol se alzaba con un resplandor deslumbrante sobre las cordilleras de montañas situadas al este. Pero en el norte se elevaba un gigantesco muro de oscuridad que llegaba hasta el cielo, como si todas las nubes tormentosas de la tierra se hubiesen reunido para formar una pared de penumbra. Se alzaba hasta perderse en la atmósfera curvada del horizonte, y se extendía a lo largo de la abrupta Tierra del Norte, enorme, oscura y terrible; su centro estaba en el reino del Señor de los Brujos y parecía anunciar la llegada de una horrible e inevitable noche interminable.

-¿Qué es eso? -logró articular Menion.

Allanon permaneció callado unos momentos, reflejando en su rostro la negrura del muro del norte mientras lo contemplaba en silencio. Los músculos de su delgada mandíbula se contrajeron bajo la pequeña barba negra y sus ojos se estrecharon en profunda concentración. Menion aguardó en silencio hasta que el druida pareció darse cuenta de que le había hablado y se volvió hacia él.

-Es el principio del fin. Brona ha señalado el comienzo de su conquista. Esa terrible oscuridad seguirá a sus ejércitos a medida que se deslicen hacia el sur, y después al este y al oeste, hasta que toda la tierra esté cubierta. Cuando el sol haya desaparecido de todas las tierras, la libertad desaparecerá también.

-¿Estamos perdidos? -preguntó Flick después de un momento-. ¿Estamos realmente perdidos? ¿No nos queda ninguna esperanza, Allanon?

La voz preocupada tocó una cuerda sensible en el gigante druida, que se volvió despacio, dirigiendo una mirada tranquilizadora a los ojos desorbitados por el pánico.

-Todavía no, joven amigo. Todavía no.

Allanon los guió hacia el oeste durante varias horas a partir de ese punto, manteniéndose cerca de los linderos del bosque, avisando a Menion y a Flick para que mantuviesen los ojos atentos a cualquier signo del enemigo. Los Portadores de la Calavera volarían ahora tanto de día como de noche, ya que el Señor de los Brujos había empezado su conquista y no tenían por qué temer a la luz del sol ni ocultar su presencia. El Amo había terminado con la ocultación de la Tierra del Norte; ahora empezaría a avanzar hacia las otras tierras, enviando delante de él a sus fieles espectros, como enormes aves de presa. Les daría el poder que necesitaban para resistir el sol; el poder que había acumulado en el gran muro oscuro que ensombrecía su reino y pronto empezaría a ensombrecer las tierras de más allá. Los días de luz estaban llegando a su fin.

Hacia media mañana, los tres viajeros giraron hacia el sur por las llanuras de Streleheim, siempre manteniéndose cerca de los bosques que rodeaban Paranor. Las huellas que seguían se fundían en ese punto con otras provenientes del norte y continuaban hacia el sur, en la dirección de Callahorn. Eran huellas claras; nadie había intentado ocultar la cantidad ni la dirección. De la amplitud de las huellas y por las impresiones dejadas, Menion pudo deducir que al menos varios miles de humanos habían pasado por allí varios días antes. Las pisadas eran de gnomos y de trolls; obviamente parte de las hordas de las Tierras del Norte del Señor de los Brujos. Allanon estaba seguro ahora de que un ejército gigantesco estaba concentrándose en las llanuras situadas sobre Callahorn para empezar la invasión de la Tierra del Sur, y de esa forma dividir a las tierras libres y a sus ejércitos. El rastro empezó a hacerse tan confuso por la cantidad de grupos que se añadían constantemente al cuerpo principal, que ya no era posible saber si se había separado alguna pequeña partida. Shea o la Espada podían haber tomado un camino diferente en cualquier punto, y sus amigos no lo percibirían, siguiendo al ejército principal.

Caminaron hacia el sur durante todo el día, con escasas paradas de descanso, pretendiendo alcanzar a la enorme columna de gnomos y trolls antes del anochecer. El rastro del ejército invasor era tan claro que Menion sólo miraba de vez en cuando, por costumbre, la tierra pisoteada. Las desiertas llanuras de Streleheim fueron reemplazadas por unas praderas verdes. A Flick casi le pareció que regresaba a casa, y que las montañas de Val Sombrío podían estar al otro lado de las praderas. El tiempo era cálido y húmedo, y el terreno más favorable. Todavía quedaba cierta distancia hasta Callahorn, pero estaba claro que se habían alejado de la negrura de la Tierra del Norte adentrándose en el calor y verdor de una tierra familiar. El día pasó con rapidez, y los viajeros volvieron a hablar entre sí. Allanon les explicó un poco más sobre el Consejo de los Druidas, ante la insistencia de Flick. Les volvió a relatar con detalle la historia del hombre desde las Grandes Guerras, refiriéndose a cómo su raza se había desarrollado hasta el estado presente. Menion habló poco, contentándose con escuchar al druida sin dejar de vigilar a su alrededor.

Cuando empezaron la marcha aquel día, el sol brillaba y emanaba calor, y el cielo estaba despejado. Pero hacia media tarde, el tiempo cambió bruscamente y el sol fue reemplazado por unas nubes bajas de color gris y una húmeda atmósfera que se adhería de forma pegajosa a la piel descubierta. El aire era pesado y cargado de agua, anunciando la proximidad de una tormenta. Estaban cerca de los linderos de los Bosques Inexpugnables que quedaban más al sur, y los aserrados picos de los Dientes del Dragón eran visibles en

el oscuro horizonte del sur. Sin embargo, no había ningún signo del enorme ejército que viajaba ante ellos, y Menion empezaba a preguntarse hasta dónde habría llegado. En ese momento no se hallaban lejos de las fronteras de Callahorn, que quedaban justo por debajo de los Dientes del Dragón. Si los ejércitos de la Tierra del Norte ya habían tomado Callahorn, el fin había llegado realmente. La luz grisácea de la tarde decreció con rapidez y el cielo se cerró en una tenebrosa oscuridad.

Ya había anochecido cuando oyeron un terrible estruendo que resonó en la noche, golpeando contra los gigantescos picos que tenían ante ellos. Menion lo reconoció en seguida; había oído ese ruido antes en los bosques del Anar. Era el ruido de cientos de tambores gnomos, su ritmo constante y vibrante en la quietud del aire húmedo, llenando la noche de siniestra tensión. La tierra temblaba por la fuerza de los golpes, y todos los seres vivos enmudecieron atemorizados. Menion pudo saber por la intensidad de los tambores que eran mucho más numerosos que los del paso de Jade. Si el ejército de la Tierra del Norte se medía por el ruido de sus tambores, debía ser enorme. El aterrorizante sonido los envolvió por completo, retumbando por todas partes con ecos estremecedores, mientras ellos seguían su camino. Las nubes grises que aparecieron por la tarde aún permanecían en el cielo nocturno, dejando a los hombres rodeados de una densa oscuridad. Menion y Flick ya no eran capaces de distinguir el camino, y el silencioso druida los condujo con una precisión misteriosa a través de las abruptas tierras bajas de Paranor. Nadie habló, todos estaban dominados por un miedo mortal mientras escuchaban el retumbo de aquellos tambores gnomos. Sabían que el campamento enemigo estaba cerca.

Entonces el terreno cambió de repente; las montañas bajas cubiertas de arbustos se convirtieron en laderas empinadas y salpicadas de pedruscos y traicioneros salientes rocosos. El certero Allanon siguió avanzando, su alta figura inconfundible incluso en la casi absoluta oscuridad, y los dos hombres del sur siguiéndole afanosamente. Menion calculó que debían de haber llegado a las pequeñas montañas situadas justo sobre los Dientes del Dragón y que Allanon había elegido aquel camino para evitar encuentros con los miembros del ejército de la Tierra del Norte. Era aún imposible saber dónde acampaba el ejército enemigo pero, por el sonido de los tambores, parecía como si lo tuviesen muy próximo. Las tres figuras siguieron su serpenteante camino con sigilo, a través de la noche, durante casi una hora; a veces a ciegas entre pedruscos y matorrales. Sus ropas estaban rasgadas y rotas, sus brazos y piernas arañados y magullados, pero el silencioso druida no aflojó el paso ni se detuvo un instante para descansar. Al final de la larga hora, se paró bruscamente y se volvió hacia ellos, llevándose un dedo a los labios fruncidos para prevenirlos. Entonces, con lentitud y cautela, los condujo hasta un enorme montón de grandes piedras. Durante unos minutos, los tres escalaron en silencio. De repente, aparecieron unas luces a lo lejos, las débiles luces amarillas y aleteantes de unas hogueras. Continuaron a gatas hacia la cumbre del peñón. Después de alcanzar un inclinado reborde de roca que ascendía hasta el final y trepar por él, asomaron con precaución la cabeza y observaron desde allí.

Lo que vieron era impresionante y terrible. Hasta donde llegaba la vista, extendiéndose varios kilómetros a la redonda, las fogatas del ejército del Norte ardían en la noche. Había miles de puntos amarillos centelleantes por la negrura de la explanada, y moviéndose afanosamente alrededor de las luces brillantes se veían las borrosas figuras de los fuertes y deformes gnomos y la enorme corpulencia de los trolls. Había miles, todos armados, todos esperando para descender al reino de Callahorn. Era inconcebible para Menion y Flick que la legendaria Legión Fronteriza se enfrentase a semejante fuerza. Parecía como si todos los gnomos y trolls existentes se hubiesen reunido en las llanuras situadas bajo de ellos. Allanon había evitado los encuentros con exploradores o guardianes al acercarse bordeando los Dientes del Dragón por el oeste, y ahora los tres estaban

colgados en una atalaya de rocas a bastantes metros por encima del ejército acampado. Desde esa altura, los impresionados habitantes del Sur podían contemplar en su totalidad la enorme fuerza reunida para invadir sus poco defendidos pueblos. Los tambores de los gnomos resonaban en crescendo mientras los hombres continuaban observando; sus ojos recorrían de un extremo a otro el diseminado campamento sin poder creer lo que veían. Por primera vez, entendieron totalmente a qué se enfrentaban. Antes sólo existían las palabras de Allanon, su descripción de lo que iba a ocurrir; ahora podían ver al enemigo y juzgar por sí mismos. Podían apreciar la necesidad desesperada de encontrar la Espada de Shannara, la necesidad de lograr el único poder capaz de destruir al ser malvado que era responsable de la formación de aquel ejército y del ataque que lo seguiría. Pero ya era demasiado tarde.

Durante varios minutos, nadie pronunció ni una palabra; se limitaron a observar el campamento enemigo. Después, Menion tocó el hombro de Allanon disponiéndose a hablarle, pero el druida cubrió con su mano la boca del sorprendido príncipe y señaló hacia la base del peñón en que se escondía. Menion y Flick miraron con curiosidad hacia abajo y se sorprendieron al descubrir las vagas figuras de guardianes gnomos patrullando por allí. Ninguno de los dos había pensado en que al enemigo podía ocurrírsele aquello, pero tomaba sus precauciones, no deseaba correr riesgos. Allanon les hizo una seña para que se retirasen del borde, que ellos obedecieron con rapidez, siguiéndolo mientras descendían lentamente del montículo de rocas. Una vez llegaron abajo, lejos del borde del saliente rocoso, el druida formó con ellos un estrecho círculo.

-Tenemos que ser muy silenciosos -les avisó en tono bajo-. Desde allí arriba, el sonido de nuestras voces habría resonado en la pared del risco hasta la llanura. ¡Esos guardianes gnomos nos habrían oído!

Menion y Flick asintieron, comprendiendo.

-La situación es más grave de lo que pensaba -continuó Allanon, con su voz áspera susurrando en la penumbra-. Parece que todo el ejército de la Tierra del Norte se ha agrupado en esta zona para atacar Callahorn. Brona pretende aplastar al instante cualquier resistencia, sin permitir que los mejores ejércitos del este y el oeste se reúnan, y así vencerlos por separado. El maligno ya domina todo lo que queda al norte de Callahorn. ¡Hay que avisar a Balinor y a los otros!

Tras una pausa, se volvió directamente hacia Menion Leah.

-¡No puedo irme ahora! -exclamó Menion enardecido-. ¡Tengo que colaborar en la búsqueda de Shea!

-No tenemos tiempo para discutir las prioridades -declaró Allanon con un tono casi amenazador, apuntando con su dedo a la cara del príncipe-. Si no advertimos a Balinor de lo que ocurre, Callahorn caerá seguida del resto de la Tierra del Sur, incluido Leah. Ha llegado el momento de que empieces a pensar en tu pueblo. Shea es sólo un hombre, y en este momento no hay nada que puedas hacer por él. Pero sí puedes hacer algo por los miles de habitantes del sur que se enfrentarán a la esclavitud del Señor de los Brujos si Callahorn cae.

La voz de Allanon era tan fría que Flick sintió un estremecimiento en su columna vertebral. Advirtió cómo Menion se tensaba aterrorizado y expectante junto a él, pero el príncipe de Leah aguantó sin protestar la dura reprimenda. El druida y el príncipe permanecieron encarados en la oscuridad durante varios minutos interminables, los ojos de uno fijos en los del otro con furia evidente. Entonces, Menion apartó bruscamente la mirada y asintió con la cabeza. Flick dejó escapar un audible suspiro de alivio.

-Iré a Callahorn y avisaré a Balinor -murmuró Menion, su voz todavía alterada por la rabia-, pero volveré.

-Haz lo que desees cuando hayas encontrado a los otros -replicó Allanon con frialdad-. Sin embargo, cualquier intento de volver atravesando las líneas enemigas sería temerario en el mejor de los casos. Flick y yo intentaremos averiguar qué le ha sucedido a Shea y a la Espada. No lo abandonaremos, te lo prometo. -Menion volvió a mirarlo intensamente, casi sin poder creerlo, pero los ojos del druida eran francos. No mentía-. Mantente cerca de esas montañas bajas hasta que pases las líneas de vigilancia enemiga -aconsejó en voz baja el vagabundo gigante-. Cuando llegues al río Mermidon encima de Kern, crúzalo y entra en la ciudad antes del amanecer. Supongo que el ejército del Norte atacará primero Kern. Hay pocas posibilidades de que la ciudad pueda defenderse contra una fuerza de tal envergadura. La gente debe ser evacuada y trasladada a Tyrsis antes de que los invasores les corten la retirada. La ciudad está construida sobre una meseta y contra la espalda de una montaña. Si es defendida adecuadamente, puede resistir cualquier asalto al menos durante unos cuantos días. Esto dará tiempo suficiente a Durin y a Dayel para llegar a su país y volver con el ejército de elfos. Hendel podrá prestar ayuda desde el este. Quizá Callahorn pueda aguantar lo suficiente para movilizar y unir los ejércitos de las tres tierras y contraatacar al Señor de los Brujos. ¡Es la única oportunidad que tenemos sin la Espada de Shannara!

Menion asintió, comprendiendo, y se volvió hacia Flick con la mano extendida para despedirse. Flick sonrió y estrechó la mano calurosamente.

-Buena suerte, Menion Leah.

Allanon se adelantó y apoyó su fuerte mano en el hombro del príncipe.

-Recuerda, príncipe de Leah, que dependemos de ti. El pueblo de Callahorn debe conocer el peligro que le acecha. Si titubea lo más mínimo, está perdido, y con él toda la Tierra del Sur. No nos falles.

Menion se dio la vuelta con brusquedad; como una sombra, se alejó entre las rocas. El gigante druida y el valense contemplaron en silencio la delgada figura que se movía ágilmente hasta desaparecer. Permanecieron quietos durante unos minutos, sin hablar, y después Allanon se volvió hacia Flick.

-A nosotros nos resta la tarea de averiguar qué les ha sucedido a Shea y a la Espada. -De nuevo habló en voz baja, sentándose sobre una pequeña roca. Flick se acercó a él-. También me preocupa Eventine. Ese estandarte roto que encontramos en el campo de batalla era su insignia personal. Puede que lo hayan hecho prisionero y, en ese caso, el ejército de elfos puede retrasar su acción hasta que él sea rescatado. Lo estiman demasiado como para poner en peligro su vida, aun a costa de dejar que se pierda toda la Tierra del Sur.

-¿Quieres decir que al pueblo de los elfos no le preocupa lo que le suceda a la gente de la Tierra del Sur? -preguntó Flick con incredulidad-. ¿No saben lo que les ocurrirá si la Tierra del Sur cae en manos del Señor de los Brujos?

-No es tan simple como parece -declaró Allanon respirando profundamente-. Los seguidores de Eventine comprenden el peligro, pero hay otros que creen que los elfos deben mantenerse alejados de los asuntos de las otras tierras, a menos que sean atacados o amenazados directamente. Sin Eventine, la elección no estará clara y la discusión sobre la manera de actuar puede retrasar cualquier movimiento del ejército de los elfos, hasta que sea demasiado tarde.

Flick asintió recordando otro momento en Culhaven cuando Hendel explicó aquello mismo referido a las gentes de las ciudades del Sur. Parecía increíble que la gente pudiera

estar tan indecisa y confusa ante un peligro tan obvio. Sin embargo, él y Shea pensaron de la misma manera cuando se enteraron por primera vez del derecho de nacimiento de Shea y de la amenaza de los Portadores de la Calavera. Hasta que no vieron por primera vez uno de esos seres acechando y persiguiéndoles...

-Tengo que saber qué está ocurriendo en el campamento.

La determinación de la voz de Allanon interrumpió los pensamientos de Flick. Se detuvo un momento a pensar, contemplando al muchacho del valle.

-Mi joven amigo Flick... -dijo sonriendo en la oscuridad-. ¿Qué te parecería convertirse en gnomo durante un rato?

XXII

Con Shea aún perdido en cualquier lugar al norte de los Dientes del Dragón, y Allanon, Flick y Menion en busca de alguna señal precisa de su paradero, los cuatro restantes de la ahora dividida expedición divisaron las grandes torres de la ciudad fortificada de Tyrsis. Tardaron casi dos días de viaje ininterrumpido, atravesando con grandes riesgos las líneas del ejército de la Tierra del Norte que llegaba hasta la impresionante barrera montañosa que separaba el reino de Callahorn de la región de Paranor. El primer día fue largo, pero sin incidentes, y los cuatro se abrieron paso hacia el sur a través de los montes adyacentes al Bosque Inexpugnable, patrullados por gnomos hasta las tierras bajas del otro lado, que constituían la entrada a los Dientes del Dragón. Los pasos de las montañas estaban vigilados por partidas de gnomos, y parecía imposible atravesarlos sin lucha. Pero con una simple artimaña consiguieron alejar de la entrada del alto y tortuoso paso de Kennon a la mayoría de los guardianes, aprovechando la oportunidad para adentrarse en las montañas. La difícil tarea de salir de ellas por el extremo sur fue llevada a cabo después de liquidar, sin hacer ruido, a varios gnomos que se encontraban en un campamento de control en el punto medio y asustando a otros veinte haciéndoles creer que toda la Legión Fronteriza de Callahorn había ocupado el paso y avanzaba hacia los centinelas con la intención de asesinarlos. Hendel se rió con tal estrépito cuando por fin llegaron a la seguridad de los bosques, al sur del paso de Kennon, que los cuatro se vieron obligados a detenerse hasta que consiguió serenarse. Durin y Dayel se miraban entre sí con perplejidad, recordando la actitud lúgubre del taciturno enano durante el viaje a Paranor. Nunca lo habían visto reírse así por nada, y en cierto modo aquello les parecía extraño en él. Movieron la cabeza con expresión de incredulidad, mirando interrogativamente a Balinor. Pero el gigante fronterizo sólo se encogió de hombros. Era amigo de Hendel desde hacía tiempo y el carácter variable del enano no le producía extrañeza. Le resultó agradable oírle reír otra vez.

Ahora, en el crepúsculo del anochecer, con la luz del sol enrojeciendo el amplio horizonte de las llanuras del oeste, los cuatro observaron su lugar de destino. Sus cuerpos estaban cansados y doloridos, sus mentes normalmente ágiles ahora estaban embotadas por la falta de sueño y el constante viajar, pero sus ánimos se elevaron al contemplar con muda excitación la majestuosa ciudad de Tyrsis. Se detuvieron durante un momento en el inicio de los bosques que se extendían hacia el sur de los Dientes del Dragón atravesando Callahorn. Hacia el este estaba la ciudad de Varfleet, que albergaba el único paso accesible a través de las montañas de Runne, una pequeña cordillera que quedaba por encima del mítico lago del Arco Iris. El río Mermidon serpenteaba a través del bosque situado sobre la ciudad de Tyrsis. Al oeste quedaba la pequeña ciudad isla de Kern; y más al oeste, en las llanuras de Streleheim, el nacimiento del río. Éste era ancho en muchas zonas, formando una barrera natural contra cualquier posible enemigo y ofreciendo una protección segura para los habitantes de la isla. Cuando el río fluía lleno, lo que ocurría la mayor parte del año, sus aguas eran profundas y rápidas y ningún enemigo había logrado nunca tomar la ciudad isla.

Sin embargo, aunque Kern, rodeada por las aguas del Mermidon, y Varfleet, cobijada por las montañas de Runne, parecían seguras y bien defendidas, era la antigua ciudad de Tyrsis la que albergaba a la Legión Fronteriza, la precisa máquina de combate que durante incontables generaciones había guardado con éxito las fronteras de la Tierra del Sur frente a las invasiones. Siempre fue la Legión Fronteriza la que soportó el peso de todos los

ataques contra la raza del hombre, representando la primera línea de defensa contra un enemigo invasor. Tyrsis había creado la Legión Fronteriza de Callahorn, y en cuanto a fuerza no existía otra igual. La vieja ciudad de Tyrsis fue destruida en la Primera Guerra de las Razas, pero la reconstruyeron y ampliaron a través de los años hasta su estado actual, una de las ciudades mayores de la Tierra del Sur y la más fuerte y capacitada para oponerse a las regiones del norte. Había sido proyectada como una fortaleza capaz de resistir cualquier ataque enemigo; un bastión de altísimos muros y serradas murallas asentado sobre una meseta natural contra la pared de un risco inaccesible. Cada generación de ciudadanos había contribuido en la construcción de la ciudad, haciéndola cada vez más formidable. Durante setecientos años, la gran Muralla Exterior había sido construida al borde de la meseta, extendiendo los límites de Tyrsis contra la pared del risco, hasta donde la naturaleza permitió. En las llanuras fértiles que quedaban por debajo de la fortaleza estaban las granjas y tierras de cultivo que alimentaban a la ciudad, la oscura tierra nutrida y enriquecida por las vivificantes aguas del gran Mermidon que las atravesaba. El pueblo tenía sus casas esparcidas por toda la región circundante, confiando en la protección amurallada de la ciudad sólo en caso de invasión. Durante los cientos de años que siguieron a la Primera Guerra de las Razas, las ciudades de Callahorn repelieron con éxito los asaltos de sus vecinos hostiles. Ninguna de las tres ciudades fue nunca invadida. La afamada Legión Fronteriza nunca fue vencida en una batalla. Pero Callahorn nunca se había enfrentado a un ejército como el enviado por el Señor de los Brujos. La auténtica prueba de fuerza y valor se presentaba ahora.

Balinor miró hacia las torres distantes de la ciudad con una mezcla de emociones. Su padre era un gran rey y un buen hombre, pero estaba envejeciendo. Durante años, comandó la Legión Fronteriza en su lucha incesante contra los implacables soldados gnomos de la Tierra del Este. Varias veces se vio obligado a emprender campañas largas y costosas contra los grandes trolls de la Tierra del Norte; cada vez que alguna tribu se adentraba en su país, con la intención de invadir sus ciudades y someter a sus gentes. Balinor era el hijo mayor y el heredero lógico del trono. Había estudiado mucho bajo la cuidadosa guía de su padre, y era apreciado por el pueblo; por aquellas gentes cuya amistad sólo podía ganarse a través del respeto y la comprensión. Él había trabajado junto a ellas, luchado junto a ellas y aprendido de ellas, de modo que ahora podía sentir lo que ellas sentían y mirar a través de sus ojos. Amaba su tierra lo suficiente como para luchar por conservarla, como estaba haciendo ahora, como había hecho durante años. Dirigía un regimiento de la Legión Fronteriza, cuyos soldados llevaban su insignia personal: un leopardo. Eran la unidad clave de toda la fuerza combativa. Para Balinor, conservar su respeto y su aprecio era lo más importante. Por propia elección, había estado ausente durante meses, en un exilio autoimpuesto para viajar con el misterioso Allanon y la expedición de Culhaven. Su padre le pidió que no se fuese, le rogó que reconsiderara su decisión. Pero él ya había decidido; no se dejó influir ni aun por su padre. Su frente se frunció y un extraño sentimiento de melancolía invadió su mente al mirar hacia su patria. De forma inconsciente, se llevó una mano enguantada a la cara, recorriendo con la cota de malla la línea de la cicatriz que recorría su mejilla derecha hasta la barbilla.

-¿Otra vez pensando en tu hermano? -preguntó Hendel, aunque más que una pregunta fue una afirmación. Balinor se volvió hacia él, sobresaltado, después asintió lentamente-. Debes dejar de pensar en todo eso -declaró el enano con rotundidad-. Puede ser una verdadera amenaza para ti, si insistes en pensar en él como en un hermano y no como en una persona.

-No es fácil olvidar que su sangre y la mía nos convierten en algo más que hijos del mismo padre -manifestó el hombre de la frontera con tono melancólico-. No puedo ignorar y mucho menos olvidar lazos tan fuertes.

Durin y Dayel se miraron entre sí, incapaces de comprender de qué estaban hablando los otros dos. Sabían que Balinor tenía un hermano, pero nunca lo habían visto ni oído mencionar en todo el viaje desde Culhaven.

Balinor advirtió las miradas perplejas de los dos elfos y les dirigió una sonrisa.

-No es tan terrible como parece -les aseguró serenamente. Hendel sacudió la cabeza con desesperanza y permaneció en silencio durante varios minutos-. Mi hermano menor, Palance, y yo somos los únicos hijos de Ruhl Buckhannah, el rey de Callahorn -comenzó a explicar Balinor, trasladando de nuevo su mirada hacia la ciudad lejana como si la viese por primera vez-. Estuvimos muy unidos mientras crecíamos, tan unidos como vosotros dos. Al hacernos mayores, concebimos diferentes ideas sobre la vida... diferentes personalidades, como ocurre con todas las personas, sean hermanos o no. Yo era el mayor, el heredero directo del trono. Palance fue siempre consciente de eso, desde luego, pero ello se interpuso entre nosotros cuando nos hicimos mayores, principalmente porque sus ideas sobre cómo gobernar el país no siempre coincidían con las mías... Es difícil de explicar.

-No es tan difícil -intervino Hendel de forma insinuante.

-Muy bien, entonces no es tan difícil -admitió Balinor, y Hendel hizo un gesto de asentimiento-. Palance cree que Callahorn debe dejar de actuar como primera línea de defensa en caso de ataque a los pueblos de la Tierra del Sur. Quiere disolver la Legión Fronteriza y aislar Callahorn del resto del Sur. En este punto no coincidimos...

Su voz se desvaneció en un amargo silencio durante un momento.

-Cuéntales el resto, Balinor -pidió Hendel de nuevo con dureza.

-Mi desconfiado amigo cree que mi hermano ya no es dueño de sí; que dice esas cosas contra su voluntad. Sigue los consejos de un místico conocido como Stenmin, un hombre que según la opinión de Allanon no es honesto y pretende conducir a Palance a su propia destrucción. Stenmin ha dicho a mi padre y al pueblo que debe ser mi hermano quien gobierne y no yo. Lo ha vuelto contra mí. Cuando me marché, incluso Palance parecía creer que yo no era capaz de gobernar Callahorn.

-¿Y esa cicatriz...? -preguntó Durin en voz baja.

-Una discusión que tuvimos justo antes de que me fuese con Allanon -replicó Balinor, moviendo la cabeza tristemente al rememorar el suceso-. Ni siquiera puedo recordar cómo empezó; pero de repente, Palance estaba enfurecido y sus ojos llenos de odio. Me volví para marcharme y él agarró un látigo que estaba colgado en la pared y lo lanzó contra mí, cortándome la cara con la punta. Ésa es la razón por la que decidí alejarme de Tyrsis durante un tiempo, para dar a Palance la oportunidad de recobrar la razón. Si me hubiera quedado después de ese incidente, podríamos haber...

De nuevo su voz se silenció ominosamente, y Hendel dirigió a los elfos una mirada que eliminó sus dudas sobre lo que habría ocurrido si los hermanos se hubieran enfrentado otra vez. Durin frunció el ceño, preguntándose qué tipo de persona podía oponerse a un hombre como Balinor. El fronterizo había demostrado su valor en repetidas ocasiones y fuerza de carácter durante el peligroso viaje a Paranor, e incluso Allanon confiaba del todo en él. Sin embargo, su hermano se había vuelto deliberadamente en su contra. Los elfos sintieron una profunda compasión por el bravo guerrero, que volvía a su patria donde se le negaba la paz incluso en su propio hogar.

-Debéis creerme cuando os digo que mi hermano no fue siempre así; y tampoco creo que ahora sea un hombre malo -continuó Balinor, más como si estuviese explicándoselo a sí mismo que a los otros-. Ese místico Stenmin tiene algún tipo de influencia sobre Palance, que le provoca esos arrebatos, volviéndose contra mí y contra lo que sabe que es justo.

-Hay algo más -le interrumpió Hendel de forma cortante-. Palance es un ambicioso; lo que busca es el trono y se enfrenta a ti con el pretexto de defender los intereses del pueblo. Tu hermano se ahoga en su propia demagogia.

-Quizá tengas razón, Hendel -admitió Balinor en voz baja-. Pero todavía es mi hermano y lo quiero.

-Eso es lo que lo hace tan peligroso -declaró el enano, colocándose ante el hombre de la frontera y desafiándolo con la mirada-. Él ya no te quiere.

Balinor no respondió, sino que se quedó mirando fijamente hacia las llanuras del oeste y hacia la ciudad de Tyrsis. Los otros permanecieron callados durante unos minutos, dejando al príncipe con sus pensamientos. Tras unos momentos, se volvió hacia ellos, con el rostro relajado y en calma, como si nunca se hubiese mencionado el asunto.

-Es momento de seguir, si queremos llegar a las murallas de la ciudad antes del anochecer.

-Yo no voy a seguir con vosotros, Balinor -declaró Hendel-. Debo volver a mi país y preparar los ejércitos de enanos contra una invasión del Anar.

-Bueno, puedes descansar en Tyrsis esta noche y salir mañana por la mañana -replicó Dayel al instante, sabiendo lo cansados que estaban todos y preocupado por la seguridad del enano.

Hendel sonrió agradecido y negó con la cabeza.

-No, debo viajar bajo la oscuridad por estas tierras. Si paso la noche en Tyrsis, perderé una jornada entera de viaje, y el tiempo es demasiado valioso para todos. La Tierra del Sur resistirá o caerá según la rapidez con que logremos unir nuestros ejércitos en una única fuerza para contraatacar al Señor de los Brujos. Si hemos perdido a Shea y a la Espada de Shannara, lo único que nos queda son nuestros ejércitos. Viajaré hasta Varfleet y descansaré allí. Tened cuidado, amigos míos. Y suerte.

-Para ti también, Hendel.

Balinor extendió su gran mano. Hendel la estrechó con afecto; después, hizo lo mismo con la de los elfos y desapareció en los bosques, agitando los brazos en señal de despedida.

Balinor y los elfos esperaron hasta que ya no pudieron verlo entre los árboles; entonces emprendieron su camino por las llanuras hacia Tyrsis. El sol se había puesto detrás del horizonte, y el cielo pasó de un rojo intenso a un gris azulado que señalaba el comienzo de la noche. Habían recorrido medio camino, cuando el cielo se tornó totalmente negro, descubriéndose las primeras estrellas brillando en el cielo despejado de nubes. Al acercarse a la famosa ciudad, que se proyectaba como un bulto enorme y negro contra el horizonte nocturno, el príncipe de Callahorn describió con detalle a los hermanos elfos la historia de la construcción de Tyrsis.

Una serie de fortalezas naturales protegían a la fortaleza artificial. La ciudad había sido levantada en una meseta alta que se extendía hasta unos riscos no muy altos pero sí peligrosos. Los riscos circundaban totalmente la meseta por la parte sur y parcialmente por el oeste y el este. Aunque no tan altos ni de apariencia tan impresionante como los Dientes del Dragón o las montañas de Charnal de la Tierra del Norte, eran increíblemente escarpados. La parte de los riscos que daba al norte sobre la meseta, se elevaba casi perpendicular, y jamás nadie logró escalarla. Por eso, la ciudad estaba bien protegida por ese lado, y nunca fue necesario construir ninguna otra defensa en el sur. La meseta sobre la que se asentaba medía casi cinco kilómetros en su parte más ancha, estrechándose bruscamente sobre las llanuras que se sucedían sin interrupción por el noroeste hasta el río Mermidon, y por el este hasta los bosques de Callahorn. El rápido Mermidon realmente

formaba la primera línea de defensa contra una invasión. Muy pocos ejércitos habían logrado traspasar ese obstáculo para llegar a la meseta y a las murallas de la ciudad. El enemigo que consiguiera cruzar el Mermidon hasta las llanuras, se encontraría la empinada muralla de la meseta, que podía ser defendida desde arriba. La ruta principal de acceso a este promontorio era una enorme rampa de hierro y piedra, que había sido diseñada para que pudieran derribarla en caso de necesidad.

Pero incluso si el enemigo lograba subir hasta la meseta y hacerse fuerte allí, le esperaba la tercera defensa; la que ningún ejército lograría nunca atravesar. A unos doscientos metros del borde de la meseta y rodeando toda la ciudad en semicírculo, sus extremos unidos a la pared del risco que protegía el acceso sur, se alzaba la monstruosa Muralla Exterior. Construida con grandes bloques de piedra unidos con mortero, la superficie había sido pulida para hacer que la escalada fuera prácticamente imposible. Se elevaba hacia el cielo hasta casi unos treinta metros, enorme, arrogante, impenetrable. Sobre la muralla, se alzaban unas protecciones para los hombres que lucharan desde dentro de la ciudad, con una parte abierta para permitir a los arqueros escondidos disparar sobre los atacantes. Era de antigua construcción, tosca y simple, pero había repelido a los invasores durante casi mil años. Ningún ejército enemigo logró nunca penetrar en el interior de la ciudad desde que fue erigida tras la Primera Guerra de las Razas.

Justo dentro de la gran Muralla Interior, la Legión Fronteriza se acuartelaba en una serie de barracones grandes con tejados oblicuos, alternados con unas edificaciones usadas para almacenar municiones y armas. Un tercio de su fuerza combativa era mantenida siempre en activo, mientras que los otros dos permanecían en sus casas, desempeñando otras ocupaciones como albañiles, artesanos, o tenderos de la ciudad. Los barracones estaban equipados para albergar a todo el ejército si se presentaba la necesidad, como por cierto había ocurrido en más de una ocasión, pero normalmente estaban sólo ocupados en parte. Detrás de los barracones, los depósitos de municiones y los patios, había una segunda muralla de bloques de piedra que separaban los cuarteles de la ciudad propiamente dicha. Dentro de la segunda muralla, bordeando las limpias y serpenteantes calles se alzaban las casas y negocios de la población urbana de Tyrsis, todo cuidadosamente construido y meticulosamente conservado. La ciudad ocupaba casi toda la meseta, desde la segunda muralla de piedra hasta los riscos que la bordeaban por el sur. Éste era el punto más interior de la ciudad, y allí había sido construida una tercera muralla que marcaba la entrada a los edificios del gobierno y al palacio real, junto con un forum público y unos jardines. Los parques poblados de árboles que rodeaban el palacio representaban la única zona de vegetación en el estéril altiplano. La tercera muralla no había sido construida con propósitos de defensa, sino como una línea de demarcación, señalando las propiedades pertenecientes al gobierno, reservadas para uso del rey y, en el caso de los parques, para todo el pueblo. Balinor pasó de la descripción de la ciudad a explicar a los hermanos que el reino de Callahorn era una de las pocas monarquías ilustradas que quedaban en el mundo. Mientras que técnicamente era una monarquía gobernada por un rey, también formaba parte del gobierno un cuerpo parlamentario compuesto por representantes elegidos por el pueblo de Callahorn, que ayudaban al soberano a elaborar las leyes que regían el país. El pueblo estaba orgulloso de su gobierno y de la Legión Fronteriza, en donde la mayoría de ellos había servido alguna vez o servía en la actualidad. Era un país de hombres libres, y eso era algo por lo que valía la pena luchar.

Callahorn era una tierra que reflejaba el pasado y el futuro al mismo tiempo. Por una parte, sus ciudades fueron construidas como fortalezas para resistir los frecuentes ataques de sus belicosos vecinos. La Legión Fronteriza era una reminiscencia de los tiempos en que las recién formadas naciones guerreaban de continuo, cuando un orgullo casi fanático por la soberanía nacional provocó una larga lucha por los límites de las tierras celosamente

protegidos; cuando la hermandad entre los pueblos de las cuatro tierras sólo era una posibilidad remota. La arquitectura y decoración antigua y rústica no podían encontrarse en ninguna otra de las ciudades que tan rápidamente habían crecido en el interior de la Tierra del Sur; ciudades donde culturas más ilustradas y políticas menos belicosas estaban comenzando a prevalecer. Sin embargo era Tyrsis, con su bárbara muralla de piedra y sus duros guerreros, la que había protegido a toda la Tierra del Sur, dándole la oportunidad de extenderse en nuevas direcciones. También en esta pintoresca tierra había signos de lo que estaba por venir, signos que hablaban de otra era y otro tiempo no demasiado distante. Existía unanimidad en las manifestaciones de las gentes que hablaban de tolerancia y comprensión hacia todas las razas y pueblos. En Callahorn, como en ningún otro país de la Tierra del Sur, un hombre era aceptado por lo que era y tratado de acuerdo con ello.

Tyrsis era un punto de cruce de las cuatro tierras, y a través de sus murallas habían pasado miembros de todas las naciones, dando a su pueblo la oportunidad de ver y entender que las diferencias en el rostro y el cuerpo que distinguían exteriormente a las razas eran insignificantes. Aprendieron a juzgar la personalidad interior de la gente. Un gigante rock troll no llamaba la atención ni era evitado por su grotesco aspecto por la gente de Callahorn; los trolls eran normales en esa tierra. Los gnomos, elfos y enanos de todos tipos y especies pasaban con frecuencia por el país; y si eran amigos, se les recibía bien. Balinor sonrió al hablar de este fenómeno nuevo y creciente que había empezado a extenderse por todas las tierras, y se sentía orgulloso de que su pueblo estuviera entre los primeros que abandonaron los viejos prejuicios para buscar el entendimiento y la amistad. Durin y Dayel escuchaban en silencio, asintiendo. El pueblo elfo sabía lo que significaba estar solo en un mundo donde las gentes no podían ver más allá de sus fronteras.

Balinor terminó de hablar, y los tres compañeros dejaron la hierba alta de la pradera para pasar a un ancho camino que zigzagueaba en la oscuridad hacia la meseta baja y chata que se dibujaba en el horizonte. Estaban lo bastante cerca para distinguir las luces de la ciudad grande e irregular y el movimiento de la gente por la rampa de piedra. La entrada de la imponente Muralla Exterior estaba rodeada de antorchas; sus gigantescas puertas permanecían abiertas sobre sus bisagras engrasadas, protegidas con una serie de centinelas vestidos de oscuro. En el patio interior brillaban las luces de los barracones, pero la ausencia de las típicas risas y bromas de los soldados le extrañó a Balinor. Las voces que llegaban eran susurros, incluso amortiguados, como si nadie deseara ser oído. El hombre de la frontera observó con atención, preocupado de repente por si algo no marchaba bien, pero no fue capaz de percibir nada extraño, salvo el desacostumbrado silencio. Por tanto, apartó los temores de su mente.

Los hermanos elfos le siguieron sin hablar, mientras el decidido Balinor ascendía por la calzada que conducía al oscuro promontorio. Varias personas se cruzaron con ellos, y aquellos que les prestaban atención se giraban después con sorpresa para volver a mirar al príncipe de Callahorn. Balinor no captó aquellas actitudes, con su pensamiento puesto en la ciudad hacia la que se dirigía, pero a los hermanos elfos no se les escapó nada y se miraron entre sí en alarmado silencio. Algo iba mal. Momentos más tarde, cuando los tres llegaron a la meseta, Balinor también se detuvo con repentina preocupación. Observó con atención las puertas de la ciudad, después miró a su alrededor las ensombrecidas caras de la gente que pasaba, quienes se escabullían rápidamente y sin decir nada tras descubrir la identidad del recién llegado. Durante un momento, los tres permanecieron inmóviles y en silencio, mirando a los escasos transeúntes que desaparecían en la oscuridad, dejándolos solos.

-¿Qué pasa, Balinor? -preguntó Durin al fin.

-No estoy seguro -contestó el príncipe con expresión preocupada. Mirad esa insignia de los guardianes de la puerta. Ninguno lleva el penacho del leopardo; el estandarte de mi

Legión Fronteriza. En cambio llevan el signo de un halcón, una marca que no reconozco. La gente también... ¿Visteis sus miradas?

Las delgadas caras de los elfos asintieron a la vez, aunque en sus agudos ojos se reflejaba un brillo que delataba un temor inconfundible.

-No importa -declaró Balinor-. Ésta es aún la ciudad de mi padre y éste es mi pueblo. Averiguaremos todo eso cuando lleguemos al palacio.

Se aproximaron a las enormes puertas de la Muralla Exterior, los elfos a un paso o dos detrás del príncipe. Éste no hizo ningún intento de ocultar su rostro al acercarse a los cuatro guardianes armados, y la reacción de éstos fue la misma que la de los atónitos transeúntes. No hicieron ningún movimiento para detener al príncipe ni intercambiaron ninguna palabra entre sí, pero uno de ellos abandonó precipitadamente su puesto y desapareció por las puertas de la Muralla Interior hacia las calles de la ciudad. Balinor y los elfos pasaron bajo la sombra del gigantesco portal, que parecía suspendido sobre ellos en la oscuridad como un monstruoso brazo de piedra. Dejaron atrás las puertas abiertas y a los guardianes del patio interior, donde pudieron ver los barracones bajos y de estilo espartano que albergaban a la famosa Legión Fronteriza. Había pocas luces encendidas, y los barracones parecían casi desiertos. Algunos hombres diseminados por el patio vestían túnicas con la insignia del leopardo, pero no llevaban coraza ni iban armados. Uno posó su mirada durante unos momentos en los tres que estaban parados en el centro del patio, después hizo un gesto de incredulidad y llamó en voz alta a sus compañeros. Se abrió de golpe la puerta de uno de los barracones y apareció un veterano canoso, que se unió a los demás para contemplar a Balinor y a los elfos. Dio una orden breve y los soldados volvieron remisamente a sus ocupaciones, mientras él se acercaba a los tres recién llegados.

-Mi señor Balinor, al fin ha llegado -exclamó el soldado saludándole, inclinando su cabeza ligeramente mientras se cuadraba ante su superior.

-Capitán Sheelon, me alegro de verle. -Balinor estrechó la mano nudosa del veterano-. ¿Qué ocurre en la ciudad? ¿Por qué los guardias llevan el signo de un halcón y no el de nuestro leopardo?

-¡Mi señor, la Legión Fronteriza ha sido disuelta! Sólo quedamos unos cuantos hombres de servicio; el resto ha vuelto a sus casas.

Los tres contemplaron al hombre como si estuviese loco. ¿La Legión Fronteriza disuelta cuando se preparaba la mayor invasión que había amenazado a la Tierra del Sur? Casi al mismo tiempo recordaron a Allanon diciéndoles que la Legión Fronteriza era la única esperanza que les quedaba a los pueblos de las tierras amenazadas, que la Legión Fronteriza podía al menos retrasar temporalmente la impresionante fuerza reunida por el Señor de los Brujos. Ahora el ejército de Callahorn había sido misteriosamente dispersado...

-¿Quién ha ordenado...? -preguntó Balinor con furia creciente.

-Fue su hermano -declaró el canoso Sheelon con rapidez-. Ordenó a su propia guardia que asumiese nuestras tareas y a la Legión Fronteriza que se disolviera hasta nuevo aviso. Los caballeros Acton y Messaline fueron a palacio a rogar al rey que recapacitara pero no volvieron. No pudimos hacer otra cosa que obedecer...

-¿Es que todo el mundo está loco? -preguntó el príncipe enfurecido, agarrando al soldado por su túnica-. ¿Dónde está mi padre? ¿Ya no gobierna este país ni a la Legión Fronteriza? ¿Qué opina él de todo este absurdo juego?

Sheelon apartó la mirada, tratando de buscar las palabras para una respuesta que temía formular. Balinor lo zarandeó con violencia.

-Yo... no lo sé, mi señor -murmuró el hombre, aún intentando apartar la mirada-. Oímos que el rey estaba enfermo, y después nada más. Su hermano se declaró gobernante en funciones por ausencia del rey en el trono. Eso fue hace tres semanas.

Balinor soltó al hombre y se quedó en silencio, mirando abstraído a las distantes luces del palacio; el hogar al que volvía con tan grandes esperanzas. Había abandonado Callahorn por una intolerable desavenencia con su hermano, sin embargo su marcha sólo había empeorado las cosas. Ahora se enfrentaba al imprevisible Palance en unas circunstancias que él no había elegido. Debía enfrentarse y tratar de disuadirlo de la locura de disolver la tan necesaria Legión Fronteriza.

-Tenemos que ir al palacio y hablar con tu hermano.

La voz impaciente y ansiosa de Dayel interrumpió sus pensamientos. Miró al joven elfo durante un momento, y recordó de repente a su hermano cuando era más joven. Iba a ser demasiado difícil razonar con Palance.

-Sí, tienes razón, desde luego -admitió casi abstraído-. Debemos ir.

-¡No, no pueden entrar allí! -El agudo grito de Sheelon los dejó clavados en el sitio-. Los que fueron no regresaron jamás. Hay rumores de que su hermano le ha declarado traidor, acusándole de ser un aliado del malvado Allanon, el negro vagabundo que sirve a los poderes oscuros. ¡Se dice que piensa apresarle y ejecutarle!

-¡Eso es ridículo! -exclamó Balinor rápidamente-. Yo no soy un traidor y hasta mi hermano sabe que eso es verdad. En cuanto a Allanon, es el mejor amigo y aliado que la Tierra del Sur encontrará nunca. Debo ir a ver a Palance y hablar con él. Puede que no estemos de acuerdo, pero no apresará a su propio hermano. ¡El poder no es suyo!

-A menos que tu padre esté muerto -comentó cautelosamente Durin desde un lado-. Debemos ser prudentes antes de adentrarnos en los terrenos de palacio. Hendel cree que tu hermano está bajo la influencia del místico Stenmin, y si es así, puede que estés en un peligro mayor del que te crees.

Balinor se quedó pensando, después asintió. De inmediato explicó a Sheelon la amenaza que constituía para Callahorn la inminente invasión que se preparaba en la Tierra del Norte, enfatizando su convicción de que la Legión Fronteriza sería vital para defender el país. Después agarró fuertemente al soldado por los hombros y se inclinó sobre él.

-Esperarás cuatro horas a que vuelva o envíe un mensajero personal. Si no he salido o enviado aviso en ese tiempo, irás a buscar a los caballeros Ginnison y Fandwick. ¡La Legión Fronteriza debe reorganizarse sin perder tiempo! Después dirígete al pueblo y exige un juicio abierto de nuestra causa a mi hermano. No puede negarse a ello. Enviarás avisos también al oeste y al este, a las naciones de elfos y enanos, informándolas de que estamos retenidos, yo y los primos de Eventine. ¿Podrás recordar todo lo que he dicho?

-Sí, señor. -El soldado asintió con impaciencia-. Cumpliré sus órdenes, que la suerte le acompañe, príncipe de Callahorn.

Se dio la vuelta y desapareció entre los barracones, mientras el impaciente y enojado Balinor se dirigía hacia la ciudad. Durin le habló en voz baja a su hermano más joven. Insistiendo en que se quedase fuera de las murallas de la ciudad hasta que supiera qué le había sucedido a Balinor y a él mismo. Pero Dayel se negó con tozudez a quedarse. Durin sabía que era inútil discutir más el asunto, y tuvo que admitir el derecho de Dayel a tomar sus propias decisiones. El elfo más joven todavía no había alcanzado la veintena, y para él la vida estaba empezando. Todos los miembros del pequeño grupo que llegó de Culhaven sentían un especial afecto por Dayel, el cariño protector que se siente por los amigos más jóvenes. Su fresco candor y su amable disposición eran cualidades poco corrientes en unos tiempos en que los humanos vivían inmersos en la sospecha y la desconfianza. Durin temía

por él, porque era él quien tenía más tiempo por delante y menos por detrás. Si el joven fuese herido de alguna forma, una parte irreemplazable de él mismo se perdería. Durin observó a su hermano en silencio bajo las luces de Tyrsis, que ardían en la oscuridad que los rodeaba.

En pocos momentos, los tres cruzaron el patio y las puertas de la Muralla Interior hasta las calles de la ciudad. Una vez más, los guardianes los miraron atónitos, pero tampoco hicieron ningún movimiento para impedir que los viajeros entraran. Balinor parecía aumentar en estatura a medida que avanzaban por la Vía Tyrsiana, la calle más importante de la ciudad. Su oscura figura envuelta ominosamente en su capa de montaña, la cota de malla destellando en los puños y cuello descubiertos. Se erguía más alto que antes, sin rastro del cansancio que había sentido antes, como el príncipe de Callahorn que volvía a casa. La gente lo reconoció en seguida, deteniéndose y mirándole como lo habían hecho transeúntes del exterior de la muralla; después, animados por el orgullo de que hacía gala, se acercaron a él ansiosos de darle la bienvenida a casa. La multitud aumentó de unas docenas a varios cientos, mientras el hijo favorito de Callahorn avanzaba con paso largo y arrogante, sonriendo a los que le seguían, pero apresurándose hacia el palacio. Los gritos de la gente crecieron de forma ensordecedora, pasando de unas voces dispersas a un solo vítor creciente que clamaba el nombre del alto guerrero. Unos cuantos lograron acercarse a él para susurrarle advertencias. Pero el príncipe ya no escucharía más voces de cautela; sacudiendo la cabeza tras cada aviso, siguió adelante.

La multitud atravesó el centro de Tyrsis, aglomerándose bajo las gigantescas arcadas y puentes que cruzaban sobre ella, abriéndose paso a empujones en las partes más estrechas de la Vía Tyrsiana, pasando junto a los altos edificios de paredes blancas y las casas más pequeñas de una sola familia hasta el puente de Sendic, que se extendía sobre la parte interior del parque del Pueblo. En el otro extremo se alzaban las puertas del palacio, oscuras y cerradas. En el punto más alto del ancho arco del puente, el príncipe de Callahorn se volvió de pronto hacia la muchedumbre que aún le seguía fervorosamente y levantó los brazos pidiéndole que se detuviera. Fue obedecido al momento y las voces se fueron aplacando hasta que se hizo el silencio mientras la alta figura empezaba a hablar.

-Amigos míos, conciudadanos. -La voz orgullosa resonó en la penumbra, propagando sus vibrantes ecos-. Había perdido esta tierra y a sus bravos ciudadanos, pero he vuelto a casa, ¡y ahora me quedaré! No hay por qué tener miedo. ¡Esta tierra perdurará eternamente! Si hay problemas en la monarquía, mi obligación es afrontarlos. Vosotros tenéis que volver a vuestras casas y esperar a mañana para ver con una nueva luz que todo va bien. ¡Por favor, id a vuestras casas y yo iré a la mía!

Sin esperar a ver la reacción de la multitud, Balinor giró sobre sus talones y siguió avanzando por el puente hacia las puertas del palacio, con los hermanos elfos tras de él. La voz del pueblo se alzó de nuevo para llamarles, pero ya no les siguieron, aunque muchos hubieran deseado hacerlo. Obedeciendo la orden del príncipe, se volvieron lentamente, aún gritando su nombre de forma desafiante hacia el silencioso y oscuro castillo, mientras otros musitaban lúgubres profecías sobre lo que les aguardaba al príncipe y a sus dos amigos en el interior de los muros de la casa imperial. Los tres viajeros perdieron de vista a la gente al bajar la pendiente del alto arco del puente con pasos rápidos y decididos. En pocos minutos llegaron a las enormes puertas cerradas del palacio de los Buckhannah. Balinor, sin detenerse, agarró el enorme anillo de hierro adosado a la madera y golpeó con él la puerta produciendo un ruido atronador. Al principio no se oyó ningún otro ruido, mientras los hombres aguardaban en la oscuridad exterior, escuchando con enojo y miedo a la vez. Entonces una voz desde el interior les pidió que se identificasen. Balinor dio su nombre y una orden breve para que abriesen inmediatamente las puertas. En un momento, los

pesados cerrojos se descorrieron y las puertas cedieron hacia el interior para dejarles paso. Balinor se adentró en los jardines sin dirigir ni una mirada a los silenciosos guardianes. Sus ojos estaban fijos en el magnífico edificio encolumnado del fondo. Sus altas ventanas estaban oscuras, excepto las de la planta baja del ala izquierda. Durin hizo un gesto a Dayel para que pasara delante, aprovechando la oportunidad para atisbar entre las sombras de alrededor, donde rápidamente descubrió una docena de guardianes armados, todos con la insignia del halcón.

El observador elfo supo al instante que se dirigían hacia una trampa, tal como había presentido al entrar en la ciudad. Su primer impulso fue detener a Balinor y avisarle de lo que había visto. Pero supo por instinto que el fronterizo era un guerrero lo bastante experimentado para saber en qué se metía. Durin susurró una vez más a su hermano que esperase fuera de las murallas del palacio, pero ya era demasiado tarde. Los tres recorrieron los senderos de los jardines hasta las puertas del palacio. Allí no había guardianes y las puertas no ofrecieron ninguna resistencia al apresurado empujón de Balinor. Las salas del antiguo edificio resplandecían bajo la luz de las antorchas, que resaltaban el esplendor de las pinturas y murales de vivos colores que decoraban la residencia de la familia Buckhannah. La marquetería era antigua y lujosa, pulida con cuidado y parcialmente cubierta por finos tapices y placas metálicas de los escudos familiares de generaciones de famosos gobernantes del país. Mientras los hermanos elfos seguían al príncipe a través de las silenciosas salas, recordaron otro momento y otro lugar del pasado reciente: la antigua fortaleza de Paranor. Allí también les aguardaba una trampa entre el esplendor histórico de otra época.

Giraron hacia la izquierda por otro pasillo, Balinor aún varios pasos delante llenando con su gran figura el alto corredor, la larga capa de montaña ondeando a su espalda mientras caminaba. Durante un instante, a Durin le recordó a Allanon, cuando se deslizaba con pasos felinos, enorme, furioso, amenazador, como el príncipe de Callahorn ahora. Miró angustiado a Dayel, pero el joven elfo no pareció advertirlo; su cara estaba enrojecida por la excitación. Durin asió el puño de su daga, tranquilizándose al sentir el metal frío en su palma caliente. Si en esta oportunidad caían de nuevo en una trampa, si el enemigo acechaba, estaban nuevamente dispuestos a luchar.

El gigantesco hombre de la frontera se detuvo de repente ante una puerta abierta. Los hermanos elfos se acercaron a él, atisbando hacia la habitación iluminada del otro lado. Había un hombre de pie, al fondo de una cámara decorada con elegancia, un hombre grande, rubio y con barba, envuelto en una túnica púrpura con el signo del halcón. Era varios años más joven que Balinor, pero su alta figura se erguía como la de él, con las manos entrelazadas a la espalda. Los elfos supieron al momento que era Palance Buckhannah. Balinor dio varios pasos hacia el interior, sin decir nada, con los ojos clavados en el rostro de su hermano. Los elfos le siguieron, mirando con cautela hacia todos lados. Había muchas puertas, demasiadas cortinas gruesas que podían ocultar guardianes armados. Poco después, se produjo un movimiento en la sala, detrás de ellos. Dayel se volvió ligeramente para mirar hacia la puerta que había utilizado para entrar. Durin se apartó un poco de los otros y sacó su largo cuchillo de caza, preparándose para defenderse.

Balinor no hizo movimiento alguno, continuó en silencio, de pie ante su hermano, observando el rostro familiar, sorprendido de ver aquellos ojos tan llenos de odio. Sabía que estaba metido en una trampa, sabía que su hermano los estaría esperando. Sin embargo, había creído que podrían hablar como hermanos, conversar de manera franca y razonable a pesar de sus diferencias. Pero al mirar aquellos ojos y percibir el brillo

inconfundible del odio total, se dio cuenta de que su hermano estaba muy lejos de la lógica, quizá incluso de la cordura.

-¿Dónde está mi padre...?

La brusca pregunta de Balinor fue cortada por un repentino sonido silbante de unas sogas escondidas que soltaron una gran red de cuero y cuerda que colgaba disimuladamente sobre los intrusos, y cayó sobre los tres. El peso los derribó, dejándolos sorprendidos, incapacitados para usar sus armas bajo las cuerdas tensas. De repente se abrieron las puertas por todos lados y las pesadas cortinas se descorrieron mientras docenas de guardianes armados se precipitaban a someter a los forcejeantes cautivos. En ningún momento tuvieron una sola oportunidad de escapar a la trampa preparada con tanto cuidado, ni siquiera ocasión de defenderse. Los cautivos fueron privados de sus armas, sus manos atadas a las espaldas sin miramientos y sus ojos vendados. Los pusieron en pie con violencia y una docena de manos los obligaron a mantenerse firmes. Hubo un silencio momentáneo mientras alguien se aproximaba hasta detenerse ante ellos.

-Fue una estupidez que volvieses, Balinor -pronunció una voz escalofriante en la oscuridad-. Sabías lo que te ocurriría si te encontraba otra vez. Eres tres veces traidor y cobarde por lo que has hecho, al pueblo, a mi padre y ahora a mí. ¿Qué has hecho con Shirl? ¿Qué has hecho con ella? ¡Morirás por esto, Balinor, te lo juro! ¡Llevadlos abajo!

Las manos les hicieron girar y les empujaron y arrastraron por el pasillo, a través de una puerta, bajando un largo tramo de escaleras hasta un rellano, y después por otro pasillo que serpenteaba en un laberinto de curvas y vueltas. Sus pies golpeaban pesadamente la piedra húmeda en el silencio oscuro y permanente. De pronto, se encontraron bajando por otro tramo de escalera y, después, caminando por otro pasillo. Podían oler el aire helado y rancio y sentir el fango húmedo de los muros y el suelo de piedra. Una serie de pesados cerrojos fueron descorridos lentamente con el chirrido peculiar del hierro viejo contra el hierro, y la puerta que mantenían cerrada se abrió pesadamente. Las manos volvieron a hacerles girar, soltándolos de golpe y sin avisarles. Cayendo aturdidos sobre el suelo de piedra, aún atados y vendados. La puerta se cerró y los cerrojos fueron corridos de nuevo. Los tres compañeros escucharon sin decir una palabra. Oyeron el sonido de las pisadas que se alejaban con rapidez hasta que se desvanecieron por completo. Oyeron el sonido del metal de distintas puertas al ser cerradas y atrancadas, cada una más lejos que la anterior, hasta que al final sólo quedó el sonido de sus respiraciones en el profundo silencio de la prisión. Balinor había vuelto a casa.

XXIII

Era casi medianoche cuando Allanon terminó de disfrazar al remiso Flick. Usando una extraña loción que sacó de una bolsa que llevaba en su cintura, el druida frotó la piel de la cara y las manos del muchacho hasta que quedaron amarillas. Con un trozo de carbón blanco alteró las líneas del rostro y de los ojos. Era una chapuza, pero en la oscuridad podría pasar por un gnomo alto y corpulento, si no se le miraba de cerca. Habría sido una tarea peligrosa incluso para un rastreador experto; pero para un hombre no entrenado, intentar hacerse pasar por gnomo, parecía un suicidio. Aun así, no quedaba otra alternativa. Alguien tenía que introducirse en el campamento e intentar descubrir qué le había ocurrido a Eventine, a Shea y la esquiva Espada de Shannara. Y Allanon habría sido reconocido al instante, incluso con el mejor disfraz. Por tanto, la tarea recayó sobre el aterrorizado Flick que, disfrazado de gnomo y al amparo de la oscuridad, debería deslizarse por las laderas, pasar ante los guardianes que vigilaban, introducirse en el campamento ocupado por miles de gnomos y trolls, y averiguar allí si su hermano o el desaparecido rey de los elfos estaban prisioneros; además de intentar saber algo sobre el paradero de la Espada. Para complicar las cosas, el valense tendría que salir del campamento antes del amanecer. Si no lograba esto, alguien podría reconocerlo a la luz del día y, en consecuencia, ser apresado.

Allanon pidió a Flick que se quitara su capa de montaña y trabajó la tela durante varios minutos, alterando la línea ligeramente y estrechando la capucha para ocultar mejor a quien había de usarla. Cuando estuvieron hechos los arreglos, Flick se la puso y comprobó que envuelto en ella, sólo quedaban visibles las manos y una parte de la cara, en sombras. Si se mantenía apartado de los gnomos auténticos y concluía su tarea antes del amanecer, existía una posibilidad de que pudiese escapar a tiempo para comunicarle a Allanon lo averiguado. Se aseguró de que su corto cuchillo de caza estuviese bien sujeto a su cintura. Era un arma muy pobre en caso de que la necesitase en el campamento, pero le daba la impresión tranquilizadora de no estar totalmente desprotegido. Se levantó con lentitud, su figura baja y ancha envuelta con la capa, mientras Allanon lo examinaba con detenimiento y asentía.

El tiempo se había vuelto amenazante en la última hora, el cielo era una acumulación densa de nubes negras que eclipsaba totalmente la luna y las estrellas, dejando la tierra en una casi absoluta oscuridad. La única luz visible en cualquier dirección era la producida por las fogatas del campamento enemigo, cuyas llamas se avivaron con la repentina aparición de un fuerte viento del norte que soplaba con furia desde los Dientes del Dragón, barriendo con ráfagas ascendentes las llanuras de abajo. Una tormenta estaba en camino, y probablemente los alcanzaría antes de que llegara la mañana. El silencioso druida tenía la esperanza de que el viento y la oscuridad cubrirían al valense disfrazado a los ojos del ejército durmiente.

Con pocas palabras, el místico gigante dio algunos consejos a Flick. Le explicó la forma en que debía estar dispuesto el campamento, destacando la situación de los guardianes que estarían rodeando al ejército principal. Le dijo que se fijase en los estandartes de los jefes gnomos y de los maturenos, los líderes trolls, que sin duda se encontrarían en algún lugar cercano al centro de las fogatas. Debía evitar a toda costa hablar con nadie, porque el acento de su voz lo delataría al momento como hombre de la Tierra del Sur. Flick escuchó con atención, con el corazón latiendo aceleradamente mientras esperaba para partir, convencido de que era imposible que no lo descubriesen. Pero la lealtad hacia su hermano era demasiado grande para que permitiera que el sentido

común se interpusiese cuando estaba amenazada su seguridad. Allanon terminó su breve explicación prometiendo encargarse de que el joven superara sin riesgo la primera línea de guardianes situada en la base de las laderas. Le hizo una señal para que guardara silencio absoluto y después le indicó que le siguiese.

Salieron del refugio de rocas, abriéndose paso en la oscuridad hacia la llanura abierta. Todo era tan negro que Flick apenas podía ver y tenía que avanzar a tientas para seguir al certero druida. Le pareció interminable el tiempo que tardaron en atravesar el tortuoso laberinto de rocas hasta llegar a un punto de salida, pero al final lograron ver de nuevo los fuegos del campamento enemigo ardiendo en la oscuridad, frente a ellos. Flick estaba arañado y magullado por el descenso, sus miembros doloridos por la tensión, sus ropas rasgadas en varios sitios. La oscuridad de la llanura parecía interponerse como un muro continuo entre ellos y las fogatas, y Flick no podía ver ni oír a la línea de guardianes que sabía estaba allí. Allanon no dijo nada, pero se agachó junto a unas rocas, estirando un poco la cabeza mientras escuchaba. Los dos permanecieron inmóviles durante varios minutos, hasta que de repente Allanon se levantó, haciendo una señal a Flick para que se quedase donde estaba, y silenciosamente desapareció en la noche.

Cuando hubo desaparecido, el valense miró a su alrededor con ansiedad, solo y asustado porque no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Apoyando su cabeza ardorosa contra la superficie fría de la roca, repasó mentalmente lo que haría tras su llegada al campamento. No tenía un plan demasiado claro. Evitaría hablar con nadie y, a ser posible, evitaría pasar cerca de nadie. Se mantendría alejado de la luz de las fogatas, que podrían traicionar su imperfecto disfraz. Los prisioneros, si es que los había en el campamento, estarían en una tienda vigilada cerca del centro de los fuegos, así que su primer objetivo sería encontrar esa tienda. Una vez lo hiciera, intentaría mirar adentro para ver quién había allí. Después, suponiendo que hubiera llegado a ese punto, lo cual parecía bastante improbable, volvería hasta las laderas, donde Allanon le estaría esperando y decidirían el siguiente paso.

Flick movió la cabeza con frustración. Sabía que nunca lograría escapar con aquel disfraz; no tenía el talento ni la pericia suficiente para engañar a nadie. Pero desde que había perdido a Shea en los Dientes del Dragón días antes, su actitud había cambiado por completo, y el antiguo pesimismo y su agudo sentido práctico habían sido reemplazados por un extraño sentimiento de inútil desesperación. Su mundo conocido se había alterado tan drásticamente en las últimas semanas, que ya no le parecía posible aplicar sus antiguos valores y experiencias. El tiempo casi había perdido su significado en los últimos días agobiantes e interminables, escapando, escondiéndose y luchando contra criaturas que pertenecían a otro mundo. Los años vividos en la paz y soledad de Val Sombrío eran días lejanos y olvidados de su primera juventud. Las únicas fuerzas permanentes en las últimas semanas fueron sus compañeros, en especial su hermano. Ahora también ellos se habían ido dispersando hasta dejarlo solo, al borde del agotamiento y el colapso mental, su mundo era un enigma absurdo e increíble de pesadillas y espectros que lo perseguían y acechaban hasta conducirlo a la desesperación.

La muda presencia de Allanon le proporcionaba poco consuelo. El gigante druida era desde el primer encuentro un muro impenetrable de misterios y una fuerza mística con poderes que no tenían explicación. A pesar de la creciente camaradería del grupo en el viaje a Paranor, el druida continuaba reservado y enigmático. Incluso lo que les había referido Allanon sobre su origen y sus importantes objetivos aclaraba poco el oscuro velo de misterio que envolvía al vagabundo.

Mientras la expedición estuvo unida, el poder del místico sobre ellos no parecía tan abrumador, a pesar de que se mantenía como una fuerza indiscutible detrás de la búsqueda

azarosa de la Espada de Shannara. Pero ahora que los otros se habían ido, dejándolo solo con el imprevisible gigante, Flick se sentía incapaz de sustraerse a la pavorosa esencia que emanaba de ese extraño hombre. Evocó de nuevo el misterioso relato sobre la legendaria Espada, y de nuevo recordó la negativa de Allanon a relatarles la historia completa de su poder. Lo habían arriesgado todo por el esquivo talismán, y sin embargo nadie excepto Allanon sabía cómo podía usarse para vencer al Señor de los Brujos. ¿Por qué sabía Allanon tanto sobre eso?

Un repentino ruido en la oscuridad detrás de él le impulsó a sacar su cuchillo de caza y a ponerse en guardia. Tras un breve susurro, la enorme figura de Allanon apareció junto a él. Una mano poderosa se apoyó en su hombro impulsándolo hacia atrás, para esconderlo en un hueco de rocas, donde los dos se agazaparon cautelosamente. Allanon estudió el rostro del muchacho durante un instante, como si estuviese juzgando su valor, leyendo en su mente para ver la naturaleza de sus pensamientos. Flick se obligó a aguantar la mirada penetrante, mientras su corazón latía con una mezcla de miedo y excitación.

-Los guardianes están liquidados; el camino está libre. -La profunda voz pareció surgir del interior de la tierra-. Ve ahora, joven amigo, y no pierdas tu valor y tu sensatez.

Flick asintió con la cabeza y se levantó, su figura cubierta por la capa se deslizó rápida y furtivamente entre las rocas hacia la oscuridad de la llanura vacía. Su mente dejó de razonar, de hacerse preguntas, mientras su cuerpo asumía el mando y sus instintos escudriñaban en la oscuridad cualquier peligro escondido. Avanzó con rapidez hacia las luces distantes, corriendo semiagachado, deteniéndose de vez en cuando para comprobar su posición y escuchar los posibles ruidos de algún movimiento humano. La noche era un sudario impenetrable que lo envolvía como una enorme mortaja de nubes, sin dejar que penetrara ni el más mínimo resplandor blanco de la luna y las estrellas. La única fuente de iluminación eran las fogatas del campamento. La ladera era lisa y abierta, su superficie una alfombra de hierba que amortiguaba los pasos del valense mientras corría. Había pocos arbustos que se interpusieran en su marcha, sólo uno o dos árboles delgados y retorcidos en toda aquella inmensidad. No se veían signos de vida en ninguna parte y los únicos ruidos eran los roncos aullidos del viento creciente y su propia respiración. Los fuegos del campamento, que antes formaban una bruma de luz anaranjada desde la base de las montañas, se iban convirtiendo en fuegos separados a medida que el valense se acercaba, algunos ardiendo con viveza, sus llamas alimentadas por madera recientemente añadida, mientras que otros empezaban a extinguirse quedando en ellos sólo algunas brasas, mientras los encargados de atenderlos dormían. Flick se aproximó lo suficiente para percibir el débil sonido de unas voces entre los seres durmientes, pero éstas no eran lo bastante claras para permitirle entender alguna palabra.

Pasó casi media hora hasta que Flick alcanzó el perímetro exterior de los fuegos enemigos. Se detuvo agazapado al otro lado de la luz para estudiar el campamento. El viento frío de la noche soplaba desde el norte avivando las crepitantes llamas de las hogueras, enviando leves nubes de humo que se arremolinaban a través de la llanura abierta hacia donde estaba el valense. Un segundo círculo de centinelas rodeaba el campamento, pero era sólo una línea secundaria de vigilancia cuyos puntos estaban muy distantes entre sí. Los habitantes de la Tierra del Norte no creían que fuese necesaria mayor protección para el campamento. Casi todos los centinelas eran cazadores gnomos, aunque Flick pudo distinguir algunos voluminosos cuerpos de trolls entre ellos.

Se detuvo un momento para estudiar los extraños rasgos de los trolls, que tan poco familiares le eran. Tenían diferentes tamaños, todos con gruesos miembros y con una piel oscura que hacía pensar en la madera, de aspecto rugoso y protector. Los centinelas y los escasos miembros del ejército que permanecían despiertos paseaban ociosamente o se

reunían cerca del calor de las fogatas. Iban envueltos en gruesas capas que ocultaban la mayor parte de sus cuerpos y rostros. Flick se sintió satisfecho. Le sería más fácil deslizarse en el campamento sin ser detectado si todos iban cubiertos como él; y a juzgar por el creciente frío y el viento, la temperatura continuaría bajando hasta el amanecer. Era difícil ver más allá de las fogatas próximas, debido a la brumosa oscuridad y al humo producido por la madera que se quemaba rápidamente.

En cierto modo, el campamento parecía más pequeño desde el lugar en que se encontraba que desde las alturas de los Dientes del Dragón. Pero Flick se recordó que no debía engañarse a sí mismo. A pesar de las apariencias, sabía que el campamento tenía una extensión de más de un kilómetro a la redonda. Una vez superada la línea interior de centinelas, debía avanzar con precaución entre los miles de gnomos y trolls que dormían, pasando junto a cientos de fogatas que alumbraban lo suficiente para revelar su identidad, y en todo momento evitar el contacto con los soldados enemigos que aún estuviesen despiertos. Cualquier error podría delatarlo. Incluso si lograba no ser descubierto, todavía tenía que localizar a los prisioneros y a la Espada. Sacudió la cabeza expresando sus dudas y prosiguió lentamente.

Su curiosidad natural le tentaba a acercarse a las fogatas para estudiar a los gnomos y a los trolls aún despiertos, pero resistió el impulso, recordando que no tenía mucho tiempo. Había vivido siempre en la misma tierra que aquellas dos razas extrañas, pero para él eran como seres de otro mundo. Durante su viaje a Paranor, había luchado contra los salvajes y astutos gnomos en varias ocasiones, una vez cuerpo a cuerpo en los pasajes laberínticos de la Fortaleza de los Druidas. Pero aún sabía poco sobre ellos; eran simplemente enemigos que habían intentado matarlo. De los trolls no sabía nada. Un pueblo apartado que habitaba en las montañas del norte y en valles escondidos. En cualquier caso, Flick sabía que el ejército estaba mandado por el Señor de los Brujos, y no había ninguna duda de cuáles eran sus objetivos.

Esperó hasta que el viento atrajo el humo de las fogatas en una serie de ráfagas ondulantes al espacio que quedaba entre el centinela más próximo y él, entonces se levantó aparentando naturalidad y, andando a grandes zancadas, se adentró en el campamento. Seleccionó con cuidado un punto de entrada donde los soldados estuviesen durmiendo. El humo y la noche velaron su voluminosa figura cuando abandonó las sombras y se introdujo en el círculo de fogatas. Un momento después, estaba entre las figuras que dormían. El centinela seguía mirando absorto hacia la oscuridad, sin extrañarse de su paso apresurado.

Flick se tapó bien con la capa, asegurándose de que sólo fuesen visibles sus manos para cualquiera que cruzase ante él. Su cara quedaba en la sombra bajo la capucha. Miró a su alrededor, pero no captó ningún movimiento en las proximidades; había llegado hasta allí sin ser advertido. Respiró profundamente el aire frío de la noche para tranquilizarse, después intentó calcular su posición relacionada con el centro del campamento. Eligió una dirección que creyó le llevaría directamente al centro de los fuegos, atisbó a su alrededor una vez más y después avanzó con pasos uniformes y mesurados. Ahora ya no había posibilidad de echarse atrás.

Lo que vio, lo que oyó, lo que experimentó en su mente aquella noche dejaría una huella en su memoria que no se borraría nunca. Era como una extraña y en cierto modo escurridiza pesadilla de visiones y sonidos, criaturas y formas de otro tiempo y lugar; cosas que nunca había encontrado y nunca pertenecerían a su mundo, y sin embargo había sido arrojado en medio de ellas al igual que una madera a la deriva en un mar interminable. Quizá fue la noche y el humo ondulante de los cientos de fuegos que agonizaban lo que enturbiaron sus sentidos y le crearon aquella sensación de pesadilla. Quizá también fuesen

los efectos de una mente cansada y aterrada, que nunca había concebido la existencia de tales criaturas, ni imaginado que su número podía ser tan grande.

La noche transcurrió en lentos minutos y horas interminables mientras el valense deambulaba por el enorme campamento, protegiendo su rostro de la luz de las hogueras mientras se desplazaba sin pausa, siempre mirando al frente. Se movía con cautela entre los miles de cuerpos dormidos acurrucados cerca de las llamas, que a veces se interponían en su camino haciendo que aumentara su inquietud ante la posibilidad de ser descubierto y asesinado. En varias ocasiones creyó que ya había sucedido, y su mano se deslizó rápida y disimuladamente hasta el cuchillo de caza, con el corazón encogido y dispuesto a luchar por su libertad a costa de su vida. Una y otra vez, se le acercaron como si supieran que era un impostor, como si fuesen a detenerlo y a delatarlo ante todos. Pero siempre pasaron sin detenerse, sin hablar; y Flick se quedó solo de nuevo, como una figura olvidada en medio de miles.

Varias veces pasó cerca de grupos de soldados que hablaban y bromeaban en voz baja alrededor de los fuegos, frotándose las manos e intentando absorber el calor de las crepitantes llamas para protegerse del frío de la noche. En dos ocasiones, quizás en tres, le saludaron con la cabeza o con la mano al pasar junto a ellos. Escondiendo la cara y ciñéndose más la capa, les respondió con un ademán breve. Una y otra vez temió haber hecho un movimiento erróneo, haber permanecido callado cuando debía hablar, haber caminado por donde no estaba permitido... Pero una y otra vez el momento terrible de duda se desvanecía al seguir adelante y continuar solo.

Estuvo vagando por el inmenso campamento durante horas sin encontrar ninguna pista del paradero de Shea, de Eventine o de la Espada de Shannara. Ante el amanecer que ya se anunciaba, empezó a perder las esperanzas de encontrar algo. Pasó junto a incontables fogatas que iban extinguiéndose como la misma noche, observando un mar de cuerpos dormidos, con algunas caras vueltas hacia arriba, otras cubiertas por las mantas, todas extrañas para él. Por todas partes había tiendas marcadas con los estandartes de los líderes enemigos, tanto gnomos como trolls, pero todas sin guardianes ante ellas que las hicieran distintas a las demás. Revisó de cerca varias, con la esperanza de encontrar algo, pero no encontró nada.

Escuchó fragmentos de conversaciones entre los gnomos y trolls que se mantenían despiertos, intentando pasar inadvertido y al mismo tiempo acercarse lo suficiente para oír lo que decían. Pero el lenguaje de los trolls le era completamente desconocido, y lo que logró entender de lo que decían los gnomos carecía de importancia. Daba la impresión de que nadie sabía nada de los dos humanos desaparecidos ni de la Espada, de que ellos nunca habían estado en aquel campo. Flick empezó a preguntarse si Allanon se habría equivocado al seguir los rastros en días anteriores.

Miró con aprensión el nublado cielo nocturno. No podía estar seguro de la hora, pero la oscuridad no duraría mucho. Durante un momento le invadió el pánico, al pensar que tal vez no tendría tiempo suficiente para volver a donde estaba escondido Allanon. Pero sacudiéndose el miedo, se dio cuenta que en la confusión del campamento al amanecer podría escabullirse entre los cazadores soñolientos y recorrer el corto tramo hasta las laderas de los Dientes del Dragón, antes que el sol lo descubriese.

Hubo un movimiento repentino en la oscuridad, a su izquierda, y en el resplandor del fuego aparecieron cuatro guerreros trolls caminando con parsimonia, totalmente armados, murmurando en voz baja sin reparar en el sobresaltado Flick. Instintivamente los siguió a varios metros de distancia, deseoso de saber adonde irían a esas horas con la indumentaria apropiada para el combate. Se desviaron en ángulo recto del camino que el valense había seguido para entrar en el campamento, y éste se mantuvo detrás de ellos entre las sombras

mientras avanzaban entre el ejército dormido. Varias veces pasaron junto a tiendas oscuras que Flick creyó podían ser su destino, pero ellos continuaron sin detenerse.

El hombre del valle advirtió que el aspecto del campamento cambiaba totalmente en aquella zona concreta. Había más tiendas, algunas con altos e iluminados doseles donde se proyectaban siluetas de personas moviéndose en su interior. Había menos soldados rasos durmiendo en la tierra helada, pero más centinelas patrullando cerca de los bien alimentados fuegos que iluminaban los espacios entre las tiendas. A Flick le pareció más difícil mantenerse oculto ante tanta luz. Para evitar preguntas y protegerse del riesgo de ser descubierto, marchaba justo detrás de los trolls como si fuera uno de ellos. Pasaron junto a numerosos centinelas que los saludaron y les observaron al pasar, pero ninguno intentó interrogar al gnomo envuelto en una capa que corría detrás de la pequeña procesión.

Entonces, de pronto, los trolls giraron a la izquierda y automáticamente Flick giró con ellos, casi topándose con una tienda grande y baja protegida por otros trolls armados. Ya no tuvo tiempo de dar la vuelta o evitar ser visto, de modo que cuando la procesión se detuvo ante la tienda, el asustado valense siguió andando, pasando de largo como si estuviese abstraído en sus pensamientos. Los guardianes no consideraron aquello anormal y se limitaron a dedicarle una mirada rápida cuando continuó arrastrando los pies, envuelto en su capa. Pronto los dejó atrás, y se quedó solo en la oscuridad, entre las sombras.

Se detuvo bruscamente. El sudor recorría su cuerpo bajo la gruesa capa y su respiración era dificultosa. Sólo tuvo un segundo para mirar por la abertura frontal de la tienda iluminada, entre los enormes centinelas que sostenían unas largas lanzas de hierro; sólo un segundo para ver al monstruo de alas negras en el interior, rodeado por los menos importantes trolls y gnomos. Pero podía afirmar sin temor a equivocarse que se trataba de una de las criaturas mortíferas que los habían perseguido por las cuatro tierras. Un terror helado recorrió todo su cuerpo al esconderse sin aliento en las sombras, intentando apaciguar los violentos latidos de su corazón.

Algo de vital importancia ocurría en el interior de la tienda enormemente protegida. Quizá los dos desaparecidos y la Espada estaban allí, vigilados por los esclavos del Señor de los Brujos. Fue un pensamiento escalofriante, y supo que su única opción era comprobarlo. Apenas tenía tiempo ya, su suerte se estaba acabando. Los guardianes por sí solos resultaban bastante disuasivos para que alguien pasara a través de las cortinas abiertas de la tienda, y la presencia adicional del Portador de la Calavera convertía la idea en un suicidio. Flick se sentó sobre sus talones en la oscuridad y sacudió su cabeza con desesperación. La magnitud del proyecto descontaba cualquier esperanza de éxito, sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Si volvía ahora con Allanon, no sabrían más que antes y su peligrosa noche pasada deambulando por el campamento enemigo habría sido inútil.

Dirigió una mirada expectante al cielo nocturno, como si pudiera encontrar allí alguna pista para solucionar su problema. La masa de nubes mantenía su sólida posición, suspendida ominosamente entre la luz de la luna y las estrellas y la negrura de la tierra dormida. La noche llegaba a su fin. Flick se levantó y ciñó la capa a su cuerpo de nuevo helado. El destino podía haber decidido que recorriera todo aquel tortuoso camino sólo para ser asesinado en un estúpido juego, pero Shea dependía de él; quizá Allanon y los otros también. Tenía que averiguar qué había en el interior de aquella tienda. Lenta y sigilosamente, empezó a avanzar con cortos pasos.

El alba llegó rápidamente. Una tenebrosa luz gris apareció al este del cielo saturado de niebla y silencio. El tiempo no había mejorado en las llanuras de Streleheim, al sur de la implacable pared de oscuridad que marcaba el avance del Señor de los Brujos. Las

enormes nubes de tormenta eran como un sudario que cubría el cadáver de la tierra. En el este de la base de los Dientes del Dragón, los centinelas enemigos habían abandonado su vigilancia nocturna para volver al campamento del ejército del Norte que estaba despertando. Allanon esperaba sentado en la ladera salpicada de pedruscos, su capa negra y larga envolvía holgadamente su cuerpo delgado como de junco, proporcionándole poca protección contra el aire frío del amanecer y la débil llovizna que iba convirtiéndose en un copioso chaparrón. Toda la noche había estado allí, vigilando, esperando cualquier signo de Flick, viendo cómo se desvanecían sus esperanzas a medida que se iluminaba el cielo por el este y el enemigo empezaba a volver a la vida. Sin embargo, aguardó, anhelando a pesar de todo que el pequeño valense lograra de algún modo ocultar su identidad, moverse por el campamento sin ser descubierto y encontrar a su hermano, al rey de los elfos y a la Espada, y que después consiguiera escabullirse entre los piquetes de guardianes antes de que amaneciera.

El campamento despertaba, las tiendas eran desmontadas y empaquetadas mientras el enorme ejército se alineaba en columnas que cubrían la vasta llanura como un gigantesco tablero negro. Al fin la máquina combativa del Señor de los Brujos empezaba a marchar en dirección sur hacia Kern, y el gigante druida salió de las rocas para situarse donde pudiera ser visto por el valense, si es que estaba en algún lugar cercano. No hubo ningún movimiento, ningún sonido excepto el del viento que soplaba suavemente sobre la pradera y la alta figura oscura esperó de pie en silencio. Sólo sus ojos delataban la profunda amargura que sentía.

Después, el druida se volvió hacia el sur, eligiendo un camino paralelo al del ejército que marchaba delante. Sus gigantescas zancadas pronto acortaron la distancia que los separaba, mientras la lluvia caía en tupidas cortinas de agua y la inmensidad vacía de las llanuras se iba quedando atrás.

Menion Leah llegó al serpenteante río Mermidon, justo en la parte que quedaba al norte de la ciudad isla de Kern, pocos minutos antes del alba. Allanon estuvo en lo cierto al anunciar al príncipe que le sería difícil atravesar las líneas enemigas sin ser detectado. Los puestos de vigilancia se extendían más allá del perímetro del enorme campamento de la llanura, llegando hasta el oeste sobre el Mermidon, desde el extremo sur de los Dientes del Dragón. Todo lo que quedaba al norte de esa línea pertenecía al Señor de los Brujos. Las patrullas enemigas se paseaban con entera libertad a lo largo de los límites al sur de los altísimos Dientes del Dragón, vigilando los pocos pasos que cruzaban los formidables picos. Balinor, Hendel y los hermanos elfos habían logrado esquivar a las patrullas enemigas del paso de Kennon. Menion no contaba con la protección de las montañas para esconderse de los habitantes del Norte. Cuando se separó de Allanon y Flick, se vio obligado a seguir directamente a través de las praderas abiertas que se extendían al sur hasta el Mermidon. Pero el príncipe de Leah tenía dos circunstancias a su favor. La noche seguía cubierta y su negrura era impenetrable, haciendo casi imposible ver a más de escasos metros. Por otra parte, Menion era un rastreador y cazador a quien nadie igualaba en la Tierra del Sur. Podía moverse a través de aquel velo de negrura rápida y sigilosamente, siendo detectado sólo por los oídos más sensibles.

De esta forma se alejó de sus dos compañeros, todavía enfadado porque Allanon le había obligado a abandonar la búsqueda de Shea para enviarlo a avisar a Balinor y al pueblo de Callahorn de la invasión que se preparaba. Se sentía extrañamente inquieto por haber dejado a Flick solo con el misterioso e impredecible druida. Nunca había confiado del todo en el místico gigante, sabiendo que les ocultaba la verdad sobre la Espada de Shannara, sabiendo que había algo más de lo que Allanon decidió explicarles. Habían

hecho todo lo que el druida había ordenado con fe ciega, otorgándole su completa confianza cada vez que surgía un problema. En todas las ocasiones estuvo acertado, pero no había conseguido apoderarse de la Espada, y habían perdido a Shea. Ahora, además de todo eso, parecía que el ejército de la Tierra del Norte lograría invadir la Tierra del Sur. Sólo el reino fronterizo de Callahorn estaba preparado para resistir el ataque. Después de ver la impresionante envergadura del invasor, Menion no alcanzaba a imaginar cómo ni siquiera la legendaria Legión Fronteriza podría resistir una fuerza tan poderosa. Su propio sentido común le decía que la única posibilidad era detener el avance del enemigo el tiempo suficiente para que los ejércitos de elfos y enanos se unieran a la Legión Fronteriza y contraatacaran. Estaba seguro de que habían perdido la Espada, e incluso de que cuando volviesen a encontrar a Shea no existía ya otra oportunidad para recuperarla.

Maldijo en voz baja cuando su rodilla chocó contra el borde cortante de un saliente de roca, y volvió su atención al terreno que recorría, dejando de lado por el momento cualquier especulación sobre el futuro. Como una lagartija negra, resbalaba silenciosamente por las laderas de los Dientes del Dragón, serpenteando por un tortuoso laberinto de pedruscos con cantos afilados y de rocas que cubrían la falda de la montaña, con la espada de Leah y el largo arco de fresno atados a la espalda. Llegó hasta el inicio de la ladera sin encontrar a nadie, y escudriñó en la oscuridad. No había signos de vida. Avanzó con cautela por la llanura cubierta de hierba, caminando a pasos cortos unos cuantos metros, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Sabía que las líneas de centinelas debían estar situadas cerca de ese punto para ser eficaces, pero eran imposibles de ver.

Se paró un momento, tan silencioso como las sombras que le rodeaban; al no oír nada, comenzó a andar lentamente hacia el sur a través del muro de oscuridad, con una mano cerca de su cuchillo de caza. Anduvo durante varios minutos sin ningún incidente y, cuando empezaba a relajarse creyendo que había logrado pasar entre las líneas enemigas, oyó un pequeño ruido. Se quedó inmovilizado a medio paso, intentando detectar el origen, y entonces el ruido volvió a producirse; parecía una débil tos procedente de alguien que estaba frente a él en la oscuridad. Un centinela se había delatado justo a tiempo de evitar que el montañés tropezase con él. Un grito habría atraído a los otros al instante.

Menion se agachó apoyándose en las manos y las rodillas, asiendo la daga con fuerza. A gatas, empezó a avanzar hacia la fuente de la tos, moviéndose sigilosamente hasta que sus ojos fueron capaces de distinguir la silueta borrosa de una figura de pie ante él. Por su pequeño tamaño, el centinela debía de ser un gnomo. Menion esperó varios minutos más, para asegurarse de que el gnomo se volvía de espaldas en su ronda, después gateó acercándose hasta que estuvo a poco más de un metro. Con un rápido movimiento, saltó sobre el desprevenido centinela, pasando su fortísimo brazo alrededor de su garganta, ahogando el grito de aviso antes de que pudiera escaparse. El extremo del mango del cuchillo golpeó duramente la cabeza descubierta, justo detrás de la oreja, y el gnomo se desplomó inconsciente sobre la tierra. El hombre de las tierras altas no se detuvo; siguió escurriéndose en la oscuridad, sabiendo que había otros cerca y ansioso por ponerse fuera del alcance de sus oídos. Mantuvo la daga dispuesta, prevenido por si se encontraba con otros centinelas. El viento helado soplaba sin descanso y los largos minutos de la noche se deslizaban lentamente.

Al fin llegó al Mermidon, justo a la altura de la ciudad isla de Kern, sus luces débiles brillaban al sur, distantes. Se paró sobre una pequeña elevación que descendía gradualmente y terminaba formando la orilla norte del río. Permaneció medio agachado, envuelto en su capa para protegerse del creciente frío del viento del amanecer. Estaba sorprendido y aliviado por haber llegado hasta el río sin tropezar con ningún otro piquete

enemigo. Suponía que sus sospechas iniciales eran correctas, puesto que al menos habría atravesado otra línea de centinelas sin que él ni sus enemigos se dieran cuenta. Se felicitó por su suerte.

Mirando cautelosamente a su alrededor, el príncipe de Leah se aseguró de que no había nadie más por allí. Después se levantó y estiró sus cansados miembros. Sabía que tendría que cruzar el Mermidon más abajo si deseaba evitarse un baño en sus aguas heladas. Una vez se encontrara en frente de la isla, estaba seguro de hallar algún bote o un servicio de transporte en barco que lo condujese hasta la ciudad. Asegurando sus armas sobre la espalda y con una sonrisa en los labios que desafiaba al viento, empezó a caminar hacia el sur siguiendo la corriente del río.

No había recorrido demasiado, quizá no más de mil metros, cuando las ráfagas del viento del amanecer cesaron por un instante, y en la repentina tranquilidad oyó un murmullo extraño en algún lugar delante de él. Se tendió en el suelo, aplastándose contra un pequeño montículo. El viento volvió a soplar en sus oídos mientras se esforzaba por escuchar en la negrura. El viento desapareció por segunda vez y de nuevo oyó el murmullo, pero localizando ahora su origen con claridad. Era el sonido amortiguado de voces humanas provenientes de la oscuridad cercana a la orilla del río. El hombre de las tierras altas reptó apresuradamente para asomarse sobre la elevación donde el terreno le cubría de las débiles luces de la aún lejana ciudad. Entonces se levantó y avanzó medio agachado, paralelamente al río con pasos rápidos y sigilosos. Las voces se hicieron más altas y claras y parecían proceder del otro lado de la elevación. Escuchó un minuto más, pero le fue imposible descifrar lo que decían. Con cautela, se arrastró sobre el estómago hasta la cima de la elevación, desde donde pudo distinguir un grupo de oscuras figuras reunidas junto al Mermidon.

Lo primero que llamó su atención fue un bote atracado en la orilla, amarrado a un arbusto. Ahí estaba su medio de transporte si lograba hacerse con él, pero casi de inmediato descartó la idea. De pie en un círculo apretado junto al bote, había cuatro grandes trolls armados; sus enormes cuerpos oscuros eran inconfundibles a pesar de la débil luz. Hablaban con una quinta figura, más pequeño y delgado, cuyas ropas la delataban claramente como habitante del sur.

Menion los estudió durante un instante con gran detenimiento, intentando distinguir sus caras, pero la débil luz sólo le permitió vislumbrar al hombre, que Menion creyó no conocer. Una pequeña barba oscura cubría el delgado rostro del extranjero y él la acariciaba de manera peculiar con pequeños y nerviosos golpecitos, mientras estaba hablando.

Entonces el príncipe de Leah vio algo más. A un lado del círculo formado por los humanos había un gran bulto cubierto con una gruesa capa y atado firmemente. Menion lo observó dubitativo, incapaz de saber qué era a causa de la oscuridad. Luego, para su sorpresa, el bulto se movió un poco, lo suficiente para convencer al hombre de las tierras altas de que había algo vivo bajo la gruesa envoltura. Trató de encontrar la manera de acercarse al pequeño grupo, pero ya era demasiado tarde. Los cuatro trolls y el hombre se disponían a partir. Uno de los trolls se aproximó al misterioso bulto y, sin ningún esfuerzo, lo levantó y lo colocó sobre su ancho hombro. El extranjero fue hasta la barca, soltó las amarras y subió a ella, bajando los remos hasta las agitadas aguas. Intercambiaron algunas palabras de despedida y Menion captó algunos fragmentos de la conversación, incluido algo sobre tener la situación bien controlada. El último comentario mientras la barca se alejaba por las rápidas aguas, fue la orden del extranjero de que esperaran sus próximas noticias sobre el príncipe.

Menion se escurrió un poco hacia atrás sobre la hierba húmeda de la pequeña elevación, observando al hombre y al pequeño bote desaparecer en la brumosa oscuridad del Mermidon. El alba despuntaba al fin, pero llegó en forma de una niebla grisácea que impedía la visibilidad casi tan eficazmente como la noche. El cielo estaba aún cubierto de nubes en forma de cúmulos que colgaban bajas y amenazaban con descargar sobre la tierra si seguían hinchándose más. Dentro de poco caería una lluvia copiosa; el aire ya estaba invadido por una niebla húmeda y penetrante, que empapó sus ropas y heló su piel desnuda. El enorme ejército de la Tierra del Norte marcharía hacia la ciudad isla de Kern pasada una hora, y era probable que llegara a mediodía. Quedaba poco tiempo para avisar a sus ciudadanos del inminente asalto; un ataque furioso del que la ciudad no podría defenderse durante mucho tiempo. La gente debía ser evacuada de inmediato y llevada a Tyrsis o aún más al sur. Balinor debía ser avisado de que el tiempo se acababa, de que la Legión Fronteriza debía congregarse y luchar, deteniendo la invasión hasta que llegasen los refuerzos de enanos y elfos.

El príncipe de Leah era consciente de que no había tiempo para seguir reflexionando sobre la misteriosa reunión que acababa de presenciar accidentalmente, pero se demoró un poco más mientras los cuatro trolls se alejaban de la orilla cargando el bulto forcejeante y avanzando hacia el montículo de la izquierda. Menion estaba seguro de que alguien había sido capturado por el extranjero del bote y entregado a aquellos soldados del ejército de la Tierra del Norte. El encuentro nocturno estaba acordado de antemano por ambas partes y el intercambio se hizo por razones que sólo ellos conocían. Si se habían tomado tantas molestias, el prisionero debía de ser alguien muy importante para ellos; y en consecuencia, importante para el Señor de los Brujos.

Contempló a los trolls mientras se alejaban en la densa niebla matutina, todavía indeciso sobre si debía o no intervenir. Allanon le había encomendado una tarea, una tarea prioritaria que salvaría miles de vidas. No había tiempo para incursiones salvajes en un territorio enemigo sólo para satisfacer su curiosidad personal, incluso aunque significara... ¡Shea! ¿Y si fuese Shea el prisionero? El pensamiento cruzó fugazmente su mente impetuosa, y la decisión fue tomada al instante. Shea era la clave de todo; si había alguna posibilidad de que el cautivo envuelto fuese él, Menion tenía que intentar rescatarlo.

Dio un salto y empezó a correr a toda velocidad hacia el norte, volviendo en la dirección que acababa de llevarlo hasta allí, intentando seguir un camino paralelo al tomado por los trolls. En la espesa niebla era difícil mantener el sentido de la orientación, pero Menion no tenía tiempo para preocuparse por eso. Iba a ser enormemente difícil rescatar al prisionero de los cuatro trolls armados; en especial, cuando cualquiera de ellos ya era un rival considerable para el hombre de las tierras altas. Existía el peligro adicional de que en cualquier punto cruzaran las líneas de vigilancia de la Tierra del Norte. Si no lograba detenerlos antes de eso, estaba perdido. Cualquier posibilidad de rescate dependía de mantener abierta una vía de escape hacia el Mermidon. Menion sintió las primeras gotas de lluvia golpeando su cara al correr, y un trueno retumbó amenazador a la vez que el viento incrementaba su fuerza. Intentó con desesperación ver a través de la bruma creciente alguna señal de su presa, pero no logró ver nada. Pensó que se debía a su lentitud y comenzó a correr tanto como pudo a través de las praderas, cargando como una salvaje sombra negra contra la niebla, esquivando los pequeños árboles y la maleza, oteando con angustia las llanuras vacías. La lluvia caía sobre su cara y se metía en sus ojos, cegándolo, obligándolo a detenerse un momento para secarse el agua y el sudor. Sacudió su cabeza con furia. ¡Tenían que estar cerca! ¡No podía haberlos perdido!

De repente, los cuatro trolls salieron de la niebla detrás de él, lejos a la izquierda. Menion se había equivocado en sus cálculos adelantándose en exceso. Se agazapó tras un

pequeño grupo de matorrales y observó mientras los cuatro se acercaban. Si no cambiaban de rumbo pasarían junto a un enorme grupo de arbustos más adelante, todavía fuera de la visibilidad de ellos, pero dentro de la de Menion. Éste salió de su escondite y retrocedió en la niebla hasta un lugar desde donde ya no podía ver a los trolls. Si habían captado su rápido movimiento estaba perdido. Lo estarían esperando cuando llegase a los arbustos. Pero en caso contrario, les tendería una emboscada y escaparía hacia el río. Atajó a través de la llanura hacia su izquierda hasta llegar a la protección de los arbustos, jadeando, andando a gatas y atisbando con cautela entre las ramas.

Durante un momento no vio nada que no fuera niebla y lluvia; después, las cuatro voluminosas figuras se destacaron en la bruma gris, avanzando con paso firme hacia el lugar de su escondite. Se quitó la pesada capa de montaña, totalmente empapada por la lluvia. Necesitaría ser veloz para escapar de los enormes trolls cuando lograra arrebatarles al prisionero, y la capa sería un estorbo. Se quitó también las pesadas botas. A su lado colocó la espada de Leah, su brillante hoja fuera de la vaina de cuero. Apresuradamente tensó la cuerda del gran arco de fresno y extrajo dos largas flechas negras de su funda. Los trolls se acercaban ahora rápidamente, sus figuras oscuras eran visibles a través de las frondosas ramas de los arbustos. Caminaban por parejas. La de delante llevaba el cuerpo del prisionero. Se acercaban desprevenidos hacia el hombre agazapado, tranquilos en un territorio que creían bajo el control de sus propias fuerzas. Menion levantó lentamente una rodilla, colocó una flecha en el arco y esperó en silencio.

Los despreocupados trolls casi habían llegado a los arbustos cuando salió disparada la primera flecha con un agudo zumbido, clavándose en la pantorrilla del corpulento gigante del norte que transportaba al prisionero. Con un rugido de rabia y dolor, el troll soltó su carga, agarrándose la pierna lastimada con ambas manos. En ese momento de sobresalto y confusión, Menion disparó su segunda flecha, apuntando certeramente al hombro desprotegido del segundo miembro de la pareja delantera, provocando que la enorme figura se revolviese y tropezase ciegamente con los dos que venían detrás.

Sin detenerse, el ágil montañés saltó de su escondite y embistió contra los sorprendidos trolls, gritando y sacudiendo la espada de Leah. Los trolls habían dejado un poco atrás al prisionero momentáneamente olvidado, y el rápido atacante recogió el flácido bulto con su mano libre, cargándoselo sobre el hombro antes que los atónitos norteños pudiesen actuar. Al instante siguiente se deslizó ante ellos, cortando con su espada el brazo del troll más cercano, que hizo un esfuerzo vano por detener a la figura que huía. ¡El camino hacia el Mermidon estaba abierto!

Dos trolls, uno ileso y otro ligeramente herido, se lanzaron de inmediato tras él, corriendo pesadamente por las praderas empapadas por el agua con silenciosa determinación. Sus armaduras y sus cuerpos voluminosos los retrasaban considerablemente, pero aún así se movían con más rapidez de lo que Menion había supuesto, y además estaban descansados y eran fuertes, mientras que él estaba casi agotado. Incluso sin las botas y la capa, el delgado montañés no podía correr demasiado cargando al prisionero aún atado. La lluvia había empezado a caer en cortinas cada vez más densas, empujadas por el viento, y pinchaba su piel al chocar contra ella en su forzada carrera. A saltos y zancadas recorrió las praderas, evitando los árboles, esquivando las malezas y los hoyos llenos de agua. Incluso descalzo, sus pasos sobre la hierba húmeda eran inseguros. Varias veces resbaló y cayó de rodillas, levantándose de un salto para volver a correr.

Había rocas escondidas y plantas espinosas por todo el terreno, y pronto produjeron cortes en sus pies y éstos sangraron. Pero no sintió dolor y aceleró aún más. Sólo las vastas llanuras fueron testigos de la extraña carrera entre los enormes y pesados cazadores y la

presa fugaz como una sombra hacia el sur, bajo la violenta lluvia y el viento helado. Corrían sin oír, sin ver, sin sentir a través del paisaje vacío, y nada interrumpía el terrible silencio excepto la embestida de las ráfagas del viento. Se convirtió en una prueba de supervivencia solitaria y terrible; una prueba de valor y fortaleza que exigió al príncipe de Leah todas sus reservas de fuerza.

El tiempo dejó de existir para él, mientras sus piernas se movían, cuando sus músculos ya habían pasado hacía tiempo su límite de resistencia; y sin embargo, el río no llegaba. Ya no miraba atrás para saber si los trolls estaban cerca. Podía sentir su presencia, oír sus respiraciones agitadas en su mente; debían de estar acortando la distancia. ¡Tenía que correr más deprisa! Debía llegar al río y liberar a Shea...

Cerca de la extenuación, de forma inconsciente, se refirió a la persona del bulto como si fuese su amigo. Cuando recogió al misterioso prisionero, supo que era una persona de corta estatura y complexión ligera. No había razón para creer que no fuese el desaparecido valense. El cautivo atado estaba consciente y se movió durante la carrera de Menion, balbuceando frases a las que éste replicaba jadeando, asegurándole que pronto estarían a salvo.

La lluvia se intensificó de repente hasta que fue imposible ver a más de un metro de distancia en cualquier dirección y las llanuras, ya empapadas, se transformaron en un pantano sobre el que asomaban las puntas de la hierba. Entonces Menion tropezó con una raíz cubierta por el agua y cayó de cabeza sobre el fango, con el bulto a su lado. Magullado y exhausto, el hombre de las tierras altas se incorporó apoyándose en sus manos y rodillas, con la gran espada preparada y mirando hacia atrás para divisar a sus perseguidores. Pero no había nadie a la vista, y eso lo alivió. Lo habían perdido momentáneamente entre la fuerte lluvia y la niebla. Pero incluso la visibilidad limitada sólo los retrasaría unos minutos y después... Menion sacudió la cabeza para aclarar la confusión de la lluvia y la debilidad de sus ojos, después gateó hasta el montón de ropas empapadas que envolvían al forcejeante prisionero. Quienquiera que estuviese allí dentro se encontraba en condiciones para correr a su lado, y las fuerzas de Menion casi tocaban su fin. Sabía que no podría seguir llevando la carga.

Torpemente, apenas consciente de lo que estaba haciendo, cortó las fuertes ataduras con su espada. Tenía que ser Shea, su mente se lo decía, tenía que ser Shea. Los trolls y el extranjero no se habrían tomado tantas molestias para no ser vistos, no habrían sido tan misteriosos... Las ataduras saltaron cuando la espada las cortó. ¡Tenía que ser Shea! Las cuerdas se aflojaron y las ropas se apartaron mientras que la persona del interior hacia esfuerzos por salir.

Menion Leah, atónito, se secó la lluvia de sus ojos y se quedó mirando fijamente. ¡Había rescatado a una mujer!

XXIV

¡Una mujer! ¿Por qué habrían secuestrado a una mujer los habitantes del Norte? Menion contempló a través de la copiosa lluvia los ojos azules que también le observaban sorprendidos. De todas formas, no era una mujer corriente. Era sorprendentemente hermosa. Su tez morena cubría las finas facciones de su cara redondeada, su cuerpo delgado y gracioso estaba vestido con telas sedosas, y el pelo..., nunca había visto nada igual. Incluso mojado y aplastado por la lluvia y cayendo sobre sus hombros en unas despeinadas trenzas, destacaba su extraño color rojizo en la penumbra de la mañana. Durante un momento la observó en un trance casi inconsciente; después, el palpitante dolor de sus pies cortados y sangrantes le recordó su situación y el grave peligro al que aún se enfrentaban.

Se puso en pie con rapidez, pero se encogió por el dolor en sus plantas desnudas y el cansancio abrumador hasta el punto de pensar que se desplomaría a causa de su terrible cansancio. Su mente luchó con fiereza durante varios minutos mientras se tambaleaba como si estuviera borracho, apoyándose en su gran espada. El rostro aterrorizado de la muchacha (sí, aún podía decirse muchacha, pensó de repente) le observaba con curiosidad en la neblina gris. Entonces ella se acercó y, sosteniéndolo, le habló con una voz baja y distante. Él sacudió la cabeza y asintió como atontado.

-Estoy bien, estoy bien. -Las palabras sonaron entrecortadas cuando las pronunció-. Corramos al río; tenemos que llegar a Kern.

Empezaron a avanzar otra vez a través de la niebla y la bruma, caminando deprisa, a veces vacilando en el terreno inseguro de las praderas empantanadas. Menion sintió que su cabeza empezaba a aclararse y sus fuerzas volvían mientras caminaba con la muchacha a su lado cogiéndolo del brazo, a veces apoyándose en él y otras sirviéndole de apoyo. Los agudos ojos de Menion atisbaban en la penumbra tratando de distinguir alguna señal de sus perseguidores trolls, seguro de que no estarían lejos. Entonces, de pronto, sus oídos percibieron un nuevo sonido, la corriente vibrante y agitada del Mermidon, sus aguas desbordadas por la lluvia corriendo en dirección sur hacia Kern. La muchacha también lo oyó, y le apretó el brazo con fuerza para animarlo a seguir.

Momentos más tarde estaban en la cima de la pequeña elevación que se extendía paralela a la orilla norte. El rápido río había inundado su margen inferior y continuaba subiendo. Menion no tenía idea de dónde se hallaban con relación a Kern, pero era consciente de que si cruzaban por un punto equivocado, no llegarían a la isla. La joven pareció también darse cuenta del problema. Tomando el brazo de Menion, empezó a avanzar río abajo siguiendo la elevación del terreno, escudriñando al otro lado del río. Menion se dejó guiar sin hacer preguntas. Sus ojos se movían ansiosamente de un lado a otro, alertas a cualquier señal de sus perseguidores. La lluvia había empezado a amainar y la niebla a aclararse. Pronto la tormenta cesaría, dejando a los dos al descubierto ante los implacables cazadores. Debían cruzar rápidamente.

Menion no supo cuánto tiempo fue conducido por la joven a lo largo de la orilla del río, pero al fin ésta se detuvo y le señaló con gestos apresurados una pequeña canoa que estaba junto a la orilla. Con la mayor rapidez que pudo, el hombre de las tierras altas se ató a la espalda la espada de Leah, y ambos subieron a la canoa. El río estaba helado y sus salpicaduras hacían estremecerse a Menion hasta los mismos huesos. Remó con energía contra la rápida corriente que los arrastraba río abajo con terrible fuerza, a veces inclinándolos hasta ponerlos en peligro de volcar, mientras él luchaba para llegar hasta la

otra orilla. Fue una batalla salvaje entre el río y el hombre, que parecía que iba a prolongarse indefinidamente. Al final, todo se nubló en la mente de Menion.

Lo que ocurrió después nunca estuvo claro para él. Fue vagamente consciente de unas manos que lo arrastraron fuera de la canoa hasta una orilla cubierta de hierba donde se quedó con estupor sin aliento. Oyó la suave voz de la muchacha que le hablaba, y después todo se volvió confuso y negro a su alrededor hasta llegar a la inconsciencia. Salía y entraba de la oscuridad y del sueño, asaltado por una sensación inquietante de peligro que excitaba a su mente cansada y le exigía que se levantase y se pusiera en guardia. Pero su cuerpo no podía obedecer. Después cayó en un sueño profundo.

Cuando despertó todavía había luz y el agua caía en una llovizna lenta y continua desde el oscuro cielo gris. Estaba tumbado en una cama cálida y confortable, seco y descansado, sus pies heridos habían sido curados y vendados, y de la terrible carrera para escapar de los trolls le quedaba un recuerdo lejano. La lluvia lenta golpeaba rítmicamente los limpios cristales de las ventanas. Paseó la mirada por la habitación y se dio cuenta de la calidad de sus muebles, de lo que dedujo que no era la casa de un ciudadano corriente, sino de la realeza. Había insignias y blasones en la marquetería que Menion reconoció como pertenecientes a los reyes de Callahorn. Durante un momento, el hombre de las tierras altas permaneció inmóvil, estudiando la habitación con calma, dejando que el sueño se disipara y que su mente descansada despertase del todo. Vio un montón de ropas secas reposando sobre una silla cerca de la cama. Estaba a punto de levantarse para vestirse cuando la puerta se abrió y apareció una sirvienta anciana llevando una bandeja con comida humeante. Se acercó a la cama sonriéndole con amabilidad y depositó la bandeja en el regazo de Menion, ayudándole a incorporarse sobre las almohadas y aconsejándole que comiese sin esperar a que se enfriara. Sin saber porqué le recordó a su madre, una mujer cariñosa y delicada que había muerto cuando Menion tenía doce años. La sirvienta esperó hasta que tomó el primer bocado, después se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta con cuidado.

Comió con lentitud, saboreando la excelente comida, sintiendo cómo la fuerza volvía a su cuerpo. Cuando ya casi había tomado la mitad, se acordó de que no había comido nada en veinticuatro horas, o tal vez en más. Miró la lluvia a través de la ventana, incapaz de saber si aún era el mismo día. Podría ser el día siguiente...

De repente, recordó su propósito original al dirigirse a Kern; avisarles de la inminente invasión del ejército del Norte. ¡Tal vez ya fuese demasiado tarde! Esta idea heló sus pensamientos; y estaba con el tenedor a medio camino entre su boca y el plato, cuando la puerta se abrió por segunda vez. Era la joven a quien había rescatado, ahora descansada y seca, vestida con ropas vaporosas de colores pálidos, sus largas trenzas rojizas peinadas y brillantes bajo la luz gris del día nublado y lluvioso. Tenía que reconocer que era la mujer más impresionante que había encontrado. Acordándose de repente de su tenedor, lo apoyó sobre la bandeja y le sonrió. Ella cerró la puerta y avanzó con gracia hasta él. Pensó otra vez que era increíblemente bella. ¿Por qué habría sido secuestrada? ¿Qué sabría Balinor de ella? ¿Qué respuestas habría podido darle? Ella seguía de pie junto a la cama, mirándolo, estudiándolo durante un momento con aquellos ojos claros y profundos.

-Tienes muy buen aspecto, príncipe de Leah -dijo sonriendo-. El descanso y la comida han hecho de ti un hombre nuevo.

-¿Cómo sabes quién...?

-Tu espada lleva los distintivos del rey de Leah; eso es todo lo que sé. ¿Quién más excepto su hijo lo llevaría? Pero no sé tu nombre.

-Menion -respondió el hombre de las tierras altas, sorprendido de que la muchacha conociese su pequeña patria, un reino del que casi ningún extranjero había oído hablar.

La joven extendió una mano fina y bronceada y estrechó la de él calurosamente.

-Yo soy Shirl Ravenlock, y ésta es mi patria, Menion; la ciudad isla de Kern. De no ser por tu valor, no la habría vuelto a ver más. Por eso te estaré siempre agradecida y siempre podrás contar con mi amistad. Ahora, continua comiendo mientras hablamos.

Se sentó en la cama junto a él. Menion empezó a levantar de nuevo el tenedor, todavía tenía hambre; entonces, recordando la invasión, lo dejó caer sobre la bandeja con gran ruido.

-Tienes que avisar a Tyrsis, a Balinor. ¡La invasión de la Tierra del Norte ha empezado! Hay un ejército acampado justo encima de Kern y está esperando...

-Lo sé, no te preocupes -respondió Shirl en seguida, levantando la mano para impedir que continuara-. Incluso en sueños hablabas del peligro. Nos avisaste antes de recobrar el sentido. Se ha enviado un mensaje a Tyrsis. Palance Buckhannah gobierna en ausencia de su hermano; el rey continúa enfermo. La ciudad de Kern está organizando sus defensas, pero por el momento no hay ningún peligro real. La lluvia ha desbordado el Mermidon y sería imposible que una fuerza numerosa lo cruzara. Estaremos a salvo hasta que nos llegue ayuda.

-Balinor debería haber llegado a Tyrsis hace varios días -anunció Menion con alarma-. ¿Qué hay de la Legión Fronteriza? ¿Ha sido ya movilizada?

La joven lo miró con asombro, revelando que no sabía nada de la Legión Fronteriza ni de Balinor. Menion empujó la bandeja con brusquedad y saltó de la cama. Shirl se puso en pie al mismo tiempo, asombrada pero intentando calmar al excitado montañés.

-¡Shirl, puede que creas que estáis a salvo en esta isla, pero puedo asegurarte que el tiempo se está acabando para todos! -exclamó Menion, recogiendo sus ropas-. He visto el ejército, y te aseguro que ninguna inundación logrará detenerlo durante mucho tiempo. Y puedes olvidarte de recibir ayuda, si no ocurre un milagro.

De repente se detuvo al desabrochar el segundo botón de su camisa de dormir, recordando que la joven estaba ante él. Señaló con un gesto hacia la puerta, pero ella negó con la cabeza y le dio la espalda para no verlo mientras se cambiaba.

-¿Qué hay de tu secuestro? -preguntó Menion mientras se vestía, mirando la esbelta silueta de la muchacha al otro lado de la habitación-. ¿Tienes idea de por qué querrían secuestrarte los norteños, prescindiendo de tu belleza?

Sonrió con picardía. Aunque no podía ver su rostro, estaba seguro de que se habría ruborizado. Ella permaneció en silencio durante un rato antes de hablar.

-No recuerdo exactamente lo que ocurrió -respondió al fin-. Estaba dormida. Me despertó un ruido en la habitación, entonces alguien me amordazó y yo me desmayé; creo que al ser golpeada o... No, ahora lo recuerdo. Fue un trapo empapado en algún líquido maloliente que no me dejaba respirar. Me desmayé y lo siguiente que recuerdo es que estaba tendida sobre la arena junto al río. Supongo que era el Mermidon. Ya sabes cómo estaba envuelta en ese manto. No podía ver nada y sólo podía oír un poco, pero lo que oía no lo pude entender. ¿Viste tú algo más?

Menion negó con la cabeza y se encogió de hombros.

-No mucho más -dijo-. Un hombre te trasladó en una barca, después te entregó a los cuatro trolls. No pude ver al hombre con detalle, pero lo reconocería si lo volviera a ver. ¿Por qué no respondes a mi primera pregunta? ¿Por qué querría alguien secuestrarte? Vuélvete, ya estoy vestido.

La joven obedeció y se acercó a él, observándole con curiosidad mientras él se calzaba unas botas altas de montaña.

-Tengo sangre real, Menion -respondió ella en voz baja. Menion interrumpió su tarea y levantó la vista. Sospechó que no era una ciudadana corriente de Kern al saber que había reconocido el blasón de Leah en su espada. Ahora tal vez descubriría la razón de su secuestro-. Mis antepasados eran los reyes de Kern, y durante cierto tiempo de todo Callahorn, antes que los Buckhannah llegasen al poder hace cien años. Yo soy una... bueno, supongo que puedo decir que soy una princesa... destronada. -Rió ante la estupidez de la idea, y Menion le sonrió-. Mi padre es un anciano del Consejo que gobierna los asuntos internos de Kern. El rey es el gobernante de Callahorn, pero ésta es una monarquía ilustrada, según se dice, y el rey pocas veces interviene en las cuestiones de gobierno de esta ciudad. Su hijo Palance se ha sentido atraído por mí durante cierto tiempo, y no es ningún secreto que planea casarse conmigo. Yo... yo creo que, para presionarle a él, un enemigo ha intentado hacerme daño.

Menion asintió gravemente, pero una repentina premonición saltó en su mente alertada. A Palance no le correspondía el trono de Callahorn a menos que algo le sucediese a Balinor. ¿Por qué alguien iba a perder tiempo intentando presionar al hijo más joven, a menos que estuviese seguro de que Balinor no aparecería? Recordó que Shirl ignoraba que hubiese llegado el príncipe de Callahorn, un suceso que debía de haber tenido lugar dos días antes y del que todos los ciudadanos del país se habrían enterado.

-Shirl, ¿cuánto tiempo he estado dormido? -preguntó con miedo.

-Casi un día entero -respondió ella-. Estabas exhausto cuando te sacaron del Mermidon ayer por la mañana, y yo pensé que debías dormir. Nos avisaste...

-¡Veinticuatro horas perdidas! -exclamó Menion-. De no ser por la lluvia, la ciudad ya habría caído. Tenemos que actuar en seguida, pero... ¡Shirl, tengo que hablar con tu padre y con el Consejo! ¡Tengo que hablar con ellos! -la cogió con fuerza por los dos brazos impaciente ante su vacilación-. No te hagas preguntas ahora, haz sólo lo que yo te diga. ¿Dónde están las cámaras del Consejo? ¡Rápido, llévame a ellos!

Sin esperar a que la muchacha le precediese, Menion la tomó del brazo y la obligó a cruzar la puerta hasta el pasillo del otro lado. Juntos se precipitaron por la casa vacía y salieron por la puerta principal a un ancho prado con algunos árboles, corriendo para escapar de la persistente llovizna matutina. Los pasajes junto a los edificios estaban parcialmente protegidos contra la lluvia, y de esa forma evitaron mojarse por segunda vez. Mientras avanzaban hacia la sede del Consejo, Shirl preguntó a Menion cómo había llegado a aquella región, pero él respondió con evasivas, todavía remiso a hablar con nadie de Allanon y de la Espada de Shannara. Sentía que podía confiar en aquella muchacha, pero las advertencias de Allanon sobre que ninguno de los que habían viajado a Paranor debía revelar la historia de la Espada desaparecida, le impedía confiarse a ella. En sustitución de la verdad, le explicó que había ido a ayudar a Balinor a petición suya, al enterarse de la inminente invasión desde las Tierras del Norte. Ella aceptó su relato sin hacer preguntas, haciendo que se sintiera un poco culpable por mentirle. Sin embargo, Allanon nunca les había dicho toda la verdad, y tal vez sabía menos de lo que aparentaba.

Llegaron a la sede del Consejo. Sus antiguas cámaras estaban albergadas en un edificio alto de piedra rodeado por columnas exteriores y con ventanas en arco adornadas con celosías de metal. Los guardianes que estaban ante la puerta no les preguntaron nada y ellos entraron precipitadamente. Atravesaron largos corredores y subieron sinuosas escaleras mientras los muros devolvían el eco de sus pisadas sobre la piedra gastada del suelo. El Consejo se reunía en las cámaras situadas en el cuarto piso del gran edificio. Cuando al fin estuvieron ante sus puertas de madera, Shirl comentó a Menion que

informaría a su padre y a los demás miembros de su deseo de dirigirse a ellos. De mala gana, el hombre de las tierras altas accedió a esperar. Permaneció en silencio en la antecámara después de que ella entró, escuchando los murmullos apagados de las voces mientras los segundos transcurrían lentamente, y la lluvia continuaba golpeando con un ritmo suave y constante las ventanas que rodeaban la silenciosa habitación.

Abstrayéndose durante un momento en la paz y soledad del antiguo edificio, Menion recordó en visiones fugaces las caras de los amigos de la expedición dividida, preguntándose con tristeza qué les habría sucedido tras abandonar Paranor. Quizá nunca volverían a estar juntos como en aquellos terribles días de camino hacia la Fortaleza de los Druidas, pero nunca olvidaría su valor y su capacidad de sacrificio, ni el orgullo que sentía ahora al recordar los peligros que habían afrontado y superado. Incluso el remiso Flick demostró una valentía y decisión que Menion no esperaba en él.

¿Y qué habría sido de Shea, su mejor amigo? Sacudió la cabeza al pensar en su compañero desaparecido. Añoraba la peculiar mezcla de sentido práctico y anticuadas convicciones que se daba en su amigo. En cierto sentido Shea parecía no ver que las cosas cambiaban ni incluso cuando el sol se movía desde el este al oeste en el cielo. No parecía darse cuenta de que los países y las gentes crecían y se expandían otra vez, que las guerras del pasado se olvidaban lentamente. Shea creía que uno podía volver la espalda al pasado y construir un nuevo mundo con el futuro, sin entender que el futuro estaba intrincadamente enlazado con el pasado, formando un tapiz de acontecimientos e ideas entretejidos que nunca podrían separarse del todo. Por su carácter, el pequeño valense era parte del pasado; sus creencias, un recuerdo del ayer más que una promesa de futuro. *¡Qué extraño!, ¡qué increíblemente extraño parece todo!,* pensó de repente Menion, de pie en medio de la antecámara, inmóvil, con la mirada perdida entre los viejos muros de piedra. Shea y la Espada de Shannara; cosas de una época que se iba desvaneciendo; sin embargo, en aquel momento, eran la única esperanza. Eran la llave de la vida.

Las pesadas puertas de madera de la sala del Consejo se abrieron y los pensamientos del príncipe huyeron ante la suave voz de Shirl. Ella parecía pequeña y vulnerable, esperando bajo el enorme arco de la entrada. Su rostro hermoso delataba su ansiedad. No era extraño que Palance Buckhannah deseara a aquella mujer por esposa. Menion avanzó hacia ella, tomó su mano y juntos entraron en la cámara del Consejo. Él advirtió la austeridad de la enorme sala al adentrarse en la luz gris que parecía filtrarse en sutiles rayos a través de las ventanas enrejadas. La sala del Consejo era antigua y soberbia, una piedra angular de la ciudad isla. Veinte hombres estaban sentados alrededor de una gran mesa de madera barnizada. Sus caras mostraban expresiones semejantes mientras esperaban a que el príncipe de Leah hablase. Todos eran ancianos, quizá sabios y decididos. Sus ojos delataban un temor inconfesado que se disimulaba bajo una máscara de calma; temor por la ciudad y por su gente. Sabían lo que el ejército de la Tierra del Norte haría cuando la lluvia cesara y las aguas del Mermidon se retirasen bajo el calor del sol. Se detuvo ante ellos, con la joven aún a su lado, en un silencio expectante.

Eligió las palabras con cuidado, describiendo la enorme fuerza enemiga que se había reunido bajo el liderazgo del Señor de los Brujos. Relató en parte la historia de su largo viaje a Callahorn, hablando de Balinor y de los otros miembros de la expedición formada en Culhaven, que ahora estaba repartida por las cuatro tierras. No les habló de la Espada ni del misterioso origen de Shea, ni siquiera de Allanon. No había razón para que los ancianos del Consejo supiesen más, aparte del hecho de que la ciudad de Kern estaba en peligro de ser asaltada. Al terminar, dirigiéndoles una llamada para que salvasen a su pueblo mientras hubiera tiempo, para que evacuaran la ciudad de inmediato antes que fuesen cortadas todas las posibilidades de retirada, sintió un extraño sentimiento de

satisfacción. Había arriesgado más que su propia vida para avisar a aquella gente. Si no lo hubiese logrado, todos habrían perecido sin tener siquiera la posibilidad de huir para salvarse de una muerte segura. Era importante, realmente importante para Menion, príncipe de Leah, haber llevado a cabo su tarea de manera responsable.

Las preguntas de los miembros del Consejo se mezclaron con las exclamaciones de alarma cuando Menion terminó, unas indignadas, otras de miedo. Él respondió con rapidez, intentando conservar la calma mientras les aseguraba que el ejército de la Tierra del Norte era tan impresionante como lo había descrito y que la amenaza de ataque era segura. Por último, el furor y el asombro iniciales se transformaron en un debate razonado sobre las posibilidades. Unos cuantos ancianos creían que la ciudad debía ser defendida hasta que Palance Buckhannah llegase de Tyrsis con la Legión Fronteriza, pero la mayoría opinaban que cuando la lluvia cesara, como con seguridad ocurriría en pocos días, el ejército invasor llegaría con facilidad a las orillas del río y la ciudad se encontraría indefensa. Menion escuchó en silencio mientras el Consejo deliberaba sobre el asunto, sopesando en su cabeza las distintas propuestas de acción que se planteaban. Después, el hombre rubicundo que Shirl le había presentado como su padre, se dirigió hacia Menion llevándolo a un lado mientras el Consejo continuaba con su debate.

-¿Has visto a Balinor, joven? ¿Sabes dónde se encuentra?

-Debería haber llegado a Tyrsis hace días -respondió Menion con aire preocupado-. Se dirigía allí para movilizar a la Legión Fronteriza contra la invasión. Iba en compañía de dos primos de Eventine Elessedil.

El anciano frunció el ceño y movió la cabeza, revelando consternación en su rostro arrugado.

-Príncipe de Leah, tengo que decirte que la situación es más desesperada de lo que parece. El rey de Callahorn, Ruhl Buckhannah, enfermó gravemente hace varias semanas y su estado no parece mejorar. Balinor estaba ausente de la ciudad en ese momento, así que el hijo más joven del rey asumió las tareas de su padre. Aunque siempre tuvo una personalidad bastante desequilibrada, últimamente parece exageradamente excéntrico. Una de sus primeras actuaciones fue disolver la Legión Fronteriza, reduciéndola a una fracción.

-¡Disolverla! -exclamó Menion con incredulidad-. ¿Pero, por qué...?

-Le parecía innecesaria -continuó el otro rápidamente-, así que la reemplazó por una pequeña compañía formada por sus propios hombres. En realidad siempre se ha sentido ensombrecido por su hermano, y la Legión Fronteriza estaba bajo el mando directo de Balinor por orden del rey. Es probable que Palance pensara que seguiría leal al hijo mayor del rey, no a él, y su intención era ocupar el trono cuando el rey muriese. Lo ha demostrado ya con bastante claridad. Los jefes de la Legión Fronteriza y varios amigos de Balinor han sido detenidos y encarcelados; todo de una forma muy silenciosa para que el pueblo no se indignara ante esa acción arbitraria. Nuestro nuevo rey ha tomado como único confidente y consejero a un hombre llamado Stenmin, un místico malévolo y engañoso cuya única preocupación es su propio beneficio, no el bien del pueblo, ni siquiera el de Palance Buckhannah. No veo cómo podemos afrontar esta invasión si nuestro propio gobierno está tan dividido e indeciso. No estoy seguro de que podamos convencer al príncipe del peligro existente hasta que el enemigo esté ante nuestras puertas.

-Entonces Balinor no está seguro -dijo Menion con voz angustiada. Ha ido a Tyrsis sin saber que su padre estaba enfermo y que su hermano había asumido el poder. ¡Tenemos que avisarle en seguida!

Los miembros del Consejo se levantaron bruscamente gritando de forma acalorada, todavía discutiendo sobre lo que deberían hacer para salvar la ciudad de Kern. El padre de

Shirl se unió a ellos, pero hicieron falta varios minutos para que varios de los miembros más razonables del enloquecido Consejo consiguieran tranquilizar a los otros lo suficiente para permitir que la discusión continuara en un cierto orden. Menion escuchó durante un rato, después dejó que su atención se alejase hacia las altas ventanas en arco y hacia el cielo que estaba tras ellos. No estaba tan oscuro como antes, y la lluvia había empezado a disminuir un poco. Sin duda, terminaría al día siguiente y la fuerza enemiga acampada al otro lado del crecido Mermidon intentaría cruzarlo. El éxito final del asalto estaba asegurado, incluso aunque los escasos soldados destinados en Kern defendieran la isla. Sin un ejército grande y bien organizado, la gente sería aniquilada y Kern caería. Evocó su despedida de Allanon, preguntándose de repente que haría el hábil druida si estuviese allí. La situación no era prometedora. Tyrsis estaba gobernada por un usurpador irracional y ambicioso. Kern no tenía gobierno; los hombres de su Consejo estaban divididos e inseguros, dedicados a debatir una actuación que ya debería haber sido puesta en práctica. Menion sintió que su paciencia se agotaba. ¡Era una locura seguir disintiendo sobre las alternativas!

-¡Hombres del Consejo! ¡Oídme! -Su voz se alzó con furia, repercutiendo en los antiguos muros de piedra mientras los gritos de los ancianos de Kern disminuían hasta convertirse en un silencio susurrante-. ¡No sólo Callahorn, sino toda la Tierra del Sur, mi patria y la vuestra, se enfrenta a una destrucción segura si no actuamos ahora! Mañana por la noche Kern estará convertida en cenizas y todo su pueblo sometido. Nuestra única posibilidad de sobrevivir es escapar a Tyrsis; nuestra única esperanza de victoria sobre el poderoso ejército de la Tierra del Norte es la Legión Fronteriza, reorganizada bajo el mando de Balinor. Los ejércitos de los elfos estarán preparados para luchar con nosotros. Eventine los conducirá. Los enanos, enzarzados desde hace años en luchas contra los gnomos, han prometido ayudarnos. ¡Pero debemos resistir solos hasta que todos se unan contra la monstruosidad que amenaza nuestra existencia!

-Has hablado bien, príncipe de Leah -intervino rápidamente el padre de Shirl cuando el acalorado montañés hizo una pausa-. Pero danos una solución a nuestro problema inmediato para que nuestro pueblo pueda llegar a Tyrsis. El enemigo está acampado al otro lado del Mermidon, y nosotros prácticamente indefensos. Debemos evacuar a casi cuarenta mil personas de esta isla y llevarlas hasta Tyrsis, que está a bastantes kilómetros al sur. Sin duda, el enemigo ya habrá situado centinelas alrededor de nuestras costas para evitar cualquier intento de cruzar el Mermidon antes del asalto a Kern. ¿Cómo podemos superar tales obstáculos?

Una sonrisa fugaz cruzó los labios de Menion.

-Atacaremos -declaró llanamente.

Durante un momento se produjo un silencio de consternación mientras todos miraban con fijeza e incredulidad al rostro falsamente tranquilo. Las palabras de respuesta estaban ya esbozándose en los labios de los miembros del Consejo cuando él levantó una mano.

-Un ataque es exactamente lo que ellos no esperan -continuó-, en especial si se produce de noche. Un golpe rápido contra una posición de un flanco del campamento principal. Si se ejecuta de forma adecuada, les confundiría, haciéndoles creer que es el ataque de una gran fuerza. La oscuridad y la confusión ocultarán nuestra pequeñez. Es probable que el ataque rompa las líneas de centinelas que rodean la isla. Un pequeño destacamento puede hacer mucho ruido, encender varias fogatas e inmovilizarlos al menos durante una hora o quizá más. ¡Mientras esto suceda, se evacuará la ciudad!

Uno de los ancianos negó con la cabeza.

-Una hora no sería suficiente, aunque tu plan sea tan audaz como para coger desprevenidos a los de las Tierras del Norte. Incluso en el caso de que lográsemos transportar en barco hasta la orilla sur a las cuarenta mil personas, aún sería necesario ir caminando hasta Tyrsis, casi setenta y cinco kilómetros. Las mujeres y los niños necesitarían días para recorrer esa distancia en condiciones normales, y una vez que los enemigos descubrieran que Kern había sido abandonada, los seguirían hacia el sur. No podemos tener esperanzas de ser más rápidos que ellos. ¿Cómo íbamos a lograrlo?

-No tienen que correr más que ellos -declaró Menion de inmediato-. No van a llevar a esa gente por tierra; ¡los llevarán por el Mermidon! Pónganlos en pequeños botes, balsas, cualquier cosa que tengan o puedan construir en una noche y que flote. El Mermidon fluye hacia el sur adentrándose en Callahorn a quince kilómetros de Tyrsis. Desembarcarán en ese punto, y al amanecer todos pueden haber llegado a salvo a la ciudad, mucho antes que el pesado ejército del Norte pueda organizarse para seguirlos.

El Consejo se puso en pie, profiriendo gritos de aprobación, atrapados por el ardor y determinación del joven de las tierras altas. Si existía alguna forma de salvar al pueblo de Kern, incluso aunque la propia isla cayese en manos de las hordas enemigas, debía intentarse. El Consejo clausuró la sesión tras una breve discusión para movilizar a la gente útil de la ciudad. Entre ese momento y la puesta del sol, todos los ciudadanos que pudiesen prestar cualquier ayuda, colaborarían en la construcción de grandes balsas de madera capaces de transportar a cientos de personas. Ya había una gran cantidad de botes repartidos por toda la isla, que eran usados por ciudadanos particulares para cruzar el río hasta tierra firme. Además, tenían unos cuantos barcos grandes para el transporte colectivo que podían ponerse en servicio. Menion sugirió que el Consejo ordenara a todos los soldados armados de la ciudad que organizasen una patrulla de vigilancia alrededor de la costa, no permitiendo a nadie abandonar la isla. Los detalles del plan de huida serían ocultados a todos excepto a los miembros del Consejo, durante el mayor tiempo posible. La preocupación principal del montañés era que alguien pudiese delatarlos al enemigo, cortándoles el camino de escape antes de que pudiesen actuar. Alguien había capturado a Shirl en su propia casa, arrastrándola fuera de la bulliciosa ciudad y transportándola en barco hasta los trolls; un trabajo que no podía haber sido llevado a cabo por alguien que desconociera la isla. Quienquiera que fuese, seguía libre y oculto, quizás aún dentro de la ciudad. Si se enteraba de los detalles exactos del plan de evacuación, sin ninguna duda intentaría avisar a los habitantes de la Tierra del Norte. La discreción era absolutamente necesaria para que la peligrosa aventura tuviese éxito.

El resto del día pasó casi sin que Menion se diera cuenta. Olvidó por el momento a Shea y a sus compañeros de las semanas anteriores. Por primera vez desde que Shea lo fue a buscar a las tierras altas, el príncipe de Leah se enfrentaba a un problema que comprendía totalmente, que requería el talento y la habilidad que él poseía y sabía cómo usar. El enemigo ya no era el Portador de la Calavera o las criaturas del espectro que le servían. El enemigo era de carne y hueso; criaturas que vivían y morían de acuerdo a las mismas reglas que los demás humanos, y Menion podía apreciar y analizar su amenaza. El tiempo era el factor decisivo para engañar al ejército que esperaba, así que se entregó por completo a la empresa más importante de su vida: la salvación de toda una ciudad.

Junto con los miembros del Consejo, dirigió la construcción de gigantescas balsas de madera que serían utilizadas para transportar a la mayoría de los ciudadanos de Kern a través del aún crecido Mermidon hasta la seguridad de Tyrsis. El lugar de embarque debía ser un punto de la costa del suroeste, justo por debajo de la propia ciudad. Había una ensenada ancha pero escondida donde las balsas y los pequeños botes podían lanzarse al agua al amparo de la oscuridad. Y al otro lado del río, había una serie de pequeños riscos

que se extendían a lo largo del margen. Menion pensó que unos cuantos hombres podrían vadear el río cuando empezase el ataque sobre el campamento enemigo; una vez llegaran al otro lado, reducirían al pequeño puesto de guardia que estuviese vigilando allí. Cuando hubieran acabado con los centinelas, los botes y balsas serían lanzados al agua, deslizándose río abajo con la corriente, siguiendo el afluente sur del Mermidon hacia Tyrsis. No había ninguna seguridad de que los barcos no fueran detectados de inmediato, pero aquélla era la única salida. Menion creía que si el cielo seguía nublado, los comandos de vigilancia se retirarían río arriba para luchar contra el falso asalto al campamento principal, y si la gente de la ciudad guardaba silencio en las balsas, la evacuación podría lograrse.

Pero hacia media tarde la lluvia empezó a disminuir de forma notable y las nubes a disolverse, permitiendo que pequeñas franjas de color azul se filtrasen entre las masas grises. La tormenta llegaba a su fin, y parecía que el cielo nocturno estaría despejado de nubes y la tierra expuesta a la delatadora luz de la luna y de mil estrellas parpadeantes. Menion estaba sentado en una de las salas menores del edificio del Consejo cuando vio los primeros signos de la bonanza al apartar un momento su atención del enorme mapa extendido sobre la mesa ante él. A su lado estaban dos miembros de la disuelta Legión Fronteriza, Janus Senpre, un capitán de la Legión y el funcionario de mayor rango en la isla, y un canoso veterano llamado Fandrez. El último conocía mejor que nadie la región que rodeaba Kern y había sido llamado para aconsejar a la cuadrilla de ataque en su asalto contra el gigantesco ejército de la Tierra del Norte. Senpre, su superior, era muy joven para su rango, pero también era un soldado inteligente y decidido con una docena de años de servicio. Era un seguidor fiel de Balinor y, como Menion, estaba bastante preocupado de que no hubiese noticias de la llegada del príncipe a Tyrsis. Poco antes, esa misma tarde, había elegido a doscientos soldados experimentados de la disuelta Legión Fronteriza para organizar la fuerza ofensiva que sería dirigida contra el campamento enemigo.

Menion ofreció su ayuda que fue aceptada con agrado. El hombre de las tierras altas aún tenía los pies heridos y magullados por su ardua escapada tras el rescate de Shirl Ravenlock, pero se negó a quedarse con el grupo de evacuación cuando la maniobra del ataque había sido idea suya. Flick habría descrito su insistencia como una absurda mezcla de tozudez y orgullo, pero Menion Leah no podía quedarse en la relativa seguridad de la isla mientras se estaba librando una batalla al otro lado del río. Había tardado años en encontrar algo por lo que valiese la pena luchar, algo más que su satisfacción personal y la irresistible atracción de la aventura. No estaba dispuesto a ser un espectador pasivo mientras que la mayor amenaza de siglos diezmaba las razas humanas.

-En este punto, junto a la barrera de Spinn, es donde desembarcaremos. -La voz áspera y lenta de Frandez interrumpió sus pensamientos, volviendo a atraer su atención al mapa cuidadosamente detallado. Janus Senpre asintió con la cabeza, mirando a Menion para asegurarse de que éste se enteraba también. El príncipe de Leah asintió.

-Habrá centinelas apostados por toda la pradera que está encima de la barrera -dijo-. Si no nos encargamos de ellos en los primeros momentos, podrían impedir cualquier retirada.

-Tu trabajo consistirá en alejarlos de allí, en mantener el camino abierto -indicó el comandante de la Legión. Menion abrió la boca para exponer sus objeciones, pero fue cortado antes de que empezara-. Aprecio tu deseo de venir con nosotros, Menion, pero tenemos que movernos más deprisa que el enemigo, y tus pies aún no están en condiciones para correr durante un tiempo prolongado. Lo sabes tan bien como yo. Así que te encargarás de la patrulla costera. Mantén abierto el camino para los botes, y nos prestarás un servicio mayor que viniendo con nosotros.

Menion asintió en silencio, aunque se sentía decepcionado. Hubiera querido estar en el frente de ataque. En el fondo de su mente, aún mantenía la esperanza de encontrar a Shea como prisionero en el campamento enemigo. Sus pensamientos se desplazaron hacia Allanon y Flick. Quizás ellos habrían encontrado al desaparecido valense tal como el druida había prometido. Movió la cabeza. Shea, Shea, ¿por qué había tenido que sucederle eso a alguien como él, a alguien que sólo deseaba que lo dejaran tranquilo? Era absurda la vida que los hombres se veían obligados a aceptar, ya fuese con furia resignada o con indiferencia. No podía existir ninguna solución definitiva excepto, quizás, en la muerte.

La reunión terminó poco después, y Menion Leah, desanimado y triste, salió sin rumbo fijo de la sala del Consejo, aún perdido en sus pensamientos. Casi sin darse cuenta, descendió la escalera de piedra del gran edificio hacia la calle y, desde allí, volvió a recorrer el camino hacia la casa de Shirl, manteniéndose cerca de los paseos cubiertos y de los muros de los edificios. ¿Adónde conducía todo aquello? La amenaza del Señor de los Brujos se presentaba ante él como un muro inmenso e imposible de escalar. ¿Cómo podían tener la esperanza de vencer a una criatura que no tenía alma, una criatura que vivía de acuerdo a unas leyes que nada tenían que ver con el mundo en el que ellos habían nacido? ¿Por qué un simple joven de una escondida aldea iba a ser el único hombre capaz de destruir ese poder incomprensible? Menion necesitaba con desesperación entender lo que les estaba ocurriendo a él y a sus amigos ausentes; aunque sólo fuese un poco, aunque sólo fuese una pieza pequeña de las mil que componían el rompecabezas del Señor de los Brujos y la Espada de Shannara.

De repente se encontró ante la casa de los Ravenlock. Sus puertas estaban cerradas, sus picaportes metálicos fríos y cubiertos de escarcha entre la neblina gris suspendida en jirones. Se apartó inmediatamente de la entrada, no deseaba entrar ni estar con gente por el momento, prefería la soledad del pórtico vacío. Caminó con calma por el sendero de piedra hacia un pequeño jardín lateral de la casa, las hojas y flores goteaban el agua de la lluvia, los campos del otro lado estaban húmedos y verdes. Permaneció de pie en silencio, lleno de pensamientos confusos y nostálgicos como el lugar en el que se había detenido, dejándose vencer por un instante por la desesperación de lo que había perdido. Nunca antes se había sentido tan solo, ni siquiera en los paisajes desiertos y oscuros de las tierras altas de Leah cuando salía a cazar lejos de su hogar y sus amigos. Algo en su interior le insinuaba con aterradora insistencia que nunca volvería a ser lo que había sido, que nunca volvería a ver a sus amigos, a su casa, a su antigua vida. En algún momento durante los días anteriores había perdido todo aquello. Sacudió la cabeza, las lágrimas se acumularon en el borde de los párpados mientras la humedad le envolvía y el frío de la lluvia se deslizaba hasta su pecho.

Unas rápidas pisadas sonaron sobre la piedra tras de él y una figura delgada y pequeña se detuvo a su lado en silencio. Unos mechones de pelo rojizo ensombrecieron sus grandes ojos que lo miraron un momento y después se fijaron en el jardín. Los dos permanecieron callados durante un largo rato, ajenos al resto del mundo. En el cielo, unas nubes densas se aglomeraban, tapando los últimos vestigios azules a medida que la oscuridad del crepúsculo se hacía más intensa. La lluvia caía de nuevo en cortinas continuas sobre la asediada Callahorn, y Menion advirtió con abstraído alivio que la noche sería negra y sin luna en la isla de Kern.

La medianoche ya había pasado y el agua seguía cayendo en fina llovizna. El cielo nocturno se mostraba negro y amenazador, cuando Menion, exhausto, tropezó y cayó dentro de una pequeña balsa burdamente construida y amarrada en la apacible ensenada de la costa suroeste de la isla. Dos delgados brazos se extendieron para cogerlo, mientras él

observaba fijamente los ojos de Shirl Ravenlock. Ella le había esperado como dijo que lo haría, a pesar de que le rogó que se marchase con los demás al comenzar la evacuación. Cortado y magullado, con las ropas raídas, la piel mojada por la lluvia y por su propia sangre, se dejó envolver por ella en una capa increíblemente seca y caliente, apoyándose en su hombro mientras se agazapaban en las sombras y esperaban.

Algunos habían vuelto con Menion, y unos cuantos más se embarcaban ahora, todos agotados por la batalla, pero enormemente orgullosos por el valor y la entrega que habían demostrado esa noche en las llanuras del norte de Kern. El príncipe de Leah nunca había visto tal valentía en circunstancias tan adversas. Aquellos pocos hombres de la famosa Legión Fronteriza desorganizaron tan profundamente el campamento enemigo que incluso ahora, cuatro horas después del ataque inicial, la confusión continuaba. El número de enemigos era increíble, miles y miles reunidos, lanzándose sobre cualquiera que estuviese a su alcance, hiriendo y matando incluso a sus propios compañeros, guiados por algo más que el odio y el miedo mortal. Guiados por el poder sobrenatural del Señor de los Brujos, su increíble furia los empujaba a la batalla como seres enloquecidos sin otro propósito que destruir. Sin embargo, los hombres de la Legión los mantuvieron a raya, retirándose repetidas veces sólo para volver a contraatacar. Muchos habían muerto. Menion no sabía cómo había logrado conservar su frágil vida y le parecía casi un milagro.

Soltaron las cuerdas de amarre, y sintió que la balsa empezaba a alejarse de la orilla, arrastrada por la corriente hacia el centro del Mermidon. Momentos más tarde estaban en el canal principal, moviéndose sin ruido río abajo hacia la ciudad amurallada de Tyrsis, adonde la población de Kern había huido varias horas antes en una evacuación colectiva perfectamente ejecutada. Cuarenta mil personas, apiñadas en gigantescas balsas, pequeños botes e incluso en lanchas de dos plazas, se escabulleron sin ser advertidas de la ciudad sitiada mientras los puestos de centinelas enemigos que vigilaban la orilla oeste del Mermidon se retiraban de forma precipitada hacia el campamento principal, donde parecía que se estaba produciendo un ataque a gran escala, iniciado por parte de los ejércitos de Callahorn. El azote de la lluvia, la corriente del río y los gritos del campamento distante enmascararon los ruidos de la gente que se precipitaba a las balsas y botes, amontonándose en un esfuerzo desordenado por escapar hacia la libertad. La oscuridad del cielo nublado la cubrió, y el valor generalizado la alentó. Por el momento, al menos, había eludido al Señor de los Brujos.

Menion se adormeció durante un rato, sin sentir nada más que el suave bamboleo de la balsa mientras el río la llevaba hacia el sur. Sueños extraños destellaban a través de su cansada mente mientras el tiempo transcurría en largos momentos de silencio. Llegaban voces hasta él, infiltrándose en su subconsciente, obligándole a despertarse. Sus ojos estaban irritados por un intenso fulgor rojizo que llenaba el aire húmedo a su alrededor. Al abrirlos, se apartó de los brazos de Shirl y captó la tristeza en su rostro ante un resplandor rojizo que se extendía en la parte norte del cielo haciendo pensar en la luminosidad del amanecer. Shirl susurraba en su oído palabras de desaliento y pesar.

-Han quemado la ciudad, Menion. ¡Han quemado mi patria!

Menion bajó los ojos y apretó con fuerza el delgado brazo de la joven. Aunque sus habitantes habían logrado escapar, la ciudad de Kern estaba acabando sus días y se reducía a cenizas con una sobrecogedora grandeza.

XXV

Las horas se deslizaban silenciosamente en la negrura sepulcral de la pequeña celda. Incluso después de que los ojos de los cautivos se acostumbraron a la oscuridad impenetrable, continuaba la sensación de aislamiento que embotaba sus sentidos y aniquilaba su capacidad para apreciar el paso del tiempo. Fuera de la oscuridad vacía de la habitación y de sus apagadas respiraciones, los tres cautivos no podían oír nada salvo las carreras ocasionales de un pequeño roedor y el continuo goteo del agua helada sobre la piedra erosionada. Pasado un tiempo, sus oídos empezaron a engañarlos, haciéndoles oír ruidos donde sólo había silencio. Sus propios movimientos carecían de sentido, porque podían esperarlos, identificarlos y despreciarlos como algo insignificante y sin ninguna utilidad. Había transcurrido un tiempo interminable, y aún no habían recibido ninguna visita.

En algún lugar, en los mismos luz y aire que los cubría, entre los sonidos de la gente y la ciudad, Palance Buckhannah estaba decidiendo su destino e indirectamente el de toda la Tierra del Sur. El tiempo se acababa para el país de Callahorn; el Señor de los Brujos se encontraba más cerca cada hora que pasaba. Pero allí, en la negrura silenciosa de la pequeña prisión, en un mundo alejado del latir del mundo humano, el tiempo no significaba nada y mañana sería lo mismo que hoy. Al final, alguien daría con su paradero, pero, ¿emergerían de nuevo a la placentera luz del sol o serían transferidos directamente de la oscuridad de este lugar a la de otro? ¿Se encontrarían sólo con las terribles tinieblas del Rey de la Calavera, que habría extendido su poder no sólo a Callahorn sino también a los lejanos confines de todas las regiones de la Tierra del Sur?

Balinor y los hermanos elfos lograron aflojar sus ligaduras después de que sus captores se retiraron. Las cuerdas que los envolvían no estaban atadas para evitar la posibilidad de huida una vez encerrados en el calabozo, y los tres tardaron poco tiempo en deshacer los nudos. Acurrucados en la oscuridad, con las cuerdas y redes a un lado, debatieron sobre su futuro. El olor a rancio y a podrido del antiguo sótano era sofocante, y el aire, helado y penetrante a pesar de las gruesas capas que los cubrían. El suelo era de tierra, las paredes de piedra y hierro, la habitación, desnuda y vacía.

Balinor había recorrido los sótanos que se encontraban bajo el palacio, pero no reconoció la celda en la que estaban encerrados. El sótano se usaba principalmente como almacén, y aunque había una serie de habitaciones de gruesos muros donde se guardaba el vino en barriles para que envejeciera, ésta no era una de ellas. Después, con una certeza que le produjo escalofríos, comprendió que los habían encerrado en la antigua mazmorra construida bajo el sótano hacía siglos, y que después fue clausurada y olvidada. Palance debía de haber descubierto su existencia y rehabilitado las celdas para su propio uso. Seguramente habría encerrado a los amigos de Balinor en algún lugar de aquel laberinto cuando se dirigieron al palacio para exponer sus objeciones contra la disolución de la Legión Fronteriza. La prisión estaba bien escondida, y Balinor dudaba de que alguien pudiese encontrarlos alguna vez.

La conversación acabó pronto. No había mucho que decir. Balinor había dejado sus instrucciones al capitán Sheelon. En caso de que no volviesen, el veterano debía buscar a Ginnisson y a Fandwick, dos de los jefes más próximos a Balinor, y ordenarles que reorganizasen la Legión Fronteriza para defenderse del ataque del Señor de los Brujos y su ejército invasor. Sheelon también tenía instrucciones de avisar a las naciones de enanos y de elfos, advirtiéndoles de la situación y pidiéndoles su ayuda inmediata. Eventine no

permitiría por mucho tiempo que sus primos estuvieran prisioneros en Callahorn, y Allanon llegaría en cuanto se enterase del infortunio. Hacía mucho que debían haber transcurrido las cuatro horas, de modo que sólo era cuestión de esperar, pero el tiempo era valioso, y con Palance decidido a apoderarse del trono de Callahorn, sus vidas estaban en grave peligro. Balinor empezó a arrepentirse de no haber escuchado el consejo de Durin y evitado visitar a su hermano hasta estar seguro de las consecuencias.

Nunca imaginó que el resultado sería tan desastroso. Palance se había comportado como un loco, con un odio tan intenso que no le permitió escuchar lo que Balinor tenía que decirle. Sin embargo, no había demasiado misterio en ese comportamiento irracional. Algo más que las diferencias personales entre los dos hermanos había impulsado la salvaje acción del joven. Era algo más que la enfermedad de su padre, una enfermedad de la que Palance en cierto modo responsabilizaba a su hermano. Y ese algo estaba relacionado con Shirl Ravenlock, la atractiva mujer de la que Palance se había enamorado meses antes y con la que había decidido casarse a pesar del rechazo de ella hacia ese matrimonio; relacionado con lo que le había sucedido a la joven de Kern, y de lo que Balinor fue acusado. Palance haría cualquier cosa para recuperarla, si efectivamente había desaparecido, según indicaron sus palabras un momento antes de enviarlos a aquella mazmorra.

El fronterizo explicó la situación a los hermanos elfos. Intuía que Palance llegaría pronto hasta ellos para recabar información sobre la muchacha. Pero no les creería si decían la verdad, si decían que no sabían nada...

Pasaron más de veinticuatro horas, y aún no había llegado nadie. No tenían nada que comer. Incluso después de que sus ojos se fueron acostumbrando a las tinieblas, no pudieron ver nada excepto sus propias figuras en sombras y los muros que los rodeaban. Hicieron turnos para dormir, intentando conservar fuerzas para cualquier cosa que les aguardara, pero aquel silencio les impedía conciliar un verdadero sueño, y se resignaron a dormitar ligeramente para que descansaran sus cuerpos y sus ánimos. Al principio intentaron encontrar un punto frágil en las bisagras de la pesada puerta de hierro, pero no tenía. Sin herramientas de ningún tipo les era imposible cavar un agujero profundo en el durísimo y helado suelo de tierra. Los muros de piedra eran antiguos, pero firmes y sólidos, sin ningún signo de deterioro. Abandonaron sus intentos de escapar y volvieron a sentarse en silencio.

Tras varias horas interminables en la gélida oscuridad, oyeron un distante sonido metálico al abrirse una vieja puerta de hierro en algún lugar de arriba. Escucharon voces débiles y apagadas y las pisadas sobre la piedra de alguien que descendía las gastadas escaleras hacia el calabozo donde estaban encerrados. Los tres se incorporaron con rapidez y se apretaron contra la puerta de la celda, escuchando expectantes las pisadas y las voces que se aproximaban. Balinor pudo distinguir la voz de su hermano de las otras, extrañamente vacilante y quebrada. Los pesados cerrojos de la puerta se descorrieron, hiriendo con su agudo chirrido de metal los oídos de los cautivos, que ya se habían acostumbrado al silencio mortal de su prisión. Se retiraron de la enorme puerta cuando ésta giró hacia dentro. La luz deslumbrante de las antorchas inundó de repente la oscura habitación, obligando a los prisioneros a proteger sus ojos. Mientras se adaptaban lentamente a la nueva luz, varias figuras entraron en la habitación y se detuvieron tras cruzar el umbral.

El hijo más joven del enfermo rey de Callahorn se paró delante de las cuatro figuras que le acompañaban. Su ancha cara estaba relajada y sus labios fruncidos. Sólo los ojos delataban el odio que quemaba su interior al recorrer loca, casi desesperadamente, a los cautivos uno por uno, con las manos entrelazadas con crispación a la espalda. Era evidente

su parentesco con Balinor. Ambos tenían el mismo rostro enérgico, la misma boca ancha y nariz prominente, y el mismo cuerpo grande y robusto. Junto a él se encontraba un hombre que incluso los hermanos elfos reconocieron al instante, aunque nunca antes lo habían visto. Era el místico Stenmin, una figura enjuta y encorvada, de facciones secas y afiladas, vestido con ropas rojas llenas de adornos. Sus ojos eran extrañamente sombríos, y reflejaban la inconfundible maldad del hombre que se había ganado la total confianza del rey autoproclamado. Sus manos se movían con nerviosismo, alzándose casi mecánicamente de vez en cuando para acariciarse la pequeña barba puntiaguda que cubría parte de su anguloso rostro. Detrás de él estaban firmes dos guardianes, vestidos de negro y llevando la insignia del halcón. Tras éstos, sin cruzar la puerta, había dos más. Los cuatro portaban lanzas impresionantes. Durante un momento nadie habló, ni se movió, mientras ambos grupos se escrutaban entre sí a la luz de las antorchas. Tras esto, Palance hizo un rápido movimiento hacia la puerta abierta.

-Hablaré a solas con mi hermano. Llevaros a esos dos afuera.

Los guardianes obedecieron en silencio, conduciendo a los elfos fuera de la habitación. El alto príncipe esperó hasta que se fueron, después se volvió con gesto interrogativo hacia la figura vestida de rojo que estaba a su lado.

-Creí que tal vez me necesitarías... -El rostro delgado y calculador miró con fijeza al impasible Balinor.

-Déjanos, Stenmin. Hablaré con mi hermano a solas.

Su tono de voz rozaba la ira, y el místico asintió dócilmente, saliendo de inmediato de la celda. La pesada puerta se cerró con un ominoso retumbo, dejando a los dos hermanos en el silencio quebrantado sólo por el siseo de la llama de la antorcha que consumía la madera transformándola en un resplandor chispeante. Balinor no se movió, permaneció de pie esperando, examinando el rostro de su hermano, intentando llegar hasta los antiguos sentimientos de amor y amistad que habían compartido de niños. Pero habían desaparecido o se encontraban cuidadosamente enterrados en un oscuro rincón del corazón, y en su lugar vio una furia extraña e impaciente que parecía provocada tanto por lo desagradable de la situación como por aversión hacia su hermano prisionero. Un instante después, la furia y el desprecio habían desaparecido, reemplazados por una serena indiferencia que a Balinor le pareció incomprensible y falsa, como si Palance estuviese interpretando un papel sin ningún conocimiento real del personaje.

-¿Por qué has vuelto, Balinor? -Las palabras surgieron de forma lenta y triste-. ¿Por qué lo has hecho? -El alto fronterizo no respondió, incapaz de comprender aquel repentino cambio de actitud. Antes, su hermano se mostraba dispuesto a hacerlo pedazos para averiguar el paradero de la bella Shirl Ravenlock; sin embargo, ahora parecía haber olvidado del todo el asunto-. No importa, no importa, supongo. -La respuesta se produjo antes que Balinor se hubiese recobrado de su perplejidad por el repentino cambio-. Podrías no haber vuelto después de... después de todo lo... después de tu traición. Esperaba que no lo hicieras, pero estábamos tan unidos de niños y tú, a pesar de todo, eres mi único hermano. Yo seré el rey de Callahorn... Yo debería haber sido el primogénito...

Su voz se desvaneció en un susurro, abstraído de repente por algún pensamiento inconfesado. Balinor pensó, desesperado, que se había vuelto loco y quizá fuese imposible comunicarse con él.

-Palance, escúchame, sólo escúchame. No te he hecho nada, a ti, ni tampoco a Shirl. He estado en Paranor desde que me marché hace semanas, y sólo he vuelto para advertir a nuestro pueblo que el Rey de la Calavera ha reunido un ejército de proporciones pavorosas

que barrerá toda la Tierra del Sur sin el menor esfuerzo, a menos que lo detengamos aquí. Por toda esa gente, por favor, escúchame...

La voz de su hermano taladró el aire con su agudo tono imperativo:

-¡No escucharé una palabra más de esa absurda historia sobre una invasión! Mis exploradores han recorrido las fronteras del país y no han encontrado ejércitos enemigos en ninguna parte. Además, ningún enemigo se atrevería a atacar Callahorn, a atacarme a mí... Nuestro pueblo está a salvo. ¿Qué me importa el resto de la Tierra del Sur? Siempre han dejado que nosotros lucháramos solos, que protegiéramos estas tierras fronterizas sin ayuda. ¡No les debo nada! -Dio un paso hacia Balinor y le apuntó con el dedo de forma amenazadora, con el extraño odio de nuevo avivado y el rostro salvajemente contraído-. Te volviste contra mí, hermano, cuando supiste que yo debía ser el rey. Intentaste envenenarme como lo intentaste con nuestro padre; querías que yo me quedase tan enfermo e inútil como él está ahora... y que muriera solo, olvidado. Pensaste que habías encontrado un aliado que ganara el trono para ti, cuando te marchaste con ese traidor, Allanon. ¡Cómo odio a ese hombre! ¡No, no es un hombre, es un ser maligno! ¡Debe ser destruido! Pero tú te quedarás en esta celda, solo y olvidado, Balinor, hasta que mueras... ¡El destino que planeaste para mí! -Se volvió de repente, terminando su diatriba con una aguda carcajada mientras se dirigía hacia la puerta. Balinor pensó que iba a abrirla, cuando el robusto joven se detuvo y se volvió para mirarlo con ojos tristes-. Podrías no haber vuelto a esta tierra y seguir a salvo -murmuró, como confundido por las circunstancias-. Stenmin decía que volverías, incluso cuando yo le aseguraba que no era posible. Acertó. Siempre acierta. ¿Por qué has vuelto?

Balinor pensó con rapidez. Tenía que conseguir mantener la atención de su hermano el tiempo suficiente para averiguar qué le había ocurrido a su padre y a sus amigos. -Yo... descubrí que me había equivocado; que había cometido un error -respondió pausadamente-. Volví a casa para ver a nuestro padre y a ti, Palance.

-Padre. -El sonido de la palabra le pareció extraño mientras el príncipe daba un paso para acercarse-. No podemos ayudarle. Yace como si ya estuviera muerto en esa habitación del ala sur. Stenmin cuida de él, como yo. Pero no puede hacerse nada. No parece querer vivir...

-¿Pero qué es lo que le ocurre? -preguntó Balinor con impaciencia, acercándose al otro con gesto amenazante.

-Manténte alejado, Balinor. -Palance retrocedió en el acto, sacando una daga y aguantándola ante él para protegerse. Balinor dudó un momento. Le sería fácil apoderarse de la daga, y escapar llevando a Palance como rehén. Sin embargo algo le previno, algo en su interior le desaconsejó aquel movimiento; y se detuvo, levantando sus manos y retirándose hacia la pared del fondo.

-Recuerda que eres mi prisionero. -Palance volvió a hablar satisfecho con voz fluctuante-. Envenenaste a mi padre e intentaste envenenarme a mí. Podría haberte ejecutado. Stenmin me aconsejó que lo hiciera inmediatamente, pero yo no soy cobarde como él. Yo también era comandante de la Legión Fronteriza, antes... Pero ahora se han ido. Han sido enviados a sus casas. Mi reinado será de paz. No lo entiendes, ¿verdad, Balinor?

El guerrero negó con la cabeza, intentando con los medios a su alcance mantener la atención de su hermano unos minutos más. Aparentemente, Palance se había vuelto loco, ya fuese por una tara congénita latente o por la tensión de lo ocurrido desde que Balinor se marchó de Tyrsis con Allanon; era imposible saberlo. En cualquier caso, ya no era el hermano con el que Balinor creció ni al que amó como no había amado a nadie más. Era

un extraño que vivía en el cuerpo de su hermano, un extraño obsesionado con la necesidad de ser el rey de Callahorn. Stenmin estaba detrás de eso; Balinor lo sabía. El místico de algún modo había retorcido la mente de su hermano, inclinándolo hacia su propio provecho, llenándolo de promesas sobre su destino como rey. Stenmin había permanecido allí, aconsejándole y advirtiéndole como un amigo leal, envenenando su mente contra su hermano. Pero antes Palance había sido un hombre independiente y de fuerte voluntad, un hombre cuerdo y sano, a quien no se podía corromper fácilmente. Sin embargo, había cambiado. Hendel se equivocó respecto a Palance, pero también él se había equivocado. Ninguno de los dos podía anticipar esto, y ahora era demasiado tarde.

-Shirl, ¿qué ha sido de Shirl? -preguntó el alto fronterizo.

De nuevo la ira desapareció de los penetrantes ojos y una débil sonrisa se esbozó en los labios, relajando por un instante su angustiado rostro.

-Es tan hermosa... tan hermosa. -Suspiró nostálgico, dejando caer la daga al suelo de la celda al abrir sus manos para enfatizar su emoción-. Me la quitaste, Balinor; intentaste alejarla de mí. Pero ahora está a salvo. Fue salvada por un hombre de la Tierra del Sur, un príncipe, como yo. No, yo ahora soy el rey de Tyrsis, y él es sólo un príncipe. Un príncipe de un pequeño reino del que nunca oí hablar. Él y yo podremos ser buenos amigos, Balinor, al igual que tú y yo lo fuimos. Pero Stenmin... dice que no debo confiar en nadie. También tuve que encerrar a Messaline y a Acton. Vinieron a verme cuando la Legión Fronteriza fue enviada a casa, intentando persuadirme... Bueno, supongo, para que abandonase mis planes de paz. No entendieron...

De repente se interrumpió, bajando su mirada a la daga caída y hasta entonces olvidada. La recogió con un vivo movimiento colocándola otra vez en su vaina, dedicando una sonrisa pícara a su hermano, como un niño listo que ha eludido una regañina. Ya no quedaba ninguna duda en la mente de Balinor de que su hermano era totalmente incapaz de tomar decisiones racionales. De pronto le sorprendió su anterior presentimiento de que aunque podría haberle quitado la daga y hacerlo prisionero, habría sido un grave error llevarlo a cabo. Ahora sabía por qué tuvo aquella sensación instintiva de alerta. Stenmin conocía el estado de Palance y los había dejado solos en la celda deliberadamente. Si Balinor hubiese intentado desarmar a Palance y escapar llevándolo como rehén, el malvado místico habría tenido el pretexto para cumplir su objetivo eliminando a los dos hermanos de un solo golpe. ¿Quién cuestionaría sus palabras cuando dijese que Palance había muerto por accidente cuando su hermano lo usaba de pantalla para escapar de la prisión? Con los dos hermanos muertos y el padre incapaz de gobernar, al místico le sería posible aumentar su control sobre el gobierno de Callahorn. Después, él solo decidiría el destino de la Tierra del Sur.

-Palance, escúchame, te lo suplico -le rogó Balinor en voz baja-. Antes estábamos muy unidos. Éramos algo más que hermanos con la misma sangre. Éramos amigos, compañeros. Confiábamos el uno en el otro, nos queríamos, y siempre resolvíamos nuestros problemas sin tener que recurrir a nadie más. No puedes haber olvidado todo eso. ¡Escúchame! Incluso un rey debe intentar entender a su pueblo; aunque no estén de acuerdo en la forma en que deben manejarse las cosas. Comprendes eso, ¿verdad? -Palance asintió con la cabeza. Sus ojos parecían vacíos e indiferentes mientras intentaba apartar la niebla que enturbiaba su proceso de razonamiento. Hubo un destello de comprensión, y Balinor decidió llegar hasta el recuerdo que yacía encerrado en algún lugar en su interior-. Stenmin te está utilizando; es un hombre malvado. -Su hermano se sobresaltó de súbito, dando un paso hacia atrás como para evitar oírlo-. Tienes que entenderlo, Palance. Yo no soy tu enemigo, como tampoco lo soy de este país. Yo no envenené a nuestro padre. No le hice ningún daño a Shirl. Lo único que quiero es ayudar.

Su súplica fue cortada al abrirse, con un agudo chirrido, la pesada puerta de la celda; y las facciones angulares del taimado Stenmin aparecieron. Haciendo una reverencia condescendiente, entró en la celda, con sus ojos crueles fijos en Balinor.

-Me pareció que me llamabas, mi rey -sonrió-. Hace tanto tiempo que estás aquí solo... Pensé que podría haberte ocurrido algo...

Palance lo miró durante un momento como si no lo entendiera, después negó con la cabeza y se volvió para marcharse. En ese instante, Balinor pensó en saltar sobre el místico y aplastarlo antes de que los guardias de afuera pudieran actuar. Pero dudó durante un breve momento, inseguro de que aquello pudiera salvarle o ayudar a su hermano, y perdió la oportunidad. Los guardianes volvieron a entrar en la celda, conduciendo a los hermanos elfos, que miraron confusos a su alrededor y después se acercaron a su camarada que estaba al fondo de la pequeña habitación. En aquel momento Balinor recordó algo que Palance había dicho al hablar de Shirl. Mencionó a un príncipe de un diminuto reino de la Tierra del Sur; un príncipe que había rescatado a la joven. ¡Menion Leah! ¿Pero cómo podía encontrarse en Callahorn...?

Los guardianes se volvieron para salir y con ellos el silencioso Palance y su malvado consejero, conduciendo con su brazo vestido de rojo al trastornado príncipe. Entonces, la delgada figura se volvió a mirar una vez más a los tres cautivos, una tenue sonrisa se esbozó en sus finos labios, mientras su cabeza se inclinaba en una reverencia.

-Por si mi rey olvidó mencionarlo, Balinor... -Las palabras contenían un odio real y calculado-. Los guardianes de la Muralla Exterior te vieron hablando con un tal capitán Sheelon, que pertenecía antes a la Legión Fronteriza. Estaba intentando hablar con otros de tu... situación, cuando fue detenido y apresado. No creo que tenga más oportunidad de causarnos problemas. El asunto ya está solucionado, y con el tiempo hasta tú mismo lo olvidarás.

El corazón de Balinor se encogió con esta última noticia. Si Sheelon había sido detenido y encerrado antes de contactar con Ginnisson y Fandwick, no habría nadie capaz de reorganizar la Legión Fronteriza ni de unir al pueblo en su nombre. Sus compañeros ausentes no se enterarían de su encarcelamiento hasta que llegasen a Tyrsis, y aunque sospecharan lo ocurrido, ¿qué esperanza había de que alguna vez averiguasen lo que había sido de él? Este nivel inferior del palacio era desconocido casi por todos, y su entrada estaba oculta. Los tres abatidos cautivos miraron en amargo silencio como los guardianes entraban una bandeja con pan y agua, retirándose hacia el pasillo, llevándose con ellos todas las antorchas encendidas menos una. Stenmin, sonriendo tétricamente, aguantó esta última mientras esperaba que Palance siguiera a los fornidos guardianes. Pero Palance se detuvo vacilante, incapaz de apartar su mirada del rostro orgulloso y resignado de su hermano; la débil luz de la antorcha iluminó las anchas facciones con reflejos rojizos y la cicatriz larga y profunda apareció oscura y cruel en aquella luz. Los hermanos se miraron frente a frente durante un largo rato, y entonces Palance comenzó a acercarse otra vez a Balinor con pasos lentos y mesurados, desprendiéndose de la mano de Stenmin que intentaba retenerlo. Se detuvo a pocos centímetros de su hermano, con la mirada aturdida y penetrante fija en su semblante de piedra, como intentando absorber la determinación que reflejaba. Una mano insegura se alzó por sí sola, deteniéndose un instante, apoyándose en el hombro de Balinor, y apretándolo con sus dedos.

-Quiero... saber. -Las palabras fueron un susurro en la oscuridad-. Quiero entender... Debes ayudarme...

Balinor asintió con un gesto, llevando su mano hacia la de su hermano y estrechándola con cariño. Durante un momento permanecieron unidos, como si la amistad y el amor de la infancia nunca se hubieran desvanecido. Entonces Palance se volvió y salió

bruscamente de la celda, seguido por el consternado Stenmin. La pesada puerta se cerró con el chirrido de los cerrojos de hierro y los tres amigos quedaron en la oscuridad impenetrable. Las pisadas se alejaron hasta convertirse en silencio. La espera comenzó otra vez, y cualquier posibilidad de rescate parecía perdida irremediablemente.

Una figura surgió de entre las sombras nocturnas de los árboles del parque desierto debajo del alto puente de Sendic y corrió sin ruido hacia el palacio de los Buckhannah. Con saltos rápidos y seguros, la robusta y decidida figura pasó sobre los setos y arbustos, zigzagueando entre los imponentes olmos. Sus ojos atentos estaban fijos en el muro que rodeaba los jardines reales, buscando cautelosamente algún indicio de vigilancia nocturna. Cerca de las puertas de hierro forjado situadas sobre el parque, donde el puente comunicaba con el jardín superior, varios guardianes custodiaban la entrada, con la insignia del halcón visible a la luz de las antorchas. La figura oscura subió la suave cuesta hacia los muros cubiertos de musgo y hiedra. Al llegar al jardín superior, se fundió con las sombras de la piedra.

Durante un largo rato, permaneció invisible aunque se movía alejándose de la entrada principal del jardín y de la tenue luz de las antorchas. Después, el intruso volvió a hacerse visible, como una mancha oscura contra el muro de la parte oeste débilmente iluminado por la luna cuando unos fuertes brazos se agarraron con tenacidad a las firmes enredaderas, impulsando a la robusta figura hasta el borde de la piedra. Allí la cabeza se asomó con cautela, y los ojos agudos atisbaron los jardines vacíos del palacio, asegurándose de que no había guardianes en la proximidad. Con un poderoso impulso de sus poderosos hombros, el intruso alcanzó el borde del muro y, saltando ágilmente por encima, cayó sobre un macizo de flores que atenuó el impacto.

La silueta misteriosa corrió medio agachada a toda velocidad hasta refugiarse en la sombra de un enorme sauce llorón. Al detenerse jadeando entre las ramas protectoras del gigantesco árbol, el intruso oyó voces que se aproximaban. Escuchó con atención durante unos momentos, y dedujo que no era más que la conversación intrascendente de los guardianes de palacio que hacían su ronda. Esperó, con su cuerpo robusto aplastado contra el grueso tronco del árbol, haciéndose totalmente invisible a más de un par de metros. Los guardianes aparecieron segundos después, todavía conversando con voces relajadas recorriendo los silenciosos jardines. Luego se alejaron. Durante un minuto más siguió escondido, examinando la mole oscura que ocupaba el centro de aquellos jardines arbolados: el alto y antiguo palacio de los reyes de Callahorn. Varias ventanas iluminadas destacaban en la oscuridad neblinosa de la enorme estructura de piedra, proyectando su resplandor hacia los jardines desiertos. Se oían voces distantes y débiles en su interior, pero los propietarios de las voces se mantuvieron en el anonimato.

En una silenciosa carrera, el intruso llegó hasta las sombras del edificio, deteniéndose bajo la pequeña ventana oscura de una habitación deshabitada. Sus fuertes manos trabajaron frenéticamente tratando de forzar la vieja cerradura. Al fin, con un chasquido audible que pareció llegar a todos los jardines del palacio, la cerradura se rompió y la ventana giró sin ruido hacia dentro. No esperó a comprobar si los guardianes habían oído o no el chasquido de la cerradura, se introdujo a toda prisa por la pequeña abertura. En el momento en que la ventana iba a cerrarse tras él, la débil luz de la luna nublada iluminó durante un instante el rostro ancho y decidido del valeroso Hendel.

Stenmin había calculado mal cuando encarceló a Balinor y a los primos de Eventine. Su plan original era simple. El veterano Sheelon fue detenido casi inmediatamente después de despedirse de Balinor, y así se le impidió que pudiera llevar las instrucciones del príncipe y avisar a sus amigos de su detención. Con Balinor y los hermanos elfos, sus

únicos acompañantes al entrar en la ciudad de Tyrsis, encerrados bajo el palacio, y con los amigos más íntimos del príncipe, Acton y Messaline, apresados también, parecía seguro suponer que nadie en la ciudad podría causar ningún problema serio. Se había extendido la noticia de que Balinor sólo había ido a la ciudad para una visita breve y, tras ella, había continuado su camino, volviendo a la compañía del místico Allanon, el hombre que, según Stenmin, era un enemigo y una amenaza para el país de Callahorn. Si aparecía algún otro amigo de Balinor y ponía en duda la repentina marcha del guerrero, primero se dirigiría a palacio para hablar con su hermano, ahora el rey, y así sería fácil hacerlo desaparecer. Sin duda, ésta habría sido la situación con cualquiera, excepto con Hendel. Pero el taciturno enano ya conocía los métodos traicioneros de Stenmin y sospechó que de alguna forma había logrado dominar a Palance. Hendel sabía bien que antes de revelar su presencia, debería averiguar qué les había sucedido a sus compañeros desaparecidos.

Un peculiar giro de los acontecimientos fue lo que le llevó hasta Tyrsis. Cuando se despidió de Balinor y los hermanos elfos cerca de los bosques al norte de la fortaleza, su intención era viajar directamente hacia el oeste, a la ciudad de Varfleet, y desde allí seguir hasta Culhaven. Una vez en su país, ayudaría a movilizar los ejércitos de enanos para defender los territorios situados al sur del Anar contra la esperada invasión del Señor de los Brujos. Viajó toda la noche a través de los bosques del norte de Varfleet y por la mañana entró en la ciudad, donde se entrevistó de inmediato con unos viejos amigos y, tras saludarlos y conversar con ellos brevemente, se fue a dormir. Se despertó mediada la tarde, y después de lavarse y comer, se dispuso a partir hacia su patria. Aún no había llegado a las puertas de la ciudad, cuando un maltrecho grupo de enanos atravesó tambaleándose las calles pidiendo que los llevasen ante el Consejo. Hendel se apresuró a seguirlos, interrogando a uno que reconoció mientras eran escoltados hacia las cámaras de Consejo. Para su consternación, se enteró de que una enorme fuerza de trolls y gnomos avanzaba directamente hacia Varfleet desde los Dientes del Dragón y que irrumpirían en la ciudad en uno o dos días. Los enanos formaban parte de una patrulla que había localizado al terrible ejército e intentado no ser detectada para poder avisar a los habitantes de la Tierra del Sur. Por desgracia fueron vistos y la mayoría de ellos asesinados en una batalla campal. Sólo unos cuantos lograron llegar a la desprevenida ciudad.

Hendel dedujo que si una fuerza armada avanzaba hacia Varfleet, con toda probabilidad una segunda fuerza mucho mayor marchaba hacia Tyrsis. Estaba seguro que el Señor de los Espectros planeaba destruir las ciudades de Callahorn rápida y completamente, dejando el paso hacia toda la Tierra del Sur abierto e indefenso. Su primera obligación era avisar a su propio pueblo, pero eso significaba una larga marcha de dos días hasta Culhaven y dos días más de vuelta.

Entonces descubrió que Balinor estaba equivocado al creer que su padre era aún el rey. Si Balinor había sido asesinado o encerrado por su demencial hermano o por el traidor Stenmin antes de que se asegurase el trono y consiguiera el mando de la Legión Fronteriza, Callahorn estaba perdida. Alguien tenía que encontrar al fronterizo antes de que fuese demasiado tarde. Nadie más que Hendel podía hacer ese trabajo. Allanon aún estaba recorriendo la Tierra del Norte en busca del desaparecido Shea, acompañado por Flick y Menion Leah. Tomó la decisión al momento, y ordenó a uno de los maltrechos enanos de la patrulla que saliese aquella misma noche para Culhaven. A toda costa, debía avisarse a los ancianos de que la invasión de la Tierra del Sur había empezado a través de Callahorn y que los ejércitos de enanos debían marchar para ayudar a Varfleet. Las ciudades de Callahorn debían resistir o todas las tierras quedarían divididas, ocurriendo lo que tanto temía Allanon. Con la Tierra del Sur sometida, los ejércitos de enanos y de elfos quedarían separados y el Señor de los Brujos tendría asegurada la victoria final sobre las cuatro

tierras. Los harapientos enanos prometieron solemnemente a Hendel que no le fallarían; que saldrían de inmediato hacia el Anar.

Hendel tardó varias horas en llegar a Tyrsis, ya que esta vez el viaje era lento y peligroso. Los bosques estaban invadidos por cazadores gnomos cuyo objetivo era evitar cualquier comunicación entre las ciudades de Callahorn. Más de una vez, Hendel se vio obligado a esconderse ante el paso de una gran patrulla, y en varias ocasiones tuvo que desviarse de su ruta para evitar el cruce con líneas de centinelas fuertemente reforzadas. La red de vigilancia era mucho más densa allí que en los Dientes del Dragón, una prueba para el experto guerrero de que el ataque estaba próximo. Si los habitantes de la Tierra del Norte planeaban asaltar Varfleet en uno o dos días, Tyrsis sería también asaltada al mismo tiempo. La pequeña ciudad isla de Kern podría haber caído ya. Era de día cuando el enano logró atravesar la última línea de centinelas y se acercaba a las llanuras situadas sobre Tyrsis, dejando atrás el peligro de ser capturado por los gnomos y enfrentándose a la amenaza de ser descubierto por el malvado Stenmin y el engañado Palance. Había visto a Palance varias veces, pero era poco probable que el príncipe lo recordara, y a Stenmin sólo lo había visto en una ocasión. No obstante, sería sensato no atraer la atención de ninguno de los dos.

Entró en la ciudad de Tyrsis que despertaba, escondido entre docenas de comerciantes y viajeros. Una vez pasada la Muralla Exterior, estuvo vagando durante varias horas entre los casi desiertos barracones de la Legión Fronteriza, hablando con los soldados y buscando alguna pista de sus amigos. Por fin logró enterarse de que habían llegado a la ciudad hacía dos días, y de que se habían dirigido al palacio. No los habían vuelto a ver, pero tenían razones para creer que Balinor le había hecho una breve visita a su padre, marchándose después. Hendel supo lo que significaba eso, y durante el resto del día se apostó en las proximidades de los jardines de palacio, atento a cualquier señal de sus amigos.

Advirtió que el palacio estaba guardado por soldados que llevaban la insignia del halcón, un símbolo que no le era conocido. Había soldados en las entradas principales y por toda la ciudad, todos con la misma insignia. Aparentemente constituían las únicas unidades activas en toda Tyrsis. Incluso si encontrase a Balinor vivo y lograra liberarlo, no sería una tarea fácil recuperar el control de la ciudad y volver a poner en activo a la Legión Fronteriza. El enano no oyó mencionar a los ejércitos que se aproximaban por el norte, y sacó la conclusión de que el pueblo carecía de noticias sobre el peligro que lo amenazaba. Hendel no podía creer que incluso alguien tan trastornado y confundido como Palance Buckhannah le ocultara a la ciudad algo tan pavoroso como la invasión del Señor de los Brujos. Si Tyrsis caía, no quedaría ningún trono para el hijo menor de Ruhl Buckhannah. Hendel estudió con detenimiento el terreno que ocupaba el parque del pueblo, que se extendía bajo el enorme arco del puente de Sendic. Cuando oscureció, emprendió su asalto al protegido palacio.

Ahora se detuvo por unos momentos en la habitación sin luz, después de cerrar la ventana. Se hallaba en un pequeño estudio con las paredes forradas de estanterías de libros cuidadosamente marcados y etiquetados. Era la biblioteca privada de la familia Buckhannah, un lujo en aquellos tiempos en que tan pocos libros se escribían y cuya difusión era tan limitada. Las Grandes Guerras casi habían borrado la literatura de la faz de la tierra, y poco se había escrito en los belicosos y desesperados años que siguieron. Tener una biblioteca privada y la posibilidad de sentarse para leer tranquilamente cualquiera de los varios cientos de volúmenes, eran privilegios que muy pocos tenían, incluso en las sociedades más desarrolladas de las cuatro tierras.

Pero Hendel apenas dedicó una ojeada a la habitación. Avanzó con paso sigiloso hacia la puerta del otro lado, guiándose por una débil luz que salía por una rendija junto al suelo. El enano atisbó el pasillo iluminado con cautela. No había nadie a la vista, pero de repente se dio cuenta de que no había decidido que dirección debía tomar. Balinor y los hermanos elfos podían estar en cualquier lugar del palacio. Tras considerar rápidamente las alternativas, concluyó que estarían encerrados en el sótano del palacio, si es que aún estaban vivos. Buscaría allí primero. Escuchó durante unos momentos, pero sólo había silencio. El enano tomó una profunda bocanada de aire y salió al corredor con tranquilidad.

Conocía el palacio por haber visitado en varias ocasiones a Balinor. No recordaba dónde estaba situada cada habitación, pero sí los pasillos y escaleras, y en alguna ocasión le habían conducido al sótano, donde guardaban los vinos y la comida. Al final del corredor, giró a la izquierda por otro que lo cruzaba, seguro de que las escaleras que conducían al sótano estaban por allí. Llegó hasta las enormes puertas que encerraban el frío de los pasillos inferiores en el mismo momento que oyó unas voces detrás de él. Tiró rápidamente de la puerta, pero comprobó horrorizado que ésta no se abría. Lo intentó de nuevo empujando con sus poderosos hombros, pero la puerta siguió sin moverse. Tenía ya las voces casi encima y desesperado, buscó otro lugar para esconderse. En ese instante sus ojos se posaron sobre un cerrojo de seguridad en la parte inferior de la puerta que le había pasado inadvertido. Con los propietarios de las voces a punto de girar la esquina haciendo resonar sus pisadas en el pulido suelo de piedra, el enano descorrió sin inmutarse este segundo pestillo, empujó la puerta y la traspasó. La puerta se cerró, al momento, justo cuando los centinelas volvieron la esquina para dirigirse a relevar a sus compañeros situados en la puerta sur.

Hendel no se esperó para averiguar si lo habían visto, sino que descendió por las escaleras de piedra hacia la oscuridad del desierto almacén del sótano. Se detuvo al llegar al final y palpó la pared buscando alguna antorcha. Poco después la encontró y, tras sacarla de su soporte de hierro, la encendió.

Luego recorrió todo el sótano concienzudamente, habitación por habitación, rincón por rincón. El tiempo pasaba con rapidez y él seguía sin encontrar lo que buscaba. No lo encontró, y empezó a pensar que sus amigos no estaban prisioneros en aquella parte del palacio. Sin creerlo del todo, Hendel tuvo que admitir que podrían haber sido encerrados en las habitaciones de la parte de arriba. Parecía extraño que Palance o su malvado consejero se arriesgaran a tener a los cautivos en un lugar donde pudieran ser vistos por los visitantes. Aunque, reflexionó Hendel, también era posible que Balinor hubiera abandonado la ciudad de Tyrsis, como decían, para reunirse con Allanon. Pero supo que esta suposición era falsa incluso antes de concluir el pensamiento. Balinor no pertenecía al tipo de hombre que buscaría ayuda ante un problema como aquél, se enfrentaría a su hermano, no escaparía. Hendel intentó imaginar dónde podrían haber sido recluidos el fronterizo y los hermanos elfos, en qué lugar del antiguo edificio podía mantenerse ocultos a los prisioneros. El sitio lógico era bajo el palacio, en las oscuras profundidades sin ventanas que acababa de...

De repente Hendel recordó que había unas viejas mazmorras más abajo incluso de aquel sótano. Balinor las había mencionado de pasada, relatando brevemente su historia, comentando que habían sido abandonadas y su entrada clausurada. El enano miró a su alrededor entre las sombras, intentando recordar dónde estaba el antiguo pasadizo. Se sentía seguro de que allí se encontraban sus amigos; era el único sitio donde podía ocultarse a una persona sin temor a que fuese encontrada. Casi nadie conocía su existencia fuera de la familia real y sus colaboradores próximos. Había sido clausurado hacía tantos años, que ni siquiera los ciudadanos más viejos de Tyrsis podían recordar su existencia.

Ignorando las pequeñas habitaciones y pasadizos adyacentes, el decidido Hendel estudió con cuidado los muros y el suelo de la cámara central, convencido de que allí había visto una abertura tapada. Sin duda la habrían vuelto a abrir, no sería difícil dar con ella. Los muros parecían sólidos y las molduras intactas cuando los tanteó y golpeó. Una vez más su búsqueda resultó infructuosa, y de nuevo creyó haberse equivocado. Se dejó caer sobre uno de los barriles de vino almacenados en el centro de la habitación; desalentado, escudriñando las paredes con los ojos, intentando desesperadamente recordar. El tiempo se acababa para Hendel. Si no escapaba antes del amanecer, era probable que él también fuese apresado. Tenía la impresión de que algo le había pasado inadvertido, algo que probablemente era demasiado obvio. Maldiciendo en voz baja, se levantó del barril de vino y recorrió lentamente la gran cámara, pensando, intentando recordar. Había algo en los muros... algo en los muros...

Entonces se acordó. La entrada no estaba en los muros, sino en el centro del suelo. Reprimiendo un grito de alegría, el enano se lanzó sobre los barriles de vino situados allí. Esforzando sus músculos hasta límites casi sobrehumanos logró apartar varios de los pesados recipientes hasta que quedó al descubierto la losa de piedra que cubría la entrada oculta. Agarró la anilla de hierro incrustada a un lado de la losa, y tiró hacia arriba lanzando un audible gruñido. La piedra rechinó en protesta, pero la gigantesca losa se elevó y cayó hacia atrás, golpeando contra el suelo. Hendel examinó con cuidado el oscuro agujero, acercando la débil luz de la antorcha a las mohosas profundidades. Había una vieja escalera de piedra, húmeda y cubierta de musgo verdusco, que desaparecía en la negrura. Sosteniendo la luz delante de él, el hombrecillo descendió hacia la mazmorra olvidada, anhelando en su interior no haberse equivocado.

Casi de inmediato, sintió el frío penetrante del aire enrarecido atravesando su ropa para adherirse a la piel caliente. La atmósfera putrefacta, casi irrespirable, le hizo arrugar la nariz con repugnancia y bajar los peldaños más deprisa. Aquellos agujeros cerrados, semejantes a tumbas, le aterrorizaban más que ninguna otra cosa, y empezó a poner en duda su sensatez por la decisión de entrar allí. Pero si Balinor estaba realmente prisionero en ese terrible lugar, el riesgo valdría la pena. Hendel no abandonaba a sus amigos. Llegó al final de la escalera y vio un pasillo que conducía hacia el frente. Mientras avanzaba con precaución, intentando ver a través de la húmeda penumbra que se resistía incluso a la luz de la antorcha, pudo distinguir unas puertas de hierro empotradas en las paredes a ambos lados, a intervalos regulares. Aquellas losas de hierro antiguas y herrumbrosas eran macizas y estaban cerradas con enormes cerraduras metálicas. Era una mazmorra que habría aterrorizado a cualquier ser humano; una hilera de cubículos sin ventanas ni luz donde los vivos podían ser encerrados y olvidados hasta su segura muerte.

Durante años incalculables los enanos vivieron así después de las devastadoras Grandes Guerras, para mantenerse vivos, y emergieron medio ciegos al mundo de la luz casi olvidado. El terrible recuerdo se había fijado en ellos durante generaciones, dejándoles un temor instintivo a los lugares cerrados y oscuros que nunca superarían del todo. Hendel lo sentía ahora, tan insistente y desagradable como el frío húmedo y pegajoso de las profundidades en donde había sido cavada aquella antigua tumba.

Tratando de desatar el nudo que el terror había hecho en su garganta, el decidido rastreador examinó las primeras puertas. Los cerrojos estaban oxidados y el metal cubierto de capas de polvo y telarañas intactas. Al pasar lentamente ante la línea de lúgubres portones de hierro, pudo comprobar que ninguno de ellos había sido abierto en muchos años. Perdió la cuenta de las puertas examinadas y el tenebroso pasadizo parecía continuar sin fin en la negrura. Pensó en llamarlos en voz alta, pero el sonido de su voz podría traspasar la entrada abierta y llegar a las cámaras superiores. Miró hacia atrás y se dio

cuenta de que ya no podía ver la abertura ni la escalera. Había la misma oscuridad detrás y delante. Rechinando los dientes y murmurando en voz baja para reforzar su menguante confianza en sí mismo, avanzó escrutando con cuidado cada puerta para ver si presentaba signos de haber sido abierta recientemente. Entonces, para su sorpresa, escuchó el vago susurro de voces humanas a través del pesado silencio.

Se quedó inmóvil como una estatua, escuchando con atención, temiendo que sus sentidos le hubieran engañado. No obstante los oyó otra vez, débiles pero sin duda humanos. El enano siguió hacia delante tratando de localizarlos, pero no se repitieron. Revisó con desesperación las puertas que tenía a ambos lados. Una estaba cerrada y oxidada, pero la otra presentaba ralladuras recientes en el metal, y menos polvo y telarañas. ¡El cerrojo estaba engrasado y la puerta parecía haber sido usada recientemente! Con un rápido tirón, el enano descorrió el pasador metálico y abrió la enorme puerta, haciendo que le precediese la antorcha, cuya luz cayó de improviso sobre tres figuras atónitas y encogidas que se incorporaron con inquietud para ver quien era el nuevo visitante.

Hubo exclamaciones de asombro y de afecto, y manos extendidas, y los cuatro amigos se unieron en un solo abrazo. El rostro de Balinor sobresalía sobre las caras ojerosas de los sonrientes elfos sin perder la compostura; sólo sus ojos azules delataban su profunda sensación de alivio. Una vez más, el ingenioso enano les había salvado la vida. Pero no había tiempo para palabras ni para emociones, y Hendel les indicó que lo siguieran por el oscuro pasadizo hacia la escalera que conducía al primer sótano. Si el amanecer les sorprendía aún vagando por el palacio, la posibilidad de ser descubiertos y recapturados se convertiría en un hecho. Debían escapar de la ciudad lo más rápidamente posible. Con pasos apresurados recorrieron el pasillo, la antorcha agonizante delante de ellos como el bastón de un ciego buscando el camino.

Entonces se produjo un repentino ruido de un choque de piedra contra piedra y un golpe violento, como si hubiesen cerrado una tumba. Horrorizado, Hendel se lanzó hacia delante, llegando a la húmeda escalera de piedra y deteniéndose en el acto. La enorme losa había sido colocada en su lugar, los goznes asegurados, dejándolos sin salida hacia la libertad. El enano se quedó inmóvil junto a sus tres amigos, sacudiendo la cabeza con estupefacta incredulidad. Su intento de salvarlos había sido un fracaso; sólo había conseguido convertirse en el cuarto prisionero. La antorcha ya casi estaba apagada. Pronto se quedarían en completa oscuridad, y la espera recomenzaría.

XXVI

-¡Chatarra, nada más que chatarra! -gruñó Panamon Creel frustrado, pateando una vez más un montón de hojas metálicas y joyas sin ningún valor tiradas en el suelo ante él-. ¿Cómo pude ser tan imbécil? ¡Tendría que haberme dado cuenta en seguida!

Shea caminó en silencio hacia el extremo norte del claro, contemplando fijamente el débil rastro dejado en la tierra del bosque por el astuto Orl Fane en su huida hacia el norte. Había estado tan cerca. Había tenido la valiosa Espada al alcance de la mano, y la había perdido sólo por un imperdonable error al juzgar por las apariencias. La figura enorme de Keltset se asomaba en silencio tras él, inclinando su robusto cuerpo sobre la tierra húmeda y cubierta de hojas, con su inescrutable rostro casi pegado a su cara, mientras indagaba con aquellos ojos extrañamente apacibles. Shea se volvió hacia el enfurecido Panamon.

-No fue culpa tuya; no había ninguna razón para que sospechases la verdad -murmuró sin perder la calma-. Yo tendría que haber escuchado sus desvaríos con un poco más de perspicacia y un poco menos... de lo que sea. Sabía lo que buscaba y olvidé abrir los ojos cuando hizo falta.

Panamon asintió encogiéndose de hombros, acariciándose los recortados bigotes con la punta del punzón de su mano. Con una última patada a los objetos abandonados, llamó a Keltset, y sin comentarios previos, los dos empezaron rápidamente a levantar el campamento, guardando los utensilios y armas que habían sacado para la noche. Shea los observó durante un momento, todavía incapaz de aceptar su fracaso al perder la Espada. Panamon lo llamó con aspereza para que les echase una mano, y él obedeció en silencio. No podía enfrentarse a la inevitable consecuencia de la derrota. Panamon Creel había hecho todo lo que estaba en su mano, acompañando a un pequeño valense increíblemente estúpido a través de los peligrosos parajes que rodeaban Paranor, buscando a unas personas que podían haber reaccionado contra él y una Espada de la que sólo Shea tenía noticia, pero que había sido incapaz de reconocer cuando la tuvo cerca. El bandolero escarlata y su compañero gigante estuvieron a punto de perder sus vidas por la misteriosa Espada y era indudable que una vez les bastaba. El valense no tenía más opción que intentar localizar a sus amigos. Pero cuando los hallara, tendría que enfrentarse a Allanon y contarle cómo le había fallado, cómo les había fallado a todos. Tembló ante la perspectiva de encararse al sombrío druida, de sentir aquellos despiadados ojos escudriñando sus pensamientos más ocultos para averiguar la verdad. No iba a ser agradable.

Recordó de repente la extraña profecía del valle de Esquisto en la oscura y brumosa madrugada de hacía una semana. El fantasma de Bremen los previno del peligro de los terribles Dientes del Dragón: alguien no vería Paranor, alguien no llegaría al otro lado y, sin embargo, sería el primero en tener en sus manos la Espada de Shannara. Todo fue predicho, pero Shea lo había olvidado con la tensión y la excitación de los días pasados.

El cansado valense cerró los ojos al mundo por un momento y se preguntó cómo era posible que formase parte de ese increíble enigma que giraba alrededor de un pulso de poder entre el mundo espectral y la legendaria Espada. Se sentía tan pequeño y desesperanzado que creyó que el camino más fácil que podía escoger era rogar por un rápido final de su vida. Muchas cosas dependían de él, según Allanon, y desde el principio había demostrado ser un completo inútil para la misión que tenía encomendada. Se sentía incapaz de hacer nada por sí mismo, dependiendo de la fuerza de otros humanos, que se habían sacrificado por él para que pudiera conseguir la Espada mágica. Y, sin embargo, cuando la tuvo en sus manos...

-Lo he decidido. Voy a seguirlo.

La voz de Panamon Creel quebró el silencio del pequeño claro como el golpe de un hacha de cortar madera seca. Shea miró asombrado la expresión de sinceridad de su rostro, del que había desaparecido la acostumbrada sonrisa irónica.

-¿Quieres decir... por la Tierra del Norte? -El ladrón escarlata dirigió al muchacho del valle una de sus miradas feroces y despreciativas, como si fuese un idiota incapaz de entender a los hombres cuerdos-. Se ha burlado de mí. Prefiero cortarme la garganta antes que dejar escapar a esa pequeña rata. Cuando le ponga las manos encima, lo dejaré para que se lo coman los gusanos.

El atractivo rostro no mostraba ningún sentimiento, pero había tal odio en el tono amenazador de la voz que producía escalofríos. Aquella era la otra faceta de Panamon; el profesional frío que había destruido todo un campamento de gnomos y seguía dispuesto a luchar contra el incomparable poder del Portador de la Calavera. No lo hacía por Shea ni por apoderarse de la Espada de Shannara. Sólo era una cuestión de orgullo herido y deseo de venganza hacia la desafortunada criatura que se había atrevido a ofenderle. Shea miró al inmóvil Keltset, pero el gigante rock troll no dio ningún signo de aprobación o reproche; su semblante curtido estaba impasible; sus profundos ojos, inexpresivos. Panamon soltó una carcajada, dando varios pasos hacia el vacilante muchacho.

-Piensa en esto, Shea. Nuestro amigo gnomo nos ha puesto las cosas mucho más fáciles al revelarnos la localización exacta de la Espada que has estado buscando durante tanto tiempo. Ya no tienes que seguir investigando; sabemos dónde está.

Shea asintió con silencioso agradecimiento, todavía cauteloso ante los verdaderos motivos del aventurero.

-¿Tenemos alguna posibilidad de atraparlo?

-Eso es; ése es el optimismo que necesitamos -dijo irónicamente Panamon; su rostro era una máscara de confianza-. Desde luego que lo atraparemos; sólo es cuestión de tiempo. El problema está en que alguien lo encuentre antes que nosotros. Keltset conoce muy bien la Tierra del Norte. El gnomo no logrará esconderse de nosotros. Tendrá que correr, correr y seguir corriendo, porque no puede confiar en nadie, ni siquiera en su propio pueblo. Es imposible saber exactamente cómo consiguió la Espada o cómo conoció su valor, pero sí sé que no me equivoqué al calificarlo de desertor y carroñero.

-Puede que fuese un miembro de la banda de gnomos que llevaba la Espada al Señor de los Brujos, o quizás un prisionero -sugirió Shea, pensando.

-Más probablemente lo último -replicó el otro, vacilante, como intentando recordar algo, mirando con fijeza hacia el norte a través de la neblina gris de la mañana del bosque. El sol ya estaba en el horizonte, su luz y calor se filtraban lentamente a los rincones más oscuros de entre los árboles. Pero la niebla matutina todavía no se había disuelto, dejando a los tres compañeros rodeados de una mezcla brumosa de noche agonizante y luz del sol. El cielo estaba extrañamente oscuro y amenazador en la parte norte, incluso teniendo en cuenta la temprana hora, lo que provocó que el normalmente locuaz Panamon se quedara callado contemplando la negrura durante largos minutos. Al fin, se volvió hacia los otros, con el rostro ensombrecido por la duda.

-Algo extraño está sucediendo en el norte. Keltset, salgamos ya, y encontraremos a ese gnomo antes que tenga la suerte de tropezar con una patrulla de cazadores. ¡No quiero que comparta sus últimos momentos en este mundo con nadie más!

El gigante rock troll se encaminó delante con paso ágil, su cabeza inclinada ligeramente como buscando en la tierra algún rastro dejado por Orl Fane al huir. Panamon y Shea lo siguieron de cerca con silenciosa concentración. Las huellas de su presa pronto

se hicieron visibles para los agudos ojos de Keltset. Se volvió hacia los otros e hizo unas breves señales con la mano, que Panamon tradujo para el curioso Shea como que el gnomo había escapado corriendo, sin molestarse en ocultar sus pisadas y teniendo decidido de antemano su destino.

Shea empezó a especular hacia dónde habría corrido el pequeño bribón. Con la Espada en su poder, podría redimirse a sí mismo a los ojos de su pueblo entregándosela para que se la presentasen al Señor de los Brujos. Pero el comportamiento de Orl Fane mientras fue su prisionero había sido bastante irracional, y Shea tenía la impresión de que el gnomo no fingía. Divagaba como víctima de una locura que sólo podía controlar parcialmente, hablando con frases inconexas que, de forma confusa, habían revelado el verdadero paradero de la Espada. Si Shea se hubiera concentrado en aquello un poco más, sin duda se habría dado cuenta; habría sabido que Orl Fane tenía el codiciado talismán. No, el gnomo ya había atravesado la barrera entre la cordura y la locura, y sus acciones sólo podían preverse a medias. Escaparía de ellos, pero ¿hacia dónde?

-Ahora lo recuerdo. -Panamon interrumpió sus pensamientos mientras seguían andando hacia las llanuras de Streleheim-. Esa criatura alada insistió en que poseíamos la Espada cuando se nos presentó ayer. Se obstinó en decirnos que podía sentir su presencia; y podía, porque Orl Fane estaba tras los arbustos con el arma escondida dentro de su saco.

Shea asintió con la cabeza, recordando con pesadumbre el incidente. El Portador de la Calavera les había revelado sin advertirlo que la valiosa Espada estaba cerca de ellos, pero ellos pasaron por alto esa importante pista con el acaloramiento y la furia de la batalla por sobrevivir. Panamon continuó desvariando con rabia apenas disimulada amenazando con liquidar a Orl Fane cuando lo atrapase por una serie de métodos demasiado desagradables. Entonces, de pronto, se encontraron en los linderos del bosque, que se abrían a la amplia extensión de las llanuras de Streleheim.

Con perplejidad, los tres se detuvieron a la vez, sus ojos incrédulos fijos en el pavoroso espectáculo que se divisaba al norte: un enorme muro compacto de negrura se alzaba hacia el cielo, desapareciendo en la infinidad del espacio, extendiéndose por el horizonte para encerrar toda la Tierra del Norte. Era como si el rey de la Calavera hubiese envuelto a la antigua tierra en un velo de oscuridad que surgía del mundo de los espectros. Era más negro que una noche oscura. Era una niebla densa que se acumulaba y arremolinaba en unas sombras grisáceas que se dirigían hacia el norte, hacia el centro del Reino de la Calavera. Fue la visión más terrorífica que Shea había presenciado en su vida. Sus temores iniciales se duplicaron cuando con una certeza repentina e inexplicable supo que aquel enorme muro estaba avanzando lentamente hacia el sur, para cubrir el mundo entero. Significaba que el Señor de los Brujos se aproximaba...

-¿Qué demonios es esa...?

Panamon dejó inacabada la frase, quedándose en un silencio interrogativo.

Shea movió la cabeza con aire ausente. Aquella pregunta no tenía respuesta. Era algo que estaba más allá de la comprensión de un ser mortal. Los tres permanecieron mirando el inmenso muro durante varios minutos, como si esperasen que ocurriera algo más. Al final Keltset se adelantó para examinar con atención la pradera que se extendía ante ellos, avanzando varios metros cada vez, hasta que se alejó cierta distancia. Después se irguió y señaló directamente al centro de la ominosa neblina negra. Panamon se sobresaltó, su rostro quedó como helado.

-El gnomo corre directamente hacia esa masa -murmuró airadamente-. Si no lo atrapamos antes de que llegue allí, la oscuridad ocultará sus huellas. Lo habremos perdido.

Varios kilómetros más adelante, ante los grisáceos flecos del oscuro muro de niebla, la figura pequeña e inclinada de Orl Fane se detuvo un momento en su agitada huida, mientras sus ojos verdes atisbaban aterrorizados, sin poder comprender, las turbulentas tinieblas. El gnomo se dirigía hacia el norte después de escapar de los tres extranjeros, corriendo durante las primeras horas de la mañana todo lo que soportaron sus fuerzas y continuando después con un trote lento, siempre mirando hacia atrás, temiendo la inevitable persecución. Su mente ya no funcionaba de una forma racional; durante varias semanas había sobrevivido gracias al instinto y la suerte, aprovechándose de los muertos, esquivando a los vivos. No podía pensar en nada más que no fuese la supervivencia, en vivir otro día más entre aquellos que no le querían, que no lo aceptarían como uno de los suyos. Incluso su propia gente le volvía la espalda, despreciándolo como una criatura más insignificante que los insectos que se arrastraban por la tierra. Estaba solo, rodeado por una tierra salvaje, en la que nadie podía sobrevivir durante mucho tiempo. Su mente, hasta entonces sana, empezaba a replegarse lentamente sobre sí misma, encerrando los temores fijados en ella, hasta que la locura empezó a hacerse su dueña y la razón a morir.

Sin embargo, la muerte inevitable no llegó con facilidad ya que el destino intervino con perverso humor y favoreció al expatriado con un último destello de falsa esperanza, colocando en sus manos los medios que podían hacerle recuperar el aparentemente inaccesible afecto humano una vez más. Mientras rebuscaba entre los cadáveres, aún luchando por sobrevivir, el desesperado gnomo se enteró de la presencia de la legendaria Espada de Shannara y de su asombroso secreto por el aviso de los labios rígidos de un agonizante en las llanuras de Streleheim, que tenía los ojos cerrados mientras la vida se le escapaba. Así la Espada pasó a sus manos; la llave del poder sobre los mortales quedó en manos de Orl Fane.

Pero la locura persistió, los temores y las dudas devoraron tenazmente su debilitada razón mientras pensaba en cómo actuar. Esa vacilación fatal fue la que ocasionó su captura y la pérdida de la codiciada Espada; de nuevo le era arrebatado un cabo salvavidas. La razón dejó paso a la desesperación y al delirio, y su mente ya desequilibrada se vino abajo. Sólo había lugar ahora para un pensamiento ardiente y devorador: la Espada debía ser suya o su vida estaba acabada. Alardeó irracionalmente ante sus distraídos captores de que poseía la Espada, de que sólo él sabía dónde encontrarla, exponiéndose a perder contra su voluntad la última posibilidad de conservarla. Pero los extranjeros no leyeron entre líneas, despreciándole con demasiada precipitación como a un loco. Después llegó la huida, el rescate de la Espada, y la marcha hacia el norte.

Ahora estaba parado, contemplando sin comprender el misterioso muro de negrura que se interponía en su camino hacia el norte. *Sí, hacia el norte, hacia el norte,* musitó, sonriendo con la boca torcida, abriendo los ojos como un loco. Allí se encontraba la seguridad y la redención para un expatriado. Pero al contemplarlo desde allí, sintió un deseo casi irresistible de salir corriendo por donde había venido. No obstante, el pensamiento inicial seguía anclado en su mente, el pensamiento de que sólo en la Tierra del Norte estaba la salvación. Sólo allí podría encontrar a... el Amo. El Señor de los Brujos. Su mirada descendió durante un momento hasta la antigua Espada sujeta a su cintura, y sus manos amarillentas acariciaron distraídamente el puño labrado, palpando el brazo alzado con la antorcha encendida grabada en él, la pintura dorada que se desprendía dejando ver la pulida empuñadura bajo ella. Apretó con fuerza el mango, como intentando apoderarse del poder de la Espada. ¡Estúpidos! Estúpidos todos los que no le habían tratado con el respeto que merecía. Porque él era el portador de la Espada, el guardián de la más importante leyenda que el mundo había conocido, y sería él quien... Acalló el pensamiento de golpe, temiendo que incluso el vacío que le rodeaba pudiera leer su mente, escudriñar sus pensamientos secretos y propagarlos.

Delante, la aterradora oscuridad aguardaba a que se adentrase en ella. Orl Fane le tenía miedo, tenía miedo de todo, pero no había otra forma de llegar a su destino. Recordó a los que le seguían: el gigante rock troll, el hombre manco, cuyo odio se podía sentir, y el joven que era mitad hombre mitad elfo. Había algo que el gnomo no podía entender sobre este último, algo que irritaba con firme insistencia su mente acosada.

Sacudiendo la cabeza, el hombrecillo se adentró en los flecos grisáceos del muro negro, el aire a su alrededor estaba inmóvil y silencioso. No se volvió para mirar atrás hasta que la oscuridad lo envolvió por todas partes y el silencio desapareció con una repentina ráfaga de viento y de humedad heladora. Cuando volvió a mirar, vio con horror que no había nada detrás de él, nada excepto las mismas tinieblas que lo ocupaban todo en capas densas e impenetrables. El viento empezó a soplar con violencia mientras seguía avanzando, y entonces se dio cuenta de que había otras criaturas en la oscuridad. Primero llegaron como una conciencia vaga a su mente, después como gritos suaves que parecían filtrarse a través de la niebla y mantenerse inquisitivamente a su alrededor. Al final aparecieron como cuerpos vivientes, rozándole la piel con dedos abyectos. Empezó a reírse con un frenesí enloquecido, sabiendo de algún modo que ya no estaba en un mundo de criaturas vivas, sino en un mundo de muerte, donde seres sin alma vagaban en una búsqueda vana para intentar escapar de su prisión eterna. Se encontró en medio de ellas, riendo, hablando, incluso cantando alegremente, su mente alejada ya de su naturaleza mortal. A su alrededor, las criaturas del mundo oscuro le seguían con una camaradería servil, sabiendo que el enloquecido mortal se había convertido casi en una de ellas. Sólo era cuestión de tiempo. Cuando su vida mortal lo abandonara, sería como ellos; perdido para siempre, Orl Fane estaría con los suyos al fin.

Pasaron casi dos horas caminando en dirección contraria al recorrido del sol matutino, y los tres perseguidores se encontraron ante el inicio del muro de niebla dentro del cual había desaparecido su presa. Se detuvieron igual que él había hecho, estudiando en silencio la aterradora negrura que marcaba el umbral del reino del Señor de los Brujos. La niebla parecía depositada sobre la tierra en capas, que se oscurecían cuando sus ojos escudriñaban su interior invisible; cada una un poco más amenazante, cuando sus mentes imaginaban sus peligros indeterminados. Panamon Creel caminaba de un lado a otro con pasos mesurados, sin apartar sus ojos de las tinieblas, como intentando reunir el suficiente valor para adentrarse. El enorme Keltset, después de un rápido estudio del terreno y de hacer un breve gesto para indicar que el gnomo había seguido hacia el norte, pasó a una inmovilidad pétrea, con los grandes brazos cruzados y los ojos convertidos en delgadas ranuras brillantes bajo las cejas espesas.

Shea pensaba que no había otra elección; su mente ya estaba decidida, sus esperanzas aún no desalentadas por el pensamiento de perder el rastro a causa de la oscuridad. Había recuperado un poco de su antigua fe en el destino, seguro desde que dieron comienzo a la persecución de que encontrarían a Orl Fane y recobrarían la Espada. Algo le empujaba, le daba confianza, le aseguraba que no fallaría; algo en su interior le confirió nuevo coraje. Esperaba impaciente que Panamon diese la orden para seguir.

-Es una locura lo que estamos haciendo -murmuró el ladrón escarlata al pasar una vez más ante Shea-. Puedo sentir la muerte en el aire de ese muro...

Se interrumpió de súbito, deteniéndose, esperando que Shea hablara al fin.

-Tenemos que ir -respondió rápidamente éste con tono inexpresivo.

Panamon observó brevemente a su amigo gigante, pero el rock troll no hizo ningún movimiento. Esperó un largo rato, preocupado porque Keltset no había manifestado su

opinión en ningún momento desde que emprendieron el viaje hacia la Tierra del Norte. Antes, cuando estaban los dos solos, el gigante siempre asentía indicando su acuerdo cuando Panamon lo miraba para pedirle su apoyo, pero últimamente el troll se mostraba muy reservado.

Al final el aventurero asintió, y los tres se sumergieron con decisión en la bruma gris. Las llanuras eran lisas y estériles, y durante un tiempo avanzaron sin dificultades. Después, al irse espesando la niebla a su alrededor, la visión empezó a fallarles hasta que se convirtieron en sombras vagas unos para otros. Panamon ordenó hacer un alto, extrajo una cuerda de su bolsa y sugirió que se atasen entre sí para evitar la separación. Tras llevar a cabo la tarea, continuaron la marcha. No se oía ruido alguno excepto el de sus botas al arrastrarse sobre la tierra dura. La niebla no era húmeda y sin embargo parecía adherirse a la piel de forma muy desagradable, recordándole a Shea el aire insalubre y fétido del pantano de las Nieblas. Parecían moverse más deprisa a medida que se adentraban, pero no sintieron ningún viento que empujase sus ráfagas crecientes. Al final los encerró por todas direcciones y los tres se quedaron en absoluta oscuridad.

Caminaron durante lo que debieron ser horas, pero su sentido del tiempo empezó a perderse en la neblina negra y muda que encerraba sus frágiles cuerpos mortales. La cuerda los mantenía alejados de la soledad de la muerte que impregnaba la niebla, no tanto uniéndolos entre sí, sino con el mundo de luz de sol y de visión que habían dejado atrás. Aquel lugar en el que se atrevieron a entrar era un limbo en donde la vida sólo existía a medias, donde los sentidos se ahogaban y los temores crecían en una proporción sin límites. Uno podía sentir la presencia de la muerte fragmentando la oscuridad, su caricia aquí y allá, rozando suavemente a la criatura mortal que un día reclamaría. Lo irreal era casi aceptable en aquel extraño mundo, ya que todas las restricciones que imponían los sentidos humanos se desvanecían en reminiscencias oníricas, y las visiones del interior de la mente, del subconsciente, salían al exterior, buscando el reconocimiento.

Durante un tiempo fue casi agradable poder columpiarse en ese capricho del subconsciente; pero después ya no fue ni divertido ni agradable, sino aislador. Durante un tiempo persistió esta última sensación, aplacando, acariciando sus mentes hasta sumirlas en la indiferencia y en un vago aburrimiento, contagiando sus cuerpos y sus mentes de la indolente somnolencia de los antiguos lotófagos. El tiempo desapareció del todo y el mundo de niebla se instaló para siempre.

Desde el mundo lejano de los vivos, llegaba una sensación vaga de dolor ardiente, acosando el cuerpo entumecido de Shea con una rudeza hiriente. En un arrebato repentino, su mente se liberó de la apatía que cubría sus pensamientos y la sensación abrasadora se hizo más intensa en su pecho. Todavía aletargado, con su cuerpo extrañamente ingrávido, palpó con laxitud su túnica, y su mano tropezó al fin con el origen de su irritación; una pequeña bolsa de cuero. Entonces su mente se alarmó de repente al apretar las preciadas piedras élficas, y despertó.

Con súbito horror, se dio cuenta de que estaba tendido sobre la tierra, de que ya no caminaba, de que ya no era consciente de hacia dónde se dirigían. Agarró la cuerda de su cintura y tiró con violencia de ella. Fue recompensado con un lejano gruñido; sus compañeros aún estaban con él. Forcejeando para levantarse de nuevo, comprendió lo que ocurría. El limbo aterrador de sueño eterno los reclamaba, arrullándolos, sedándolos, embotando sus sentidos hasta que cayeron, dejándose llevar cada vez más cerca de una muerte silenciosa. Sólo el poder de las piedras los había salvado.

Shea se sentía increíblemente débil, pero haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, tiró de la cuerda, alejando a Keltset y a Panamon Creel del borde del abismo de la muerte, llevándolos de nuevo hacia el mundo de los vivos. Gritó enloquecido mientras

tiraba de la cuerda hacia sí; después, cuando consiguió acercarlos lo suficiente, pateó sus cuerpos indolentes hasta que el dolor les hizo recobrar la conciencia. Tras varios minutos, estuvieron lo bastante despiertos para darse cuenta de lo ocurrido. Entonces, el espíritu de vida reanimó su deseo de sobrevivir, y los dos se obligaron a levantarse. Se apoyaron uno en otro con sus miembros aún entumecidos, esforzándose por seguir conscientes. Luego empezaron a caminar, tropezando en la uniforme oscuridad, poniendo un pie delante del otro, invirtiendo en cada paso un esfuerzo increíble de la mente y el cuerpo. Shea iba delante, inseguro de su dirección, pero confiando en que el instinto conferido por las piedras élficas le guiaría.

Durante cierto tiempo, se abrió paso a través de las tinieblas interminables, luchando por seguir despierto y alerta mientras las nieblas aisladoras se arremolinaban lánguidamente a su alrededor. La extraña sensación onírica de muerte se adhería a ellos, intentando apoderarse de sus mentes cansadas, acosando en silencio a sus cuerpos exhaustos para que aceptasen el descanso que deseaban. Pero los mortales resistieron con firme determinación, amparándose en un resto del coraje y en la desesperación que, cuando todo lo demás hubiese desaparecido, aún persistirían.

Al final el profundo cansancio empezó a disminuir en la neblina negra. La muerte no había logrado esta vez sofocar sus deseos de vivir. Se presentarían otras ocasiones para los tres, pero por el momento pasarían un poco más en el mundo de los humanos. La debilidad se alejó y la somnolencia fue retirándose, no como ocurre con el sueño normal, sino con mudas advertencias de que volvería pronto. Los tres compañeros se encontraron de repente como antes, con los músculos desentumecidos, con sus mentes liberadas más que despertadas. No tenían el menor deseo de estirarse o de bostezar, sólo un recuerdo persistente de que el sueño de la muerte era un sopor sin sensaciones, sin tiempo.

Durante largos minutos nadie habló, aunque estaban totalmente revividos, cada uno percibiendo aún el temor inconfesado y la callada desesperación del, sabor de la muerte que habían experimentado, sabiendo que un día su inevitable caricia los reclamaría para siempre. Durante varios segundos, se habían mantenido en el límite de la vida y contemplado la tierra ignota de más allá, pero algo no mortal logró intervenir antes que llegase el final. Haber estado tan cerca era aturdidor, espeluznante, incluso demencial. Quizás era mejor no haber sobrevivido.

Pero los recuerdos desaparecieron, todos excepto la borrosa conciencia de que los tres habían escapado de la muerte por muy escaso margen. Recuperando la serenidad, continuaron su búsqueda del fin de las tinieblas. Panamon habló una vez con Shea en voz baja, preguntándole si iban en la dirección correcta. La respuesta fue una afirmación lacónica. El valense se preguntó irritado si establecería alguna diferencia que no lo supiese. ¿Qué otra dirección podían tomar? Si su intuición se equivocaba, no había nada que pudiera ayudarles. Las piedras élficas los habían salvado una vez; confiaría en ellas otra vez más.

Se preguntó cómo le habría ido a Orl Fane en su intento de atravesar el extraño muro de niebla. Quizás el enloquecido gnomo había encontrado su propia forma de escapar a los efectos aisladores, pero parecía improbable. Y si el pequeño infeliz había caído por el camino, la Espada estaría perdida en algún lugar de la negrura impenetrable y nunca la recuperarían a tiempo. Esta desagradable perspectiva hizo que se parara a pensar durante un rato, sopesando las posibilidades de que la Espada estuviese tirada por allí, quizá sólo a unos metros de ellos, esperando que alguien la descubriese de nuevo.

Entonces bruscamente la oscuridad se aclaró, dejando una penumbra empañada; y el muro de niebla quedó detrás de ellos. Ocurrió con tanta rapidez que les causó sorpresa. En

un momento estaban envueltos por la negrura, apenas capaces de distinguirse unos a otros, y en el siguiente se encontraban bajo el cielo gris plomizo de la Tierra del Norte.

Tardaron un minuto en estudiar la región en donde habían emergido. Era el lugar más lúgubre que Shea había visto nunca; incluso más pavoroso que las deprimentes tierras bajas de Clete y los aterradores Robles Negros de la lejana Tierra del Sur. El terreno era estéril y desolado, una tierra marrón grisácea totalmente privada de la luz del sol y de vida vegetal. Ni siquiera había sobrevivido la maleza más resistente; un aviso mudo de que estaban en el reino del Señor de la Oscuridad. La tierra se extendía hacia el norte en pequeños montículos irregulares de polvo endurecido, sin que entre ellos hubiera el menor vestigio de hierba. Pedruscos grandes y romos sobresalían en el horizonte gris, y en algunos sitios las tierras bajas estaban atravesadas por surcos que eran cauces de ríos que se habían secado hacía tiempo. No se oía sonido alguno de vida en ninguna parte; ni siquiera un débil zumbido de insecto interrumpía la persistente quietud. Nada quedaba de la tierra que había estado viva en otra época. Más al norte, proyectándose agudamente contra el cielo vacío, se elevaban una serie de picos de aspecto terrible. Shea supo que aquella era la morada de Brona, el Señor de los Brujos, sin necesidad de que nadie se lo dijera.

-¿Qué propones ahora? -preguntó Panamon Creel-. Hemos perdido todos los rastros. Ni siquiera sabemos si nuestro querido gnomo ha salido de esa cosa vivo. De hecho, no imagino cómo podría haberlo logrado.

-Seguiremos buscándolo -contestó el semielfo, con una voz suave, casi un susurro.

-Mientras, esas criaturas voladoras siguen buscándonos a nosotros -replicó el otro-. Las circunstancias están empeorando mucho más de lo que yo esperaba, Shea. Tengo que confesarte que estoy perdiendo el interés que tenía en esa caza; especialmente cuando no sé contra qué estoy luchando. Casi nos morimos allí, y ni siquiera pude ver lo que iba a matarnos.

Shea asintió, comprendiéndolo, haciéndose cargo de la situación. Por primera vez en su vida, Panamon Creel se estaba preocupando de seguir vivo, aunque significase volver atrás con el orgullo gravemente herido. Ahora dependía de Shea que el viaje continuara. Keltset se mantenía alejado de los dos hombres, con sus ojos marrones claros fijos en el valense, frunciendo sus pobladas cejas en muestra de comprensión. Shea se sorprendió de nuevo por la inteligencia que percibió, profundamente arraigada en los amables ojos de la enorme criatura. Seguía sin saber nada del gigante rock troll, pero había muchas cosas que deseaba saber. Keltset era la clave de algún secreto importante y extraño que ni siquiera Panamon Creel conocía, a pesar de todas sus fanfarronadas sobre su íntima amistad.

-Las opciones son limitadas -replicó el pequeño valense al fin-. Podemos buscar a Orl Fane en este lado de la niebla y arriesgarnos a encontrarnos con las criaturas de la Calavera, o aventurarnos a un viaje de vuelta...

Su voz se calló, abandonando la idea al ver empalidecer a Panamon.

-No voy a volver a pasar por ahí, al menos ahora -declaró el asustado ladrón con vehemencia.

Sacudió la cabeza para enfatizar sus palabras al tiempo que alzaba el punzón de su mano, como queriendo apartar el aire que le había llevado aquellas absurdas palabras. Después, casi tímidamente, su típica sonrisa volvió y el viejo Panamon Creel recobró la compostura. Era una persona demasiado curtida, demasiado profesional como para permitir que algo le aterrorizase durante mucho tiempo. Tétricamente, alejó el recuerdo de lo que había sentido mientras anduvo a ciegas por el mundo de la muerte en la oscuridad, recurriendo a su larga experiencia como aventurero y ladrón de caminos para recuperar la

confianza. Si estaba destinado a morir en aquella aventura, la afrontaría con el coraje y la decisión que le había ayudado durante tantos años.

-Pensemos un minuto en la situación -murmuró a continuación, alejándose de ellos y volviendo después, ya transformado en el ser jactancioso de antes-. Si el gnomo no ha conseguido salir de esa barrera de niebla, puede que la Espada esté todavía allí; la podemos encontrar en cualquier momento. Pero si ha escapado como nosotros, ¿dónde...? -Se interrumpió a media frase, estudiando con la mirada el paisaje de alrededor como si intentase acotar las posibilidades. Keltset se apresuró a acercarse a él y señaló directamente hacia el norte, a los picos serrados que marcaban la frontera del Reino de la Calavera-. Sí, desde luego que tienes razón -dijo Panamon Creel con una ligera sonrisa-. Debe haberse dirigido hacia allí. Es el único sitio adonde podía ir.

-¿Hacia el Señor de los Brujos? -preguntó Shea de inmediato-. ¿Va a entregar la Espada al Señor de los Brujos?

El otro asintió con un gesto escueto. Shea palideció un poco ante la perspectiva de seguir al esquivo gnomo hasta la morada del Rey del Espíritu, sin contar siquiera con la fuerza mística de Allanon para que les ayudara. Si eran descubiertos, se encontrarían totalmente indefensos, salvo por las piedras élficas. Las piedras podían vencer a los Portadores de la Calavera, pero parecía bastante improbable que pudieran actuar contra una criatura tan pavorosa como Brona.

La primera pregunta era si Orl Fane habría logrado salir de la niebla traicionera. Decidieron recorrer los límites de la ondulante pared en dirección oeste, intentando encontrar algún rastro que hubiera podido dejar el gnomo en caso de haber cruzado por esa parte. Si no encontraban nada en esa dirección, probarían hacia el este. De no aparecer ninguna huella de Orl Fane, tendrían que aceptar que había caído en la neblina mortífera, y se verían forzados a volver a entrar para buscar la Espada. Ninguno se sentía atraído por esta última alternativa, pero Shea los tranquilizó un poco prometiéndoles que recurriría al poder de las piedras élficas para localizar el talismán desaparecido. Usando las piedras preciosas podría alertar al mundo espectral de su presencia, pero era un riesgo que tenían que correr si deseaban hallar algo en la negrura impenetrable.

Se pusieron en marcha, los agudos ojos de Keltset examinaban el suelo árido por si existían huellas de las pisadas del gnomo. Densas masas de niebla cubrían por completo el cielo, envolviendo la Tierra del Norte en una desagradable bruma gris. Shea intentó calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que entraron en el muro de niebla, pero no lo logró. Podían haber sido varias horas o incluso varios días. En cualquier caso, la penumbra de la tierra se estaba intensificando en indicación de la llegada del crepúsculo y, en consecuencia, de la interrupción temporal de la búsqueda de Orl Fane.

Arriba, las enormes nubes grises se oscurecían y giraban pesadamente a través de los cielos cubiertos. El viento se había levantado, soplando en ráfagas sobre los montículos desiertos y los arroyos secos, embistiendo con fuerza contra los escasos pedruscos que se interponían en su camino. La temperatura bajaba rápidamente, de tal forma que los tres se vieron obligados a arrebujarse en sus capas de montaña para seguir avanzando. Poco después tuvieron la evidencia de que se preparaba una tormenta, y los tres comprendieron consternados que el agua borraría cualquier rastro dejado por el gnomo. Y si tenían que basarse sólo en suposiciones...

Pero por un extraño golpe de fortuna, Keltset descubrió unas pisadas sobre la tierra árida; pisadas que procedían del muro de niebla y continuaban hacia el norte. El rock troll hizo notar a Panamon Creel que las marcas delataban a una persona pequeña, probablemente un gnomo, y quienquiera que fuese, iba haciendo eses y dando traspiés, quizá por estar herido o exhausto. Animados ante este descubrimiento y seguros de haber

encontrado a Orl Fane, siguieron el débil rastro hacia el norte, caminando a un paso mucho más rápido que antes. Quedó olvidada la penosa experiencia de la mañana y también la amenaza del omnipresente Señor de los Brujos, cuyo reino se encontraba en la dirección que seguían. Quedó olvidado el agotamiento y la desesperación que sintieron al perder la preciosa Espada de Shannara. Orl Fane no se les volvería a escapar.

El cielo continuaba oscureciéndose. Del oeste llegó el ronco sonido de un trueno, un amenazador retumbo transportado por la fuerza creciente del viento a lo largo y ancho de la Tierra del Norte. Iba a ser una tormenta terrible, como si la naturaleza hubiera decidido insuflar una nueva vida en aquella tierra agonizante, comenzando por limpiarla, para que su suelo volviera a ser fértil y apto para los seres vivos. El frío del aire era penetrante; y aunque la temperatura casi se había estabilizado, las rachas del viento atravesaban las ropas de los tres viajeros como cuchillos. Sin embargo, apenas lo sentían. Sus ojos escudriñaban ansiosamente el horizonte norte en busca de algún signo de su presa. El rastro cada vez era más nítido. Estaba en algún lugar delante de ellos.

El aspecto de la región empezó a cambiar de forma apreciable. El paisaje árido conservaba sus características básicas, una tierra durísima salpicada de rocas diseminadas y grupos de pedruscos, pero ahora se hacía cada vez más accidentada, dificultando el viaje. La tierra agrietada y seca era poco adecuada para caminar, ya que carecía de formas de vegetación que les ayudaran. A medida que los cerros y depresiones se alzaban más y descendían más bruscamente, los tres perseguidores tuvieron que resbalar y gatear para seguir avanzando.

El creciente viento del oeste había aumentado su fuerza y bramaba de modo ensordecedor, casi arrastrando a los humanos al soplar sobre las desoladas cimas de los cerros en frenéticas ráfagas. El polvo del suelo se levantaba en todas direcciones impulsado por el viento, chocando contra la piel, los ojos y la boca de los viajeros en violentas y pegajosas embestidas. Poco tiempo después, todo el paisaje estaba cubierto de polvo, como por una tormenta de arena en un desierto. Se hizo difícil respirar, pero menos que ver; ni incluso los agudos ojos de Keltset lograban distinguir el rastro que seguían. Era probable que el viento las hubiera borrado, pero los tres continuaron adelante.

El retumbar lejano de la tormenta había aumentado hasta convertirse en un estruendo continuo, mezclado con los destellos zigzagueantes de los rayos que se desplazaban hacia el oeste, casi sobre sus cabezas. El cielo se había vuelto negro, aunque con el efecto cegador del viento y el polvo, apenas notaron este nuevo obstáculo para la visibilidad. Una niebla densa se aproximaba poco a poco desde el horizonte occidental; una niebla que estaba formada por las cortinas de agua que impulsaba el ululante viento. Al final, aquello llegó a ser tan terrible que Panamon gritó salvajemente, imponiendo su voz al ruido del viento, para pedir un alto.

-¡Es inútil! ¡Tenemos que refugiarnos antes que la tormenta nos arrastre!

-¡No podemos abandonar ahora! -exclamó Shea con furia. Sus palabras casi fueron ahogadas por un repentino trueno.

-¡No seas estúpido! -El ladrón, de rodillas a su lado, intentaba atisbar entre el polvo que se arremolinaba, protegiéndose con sus manos de las partículas cegadoras y pinchantes. A su derecha, divisó un gran cerro formado por unos pedruscos salientes que podrían ofrecer una cierta protección contra la fuerza del viento. Haciendo una seña a los otros dos, abandonó sus intentos de seguir hacia el norte y se dirigió hacia las rocas. Gruesas gotas de lluvia empezaban a caer, golpeando con helados dedos la piel caliente de los humanos sudorosos. El estrépito de los truenos había alcanzado proporciones ensordecedoras. Shea continuaba mirando hacia el norte en la oscuridad, resistiéndose a aceptar la decisión de Panamon y abandonar la caza cuando creía que estaban muy cerca.

Habían llegado junto a las rocas, y vieron que algo se movía. El deslumbrante destello de un rayo descubrió a una pequeña figura, próxima a la cima de un alto cerro, que luchaba contra el viento para llegar arriba. Gritando frenéticamente, el valense agarró el brazo de Panamon y señaló hacia el montículo, ahora casi invisible en la oscuridad. Los tres se quedaron paralizados durante un momento, escudriñando la negrura, mientras la lluvia caía sobre ellos en cegadoras cortinas. Entonces destelló otro rayo, mostrando el montículo distante con su diminuto escalador, todavía luchando para llegar a su cima. Después, la visión desapareció y la lluvia siguió cayendo.

-¡Es él! ¡Es él! -exclamó Shea casi enloquecido-. ¡Voy a buscarlo!

Sin esperar a los otros, el inquieto valense se lanzó cuesta abajo sobre el terreno mojado, decidido a no dejar escapar la Espada otra vez.

-¡Shea! ¡No, Shea! -le llamó en vano Panamon-. ¡Keltset, ve tras él!

El gigantesco troll bajó rápidamente la cuesta y alcanzó al pequeño valense en pocas zancadas, agarrándolo con uno de sus enormes brazos y llevándolo de nuevo junto a Panamon. Shea gritaba y pateaba con furia, pero no tenía ninguna posibilidad de deshacerse del fuerte brazo del troll. La tormenta estaba ya totalmente encima de ellos. La lluvia asolaba el paisaje desnudo, arrastrando tierra y rocas por los surcos, antes secos y ahora convertidos en pequeños ríos tumultuosos. Panamon los condujo al refugio de rocas, haciendo caso omiso de las amenazas y súplicas de Shea, mientras buscaba un lugar adecuado en la ladera este del cerro, protegido del viento y de la lluvia. Tras un breve examen, eligió un punto alto en la cima que estaba limitado en tres de sus lados por grandes pedruscos, que les ofrecerían un buen resguardo contra la fuerza del viento, aunque no tan bueno contra el agua y el frío. Gateando, luchando contra las increíbles embestidas de la tormenta con las pocas fuerzas que les quedaban, los tres lograron al fin alcanzar el pequeño refugio, donde se derrumbaron exhaustos. Panamon hizo una señal a Keltset para que soltara al forcejeante Shea. El valense enfurecido, desafió al aventurero, mientras la lluvia chorreaba desde sus ojos y su boca formando pequeñas corrientes.

-¿Estás loco? -rugió contra el silbido del viento y el retumbo profundo y constante de la tormenta-. ¡Podía haberlo atrapado! Podría tenerlo...

-¡Shea, escúchame! -le cortó Panamon al instante mientras intentaba ver su rostro en la densa penumbra para afrontar su mirada furiosa-. Estaba demasiado lejos para que pudiéramos atraparlo. Nos exponíamos a ser arrastrados por el viento o herirnos al resbalar en el fango. Este lugar es demasiado traicionero incluso para dar diez pasos en una tormenta de lluvia; y aún más para andar varios kilómetros. Relájate un poco y calma tus nervios. Recogeremos los restos de ese gnomo cuando esta ventolera cese.

Durante un segundo, Shea se sintió impulsado a discutir este punto de vista, pero luego lo pensó mejor. Su furia se fue disipando a medida que recobraba el sentido común y comprendía que Panamon tenía razón.

La fuerza de la tormenta se cebaba contra la tierra desnuda, desgarrando su árida superficie y dando nueva forma a su desolado relieve. Lentamente, los cerros y montículos eran arrastrados hacia los surcos inundados, y las llanuras de Streleheim empezaron a ensancharse poco a poco hacia la vasta Tierra del Norte. Acurrucado junto a los pedruscos fríos y enormes, Shea contemplaba el agua que caía en cortinas y circulaba en torrentes interminables, enmascarando la desolación de aquella tierra agonizante. Parecía como si no hubiese ningún otro ser vivo excepto ellos tres. Quizá si la tormenta continuaba durante mucho tiempo, también ellos serían arrastrados por el agua y la vida podría empezar de nuevo, pensó desconsoladamente.

Aunque la lluvia no caía directamente sobre ellos en su refugio, no podían evitar la gélida humedad de sus ropas empapadas y la consiguiente sensación de incomodidad. Al principio, permanecieron sentados en un silencio expectante, como esperando que la tormenta aminorase para poder continuar la persecución de Orl Fane, pero el cansancio fue creciendo y pasaron a ocuparse de otros asuntos convencidos de que la lluvia y el viento se mantendrían durante todo el día. Comieron un poco, más por sentido común que por hambre, e intentaron dormir lo mejor que pudieron en aquel espacio restringido. Panamon había logrado salvar dos mantas en su mochila, protegidas por envolturas impermeables, y se las pasó a Shea. El muchacho agradecido, las rechazó, ofreciéndolas a sus amigos; pero el gigante Keltset, que raramente parecía incomodado por las circunstancias, ya estaba durmiendo. Por tanto Panamon y Shea se envolvieron en las mantas acurrucados uno junto al otro y ambos contra una pared del refugio, observando callados la lluvia que caía.

Después de un rato, empezaron a hablar de cosas del pasado, de épocas tranquilas y lugares distantes que sentían necesidad de compartir en aquella hora de vago abatimiento y soledad. Como era habitual, Panamon llevaba el peso de la conversación, pero las historias de sus viajes no eran como las de antes. Desapareció el elemento de inverosimilitud y desvarío; y por primera vez, Shea supo que el fantasioso ladrón estaba hablando del auténtico Panamon Creel. Fue una conversación trivial, casi desenfadada, la que tuvo lugar entre los dos; algo así como la conversación de dos amigos que se reúnen tras muchos años.

Panamon habló de su juventud y de los tiempos difíciles que vivió la gente que le rodeaba mientras él se hacía adulto. No eran excusas, ni disculpas, sino el simple relato de años pasados que aún quedaban retenidos en su memoria. El valense habló de su adolescencia al lado de su hermano Flick, recordando sus maravillosas excursiones a los bosques de Duln. Entre sonrisas, habló del imprevisible Menion Leah, que en cierto modo le sugería un Panamon Creel joven. El tiempo pasó sin que se dieran cuenta, la tormenta se alejó y los dos se sintieron extrañamente próximos el uno del otro. Mientras las horas transcurrían y la oscuridad llegaba, Shea empezó a comprender más a aquel hombre, a reconocerlo como no lo hubiera logrado en otras circunstancias. Quizás el ladrón también entendió un poco mejor a Shea. Así Shea quiso creerlo.

Al final, cuando la noche envolvió toda la tierra e incluso desapareció el azote de la lluvia, y no quedó más ruido que el viento y el chapoteo de los charcos y los arroyos, la conversación se trasladó al durmiente Keltset. En voz baja, los dos hombres especularon sobre el origen del rock troll, intentando comprender qué le habría llevado hasta ellos, qué le habría inducido a emprender aquel viaje suicida a la Tierra del Norte. Era su patria, ellos lo sabían, y tal vez planease volver a las distantes montañas de Charnal. Sin embargo, si no había sido expulsado de allí por su propia gente, ¿le habría ocurrido quizás algo igual de imperativo y doloroso? El Portador de la Calavera lo reconoció al verlo, ¿por qué? Incluso Panamon admitió que Keltset era algo más que un simple ladrón y aventurero. Había en su porte un tremendo orgullo y valor, una inteligencia profunda en su silenciosa determinación; y en su pasado, un terrible secreto que había decidido no compartir con nadie. Algo inexplicable le había ocurrido, y ambos hombres podían percibir que estaba relacionado con el Señor de los Brujos, aunque fuese de forma indirecta. En los ojos del Portador de la Calavera se evidenció temor al reconocer al enorme troll. Los dos siguieron hablando un rato más hasta que el sueño llegó con la madrugada; entonces se envolvieron aún más en las mantas para protegerse del frío y de la lluvia, y se dejaron arrastrar por el sopor.

XXVII

-¡Eh, tú! ¡Espera!

La rotunda orden provino de la oscuridad detrás de Flick, cortante como un cuchillo para su valor ya debilitado. Con un retardado sobresalto, el aterrorizado valense se dio la vuelta, falto incluso del suficiente valor para salir corriendo. Al fin lo habían descubierto. Era inútil sacar el pequeño cuchillo de caza que aún apretaba con fuerza bajo su capa de montaña, pero sus dedos permanecieron inmóviles mientras buscaba con la mirada la figura confusa del enemigo que se aproximaba. Comprendía poco la lengua de los gnomos, pero el tono de la voz fue suficiente para que pudiera entender la simple orden. Inmóvil, contempló cómo surgía de la oscuridad una forma voluminosa maldiciendo.

-No te quedes ahí -oyó gritar airadamente mientras la rechoncha figura se acercaba con paso torpe.

El valense lo contempló atónito. Sus gruesos brazos estaban cargados de bandejas y fuentes, a punto de dejar caer todo a cada paso titubeante de sus rollizas piernas. Casi sin pensarlo, Flick dio un salto para ayudarle, sujetando la capa superior de bandejas, percibiendo en su nariz el olor de la carne y las verduras recién cocinadas que ascendía bajo las tapas de las fuentes calientes.

-Bueno, así está mucho mejor -continuó hablando el gnomo rechoncho, tras un suspiro de alivio-. Lo hubiera tirado todo si llego a dar otro paso de esa forma. Todo un ejército acampado aquí y, ¿puedo conseguir que alguien me ayude a llevarle la cena a los jefes? Ni un gnomo se ofrece. Yo tengo que hacerlo todo. Es una locura; pero tú eres un buen tipo por ayudarme. Intentaré que seas adecuadamente recompensado con una buena comida. ¿Eh?

Flick no conseguía entender casi nada de lo que decía aquel tipo charlatán, y en realidad tampoco le importaba. Lo importante era que en definitiva no le había descubierto. Respirando agradecido, Flick acomodó su brazada de alimentos mientras su nuevo compañero continuaba divagando sobre cualquier cosa, balanceando precariamente las pesadas bandejas en sus brazos rollizos. Por debajo de la gran capucha de su capa de montaña, el cauteloso valense asentía con la cabeza insinuando que comprendía la conversación, sus ojos aún fijos en las sombras que se movían dentro de la gran tienda situada delante de ellos.

El pensamiento permanecía fijo en su mente; tenía que lograr entrar en esa tienda; tenía que saber qué pasaba allí. Pero entonces, casi como si hubiera leído en la mente de Flick, el pequeño gnomo empezó a andar hacia el refugio de lona con pasos mesurados, las bandejas ante él, su cabeza amarilla ligeramente vuelta para que su inacabable monólogo pudiera ser oído mejor por su nuevo compañero. No había duda, se disponían a servir la cena a las personas que se encontraban en la tienda, a los jefes de las dos naciones que componían el gigantesco ejército y al pavoroso Portador de la Calavera.

Esto es una locura, pensó Flick de repente; *me reconocerán en cuanto me vean.* Pero era necesario que echase una rápida ojeada dentro...

Pronto estuvieron en la entrada, de pie en silencio ante los dos gigantescos guardianes trolls que se erguían como árboles sobre la hierba. Flick no se atrevía a apartar su mirada del suelo, aunque era consciente de que si lo hacía, se encontraría cara a cara con el enemigo.

A pesar de su diminuto tamaño, el compañero de Flick gritó una orden escueta para que lo dejasen entrar, seguro de que su presencia era ansiosamente deseada por los que estaban en el interior; o al menos los alimentos que llevaba. Uno de los centinelas penetró rápidamente bajo la lona iluminada para hablar unos instantes con alguien. Un momento después reapareció, haciendo una seña silenciosa a los dos para que entrasen. Con un gesto de su cabeza hacia el tembloroso Flick, el gnomo pasó entre los guardianes al interior de la tienda y el valense, casi sin atreverse a respirar, le siguió, anhelando que sucediese otro milagro.

El interior de la gran estructura estaba bastante bien iluminado con antorchas colocadas sobre soportes de hierro encima de una gran mesa de madera que ocupaba el centro del recinto. Varios trolls de distintos tamaños se movían afanosamente, algunos llevaban planos y mapas enrollados de la mesa a un gran cofre provisto de bordes de latón, mientras otros se disponían a sentarse ante la esperada cena. Todos llevaban los adornos e insignias de los maturenos, los jefes trolls.

La parte posterior del recinto de lona estaba tapada por una gruesa cortina que ni siquiera la luz de las antorchas lograba atravesar. El aire del cuartel general era maloliente y cargado de humo, tan denso que a Flick le resultaba difícil respirar. Armas y corazas estaban apiladas ordenadamente alrededor de la habitación, y escudos abollados colgaban de estandartes de hierro a guisa de decoración. Flick podía sentir la innegable presencia del aterrador Portador de la Calavera, e inmediatamente dedujo que el oscuro monstruo se encontraba detrás de la cortina, en el otro lado de la tienda. Una criatura semejante no comía; su apariencia mortal se había convertido en polvo hacia tiempo, y el espectro que se conservaba sólo necesitaba del fuego del Señor de los Brujos para saciar su voracidad.

Entonces, súbitamente, el valense vio algo más. Al fondo del recinto, cerca de la cortina y medio oculta por el humo de las antorchas y los trolls que se movían, había una figura sentada en una silla alta de madera. Flick clavó su mirada en ella contra su voluntad, convencido durante un instante de que pertenecía al desaparecido Shea. Los trolls avanzaban ahora hacia él para coger las fuentes que llevaba y colocarlas sobre la mesa, bloqueando por un momento la visión del muchacho. Conversaban en voz baja entre ellos junto a los dos sirvientes, pero su extraña lengua era del todo ininteligible para Flick, que intentaba encogerse aún más bajo los pliegues de sus ropas para no ser reconocido a la luz de las antorchas. Podría haber sido descubierto, pero los confiados jefes trolls estaban cansados y hambrientos y demasiado concentrados en los planes de la invasión como para advertir las peculiaridades de las facciones del corpulento gnomo que les servía.

Las últimas bandejas fueron colocadas sobre la mesa al tiempo que los maturenos se reunían cansadamente alrededor para empezar a comer. El gnomo que había introducido a Flick se volvió para salir, pero el ansioso valense se demoró un momento más para volver a mirar la figura del fondo.

No era Shea. El prisionero era un elfo de unos treinta y cinco años, con unas facciones duras e inteligentes. A esa distancia era imposible decir más. Pero Flick sintió la seguridad de que se trataba de Eventine, el joven rey de los elfos del que Allanon había comentado que podía significar la diferencia entre la victoria y la derrota para la Tierra del Sur. Era la Tierra del Oeste, el reino grande y apartado del pueblo elfo, la que albergaba el más poderoso ejército del mundo aún en libertad. Si la Espada de Shannara estaba perdida, sólo aquel elfo tenía en su mano el poder para detener a la pavorosa fuerza del Señor de los Brujos; aquel elfo, un prisionero, cuya vida podía acabar a consecuencia de una simple orden.

Flick sintió una mano en el hombro y se sobresaltó ante el roce repentino.

-Vamos, vamos, tenemos que irnos -susurró la voz del pequeño gnomo ansiosamente-. Ya podrás mirarlo en otra ocasión. Seguirá estando aquí.

Flick titubeó un momento y, de repente, un atrevido plan se formó en su cabeza. Si hubiera tenido tiempo para reflexionar sobre él, la idea le hubiera aterrado, pero no había tiempo y además ya había dejado de pensar racionalmente. Era demasiado tarde para escapar del campamento y volver con Allanon antes del amanecer, y había ido a aquel horrible lugar para llevar a cabo una tarea, que seguía inconclusa. Aún no se marcharía.

-Vamos, te digo, tenemos que... Eh, ¿qué estás haciendo...?

El pequeño gnomo lanzó un grito, que no pudo contener, cuando Flick lo agarró por un brazo y lo empujó hacia los jefes trolls, que observaban con curiosidad a las dos pequeñas figuras. Flick levantó una mano y señaló inquisitivamente hacia el prisionero atado. Los trolls siguieron su gesto con los ojos de forma mecánica. Flick esperó conteniendo el aliento mientras uno de ellos daba una orden breve y los dos se encogían de hombros y asentían.

-¡Estás loco, has perdido el juicio! -dijo el pequeño gnomo entre jadeos, intentando en vano mantener la voz en un susurro-. ¿Qué te importa a ti si el elfo come o no? ¿Qué te importa si se pudre o se muere...?

Sus comentarios fueron interrumpidos. Un troll los llamó, dándoles un plato de comida con su mano nudosa. Flick vaciló un momento, dirigiendo una mirada rápida a su atónito compañero, quien meneaba la cabeza de un lado a otro refunfuñando ante la proposición.

-¡No me mires! -exclamó con brusquedad-. Fue idea tuya. ¡Dale de comer tú!

Flick no logró entender cada una de las palabras que dijo el gnomo, pero captó la esencia de la exclamación, y avanzó deprisa para recoger el plato. En ningún momento posó la mirada en nadie más de un instante, e incluso entonces las sombras de la capucha ocultaron su identidad. Se cubrió bien con la capa al acercarse cautelosamente hacia el prisionero situado al otro lado de la tienda, tratando de convencerse de que su apuesta había resultado. Si lograba aproximarse lo suficiente a la figura atada de Eventine, podría hacerle saber que Allanon estaba cerca y que iban a intentar rescatarlo. Todavía temeroso, volvió a mirar hacia atrás, pero los jefes trolls habían vuelto a su cena y sólo el pequeño cocinero gnomo le observaba. Flick era consciente de que si hubiese intentado aquella maniobra demencial en cualquier otro sitio que no fuese las mismas fauces de las fuerzas enemigas, habría sido descubierto de inmediato. Pero allí, en el mismo cuartel general, con la espeluznante presencia del Portador de la Calavera a sólo unos metros y toda el área rodeada por miles de soldados de la Tierra del Norte, la idea de que alguien se hubiese infiltrado en el campamento y sobre todo, en la tienda más protegida, resultaba descabellada.

Sigilosamente, Flick caminó hasta el cautivo, con su cara aún escondida en el hueco de la capucha y el plato de comida extendido ante él. Eventine tenía la estatura y la complexión normal de un hombre; era muy alto para ser elfo. Llevaba ropas de montaña, cubiertas por los restos de un chaleco de cota de malla, y la insignia destrozada de la casa de Elessedil todavía visible bajo la luz tenue de las antorchas. Su cara estaba llena de magulladuras y cortes, causados en apariencia por la batalla que había concluido con su captura. A primera vista, nada en él llamaba la atención; no era el tipo de persona que podría reconocerse fácilmente dentro de un grupo. Su expresión era seria e impasible cuando Flick se detuvo delante de él; sus pensamientos debían de estar concentrados en algún otro lugar. Entonces su cabeza se movió ligeramente al darse cuenta de que estaba siendo observado, y sus profundos ojos verdes se fijaron en la figura que tenía delante.

Al ver aquellos ojos, Flick se quedó petrificado por la impresión. Reflejaban un propósito feroz, una apasionada fuerza de carácter y una convicción interior que le recordó a Allanon, en cierta forma. Penetraron en él, captando su mente como si le obedeciera. No había visto esa mirada en ningún otro hombre, ni siquiera en Balinor, al que siempre había considerado un líder natural. Al igual que los oscuros ojos del druida, los del rey elfo le aterrorizaron. Bajó la vista hacia el plato de comida que sostenía en sus manos y reflexionó un momento sobre qué podría hacer a continuación. Cogió con la punta del tenedor un pedazo de comida aún caliente. Aquel rincón de la tienda estaba débilmente iluminado, y la niebla del humo ayudaba también a ocultar sus movimientos del enemigo. Estaba seguro de que sólo el pequeño gnomo lo miraba con atención, pero un simple error haría que todos cayesen sobre él.

Alzó la cabeza lentamente hasta que la luz de las antorchas descubrió sus facciones al cautivo expectante. Cuando sus miradas se encontraron, un parpadeo de curiosidad atravesó el rostro impasible del elfo y una de sus cejas se levantó de pronto. Flick frunció los labios para indicarle que guardara silencio, y de nuevo bajó la vista hacia la comida. Eventine, atado, no podía alimentarse solo, de modo que empezó a darle de comer lenta y cautelosamente, mientras planeaba su paso siguiente. Ahora el rey de los elfos sabía que él no era un gnomo, pero Flick temía hablarle, aunque sólo fuese en un susurro, por si los otros le oían. De repente recordó que el Portador de la Calavera estaba justo al otro lado de la gruesa cortina, quizá sólo a unos centímetros de allí, y si poseía un oído más preciso de lo normal..., pero no quedaba otra alternativa; debía comunicarse de algún modo con el prisionero antes de irse. No había otra posibilidad. Haciendo acopio del poco valor que le quedaba, el muchacho se inclinó un poco más, mientras levantaba el tenedor, interponiéndose con cuidado entre Eventine y los trolls.

-Allanon.

La palabra fue pronunciada en un susurro apenas audible. Eventine tomó el pedazo de comida que le ofrecía y asintió ligeramente, manteniendo el rostro impasible. Flick ya había hecho bastante. El momento de retirarse había llegado. No debía tentar más a la suerte. Con el plato de comida medio lleno, se volvió lentamente y atravesó el recinto hacia el gnomo cocinero que esperaba, cuya cara reflejaba una mezcla de enojo y nerviosismo. Los jefes trolls seguían comiendo cundo pasó junto a ellos, hablando en tono serio y voz baja. Ni siquiera levantaron la vista. Flick entregó el plato al gnomo al llegar junto a él, murmurando algo incoherente; después salió deprisa de la tienda entre los dos guardianes gigantes, antes de que su compañero tuviese tiempo de actuar. Mientras se alejaba con paso despreocupado, el pequeño gnomo apareció en la abertura de la entrada, gritando y refunfuñando frases entrecortadas que el valense no podía ni siquiera comprender. Flick se volvió y le hizo un gesto de despedida con la mano, sonriendo y desapareciendo en la oscuridad.

Al amanecer, el ejército de la Tierra del Norte inició su marcha en dirección al sur, hacia Callahorn. Flick no había logrado aún escapar del campamento; por tanto, mientras el triste y preocupado Allanon vigilaba desde su escondite en los Dientes del Dragón, el sujeto de sus temores se vio obligado a continuar su simulación un día más. La intensa lluvia matutina convenció al valense de que debía salir corriendo para ponerse a salvo, seguro de que el agua disolvería todo el color que Allanon había aplicado a su piel para darle un tono amarillo. Pero escapar a la luz del día era imposible, así que se envolvió en la capa y trató de pasar inadvertido. No tardó mucho en estar empapado. Agradablemente sorprendido, descubrió que el color amarillo de su piel se mantenía a pesar de las circunstancias. Quizá se había aclarado un poco, pero con la excitación del campamento en plena movilización, nadie tenía tiempo de fijarse en los demás. De hecho, fue el espantoso

tiempo lo que salvó a Flick de ser atrapado. En un día caluroso de verano, lleno de luz y alegría, todo el mundo se hubiera sentido más dispuesto a intercambiar bromas y saludos. Si hubiese hecho sol, no hubieran sido necesarias las gruesas capas, y Flick habría atraído la atención de todo el mundo al continuar llevando la suya. Y en caso de quitársela, los habitantes del Norte habrían visto de inmediato su imperfecto enmascaramiento. La luz del sol hubiera revelado, a todo aquel que le hubiese dirigido una breve ojeada, que no se parecía ni remotamente a un gnomo en la estructura ósea de su cara y en sus características facciones. La lluvia fuerte y el viento salvaron de todo esto a Flick, y le permitieron permanecer aislado y oculto cuando la enorme fuerza invasora avanzó pesadamente por las praderas hacia el reino de Callahorn.

El mal tiempo persistió durante el resto del día y, tal como se presentaba, duraría varios más. Las nubes de tormenta se situaron entre el sol y la tierra en grandes masas grises y negras que se agitaban y ondulaban con feroz descontento. La lluvia caía sin freno, a veces en violentas cortinas de agua arrastradas por la fuerza inexorable del viento del oeste, otras en una llovizna continua y melancólica que creaba la falsa esperanza de que terminaría pronto. El aire helado, casi cortante, dejaba al ejército empapado, tiritando y desconsolado.

Flick siguió la cansada y desagradable marcha durante todo el día, calado hasta los huesos, pero aliviado al poder moverse sin llamar la atención. Procuró no caminar en un grupo determinado durante demasiado tiempo, manteniéndose siempre aparte, evitando siempre las situaciones que pudieran obligarle a entablar una conversación con alguien. La fuerza invasora del norte era tan enorme que resultaba fácil no encontrar dos veces a los mismos individuos, y su suplantación era facilitada por el hecho de que no parecía haber ningún intento manifiesto de mantener una disciplina en la marcha del ejército. O la disciplina era excesivamente relajada o estaba tan inculcada en cada soldado que no eran necesarios los oficiales para mantener el orden. Flick no podía creer esto último y concluyó que el miedo a los omnipresentes Portadores de la Calavera o al misterioso Amo disuadían a los trolls y a los gnomos de cometer cualquier tontería. En todo caso, el valense seguía siendo un miembro del ejército de la Tierra del Norte y esperaba su oportunidad al amanecer, cuando planeaba realizar su escapada hasta donde se encontraba Allanon.

Hacia media tarde, el ejército llegó a la orilla del alto Mermidon, justo enfrente de la ciudad isla de Kern. De nuevo, la fuerza invasora acampó. Los jefes se dieron cuenta de que, debido a las intensas lluvias, era imposible cruzar el río sin exponerse a grandes peligros; y aunque así no fuese, se necesitarían grandes balsas capaces de transportar la enorme cantidad de soldados hasta la otra orilla. No tenían balsas, de modo que debían construirlas. Eso requeriría varios días, y para entonces las tormentas habrían disminuido y las aguas del Mermidon se habrían retirado lo suficiente para que pudieran ser atravesadas con facilidad. Al otro lado del río, en la ciudad de Kern, habían divisado ya a la fuerza de la Tierra del Norte, mientras Menion Leah aún dormía en la casa de Shirl Ravenlock, y el pueblo empezaba a asustarse al darse cuenta de la magnitud del peligro. La fuerza invasora del enemigo no pasaría de largo ante Kern para proseguir hasta Tyrsis, el objetivo principal. Kern debía ser tomada considerando el tamaño de la ciudad y las posibilidades del reducido ejército que la defendía, eso no sería difícil. Sólo la crecida del río y la tormenta inesperada retrasaban su caída.

Flick no sabía nada de esto; sus pensamientos estaban concentrados en su proyectada huida. La tormenta podía amainar en un par de horas, dejándolo indefenso en el mismo centro del campamento enemigo. Y aún peor, la verdadera invasión de la Tierra del Sur estaba en marcha, y en cualquier momento podría producirse una batalla con la Legión

Fronteriza de Callahorn. ¿Y si se viese obligado a luchar como un gnomo contra sus propios amigos?

Flick había cambiado mucho desde su primer encuentro con Allanon en Val Sombrío, desarrollando una fuerza interior, madurez, y seguridad en sí mismo que nunca pensó que llegaría a poseer. Pero las últimas veinticuatro horas habían supuesto una prueba de valor y perseverancia que incluso un guerrero experimentado como Hendel habría encontrado aterradora. El valense, inexperto y vulnerable, podía sentir que se encontraba al borde del desmoronamiento bajo las extremadas presiones, de abandonarse a la terrible sensación de miedo y duda que lo consumía cada minuto que pasaba.

Había decidido emprender el peligroso viaje a Paranor por Shea, que era la única persona capaz de contrarrestar su pesimismo y su desconfianza. Ahora había perdido a Shea desde hacía días, contando con pocos indicios sobre si estaba vivo o muerto, y aunque se había negado a abandonar la esperanza de volver a encontrarlo, nunca se había sentido más solo. Estaba en una tierra extraña, envuelto en una loca aventura contra una criatura misteriosa que no pertenecía al mundo de los mortales, y además ahora se encontraba entre miles de soldados de la Tierra del Norte que lo liquidarían sin pensárselo dos veces en cuanto descubriesen quién era en realidad. La situación parecía disparatada, y estaba empezando a dudar que existiera algo real en lo que estaba haciendo.

Mientras el enorme ejército acampaba en las orillas del Mermidon bajo las sombras de la tarde y la luz gris del crepúsculo, el triste y aterrado muchacho se movía con nerviosismo por el campamento, intentando desesperadamente conservar su menguante decisión. La lluvia continuaba cayendo sin pausa, enmascarando los rostros y los cuerpos hasta que fueron meras sombras que se movían en la oscuridad, empapando a los humanos y a la tierra de una bruma inhóspita y fría. Era impensable hacer un fuego con un tiempo semejante, de modo que la noche siguió oscura e impenetrable y los soldados sin rostro. Mientras Flick avanzaba con sigilo por el campamento, anotaba mentalmente la disposición de las tiendas de los jefes, el despliegue de las fuerzas de gnomos y trolls, y la situación de las líneas de centinelas, pensando que esta información podría ser de algún valor para Allanon si quería planear el rescate del rey de los elfos o defenderse del ejército de la Tierra del Norte.

Localizó de nuevo sin dificultades la gran tienda que albergaba a los trolls maturenos y a su valioso prisionero, pero, al igual que el resto del campamento, estaba oscura y fría, envuelta en niebla y lluvia. No había ninguna manera de averiguar si Eventine estaba aún allí; podría haber sido trasladado a otra tienda o incluso alejado del campamento durante la marcha hacia el sur. Los dos centinelas trolls permanecían apostados en la entrada, pero no había signo alguno de movimiento en el interior. Flick estudió la estructura silenciosa durante varios minutos y después se alejó con sigilo.

Al caer la noche, cuando los trolls y los gnomos se retiraron a dormir sobre el suelo mojado, Flick decidió llevar a cabo su escapada. No sabía dónde encontrar a Allanon, pero tenía la sensación de que el gigante druida habría seguido a la fuerza invasora en su avance hacia Callahorn. Bajo la lluvia y la oscuridad, sería casi imposible dar con él, y lo mejor sería esconderse en algún lugar hasta que amaneciera y después intentar encontrarlo. Avanzó en silencio hasta los límites del campamento por el lado este, caminando con cuidado entre las formas acurrucadas de los humanos medio dormidos, zigzagueando entre los pertrechos y armaduras, todavía envuelto protectoramente en la capa de montaña totalmente empapada.

Habría podido caminar por el campamento sin ningún disfraz aquella noche. Además de la oscuridad y de la persistente llovizna, que ya empezaba a disminuir, una niebla baja había llegado desde las praderas, cubriéndolo todo de tal manera que apenas podía verse a

más de un metro de distancia. Sin quererlo, Flick se encontró pensando en Shea, dándose cuenta de que su hermano había sido la causa principal de que se introdujera en el campamento, disfrazado de gnomo. No había averiguado nada sobre él, aunque tampoco lo había esperado con mucho convencimiento. Iba dispuesto a ser descubierto y capturado a los pocos minutos de entrar. Sin embargo, aún estaba libre. Si podía escapar ahora y encontrar a Allanon, quizás encontraran una forma de ayudar al rey de los elfos y...

Se detuvo, agachándose de pronto junto a un montón de pertrechos cubiertos por una lona. Incluso si lograba encontrar el camino que lo reuniera con el druida, ¿qué podían esperar hacer por Eventine? Tardarían algún tiempo en encontrar a Balinor en la ciudad amurallada de Tyrsis, y les quedaba poco. ¿Qué sería de Shea mientras intentaban buscar el modo de rescatar a Eventine? ¿Quién era más valioso que su hermano para la Tierra del Sur, estando perdida la Espada de Shannara? ¿Y si Eventine supiese algo sobre Shea? ¿Y si supiera dónde estaba o quizá incluso dónde había sido llevada la Espada?

La mente cansada de Flick empezó a recorrer rápidamente todas las posibilidades. Tenía que encontrar a Shea; nada era más importante para él que eso. No quedaba nadie para ayudarle desde que Menion se marchó a alertar a las ciudades de Callahorn. Incluso Allanon parecía haber agotado sus enormes recursos sin resultado alguno. Pero Eventine podía conocer el paradero de Shea, y sólo Flick estaba en una posición para hacer algo respecto a esa posibilidad.

Tiritando en el aire frío de la noche, apartó la lluvia de sus ojos y oteó en la niebla, confundido y escéptico. ¿Cómo podía haber considerado siquiera la posibilidad de volver? Se encontraba ya prácticamente al borde del pánico y del agotamiento sin correr mayores riesgos. Sin embargo, la noche era perfecta: oscura, brumosa, impenetrable. Una oportunidad semejante podría no volverse a producir en el tiempo que quedaba, y no había nadie para aprovecharla excepto él. *¡Qué locura, qué locura!,* pensó desesperado. Si volvía allí, si intentaba liberar a Eventine solo... lo matarían.

Sin embargo, decidió de pronto que eso era exactamente lo que iba a hacer. Shea era quien más le preocupaba y el prisionero parecía ser la única persona capaz de tener algún conocimiento de lo ocurrido a su hermano desaparecido. Había llegado hasta allí solo, pasando veinticuatro horas angustiosas, intentando mantenerse oculto, seguir vivo en un campamento de enemigos que en cierto modo le habían ignorado. Había conseguido incluso introducirse en la tienda de los jefes trolls, acercarse lo suficiente al gran rey de los elfos para pasarle un breve mensaje. Quizá todo había sido el resultado de una suerte ciega, milagrosa y fugaz; sin embargo, ¿podía huir ahora con tan pocos resultados? Sonrió ligeramente ante un confuso sentimiento de heroicidad, un irresistible desafío que siempre había olvidado, pero que ahora le atrapaba y que indudablemente le llevaría a la ruina. Helado, exhausto, a punto de un colapso mental y físico, se sometería a este último peligro porque las circunstancias lo habían colocado en ese momento y en ese lugar. Él solo. Cómo sonreiría Menion Leah si lo viera, pensó con ironía, deseando al mismo tiempo que el bravo habitante de las tierras altas estuviese allí para prestarle un poco de su temerario valor. Pero Menion no estaba, y el tiempo se escapaba rápidamente...

Entonces, casi antes de darse cuenta, había desandado su recorrido entre los soldados dormidos y la neblina espesa, y se encontraba agazapado, conteniendo la respiración, a pocos metros de la gran tienda de los maturenos. La niebla y su propio sudor resbalaban en pequeños riachuelos por su rostro ardiente y hasta por sus ropas mojadas, mientras contemplaba inmóvil y en silencio su objetivo. Las dudas atosigaban con crueldad su cerebro exhausto. La terrible criatura que servía al Señor de los Brujos, el instrumento de muerte oscuro y desalmado que antes se encontraba allí, lo destruiría sin pensarlo. Probablemente aún estaba dentro, esperando en una vigilia sin descanso cualquier loco

atentado como el suyo de liberar a Eventine. Y aún peor, el rey de los elfos podía haber sido trasladado, llevado a otro lugar...

Flick se obligó a apartar las dudas y respiró hondo. Poco a poco, reunió el valor suficiente y terminó de estudiar el recinto de lona, que no era más que una sombra borrosa en la ininterrumpida oscuridad. Ni siquiera podía distinguir las figuras de los gigantescos guardianes trolls. Introdujo una mano en su túnica mojada bajo la capa y sacó el cuchillo corto de caza, la única arma de que disponía. Fijó sobre la lona de la silenciosa tienda la posición donde imaginaba que Eventine se encontraba en el momento en que le dio de comer la noche anterior. Después empezó a reptar hacia delante lentamente.

Se agachó junto a la lona mojada de la gran tienda; la tela helada rozó su mejilla mientras escuchaba los sonidos de vida humana que se agitaban en el interior. Debió de estar allí durante unos quince minutos, inmóvil en la niebla y la oscuridad mientras escuchaba con atención los sonidos de las respiraciones profundas y ronquidos intermitentes que emitían los dormidos habitantes del Norte. Durante unos segundos, consideró la idea de introducirse por la entrada principal de la estructura, pero descartó la idea al pensar que una vez en el interior, tendría que abrirse paso a tientas en la oscuridad entre los cuerpos de los trolls hasta llegar a Eventine. En vez de eso, eligió la parte de la tienda donde calculó que la gruesa cortina formaba la división; a un lado de la cual se encontraría atado el rey. Entonces, con angustiosa lentitud, insertó la punta de su cuchillo de caza en la lona mojada y empezó a cortar hacia abajo, hilo por hilo, menos de un centímetro en cada golpe de presión.

Nunca sabría el tiempo que tardó en cortar un metro; sólo la interminable rasgadura en el silencio de la noche, el miedo de que el débil sonido de la tela al ser cortada pudiera despertar a quienes estaban en la tienda. Mientras pasaban los largos minutos, empezó a sentirse solo en el gigantesco campamento, desierto de toda vida humana bajo el velo negro de niebla y lluvia. Nadie se acercó a él, o al menos no vio pasar a nadie, y a sus atentos oídos no llegó ningún sonido de voz humana. Era como si se encontrara solo en el mundo durante aquellos minutos breves y desesperados...

Entonces la raja vertical en la lona reluciente le invitó a entrar. Avanzó con cuidado, introduciendo una mano para palpar el interior al otro lado de la abertura. No halló nada excepto el suelo de lona, seco, pero tan frío como la tierra húmeda pegada a sus rodillas y a sus pies. Después metió la cabeza, atisbando con miedo en la profunda negrura interior llena de sonidos de los que dormían. Esperó a que sus ojos se adaptaran a esta nueva oscuridad, intentando convertir su respiración en un susurro, sintiéndose terriblemente desprotegido por la espalda que aún no estaba dentro de la tienda, vulnerable ante cualquiera que se le ocurriese pasar.

Sus ojos tardaban demasiado tiempo en adaptarse y no podía correr el riesgo de ser descubierto por cualquier posible transeúnte, de modo que se aventuró a meterse un poco más, deslizando su robusto cuerpo a través de la abertura y hacia el oscuro refugio de la tienda. Las fuertes respiraciones y los ronquidos continuaron inalterados, y de vez en cuando se oía el ruido de algún cuerpo que cambiaba de posición. Pero nadie estaba despierto. Flick permaneció agachado dentro de la tienda durante minutos interminables, sus ojos se esforzaron en distinguir las leves sombras de los hombres, las mesas y los pertrechos contra la negrura de la noche.

Transcurrió una eternidad, o eso le pareció, pero al fin fue capaz de distinguir las figuras de los que dormían sobre el suelo de la tienda, sus cuerpos enrollados en las gruesas mantas. Descubrió con sorpresa que a pocos centímetros de su cuerpo tambaleante yacía dormitando una figura inmóvil. Si hubiera intentado dar un paso más antes de que sus ojos se ajustasen a la oscuridad, habría tropezado con ella y sin duda despertado al que

dormía. La conocida sensación de terror retornó a él de inmediato, y durante un momento luchó contra el pánico creciente que le pedía volverse y salir corriendo. Podía sentir el sudor que resbalaba por su cuerpo encogido bajo la ropa empapada, trazando caminos delgados y serpenteantes al tiempo que su respiración se volvía más ronca. En ese momento era consciente de todas sus sensaciones, de su mente a punto de derrumbarse; sin embargo, más tarde no recordaría ninguna de esas sensaciones. Afortunadamente, quedarían bloqueadas en su memoria, y sólo conservaría grabada con claridad en su cerebro la imagen de los trolls maturenos durmiendo y el objetivo de su búsqueda: Eventine. Flick lo localizó rápidamente, su delgada figura ya no estaba sentada en la silla de madera junto a la gruesa cortina, sino tumbada en el suelo de lona a poca distancia de él, sus ojos oscuros abiertos y atentos. Flick había calculado correctamente su punto de entrada, y ahora se adelantó con sigilo hasta el rey para cortar con su cuchillo de caza las cuerdas tensas que le ataban las manos y los pies.

Un segundo después, el elfo estuvo libre, y dos sombras se movieron con rapidez hasta llegar a la abertura vertical en un lado de la tienda. Eventine se detuvo un momento para recoger algo de al lado de uno de los trolls que dormía. Flick no esperó a ver qué era, sino que se apresuró a atravesar la raja hacia la oscuridad neblinosa del otro lado. Una vez fuera, se agachó en silencio junto a la tienda, observando si algo se movía. Pero sólo la persistente llovizna interrumpía el silencio profundo de la noche. Más tarde, la lona se separó otra vez, y el elfo la atravesó y se agazapó junto a su liberador. Llevaba un capote de monte y un sable. Tras arrebujarse en la capa, se detuvo un momento y sonrió al aterrado Flick, apretándole la mano como un gesto de gratitud. El valense le devolvió una sonrisa satisfecha.

Así fue como Eventine Elessedil fue rescatado, arrancado de las mismas fauces del enemigo que dormía. Fue el momento más sublime para Flick Ohmsford. Ahora sentía que lo peor estaba superado, que una vez fuera de la tienda de los maturenos con Eventine libre, escapar del campamento no ofrecía ninguna dificultad. Ni siquiera se le ocurrió mirar más allá de la entrada de la tienda de los jefes trolls. Ahora era el momento de hacerlo, pero mientras los dos estaban detenidos en las sombras, pasó el momento y se perdió la oportunidad.

Desde algún lugar apartado, se aproximaban a grandes pasos tres trolls centinelas armados que instantáneamente divisaron a las dos figuras agazapadas junto a la tienda de los maturenos. Durante un momento, todos se quedaron inmóviles; después, lentamente, Eventine se levantó, colocándose delante de la rendija de la tela. Ante el atónito Flick, el rey con rápida agudeza saludó a los trolls, hablándoles fluidamente en su propia lengua. Vacilantes, los centinelas se aproximaron bajando sus lanzas al escuchar el sonido familiar de sus palabras. Eventine se apartó descubriendo la raja, previniendo a Flick con un gesto, mientras los despreocupados trolls se precipitaban hacia allí. El muchacho aterrorizado, dio un paso para retirarse, apretando en sus manos bajo la capa el corto cuchillo de caza. En el momento en que los trolls llegaron, con los ojos aún fijos en la lona rasgada, el rey de los elfos los eliminó con el sable.

Dos de los trolls fueron silenciados antes de que tuvieran la oportunidad de defenderse, sus gargantas cortadas de un tajo. El otro lanzó un grito pidiendo ayuda y se lanzó salvajemente sobre Eventine hiriéndolo en el hombro; luego, también él cayó inerte sobre la tierra fangosa. Durante un momento, el silencio volvió. Flick seguía pálido junto a la lona de la tienda, mirando con horror a los trolls muertos mientras el rey intentaba en vano contener la hemorragia del corte de su hombro. Después oyeron el claro sonido de unas voces próximas.

-¿Por dónde? -susurró Eventine con voz áspera, todavía blandiendo en su mano ilesa el sable ensangrentado.

En silencio, el valense se acercó a toda prisa al elfo y señaló hacia la oscuridad que había tras él. Las voces se hicieron más fuertes y llegaban desde más de una dirección. Con rapidez, sin decir una palabra, los dos fugitivos se alejaron corriendo de los cuarteles de los trolls durmientes. Dando tropezones entre las tiendas envueltas en la niebla y los pertrechos amontonados, incapaces de distinguir el terreno seco entre los charcos y cegados por la oscuridad y la neblina, los dos se abrieron paso para alejarse de sus perseguidores. Las voces se desvanecieron en los lados para quedarse sólo detrás, alzándose de repente en gritos de alarma al descubrir los cuerpos de los centinelas. Los dos continuaron su precipitada huida mientras el sonido profundo y persistente de un cuerno de guerra interrumpía el sueño nocturno del ejército de la Tierra del Norte y todos los soldados despertaban ante la llamada a la lucha.

Flick iba delante, intentando con toda su voluntad recordar la forma más rápida de salir del campamento. Ahora corría a ciegas, aterrado, carente de toda razón, sólo pensando en llegar a la seguridad, a la silenciosa oscuridad más allá de aquel abominable campamento. Esforzándose por seguir al valense a pesar del dolor, con el hombro sangrando copiosamente por la herida de la lanza, Eventine se dio cuenta del estado en que estaba su joven salvador y lo llamó en vano, intentando advertirle que tuviera cuidado.

Demasiado tarde. Las palabras acababan de salir de su boca, cuando corrían directamente hacia una banda de guerreros de las Tierras del Norte que todavía se tambaleaban por el sueño que había interrumpido el toque del cuerno de guerra. Todos cayeron en una maraña de brazos y piernas, ambos sorprendidos e incapaces de evitar el choque. Flick sintió que le desgarraban su capa de montaña mientras era pateado y abofeteado por pies y manos invisibles, y enloquecido de terror, se defendió acuchillando salvajemente con su arma corta cualquier cosa que estuviese a su alcance. De sus atacantes surgían exclamaciones de dolor y furia; y durante un momento, los brazos y las piernas se retiraron y pudo liberarse otra vez. Se puso en pie de un salto, sólo para ser derribado de nuevo. Captó el débil destello de la hoja de una espada que pasó rozando su cabeza y levantó su cuchillo para defenderse del golpe. Durante varios minutos todo fue un caos mientras el valense se revolvía y revolcaba entre un montón de manos que le agarraban y de cuerpos pesados; la noche neblinosa, una confusión de voces salvajes y cuerpos forcejeantes. Recibió golpes y cortes imposibles de numerar. A veces, era retenido contra el suelo, pero siempre se reincorporaba a los pocos segundos, empujando para liberarse al tiempo que llamaba a Eventine con desesperación.

Durante varios minutos trataron de inmovilizarlo y desarmarlo, pero el aterrado valense luchaba con tal violencia que no lograron contenerlo. Eventine se precipitó en su ayuda, abriéndose paso a golpes entre la masa de atacantes hasta llegar al joven. Al final, aquellos se retiraron dispersándose en la oscuridad. Tras abatir a su último oponente, un perseverante gnomo bastante grande que retenía con su propio cuerpo al forcejeante Flick, el rey agarró a su libertador por el cuello de la túnica y lo levantó de un tirón. El hombre del valle continuó peleando durante unos instantes; luego, dándose cuenta de quién era el que le aguantaba, se relajó de repente, con el corazón latiendo desbocado. A su alrededor, los sonidos de los cuernos de guerra resonaban con tonos ensordecedores que lo ocupaban todo, mezclándose con las voces crecientes del campamento que despertaba. En vano trató de escuchar lo que el otro le decía, su cabeza aún se resentía de los contundentes golpes.

-No corras, camina sin apresuramiento. Al correr sólo conseguiremos llamar la atención. ¡Vamos!

Las palabras de Eventine se apagaron en la oscuridad al tiempo que su fuerte mano agarraba el hombro de Flick y le daba la vuelta. Sus ojos se cruzaron un momento, pero el muchacho sólo pudo afrontar la penetrante mirada del rey durante un momento sintiendo que le quemaba hasta su corazón aterrado. Avanzaron hacia el exterior del campamento, uno junto a otro, con las armas preparadas. Flick pensaba ahora deprisa pero con claridad, recordando vagas marcas en el campamento que indicaban que seguían la dirección correcta. El miedo fue enterrado al tiempo que se apoderaba de él un frío sentimiento de determinación, fomentado en parte por la fuerte presencia que marchaba a su lado en silencio. Podría haber sido el propio Allanon, tan firme era la confianza que irradiaba el rey de los elfos.

Docenas de enemigos pasaron corriendo, algunos cerca de ellos, pero ninguno se detuvo ni les habló. Inconmovibles, los dos fugitivos atravesaron tranquilamente el caos en que se había sumido el campamento ante el inesperado aviso de guerra, moviéndose con seguridad hacia las líneas de centinelas que rodeaban el campamento. Los gritos continuaron, aunque poco a poco fueron quedando detrás. La lluvia había cesado de repente, pero la densa niebla continuaba cubriendo las praderas, desde Streleheim hasta el Mermidon. Flick echó una ojeada a su callado compañero, advirtiendo con preocupación que la esbelta figura estaba ligeramente inclinada por el dolor, con el brazo izquierdo colgando y sangrando en abundancia. El valiente elfo se estaba cansando, debilitándose cada vez más por la pérdida de sangre, su rostro estaba pálido y demacrado por el esfuerzo que le costaba seguir en pie. De forma inconsciente, Flick aflojó el paso, manteniéndose junto a su compañero por si tropezaba.

En poco tiempo llegaron al perímetro del campamento; tan pronto, de hecho, que el aviso de lo que había sucedido en el cuartel general de los maturenos aún no había llegado a los centinelas. Pero el cuerno de guerra los había puesto en guardia, y estaban cerca del campamento en pequeños grupos con sus armas preparadas. Por ironías del destino, creyeron que el peligro procedía del exterior. Sus ojos miraban a lo lejos, permitiendo que Eventine y Flick se aproximasen sin ser detectados hasta llegar a sus propias líneas. El rey no vaciló, avanzando entre los puestos con paso seguro, confiando en que la oscuridad, la niebla y la confusión evitarían que fuesen descubiertos.

El tiempo se estaba agotando. En pocos minutos todo el ejército estaría movilizado y preparado para luchar, y en cuanto descubriesen que había logrado escapar, enviarían a los rastreadores tras él. Para estar a salvo tendría que llegar hasta las fronteras de Kern, en el sur; o como alternativa, a los Dientes del Dragón y los bosques circundantes, en el este. Tardaría varias horas en ambos casos y sus fuerzas se estaban acabando. Ahora no podía detenerse, incluso aunque ello significase arriesgarse a ser descubierto al pasar por campo abierto sin ninguna protección.

Pasaron con audacia entre dos partidas de centinelas, sin mirar ni a derecha ni a izquierda mientras se adentraban en el vacío de las praderas abiertas. Lograron no llamar la atención sobre ellos hasta haber superado el perímetro de las líneas de guardianes. De repente, varios centinelas los divisaron en el mismo momento y los llamaron. Eventine se giró un poco e hizo un saludo con la mano sana, contestándoles en el lenguaje de los trolls, sin dejar de caminar mientras se adentraba en la oscuridad. Flick lo siguió cautelosamente, pendiente de los centinelas que les observaban aún indecisos. Entonces, de pronto, uno de ellos volvió a llamarlos y empezó a avanzar hacia ellos, haciéndoles señas con la mano para que se detuvieran. Eventine gritó a Flick que corriese, y la caza continuó. Mientras los dos fugitivos emprendían una carrera para ponerse a salvo, unos veinte guardianes se lanzaron en su persecución, blandiendo sus lanzas y profiriendo gritos salvajes.

Fue una lucha desigual, desde el comienzo. Tanto Eventine como Flick eran ágiles y rápidos y en circunstancias normales podrían haber dejado atrás a quienes los seguían. Pero el elfo estaba gravemente herido y debilitado por la pérdida de sangre, mientras que el valense estaba exhausto por las penurias pasadas en los últimos dos días. Los perseguidores estaban descansados y eran fuertes, y además habían comido. Flick sabía que su única salvación era encontrar un escondite en la niebla oscura con la esperanza de que sus enemigos no pudieran encontrarlos. Jadeando, tropezando, forzaron sus débiles cuerpos hasta los límites de su resistencia física. Todo se volvió borroso a su alrededor entre la niebla persistente y el suelo resbaladizo de las praderas. Corrieron hasta que pensaron que ya no podían correr más, sin encontrar montañas, ni bosques ni ningún lugar donde esconderse.

De pronto, de la oscuridad que se extendía ante ellos, surgió una lanza con la punta de hierro que atravesó la capa de Eventine y lo inmovilizó contra la tierra húmeda. *El perímetro exterior de vigilancia,* pensó Flick con horror; ¡se había olvidado de eso! Una figura borrosa surgió de la niebla, lanzándose sobre el elfo caído. Con sus últimas fuerzas, el rey herido se giró hacia un lado súbitamente para esquivar la hoja de la espada que se enterró en la tierra junto a su cabeza, en el mismo instante que asestaba una estocada hacia arriba. Al clavarle la hoja, el asaltante cayó hacia delante con un jadeo repentino.

Flick se quedó inmóvil en su sitio, mirando con desesperación a su alrededor en busca de nuevos atacantes. Pero sólo era un centinela aislado. Se precipitó sobre su compañero, arrancó la lanza que lo sujetaba y tiró de él, tratando de levantarlo con un esfuerzo sobrehumano. Eventine dio unos cuantos pasos antes de volverse a derrumbar en el suelo. Aterrado, Flick cayó de rodillas a su lado y empezó a zarandearlo para que se reanimara.

-No, no, estoy acabado -dijo con voz ronca al fin-. No puedo seguir...

Tras ellos, los gritos de los guerreros del Norte surgían de la oscuridad. ¡Sus perseguidores se acercaban! Nuevamente Flick intentó en vano tirar del cuerpo laxo para ponerlo de pie, pero en esta ocasión no logró ninguna respuesta. Con impotencia, el valense atisbó en la oscuridad alrededor de él, su corto cuchillo de caza ya preparado. Era el fin. Como último recurso desesperado, se le ocurrió gritar salvajemente en la oscuridad y la niebla.

-¡Allanon! ¡Allanon!

La llamada se desvaneció rápidamente en la noche. La lluvia había empezado de nuevo, cayendo en una llovizna lenta sobre la tierra ya sobresaturada, para formar grandes charcos y barrizales sobre las silenciosas praderas. El alba no tardaría más de una hora en llegar, aunque era imposible saber la hora exacta con un tiempo como aquél. Flick se agachó en silencio junto al rey inconsciente y escuchó los ruidos de los humanos que estaban en la proximidad. Por las voces pudo deducir que se acercaban, aunque todavía no lo habían visto. Para mayor ironía de la situación, se dio cuenta de que después de haberlo arriesgado todo por salvar a Eventine, seguía sin saber nada de lo que le había sucedido a Shea. Unos gritos repentinos a la izquierda le hicieron volverse para encontrarse con una figura indeterminada que surgía de la niebla. ¡Lo habían descubierto! Se levantó estoicamente para recibirlos.

Un instante más tarde, la brumosa oscuridad que lo separaba de ellos explotó en una llamarada de fuego cegador que pareció brotar de la misma tierra, lanzando a Flick contra la tierra con una fuerza terrible, dejándolo aturdido y cegado. Una lluvia de chispas y de hierbajos se quemaron a su alrededor, y el estruendo de una serie de explosiones hizo temblar la tierra con violencia. En un instante, los habitantes de la Tierra del Norte eran unas figuras imprecisas sorprendidas por la luz deslumbrante; al siguiente, habían

desaparecido. Se elevaron columnas de llamas crepitantes, abriéndose paso entre la oscuridad y la niebla para llegar hasta el cielo. Mirando con los ojos entornados el torbellino de destrucción, Flick pensó que era el fin del mundo. Durante varios minutos interminables, el muro de fuego ardió con incontenida furia, rompiendo la tierra ennegrecida, abrasando el aire nocturno hasta que el calor empezó a quemar la piel de Flick. Entonces, con un último destello de energía, el fuego llameó hacia arriba y desapareció con un silbido entre el humo y el vapor, mezclándose con la niebla y la lluvia hasta que sólo quedó un calor intenso en el aire nocturno, que fue disminuyendo lentamente.

Flick se incorporó sobre una rodilla y miró hacia el vacío que tenía ante él, luego se volvió de golpe al sentir, más que oír, que alguien se aproximaba por detrás. De la niebla y el vapor emergió una gigantesca figura negra, envuelta en ropas ondeantes, como si fuese el ángel de la muerte. Flick lo miró aterrado y entonces empezó a reconocer la impresionante figura que se acercaba. Era el intrigante vagabundo que llegaba al fin. Era Allanon.

XXVIII

El alba acababa de despuntar con un brillo deslumbrante en un cielo sin nubes y de color azul intenso, mientras los últimos grupos de refugiados procedentes de la ciudad isla de Kern atravesaban las puertas de la gran Muralla Exterior y entraban en Tyrsis. Ya había desaparecido la niebla densa y húmeda y también el inmenso toldo oscuro de nubes tormentosas que había cubierto la tierra de Callahorn durante tantos días. Las praderas estaban empapadas y salpicadas de pequeños charcos que la tierra saturada no había logrado absorber, pero las persistentes lluvias se habían retirado para dar paso al sol y al cielo que llevaron una nueva alegría a la mañana. La gente de Kern llegó en grupos diseminados durante varias horas, todos agotados, horrorizados por lo que había ocurrido y aterrorizados por lo que podía suceder. Sus hogares habían sido destruidos, aunque algunos no sabían aún que los habitantes de la Tierra del Norte habían incendiado todo tras el ataque inesperado a su campamento.

La evacuación de la ciudad sitiada fue un éxito milagroso; y aunque sus hogares ya no existían, ellos aún estaban vivos y de momento a salvo. Los guerreros norteños no lograron detectar la huida masiva, al tener su atención totalmente ocupada por el valeroso grupo de soldados de la Legión que asaltaron el campamento central y los atrajeron de los puestos más distantes, creyendo equivocadamente que se estaba llevando a cabo un asalto a gran escala. En el momento en que se dieron cuenta de que el ataque sólo era una maniobra pensada para confundirlos, la isla ya había sido evacuada y su gente se deslizaba Mermidon abajo y lejos del alcance del enemigo furioso.

Menion Leah fue uno de los últimos en entrar en la ciudad amurallada, con el cuerpo molido y exhausto. Las heridas de su pie habían vuelto a abrirse durante la marcha de quince kilómetros desde Mermidon hasta Tyrsis, pero él se negó a ser transportado. Con sus últimas fuerzas logró subir la ancha rampa que conducía a la entrada de la Muralla Exterior, apoyado en la fiel Shirl, que se había negado a abandonarlo incluso mientras dormía, y agarrándose con fuerza al igualmente exhausto Janus Senpre.

El joven comandante de la Legión sobrevivió a la lucha de aquella terrible batalla nocturna, escapando de la isla asediada en la misma balsa que transportó a Menion y a Shirl. La dura prueba que tuvieron que superar favoreció su acercamiento, y durante el viaje hacia el sur, hablaron abiertamente, aunque en voz baja, sobre la disolución de la Legión Fronteriza. Ambos coincidieron en que si la ciudad de Tyrsis debía resistir un asalto de un ejército como el de la Tierra del Norte, sería necesaria la Legión. Por otra parte, sólo el desaparecido Balinor poseía la experiencia y el talento precisos para dirigirla. Debían encontrar lo más pronto posible al príncipe y situarlo al mando, a pesar de que su hermano se opondría a tal maniobra, al igual que era seguro que se opondría a la reorganización de la legendaria fuerza de combate que tan absurdamente había desmovilizado.

Ni el hombre de las tierras altas ni el comandante de la Legión se daban cuenta en ese momento de lo difícil que sería esa tarea, aunque sospechaban que Balinor había sido detenido por su hermano tras entrar en la ciudad de Tyrsis pocos días antes. No obstante, estaban decididos a que Tyrsis no fuera destruida con tanta facilidad como Kern. Esta vez se opondrían y lucharían.

Una escuadra de guardianes de palacio ataviados de negro recibió al pequeño grupo a la entrada de la ciudad, dándoles una cordial bienvenida de parte del rey e insistiendo en que fuesen a verlo de inmediato. Cuando Janus Senpre comentó que había oído que el rey

estaba enfermo y postrado en su cama, el capitán de la escuadra se apresuró a contestar, titubeando un poco, que su hijo Palance les hacía llegar el ofrecimiento en lugar de su padre. Nada podía complacer más a Menion, que estaba ansioso de introducirse entre los muros del palacio y mirar a su alrededor. Olvidó la fatiga y el dolor, ya que sus compañeros estaban cerca y debía ofrecerles su ayuda. El capitán de la escuadra hizo una señal a uno de los guardianes de la Muralla Interior y un carruaje ornamentado se acercó al instante para conducir al privilegiado grupo hasta el palacio. Menion y Shirl subieron al carruaje, pero Senpre rehusó acompañarlos, explicando que deseaba comprobar primero el estado de sus soldados en los desocupados barracones de la Legión. Con tranquilizadora cordialidad les prometió que se uniría a ellos más tarde.

Mientras el carruaje se alejaba hacia la Muralla Interior, el joven comandante se despidió de Menion saludándolo con la mano. Después, acompañado por el canoso Fandrez y varios oficiales escogidos, se dirigió con paso decidido hacia los barracones de la Legión. En el coche, Menion se sonrió y cogió la mano de Shirl.

El carruaje atravesó las puertas de la Muralla Interior y siguió lentamente por la bulliciosa Vía Tyrsiana. Los habitantes de la ciudad amurallada se habían levantado temprano ese día, ansiosos por recibir a los desafortunados fugitivos de la ciudad hermana, y deseosos de ofrecerles comida y refugio a los que eran amigos, y también a los desconocidos. Todos querían saber más sobre la fuerza invasora que ahora se dirigía hacia sus propios hogares. Grupos de personas asustadas y preocupadas paseaban por las atestadas calles, hablando con ansiedad entre sí, deteniéndose para mirar el carruaje escoltado por los guardianes de palacio que pasaba lentamente ante ellos. Varios señalaron o saludaron con sorpresa al reconocer a la delgada joven en su interior, cuyo rostro cansado y ojeroso estaba casi oculto por el pelo rojizo. Menion, sentado a su lado, fue consciente otra vez del punzante dolor de sus magullados pies. Ahora se sentía agradecido por no tener que caminar más.

La gran ciudad parecía deslizarse ante ellos en visiones fugaces de edificios y pasos elevados, todos llenos de hombres, mujeres y niños de todas las edades y aspectos, precipitándose a alguna parte en ruidosas oleadas. El montañés respiró profundamente y se acomodó en el asiento almohadillado, su mano cogiendo aún la de Shirl, con los ojos cerrados mientras permitía que su mente cansada vagase en una neblina gris que se mezclaba con sus pensamientos. La ciudad y sus multitudes se desvanecieron convirtiéndose en un ligero rumor que lo fue arrullando, conduciéndolo poco a poco hacia el sosiego del sueño.

Estaba a punto de aletargarse totalmente, cuando una leve sacudida en su hombro lo despertó de repente. Abrió los ojos hacia los distantes jardines de palacio mientras el carruaje ascendía la ancha avenida del puente de Sendic. Los dos jóvenes contemplaron los parques soleados y los jardines que se extendían bajo el puente, el césped salpicado de árboles y de cuidados setos de flores de incontables colores. Todo parecía pacífico y alegre, como si aquel sector de la ciudad fuese un lugar sin relación alguna con la turbulenta existencia humana que lo había creado.

Al otro extremo del puente, las puertas del palacio se abrieron para recibirlos. Menion miró hacia delante con incredulidad. La escalinata de la puerta principal estaba flanqueada por soldados de la guardia del palacio, todos inmaculadamente vestidos con sus uniformes negros adornados con el emblema del halcón, todos de pie en postura de firmes y mirando al frente. En el interior del recinto unas trompetas anunciaron la llegada del carruaje y sus pasajeros. El hombre de las tierras altas estaba atónito. Se les dedicaba el recibimiento formal reservado para los más importantes líderes de las cuatro tierras, una costumbre observada con rigor por las pocas monarquías que quedaban en la amplia Tierra

del Sur. La pompa y el despliegue del saludo militar indicaban con claridad que Palance Buckhannah estaba decidido a ignorar, no sólo las circunstancias bajo las cuales llegaban, sino también las inviolables tradiciones de siglos.

-¡Debe de estar loco, absolutamente loco! -exclamó Menion extrañadísimo-. ¿Qué se cree que es esto? ¡Estamos sitiados por un ejército invasor y a él se le ocurre sacar las tropas para un desfile de gala!

-Menion, ten cuidado con lo que dices. Debemos ser pacientes si queremos ayudar a Balinor. -Shirl apretó el hombro del joven y lo miró un momento, dedicándole una sonrisa de advertencia-. Recuerda también que él me ama, a pesar de lo trastornado que está. Antes era un hombre bueno, y sigue siendo el hermano de Balinor.

Menion, impaciente e impulsivo como siempre, se dio cuenta de que Shirl tenía razón. No lograría nada mostrando su enojo ante aquella espectacular y absurda exhibición, y era más aconsejable que siguiese la corriente al príncipe hasta que Balinor fuese encontrado y liberado. Se arrellanó en el asiento del carruaje mientras éste atravesaba la entrada del palacio, pasando en lenta revista ante las filas de soldados inexpresivos que formaban la élite de la guardia personal del rey. Las fanfarrias continuaron sonando por todas partes, y un pequeño escuadrón de caballería empezó a girar por el patio en precisa formación como homenaje a los recién llegados. Entonces el carruaje se detuvo con suavidad, y la gran figura del nuevo gobernante de Callahorn apareció ante la puerta del coche, su ancha cara sonriendo con nerviosa satisfacción.

-¡Shirl, Shirl, pensé que nunca más te volvería a ver! -Se acercó para ayudar a la delgada joven a salir del coche, sosteniéndola cerca de él durante un momento y retrocediendo luego para contemplarla-. Pensé... pensé de verdad que te había perdido.

Abrasándose en su interior, un Menion impasible descendió del carruaje, colocándose junto a ellos y sonriendo levemente cuando Palance se volvió para saludarlo.

-Príncipe de Leah, sé bienvenido a mi reino. -El hombre corpulento estrechó calurosamente su mano-. Me has hecho... un gran servicio. Todo lo que tengo es tuyo, todo. ¡Seremos grandes amigos! ¡Grandes amigos! Hace tanto tiempo que...

De repente su voz se quebró, mirando fijamente al montañés, perdido en sus pensamientos. Su manera de hablar era formal y nerviosa, casi como si no estuviese seguro en ningún momento de lo que estaba diciendo. Si no estaba ya totalmente loco, pensó Menion, estaba realmente muy enfermo.

-Estoy muy contento de estar en Tyrsis -respondió-, aunque desearía que las circunstancias hubiesen sido más agradables para todos.

-Te refieres a mi hermano, ¿no? -La pregunta surgió como si el otro hubiese despertado de golpe, con el rostro encendido. Menion se sobresaltó.

-Palance, se refiere a la invasión del ejército de la Tierra del Norte, al incendio de Kern -intervino Shirl con rapidez.

-Si... Kern... -De nuevo su voz se apagó, esta vez al mirar ansiosamente a su alrededor como si faltase alguien. Menion siguió el curso de su mirada con inquietud, dándose cuenta de que, contra la costumbre, el místico Stenmin no estaba presente. Según Shirl y Janus Senpre, el príncipe nunca iba a ninguna parte sin su consejero. De inmediato percibió la mirada alerta de Shirl.

-¿Ocurre alguna cosa, mi señor? -Menion usó el tratamiento formal para llamar la atención del otro, sonriendo de forma tranquilizadora, como demostrando que era un amigo dispuesto a prestar cualquier ayuda. La reacción se manifestó de forma inesperada.

-Puedes ayudarme... a mí y a este reino, Menion Leah -respondió Palance-. Mi hermano pretende sustituirme en la corona. Me habría matado. Mi consejero Stenmin me salvó; pero hay otros enemigos... por todas partes. Tú y yo debemos ser amigos. Debemos unirnos contra aquellos que piensan quitarme el trono, hacer daño a esta adorable mujer que tú me has devuelto. No... no puedo hablar con Stenmin... del modo en que hablaría con un amigo. ¡Pero sí puedo hacerlo contigo! -Como un niño, se quedó observando ansiosamente al sorprendido Menion Leah, esperando su respuesta. Un repentino sentimiento de lástima por el hijo de Ruhl Buckhannah inundó al noble de las tierras altas, y deseó realmente poder hacer algo para ayudar a aquel hombre tan desgraciado. Sonriendo con tristeza, asintió mostrando su apoyo-. ¡Sabía que estarías de mi parte! -exclamó con excitación, riéndose satisfecho-. Ambos somos hombres de sangre real, y eso... nos une muy estrechamente. Tú y yo seremos grandes amigos, Menion. Pero ahora... debes descansar.

De repente pareció recordar que la guardia de palacio seguía de pie firme en posición de desfile, esperando a que el príncipe diera la orden para retirarse. Con un brusco ademán de la mano, el nuevo gobernante de Callahorn condujo a sus dos invitados hacia el hogar de los Buckhannah, haciendo al comandante de su guardia personal un gesto con la cabeza para indicarle que los soldados podían retirarse a sus tareas habituales. El trío atravesó el umbral de la antigua casa, donde una serie de criados esperaban de pie para escoltar a los invitados a sus habitaciones. Deteniéndose una vez más durante unos segundos, el anfitrión se volvió para susurrar algo a sus acompañantes.

-Mi hermano está encerrado en las mazmorras de abajo. No tenéis por qué tener miedo. -Los observó con atención durante un momento, dirigiendo una rápida ojeada hacia los criados que aguardaban en actitud respetuosa al fondo-. Tiene amigos por todas partes, ¿sabéis?

Menion y Shirl asintieron, porque era lo que se esperaba de ellos.

-¿No escapará de esas mazmorras? -comentó Menion prosiguiendo con el tema.

-Lo intentó anoche... con sus amigos. -Palance sonrió con satisfacción-. Pero los descubrimos y los atrapamos... los dejaremos en las mazmorras para siempre. Stenmin está allí ahora... tienes que conocerlo...

De nuevo se enderezó sin acabar de decir lo que pensaba, su atención atraída por los criados, a varios de los cuales hizo una señal para que se acercasen. Les ordenó de forma tajante que escoltasen a sus amigos hasta sus habitaciones, donde podrían bañarse y cambiarse de ropa antes de reunirse con él para desayunar. Ya había transcurrido una hora desde el amanecer y los refugiados de Kern no habían comido nada desde la noche anterior. Menion precisaba atención médica para sus heridas vendadas apresuradamente, y el médico de la casa estaba allí preparado para cambiar el vendaje y aplicar nuevos medicamentos. También necesitaba descansar, pero eso podía esperar. Empezaron a alejarse por un corredor cuando una voz precipitada llamó a Shirl, y el nuevo rey de Callahorn se dirigió hacia ellos, acercándose a la joven con pasos vacilantes, deteniéndose por fin ante ella y abrazándola de repente. Menion se mantuvo un poco apartado, pero pudo oír con claridad sus palabras.

-No debes volver a alejarte de mí, Shirl. -Más que un ruego era una orden, aunque fue pronunciado suavemente-. Tu nuevo hogar debe estar en Tyrsis, como esposa mía.

Hubo un largo momento de silencio.

-Palance, creo que nosotros...

La voz de Shirl tembló mientras trataba de encontrar una rápida explicación.

-No, no digas nada. Ahora no es necesario decir nada... ahora no -la interrumpió Palance de inmediato-. Más tarde... cuando estemos solos, cuando estés descansada... habrá tiempo. Sabes que te quiero... siempre te he querido. Y tú me quieres, lo sé.

De nuevo se produjo una pausa silenciosa, y después Shirl reanudó la marcha dejando atrás a Menion y obligando a los criados a apresurar el paso para ir delante de los invitados. El hombre de las tierras altas alcanzó rápidamente a la bella joven, sin atreverse a dirigirse a ella mientras su anfitrión continuaba observando cómo se alejaban por el corredor. Shirl tenía el rostro inclinado, oculto por su largo cabello rojo, las manos finas y bronceadas fuertemente enlazadas ante ella. Ninguno habló mientras los criados los precedían en el ancho corredor hasta sus habitaciones en el ala oeste de la antigua casa. Al llegar se separaron para que el médico curara las heridas de Menion y le pusiera vendas nuevas. Sobre la enorme cama con dosel había ropa limpia, y un baño caliente le aguardaba, pero el aturdido príncipe prescindió de ambas cosas. Volvió al pasillo vacío, golpeó suavemente, empujó la puerta del dormitorio de Shirl, y entró. Ella se incorporó lentamente de la cama cuando él cerró la pesada puerta de madera, luego corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos.

Permanecieron así en silencio varios minutos, sintiendo el calor vivo fluyendo rápidamente por sus cuerpos, unidos por lazos irrompibles. Menion acarició con suavidad los cabellos pelirrojos, presionando ligeramente su mejilla contra el bello rostro. Ella confiaba en él; el pensamiento atravesó fugazmente su cerebro aturdido produciéndole una sensación agradable. Cuando sintió que la fuerza y el valor le fallaban, acudió a él, y Menion se dio cuenta de que la amaba con desesperación.

Era muy extraño que eso sucediese ahora, cuando su mundo parecía que iba a derrumbarse y la muerte les aguardaba en las sombras. Sin embargo, la turbulenta vida de Menion en las últimas semanas le había llevado de una lucha a otra; y cada una de ellas había sido una batalla por sobrevivir que parecía absurda si se describía en los términos de los mortales, que sólo tenía lógica referida a la extraña leyenda de la Espada de Shannara y al Señor de los Brujos. Durante esos terribles días desde la salida de Culhaven, la vida había sido un torbellino a su alrededor, del que había salido sin rumbo determinado. Su profunda amistad y amor por Shea y el compañerismo de su ahora dividido grupo con el que había viajado hasta Paranor y más allá, le proporcionaban una vaga sensación de estabilidad, una señal de que algo constante permanecería aunque el resto del mundo se desintegrase. Luego, inesperadamente, había encontrado a Shirl Ravenlock, y el acelerado paso de los acontecimientos y peligros compartidos en aquellos pocos días, combinado con sus previsibles necesidades personales, los habían atraído y unido. Menion cerró los ojos y la apretó contra él.

Palance les había ayudado al menos en algo, diciéndoles que Balinor y probablemente los otros estaban en las mazmorras situadas debajo del palacio. Estaba claro que había fracasado un intento de escapada, y Menion no quería cometer ningún error. Habló en voz baja con Shirl, tratando de decidir cuál sería el paso siguiente que debería darse. Si Palance insistía en mantener a Shirl cerca de él para proteger su seguridad, los movimientos de la muchacha quedarían muy restringidos. Una amenaza peor era la obsesión del príncipe por casarse con ella, convencido de que la joven le amaba. Palance Buckhannah parecía suspendido al borde de la locura, con la razón en un equilibrio precario. Podía caerse en cualquier momento y si eso ocurría mientras Balinor fuese aún su prisionero...

Menion trató de no pensar en aquello, consciente de que las circunstancias no permitían especular sobre lo que pudiera ocurrir al día siguiente. Para entonces, la fuerza invasora estaría a las puertas y sería demasiado tarde para hacer cualquier cosa. Balinor

debía ser liberado ya. Menion tenía un fuerte aliado en Janus Senpre, pero el palacio estaba protegido por los guardianes especiales vestidos de negro que solamente servían al soberano, y en ese momento parecían obedecer a Palance Buckhannah. Nadie sabía qué le había ocurrido al anciano rey; no había sido visto durante semanas. Evidentemente era incapaz de moverse de su lecho de enfermo, aunque sólo existía la palabra de su hijo que lo afirmase; y su hijo dependía de la palabra del extraño místico Stenmin.

Shirl le había comentado en una ocasión que nunca había visto a Palance más de unos pocos minutos sin su consejero al lado. Sin embargo, cuando llegaron de Kern, Stenmin no se encontraba en ningún lugar a la vista. Era un detalle curioso, en especial porque todo el mundo sabía que Stenmin era quien ostentaba el poder, teniendo como pantalla al inestable príncipe. El padre de Shirl había declarado en las cámaras del Consejo de Kern que el malvado místico parecía poseer alguna extraña influencia sobre el hijo más joven de Ruhl Buckhannah. Si Menion lograba descubrir cuál era ese poder... Porque estaba seguro de que el místico era la clave del comportamiento desequilibrado del príncipe. Pero no quedaba tiempo. Debía usar de la mejor manera la escasa información con que contaba.

Cuando dejó a Shirl y volvió a su habitación, dispuesto a tomar un baño caliente y a ponerse la muda limpia, en su mente ya se iba trazando un plan para liberar a Balinor. Seguía ocupado en los detalles cuando terminó de bañarse y oyó golpear en la puerta. Se puso una túnica que le había proporcionado su anfitrión, atravesó la habitación y abrió la puerta. Uno de los sirvientes de palacio le llevaba la espada de Leah. Le dio las gracias sonriéndole con amabilidad y arrojó la preciada arma sobre la cama, recordando que la había dejado en el asiento del carruaje y olvidada allí. Su mente divagó mientras se vestía, pensando con orgullo la ayuda que aquella herramienta de lucha le había prestado. Habían ocurrido tantas cosas desde que Shea apareció en Leah varias semanas antes, que casi podrían llenar toda la vida de un hombre.

Pensó con tristeza en su amigo desaparecido y se preguntó por milésima vez si seguiría vivo. Él no debería estar ahora en Tyrsis se recriminó, y se sintió lleno de amargura. Shea había confiado en su protección, pero se equivocó al depositar en él su confianza. Menion reconocía que se había dejado gobernar repetidas veces por los deseos de Allanon, y en cada ocasión su conciencia le avisó que en cierto modo estaba fallando a su compañero al seguir los consejos del druida. Se sintió profundamente triste al pensar que había incumplido su evidente responsabilidad hacia el valense, y sin embargo la elección de ir a Tyrsis había sido suya. Porque había otros, además de Shea, que también lo necesitaban con urgencia...

Atravesó la espaciosa habitación con pasos mesurados, aún sumido en sus pensamientos, y se dejó caer de golpe sobre la acogedora blandura de la gran cama, extendiendo su mano para apoyarla sobre el frío metal de su espada. Acariciándola, se recostó y reflexionó sobre las dificultades a las que se enfrentaba. En su mente apareció el rostro asustado de Shirl con unos ojos que lo buscaban. La muchacha era muy importante para él; no podía abandonarla ahora para reanudar la búsqueda de Shea, fueran cuáles fuesen las consecuencias. Y aún tenía una decisión más amarga que tomar, si es que realmente existía posibilidad de elección, porque su deber iba más allá de aquellas dos vidas. De él dependían las de Balinor y sus compañeros encerrados y las del pueblo de Callahorn. Serían Flick y Allanon los que tendrían que encargarse de encontrar y rescatar al desaparecido valense, suponiendo que todavía estuviera vivo. Tantas cosas dependían de ellos, pensó abstraído, mientras su mente y su cuerpo cansados penetraban en el mundo del sueño. Sólo podían rezar por el éxito... rezar y esperar. Vaciló en las fronteras del sopor, pero después las atravesó.

Un momento más tarde, algo inquietó a su mente dormida y se despertó al instante. Debió producirse un ligero ruido o quizá sólo fue un sexto sentido enormemente atento, pero fuera lo que fuese, le arrancó con brusquedad de un sueño que podría haber terminado en su muerte. Se quedó inmóvil en la cama escuchando con atención un ligero sonido de raspadura que procedía de la pared de enfrente, y a través de sus párpados entornados vio que un tapiz se movía. Parte de la pesada piedra situada tras el tapiz pareció desplazarse hacia delante y una figura encorvada y vestida de rojo se deslizó por ella sin producir ruido.

Menion se esforzó por seguir respirando a intervalos regulares, aunque su corazón latía salvajemente, instándole a saltar de la cama y aprehender al misterioso intruso. La figura de rojo atravesó la habitación con sigilo, miró a un lado y a otro y después se volvió hacia el cuerpo tendido del hombre de las tierras altas. El intruso estaba a pocos pasos de la cama cuando una de sus delgadas manos se deslizó bajo la capa roja y volvió a salir empuñando una gran daga.

La mano extendida de Menion estaba apoyada sobre la espada de Leah, pero permaneció en reposo. Esperó un momento más hasta que el atacante estuvo a menos de medio metro de la cama, con la daga a la altura de la cintura; después, con la velocidad de un gato, se lanzó. El ágil cuerpo saltó hacia el sorprendido intruso, asiendo en una mano la espada aún enfundada y golpeando con la cara de la hoja el rostro desprotegido del hombre. La figura misteriosa se tambaleó y retrocedió, con la daga alzada para defenderse. La espada atacó por segunda vez, y el arma cayó al suelo cuando los entumecidos dedos del atacante se apretaron en un súbito pánico. Menion no se detuvo; se arrojó sobre la figura de rojo, cargando su propio peso sobre el hombre que forcejeaba en el suelo, donde logró inmovilizar con facilidad, retorciéndole un brazo y cerrando sus dedos sobre la tráquea.

-¡Habla, asesino! -gruñó Menion con tono de amenaza.

-No, no, espera, es un error... No soy un enemigo... por favor, no puedo respirar...

La voz salió estrangulada y la respiración del hombre silbó sofocadamente mientras el puño del montañés permanecía inalterado y sus fríos ojos oscuros examinaban el rostro del prisionero. Menion no recordaba haber visto antes a aquel hombre. Su cara era enjuta y de rasgos afilados, enmarcada por una pequeña barba negra, y contraída por el dolor. Mientras estudiaba los dientes apretados por la rabia y los ojos ardientes de odio, Menion supo instintivamente que no había cometido un error. Se apartó con rapidez y levantó de un tirón al intruso, asiendo firmemente con una mano su delgado cuello.

-Dime entonces cuál es mi error. ¡Tienes un minuto antes de que te corte la lengua y te entregue a los guardianes!

Aflojó el agarro de la garganta del hombre y bajó la mano para sujetarlo por la túnica roja. Dejó su espada sobre la cama y recogió la daga caída, sosteniéndola en actitud defensiva por si su atacante hacía un nuevo intento.

-Era sólo un obsequio, príncipe de Leah... meramente un obsequio del rey. -La voz sonó entrecortada mientras el hombre trataba de recobrar su compostura-. El rey quería demostrarte su gratitud y yo... yo vine por otra puerta para no molestarte mientras dormías.

Se detuvo como si esperase algo. Sus ojos penetrantes se clavaron en los del montañés. No estaba esperando para saber si su historia era creída; esperaba algo más, parecía que esperaba que Menion viera algo más. El príncipe de Leah le dio un brusco tirón, acercando la cara a la suya.

-¡Ésa es la historia más insostenible que he oído en mi vida! ¿Quién eres, asesino?

Los ojos le miraron con odio creciente.

-Soy Stenmin, el consejero personal del rey. -Ahora, de repente, parecía haber recobrado el dominio de sí mismo-. No te he mentido. La daga es un regalo que Palance Buckhannah me encargó traerte. No tenía ninguna intención de hacerte daño. Si no me crees, pregúntaselo al rey. ¡Pregúntale!

Había cierta seguridad en la voz del hombre, lo que convenció a Menion de que Palance confirmaría la versión del consejero, fuese o no cierta. Tenía ante él al ser más peligroso de Callahorn, al místico malvado que se había adueñado del poder de la monarquía; el único hombre a quien necesitaba eliminar si quería rescatar a Balinor.

No entendía por qué había intentado atacarle sin conocerlo, pero estaba claro que si lo soltaba ahora o incluso si lo llevaba ante Palance intentando desacreditarlo, el hombre de las tierras altas perdería la iniciativa y pondría en peligro su vida otra vez. Empujó al místico hacia una silla cercana y le ordenó que no se moviera. El hombre permaneció sentado en silencio; sus ojos se movían sin fijarse en ningún punto de la habitación y sus manos acariciaban con nerviosismo la barbita afilada. Menion lo contempló abstraído, reflexionando sobre las posibilidades con que contaba. Sólo le hizo falta un instante para decidir. No podía esperar más el momento oportuno para liberar a sus amigos; la decisión ya no estaba en sus manos.

-¡Ponte de pie, místico, o como prefieras llamarte! -El rostro malvado lo miró de forma amenazadora, y Menion enfurecido le obligó a levantarse de la silla con violencia-. Debo encargarme de ti sin mayores consideraciones; será mucho mejor para el pueblo de Callahorn. Pero, de momento, necesito tus servicios. Llévame a las mazmorras donde están encerrados Balinor y los otros. ¡Vamos!

Los ojos de Stenmin se abrieron sorprendidos al oír mencionar a Balinor.

-¿Cómo sabes tú que ese... ese traidor a este reino...? -preguntó el místico, perplejo-. El propio rey ha ordenado que encerrasen a su hermano hasta que muera, príncipe de Leah, e incluso yo...

Su frase terminó en un jadeo estrangulado cuando Menion agarró de repente su garganta y empezó a presionar. La cara de Stenmin se puso amoratada.

-No te he pedido excusas ni explicaciones. ¡Sólo que me lleves donde está!

De nuevo apretó su puño férreo y, al fin, el jadeante prisionero asintió dando su conformidad. Menion lo soltó con un crujido de su muñeca y el hombre, casi estrangulado, cayó aturdido de rodillas. Inmediatamente el montañés se quitó la túnica y se puso sus ropas, atándose la espada y ajustándose la daga en el cinturón. Durante un momento pensó en despertar a Shirl, pero en seguida rechazó la idea. Su plan era peligroso; no había ninguna razón para arriesgar también la vida de ella. Se volvió hacia su rehén, sacando la daga del cinturón y colocándola ante el otro para que la viese.

-El regalo que tan amablemente me trajiste te será devuelto, asesino, si intentas cualquier truco o traición del tipo que sea -le previno lo más amenazadoramente que pudo-. Así que no te pases de listo. Cuando salgamos de esta habitación, me llevarás a los pasillos de la parte trasera y a las escaleras que conducen adonde están Balinor y sus compañeros. No intentes dar la alarma a los guardianes; no conseguirás ser lo bastante rápido. Si dudas de mis palabras, escucha esto: ¡Me envía Allanon!

Stenmin pareció palidecer de repente ante la mención del gigante druida y un temor inconfundible asomó en sus ojos dilatados. Aparentemente acobardado, el místico avanzó en silencio hacia la puerta del dormitorio y Menion lo siguió de muy cerca, guardando de nuevo la daga en el cinturón sin quitar la mano de su empuñadura. Ahora el tiempo era el factor decisivo. Tenía que actuar con rapidez para liberar a Balinor y a los otros miembros de la expedición y apresar al perturbado Palance antes de que la guardia de palacio fuese

alertada. Después, un aviso a Janus Senpre le proporcionaría la ayuda de aquellos que permanecían leales a Balinor, y el poder de la verdadera monarquía sería restaurado sin necesidad de una batalla sangrienta.

El enorme ejército de la Tierra del Norte estaría ya situándose sobre las praderas, pasada la isla de Kern, preparándose para marchar sobre Tyrsis. Si la Legión Fronteriza pudiera ser reorganizada y desplegada con la suficiente rapidez, existía la posibilidad de detener al invasor en la orilla norte del Mermidon. Era casi imposible cruzar el río crecido con una fuerza oponiendo resistencia en la orilla de enfrente, y el enemigo necesitaría varios días para llevar a cabo la operación de flanquearlo; el tiempo suficiente para que los ejércitos de Eventine pudieran llegar. Menion sabía que todo dependía de los próximos minutos.

Los dos hombres salieron al corredor con cautela. Menion dirigió una rápida mirada a ambos lados por si había alguno de los centinelas vestidos de negro, pero estaba desierto, y el príncipe hizo una seña a Stenmin para que siguiera. El místico condujo de forma remisa a su captor hacia las habitaciones interiores del palacio central, a través de los pasillos que conducían a la parte posterior del antiguo edificio, evitando con cuidado las habitaciones ocupadas. Dos veces se cruzaron con miembros de la guardia de palacio, pero en las dos ocasiones Stenmin se abstuvo de cualquier comentario o saludo, bajando el rostro con sombría determinación.

A través de las celosías de las ventanas del castillo, Menion pudo ver los jardines que decoraban los terrenos de la casa de los Buckhannah, iluminados por el sol que hacía resaltar los vivos colores de las flores. Era ya media mañana y dentro de poco empezaría la afluencia normal de visitantes y de comerciantes. No había ninguna señal de Palance Buckhannah y Menion abrigaba la secreta esperanza de que el príncipe estuviese ocupado en otros asuntos.

Mientras recorrían lentamente los pasillos, de todas direcciones llegaban sonidos de voces. Los sirvientes empezaron a aparecer en número creciente, dirigiéndose a sus ocupaciones. Al cruzarse con ellos, ignoraron a Stenmin y a su acompañante, una buena señal de que nunca habían confiado en el místico. Nadie pareció extrañarse por su presencia y al final llegaron a la enorme puerta que conducía a los sótanos del castillo. Dos centinelas armados se encontraban apostados delante de ella y una gran barra metálica reforzaba los cerrojos.

-Ten cuidado con lo que dices -le advirtió Menion en un rápido susurro al aproximarse a los guardianes.

Se detuvieron ante la enorme puerta del sótano, el expectante montañés apoyó como por casualidad una mano en el puño de la daga mientras esperaba detrás de Stenmin. Los guardianes lo observaron extrañados durante un momento, después desplazaron su atención al consejero del rey que empezaba a hablarles.

-Abrid la puerta, guardias. El príncipe de Leah y yo inspeccionaremos la bodega y las mazmorras.

-Todo el mundo tiene prohibida la entrada aquí por orden del rey, mi señor -declaró el guardián de la derecha rotundamente.

-¡Estoy aquí por orden del rey! -gritó Stenmin enfurecido, provocando que Menion le diese un codazo de advertencia.

-Centinela, éste es el consejero personal del rey, no un enemigo del reino -declaró el montañés con una falsa sonrisa-. Estamos dando una vuelta por el palacio, y como fui yo quien rescató a la prometida del rey, a él le pareció oportuno que conociese a los

secuestradores de la dama. Pero si es necesario, tendré que molestar al rey y hacer que venga a aquí...

Su voz se acalló, dejando en el aire la amenaza, y esperó que los guardianes temiesen lo suficiente el comportamiento irracional de Palance como para aceptar la posibilidad de que se presentara allí. Dudaron durante un momento, después asintieron en silencio, abrieron los cerrojos de la puerta y se apartaron, empujando hacia adentro el enorme portón que descubría la escalera de piedra. Stenmin le condujo sin ningún comentario. En apariencia, había decidido seguir las instrucciones de Menion al pie de la letra, pero el hombre de las tierras altas sabía que el místico no era idiota. Si lograba liberar a Balinor y éste recuperaba el mando de la Legión Fronteriza el poder del consejero sobre el trono de Callahorn se habría acabado. Sin duda intentaría algo, pero el momento y el lugar aún no habían llegado. La pesada puerta se cerró tras ellos e iniciaron el descenso hacia el sótano iluminado por antorchas.

Menion vio la trampilla en el suelo del sótano casi de inmediato. Los guardianes no se habían molestado en ocultarla una segunda vez con los barriles de vino, pero habían colocado barras de hierro y cerrojos atravesando la losa de piedra, para que los prisioneros no pudieran salir. Aunque Menion lo ignoraba, los prisioneros no fueron llevados de nuevo a su celda tras el intento de escapada a primera hora de aquella misma mañana. En vez de eso se les dejó vagando por la oscuridad del pasillo. Dos guardianes estaban plantados junto a la entrada sellada, su curiosidad centrada ahora en los dos hombres que acababan de entrar. Menion vio un plato con queso y pan a medio comer sobre uno de los barriles de vino y dos copas junto a un frasco medio vacío. Habían estado bebiendo. El montañés sonrió de forma casi imperceptible.

Cuando los dos hombres se aproximaron a ellos, Menion miró a su alrededor con fingida curiosidad, iniciando una alegre conversación con el silencioso Stenmin. Los guardianes se irguieron lentamente cuadrándose al ver al consejero del rey, que miraba a su alrededor con expresión contrariada. Menion se dio cuenta de que habían sido sorprendidos por aquella inesperada visita y decidió aprovecharse de ello.

-Ahora veo lo que me explicaba, mi señor -dijo dirigiendo al místico una mirada feroz-. ¡Estos hombres han estado bebiendo mientras debían cumplir con sus obligaciones! Suponga que los prisioneros escapan cuando éstos duerman la borrachera. El rey debe saber esto en cuanto terminemos aquí con nuestra tarea.

Los guardianes se pusieron pálidos de miedo ante la mención del rey.

-Mi señor, está en un error -dijo uno, con apresuramiento-. Sólo hemos bebido un poco de vino con el desayuno. No nos hemos distraído.

-El rey decidirá sobre eso -le cortó Menion con un ademán de la mano.

-Pero... el rey no escuchará...

Stenmin frunció el ceño encolerizado ante el engaño, pero los guardianes lo interpretaron mal y supusieron que pretendía castigarlos. El místico intentó decir algo, pero Menion se colocó frente a él para evitar que se acercara a los desafortunados guardianes, sacando su daga y manteniéndola cerca del desprotegido pecho del hombre.

-Sí, desde luego, es probable que estén mintiendo. -Menion continuó con el mismo tono de voz-. Sin embargo el rey es un hombre muy ocupado y no me gusta molestarlo con pequeños problemas. ¿No bastarán unas palabras de advertencia...? -Dirigió una mirada a los guardianes que asintieron complacidos, agarrándose a cualquier posibilidad de evitar la ira de Stenmin. Como todo el mundo en el reino, temían el poder que el extraño místico poseía sobre Palance y estaban deseosos de no enfurecerlo-. Muy bien, entonces estáis

avisados. -Menion guardó la daga en su funda y se volvió hacia los aún temblorosos centinelas-. Ahora abrid la puerta del calabozo y sacad a los prisioneros.

Estaba junto a Stenmin, dirigiéndole rápidas miradas de aviso. El rostro sombrío ya no parecía verle, sus ojos contemplaban con expresión vaga la losa de piedra que taponaba la entrada del calabozo. Los centinelas no se movieron; se miraron entre sí con nueva desesperación.

-Mi señor, el rey ha prohibido a todo el mundo ver a los prisioneros... en cualquier circunstancia -articuló al fin uno de los guardianes-. No puedo sacarlos de las mazmorras.

-De modo que os oponéis al consejero del rey y a su invitado personal. -Menion no vaciló. Ya había previsto aquella reacción-. Entonces no tenemos otra opción que llamar al rey...

Eso fue suficiente. Ya no fueron necesarios más argumentos para que los centinelas se arrojasen sobre la losa retirando rápidamente los precintos. Tomando impulso, tiraron del anillo de hierro y la trampilla se levantó y después cayó sobre el suelo de piedra, descubriendo un agujero negro. Empuñando sus espadas desnudas, los centinelas gritaron en la oscuridad ordenando a los prisioneros que saliesen. Se oyeron pisadas en la antigua escalera de piedra mientras Menion aguardaba expectante al lado de Stenmin, con su espada también dispuesta. Su mano libre sostenía fuertemente el brazo del consejero y en un rápido susurro le previno que no hablara ni se moviera. Entonces la figura corpulenta de Balinor surgió del foso seguida de los hermanos elfos y del resistente enano, cuyo propio intento de rescate había sido frustrado sólo unas horas antes. Al principio no vieron a Menion; pero en seguida el montañés se adelantó, agarrando aún al silencioso Stenmin.

-Eso es, que sigan avanzando, todos juntos. Este tipo de individuos debe ser vigilado muy atentamente. Siempre son peligrosos.

Los exhaustos prisioneros miraron a su alrededor, disimulando sólo a medias su perplejidad al descubrir al príncipe de Leah. Menion les guiñó un ojo a espaldas de los guardianes, y los cuatro cautivos apartaron la vista de él. Una tenue sonrisa en el rostro del joven Dayel fue lo único que mostró la repentina alegría que experimentaron al ver a su viejo amigo. Ya habían salido totalmente del foso y se encontraban a poca distancia de los guardianes, que seguían de espaldas al príncipe. Pero antes de que Menion pudiera actuar, el hasta el momento pasivo Stenmin se soltó con violencia de la mano firme de su captor y se apartó de un salto gritando un aviso a los desprevenidos centinelas.

-¡Traidor! Guardias, es un truco...

No logró terminar la frase. Cuando los aturdidos centinelas se volvieron, Menion se lanzó sobre el místico que escapaba, derribándolo violentamente contra el suelo de piedra. Los soldados comprendieron su error demasiado tarde. Los cuatro prisioneros se habían puesto en acción, cayendo sobre sus carceleros y desarmándolos antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Los guardianes estuvieron dominados en pocos segundos, y fueron atados, amordazados y arrastrados hasta un rincón donde quedaron fuera de la vista. Stenmin, totalmente abatido, fue obligado a levantarse por sus nuevos captores. Menion observó con inquietud la puerta cerrada sobre la escalera del sótano, pero nadie apareció. Al parecer el grito del místico no había sido escuchado. Balinor y los otros se acercaron a él con sonrisas de gratitud en sus rostros cansados, dándole palmadas en la espalda y estrechándole la mano.

-Menion Leah, te debemos mucho más de lo que podremos devolverte en la vida. -El gigante fronterizo apretó su mano con afecto-. Creía que nunca más te volvería a ver. ¿Dónde está Allanon?

Menion les explicó en pocas palabras como había dejado a Allanon y a Flick cerca del campamento del ejército de la Tierra del Norte e ido a Callahorn para avisar del inminente ataque contra Tyrsis. Se detuvo un momento para amordazar a Stenmin, para evitar que intentara llamar a los guardianes que estaban fuera. Después les refirió el rescate de Shirl Ravenlock, la huida de Kern hacia Tyrsis, cuando la ciudad isla fue sitiada y destruida. Sus fieles amigos le escucharon en silencio hasta que terminó.

-Ante cualquier cosa que ocurra ahora, montañés -declaró en voz baja Hendel-, hoy has dado prueba de tu valor y nunca lo olvidaremos.

-La Legión Fronteriza debe ser reorganizada y enviada a defender el Mermidon lo más rápidamente posible -interrumpió Balinor-. Debemos avisar a la ciudad. Luego tenemos que encontrar a mi padre... y a mi hermano. Pero quiero proteger el palacio y el ejército sin tener que luchar. Menion, ¿podemos confiar en que Janus Senpre vendrá en nuestra ayuda si le avisamos?

-Es leal a ti y al rey -afirmó Menion.

-Debes hacerle llegar un mensaje mientras nosotros nos quedamos aquí -continuó el príncipe de Callahorn, pasando ante Stenmin-. Cuando llegue con la ayuda, no tendremos problemas; mi hermano se quedará sin apoyo. ¿Pero qué le habrá ocurrido a mi padre...?

Colocándose ante la tétrica figura del místico, quitó la mordaza de su boca y lo miró con frialdad, Stenmin aguantó su mirada unos instantes, con ojos traicioneros y llenos de odio. Sabía que iban a aplastarlo si Palance era capturado y destituido como monarca de Callahorn, y estaba empezando a desesperarse al ver acercarse el fin, contemplando como sus planes se venían abajo. Al lado de los elfos y de Hendel, mientras Balinor desafiaba al misterioso prisionero, Menion se preguntó qué esperaría ganar aquel hombre influyendo sobre Palance para que actuase de aquella forma. No era ningún misterio la razón por la que había apoyado al perturbado y desequilibrado príncipe para que fuese rey de Callahorn. Su posición estaba asegurada con el hermano de Balinor como gobernante. ¿Pero por qué aconsejó la disolución de la Legión Fronteriza cuando sabía que un ejército invasor amenazaba con ocupar el pequeño reino de la Tierra del Sur y poner fin a su monarquía? ¿Por qué se tomó la molestia de encerrar a Balinor y esconder a su padre en un ala distante del palacio cuando podría haberlos liquidado tranquilamente? ¿Y por qué intentó asesinar a Menion Leah, un hombre a quien no había visto nunca en su vida?

-Stenmin, tu poder en esta tierra y su pueblo, y tu dominio sobre mi hermano han terminado -declaró Balinor con fría determinación-. Que veas o no la luz un día más, depende de cómo actúes desde ahora hasta el momento en que yo vuelva a estar al mando de la ciudad. ¿Qué has hecho con mi padre?

Hubo un largo momento de silencio mientras el místico miraba con desesperación a su alrededor. Su oscuro y aterrorizado rostro parecía del color de la ceniza.

-Está... está en el ala norte... en la torre -susurró.

-Si le ha ocurrido algo, místico...

Balinor se volvió con brusquedad, olvidando por el momento al hombre aterrorizado. Stenmin se acurrucó contra una pared, y siguió con la mirada la alta figura del guerrero. Su mano se elevó de forma automática hasta su pequeña y puntiaguda barba y comenzó a acariciarla. Menion lo contemplaba casi con lástima, cuando algo impactó su mente. Una imagen le atravesó en un instante: el recuerdo de una escena que había presenciado varios días antes a orillas del Mermidon, al norte de la isla de Kern, mientras se hallaba escondido en una pequeña elevación del terreno espiando. El mismo amaneramiento, la misma forma de acariciarse la barbita puntiaguda. ¡Ahora sabía exactamente lo que pretendía Stenmin!

Su rostro se cubrió con una máscara de rabia y empezó a avanzar, rozando a Balinor al pasar junto a él, ignorándolo.

-Tú eres el hombre de la playa; ¡el secuestrador! -le acusó con furia-. Intentaste asesinarme porque creíste que te reconocería como el hombre que secuestró a Shirl; el hombre que se la entregó a los de la Tierra del Norte. ¡Traidor! ¡Pretendías engañarnos a todos, entregar la ciudad al Señor de los Brujos!

Desatendiendo los gritos de sus compañeros, se precipitó hacia Stenmin que ahora se mostraba histérico, y que de algún modo logró esquivar la primera embestida y escapar hacia la escalera. Menion lo siguió, con la resplandeciente espada de su padre preparada para atacar. A poca distancia de las escaleras de piedra lo alcanzó, agarrándolo con una mano mientras el hombre gritaba aterrado. Sin embargo, el final no se produjo, porque mientras la espada retrocedía para tomar impulso y Menion sujetaba con fuerza al enloquecido Stenmin contra la pared de piedra, la enorme puerta del antiguo sótano se abrió de pronto, con el impulso de un empujón que hizo que la madera revestida de hierro golpeara contra la pared con un choque estremecedor. Enmarcada en la puerta, apareció la robusta figura de Palance Buckhannah.

XXIX

Durante un momento nadie se movió. Incluso el aterrorizado Stenmin se quedó quieto, pegado a la pared, su sombrío rostro dirigido hacia la figura silenciosa que esperaba como una estatua sobre la vieja escalera. La cara del príncipe había perdido el color y sus ojos reflejaban una mezcla de furia y confusión. Resueltamente, Menion Leah hizo frente a aquella mirada escrutadora, bajando con lentitud el brazo que portaba la espada, procurando calmar su furia ante el repentino giro de los acontecimientos. Podían perder la vida todos allí mismo si no actuaba al momento. De un tirón levantó a Stenmin y lo arrojó desdeñosamente hacia el príncipe.

-Aquí está tu traidor, Palance; el auténtico enemigo de Callahorn. Éste es el hombre que entregó a Shirl Ravenlock a los trolls de las Tierras del Norte. Éste es el hombre que pretende entregar Tyrsis al Señor de los Brujos...

-Mi señor, has llegado justo a tiempo. -El místico recuperó el control para cortar a Menion antes de que pudiera empeorar más las cosas para él. Se incorporó tambaleándose y se precipitó escaleras arriba, arrojándose a los pies de Palance y señalando al grupo de amigos-. Los he descubierto cuando intentaban escapar. ¡Iba corriendo a avisarte! El príncipe es amigo de Balinor; ¡vino aquí para matarte! -Las palabras salieron atropelladamente de la boca del hombre con odio indisimulado, mientras se agarraba a la túnica de su benefactor levantándose lentamente-. Me habrían matado, y después a ti, mi señor. ¿Te das cuenta de lo que está sucediendo?

Menion reprimió su impulso de subir la escalera y cortar la mentirosa lengua del malvado místico, esforzándose por permanecer sereno en apariencia, su mirada fija en los ojos del aturdido Palance Buckhannah.

-Has sido traicionado por este hombre, Palance -continuó en tono calmado-. Ha envenenado tu corazón y tu mente. Te ha anulado a ti y a tu capacidad de pensar por ti mismo. No le importas nada; no le importa nada este país, que ha vendido por tan poco al enemigo que ya ha destruido Kern. -Stenmin rugió enfurecido pero Menion no hizo aprecio de él-. Una vez dijiste que seríamos amigos, y los amigos deben confiar el uno en el otro. No te dejes engañar ahora, o tu reino se perderá irremisiblemente.

Bajo la escalera, Balinor y sus amigos observaban en silencio, temerosos de que cualquier distracción pudiera romper el extraño encanto que Menion Leah estaba ejerciendo. Mientras Palance escuchaba, su mente nublada se esforzaba por romper el muro de confusión que había dentro de ella. Retrocedió sobre el rellano, cerrando la puerta sin ruido tras él y rozando a Stenmin al pasar como si no lo hubiera visto. Su consejero titubeó confundido, mirando inseguro hacia la puerta del sótano, como estudiando la posibilidad de escapar. Pero aún no estaba dispuesto a aceptar una derrota, y se giró de repente agarrando a Palance por un brazo y acercando su rostro enjuto a la oreja del príncipe.

-¿Te has vuelto loco? ¿Has perdido el juicio, mi rey? -murmuró ponzoñosamente-. ¿Vas a echarlo todo a perder ahora, a entregárselo otra vez a tu hermano? ¿Merece él ser rey o tú? ¡Todo eso es mentira! El príncipe de Leah es amigo de Allanon. -Palance se volvió un poco hacia él, abriendo mucho los ojos-. ¡Sí, Allanon! -Stenmin sabía que había tocado una fibra sensible y estaba decidido a ahondar en ello-. ¿Quién crees que capturó a tu prometida en su casa de Kern? Este hombre que habla de amistad, estaba implicado en

el secuestro; todo fue un truco para introducirse en el palacio y después asesinarte. ¡Iba a asesinarte!

Bajo la escalera, Hendel dio un paso hacia delante pero Balinor extendió el brazo para retenerlo. Menion permaneció en su sitio, sabiendo que ahora cualquier movimiento repentino sólo confirmaría las acusaciones de Stenmin. Dirigió una mirada heladora al astuto místico, volviéndose rápidamente hacia Palance, moviendo la cabeza.

-Es un traidor. Sirve al Señor de los Brujos.

Palance bajó varios peldaños, observando a Menion durante un momento y después clavando la mirada en su hermano, que esperaba al pie de la escalera. Una ligera sonrisa cruzó sus labios al detenerse presa de la confusión.

-¿Tú que crees, hermano? ¿Estoy realmente... loco? En caso contrario... deben estarlo los demás, y sólo yo estoy... cuerdo. Di algo, Balinor. Hablemos ahora... Antes... yo quería decir algo...

Pero la frase quedó inconclusa mientras erguía su cuerpo alto y volvía la vista una vez más a Stenmin, que había adquirido el aspecto peligroso de un animal acorralado, agazapado y preparándose para atacar.

-Tu aspecto es patético, Stenmin. ¡Levántate! -La orden rotunda interrumpió el silencio y la figura encogida se incorporó de súbito-. Aconséjame qué debo hacer -ordenó Palance bruscamente-. ¿Debo matar a todo el mundo? ¿Estaré así seguro?

Sin perder un instante, Stenmin se colocó de nuevo a su lado, sus agudos ojos estaban nublados por la furia.

-Llama a tu guardia, mi señor. ¡Elimina ahora mismo a estos asesinos!

De repente Palance pareció vacilar, inclinando su alta figura, concentrando su mirada en las paredes del sótano. Menion advirtió que el príncipe de Callahorn estaba perdiendo el contacto con la realidad y volviendo a caer en el confuso mundo de la locura que había menoscabado su razón, antes sana. Stenmin también lo percibió, esbozando una sonrisa irónica en su rostro sombrío, levantó la mano una vez más para acariciarse su barba puntiaguda. Entonces, sin que nadie lo esperara, Palance volvió a hablar.

-No, que no vengan los soldados... no hay que matarlos. Un rey debe ser justo... Balinor es mi hermano, aunque desee ser rey en mi lugar. Él y yo tenemos que hablar ahora... no debe sufrir ningún daño... ningún daño. -Su voz se apagó e inesperadamente sonrió a Menion-. Tú me devolviste a Shirl... Pensaba que la había perdido. ¿Por qué... harías eso... si fueses un enemigo? -Stenmin gritó enfurecido tirando de su túnica, pero el príncipe no pareció darse cuenta siquiera de que estaba allí-. Me cuesta... pensar con claridad, Balinor -continuó Palance en un bajo susurro, moviendo la cabeza lentamente-. Ya nada está claro... Ni siquiera estoy enojado contigo por querer ser rey. Yo siempre... quise ser rey. Siempre, ¿sabes? Pero necesito... amigos... alguien con quien hablar...

Se volvió hacia Stenmin, con movimientos indolentes, su mirada ausente e inexpresiva. El consejero vio algo que le hizo retroceder contra el muro de piedra, temblando de terror. Sólo Menion estaba lo bastante cerca para darse cuenta de lo ocurrido. Fuera lo que fuese lo que mantenía la influencia del místico sobre Palance había dejado de funcionar. El ya confuso proceso de razonamiento del hombre había llegado al extremo en que le era imposible reconocer la identidad de las personas que lo rodeaban, y Stenmin ya no era más que un rostro de los que poblaban el mundo de pesadilla del trastornado príncipe de Callahorn.

-Palance, escúchame -le dijo Menion suavemente atravesando la telaraña de ofuscación que lo rodeaba. La figura corpulenta se volvió a medias-. Ve a buscar a Shirl a su habitación. Llámala y ella te ayudará.

El príncipe dudó un momento como intentando recordar, después una sombra de sonrisa cruzó su rostro macilento y todo su cuerpo pareció inundarse de una calma profunda. Recordó su dulce voz, sus suaves movimientos, su frágil belleza; recuerdos que le sugirieron paz y serenidad, momentos de profundo afecto que nunca había sentido por ningún otro ser humano. Si sólo pudiera estar con ella durante un rato...

-Shirl -pronunció su nombre y se volvió hacia la puerta cerrada del sótano, extendiendo una mano. Al pasar junto a Stenmin, el místico pareció volverse loco de repente. Gritando de rabia y frustración, se lanzó sobre Palance y lo agarró con violencia por la parte delantera de la túnica. Menion Leah reaccionó al instante, saltó hacia el rellano superior para intentar separar a los dos hombres que luchaban. Pero aún estaba a varios peldaños de distancia cuando la mano huesuda de Stenmin retrocedió, sosteniendo una gran daga que había sacado de entre sus ropas. El arma se elevó y, durante un espantoso segundo, quedó suspendida en equilibrio sobre los dos hombres, a la vez que Balinor dejaba escapar un grito de inútil consternación. Entonces la daga descendió. Palance Buckhannah se irguió en toda su estatura, con el arma enterrada hasta la empuñadura en su ancho pecho, y su joven rostro terriblemente pálido.

-¡Te devuelvo a tu hermano, idiota! -gritó el enloquecido Stenmin, empujando el cuerpo escaleras abajo.

El príncipe herido cayó sobre los brazos de Menion, impulsándole contra la pared, y haciendo que por un momento perdiera el equilibrio y la oportunidad de coger a su abominable enemigo. Stenmin ya se había girado para huir, y tiraba con todas sus fuerzas de la enorme puerta. Balinor subió a saltos la escalera, intentando con desesperación impedir la escapada del místico. Los hermanos elfos lo seguían a pocos pasos, llamando a voces a los guardianes. La figura de rojo había logrado abrir parcialmente la puerta y se disponía a escabullirse cuando Hendel, aún al pie de la escalera, cogió una maza abandonada y la arrojó contra el hombre que huía. Golpeó en el hombro descubierto del místico con tal fuerza que hizo crujir sus huesos, y un grito de dolor retumbó en las húmedas paredes. Sin embargo, no fue suficiente para detenerlo y un momento después había desaparecido tras la puerta. Desde el pasillo pudieron oír sus gritos diciendo que los prisioneros habían matado al rey.

Balinor tardó sólo un instante en iniciar su persecución para volverse a mirar a la figura caída sobre los fuertes brazos de Menion Leah, después corrió hacia la puerta entreabierta del sótano. Dos guardias de palacio vestidos de negro surgieron de repente del corredor, empuñando sus espadas para enfrentarse al fronterizo desarmado. Podrían haber sido estatuas por el efecto que produjeron en Balinor, quien los derribó con una fugaz embestida y, apoderándose de una de las espadas que llevaban, desapareció de la vista de sus compañeros. Durin y Dayel sólo estaban unos pasos detrás. Menion, que permanecía arrodillado en la escalera sosteniendo al herido, los miró cuando salieron mientras mecía suavemente el cuerpo del autoproclamado rey de Callahorn. Hendel trepó en silencio por los peldaños de piedra para acercarse a él, con un gesto de tristeza en su rostro. El príncipe estaba aún vivo, pero respiraba con dificultad y sólo entreabría los párpados esporádicamente. El enano se agachó con expresión sombría mientras Menion aguantaba el cuerpo desmadejado y retiraba con cuidado la hoja mortífera, arrojándola después con gesto de repugnancia. El enano se inclinó para ayudar a Menion a incorporar al hombre herido. De repente, sus ojos se abrieron durante un momento. Palance habló en un murmullo apenas perceptible, y después volvió a quedarse inconsciente.

-Ha llamado a Shirl -susurró Menion con lágrimas en los ojos contemplando al herido-. Todavía la ama. Todavía la ama.

En el corredor, Balinor y los hermanos elfos corrían para atrapar a Stenmin. En todas partes reinaba la confusión. Los guardianes, criados y visitantes deambulaban sin rumbo por el sobrecogido palacio. Los gritos de pánico repercutían en los antiguos muros, proclamando la muerte del rey y previniendo contra los asesinos que se disponían a matarlos a todos. El ruido de otra pelea que se iniciaba ante las puertas del palacio se sumó al caos creciente. Balinor y sus dos compañeros se abrieron paso entre los corros de gente atemorizada, que pareció entrar en un estado de histeria absoluta al ver las armas. Unos cuantos guardianes desconectados entre sí intentaron detener su paso, pero en cada ocasión el gigante fronterizo apartó a los desafortunados hombres sin detenerse, y continuaron la carrera tras la figura de rojo que escapaba. Stenmin aún estaba a la vista cuando sus tres perseguidores llegaron a la galería central, pero se había mezclado con la multitud que se interponía y empezaba a distanciarse. Con increíble furia, Balinor aceleró su carrera chocando sin preocuparse contra todo aquel que se interponía. Su rostro tenía una expresión adusta y temible.

De pronto, las puertas del palacio temblaron por la presión de docenas de combatientes, y se abrieron con gran estruendo, justo delante del gigante fronterizo y sus amigos elfos. La confusión fue absoluta cuando los hombres se precipitaron en el palacio, llamando a Balinor y blandiendo sus armas con grandes bandazos. Durante un momento, el príncipe no supo quiénes eran; después vio que llevaban la insignia del leopardo de la Legión Fronteriza. Los pocos guardias de palacio que quedaban huyeron o arrojaron sus armas y fueron detenidos. Los soldados de la Legión divisaron de inmediato a Balinor y fueron hacia él, cogiéndolo y alzándolo en hombros con gritos de victoria. Durin y Dayel fueron apartados y la masa vitoreante obstruyó su persecución, permitiendo que Stenmin escapara. Balinor vociferó y forcejeó enfurecido, intentando liberarse con desesperación, pero la multitud le obligó a seguir la corriente que se movía hacia delante, arrastrándolo de nuevo en dirección al sótano.

Los frustrados elfos lograron al fin abrirse paso entre la masa de cuerpos, para correr detrás de su presa, que al girar por otro corredor, había desaparecido de su vista. Sin embargo, los elfos eran muy rápidos, y en cuestión de segundos acortaron la distancia que los separaba de Stenmin. Al dar la vuelta a la esquina del corredor, volvieron a ver el rostro sombrío marcado por el terror, con el brazo izquierdo colgando inservible. Durin maldijo en su interior por no haber cogido un arco. De repente, el hombre se detuvo e intentó sin éxito forzar una de las puertas que se alineaban al lado izquierdo del pasillo. El cerrojo resistió a pesar de sus repetidos esfuerzos. Corrió hasta la puerta siguiente. Durin y Dayel estaban sólo a unos metros cuando Stenmin logró abrirla y desapareció tras ella, cerrándola de un fuerte portazo. Los elfos llegaron poco después, pero encontraron la puerta cerrada por dentro y se dispusieron a forzar la cerradura de hierro con sus espadas. Pero ésta era resistente y tardaron algún tiempo en romperla. Cuando irrumpieron en la habitación empuñando sus espadas, la encontraron vacía.

Menion Leah estaba de pie ante la puerta principal del palacio de los Buckhannah, mientras Balinor conversaba en voz baja con sus compañeros de la Legión Fronteriza. Shirl se encontraba a su lado, cogida de su brazo, con el rostro marcado por la preocupación bajo el sol del mediodía. Menion la miró y le sonrió para tranquilizarla. Al otro lado de la Muralla Exterior de la ciudad de Tyrsis, dos divisiones de la reorganizada Legión Fronteriza esperaban pacientemente la orden que las conduciría a la batalla contra el pavoroso ejército de la Tierra del Norte. La enorme fuerza invasora había alcanzado la orilla norte del crecido Mermidon, y ahora empezaba a cruzarlo. Si la Legión lograba defender la orilla sur, aunque fuera durante pocos días, darían oportunidad a los ejércitos

de elfos para movilizarse y marchar en su ayuda. *Tiempo,* pensó Menion amargamente, todo lo que necesitaban era tiempo, y de momento no lo tenían. La Legión Fronteriza se había reorganizado lo antes posible después de que la ciudad estuvo segura y Balinor fue repuesto en su cargo, pero entonces el ejército de la Tierra del Norte ya había llegado al Mermidon e iniciaba sus preparativos para cruzarlo.

Balinor ahora era el nuevo rey de Callahorn, pero eso no fue causa de celebraciones. Su hermano yacía en coma, muy debilitado y a punto de morir. Los mejores médicos de Tyrsis le reconocieron con gran cuidado intentando determinar la razón de su comportamiento irracional, y después de algún tiempo llegaron a la conclusión de que durante un largo período le había sido administrada una potente droga para anular su voluntad y así poder dominarlo como a una marioneta sin cerebro. En los últimos tiempos, las dosis se habían incrementado hasta el punto de sobrepasar el límite de resistencia física y mental, convirtiéndolo en un auténtico loco.

Balinor escuchó sus conclusiones sin comentarios. Una hora antes había encontrado a su padre en una habitación abandonada en la torre norte. El anciano rey había muerto hacía varios días y el informe de los médicos reveló que había sido envenenado progresivamente. Stenmin ordenó que nadie se acercara a la habitación, excepto el trastornado Palance y él mismo, de modo que el secreto de la muerte de Ruhl Buckhannah no fue difícil de guardar. Si el místico hubiera conseguido matar a Balinor, le habría sido fácil persuadir a Palance de que abriese las puertas a los ejércitos del Señor de los Brujos, asegurando así la destrucción de Tyrsis. Casi lo logró, y podía seguir intentándolo. Había conseguido escabullirse de los hermanos elfos y estaba escondido en algún lugar dentro de la ciudad.

En sentido estricto, el futuro de la Tierra de Sur estaba en manos del príncipe de Callahorn. El pueblo de Tyrsis buscaba en la familia Buckhannah un gobierno fiable y un líder poderoso. La Legión Fronteriza funcionaba mejor como unidad combativa cuando Balinor estaba al mando. Ahora el alto fronterizo era el último miembro de su familia y el hombre a quien todo el mundo consideraba un líder, ya fuera abierta o subconscientemente. Si le ocurría cualquier cosa, la Legión perdería su mejor comandante y el poder de su fuerza combativa, mientras que la ciudad perdería al último Buckhannah. Los pocos que entendían por completo la gravedad de la situación se daban cuenta de que Tyrsis debía resistir el avance del ejército de la Tierra del Norte, o la Tierra del Sur estaría perdida y los ejércitos de elfos y enanos quedarían aislados. Allanon les había dicho que si esto sucedía, el Señor de los Brujos habría obtenido la victoria. Tyrsis era la llave del éxito o del fracaso y Balinor era la llave de Tyrsis.

Janus Senpre había cumplido con su parte en la salvación de la ciudad aquella mañana temprano. Después de que Menion se despidió de él, buscó a Fandwick y Ginnisson, comandantes de la Legión. En secreto, reunieron a los miembros clave y, actuando con rapidez y sigilo, asaltaron las puertas de la ciudad y los barracones del ejército. Dirigiéndose velozmente hacia el palacio, fueron ganando fuerza sin encontrar apenas oposición, hasta que al fin toda la ciudad que rodeaba la casa de los Buckhannah y sus jardines fue rescatada. Mientras esperaban al otro lado de los jardines de palacio un aviso de Menion, los tres comandantes y sus seguidores oyeron los gritos que hablaban de asesinato; temiendo lo peor, empujaron las puertas forzando su entrada justo a tiempo para evitar que Balinor atrapase a Stenmin. Casi no hubo pérdida de vidas en el breve levantamiento, y los seguidores de Palance fueron encerrados o liberados para que se incorporasen a sus antiguas unidades en la Legión. En ese momento ya se habían reorganizado cinco divisiones, y las otras tres lo estarían antes de la puesta del sol. Pero los exploradores de la ciudad informaron a Balinor del avance de los norteños, que ya estaban

en las proximidades del Mermidon, y decidieron que debían actuar en el acto para evitar que cruzaran el río.

Hendel y los hermanos elfos paseaban inquietos a la derecha de las escaleras del palacio, reflejando en sus rostros una mezcla de emociones. El enano parecía tan resuelto como siempre, su semblante maduro e implacable contemplaba con aire indiferente al montañés y a su hermosa pareja. Durin parecía haber madurado; sus finas facciones élficas estaban entristecidas por el conocimiento de lo que iba a suceder, mientras que Dayel, aunque también ensombrecido por la misma razón, lograba esbozar una sonrisa alegre. Menion alternaba su mirada entre Balinor y los comandantes de la Legión. Ginnisson era corpulento, pelirrojo y de fuertes brazos; Fandwick tenía el pelo canoso, un bigote blanco y el ceño adusto; Acton era un hombre de mediana estatura y aspecto anodino, cuya habilidad como jinete se decía no tenía rival; Messaline era alto y de hombros anchos, casi arrogante, y se mecía hacia atrás con despreocupación mientras Balinor les hablaba; y por último, estaba Janus Senpre, a quien acababan de ascender en reconocimiento por su valiente actuación en Kern y su intervención vital en la reconquista de Tyrsis. Menion los estudió con atención durante largos minutos, como si en cierto modo su reconocimiento visual pudiera determinar su valor. Luego Balinor se volvió y avanzó hacia él, haciendo un gesto a Hendel y a los hermanos elfos para que se les unieran.

-Salgo en seguida hacia el Mermidon -les informó en voz baja cuando todos estuvieron juntos. Menion fue a hablar pero Balinor lo cortó con un gesto-. No, Menion, sé lo que vas a preguntar y la respuesta es no. Todos os quedaréis en la ciudad. Confiaría mi vida a cualquiera de vosotros, y como mi vida tiene una importancia secundaria en comparación con Tyrsis, os pido que en vez de ello protejáis la ciudad. Si me ocurriese alguna cosa, vosotros sabéis mejor que nadie cómo debe continuarse la batalla. Janus se quedará con vosotros al mando de las defensas, y le he dado instrucciones de que os consulte cualquier asunto.

-Eventine llegará pronto -dijo Dayel rápidamente, esforzándose por parecer optimista.

Balinor sonrió y asintió en reconocimiento.

-Allanon nunca ha fallado. No nos fallará justamente ahora.

-No te sometas a riesgos innecesarios -le aconsejó Hendel con expresión sombría. Esta ciudad y su pueblo dependen de ti. Te necesitan vivo.

-Adiós, viejo amigo. -Balinor estrechó la mano del enano-. Dependo de ti más que de nadie. Tu experiencia supera con mucho a la mía, y eres un estratega doblemente mejor. Ten cuidado.

Se giró con rapidez, hizo un gesto a sus comandantes para que lo siguieran y entró en el carruaje que los conduciría a las puertas de la ciudad. Janus Senpre dirigió un ademán tranquilizador hacia Menion mientras el coche de palacio se alejaba, con la escolta montada dispuesta en formación en cuña. De este modo, la elegante procesión marchó al galope haciendo sonar los cascos de hierro en su camino hacia el puente de Sendic. Los cuatro compañeros junto con Shirl Ravenlock los observaron hasta que se perdieron de vista y el ruido de los cascos dejó de oírse. Entonces Hendel sugirió en un murmullo abstraído que revisaran el palacio una vez más por si se encontraba algún rastro de Stenmin y, sin esperar respuesta, entró en el hogar de los Buckhannah. Durin y Dayel lo siguieron, sintiendo una extraña tristeza. Era la primera vez que se separaban de Balinor por más de unas horas desde que emprendieron el viaje en Culhaven muchas semanas antes, y era una experiencia inquietante dejarlo marchar solo hacia el Mermidon.

Menion sabía exactamente cómo se sentían, su propia naturaleza inquieta le impulsaba a seguir al fronterizo, a unirse a él en la batalla crucial contra las hordas del Señor de los Brujos. Pero estaba casi exhausto; no había dormido durante casi dos días. La tensión de la batalla en la isla de Kern, la larga huida a través del Mermidon, y la rápida serie de acontecimientos que condujeron a la liberación de Balinor y de los otros, habían agotado todas sus fuerzas. Casi como si estuviera borracho, llevó a Shirl a los jardines, a un lado del palacio, desplomándose sobre un gran banco de piedra. La joven se sentó a su lado con los ojos puestos en su rostro, mientras él cerraba los suyos y trataba de relajar su mente.

-Sé lo que debes estar pensando, Menion -dijo la suave voz de ella-. Quisieras estar con él.

El príncipe sonrió y asintió con gesto lento. Sus pensamientos estaban confusos y desordenados.

-Debes dormir un poco, ya sabes.

De nuevo asintió, pero de repente se acordó de Shea. ¿Dónde estaba Shea? ¿Dónde habría ido a parar el valense en su búsqueda inútil de la Espada de Shannara? Se incorporó, ya despejado y se volvió hacia Shirl, casi como si pensara que ella no debería estar allí. Se encontraba exhausto, pero deseaba hablar, lo necesitaba porque podría no volver a tener otra oportunidad. Con voz baja y grave, empezó a hablarle de Shea y de sí mismo, describiéndole a trazos rápidos la amistad que los había unido durante años. Le habló de la época en que vivía en las tierras altas de Leah, pasando poco a poco a relatarle toda la historia del viaje a Paranor y la búsqueda de la Espada. A veces divagó en intentos vanos de explorar el fundamento de aquellos sentimientos que compartían y de las ideas en que discrepaban. A medida que el hombre de las tierras altas continuaba hablando, Shirl empezó a darse cuenta de que no trataba de describir a Shea, sino a sí mismo. Entonces lo interrumpió poniendo sin pensarlo su delgada mano sobre los labios de él.

-Fue la única persona a quien lograste conocer a fondo, ¿verdad? -le preguntó en voz baja-. Era como un hermano y ahora te sientes responsable por lo que le ha ocurrido.

Menion se encogió de hombros con una expresión de desconsuelo.

-No pude hacer nada más de lo que hice. Retenerlo en Leah al principio, sólo habría retrasado lo inevitable. Pero eso no me ayuda. Siento una especie de... culpa...

-Si te aprecia tanto como lo aprecias tú, en el fondo de su corazón sabe la verdad de todo lo que has hecho, dondequiera que esté ahora -le respondió ella rápidamente-. Nadie puede acusarte después del valor que has demostrado en estos últimos cinco días; y yo te quiero, Menion Leah.

Menion la miró con una expresión estúpida; la repentina declaración lo había desconcertado. Riéndose de su confusión, la joven pasó sus brazos alrededor de su cuello; sus cabellos rojizos cayeron sobre su rostro como un suave velo. Menion la mantuvo abrazada un momento, después estrechó sus hombros y la apartó para poder verla. Ella correspondió a su mirada.

-Quería decirlo en voz alta. Quería que lo oyeses, Menion. Si vamos a morir...

De repente, sus palabras se atascaron y apartó la vista, mientras por sus mejillas se deslizaban lentamente las lágrimas. Él se acercó y las secó, sonriéndole y levantándose al tiempo que tiraba también de ella.

-He recorrido un larguísimo camino -le murmuró-. Pude haber muerto cientos de veces, pero he sobrevivido. He visto que el mal existe en este mundo y en mundos cuya existencia los mortales sólo imaginan. No hay nada que pueda hacernos daño. El amor

proporciona una especie de fuerza que permite resistir incluso la muerte. Pero es necesario que tengas confianza. Cree, Shirl. Cree en nosotros.

Ella sonrió a pesar suyo.

-Creo en ti, Menion Leah. Ahora acuérdate de creer en ti mismo.

El agotado hombre de las tierras altas le devolvió la sonrisa, apretando fuertemente sus manos. Era la mujer más hermosa que había visto nunca, y la amaba tanto como a su propia vida. Se inclinó hacia delante y la besó.

-Todo irá bien -le dijo-. Todo saldrá bien.

Se quedaron unos minutos más en la soledad de los jardines y pasearon por los senderos que serpenteaban entre las perfumadas flores del verano. Pero Menion luchaba por mantenerse despierto, y Shirl no tardó en pedirle que durmiese un poco mientras pudiera hacerlo. Aún sonriendo para sí, se retiró a su dormitorio en el palacio, donde se derrumbó, totalmente vestido, sobre la cama ancha y blanda, y cayó en un profundo sopor. Mientras dormía, transcurrieron las horas de la tarde, el sol fue desplazándose en el cielo hacia el oeste y al final se hundió detrás del horizonte dejando un resplandor rojizo y brillante. Con la llegada de la noche, el montañés se despertó, descansado pero extrañamente inquieto. Fue en busca de Shirl, y juntos recorrieron los casi desiertos corredores del palacio, buscando a Hendel y a los hermanos elfos. En los largos corredores retumbaban los ligeros repiqueteos de sus botas al pasar junto a los centinelas inmóviles como estatuas y a las oscuras habitaciones, deteniéndose sólo un momento para visitar a la figura yaciente de Palance Buckhannah, rodeado por sus médicos que le cuidaban con rostros inexpresivos. Su estado no había cambiado, el cuerpo herido y el espíritu destrozado luchaban por vivir contra la fuerza terrible de una muerte que lenta e inevitablemente se iba apoderando de él. Cuando las dos figuras silenciosas se apartaron de la cama, había lágrimas en los ojos de Shirl.

Convencido de que sus amigos habrían ido hacia las puertas de la ciudad a esperar el regreso del príncipe de Callahorn, Menion ensilló dos caballos y ambos cabalgaron hacia la Vía Tyrsiana. Era una noche fresca y sin nubes, iluminada por el resplandor plateado de la luna y las estrellas, y las torres de la ciudad resaltaban con nitidez en el cielo. Cuando los caballos tomaron el puente de Sendic, Menion sintió el agradable frescor de la brisa nocturna soplando en suaves oleadas contra su rostro sofocado. Había una calma desacostumbrada a lo largo de la Vía Tyrsiana, las calles estaban desiertas y las casas que bordeaban la vía iluminadas pero silenciosas. Un mutismo que casi se había extendido por toda la ciudad asediada, una tétrica soledad susurrante flotaba en el aire aguardando la muerte que llegaría con la batalla. Los jinetes cabalgaron nerviosos a través del misterioso silencio, intentando disfrutar de algún modo de la belleza del cielo estrellado que parecía prometer mil mañanas para las razas. La altísima Muralla Exterior destacaba a lo lejos, oscura, y sobre las almenas ardían antorchas que iluminaban el regreso de los soldados de Tyrsis. Menion pensó que había pasado demasiado tiempo. Pero quizás habían tenido más suerte de la que todos se atrevían a esperar. Quizás habían logrado defender el Mermidon frente a las hordas de la Tierra del Norte...

Momentos después los jinetes desmontaban ante las inmensas puertas de la gigantesca muralla. Los barracones de la Legión estaban animados por la actividad mientras la guarnición inquieta trabajaba febrilmente preparándose para la batalla que se acercaba. Había corros de soldados por todas partes, y Menion y Shirl tuvieron ciertas dificultades en llegar hasta la parte alta de los bastiones, donde fueron recibidos con amabilidad por Janus Senpre. El joven comandante había mantenido una vigilancia continua desde la salida de Balinor, y su rostro delgado estaba marcado por el cansancio y la ansiedad. Un momento después, Durin y Hendel surgieron de la oscuridad para reunirse

con ellos, y al cabo de un rato también apareció Dayel. El pequeño grupo permaneció en silencio, contemplando la oscuridad que se extendía en dirección norte hacia el Mermidon. Desde allí podían oír los apagados gritos de los humanos que luchaban, transportados irónicamente por la brisa nocturna hasta los atentos oídos de los que aguardaban.

Janus comentó con aire ausente que había enviado media docena de exploradores para que intentasen averiguar lo que estaba ocurriendo en el río, pero ninguno volvió. Aquello era inquietante. Varias veces intentó ir él mismo, pero Hendel le había recordado en cada ocasión con aspereza que estaba encargado de la defensa de Tyrsis, y tuvo que renunciar de mala gana. Durin decidió por su cuenta que si Balinor no volvía a medianoche, saldría a buscarle. Un elfo podía moverse sin ser detectado casi por todas partes. Pero de momento aguardaba como los demás con creciente aprensión. Shirl comentó el estado estacionario de Palance Buckhannah, pero sólo recibió como respuesta la falta de interés, y renunció a la imposible tarea de distraer sus mentes de la batalla del río. El pequeño grupo aguardó una hora, después dos. Los ruidos aumentaban poco a poco y se hacían más desesperados, como si la lucha se fuese acercando a la ciudad.

Entonces, de repente, una enorme formación de jinetes y soldados de infantería apareció de la oscuridad justo delante del promontorio, serpenteando en tambaleantes columnas por la amplia rampa de piedra que conducía a la ciudad. Su llegada había sido casi imperceptible, y su salida de la nada hizo que todos los que estaban sobre la Muralla Exterior dejasen escapar un grito ahogado. Janus Senpre se lanzó alarmado hacia el mecanismo que controlaba los cerrojos de hierro de las gigantescas puertas, temiendo que se tratase del enemigo que había logrado imponerse a Balinor. Pero Hendel lo llamó para que volviera. Él comprendió lo que ocurría antes de que los otros lo sospechasen. Inclinándose sobre el borde de la muralla, el enano gritó algo en su lengua, y recibió una respuesta casi inmediata. Asintiendo sombríamente a los otros, Hendel señaló al alto jinete que había avanzado hasta la cabeza de la larga columna. Bajo la suave luz de la luna, Balinor, cubierto de polvo, miró hacia arriba, confirmando en su rostro lúgubre lo que todos sospecharon al reconocerlo. La Legión Fronteriza no había logrado defender el Mermidon y el ejército del Señor de los Brujos avanzaba hacia Tyrsis.

Era casi medianoche cuando los cinco miembros de la expedición de Culhaven que seguían juntos se reunieron en un pequeño comedor secundario en el palacio de los Buckhannah para una breve comida nocturna. La larga batalla mantenida en el Mermidon contra el ejército norteño se había perdido, aunque el coste de vidas enemigas fue terrible. Al principio parecía que los soldados veteranos de la Legión Fronteriza lograrían evitar que los bárbaros de la Tierra del Norte llegasen a la orilla sur del río. Pero ellos eran miles, y donde cientos fracasaron, miles lograron finalmente su objetivo. La caballería de Acton había corrido vertiginosamente a lo largo de las líneas de la Legión, frustrando todo intento del enemigo de rebasar el flanco de los soldados de infantería atrincherados. Los avances dentro de las filas del ejército de la Tierra del Sur dieron como resultado la muerte de cientos de trolls y de gnomos. Fue la matanza más espantosa que Balinor había presenciado en su vida, y al final el Mermidon empezó a cambiar de color con la sangre de los heridos y los muertos. Sin embargo, continuaron intentándolo como si fuesen criaturas sin inteligencia y sin sentimientos, sin conciencia y sin temor humano. El poder del Señor de los Brujos había dominado la mente colectiva del gigantesco ejército hasta el punto que para ellos ni siquiera la muerte tenía significado. Por último, una enorme columna de feroces rock trolls abrió una brecha en el extremo derecho de la línea defensiva de la Legión; aunque podrían haber sido asesinados casi por un solo hombre, su táctica de

distracción obligó a los tyrsianos a debilitar su flanco izquierdo. Al final los guerreros de la Tierra del Norte lograron pasar.

En ese momento estaba anocheciendo y Balinor se dio cuenta de que ni siquiera los mejores soldados del mundo podrían volver a tomar y defender la orilla sur cuando llegara la oscuridad. La Legión había sufrido escasas bajas durante la batalla de la tarde y, por tanto, ordenó a las dos divisiones que se retirasen a un pequeño montículo varios cientos de metros al sur para reorganizar una formación de combate. Mantuvo a la caballería en los flancos izquierdo y derecho, emprendiendo pequeñas embestidas contra el enemigo para desequilibrarlos y evitar que organizasen un contraataque. Después esperó a que oscureciese. Las hordas del ejército norteño empezaron a cruzar masivamente a medida que avanzaba el crepúsculo; con una mezcla de perplejidad y terror, los hombres de la Legión Fronteriza contemplaron cómo los primeros cientos que cruzaron se convertían en miles y aún llegaban más. Era un espectáculo aterrador; un ejército de dimensiones increíbles que cubría completamente la tierra a ambos lados del Mermidon hasta donde alcanzaba la vista.

Pero su magnitud dificultaba la capacidad de maniobra, y la cadena de órdenes parecía desorganizada y confusa. No había ningún esfuerzo concentrado en expulsar a los tyrsianos atrincherados de su pequeño montículo. En vez de eso, la mayor parte del ejército se arremolinaba en la orilla sur después de cruzar el río, como esperando a que alguien les dijese qué hacer a continuación. Varios escuadrones de trolls perfectamente armados iniciaron una serie de acometidas contra los destacamentos de la Legión, pero estaban igualados en número y los soldados veteranos los repelieron con facilidad. Cuando por fin la oscuridad lo invadió todo, el ejército enemigo empezó a organizarse en columnas de a cinco, y Balinor supo que la primera embestida real podría destruir a la Legión.

Con el talento y la osadía que lo habían convertido en el alma de la afamada Legión Fronteriza y en el mejor comandante de campaña de la Tierra del Sur, el príncipe de Callahorn empezó a ejecutar la más difícil maniobra táctica. Sin esperar a una ofensiva del enemigo, dividió su ejército y atacó por la izquierda y por la derecha a las columnas del ejército de la Tierra del Norte. Golpeando con dureza en fintas cortas, y contando con la ventaja de estar a oscuras en un terreno que todos los fronterizos conocían bien, los soldados de la Legión hicieron retroceder los flancos del enemigo para formar un semicírculo irregular. El círculo se hizo cada vez más apretado y los tyrsianos presionaron cada vez más. Balinor y Fandwick contenían el lado izquierdo, mientras que Acton y Messaline se encargaban del derecho.

El enemigo enfurecido empezó a cargar salvajemente, avanzando con torpeza por el terreno desconocido bajo la oscuridad creciente, con los soldados de la Legión a pocos pasos fuera de su alcance. Balinor hizo avanzar sus flancos lentamente y estrechó sus líneas, conteniendo a los norteños que intentaban penetrar. Después, cuando los soldados de infantería habían retrocedido, protegidos por la oscuridad y la batalla que se libraba detrás de ellos, la diestra caballería avanzó todas sus fuerzas en una última finta y se escabulló de entre las garras del enemigo que se replegaba. De repente, los flancos izquierdo y derecho del acosado ejército de la Tierra del Norte se encontraron, creyendo ambos que el otro era el odiado enemigo que había estado esquivándolos durante horas. Sin dudarlo, acometieron unos contra otros.

Cuántos trolls y gnomos fueron asesinados por su propia gente nunca se sabría, pero la pelea aún continuaba enconada cuando Balinor y las dos divisiones de la Legión Fronteriza llegaron a las puertas de Tyrsis. El sonido de los cascos de los caballos y de las pisadas de los soldados fue amortiguado para ocultar su retirada. Con la excepción de un escuadrón de jinetes que se desvió demasiado hacia el oeste y fueron interceptados y

diezmados, la Legión escapó ilesa. Sin embargo, el daño inflingido en el inmenso ejército de la Tierra del Norte no había logrado detener su avance, y el Mermidon, la primera línea defensiva de Tyrsis, había sido atravesado.

Ahora, el enorme campamento del enemigo se extendía sobre las praderas debajo de la ciudad, las fogatas nocturnas ardiendo hasta donde alcanzaba la vista en la oscuridad iluminada por la luna. Al amanecer daría comienzo el asalto a Tyrsis y la fuerza combinada de miles de trolls y gnomos, obedientes a la voluntad del Señor de los Brujos, arremetería contra la altísima barrera de piedra y hierro que formaba la Muralla Exterior, que en aquellas condiciones podía ser derribada.

Hendel, sentado frente a Balinor en la pequeña mesa del comedor, recordó de nuevo la ominosa sensación que había sentido aquel día por la mañana, mientras inspeccionaba con Janus Senpre las fortificaciones de la gran ciudad. Sin duda, la Muralla Exterior era una barrera formidable, pero algo no iba bien. No fue capaz de encontrar la causa de su inquietud; pero incluso ahora, en la tranquilidad del comedor y entre el cálido compañerismo de sus amigos, no podía quitarse de encima la persistente sospecha de que habían pasado por alto algo de vital importancia al prepararse para el asedio que se avecinaba.

Recorrió mentalmente las líneas de defensa que protegían la gran ciudad. Al borde del promontorio, los hombres de Tyrsis habían levantado un baluarte para evitar que el enemigo pudiese acceder a la meseta. Si los habitantes de la Tierra del Norte no podían ser contenidos en las praderas bajo el promontorio, la Legión Fronteriza retrocedería hasta la propia ciudad y confiaría en que la inmensa Muralla Exterior detuviese el avance del enemigo. El asalto por la parte de atrás de la ciudad estaba obstaculizado por los escarpados riscos que se alzaban cientos de metros directamente sobre los jardines de palacio. Balinor le había asegurado que los riscos no podían ser escalados; eran como láminas de roca pulida, carentes de recovecos o grietas que permitiesen apoyarse. Las defensas que rodeaban la ciudad debían ser impenetrables, y sin embargo Hendel seguía descontento.

Durante un momento, sus pensamientos se desviaron hacia su patria: Culhaven y su familia, que desde hacía semanas no había visto. Nunca pasaba demasiado tiempo con ellos, siempre ocupado en las incesantes guerras fronterizas del Anar. Añoraba los bosques y el matiz verde que llegaba con los meses de primavera y verano, y de repente se preguntó cómo había dejado pasar tanto tiempo sin visitar su casa. Quizá nunca volvería. El pensamiento atravesó su mente y se desvaneció; no tenía tiempo para lamentaciones.

Durin y Dayel conversaban con Balinor, con sus pensamientos puestos en la Tierra del Oeste. Dayel, como Hendel, pensaba en su hogar. Estaba aterrado por la batalla que se avecinaba, pero aceptaba su miedo, animado por la presencia de los otros y determinado a no ser menos que ellos en mantenerse firme contra el ejército que había ido a destruirlos. Pensó en Lynliss, el rostro afable y tímido de ella era una imagen fija en su mente. Lucharía por su seguridad como por la suya propia. Durin miró a su hermano, advirtiendo su sonrisa, y sabiendo sin necesidad de preguntarlo que estaba pensando en la joven elfa con quien iba a casarse. Nada era más importante para Durin que la seguridad de Dayel; desde el principio se había esforzado por permanecer cerca de su hermano para protegerlo. Varias veces durante la larga jornada a Paranor estuvieron a punto de perder la vida. El día siguiente traería un peligro aún mayor, y una vez más, Durin velaría por su hermano.

Durante unos instantes pensó en Eventine y en los poderosos ejércitos élficos, preguntándose si llegarían a tiempo. Sin su gran fuerza para apoyar a la Legión Fronteriza, las hordas del Señor de los Brujos atravesarían las defensas de la ciudad. Tomó el vaso de vino y lo bebió hasta el fondo, sintiendo el calor del líquido en la garganta. Sus ojos

penetrantes examinaron los rostros de los otros y se pararon durante un momento sobre el semblante inquieto de Menion Leah.

El delgado montañés había devorado su cena; llevaba casi veinticuatro horas sin comer nada. Terminó mucho antes que sus compañeros y se sirvió otro vaso de vino, dirigiendo después un interrogatorio a Balinor sobre la batalla de la tarde. Ahora, en las horas tranquilas de la madrugada, terminada la cena y sumido en un cierto sopor producido por el vino, se le ocurrió de repente que la clave de todo lo que había ocurrido desde Culhaven y de todo lo que ocurriría en los días que quedaban, estaba en Allanon. Ya no podía pensar en Shea o en la Espada, ni siquiera en Shirl. Sólo podía ver en su mente la figura oscura y amenazante del misterioso druida. Allanon encerraba las respuestas a todas las preguntas. Sólo él conocía el secreto del talismán que los humanos llamaban Espada de Shannara. Sólo él conocía el objetivo de la aparición del enigmático espectro del valle de Esquisto: el druida Bremen, un hombre muerto quinientos años atrás. Sólo él, en cada caso, en cada etapa del peligroso viaje a Paranor, había sabido con qué iban a encontrarse y cómo enfrentarse a ello. Sin embargo, seguía siendo un enigma.

Ahora se había separado de ellos y sólo Flick, si aún continuaba vivo, podía preguntarle lo que iba a ocurrirles. Todos dependían de Allanon para sobrevivir; pero ¿qué haría el gigante druida? ¿Qué recurso le quedaría una vez perdida la Espada de Shannara? ¿Qué recurso le quedaría cuando el joven heredero de Jerle Shannara había desaparecido y probablemente estaba muerto? Menion se mordió los labios cuando ese odioso pensamiento se coló en su mente. ¡Shea tenía que estar vivo!

Maldijo todo lo que les había conducido hasta aquel triste final. Se habían dejado llevar hasta un rincón. Sólo les quedaba un camino. En el holocausto de la batalla del día siguiente morirían seres humanos, y muy pocos o ninguno sabrían la razón. Era una parte inevitable de la guerra, que los humanos muriesen por razones desconocidas; había ocurrido durante siglos. Pero esta guerra estaba más allá de la comprensión humana, esta guerra entre un ser espectral, inmaterial, y los seres mortales. ¿Cómo podían destruir a un ser maligno como el Señor de los Brujos si ni siquiera comprendían su existencia? Sólo Allanon parecía capaz de apreciar la naturaleza de la criatura. Pero, ¿dónde estaba el druida cuando más lo necesitaban?

Ante ellos, las velas ardían sobre la mesa y la oscuridad de la habitación se acentuaba. En las paredes cubiertas de tapices y artesonados de madera las antorchas chisporroteaban en sus soportes de hierro, y las cinco voces se convirtieron en susurros, como si la noche fuese un niño que pudiera despertarse. La ciudad de Tyrsis dormía ahora, al igual que el ejército de la Tierra del Norte en las praderas. En la paz y en la soledad de la noche iluminada por la luna, parecía que todos los seres vivos descansaban, y que la guerra, con su amenaza de muerte y dolor, era meramente un vago recuerdo de épocas anteriores. Pero los cinco que hablaban de días mejores y de amistad compartida no podían, ni durante unos momentos, apartar de sí la idea de que la guerra regresaría al amanecer, tan inevitable como la oscuridad del Señor de los Brujos que se acercaba lentamente para acabar con sus vidas.

XXX

A la mañana del tercer día desde que iniciaron la búsqueda de Orl Fane, las lluvias torrenciales que habían barrido la inmensidad de las yermas Tierras del Norte cesaron, y el sol apareció como una bola de fuego blanco, tenue y borrosa, brillando a través de la brumosa oscuridad dejada por la muralla negra del Señor de los Brujos a su paso por el terreno fangoso y salpicado de rocas. La tormenta había alterado la topografía de la tierra por completo, borrando casi todas las señales notables, dejando sólo cuatro horizontes idénticos de cerros rocosos y vallas cubiertas de fango.

Al principio, la aparición del sol les pareció un signo de bienvenida. El calor de sus rayos atravesó la odiosa penumbra que se había fijado sobre la superficie yerma de la tierra sustituyendo el frío dejado por la tormenta ya desaparecida, a medida que la temperatura subía de forma continua y el aspecto de la tierra comenzaba a alterarse una vez más. Pero en una hora la temperatura subió treinta grados y continuaba subiendo. Los ríos que circulaban por los serpenteantes surcos grabados por la fuerza de la lluvia empezaron a desprender vapores y vahos, levantándose una bruma que lo cubrió todo con una nueva e incluso más desagradable humedad.

La poca vida vegetal nacida a consecuencia de la devastadora tormenta se marchitó y murió sofocada, privada de la luz vivificante del sol y ahogada por el calor asfixiante que atravesaba la niebla grisácea. La tierra fangosa se extendía desprotegida contra el calor y pronto se coció formando una arcilla dura y cuarteada, incapaz de sustentar ningún tipo de vida. Las charcas, ríos y lagos empezaron a secarse rápidamente y casi de inmediato desaparecieron. La superficie de los enormes pedruscos que salpicaban el terreno reseco, absorbió el calor ardiente como hierro depositado sobre carbón incandescente. Poco a poco, inexorablemente, la tierra se convirtió en lo que había sido antes de que las lluvias barriesen su superficie; un lugar árido, desprovisto de vida, silencioso y amenazador, bajo la inmensidad del cielo sin nubes. El único movimiento provenía del arco lento e inalterable de un sol apático y perpetuo que seguía su incesante recorrido de este a oeste, convirtiendo los días en años y los años en siglos.

Tres figuras inclinadas se asomaron cautelosamente bajo la protección de un nicho rocoso excavado en uno de los innumerables e indefinidos cerros, sus cuerpos fatigados se estiraron lentamente, sus ojos miraron a través del muro ininterrumpido de niebla. Permanecieron durante un largo rato en aquella penumbra inerte, contemplando la tierra agonizante que parecía no tener fin, un lúgubre cementerio de montículos rocosos que cubrían los restos mortales de aquellos que se habían aventurado a entrar en aquel reino prohibido. Un silencio absoluto flotaba perversamente en las sombras neblinosas, filtrando su aviso de muerte en las mentes de las tres criaturas que vivían. Observaron con una aprensiva expectación los páramos que les rodeaban.

Shea se volvió hacia sus compañeros. Panamon arqueaba la espalda y se frotaba las piernas, esforzándose en despertar sus músculos entumecidos. Su pelo oscuro estaba desgreñado y enredado, su cara ensombrecida por una barba de tres días. Tenía un aspecto enfermizo, pero sus ojos penetrantes se avivaron al encontrarse con la mirada inquisitiva de Shea. El enorme Keltset se había desplazado sin hacer ruido hasta la cima del cerro y examinaba el horizonte del norte.

Estuvieron acurrucados en el pequeño refugio del nicho rocoso durante casi tres días, mientras la feroz tormenta rugía sin parar a su alrededor. Tres días perdidos en la persecución de Orl Fane y de la Espada de Shannara; tres días durante los cuales todos los

rastros del esquivo gnomo habían sido borrados totalmente. Ellos permanecieron agazapados en las rocas, comiendo porque era necesario, durmiendo porque no había nada más que hacer. La conversación entre Shea y Panamon les había llevado a comprenderse mejor, mientras que Keltset seguía siendo un completo enigma. Shea insistió en que debían hacer caso omiso de la tormenta y perseguir a su presa, pero Panamon se negó a discutir su proposición. Nadie podría desplazarse en aquellas condiciones y Orl Fane se vería obligado a buscar un refugio o arriesgarse a ser atrapado en un barrizal o a ser arrastrado por algún torrente. En cualquier caso, razonó serenamente el ladrón, el gnomo no podría llegar muy lejos. Keltset descendió de la cresta del cerro agitando una mano. El horizonte estaba despejado.

No se discutió más sobre lo que debía hacerse. Ya estaba decidido. Recogieron sus escasas posesiones y se encaminaron por el borde del escarpado terraplén, doblando hacia el norte. Por una vez, Shea y Panamon estaban totalmente de acuerdo. La búsqueda de la Espada de Shannara se había convertido en algo más que un asunto de orgullo herido. Más que en una misión para conseguir el misterioso talismán. Se había convertido en una caza frenética y peligrosa del único medio, a pesar de todo cuestionable, por el que podían seguir vivos en aquella tierra salvaje.

La fortaleza del Señor de los Brujos se encontraba en medio de los picos negros que se elevaban al norte. Tras ellos se extendía el muro mortífero de niebla que marcaba los límites exteriores del Reino de la Calavera. Para escapar de aquella abominable tierra, tendrían que seguir un camino u otro. La elección obvia era volver a través de la oscuridad, pero mientras que las piedras élficas podían mostrarles el camino hacia el sur, al usarlas descubrirían también su presencia al mundo espectral. Allanon se lo había explicado a Shea en Culhaven, y éste a su vez a Panamon. La Espada de Shannara era un arma que podía protegerlos del Señor de los Brujos, que podía darles al menos una posibilidad en la lucha. El plan general era recuperar la posesión del talismán y escapar de nuevo por el muro de negrura a la mayor velocidad posible. No era una estrategia brillante, pero en aquellas circunstancias no tenían duda de que tendría que hacerse así.

La marcha era tan difícil como lo había sido antes de la tormenta. La tierra era dura, cubierta por grava y un mantillo suelto que hacía la caminata más peligrosa. Avanzando a tropezones y gateando por el terreno abrupto, los tres quedaron pronto cubiertos de polvo y magullados por las continuas caídas. A causa de la irregularidad de la topografía, era difícil conservar la orientación y casi imposible calcular el avance. No existían marcas y el paisaje parecía casi igual en todas las direcciones. Los minutos pasaban con agonizante lentitud y ellos seguían sin encontrar nada. La humedad continuó creciendo y las ropas que llevaban los tres humanos se empaparon de sudor. Se quitaron las capas y se las ataron a la espalda, volvería a hacer frío al caer la noche.

-Éste es el sitio donde lo vimos por última vez. Panamon se detuvo en la cima del cerro que acababan de escalar, respirando con esfuerzo. Shea se acercó a él y miró alrededor con incredulidad. Todos los cerros que les rodeaban parecían iguales, salvo por pequeñas variaciones de forma y tamaño. Contempló dubitativamente el horizonte. Ni siquiera estaba seguro de por donde habían venido.

-Keltset, ¿qué ves? -le preguntó.

El rock troll se dirigió con pasos largos y lentos hacia la cima, examinando el terreno por si hubiese algún rastro dejado por el paso del pequeño gnomo, pero la tormenta parecía haber borrado todos los signos. Dio unas cuantas vueltas durante unos minutos, después se volvió hacia ellos y movió la cabeza negativamente. El rostro polvoriento de Panamon enrojeció con furia repentina.

-Estuvo aquí. Caminaremos un poco más.

Siguieron en silencio, arrastrándose pendiente abajo, gateando pendiente arriba en el siguiente cerro. No había nada más que decir. Si Panamon estaba equivocado, nadie tenía una idea mejor, excepto seguir buscando. Transcurrió una hora mientras se dirigían trabajosamente hacia el norte. Seguía sin haber nada. Shea empezó a darse cuenta de la inutilidad de la empresa. Sería imposible buscar por toda la tierra que se extendía hacia el este y el oeste; si el astuto gnomo se había desplazado sólo cincuenta metros en cualquier dirección, era probable que nunca supieran que había tomado ese camino. Tal vez habría quedado enterrado en un barrizal durante la tormenta junto con la Espada y nunca lograrían hallarlo.

A Shea le dolían los músculos por las difíciles escaladas, y le pareció oportuno pedir un alto para reconsiderar la decisión de proseguir en la dirección en que caminaban. Tal vez debían intentar prescindir del esquivo rastro. Sin embargo, una mirada al oscuro rostro de Panamon lo disuadió rápidamente de sugerir tal acción. El ladrón tenía la misma expresión que Shea había visto cuando se disponía a acabar con los gnomos varios días antes. Una vez más era el cazador. Si Panamon lo encontraba, Orl Fane moriría sin remedio. Shea tembló contra su voluntad y apartó la vista.

Varios cerros más adelante, encontraron algo de lo que estaban buscando. Keltset lo localizó desde un pequeño montículo, distinguiendo con su aguda mirada un objeto extraño que estaba semienterrado por el polvo en el fondo de un pequeño barranco. Dirigiendo a los otros dos, se deslizó por la pendiente rocosa y se lanzó sobre el objeto abandonado, cogiéndolo y levantándolo para enseñárselo a los otros. Era una larga tira de tela que pertenecía a la manga de una túnica. Todos la contemplaron en silencio durante un momento, y después Shea miró a Keltset para confirmar que realmente pertenecía a Orl Fane. El troll gigante asintió solemnemente. Panamon Creel clavó el pedazo de tela en su punzón, y sonrió.

-Así que lo encontramos de nuevo. ¡Esta vez no se nos escapará!

Pero aquel día no lo encontraron, ni tampoco descubrieron ningún otro signo de su paso. En el polvo, las pisadas del gnomo deberían verse con claridad y, sin embargo, no vieron ninguna. En contra de la primera opinión de Panamon, Orl Fane había seguido de algún modo durante la tormenta, escapando de barrizales y de ríos. La lluvia borró sus huellas, pero con caprichosa perversidad dejó al descubierto el trozo de manga. Podía haber sido arrastrado por el agua desde cualquier lugar, por tanto no era posible saber de dónde había venido o a dónde había ido el gnomo. Al anochecer, la negrura que rodeaba la tierra era tan densa que resultaba imposible ver más allá de un par de metros y la búsqueda tuvo que ser abandonada. Keltset se encargó de la primera guardia y Panamon y Shea se derrumbaron casi exhaustos y se quedaron dormidos en el acto. El aire nocturno era frío, aunque persistía la humedad diurna, y los tres se envolvieron una vez más en sus capas de monte medio secas.

La mañana retornó con demasiada celeridad y con ella la bruma grisácea. El día no era tan húmedo como el anterior, pero no por ello resultaba más agradable; el sol estaba aún casi tapado por una niebla plomiza suspendida de forma estática. El mismo silencio misterioso persistía y los tres humanos miraron a su alrededor con una sensación de completo aislamiento del mundo de los vivos. La inmensidad vacía empezaba a producir un efecto apreciable en Shea y en Panamon Creel. El primero estaba inquieto y nervioso en estos últimos días y Panamon, normalmente cordial y charlatán, se había sumido en un silencio casi absoluto. Sólo Keltset parecía conservar su conducta habitual y su rostro estaba sereno e imperturbable como siempre.

Consumieron un breve desayuno sin demasiadas ganas y emprendieron la búsqueda otra vez. Lo hicieron casi a disgusto. Todos deseaban acabar aquel agotador viaje lo antes

posible. Siguieron adelante en parte por un sentido de supervivencia y en parte porque no tenían otro sitio adonde ir. Aunque nadie hablaba de ello, Panamon y Shea empezaban a preguntarse por qué Keltset continuaba la persecución. Estaba en su propia tierra y probablemente habría logrado sobrevivir solo si hubiera escogido su camino. Durante los tres días de lluvia, los dos hombres intentaron sin éxito descifrar las razones de Keltset para continuar con ellos, y ahora, demasiado cansados para seguir razonando, habían aceptado su presencia con suspicacia, mientras crecía en ellos la determinación de averiguar quién era antes de que el viaje terminase. Siguieron la penosa caminata a través del polvo y la bruma mientras la mañana avanzaba hacia el mediodía.

Sin previo aviso, Panamon se detuvo en seco.

-¡Huellas!

El ladrón dejó escapar un grito salvaje de alegría y se lanzó como un loco hacia un pequeño arroyo que había a su izquierda, mientras Keltset y Shea lo contemplaban con perplejidad. Momentos después, el trío se arrodillaba sobre una serie de pisadas que se perfilaban con claridad sobre el polvo. No cabía duda sobre su origen; incluso Shea reconoció que correspondían a las botas de un gnomo que debían estar gastadas y rotas por los talones. El rastro dejado era inconfundible y conducía hacia el norte, pero zigzagueando absurdamente como si su autor no estuviera seguro de su destino. Casi daban la impresión de que Orl Fane vagaba sin saber adonde ir. Se detuvieron un momento más y después se incorporaron con rapidez ante la orden urgente de Panamon. Las huellas no debían de tener más de una hora y, a juzgar por los meandros que formaban, el esquivo Orl Fane podría ser alcanzado fácilmente. Panamon apenas fue consciente de la malsana alegría que inundó su revitalizado cuerpo al vislumbrar el fin de la larga caza. Sin decir ni una palabra más, recogieron sus pertrechos y se encaminaron hacia el norte con malévola resolución. Aquél sería el día en que atraparían a Orl Fane.

El rastro dejado por el pequeño gnomo serpenteaba de forma errática y confusa a través de los polvorientos cerros de la Tierra del Norte. A veces se encontraban viajando en dirección este, y en una ocasión dieron una vuelta completa. La tarde transcurrió con tediosa precisión, y aunque Keltset señaló que las huellas eran cada vez más recientes, les parecía que avanzaban poco. Si el anochecer llegaba antes de que atraparan a su presa, podían volver a perderla con facilidad. Dos veces estuvieron a punto de alcanzarla, y en ambas ocasiones un suceso inesperado los obligó a abandonar temporalmente la persecución. No estaban dispuestos a que eso ocurriese por tercera vez, y Shea se prometió a sí mismo que, si era necesario, perseguiría a Orl Fane incluso en la total oscuridad.

Los picos gigantescos del Reino de la Calavera sobresalían a lo lejos, amenazantes, sus puntas afiladas y negras se proyectaban como cuchillos en el horizonte. Había una sensación de temor en la mente del valense de la que no podía librarse, un temor que se reforzaba de continuo a medida que se iban adentrando en la Tierra del Norte. Empezó a darse cuenta de que estaba mucho más comprometido en todo aquello de lo que en un principio imaginó, que de algún modo la búsqueda de Orl Fane era una parte pequeña de un plan mucho mayor. Todavía no estaba sobrecogido por el pánico, pero sí incitado por una necesidad urgente de terminar aquella caza absurda y volver a su tierra.

Hacia media tarde, el terreno montañoso empezó a nivelarse en una ondulante llanura que les permitió ver a mayor distancia y caminar erguidos de una manera casi relajada por primera vez desde que atravesaron la muralla negra. El paisaje que tenían ante ellos era de una impresionante desolación, una llanura vacía y yerma de tierra marrón y roca gris que se extendía de forma irregular hacia el norte, donde estaban los altos picos que bordeaban el Reino de la Calavera y el hogar del Señor de los Brujos. Estas vastas planicies se estrechaban hacia el norte, desembocando en masas rocosas y terrenos

montañosos que conducían de forma escalonada a los impresionantes picos de detrás. Toda la extensión, desnuda, caliente y desolada, yacía en el mismo silencio misterioso y mortal. Nada se movía, ninguna criatura se agitaba, ningún insecto zumbaba, ningún pájaro volaba, ni siquiera el viento barría la capa de polvo. En todas partes había el mismo vacío, la misma carencia de vida, el mismo manto de muerte. Las alocadas huellas de Orl Fane conducían a aquella vastedad y desaparecían a lo lejos. Parecía como si la tierra se lo hubiese tragado.

Los cazadores se detuvieron durante varios minutos, reflejando en sus rostros su desagrado a seguir en una tierra tan inhóspita. Pero no había tiempo para sopesar los atractivos del asunto, y se pusieron en marcha. El sendero tortuoso era visible a una distancia mayor en aquellas llanuras ondulantes, y los tres perseguidores fueron capaces de trazar un camino más directo. Empezaron a ganar tiempo. Dos horas más tarde, Keltset indicó que no estaban a más de una hora de camino de la presa. El anochecer se aproximaba, el sol empezaba a hundirse detrás de un horizonte irregular en el oeste. El crepúsculo estaba enmascarado a lo lejos por la permanente neblina gris, y el terreno empezaba a tomar un peculiar aspecto encrespado.

Habían seguido el rastro del gnomo hasta un paso profundo formado por una serie de lomas altas cortadas por afilados salientes y grandes formaciones rocosas. La tenue luz del sol poniente casi se perdía del todo en las sombras del oscuro valle, y Panamon Creel, que iba en cabeza desde hacía un rato, se vio obligado a forzar la vista para distinguir las huellas en el polvo. Empezaron a caminar de forma más lenta y vacilante mientras Panamon Creel se inclinaba sobre la tierra. Estaba tan concentrado en examinar las pisadas que tenía delante que se llevó una sorpresa cuando, de pronto, se terminaron. Shea y Keltset se acercaron al instante y, después de estudiar el terreno con atención, descubrieron que alguien había borrado cuidadosamente las siguientes huellas del gnomo.

En ese mismo momento, empezaron a distinguirse en las sombras del paso unas formas oscuras y enormes que avanzaban pesadamente en la penumbra. Shea las vio primero, pero pensó que sus ojos lo estaban engañando. Panamon comprendió con más rapidez de qué se trataba. Dando un salto, el ladrón sacó la gran espada y levantó su punzón. Iba a embestir para abrirse paso a través del estrecho anillo, pero el previsible Keltset hizo algo sorprendente. Dando un salto rápido hacia delante, apartó al atónito ladrón. Panamon contempló con incredulidad a su silencioso compañero; después, bajó sus armas de mala gana. Había al menos una docena de formas en guardia ante los tres humanos, e incluso en la penumbra brumosa, el aterrorizado Shea comprendió que habían sido descubiertos por una banda de gigantes trolls.

La expedición de los exhaustos jinetes elfos frenó sus sudorosas monturas y miró distraídamente hacia el valle del Rhenn. Tres kilómetros de valle vacío se extendían hacia el este ante ellos, las altas laderas de cada lado terminadas en bordes afilados y alineadas con estrechos tramos de árboles y arbustos. El paso legendario había servido durante unos mil años como entrada desde las llanuras bajas de Streleheim a los grandes bosques de la Tierra del Oeste, una puerta natural a la patria de los elfos. Fue en aquel famoso paso donde la pavorosa fuerza del ejército del Señor de los Brujos fue vencida por las legiones de elfos y Jerle Shannara. Fue allí donde Brona se enfrentó y después huyó del anciano Bremen y el misterioso poder de la Espada de Shannara; escapando con su enorme ejército hacia las llanuras, para ser detenidos por los ejércitos de enanos que avanzaban, que los acorralaron y destruyeron. El paso de Rhenn había visto el principio de la caída de la mayor amenaza a la que se enfrentó el mundo desde las devastadoras Grandes Guerras, y la gente de todas las razas consideraba ese pacífico valle como un lugar histórico. Era un

monumento natural de la historia de la humanidad y algunos habían dado media vuelta al mundo sólo para verlo, para poder sentirse de algún modo partícipes de tan terrible acontecimiento.

Jon Lin Sandor dio la orden de desmontar y los jinetes elfos descendieron agradecidos. La preocupación de éste no estaba relacionada con la historia del pasado sino con el futuro inmediato. Contempló el denso muro negro que descendía de la Tierra del Norte atravesando las llanuras de Streleheim, su sombra brumosa acercándose cada vez más a la frontera de la Tierra del Oeste y al hogar de los elfos. Sus agudos ojos atisbaron el horizonte oriental, donde la oscuridad ya había penetrado en los bosques que rodeaban la antigua fortaleza de Paranor. Sacudió la cabeza con amargura y maldijo el día en que se separó de su rey y viejo amigo. Había crecido junto a Eventine, y cuando su amigo llegó a rey, siguió a su lado como consejero personal y protector voluntario. Juntos se habían preparado para la invasión de los ejércitos de Brona, el Señor del Espectro que creían que había sido destruido en la Segunda Guerra de las Razas. El misterioso vagabundo Allanon previno al pueblo élfico, y aunque algunos se burlaron con desdén, Eventine fue más inteligente. Allanon nunca se había equivocado; su previsión del futuro era misteriosa, pero exacta.

El pueblo élfico siguió el consejo de Eventine y se preparó para la guerra, aunque la invasión no llegó como esperaban. Entonces, Paranor cayó, con él la Espada de Shannara. De nuevo Allanon acudió a ellos para pedirles que patrullasen las llanuras de Streleheim junto a Paranor, para impedir cualquier intento de los gnomos que ocupaban la Fortaleza de los Druidas de trasladar la Espada hacia el norte, al castillo del Señor de los Brujos. De nuevo obedecieron sin cuestionarlo.

Pero sucedió lo inesperado, y precisamente mientras Jon Lin Sandor estaba lejos del rey. Los gnomos atrincherados en Paranor decidieron de forma inesperada buscar la protección de la Tierra del Norte, y tres grandes patrullas atacaron las líneas élficas. Eventine y Jon Lin dirigieron dos comandos independientes para interceptar dos de estas fuerzas, y habrían acabado con los gnomos de no ser por la intervención planeada de un ejército conjunto de gnomos y trolls destacados del ejército del Señor de los Brujos que avanzaba. El comando de Jon Lin fue prácticamente aniquilado, aunque él logró escapar con vida. Fue incapaz de encontrar a Eventine y el rey de los elfos desapareció con toda su patrulla. Jon Lin Sandor estuvo buscándolo durante casi tres días.

-Lo encontraremos, Jon Lin. No es alguien a quien pueda matarse con facilidad. Encontrará algún modo de sobrevivir. -El sombrío elfo asintió con un rápido movimiento de cabeza apenas perceptible; sus ojos penetrantes se fijaron en el rostro del joven que estaba ante él-. Es extraño, pero sé que está vivo -continuó el otro con gravedad-. No puedo explicar por qué lo sé; es algo que puedo sentir.

Breen Elessedil era el hermano más joven de Eventine; sería también el siguiente rey de los elfos de la Tierra del Oeste si su hermano moría. Era un puesto para el que aún no estaba preparado y que además no deseaba. Desde la desaparición de Eventine no asumió el mando de los deprimidos ejércitos de elfos ni tampoco del consternado Consejo del rey, pero se unió a la búsqueda de su hermano. Como consecuencia, el gobierno estaba próximo al caos, y lo que dos semanas antes había sido un pueblo unido contra la inminente amenaza de invasión de la Tierra del Norte se había convertido en una serie de grupos inseguros, aterrorizados porque no había nadie preparado para asumir el liderazgo del gobierno.

El pueblo élfico no estaba del todo dominado por el pánico; era demasiado disciplinado como para permitir que las cosas se desmoronasen. Pero Eventine tenía una personalidad poderosa y mantuvo al pueblo unido desde su ascensión al trono. Joven, pero

poseedor de una gran fuerza de carácter y un sentido común infalible, siempre estuvo allí para aconsejarles y para escucharles. Los rumores de su desaparición conmocionaron gravemente al pueblo.

Pero ni Breen Elessedil ni Jon Lin tuvieron tiempo de preocuparse de otra cosa excepto de buscar al desaparecido rey. Tras esquivar las patrullas de gnomos y el cuerpo principal del ejército de la Tierra del Norte durante la búsqueda, los harapientos supervivientes de las diezmadas patrullas de elfos volvieron por poco tiempo a la diminuta y remota villa de Koos, donde obtuvieron caballos nuevos y provisiones. Ahora estaban otra vez en camino para reemprender la búsqueda.

Jon Lin Sandor creía saber dónde podía encontrarse Eventine, si aún estaba vivo. Hacía casi una semana que el gigantesco ejército de la Tierra del Norte se había desplazado en dirección sur al reino de Callahorn, y no seguiría más allá hasta que la famosa Legión Fronteriza fuese destruida. Era probable que si Eventine estaba prisionero, lo cual ambos creían posible, lo encontrarían entre los comandantes de la fuerza invasora de Brona como un rehén de gran valor. Con Eventine Elessedil vencido, las ciudades cuyos gobernantes se consideraran inferiores a él estarían más predispuestas a rendirse.

En cualquier caso, el Señor de los Brujos conocía la importancia de Eventine para el pueblo élfico. Había sido el líder más respetado y querido desde Jerle Shannara, y harían cualquier cosa por recuperarlo vivo. Muerto, no serviría de nada a los propósitos del Rey del Espectro, y su ejecución podría enfurecer a los elfos que se unirían por el deseo común de destruirlo. Pero vivo, Eventine era de un valor inconmensurable, porque el pueblo élfico no se arriesgaría a que su hijo favorito sufriese ningún daño. Jon Lin Sandor y Breen Elessedil no albergaban ilusiones falsas de que Eventine volvería a salvo con ellos, incluso aunque su ejército se comprometiera a no intervenir en la invasión de la Tierra del Sur. Actuaban por propia iniciativa, apostando a que podrían encontrar a su amigo y hermano antes de que dejase de ser útil; antes de que cayese la Tierra de Sur.

-¡Ya es suficiente! ¡Montemos de nuevo!

La impaciente voz de Jon Lin interrumpió la momentánea tranquilidad con una autoridad cortante, y los cansados jinetes se levantaron de un salto como respuesta. Echó una última mirada a la negrura distante, después se giró y de un brinco subió a su montura, cogiendo las riendas como parte del mismo movimiento. Breen estaba ya a su lado y segundos más tarde el pequeño jinete descendía a trote rápido hacia el paso del valle. Era una mañana gris; el aire estaba impregnado del olor penetrante de la lluvia de la noche anterior, que aún seguía cayendo sobre las llanuras. La hierba alta estaba mojada y cedía bajo los cascos de los caballos, amortiguando su impacto. Más al sur podía verse una franja de cielo azul detrás de las nubes. El día era fresco, y los elfos cabalgaban cómodamente bajo temperaturas moderadas.

Pronto llegaron al final del valle, refrenando a sus ansiosos animales a un trote lento cuando entraron en el corredor este del paso. Los jinetes hablaban entre sí, aunque en voz baja, ya que al otro lado del paso estaban las fronteras de la Tierra del Norte. La línea de caballos serpenteaba a través de los altos cerros que enmarcaban la entrada del este, y poco después aparecieron en la enorme extensión de las llanuras de Streleheim. Jon Lin dirigió una mirada a la desolación que se extendía ante él y tiró de las riendas de su caballo con brusquedad.

-¡Breen... un jinete!

El otro se acercó a él al instante y juntos vieron a lo lejos la figura que se acercaba. Los elfos observaron con curiosidad, incapaces de distinguir los rasgos del jinete que avanzaba bajo la luz brumosa. En un momento, Breen Elessedil creyó que era su hermano,

pero un momento después sus esperanzas se desvanecieron al darse cuenta de que la figura era demasiado pequeña para ser Eventine. En realidad, no era un caballero. Al aproximarse, vieron que iba agarrado con crispación a las riendas y al fuste de la silla, su rostro ancho estaba sofocado y sudoroso por el esfuerzo. No era un elfo, era un hombre de la Tierra del Sur.

Detuvo su montura delante del grupo de elfos, y tomó aliento antes de hablar. Estudió las caras que lo miraban divertidas y la suya enrojeció aún más.

-Encontré a alguien hace unos días -empezó el forastero. Después se interrumpió como para asegurarse de que le prestaban atención-. Me pidió que buscara al brazo derecho del rey de los elfos.

Las miradas de diversión desaparecieron ante sus palabras a la vez que los jinetes elfos se aproximaron.

-Soy Jon Lin Sandor -se presentó el comandante de la patrulla.

El exhausto jinete suspiró agradecido y saludó inclinando la cabeza.

-Yo soy Flick Ohmsford y vengo desde Callahorn buscándole a usted. -Con no poco esfuerzo desmontó y se frotó la espalda dolorida-. Si me dejan descansar unos minutos, los llevaré con Eventine.

Shea marchaba en silencio entre sus dos captores trolls, incapaz de eliminar el sentimiento de que Keltset los había traicionado. La emboscada había sido tendida de forma inteligente, pero al menos hubieran podido luchar para despejar el camino. Sin embargo, bajo la inesperada orden de Keltset, no ofrecieron ninguna resistencia y dejaron que los desarmaran. Shea esperaba que Keltset conociese a algún troll del grupo asaltante, o que al ser de la misma raza pudiera razonar con ellos y pactar su liberación. Pero el gigante troll ni siquiera intentó comunicarse con sus captores, permitiendo dócilmente que les atasen las manos sin el menor forcejeo. Panamon Creel y Shea fueron desposeídos de sus armas y atados, y los tres caminaban ahora hacia el norte por las llanuras estériles. El valense aún poseía las piedras élficas, pero eran inútiles contra los trolls.

Examinó la ancha espalda de Panamon, que caminaba delante de él, preguntándose cuáles serían sus pensamientos. El ladrón se quedó tan perplejo ante la repentina rendición de su compañero que, desde entonces, no había vuelto a decir nada. Era obvio que le costaba admitir que había juzgado erróneamente al gigante silencioso, cuya vida había salvado y cuya amistad valoraba. El comportamiento del troll era un completo misterio para ambos; pero mientras que Shea sólo estaba confuso, Panamon Creel se sentía profundamente herido. Keltset había sido su amigo; el único amigo en quien creyó poder confiar. La incredulidad del curtido ladrón pronto se transformaría en odio, y Shea sabía que, en cualquier circunstancia, Panamon era un hombre peligroso para tenerlo como enemigo.

Era imposible determinar adónde los llevaban. La noche en la Tierra del Norte era una negrura sin luna, y Shea se vio obligado a concentrar su atención en la marcha a medida que se abrían paso entre pedruscos diseminados y los altos cerros cubiertos de tierra suelta y rocas. El idioma de los trolls era un enigma para el valense. Como Panamon se había encerrado en un silencio cavilante, no logró enterarse de nada. Si los trolls sospechaban quién era, lo llevarían ante el Señor de los Brujos. El hecho de que no hubieran dado importancia a las piedras élficas, podría significar que sus captores sólo los consideraban intrusos sin pararse a pensar en la razón que los había llevado a la Tierra del Norte. La posibilidad le consolaba poco; no tardarían mucho en descubrirla. Se preguntó de repente qué había sido del fugitivo Orl Fane. Sus huellas desaparecían en el lugar en

que los apresaron, de modo que podía ser que estuviera prisionero. ¿Pero adónde lo habrían llevado? ¿Y qué habría sido de la Espada de Shannara?

Marcharon durante horas rodeados por la oscuridad impenetrable. Shea perdió pronto el sentido del tiempo, y después se sintió tan exhausto que también perdió el conocimiento y tuvo que ser acarreado como un saco de grano sobre la ancha espalda de uno de sus captores durante el resto del viaje. Se despertó ligeramente con la luz fluctuante de unas fogatas en el momento en que entraban en un campamento desconocido; después, sintió que lo bajaban al suelo y lo introducían por la abertura de una gran tienda. En el interior, comprobaron las ataduras de sus manos y pies. Momentos después lo dejaron solo. Panamon y Keltset fueron conducidos a otro sitio.

Forcejeó durante un rato con las correas de cuero que le sujetaban las manos y los pies, pero siguieron bien sujetas y, al fin, se rindió. Sintió como el sueño se iba apoderando de él; la larga marcha le había producido un cansancio que abrumaba su cuerpo dolorido. Intentó resistir, obligándose a pensar en un plan para huir. Pero cuanto más se esforzaba, más dificultades encontraba para concentrarse, y todo en su mente cansada se volvía aún más confuso. Cinco minutos después estaba dormido.

Le pareció que sólo habían pasado unos momentos cuando unas manos rudas lo zarandearon para despertarlo. Se incorporó aturdido y vio a un corpulento troll que le decía algo que no podía entender y señalaba un plato de comida antes de salir de la tienda hacia la luz de más allá. Shea forzó la vista en la oscuridad, advirtiendo la ya familiar penumbra matutina de la Tierra del Norte que señalaba el comienzo de un nuevo día. Notó con sorpresa que le habían quitado las ataduras de cuero, y se frotó las muñecas y las rodillas para reestablecer la circulación. Después, tomó la comida que le habían preparado.

Fuera de la tienda parecía reinar una gran excitación, y los gritos y exclamaciones de los trolls que se movían afanosamente por el campamento llenaban el aire matutino. El muchacho terminó la comida y se disponía a arriesgarse a echar una ojeada por la cortina de la entrada, cuando de repente alguien la apartó. Entró un fornido guardián que hizo una señal a Shea para que lo siguiese. Apretando con una mano la parte delantera de su túnica, donde podía sentir el bulto tranquilizador de las piedras élficas, el valense lo siguió de mala gana.

Una escolta de trolls lo condujo a través de un gran campamento ocupado por una serie de tiendas de distintos tamaños y cobertizos de piedra sobre un ancho promontorio rodeado de cerros bajos. Al mirar a lo lejos, hacia el horizonte, supo que se encontraban sobre las llanuras estériles que habían cruzado el día anterior. El campamento parecía desierto, y las voces que Shea había oído antes, se habían esfumado. Las fogatas de la noche anterior estaban apagadas y las tiendas y cobertizos vacíos. Un repentino temblor recorrió al aterrorizado prisionero, y le llegó la idea de que era probable que estuviera siendo conducido a su propia ejecución. No había ni rastro de Panamon y Keltset. Allanon, Flick, Menion Leah y todos los demás estaban en algún lugar de la Tierra del Sur, sin saber nada de su angustiosa situación. Estaba solo e iba a morir. El miedo actuaba sobre él de tal forma, que ni siquiera tenía en cuenta la posibilidad de huir. Caminaba completamente erguido entre sus guardianes a través del silencioso campamento. Llegaron hasta un cerro bajo, que marcaba el límite, y dejaron atrás los cobertizos y las tiendas hasta llegar a un claro. Shea miró a su alrededor con incredulidad.

Docenas de trolls, sentados en semicírculo frente al cerro, volvieron sus cabezas al unísono cuando entraron en el claro. Al pie del cerro estaban sentados tres trolls de distintos tamaños y, aunque Shea no podía estar seguro, era probable que de distintas edades, cada uno de ellos sosteniendo un asta de color vivo con una bandera negra. Panamon Creel se encontraba dentro del círculo, sentado a un lado. Tenía una expresión

pensativa que no se alteró al divisar a Shea. La atención de todos estaba centrada en la enorme figura de Keltset, que se hallaba de pie e inmóvil en el centro de los expectantes trolls, con los brazos cruzados y mirando hacia los tres portadores de las banderas. No se volvió cuando Shea fue conducido al interior del círculo y le invitaron a sentarse junto al meditabundo Panamon. Hubo un momento de absoluto silencio. Era el espectáculo más extraño que Shea había presenciado en su vida. Después, uno de los portadores de banderas se levantó con movimientos ceremoniosos y clavó su estandarte en la tierra. La asamblea entera se puso en pie y todos se volvieron hacia el este, y todos a la vez pronunciaron varias frases cortas en su idioma. Tras esto, volvieron a sentarse en silencio.

-¿Qué te parece? Están rezando.

Fueron las primeras palabras que dijo Panamon, y Shea se sobresaltó. Y miró con extrañeza, pero el ladrón tenía los ojos puestos en Keltset. Otro de los trolls abanderados, que presidían la extraña asamblea, se levantó y habló brevemente dirigiéndose a su atenta audiencia, señalando en varias ocasiones hacia Panamon y Shea. El pequeño valense se giró hacia su compañero.

-Esto es un juicio, Shea -comentó el ladrón en tono indiferente-. Pero no nos están juzgando a nosotros. Nos van a llevar al monte de la Calavera, al otro lado del Filo del Cuchillo, al reino del Señor de los Brujos, donde nos encerrarán por... cualquier cosa. No creo que sepan todavía quiénes somos. El Señor del Espectro ha ordenado que todos los forasteros sean conducidos a él, y a nosotros no van a tratarnos de diferente forma. Todavía hay esperanza.

-¿Pero un juicio...? -empezó a decir Shea.

-Para Keltset. Ha solicitado el derecho de ser juzgado por su propio pueblo en vez de ser conducido ante Brona. Es una antigua costumbre; la petición no puede ser denegada. Lo encontraron con nosotros cuando su pueblo está en guerra contra nuestra raza. Cualquier troll que sea encontrado con un hombre se considera un traidor. No hay excepciones.

Shea dirigió una mirada involuntaria hacia Keltset. El enorme troll estaba sentado con la firmeza de una roca en el centro de la asamblea mientras la voz del troll de la presidencia continuaba hablando con monotonía. El muchacho del valle se dio cuenta que estaban equivocados respecto al troll, y se alegró. Keltset no les había engañado, no les había delatado. ¿Pero por qué se dejó capturar tan fácilmente sabiendo que podía perder la vida?

-¿Qué le harán si deciden que es un traidor? -preguntó impulsivamente.

Una tenue sonrisa apareció en los labios de Panamon.

-Sé lo que debes estar pensando. -Había un toque de ironía en su voz burlona-. Está arriesgándolo todo en este juicio. Si lo encuentran culpable, lo lanzarán de inmediato por el desfiladero más próximo. -Hizo una pausa significativa y por primera vez miró al valense-. Yo tampoco lo entiendo.

De nuevo se quedaron en silencio mientras el orador terminaba su largo discurso y se sentaba. Tras un momento, un troll se acercó a los tres que presidían, y que Shea creía jueces, y realizó una breve declaración. Fue seguido por varios más, cada uno de los cuales habló brevemente, respondiendo a las preguntas formuladas por los jueces. Shea no podía entender nada de lo que ocurría, pero supuso que aquellos trolls eran miembros del grupo que los había capturado la noche anterior. Daba la impresión de que el interrogatorio se prolongaría eternamente; y sin embargo, Keltset seguía sin mover un músculo.

El joven estudió al gigante impasible, incapaz de comprender por qué había permitido que las cosas se desarrollaran así. Hacía tiempo que Shea y Panamon se habían

dado cuenta de que Keltset no era un exiliado corriente, expulsado de su hogar por su gente por ser incapaz de hablar. Tampoco era el simple ladrón y aventurero en que Panamon quiso convertirlo. Había inteligencia en aquellos ojos extraños y apacibles. Sabía algo que no confesaba sobre la Espada de Shannara, el Señor de los Brujos e incluso sobre el mismo Shea. Había un pasado escondido en el fondo del corazón del gigante. Estaba relacionado con Allanon, pensó de repente Shea. De algún modo, ambos guardaban la llave del secreto poder de la Espada de Shannara. Era una extraña revelación, y el valense sacudió la cabeza, dudando de su propio razonamiento. Pero ya no había tiempo para pensar.

Los testigos habían terminado y los tres jueces llamaron al acusado para que se levantase y se defendiese. Hubo un momento de silencio largo y angustioso mientras los jueces, la asamblea de trolls, Panamon Creel y Shea esperaban con ansiedad que Keltset se levantase. El gigante rock troll seguía sentado, inmóvil, como si hubiera caído en un trance. Shea se vio asaltado por el impulso incontrolable de gritar con todas sus fuerzas, aunque sólo fuera para interrumpir el insoportable silencio, pero su voz quedó retenida en su garganta. Los segundos pasaban lentamente. Entonces, de forma inesperada, Keltset se levantó.

Irguió su enorme figura, adoptando de pronto la apariencia de una criatura que, de alguna forma, era superior al resto de los mortales. Había orgullo en su actitud cuando se enfrentó al tribunal que esperaba. Sus ojos estaban fijos en los tres jueces. Sin apartar su mirada ni un momento, introdujo la mano bajo su cinturón de cuero y sacó una gran medalla metálica de color negro con una cadena. Durante un instante la mantuvo en sus manos ante los ojos de los jueces, que se inclinaron hacia delante obviamente sorprendidos. Shea vislumbró una cruz centrada en un círculo, antes de que el gigante alzara la cadena ceremoniosamente sobre su cabeza y la pusiera alrededor de su grueso cuello.

-Por los dioses que nos dieron la vida... ¡No puedo creerlo! -exclamó Panamon con sorpresa y escepticismo.

Los jueces también se levantaron atónitos. Mientras Keltset se volvía con lentitud hacia el círculo de expectantes trolls, de sus bocas salieron gritos excitados y todos se pusieron de pie. Al instante, gesticulando con nerviosismo hacia el impasible gigante que estaba en medio. Shea le miró lleno de confusión.

-Panamon ¿qué está ocurriendo? -gritó finalmente.

El terrible ruido producido por la asamblea puesta en pie casi ahogó sus palabras, y vio que Panamon Creel también estaba de pie.

-No puedo creerlo -repetía el ladrón con incontenible alegría-. En todos estos meses ni siquiera lo sospeché. ¡Eso es lo que nos ocultaba, muchacho! Por eso permitió que nos apresasen sin resistirse. Pero debe haber aún más...

-¿Puedes decirme qué está ocurriendo? -preguntó Shea otra vez.

-La medalla, Shea; ¡la cruz y el círculo! -gritó el otro-. ¡Es el Irix Negro, la distinción más alta, el mayor honor que el pueblo troll concede a los suyos! Si vieras a lo largo de tu vida que se conceden tres, ya sería extraño. Para recibir uno, se debe ser la imagen viviente de todo aquello que la nación de trolls estima y se esfuerza por alcanzar. Es lo más cercano a un dios que un ser mortal puede llegar a estar. En algún momento en su pasado, Keltset ganó ese honor..., y nosotros nunca lo sospechamos.

-¿Pero y el hecho de que lo encontraron con nosotros...?

El valense sólo formuló parte de la pregunta.

-Ningún portador de Irix traicionaría nunca a su pueblo -le interrumpió bruscamente Panamon-. El honor lleva asociado una confianza inquebrantable. El portador nunca

infringiría las leyes de su pueblo; se considera que ni siquiera es capaz de concebir tal cosa. Creen que la violación de esta confianza significaría un castigo eterno demasiado horrible para ser imaginado. Ningún troll se atrevería a considerar esa posibilidad.

Shea contempló aturdido a Keltset mientras los gritos continuaban. El gran troll volvió a situarse frente a los jueces mientras éstos trataban de poner orden en la alborotada asamblea sin conseguirlo. Pasaron varios minutos antes de que el ruido disminuyera lo suficiente para que alguien pudiese ser oído. Los trolls volvieron a sentarse, esperando con ansiedad que Keltset hablara. Hubo una breve pausa mientras un intérprete se colocaba al lado del acusado silencioso; entonces, Keltset empezó a comunicarse con el lenguaje de los signos. El intérprete, con sus ojos fijos en las manos del enorme gigante, tradujo la explicación a los jueces en el idioma de los trolls. Hubo un breve intercambio de frases con uno de los jueces, ninguna de las cuales logró entender Shea; pero por fortuna, Panamon ya había iniciado su propia traducción, susurrándosela en voz baja a su ansioso amigo.

-Les está explicando que viene de Norbane, una de las ciudades más grandes de los trolls en la parte norte de las montañas de Charnal. Su nombre de familia es Mallicos; pertenece a una familia muy antigua y venerada. Pero todos fueron asesinados, supuestamente por unos enanos que intentaron saquear la casa familiar. El juez de la izquierda está preguntando a Keltset cómo logró escapar; ellos pensaban que también había muerto. Debió de ser un caso terrible para que incluso en este pueblo lejano oyeran hablar de él. Pero entonces... ¡escucha esto, Shea! ¡Keltset dice que los emisarios del Señor de los Brujos destruyeron a su familia! Los Portadores de la Calavera fueron a Norbane hace casi un año, apoderándose del control del gobierno y ordenando a los ejércitos de trolls que aceptaran su mando. Lograron convencer a la mayoría de la ciudad de que Brona había vuelto de la muerte, que había sobrevivido durante miles de años y no podía morir a manos de los mortales. La familia Mallicos era una de las más influyentes de Norbane, y se negó a someterse, pidiendo a la ciudad que se mantuviera firme contra el Señor de los Brujos. Las palabras de Keltset tienen mucho peso porque posee el Irix Negro. El Señor de los Brujos aniquiló a toda la familia Mallicos, con excepción de Keltset, a quien llevó a su fortaleza en el Filo del Cuchillo. La historia de los enanos saqueadores fue una falsedad para enardecer a los ciudadanos trolls y lograr que se unieran a la invasión de la Tierra del Sur.

»Pero Keltset logró escapar antes de que lo encerrasen en prisión, caminando de forma errante hacia el sur hasta que yo lo encontré. El Señor de los Brujos ordenó que le quemasen la lengua para impedir que pudiera comunicarse con otros seres vivos, pero aprendió el lenguaje de los signos. Esperó su oportunidad para volver a la Tierra del Norte...

Uno de los jueces intervino de repente, y Panamon se detuvo unos momentos para escuchar.

-El juez le ha preguntado que por qué ha vuelto ahora. Nuestro gran amigo dice que supo del miedo que siente Brona del poder de la Espada de Shannara y de la leyenda de que un hijo de la casa real de los elfos aparecería para apoderarse de la Espada...

Panamon se calló de pronto y el intérprete se volvió hacia Keltset. Por primera vez, el gigante troll miró a Shea, los extraños ojos apacibles se fijaron de forma penetrante en el pequeño muchacho del valle. Un escalofrío involuntario recorrió a Shea. Luego su enorme compañero hizo unos cuantos signos hacia los jueces. Panamon dudó, pero después habló suavemente.

-Dice que deben ir con él al Reino de la Calavera y que una vez dentro de la fortaleza, tú, Shea, destruirás al Señor de los Brujos.

XXXI

Palance Buckhannah murió al amanecer. La muerte llegó silenciosamente, de forma casi inesperada, mientras los primeros rayos dorados del sol se deslizaban en la oscuridad por el horizonte del este. Murió sin recuperar la conciencia. Cuando se lo dijeron a Balinor, éste se limitó a asentir con la cabeza y desvió la mirada. Sus amigos permanecieron con él durante unos momentos hasta que Hendel les hizo un gesto para que lo dejaran solo. En el pasillo, al otro lado de la habitación del muerto, se reunieron sin hacer ruido y hablaron en murmullos. Balinor era el último de la dinastía de los Buckhannah. Si él moría en la próxima batalla, el nombre de la familia se perdería para siempre. Sólo la historia lo recordaría.

A la misma hora, el asalto a Tyrsis comenzó. También se inició sin ruido, al acabar la noche. Los soldados atrincherados de la Legión Fronteriza miraban hacia las praderas grises más allá y más abajo de los grandes muros de la ciudad; la luz del sol que se elevaba lentamente descubrió el inmenso ejército de la Tierra del Norte que se extendía hasta el Mermidon con sus formaciones cuidadosamente alineadas que hacían que las verdes praderas hicieran pensar en un tablero de ajedrez. El vasto ejército estaba silencioso e inmóvil en las llanuras próximas a la ciudad, sus siluetas se iban convirtiendo bajo la penumbra del amanecer en figuras de carne y hueso, de hierro y piedra. Un momento después, empezaron a avanzar hacia las defensas tyrsianas. El silencio se quebró bruscamente con el repentino retumbo de los tambores de guerra de los gnomos, y su ritmo vibrante e intenso resonó como una amenaza contra las murallas de piedra de Tyrsis.

Los guerreros norteños se dirigían a la batalla lentamente, pero sin detenerse. El fragor de los tambores rivalizaba con el ruido de las botas al marchar combinado con el entrechocar del metal de las armas y armaduras. Se acercaban sin hablar, miles y miles de figuras armadas, sin rostro en la penumbra matutina. Grandes y pesadas rampas hechas de tablones unidos con listones de hierro crujían al ser empujadas y arrastradas sobre ruedas de cantos metálicos hacia el promontorio fortificado.

Los segundos transcurrían mientras la enorme fuerza atacante se adentraba en una zona a menos de cien metros de donde esperaba la Legión, y aún los retumbantes tambores mantenían su ritmo uniforme. El reborde del sol se hizo visible en el este y la noche se desvaneció en el horizonte occidental. Los tambores cesaron de pronto y el gran ejército se detuvo. Durante un momento, flotó en el aire matutino un silencio profundo y absoluto. Luego se elevó un rugido ensordecedor desde las gargantas de los habitantes de la Tierra del Norte; en una gran embestida, el gran monstruo destructivo cargó, en oleadas continuas, contra los hombres de la Legión Fronteriza.

Desde el otro lado de las puertas cerradas de la altísima Muralla Exterior, Balinor contempló el impresionante asalto con rostro impasible. Se dirigió a uno de sus mensajeros empleando un tono tranquilo y firme, dándole la orden de avisar a Acton y a Fandwick en el flanco izquierdo, y envió a otro al flanco derecho con el mismo encargo para Messaline y Ginnisson. Su mirada volvió después al aterrador espectáculo que se desarrollaba bajo los baluartes, con la furiosa carga que se adentraba cada vez más. Detrás de las defensas construidas apresuradamente, los arqueros y lanceros de la Legión aguardaban sus órdenes. Balinor sabía que podían detener incluso aquella carga masiva desde su privilegiada posición de defensa, pero debían destruir las cinco rampas que estaban desplegando en la base del promontorio. Había supuesto con acierto que el enemigo usaría tales artefactos para escalar la meseta y sus baluartes situados más abajo, al igual que el enemigo había

previsto que ellos destruirían la rampa de la ciudad. La vanguardia de la embestida se encontraba a unos quince metros del promontorio, y el nuevo rey de Callahorn miraba y esperaba.

Entonces, sin previo aviso, la tierra se abrió bajo los pies del enemigo, formándose grandes agujeros mientras los atacantes caían gritando a unos fosos camuflados en la base de la meseta. Dos de las monstruosas rampas tropezaron con el freno de los anchos orificios y sus ruedas se soltaron de repente, haciéndose pedazos los tablones. La primera oleada de la poderosa embestida vaciló y desde los baluartes inferiores los arqueros de la Legión se alzaron con la esperada orden de Balinor, para disparar directamente contra las filas del enemigo desorientado. Muchos cayeron muertos y heridos sobre las praderas, y fueron pisoteados cuando la segunda oleada de la carga se abrió paso hacia la Legión atrincherada.

Tres de las pesadas rampas lograron evitar los fosos y continuaron rodando en dirección a los baluartes inferiores. Los arqueros de la Legión lanzaron una rápida ráfaga de flechas ardiendo contra la vulnerable madera de las rampas, pero de inmediato se vieron docenas de ágiles cuerpos amarillos escalando hasta los tablones llameantes para apagar el fuego. Los arqueros gnomos también estaban ya en posición de ataque y, durante varios minutos, una densa barrera de flechas cruzó las filas en ambos sentidos. Los gnomos que subían por las rampas sin protección alguna fueron eliminados totalmente. Por todas partes los hombres caían gritando de dolor mientras los mortíferos misiles encontraban sus blancos humanos. Los hombres heridos de la Legión Fronteriza pudieron protegerse de posteriores lesiones escondiéndose bajo las defensas inferiores y allí fueron atendidos de sus heridas. Pero los guerreros norteños caídos yacían impotentes y sin protección en campo abierto, y cientos de ellos murieron antes de poder ser trasladados a un lugar seguro.

Las tres rampas restantes seguían rodando hacia la base del promontorio fortificado, aunque una de ellas ardía ferozmente, grandes nubes de humo oscurecían la visión de quienes estaban a menos de cien metros. Cuando las otras dos rampas se acercaron lo suficiente a los baluartes, Balinor hizo una señal para su última defensa. Enormes calderos de aceite fueron elevados hasta el borde de las murallas y, desde allí vertieron su contenido en las praderas de abajo, directamente sobre el lugar en que rodaban las rampas. Antes de que los soldados de la Tierra del Norte tuvieran tiempo de desviarse en cualquier dirección, fueron lanzadas unas antorchas sobre el aceite y toda la zona quedó cubierta por una masa de llamas y denso humo negro.

La segunda oleada de asalto enemigo se dispersó cuando los componentes de las que la seguían dudaron aterrados al encontrarse con la pared de llamas. Las primeras filas ardieron; sólo unos pocos lograron escapar de la terrible matanza hacia la base de las defensas de la Legión. El viento impulsaba el humo negro lateralmente sobre las llanuras abiertas en dirección oeste; y durante unos momentos, el centro y el flanco izquierdo de los dos grandes ejércitos quedó oculto para unos y otros y para los heridos y agonizantes que yacían desvalidos en medio de la sofocante humareda.

Al momento, Balinor vio su oportunidad. Un contraataque feroz ahora podría detener totalmente el asalto y derrotar al ejército de la Tierra del Norte. Poniéndose en pie de un salto, hizo una señal a Janus Senpre, que estaba sobre la Muralla Exterior, y sobre quien recaía el mando de la guarnición de la ciudad. Las enormes puertas revestidas de hierro se abrieron pesadamente hacia fuera y el regimiento de caballería de la Legión Fronteriza, armado con espadas cortas y largas lanzas ganchudas, con sus distintivos del leopardo flameando, galoparon sobre el promontorio, giraron hacia la izquierda y siguieron el despejado camino a lo largo de la muralla de la ciudad. Llegaron al flanco izquierdo de la

línea defensiva de la Legión en pocos minutos, donde Acton y Fandwick estaban al mando de los atrincherados fronterizos. Descendieron por una rampa móvil desde la cumbre del promontorio hacia las llanuras cubiertas de humo; y los jinetes de la Legión, guiados por Acton, se pusieron en movimiento de inmediato y giraron hacia la izquierda en un amplio círculo.

Las instrucciones que Balinor había dado al afamado regimiento consistían en cortar, rodeando la pared de humo, y lanzarse en una carga sostenida contra el flanco derecho del enemigo. Mientras los guerreros de la Tierra del Norte se volvían para hacer frente a este contraataque, Balinor enviaría un regimiento de soldados de infantería para atacar a los enemigos desprevenidos del frente, haciéndolos retroceder hacia el Mermidon. Si el contragolpe fallaba, ambos destacamentos darían la vuelta inmediatamente al amparo del humo, y retornarían por las rampas que tendrían preparadas. Era una apuesta arriesgada. Los soldados norteños superaban a los de la Legión al menos en una proporción de veinte a uno, y si cortaban el paso a los tyrsianos, éstos serían diezmados sin remedio.

Pequeños destacamentos de soldados de infantería de la Legión habían descendido ya por la rampa móvil en el flanco izquierdo e iniciaron un pequeño contraataque en las filas enemigas como medida defensiva para proteger el único acceso del regimiento montado desde la ciudad sitiada. Durante un momento pareció que el enemigo había desaparecido del flanco izquierdo, oculto por el humo que se desplazaba en nubes cegadoras desde las rampas en llamas en el centro de la línea defensiva.

En el flanco de defensa situado a la derecha, la lucha era feroz. Sólo una ligera neblina de humo y polvo enturbiaba la visibilidad de los dos ejércitos en aquel punto, y el ataque de los norteños se mantenía sin descanso. Los arqueros atrincherados de la Legión habían diezmado la primera oleada de atacantes, pero la segunda había llegado a la base del promontorio e intentaba trepar a las alturas fortificadas mediante unas toscas escaleras de cuerda. Arqueros gnomos alineados disparaban cientos de flechas hacia los baluartes inferiores en un intento de distraer a los defensores para dar oportunidad a los que escalaban de alcanzar las defensas tyrsianas. Los arqueros de la Legión recurrieron otra vez al fuego mientras sus compañeros arrojaban lanzas con puntas de hierro para impedir el asalto enemigo.

Fue una lucha sangrienta y larga en la que ningún bando pudo permitirse un respiro. En una ocasión, un grupo de trolls, más enardecidos que el resto, franqueó las defensas de la Legión y se precipitó sobre el promontorio desprotegido. Durante corto tiempo, se desarrolló una batalla feroz mientras el corpulento comandante Ginnisson, con su encolerizado rostro sofocado tan rojo como su largo pelo, animaba a los soldados para que resistieran contra los enormes trolls. En un sangriento enfrentamiento cuerpo a cuerpo, los legionarios acabaron con el pequeño grupo de trolls deteniendo la infiltración.

En la cima de la alta Muralla Exterior, los cuatro amigos aguardaban en silencio junto a Janus Senpre y contemplaban el terrible espectáculo que se desarrollaba abajo. Hendel, Menion Leah, Durin y Dayel se habían quedado dentro de la ciudad, encargados de vigilar el desarrollo de la batalla y de ayudar a Balinor a coordinar los movimientos de la Legión. Las crecientes nubes de humo impedían al fronterizo la vista de los movimientos de su regimiento de caballería, y sólo los que estaban sobre las altísimas murallas de la ciudad podían informarle del avance para permitirle ordenar el ataque desde el centro de la línea defensiva en el momento adecuado. El rey confiaba sobre todo en el criterio de Hendel, porque el enano taciturno había luchado durante casi treinta años en las guerras fronterizas del Anar.

Ahora el cazador canoso, el príncipe de Leah y los hermanos elfos miraban ansiosamente la escena que se representaba en las llanuras. En el flanco defensivo de la

derecha, la lucha era más enconada, mientras los arrojados soldados de la Tierra del Norte continuaban combatiendo contra la Legión atrincherada en su intento de escalar la pared del promontorio. La Legión Fronteriza resistía, pero necesitaba de todos sus recursos para repeler el ataque. Las llanuras situadas justo debajo de las puertas de la ciudad, en el centro de los baluartes, estaban ennegrecidas por la combustión del aceite y las rampas de madera, que se habían consumido por completo hasta convertirse en un montón de leña ardiente. En los límites del humo, los confundidos soldados de la Tierra del Norte intentaban en vano reorganizar sus líneas defensivas para volver a la carga. Por la izquierda, los jinetes de la Legión irrumpieron desde la cobertura de humo negro y se encontraron con los primeros signos de resistencia.

Un gran escuadrón de caballería de los gnomos estaba apostado en el flanco de ataque de la derecha, como medida defensiva contra una maniobra similar a la que se iba a llevar a cabo en ese momento. Sin embargo, los guerreros de la Tierra del Norte supusieron que antes se producirían indicios de asalto a uno de los flancos y fueron cogidos totalmente por sorpresa. Los jinetes gnomos, poco entrenados, se dispersaron de inmediato ante la Legión Fronteriza y el ataque al flanco descubierto del ejército del Norte empezó en toda regla. Desplegándose hacia el norte, el renombrado regimiento bajó sus lanzas ganchudas y formó un muro de tres columnas, cargando en el centro del atónito enemigo. Acton condujo a sus soldados en una precisa embestida que se abrió paso por el flanco desprotegido y casi expulsó a la parte derecha del ejército norteño. Mientras el pequeño grupo situado sobre la Muralla Exterior observaba expectante, el enemigo readaptó sus líneas hacia la derecha del centro para hacer frente al nuevo ataque; cuando ocurrió esto, Hendel hizo una seña a Balinor. Bajaron una segunda rampa desde el centro de las líneas defensivas, y la alta figura de Messaline apareció a la cabeza de un segundo regimiento de soldados de la Legión, que descendieron a pie hasta las praderas cubiertas de humo. Un grupo de retaguardia permaneció apostado al pie de la rampa móvil cuando el segundo regimiento desapareció en la neblina oscura. Balinor finalizó con sus líneas defensivas y a toda prisa se unió con sus amigos en la gran muralla para observar el desenlace del contragolpe.

Había sido ejecutado a la perfección. Justo cuando el sorprendido flanco derecho del gigantesco ejército enemigo se volvía para hacer frente a la carga del regimiento montado, los soldados de infantería dirigidos por Messaline, saliendo del humo, atacaron el centro de la línea defensiva. En una apretada falange con las lanzas sobresaliendo sobre un muro de escudos unidos, la experimentada Legión avanzó, penetrando en el centro del atónito ejército enemigo. Los soldados del Norte fueron acosados, como si fueran ganado, para hacerlos retroceder, y muchos de ellos resultaron muertos o heridos. Los jinetes de Acton continuaron presionando en la izquierda. Toda el ala derecha del enemigo empezó a colapsarse, y los gritos de terror se hicieron tan penetrantes que incluso el fiero asalto sobre el flanco defensivo de la derecha se desestabilizó durante un momento mientras los perplejos guerreros de la Tierra del Norte miraban hacia el oeste en un esfuerzo vano por descubrir lo que había ocurrido. Desde lo alto de la Muralla Exterior, Menion Leah observaba impresionado:

-Es increíble. La Legión los está haciendo retroceder. ¡Están vencidos!

-Todavía no, Menion -susurró Hendel con suavidad-. La prueba definitiva se producirá dentro de un momento. Entonces sabremos a qué atenernos.

Los ojos del príncipe volvieron a la batalla. Los norteños seguían retrocediendo ante la embestida violenta de la Legión, pero detrás de las líneas que se retiraban estaba desarrollándose una nueva actividad. El ejército del Señor de los Brujos no sería derrotado tan fácilmente; lo que le faltaba de entrenamiento, lo compensaba con su magnitud. Un

amplio destacamento de gnomos montados se desplazaba ya por detrás de los hostigadores soldados de infantería, reunido para hacer frente al ataque de los jinetes. Los gnomos detuvieron de inmediato por el norte a los jinetes de Acton que avanzaban; apoyados por varias líneas de arqueros y honderos, acometieron contra los atacantes. Desde el centro del ejército enemigo, una gran cantidad de individuos altos, cubiertos con armaduras, se había dispuesto en una apretada formación cuadrangular y empezaba a avanzar entre su derrotado ejército hacia los soldados de infantería de la Legión. Durante un momento, los hombres que estaban sobre la Muralla Exterior observaron expectantes, luego se sobresaltaron cuando los guerreros con armadura empezaron a abrirse paso, con la ayuda de sus lanzas y espadas, entre los soldados de su propio ejército que se retiraban. Fue la acción más salvaje que Menion había presenciado nunca.

-¡Rock trolls! -exclamó Balinor acaloradamente-. Aniquilarán a Messaline y a todo su destacamento. Ordena la retirada, Janus.

Siguiendo su indicación, el comandante izó una gran bandera roja en un mástil cercano. Menion Leah observó con curiosidad al silencioso fronterizo. Parecía que la batalla estaba ganada, y sin embargo ordenaba retirada. Al encontrarse con sus ojos, el rey sonrió sombríamente a la pregunta que leyó en los del príncipe.

-Los rock trolls se entrenan para luchar desde que nacen; es su forma de vida. En un combate cuerpo a cuerpo son mejores que los hombres de la Legión Fronteriza. Están mejor adiestrados y son más fuertes físicamente. No tenemos nada que hacer oponiéndonos a ellos. Ya les hemos hecho bastante daño y seguimos conservando nuestra posición. Si planeamos defendernos de ellos, debemos dividir sus fuerzas.

Menion asintió, comprendiendo. Despidiéndose con la mano, Balinor abandonó las almenas para volver a su puesto. Su primera preocupación de momento era proteger el camino de retirada de sus dos regimientos, y eso significaba defender adecuadamente las rampas móviles, el único enlace de los soldados con la ciudad. El hombre de las tierras altas miró cómo desaparecía, después volvió a la muralla. La masacre en las llanuras era aterradora. Los cuerpos de los muertos y heridos yacían por todas partes desde el muro del promontorio hasta las últimas filas del ejército de la Tierra del Norte. Era la peor matanza que había presenciado cualquiera de los componentes del pequeño grupo; y, enmudecidos, contemplaban la terrible lucha.

A lo lejos, los soldados de infantería de la Legión Fronteriza, bajo el mando de Messaline, emprendieron una retirada ordenada hacia las defensas de la ciudad, pero los gigantes rock trolls casi habían logrado abrirse paso entre sus abatidas filas frontales y se preparaban para perseguir a los odiados tyrsianos. Mientras los soldados de a pie retrocedían sin oposición, el regimiento montado encontró una resistencia inesperada por parte de los jinetes gnomos. Las dos fuerzas se enzarzaron en una batalla feroz a la izquierda de los trolls que avanzaban. En apariencia, Acton no podía ni deseaba escapar de los insistentes gnomos, y sus jinetes estaban siendo víctimas de un ataque cruzado desde la doble línea de arqueros gnomos situados justo al norte de ellos. Un gran cuerpo combinado de espadachines gnomos y trolls se había abierto camino desde atrás de los jinetes y ahora el destacamento de Acton se encontraba acorralado por tres lados.

Hendel, enfurecido, empezó a murmurar algo para sí. Por primera vez, Menion se sintió preocupado. Incluso Janus Senpre caminaba de un lado a otro con nerviosismo. Sus peores temores se confirmaron un momento después. El cuerpo de trolls, aún fresco, embistió con tanta rapidez, que los hombres de Tyrsis en retirada, cansados y abatidos por el contraataque, fueron incapaces de ganar la seguridad del promontorio. A casi cien metros de la rampa, se volvieron para luchar. El ondulante humo de los fuegos diseminados ascendía como un muro negro ante los baluartes inferiores, obstaculizando la

visión de Balinor que esperaba ante las puertas de la ciudad; pero el inesperado giro de los acontecimientos era claramente visible para los hombres horrorizados que observaban desde la altísima muralla.

-¡Tengo que avisar a Balinor! -exclamó Hendel bruscamente, saltando de su posición en los parapetos-. ¡Harán pedazos a todo el destacamento!

Janus Senpre también salió con él, pero Menion y los hermanos elfos continuaron observando impotentes e incapaces de correr, mientras los gigantescos rock trolls abatían a los hombres exhaustos de Messaline. Los soldados de la Legión se agruparon uniendo sus escudos y extendiendo las lanzas, apoyándolas contra la tierra dura para la embestida. Los trolls también se organizaron en una formación de falange, algo más ancha que larga, con la clara intención de rodear al enemigo por los tres lados y destrozar sus defensas. Menion miró ansiosamente por encima de la muralla, pero Balinor no se había movido, seguía ignorando que todo un regimiento de la afamada Legión Fronteriza estaba al borde de la aniquilación. A la vez que dirigía rápidas ojeadas a las llanuras, el montañés vio como Hendel y Janus se acercaban al alto fronterizo y gesticulaban como locos. Menion pensó que no habría tiempo, que llegarían demasiado tarde.

Pero de repente ocurrió algo extraño. Todo el destacamento de Acton, olvidado momentáneamente por los espectadores de la muralla, escapó de forma inesperada de los jinetes gnomos en una brusca embestida y se unió en una formación perfecta, marchando en ángulo agudo en dirección este, detrás de los acosadores rock trolls. Con un veloz galope, los magníficos jinetes apartaron a los cabalgadores gnomos que se interpusieron en su camino. Hicieron caso omiso de la lluvia de flechas que les lanzaban los arqueros gnomos y dirigieron su carrera directamente hacia las filas de trolls. Con las lanzas bajadas, el regimiento atacó a las últimas líneas de la falange de trolls con un movimiento de enfilada, continuando su barrido hacia el este. Los guerreros fueron cogidos por sorpresa y docenas cayeron mientras las lanzas los atravesaban.

Pero los trolls eran los mejores luchadores del mundo, y se recuperaron con prontitud, cerrando sus filas y volviéndose para hacer frente a aquella nueva amenaza. Mientras Acton se dirigía una vez más hacia el oeste, cabalgando a una velocidad vertiginosa, enfilando contra la parte posterior de la falange por segunda vez, los norteños contraatacaron duramente arrojando lanzas y mazas. Alrededor de una docena de jinetes cayeron sin vida de sus monturas y un número igual de heridos se deslizaron de sus sillas mientras el regimiento cargaba hacia el este y después se desviaba con brusquedad hacia el sur para ponerse a salvo en Tyrsis.

Acton logró su propósito; la distracción momentánea permitió al acosado regimiento de Messaline hacer una rápida escapada para ocultarse en el humo. Fue una maniobra muy bien ejecutada y desde encima de la Muralla Exterior los que la observaban no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiración.

Aunque perseguidos por las filas delanteras de los enfurecidos trolls, los soldados de infantería de la Legión escaparon hacia la cobertura del humo; y la mayoría, con la ayuda de Balinor a la cabeza de un escuadrón de relevo, lograron llegar hasta la rampa. Al pie del promontorio tuvo lugar una dura batalla mientras el regimiento intentaba retirar el puente antes de que el enemigo pudiera tomarlo. Al fin, fue desprendido de los baluartes y dejado caer en la llanura, donde yació intacto sólo unos momentos antes de que los tyrsianos lo incendiaran para destruirlo.

En el flanco defensivo izquierdo, la retaguardia luchaba con valentía para defender la otra rampa, mientras el comando de Acton pasaba otra vez al alcance de los enloquecidos arqueros gnomos, que mataron a algunos de sus miembros. De todas formas, era ya una batalla de retirada, y en un momento los jinetes tuvieron que cargar directamente por el

centro de la delgada línea de espadachines que arremetió contra ellos para impedirles la huida. Al final, los hostigados jinetes llegaron a la protección del promontorio, tras subir al galope la rampa y dirigirse hacia las puertas abiertas de la ciudad donde fueron recibidos por una multitud de soldados y ciudadanos que los vitorearon. Cuando el último miembro de la caballería llegó arriba, la retaguardia se retiró apresuradamente detrás de sus defensas y la rampa fue arrastrada hasta que estuvo segura.

Era ya mediodía, y el calor del sol caía como un manto húmedo sobre los soldados de ambos ejércitos. Con perezosa reluctancia, el ejército de la Tierra del Norte se retiró de la batalla para reagruparse, arrastrando con él a cientos de muertos y heridos. El humo del aceite ardiendo estaba suspendido como una niebla inmóvil sobre las praderas extrañamente silenciosas mientras el viento matutino desaparecía calladamente. El suelo delante de la pared del promontorio estaba cubierto de cuerpos carbonizados, y aún ardían pequeñas fogatas mientras los grandes tablones de las rampas destrozadas se convertían en cenizas. Un olor hediondo empezó a desprenderse del terrible campo de batalla y los carroñeros voladores y reptadores aparecieron gritando ansiosamente ante el festín. Sobre la tierra abatida, los ejércitos se observaban mutuamente con manifiesto odio, exhaustos y doloridos, pero deseosos de reanudar la matanza que se les había impuesto. Durante largas horas, la pradera que había sido verde permaneció vacía bajo el cielo azul sin nubes y su castigada superficie se cocía y secaba bajo el calor del sol estival. A aquellos que dejaban que su mente razonara de acuerdo con sus deseos, les pareció que el asalto había terminado, que la destrucción estaba acabada. Los pensamientos se volvieron, esperanzados, desde la matanza y la supervivencia a las familias y seres queridos. La sombra de la muerte se apartó momentáneamente.

Luego, en las últimas horas de la tarde declinante, el ejército de la Tierra del Norte atacó de nuevo. Mientras las líneas de arqueros gnomos asediaban los baluartes inferiores y el promontorio situado tras ellos con una lluvia de flechas que parecía no tener fin, grandes grupos de espadachines gnomos y trolls efectuaron rápidas acometidas contra las defensas de los sureños, intentando en vano descubrir un punto débil. Rampas móviles, escaleras de cuerdas y garfios de anclaje atados a cuerdas con nudos; con todo ello trataron de abrirse una brecha entre las líneas de la Legión, pero en cada ocasión sus intentos fueron abortados. El acoso resultó agotador y cruel, pensado para desanimar y extenuar a los hombres de Tyrsis. El largo día moría lentamente, y aún la batalla se prolongaba. Terminó de forma oscura y trágica para la Legión Fronteriza. Cuando el ocaso descendió sobre la tierra ensangrentada, los agotados adversarios lanzaron una última ráfaga de lanzas y flechas unos contra otros, a través de un vacío brumoso que apenas permitía ver. Una flecha extraviada acertó a Acton en la garganta mientras el comandante de caballería de la Legión volvía de su destacamento en el flanco defensivo izquierdo, derribando al gran luchador de su montura hacia los brazos de sus ayudantes, donde murió momentos después.

El reino del Señor de los Brujos era la parte más desolada y amenazante del mundo conocido; un círculo yermo y sin vida con insuperables trampas mortíferas. La mano tierna y vivificante de la naturaleza hacía tiempo que se había alejado de aquellos dominios de oscuridad, y el desierto que quedó yacía envuelto en el silencio. Las fronteras orientales emanaban un olor fétido y lúgubre proveniente de la ciénaga de Malg, un fangal funesto y extenso que ninguna criatura viviente había logrado nunca atravesar. Bajo las poco profundas aguas, sobre las que flotaban fragmentos sueltos de algas incoloras que crecían y morían en el transcurso de un día, la tierra se había convertido en lodo y arenas movedizas, y todo lo que se ponía a su alcance desaparecía rápidamente succionado. Se decía que no

tenía fondo, y aunque por toda su superficie podían verse pequeños fragmentos de tierra sólida y grandes ramas desnudas de árboles muertos, incluso éstos desaparecían de poco en poco.

Al otro lado del tramo situado más al norte y que se extendía hacia el oeste de la ciénaga, había una cordillera de afiladas montañas llamadas apropiadamente de la Navaja. No existía ningún paso y sus laderas amplias y sesgadas eran peñascosas, formadas por rocas escarpadas y salientes, que parecían elevarse de las entrañas de la tierra. Un escalador experimentado y decidido podía encontrar superables las montañas de la Navaja (uno o dos humanos incluso lo habían intentado), de no ser porque algunas especies de arañas particularmente venenosas anidaban en grandes cantidades en aquellas montañas yermas. Los huesos blanqueados de los muertos, esparcidos en pequeños montones entre las rocas oscuras, daban testimonio mudo de su presencia.

Había una abertura en el mortífero círculo donde las montañas se convertían en pequeñas estribaciones en la parte noroeste del reino; y durante unos siete kilómetros en dirección sur la región era fácilmente transitable, abriéndose directamente en el centro del anillo de barreras. Allí no existía ninguna protección natural contra los intrusos, pero la pequeña entrada al interior del reino era también un acceso obvio, y por tanto la puerta de la trampa a través de la cual el Señor y Amo esperaba que se introdujesen los incautos. Ojos y orejas que sólo respondían a sus órdenes guardaban cautelosamente aquella franja estrecha de tierra. El anillo podía cerrarse en un instante. Justo debajo de las estribaciones, un páramo árido llamado desierto de Kierlak se extendía hacia el sur casi 70 kilómetros. Un vapor venenoso y denso flotaba invisible sobre las grandes llanuras cubiertas de arena, proveniente de las aguas del río Lethe, un arroyo insalubre que serpenteaba perezosamente a través del desierto desde el sur, y desembocaba en un pequeño lago del interior. Incluso los pájaros que se aventuraban a volar cerca de la neblina letal sucumbían en cuestión de segundos. Las criaturas que morían en el terrible horno de arena y el aire venenoso se descomponían en cuestión de horas y se convertían en polvo, de modo que no quedaba ninguna señal de su paso.

Pero la barrera más impresionante de todas se extendía, como una amenaza, a lo largo del límite sur del dominio prohibido, empezando en la parte sur del desierto de Kierlak y extendiéndose hacia el este para llegar a las cercanías pantanosas de la ciénaga de Malg, el Filo del Cuchillo. Como grandes lanzas de piedra clavadas en la tierra dura por algún gigante monstruoso, aquellas montañas se elevaban miles de metros hacia el cielo. Más que montañas parecían una serie de terribles picos proyectándose en líneas irregulares que obstruían el horizonte como dedos que se estirasen dolorosamente. En su base, se arremolinaban las aguas tóxicas del río Lethe, que nacía en la ciénaga de Malg y cuyos meandros corrían junto a la gran barrera rocosa para desaparecer en los vapores impenetrables del desierto de Kierlak. Sólo alguien guiado por una locura inexplicable intentaría escalar el Filo del Cuchillo.

Había un paso que atravesaba la barrera, un pequeño cañón tortuoso que se abría sobre una serie de estribaciones escarpadas que seguían durante varios kilómetros hasta la base de una montaña solitaria, justo dentro del límite sur del anillo. La superficie accidentada de esta montaña estaba rota y erosionada por el tiempo y los elementos, produciendo un efecto muy inquietante. Incluso mirándola superficialmente, se observaba la aterradora similitud de su cara sur con una calavera humana, privada de carne y de vida, el cráneo redondeado y brillante sobre unas cuencas de ojos vacías, las mejillas hundidas y la mandíbula curva con dientes y huesos. Ésta era la morada del Amo y Señor. Aquél era el reino de Brona, el Señor de los Brujos. Por todas partes estaba el signo de la Calavera, la marca indeleble de la muerte.

Era mediodía, pero el tiempo parecía haberse detenido, y la fortaleza enorme y desolada se alzaba envuelta en una peculiar calma. La típica penumbra ocultaba el sol y el cielo, y la roca y la tierra parda se extendían desprovistas de vida mortal. Sin embargo, había algo más en el aire ese día, quebrando el silencio y la desolación, mientras una serpenteante fila de seres humanos pasaba a través de la única entrada en el enorme Filo del Cuchillo. Era una sensación apremiante que colgaba suspendida sobre el reino del Señor de los Brujos, como si los acontecimientos se hubiesen precipitado demasiado rápidamente y se agolpasen con ansiosa anticipación, esperando su oportunidad.

Los trolls avanzaban con torpeza y cautela a través del sinuoso cañón, sus enormes figuras parecían empequeñecidas por los altísimos picos, de forma que sólo eran hormigas entre las rocas inmortales. Entraron en el reino de la muerte al igual que los niños entran en una habitación oscura y desconocida, aterrados, vacilantes, pero decididos a ver qué había al otro lado. Caminaban sin encontrar resistencia, pero no ignorados. Los esperaban. Su aparición no produjo ninguna sorpresa, y entraron sin exponerse a los ataques de los esbirros del Amo. Sus rostros impasibles disimulaban sus intenciones verdaderas, o de otro modo nunca habrían pasado de la orilla sur del río Lethe. Entre ellos iba el último descendiente de la casta que el Señor de los Brujos creía haber destruido, el último hijo de la familia élfica de Shannara.

Shea caminaba directamente detrás de la enorme figura de Keltset, con las manos fingidamente atadas a la espalda. Panamon Creel le seguía, con las manos de la misma forma, con sus ojos grises mirando con desconfianza los grandes muros de roca entre los que caminaban. El truco había funcionado a la perfección. En apariencia prisioneros de los rock trolls, los dos hombres del sur caminaron por las orillas del río Lethe, el arroyo perezoso y vil que flanqueaba los confines del sur del Reino de la Calavera. Los trolls y sus silenciosos protegidos subieron a bordo de una balsa amplia de madera podrida y clavos de hierro oxidados, cuyo conductor mudo era una criatura encorvada y encapuchada que parecía más un animal que un ser humano, su rostro estaba oculto entre los pliegues de la mohosa capa negra, pero sus manos con forma de garfio y cubiertas de escamas se mostraron mientras agarraba la percha para impulsar la barca y guiarla a través de las aguas tibias y venenosas. Los inquietos pasajeros sintieron una repulsión creciente ante la mera presencia de aquel ser y un alivio notable cuando, tras desembarcar en la otra orilla, desapareció con su vieja balsa en la niebla que flotaba en las aguas oscuras del río. Ahora estaban totalmente aislados de la parte sur de la Tierra del Norte. La densa bruma gris llenaba el aire seco y rancio, y no podía verse nada más allá del río. En contraste, los elevados riscos negros del Filo del Cuchillo se alzaban nítidamente ante ellos, los grandes dedos rocosos abriéndose, apartando la niebla en el mediodía semiiluminado de la Tierra del Norte. El grupo pasó en silencio a través del corredor que dividía las vastas alturas, adentrándose por el tortuoso recorrido en los dominios prohibidos del Señor de los Brujos.

El Señor de los Brujos. De algún modo Shea sentía que había sabido desde el principio, desde el día en que Allanon le habló de sus ilustres antepasados, que ocurriría de aquella forma. Las circunstancias le exigirían enfrentarse a la terrible criatura que intentaba destruirlo. El tiempo y los acontecimientos se fundieron en un solo instante, una visión fugaz de recuerdos desordenados de los largos días de viaje, escapando para conservar la vida, escapando para llegar a este aterrador encuentro. Ahora el momento se acercaba, y se enfrentaría a ello prácticamente solo en la tierra más inhóspita del mundo conocido. Sus amigos queridos en los que confiaba estaban lejos, y su única compañía eran unos cuantos rock trolls, un ladrón expulsado de su tierra y un gigante enigmático y vengativo. Este último persuadió al tribunal para que pusieran bajo su mando un destacamento de guerreros trolls; y los jueces accedieron, no porque creyesen que el insignificante valense

que iba con él poseyera la capacidad de destruir al inmortal Brona, sino porque su compañero gigante era el poseedor del honorable Irix Negro.

Los tres jueces también revelaron el destino de Orl Fane. Los trolls habían apresado al pequeño fugitivo una hora antes de que sus perseguidores fuesen capturados, y lo pusieron a buen recaudo en el campamento principal. El tribunal de maturenos llegó a la rápida conclusión de que el gnomo estaba completamente loco. Balbuceó de forma incoherente sobre secretos y tesoros mientras su rostro enjuto y amarillo se contorsionaba en muecas horribles. A veces parecía hablarle al aire que le rodeaba, frotándose los brazos y las piernas como si algún ser viviente se hubiese adherido a ellos. Su único vínculo con la realidad parecía ser la vieja espada que era su única posesión, la espada que agarraba con tanta fuerza que sus captores no lograron arrancársela. Le permitieron que se quedase con aquella pieza de metal inútil, atando sus manos amarillas a la vaina herrumbrosa del arma. Después fue conducido a los calabozos del Señor de los Brujos.

El cañón serpenteaba a través de los altísimos picos del Filo del Cuchillo, y a veces el camino se estrechaba tanto que casi se convertía en una grieta entre las rocas. Los corpulentos trolls avanzaban con dificultad y sin descanso. Algunos habían estado allí antes y conducían a los otros a un paso constante y agotador. La rapidez era esencial. Si se retrasaban mucho, el Rey del Espectro se enteraría de que Orl Fane y la vieja espada que se negaba a soltar ni un momento, estaban encerrados en sus propios calabozos.

Shea se estremeció ante la posibilidad. Tal vez ya había ocurrido; podían estar caminando directamente hacia su propia ejecución. Antes, en cada momento del viaje desde Culhaven, el Señor de los Brujos parecía conocer cada movimiento que hacían; en cada ocasión les estuvo esperando. Era una locura. ¡Qué riesgo tan terrible! E incluso si lograban tener éxito, incluso si al fin Shea conseguía tener entre sus manos la Espada de Shannara..., ¿qué ocurriría? Shea se rió para sus adentros. ¿Podía enfrentarse al Señor de los Brujos sin Allanon a su lado, si tener la menor idea de cómo activar el poder oculto del legendario talismán? Nadie sabría siquiera que él tenía la Espada.

El muchacho no conocía los objetivos de quienes le acompañaban, pero él había decidido no dejarse arrebatar la Espada, si lograba poseerla, y correr para salvar su vida, si fuera necesario. Los demás podían hacer lo que quisieran. Estaba seguro de que Panamon Creel aprobaría su plan, pero apenas habían intercambiado diez palabras desde que comenzó el viaje al Reino de la Calavera. Shea sentía que, por primera vez en su vida, una vida llena de azares y peligros, Panamon, el ladrón escarlata, estaba aterrado. Pero permanecía en su compañía y en la de Keltset porque eran sus únicos amigos y porque su orgullo no le permitiría menos. Su propósito primordial era sobrevivir a toda costa, pero no se permitiría humillarse ni siquiera por conservar la vida.

Las razones de Keltset para aquella extraña empresa eran menos evidentes. Shea pensó que entendía por qué el gigante troll había insistido en que debían recuperar la Espada de Shannara, y era por algo más que venganza personal por la matanza de su familia. Había algo en Keltset que a Shea le recordaba a Balinor: inspiraba confianza a los menos seguros. Shea lo sintió cuando Keltset señaló que debían seguir a Orl Fane y a la Espada. Aquellos ojos suaves e inteligentes le decían que creía en él, y aunque Shea no podía explicarlo en términos racionales, sabía que tenía que seguir con su amigo gigante. Si ahora se retiraba, después de largas semanas buscando la Espada de Shannara, traicionaría a todos sus amigos y a sí mismo.

Las paredes de los riscos de cada lado acabaron bruscamente, y el cañón se abrió a un valle que parecía una ancha depresión en el escarpado interior del Reino de los Brujos; su superficie era yerma y seca, su tierra salpicada de montículos rocosos dispersos y secos lechos de ríos. Se detuvieron en silencio y todos los ojos quedaron fijos, contra la voluntad

de sus dueños, en la montaña solitaria que se alzaba en el centro del valle. Su cara sur los miraba ciegamente desde dos enormes cuencas vacías que recordaban los ojos de una calavera. El rostro enjuto aguardaba con infinita anticipación la llegada del Amo. Shea sintió que los pelos de la nuca se le erizaban y un repentino escalofrío recorrió su cuerpo.

Fuera de las rocas y a cada lado de las mismas, una serie de criaturas deformes deambulaban con lentitud; sus grandes cuerpos eran tan pardos como la tierra agonizante, sus caras casi carecían de facciones. Tal vez habrían sido humanos, pero ya no lo eran. Se sostenían sobre dos piernas y un brazo colgaba a cada uno de sus costados, pero su parecido con los humanos terminaba allí. Su piel tenía una textura gredosa, un aspecto semejante al caucho, y se movían como si no fuesen seres inteligentes. Como pobladores de horribles pesadillas, las extrañas criaturas rodearon a los trolls, mirando ciegamente a sus rostros de aspecto leñoso, como si quisieran asegurarse de qué clase de criaturas se acercaban. Keltset se giró ligeramente e hizo varios signos a Panamon Creel.

-Los trolls los llaman mutens -susurró en voz baja el aventurero dirigiéndose a Shea-. Quédate tranquilo. Recuerda que se supone que eres un prisionero. Mantén la calma.

Uno de los seres deformes habló con voz áspera a los trolls que habían encabezado la marcha, haciendo gestos hacia los hombres que iban atados. Después de un breve diálogo, uno de los trolls dijo algo por encima del hombro hacia Keltset, quien de inmediato indicó a Shea y a Panamon que lo siguieran. El trío se separó del grupo principal. Acompañado por otros dos trolls, siguieron sin hablar a uno de los torpes mutens que avanzaba tambaleante hacia el interior.

Shea miró hacia atrás y vio que los trolls se dispersaban tranquilamente junto a la entrada del cañón, esperando al parecer que sus compañeros volviesen. Los restantes mutens no se movieron. Mirando hacia delante una vez más, el valense vio que la superficie de la roca estaba partida por una larga fisura que se extendía unos cien metros hacia arriba y que este hueco era un paso hacia algún lugar del otro lado. El pequeño grupo penetró la pared rocosa, intentando acomodar sus ojos a la repentina oscuridad. Hicieron una pausa y el guía tomó una antorcha de un soporte de la pared y la encendió, entregándosela con aire abstraído a uno de los trolls antes de proseguir. Los ojos de la criatura parecían estar acostumbrados a la profunda negrura, porque continuó delante de todos ellos.

Llegaron a una caverna húmeda y maloliente de la que partían varios pasadizos insondables. A Shea le pareció detectar, procedente de un lugar lejano, el sonido de unos gritos agudos que resonaban en los muros de roca. Panamon maldijo con aspereza bajo la aleteante luz de las antorchas con el rostro lleno de sudor. El silencioso y absorto muten caminaba arrastrándose por los pasillos, y la tenue luz de la fisura se convirtió en oscuridad.

El eco de las pisadas sobre la roca era el único sonido que producían los humanos que avanzaban por el negro pasadizo, sus miradas se desplazaban a uno u otro lado para observar unas puertas cerradas incrustadas en la roca. Los gritos seguían llegando a sus oídos, pero ahora parecían aún más distantes. No escucharon ningún sonido humano procedente de las celdas junto a las que pasaban. Al fin, el guía se detuvo ante una de las pesadas puertas, gesticulando y hablando con los mismos tonos guturales que los trolls. Se dio la vuelta para continuar por el pasadizo y después de dar el primer paso, el troll que iba delante levantó su pesada maza de hierro y golpeó con ella la voluminosa cabeza de la criatura. El muten cayó desplomado sobre el suelo de la cueva. Keltset se acercó para desatar las cuerdas de Shea y Panamon mientras los otros trolls vigilaban ante la puerta de la celda. Cuando sus amigos estuvieron libres, el enorme gigante de la Tierra del Norte se

adelantó con sigilo hacia la puerta de hierro y descorrió los cerrojos. Agarrando los barrotes, tiró del antiguo portón, que se abrió con un chirrido.

-Ahora veremos -susurró Panamon, con voz ronca, y tomando la antorcha de manos de Keltset, penetró con cautela en la diminuta habitación. Sus dos compañeros lo siguieron.

Orl Fane estaba sentado y encogido contra la pared del fondo, sus piernas larguiruchas sujetas por grilletes y encadenadas al suelo de roca, sus ropas tan destrozadas y sucias que costaba reconocerlas. No era la misma criatura que habían capturado días antes en las llanuras de Streleheim. Contempló a sus visitantes con desinterés, con una horrible mueca fija en su cara delgada y amarilla mientras balbuceaba palabras ininteligibles. Sus ojos se dilataron extrañamente ante la luz brillante de la antorcha, y dirigía miradas a su alrededor mientras parloteaba, comportándose como si hubiese alguien más en la pequeña celda, criaturas invisibles para todos los ojos excepto los suyos.

Los dos hombres y el gigante troll comprendieron su estado a primera vista, desplazando su mirada instantáneamente a las descarnadas manos que apretaban posesivamente la vaina de metal y cuero que protegía el objeto de tan larga persecución. La antigua empuñadura reflejó la tenue luz, revelando la imagen grabada: la mano sosteniendo la antorcha ardiendo. ¡La habían encontrado! ¡Habían encontrado la Espada de Shannara!

Durante un momento nadie se movió; mientras el gnomo enajenado apretaba la espada contra su cuerpo enflaquecido, sus ojos revelaron un destello momentáneo de conciencia al ver el afilado punzón que sustituía la mano de Panamon. El aventurero se adelantó de forma amenazadora y se inclinó sobre la delgada cara de gnomo.

-He venido a buscarte, gnomo -le dijo con aspereza.

Orl Fane pareció sufrir una transformación repentina al oír la voz de Panamon Creel, y un chillido de terror se escapó de sus labios mientras intentaba retroceder aún más contra la pared.

-¡Dame la espada, maldita rata traidora! -exigió el ladrón.

Sin esperar respuesta, agarró el arma, intentando arrancarla del puño increíblemente fuerte del gnomo aterrorizado. Pero incluso con la muerte mirándole directamente a los ojos, Orl Fane no soltaría su preciada posesión. Su voz se elevó para gritar, y con furia repentina, Panamon golpeó con el pesado hierro de su punzón el cráneo desnudo de la pequeña criatura. El gnomo se derrumbó inconsciente sobre el suelo.

-¡Todos esos días persiguiendo a este miserable! -gritó Panamon. Se interrumpió bruscamente y bajó la voz para hablar con un ronco susurro-. Pensé que al menos me alegraría de verlo muerto, pero... ya no vale la pena.

Con un gesto de hastío, tomó la empuñadura de la Espada, intentando sacarla de su funda, pero Keltset se adelantó y apoyó una mano sobre su hombro para detenerlo. Todavía enojado, el ladrón le dirigió una mirada fría mientras el rock troll señalaba silenciosamente hacia Shea, y ambos se apartaron.

La Espada de Shannara pertenecía a Shea por derecho de nacimiento, pero éste dudó. Había llegado tan lejos y padecido tanto para llegar a aquel momento... y ahora descubría que estaba aterrado. Sintió frío en su interior al contemplar el arma. Durante un instante, pensó en rehusar, sabiendo que una parte de él no podía aceptar la pavorosa responsabilidad que se le exigía que asumiera, una responsabilidad que le era impuesta. Recordó durante un momento el terrible poder de las piedras élficas. ¿Cómo sería entonces el poder de la Espada de Shannara? En su mente vio las caras de Flick y Menion y los otros que habían luchado para conseguirla para él. Si ahora se escapaba traicionaría la confianza

que le habían otorgado. En realidad sería como decirles que todos sus esfuerzos fueron en vano. Vio de nuevo el rostro enigmático y oscuro de Allanon reprendiéndole por sus absurdas ideas, por negarse a ver a los humanos tal como eran. Tendría que responder también ante Allanon, y no le gustaría que...

Avanzó totalmente rígido hacia donde Orl Fane estaba caído y se inclinó sobre él; sus dedos se cerraron con firmeza alrededor del metal helado de la empuñadura del arma, y sintió la imagen en relieve de la antorcha ardiendo en su palma sudorosa. Se detuvo. Después, lentamente, alzó la Espada de Shannara.

XXXII

En el segundo día de la batalla de Tyrsis se repitió la misma matanza en masa de miembros del ejército de la Tierra del Norte que en el primero. La gigantesca fuerza invasora atacó cuando despuntaba el alba, marchando hacia la pared del promontorio en una formación precisa, con el profundo retumbo de los tambores de guerra de los gnomos, deteniéndose en silencio a menos de cien metros. Entonces, con un alarido desgarrador, el ejército se lanzó a una lucha sin descanso por alcanzar las alturas. Con una despreocupación absoluta por sus vidas, los norteños atacaban en una oleada tras otra las defensas exteriores de la Legión Fronteriza. Lo hicieron sin la ayuda de las monstruosas rampas, que no tuvieron tiempo de reconstruir, confiando en miles de pequeñas escaleras de cuerda y garfios de hierro. Fue una contienda feroz, despiadada y amarga. Cientos de soldados de la Tierra del Norte murieron en los primeros minutos.

Con Acton desaparecido, Balinor decidió no arriesgar por segunda vez el destacamento montado de la Legión en un contraataque al enorme ejército enemigo y optó por atrincherarse en la pared del promontorio y mantener esta posición el mayor tiempo posible. El aceite hirviendo y los arqueros dispersaron las primeras oleadas de asaltantes, pero ahora ya no se apartaban ni salían corriendo. Llegaban en una carga incesante y reforzada, eludiendo las flechas y las llamas hasta llegar a la base de la ancha meseta, desde donde arrojaban las escaleras de cuerda para intentar la escalada. Enjambres de aullantes soldados norteños se agolpaban intentando subir y la lucha se redujo a un simple combate cuerpo a cuerpo.

Durante casi ocho horas, los valientes defensores de Tyrsis repelieron a un enemigo que superaba veinte veces su tamaño. Las escaleras de cuerda y los garfios de anclaje eran metódicamente desenganchados y rotos, los enemigos expulsados a empujones en cuanto llegaban a la cima y los huecos que se producían en las líneas de defensa, eran cerrados antes de convertirse en brechas profundas. Los actos de valor realizados por miembros de la renombrada Legión eran demasiado numerosos para ser contados. Lucharon en unas condiciones imposibles y sin descanso, sin relevo, sabiendo que el enemigo no les daría tregua. Durante ocho horas, el enfurecido ejército de la Tierra del Norte intentó con desesperación abrirse paso entre los baluartes de la Legión, sin lograrlo. Pero al fin abrieron una brecha en el flanco defensivo izquierdo. Con un disonante grito de victoria, el enemigo se precipitó hacia el promontorio.

Después de la muerte de Acton, el anciano Fandwick quedó solo al mando de aquella parte de las líneas defensivas. Haciendo acopio de sus mermadas reservas, el comandante de la Legión se desplazó para bloquear la embestida de los norteños. Una batalla feroz y continua se desarrolló en la brecha abierta durante largos minutos, mientras los decididos atacantes luchaban para mantener y agrandar la posición ganada. Murieron docenas de hombres en ambos bandos, incluido el valiente Fandwick.

Balinor envió con rapidez más reservas desde el centro de la línea en un esfuerzo por cerrar la brecha, y al final tuvo éxito. Pero, momentos más tarde, se abrió una segunda brecha y después la tercera en el flanco defensivo izquierdo, y los defensores empezaron a abandonar y a dispersarse. El rey de Callahorn se dio cuenta de que su ejército no podría seguir manteniendo por más tiempo las defensas exteriores y ordenó a los comandantes que quedaban que iniciaran una retirada ordenada hacia la ciudad. Reuniendo al desmembrado flanco izquierdo, el gigante fronterizo retiró sus defensas de primera línea

mientras mantenía a raya al enemigo y desplazó rápidamente a todo el destacamento al interior de la ciudad.

Fue un momento amargo para los hombres de la Tierra del Sur que ahora se precipitaban a defender la gran Muralla Exterior. Pero el ejército de la Tierra del Norte no continuó su ataque. En lugar de hacerlo, empezaron a destrozar los baluartes defensivos y a invadir el acantilado, donde construyeron su posición defensiva justo fuera del alcance de los arqueros de la Legión. Los agotados soldados de la Tierra del Sur observaban en silencio desde lo alto de las murallas de la ciudad mientras la luz de la tarde se convertía lentamente en penumbra sobre los afanosos invasores. El campamento norteño se estaba adelantando hacia la llanura más próxima a la ciudad y el ejército empezó a encender sus fogatas mientras la oscuridad se cerraba a su alrededor.

En los últimos momentos de luz, el enemigo reveló una parte de sus planes para escalar las murallas de Tyrsis. Colocaron con apresuramiento grandes rampas inclinadas, sostenidas por piedras y tablones sobre los restos de las pasarelas destrozadas. Después, en la penumbra, avanzaron hasta hacerse visibles tres enormes torres de asedio, cada una de las cuales llegaba casi a la altura de la Muralla Exterior. Las torres fueron trasladadas a la parte trasera del campamento enemigo, a un lugar desde donde se veía claramente la ciudad, y fueron aseguradas para la noche. Era evidente que se trataba de armas psicológicas, diseñadas para amilanar a la sitiada Legión Fronteriza.

Desde la muralla, sobre las puertas de la ciudad, Balinor observaba impasible acompañado por sus comandantes de la Legión y sus amigos de Culhaven. Acarició durante unos momentos la idea de un asalto nocturno contra el campamento de la Tierra del Norte, con el determinado objetivo de quemar las torres de asedio, pero lo descartó al momento. Probablemente el enemigo esperaría que intentasen algo así, y era indudable que las puertas de la ciudad estarían bajo atenta vigilancia durante toda la noche. Además, no era un gran problema prender fuego a la torre por el mismo procedimiento que habían empleado con las rampas en cuanto avanzaran.

Balinor sacudió la cabeza y frunció el ceño. Había algún error en todo el plan de ataque del ejército de Tierra del Norte, pero no lograba descubrirlo. Seguramente debían ser conscientes de que las torres de asedio nunca lograrían abrir una brecha en la Muralla Exterior de la ciudad. Debían de tener algo más en sus mentes. Se preguntó por centésima vez si el ejército de los elfos llegaría a tiempo. No podía creer que Eventine les fallara. La noche había llegado ya; y tras ordenar doblar la vigilancia en todos los sectores de la muralla, invitó a los que le acompañaban a compartir la cena con él.

Escondidos en una arboleda en la cima de un cerro no muy alto varios kilómetros al oeste de Tyrsis, un pequeño grupo de jinetes observaba la matanza de la terrible batalla que se desarrollaba debajo mientras el sol se alejaba hacia el oeste. Contemplaron en silencio como las enormes torres de asedio fueron arrastradas hasta un lugar en la parte posterior del campamento para el asalto de la ciudad fortificada al día siguiente.

-Debemos enviarles un mensaje -susurró Jon Lin Sandor en voz baja-. Balinor querrá saber que nuestro ejército está en camino.

Flick dirigió una mirada expectante a la figura vendada de Eventine. Los extraños ojos parecían arder mientras contemplaban la ciudad asediada.

-Confío en que nuestro ejército venga hacia aquí -musitó el rey de los elfos en un tono casi inaudible-. Ya hace tres días que se fue Breen. Si mañana no llega, iré yo mismo.

Su amigo apoyó una mano sobre el hombro sano del rey, en muestra de comprensión.

-No estás en condiciones de viajar, Eventine. Tu hermano no te fallará. Balinor es un luchador experto y las murallas de Tyrsis nunca han permitido el paso a ningún invasor desde que existe la ciudad. La Legión puede defenderse durante el tiempo suficiente.

Hubo un largo momento de silencio. Flick miró hacia la ciudad oscura y se preguntó si sus amigos se encontrarían bien. Menion debía de estar con ellos tras aquellas murallas. El montañés no podía saber lo que le había ocurrido a Flick, ni tampoco lo que le había sucedido a Eventine. Ni nada en absoluto respecto a Allanon, quien, sin ninguna razón aparente, había desaparecido después de que el valense volviera con el destacamento de elfos. Aunque el druida siempre había sido poco explícito en una gran cantidad de cosas desde su aparición en Val Sombrío, nunca se había marchado sin dar una explicación. Quizá habló con Eventine...

-La ciudad está rodeada y vigilada. -La voz de Eventine surgió de la oscuridad creciente-. Sería muy difícil traspasar las líneas para hacer llegar un mensaje a Balinor. Pero tienes razón, Jon Lin, debe saber que no lo hemos olvidado.

-No tenemos una fuerza lo bastante grande para abrirnos paso hasta Tyrsis, ni siquiera para atacar la retaguardia de los norteños -declaró su amigo, meditando-. Pero...

Rápidamente dirigió una mirada a las moles oscuras de las torres de asedio que se encontraban abandonadas sobre la llanura.

-Un pequeño saludo -concluyó el rey.

Aún no era medianoche cuando Balinor fue convocado con urgencia a la torre de vigía situada sobre las puertas de la ciudad. Momentos después se encontraba en las defensas con Hendel, Menion, Durin y Dayel, contemplando el caos que se estaba produciendo en el campamento aún somnoliento del enemigo. Al fondo, una de las tres gigantescas torres de asedio, la del centro, era una pira ardiente que iluminaba kilómetros de llanura. Los frenéticos habitantes de la Tierra del Norte se precipitaban a toda velocidad sobre el maderamen de las torres adyacentes, intentando evitar que las llamas se extendieran. Era obvio que el invasor había sido cogido por sorpresa. Balinor miró a los demás y sonrió con ironía. La ayuda no estaba lejos después de todo.

La mañana del tercer día amaneció con una sombría quietud suspendida como un velo sobre el país de Callahorn y los ejércitos de la Tierra del Norte y de la del Sur. Habían desaparecido los potentes retumbos de los tambores de los gnomos, el estruendo amortiguado de las botas al marchar hacia la batalla, y los violentos gritos de ataque. El sol salió coloreado de rojo intenso en el horizonte distante, su tinte oscuro se extendía sobre la noche agonizante como si fuera sangre. Una bruma densa ocultaba la superficie de la tierra cubierta de rocío. Reinaba una ausencia total de movimiento y de ruido. Sobre las murallas de Tyrsis, los soldados de la Legión Fronteriza aguardaban con nerviosismo, mirando sin ver en la penumbra en busca de signos del enemigo.

Balinor estaba al mando de la sección central de la Muralla Exterior. Ginnisson defendía la derecha y Messaline la izquierda. Janus Senpre estaba de nuevo al mando de la guarnición de la ciudad y las reservas. Menion, Hendel y los hermanos elfos se hallaban en silencio junto a Balinor y temblaban por el frío de la madrugada. Habían descansado poco, pero se sentían lúcidos y extrañamente tranquilos. Aceptaron con serenidad su situación durante las últimas cuarenta y ocho horas. Habían visto morir a miles de personas, y sus propias vidas les parecían carentes de importancia comparadas con la terrible matanza en que estaba sumido aquel antiguo país, y contradictoriamente importantes. Las praderas próximas a la ciudad estaban arrasadas y llenas de surcos, la tierra teñida por la sangre y cubierta de cadáveres. No había nada que esperar, excepto unos acontecimientos

semejantes y sucesos peores hasta que uno de los dos ejércitos fuera destruido. Para los defensores de Tyrsis quedó olvidado el propósito moral de la supervivencia mundial; la guerra se había convertido en un reflejo mecánico que servía en sí misma como excusa para justificar la actuación de los hombres.

El rojo sangriento del sol matutino se hizo más intenso y descubrió figuras de seres humanos y caballos mientras el ejército de la Tierra del Norte se hacía visible. Una serie de cuidadas formaciones se extendía por el campo de batalla del día anterior, desde las defensas del promontorio hasta más allá de las maderas carbonizadas de las dos torres de asedio destruidas. No se movían; no hablaban; simplemente esperaban. Hendel se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se precipitó a susurrar algo a Balinor. El comandante de la Legión envió mensajeros a sus subordinados que se encontraban repartidos por la muralla, avisándoles de lo que iba a ocurrir, previniéndoles para que mantuvieran a los soldados tranquilos y preparados.

Menion estaba a punto de preguntar qué ocurría cuando de repente hubo un movimiento justo debajo de las puertas de la ciudad. Un guerrero ataviado con armadura caminaba lentamente saliendo de la penumbra, alto, erguido, hasta situarse delante de la gigantesca muralla. En una mano llevaba un gran estandarte con una bandera roja. Con movimientos deliberadamente lentos, clavó el asta en la tierra, se apartó con gesto ceremonioso, se giró y, caminando a grandes zancadas, volvió a unirse a sus filas. De nuevo hubo un momento de completo silencio. El bramido largo y grave de un cuerno distante sonó llenando de melancolía las llanuras; una, dos, tres veces. Después volvió el silencio.

-El reloj de la muerte. -Hendel rompió la quietud con un bajo susurro-. Significa que no van a darnos cuartel. Pretenden matarnos a todos.

El aire fue desgarrado por el estruendo repentino de los tambores de guerra de los gnomos, y todo empezó a moverse a la vez. En una embestida, miles de flechas de los gnomos llenaron el cielo, cayendo sobre las defensas de las murallas. Lanzas, picas y mazas volaron hacia lo alto, lanzadas por los soldados norteños. De entre la bruma de las llanuras surgió la mole de la única torre de asedio que quedaba chirriando y crujiendo, mientras cientos de soldados del ejército enemigo la arrastraban y empujaban por la rampa recién construida hacia la Muralla Exterior. Desde la ciudad, los arqueros de la Legión dispararon sobre sus atacantes, mientras el resto de los hombres de la Legión Fronteriza se mantenía junto a las defensas del muro y aguardaban las órdenes de Balinor.

El gigante fronterizo esperó hasta que la enorme torre de asedio estuvo a unos veinticinco metros de la muralla. El enemigo ya intentaba escalar la gran barrera con garfios de anclaje y escaleras, y la piedra rugosa estaba salpicada de figuras que trepaban en vano hacia la cumbre. De repente, fueron arrojados los calderos de aceite desde las defensas, rociando tanto a los humanos como a la máquina, manchando la pared del promontorio. Siguieron las antorchas encendidas, e instantáneamente todo el frente de la fuerza asaltante quedó envuelto en llamas. La torre de asedio y los humanos que la rodeaban desaparecieron de la vista cuando el humo negro se alzó hacia el cielo evitando que los defensores de la Legión contemplaran la masacre que se producía bajo ellos, pero no los gritos de terror y angustia. El intento de los atacantes de trepar hasta la ciudad fue impedido. Varios lograron llegar hasta las defensas, pero fueron expulsados rápidamente; los demás, que eran mayoría, perdieron el equilibrio o, sofocados por el humo, cayeron gritando hacia el fuego.

En pocos minutos el asalto fue abortado y todo el ejército de la Tierra del Norte volvió de nuevo a hacerse invisible. Los hombres de las defensas observaban atentamente entre el humo que se arremolinaba, tratando en vano de descubrir qué forma adoptaría el

asalto siguiente. Balinor miró hacia sus compañeros y sacudió la cabeza expresando sus dudas.

-Eso que han hecho ha sido un completo disparate. Tenían que saber lo que ocurriría; y sin embargo, siguieron adelante. ¿Están locos?

-Quizá lo hicieron para confundirnos... -murmuró Hendel en voz baja-. Por ejemplo, para que les proporcionásemos esta barrera de humo.

-¿Tantos muertos para conseguir una barrera de humo? -preguntó Menion con incredulidad.

-Si es así, deben de tener en mente algo muy concreto; algo que están seguros que no fallará -declaró Balinor-. Vosotros no dejéis de vigilar. Voy a bajar a las puertas.

Se volvió bruscamente y desapareció por la estrecha escalera de piedra casi corriendo. Los otros lo miraron sin hacer ningún comentario y volvieron a poner su atención más allá de la muralla. Delante de ellos, las densas nubes de humo negro seguían ascendiendo hacia el cielo mientras el aceite continuaba ardiendo sobre la llanura. Los gritos de agonía habían cesado y reinaba un extraño silencio.

-¿Qué estarán tramando? -preguntó al fin Menion.

Durante un momento no obtuvo respuesta.

-Me hubiera gustado coger a Stenmin -murmuró después Durin-. No me siento seguro ni siquiera detrás de estas murallas con ese loco andando suelto por la ciudad.

-Casi lo atrapamos -intervino Dayel-. Lo seguimos hasta esa habitación, pero pareció esfumarse en el aire. Debía de haber un pasadizo secreto.

Durin asintió mostrando su acuerdo y la conversación decayó de nuevo. Menion miraba con fijeza hacia el humo y pensaba en Shirl que lo estaba esperando en el palacio, y en Shea, Flick, su padre y su patria. Todo en un torrente de imágenes que inundó su mente errabunda. ¿Qué sería de todos ellos?

-¡Demonios! -Hendel se giró de un salto y después se quedó paralizado. ¡Qué idiota! Lo tenía delante de mis narices todo este tiempo. ¡Un pasadizo secreto! En los cimientos del palacio, en las mazmorras clausuradas durante todos estos años; un pasadizo que conduce a través de las montañas hasta la llanura de ahí abajo. El viejo rey me habló una vez de ello, hace muchos años. ¡Stenmin debía conocerlo!

-¡Un camino para entrar en la ciudad! -exclamó Menion-. Nos cogerán por la espalda. -De repente se interrumpió-. ¡Hendel! ¡Shirl está allí!

-No tenemos mucho tiempo. -Hendel ya estaba empezando a bajar la escalera-. Menion, ven conmigo. Dayel, busca a Janus Senpre y dile que envíe ayuda al palacio de inmediato. Durin, busca a Balinor y avísale. Deprisa, y rezad para que no sea demasiado tarde.

Descendieron a toda velocidad la gastada escalera y atravesaron entre los barracones como si estuvieran locos. Hendel y Menion corrían, abriéndose paso a golpes entre los grupos de soldados hacia las puertas de la Vía Tyrsiana. *Vamos demasiado despacio,* le gritaba su cerebro a Menion Leah. Casi levantó a Hendel en su esfuerzo por llevarlo hacia un pequeño grupo de caballos de reserva ensillados, amarrados a su derecha. Apartando de un empujón a un ayudante que se interponía, los dos saltaron sin detenerse sobre las monturas y las hicieron volverse hacia la ciudad. Al galope, los caballos pasaron como rayos por la entrada abierta, dejando atrás a los aturdidos guardianes y a los grupos de reserva apostados al otro lado de las puertas. Con el camino abierto, se precipitaron hacia el palacio.

Todo lo que siguió pareció producirse en un torbellino que negaba el tiempo y el espacio. La gente y los edificios pasaban a su lado como manchas borrosas, mientras galopaban sobre las antiguas piedras de la Vía Tyrsiana. Se perdían momentos decisivos, imposibles de recuperar. Al fin vieron a lo lejos el ancho arco del puente de Sendic, extendiéndose sobre el parque del Pueblo junto al palacio de los Buckhannah. Una serie de carretas de bagaje estaban desordenadamente dispersas al pie del puente cuando los dos jinetes pasaron junto a ellas, para atravesar el puente de piedra hacia las puertas abiertas de la casa real. Tras entrar al galope en el patio rodeado por el jardín, Hendel y Menion detuvieron a sus sudorosos caballos y bajaron de un salto.

Todo estaba en silencio. Nada parecía fuera de lugar. Un ayudante surgió de la sombra de un gran sauce con paso distraído para recoger las riendas a los acalorados jinetes; sus ojos sólo reflejaban una ligera curiosidad. Hendel dirigió al hombre una mirada cortante y lo despidió, haciendo señas a Menion, que estaba tras él, mientras avanzaba apresuradamente hacia la entrada principal. Seguía sin notarse nada extraño. Quizá habían llegado a tiempo. Quizá incluso se habían equivocado...

Los pasillos de la antigua mansión estaban vacíos y silenciosos cuando se detuvieron en el vestíbulo, dirigiendo rápidas ojeadas hacia las puertas y las oscuras habitaciones, apartando las tapicerías y cortinas de las ventanas. Menion se giró para ir en busca de Shirl, pero su compañero lo detuvo. La pelirroja hija de reyes debía esperar. Ahora, lentamente, con paso sigiloso, el enano condujo al príncipe hacia la puerta del sótano. Al llegar a la curva del pasillo dudaron; entonces, aplastándose contra la pulida marquetería, asomaron con cuidado la cabeza.

La enorme puerta revestida de hierro de la bodega estaba entreabierta. Ante ella, tres hombres armados vigilaban el pasillo vacío. Todos llevaban la insignia del halcón. Menion y Hendel retrocedieron en silencio. Por primera vez, el príncipe se daba cuenta de que estaba desarmado. Había dejado la espada de Leah colgada en la montura de su caballo. Examinó el pasillo que tenía detrás, pasando sus ojos sobre una serie de lanzas cruzadas sujetas a la pared del fondo. Una lanza no era precisamente el arma que más necesitaba, pero no tenía elección. Tratando de no hacer ruido, cogió una de las pesadas picas y volvió a reunirse con Hendel. Intercambiaron una larga mirada. Deberían ser rápidos. Si la puerta del sótano se cerraba y era asegurada desde dentro, habrían perdido la oportunidad de llegar a Stenmin y al pasadizo. En cualquier caso, eran sólo dos. ¿Cuántos enemigos aguardarían abajo?

No se detuvieron a pensar en eso. En una embestida rápida, salieron de su escondite y siguieron por el pasillo. Los tres guardianes apenas tuvieron tiempo de mirar a su alrededor cuando los atacantes estuvieron encima de ellos. Menion arrojó su lanza al hombre más cercano a la puerta y un instante más tarde caía sobre el segundo. El último hombre se desplomó sin hacer ruido bajo la pesada maza de Hendel. La tarea estuvo concluida casi antes de haber sido empezada, y los dos luchadores atravesaron la entrada del sótano, cargando hacia abajo sobre los gastados peldaños de piedra para hacer frente a la más implacable batalla de sus vidas.

La antigua bodega estaba iluminada por la luz de las antorchas. Los pequeños fuegos parecían arder en todos los muros, atravesando la neblinosa oscuridad como la luz brumosa del sol al amanecer. En el centro de la enorme habitación, la gran trampilla de piedra que conducía a las olvidadas mazmorras estaba abierta, y de la oscuridad del foso surgían ruidos distantes producidos por algo de metal al golpear sobre la piedra. La bodega estaba llena de hombres armados, que fueron hacia los intrusos desde todas las direcciones.

Hendel y Menion afrontaron el asalto con un contraataque feroz que los situó en el centro de sus enemigos. El montañés había arrebatado una espada de uno de los guardianes

caídos a la entrada. Espalda contra espalda, Hendel y él empezaron a asestar sablazos a quienes los rodeaban. De reojo, divisó la figura vestida de rojo que salía del oscuro pozo de las celdas; al ver al odiado Stenmin, el príncipe de Leah sintió crecer en su interior una rabia salvaje. Con renovada furia, cargó contra los guardianes enemigos, intentando abrirse paso con la espada para llegar hasta el hombre que los había traicionado. Una expresión inconfundible de terror cruzó las facciones enjutas del místico mientras huía de la terrible batalla.

Espalda contra espalda, el enano y el montañés continuaron luchando como si se hubieran vuelto locos. Por todas partes yacían hombres muertos o heridos. Ambos fueron alcanzados en una docena de sitios, pero ninguno sentía el dolor. Menion resbaló dos veces y cayó sobre el suelo ensangrentado, y en cada ocasión Hendel mantuvo alejados a los enemigos mientras el montañés volvía a levantarse. Sólo quedaban cinco hombres en pie, aparte de ellos, pero Hendel y Menion Leah estaban casi agotados. Ahora peleaban como artefactos mecánicos; sus cuerpos estaban empapados en sangre y sudor, sus miembros pesados y sin fuerzas. Al igual que si hubiera recuperado el control de sí mismo de repente, el aterrorizado Stenmin se precipitó hacia la trampilla y empezó a gritar pidiendo ayuda. El príncipe de Leah reaccionó al momento. Con un último acopio de fuerzas, acometió contra dos de sus atacantes dejándolos sin sentido sobre el suelo. Un tercero se lanzó para detenerlo, pero el montañés clavó en él su espada hasta la empuñadura y la dejó allí. Cogió una lanza caída, se abalanzó sobre el rastrero místico y lo dejó aturdido de un golpe con su gran arma. Cuando el escuálido cuerpo se derrumbó sobre el suelo de piedra, Menion Leah cogió por los bordes la pesada trampilla e intentó levantarla con el último resto de sus fuerzas.

Parecía como si la piedra estuviese encadenada y fija sobre el suelo de la bodega. No se movió. Desde lejos, los sonidos del metal sobre la piedra cesaron, sustituidos ahora por el retumbo de pisadas de botas en una carrera hacia la trampilla. Sólo quedaban segundos. Cobrando ánimos, el hombre herido volcó todo su peso para levantar la enorme losa de piedra, y esta vez lo logró. Gimiendo por la terrible tensión, el montañés se enderezó con el enorme peso hasta que lo dejó caer con gran estrépito tapando el orificio. Con sus manos entumecidas y sudorosas, pasó la cadena por las anillas y la aseguró con una barra de hierro. El pasadizo estaba cerrado. Si el ejército de la Tierra del Norte pretendía entrar por allí, tendría que abrirse paso a través de la piedra y el hierro.

-Menion.

El sonido de su nombre interrumpió el silencio repentino. El montañés había caído de rodillas, pero tanteando con una mano encontró una espada y alzó su rostro abatido. Sobre el suelo había un montón de guardianes, sus cuerpos retorcidos yacían sin vida o con los últimos estertores de la muerte, y los ojos del Menion descubrieron a su amigo al otro lado. El enano estaba apoyado de espaldas contra la pared cercana, al fondo de la escalera del sótano, la gran maza agarrada fuertemente en una mano. Había cuerpos muertos por todas partes. Los habían matado a todos. Nadie escapó, sus ojos duros se cruzaron con los de Menion durante un instante, y fue como si estuvieran iniciando su amistad otra vez en las tierras bajas del otro lado de los Robles Negros. Él era el viejo Hendel: taciturno, sombrío, siempre ingenioso. Entonces la poderosa maza resbaló de sus manos y sus ojos se cerraron; con un largo suspiro, su fuerte cuerpo se derrumbó lentamente hacia la muerte, que al fin lo reclamaba.

¡Hendel! El nombre atravesó la mente aturdida e incrédula de Menion mientras intentaba ponerse de pie con torpeza y mantenerse erguido, tambaleándose entre las sombras fluctuantes. Las lágrimas brotaron de sus ojos enrojecidos y descendieron en riachuelos por su rostro. Con pasos lentos, caminó entre los cuerpos de los enemigos

muertos, jadeando ahora con una furia e impotencia irrefrenables. Fue sólo ligeramente consciente de que Stenmin recobraba la conciencia en algún lugar detrás de él. Llegó al lado del enano y se arrodilló, abrazando el cuerpo laxo contra el suyo. ¿Cuántas veces Hendel le había salvado la vida? ¿Cuántas veces los salvó a todos, sólo para...? No pudo terminar el pensamiento. Sólo podía llorar. Todo pareció fragmentarse en su interior de repente.

Stenmin se incorporó con lentitud y miró a su alrededor viendo los cuerpos sin vida. Todos sus hombres muertos, la trampilla cerrada y encadenada, y... el terror le inundó. Uno de los intrusos estaba aún vivo; ¡el hombre de las tierras altas! Odiaba a aquel hombre, lo odiaba tanto que durante unos instantes consideró la posibilidad de matarlo, pero el miedo volvió aún con más fuerza que antes y sólo le dejó la posibilidad de escapar. ¡Escapar mientras pudiera hacerlo vivo! Había sólo una salida; subir las escaleras pasando junto al hombre arrodillado y atravesar la puerta del sótano. Ya estaba de pie, moviéndose con sigilo a través de la carnicería, medio caminando medio escurriéndose hacia las escaleras vacías.

El montañés estaba de espaldas a él, aún sosteniendo el cuerpo del enano. La frente de Stenmin se llenó de sudor y sus labios delgados se crisparon amenazadoramente; sin embargo, el terror le empujó a seguir moviéndose. Sólo unos cuantos pasos más y estaría libre otra vez. La ciudad estaba sitiada; todos ellos morirían, todos sus enemigos. Pero él continuaría viviendo. Tuvo que reprimir el impulso repentino de reírse audiblemente. Una mano tocó la piedra de la antigua escalera, un pie la siguió; el montañés se encontraba a poca distancia de él, aún absorto, la puerta del sótano estaba entreabierta y sin vigilancia. ¡La libertad! Sólo unos pasos...

Entonces Menion se volvió. Un aullido de espanto se escapó de los labios del místico cuando vio la terrible mirada en el rostro del príncipe de Leah. Stenmin se lanzó con desesperación hacia la puerta, tropezando a ciegas con su larga túnica roja.

Estaba a mitad de la escalera cuando Menion lo atrapó.

En las murallas de Tyrsis ocurría lo imposible. Después de descender de los parapetos de la Muralla Exterior, Balinor se dirigió hacia las enormes puertas de la ciudad. Los guardianes de la Legión plantados ante los grandes portales de hierro fueron alertados. Todo parecía funcionar como debía. Los cerrojos interiores, controlados mecánicamente desde la garita de la torre, estaban perfectamente asegurados. La pesada barra de hierro que servía de protección adicional estaba bien sujeta en sus soportes atravesando las grandes puertas. Balinor contemplaba fijamente la muralla con una duda insistente. Algo iba a ocurrir, podía sentirlo. Las puertas eran la llave de la ciudad, el único punto débil en la impenetrable pared de piedra que rodeaba Tyrsis. Torres de asedio, garfios de anclaje, escaleras de cuerda; todos estos intentos eran inútiles para abrir una brecha en la gran muralla, y el Señor de los Brujos tenía que saberlo. Las puertas eran la llave.

Sus ojos se desplazaron hacia arriba, hacia la garita de la torre, un recinto sin ventanas que albergaba el mecanismo controlador de los cerrojos interiores. Dos soldados de la Legión se encontraban apostados en la puerta. Un escuadrón escogido de hombres se encargaba de proteger aquel mecanismo crucial, hombres seleccionados por Balinor y dirigidos por el capitán Sheelon. A ambos lados del pequeño refugio, los hombres de la Legión Fronteriza defendían las almenas. Parecía imposible que los guerreros de la Tierra del Norte pretendiesen asaltar la garita. Sin embargo...

El alto fronterizo ya había llegado al pie de la estrecha escalera que conducía a la garita y empezaba a escalar los peldaños gastados. Unos gritos repentinos procedentes de

la muralla distrajeron su atención por un momento, y se detuvo mientras el aire se llenaba con el zumbido de las cuerdas de miles de arcos y una lluvia de flechas caía sobre las defensas de la Muralla Exterior. Apresuradamente Balinor llegó a las almenas. Con cuidado, miró hacia abajo junto a la pared del promontorio. La tierra estaba cubierta de cuerpos y escombros y salpicada aquí y allá de pequeñas fogatas del aceite que ardía humeando. Los soldados norteños habían renunciado a cualquier asalto directo, al menos de momento. En lugar de eso, formaciones de arqueros dispuestos en cinco hileras barrían a los defensores de los baluartes con un ataque concentrado.

La razón de esta nueva táctica se hizo obvia. En el borde del promontorio un destacamento de rock trolls provistos de armaduras, empujaban un pesado ariete móvil, recubierto por arriba y por los lados con una chapa de hierro. Mientras la Legión Fronteriza estuviese inmovilizada por la avalancha continua de flechas, los gigantes trolls llevarían el gran ariete ante las puertas de la ciudad y las forzarían.

El plan parecía disparatado e irrealizable a primera vista. Sin embargo, si la garita caía en manos del enemigo, podrían soltar los cerrojos interiores y sólo sostendría la puerta la larga barra de hierro que la atravesaba. Ésta sola no sería suficiente para resistir contra el enorme ariete. Balinor corrió hacia la pequeña garita. Los guardianes se cuadraron en silencio. Él sólo les dirigió una ojeada mientras buscaba nerviosamente la manilla de la puerta. Sheelon no estaba a la vista. La puerta se abrió hacia dentro y él pasó al cuartito, dándose cuenta en ese momento de que no había visto a ninguno de los centinelas que debían estar allí.

El gigante fronterizo reaccionó por instinto al esquivar la silenciosa embestida de un guardián desde atrás, agarrando la lanza que rozó su espalda y arrebatándosela al potencial asesino. De espalda contra la pared, el rey tuvo sólo un momento para examinar la habitación débilmente iluminada. Los cuerpos de Sheelon y sus hombres yacían a un lado, muertos. Sus cadáveres carecían de armaduras y ropas. De entre las sombras de la parte posterior del recinto, un grupo de atacantes se abalanzó sobre el fronterizo con las dagas en alto para matarlo. Balinor arrojó transversalmente la lanza hacia ellos y huyó hacia la puerta. Pero un centinela que se había quedado fuera, lo vio y empujó la puerta desde afuera para cerrarla. El rey atrapado no tenía tiempo de forzar la salida. Apenas le alcanzó para sacar el gran espadón antes que sus agresores cayeran sobre él. Lo derribaron con violencia sobre el suelo, las dagas chocando y rebotando contra la cota de malla que tantas veces le había salvado la vida. Con un fuerte impulso, Balinor se liberó y volvió a levantarse. En la tenue luz del cuarto cerrado, sus atacantes eran sólo sombras, pero sus ojos estaban adaptándose a la oscuridad, y los iba distinguiendo a medida que se acercaban. Dos de las formas oscuras gritaron y cayeron sin vida cuando la gran hoja los atravesó, pero sus compañeros ya se habían abierto paso entre los bandazos de la espada y encerraban al rey.

Por segunda vez Balinor fue derribado, pero de nuevo forcejeó hasta liberarse y la pelea continuó. El ruido de la batalla exterior ahogaba totalmente los sonidos de la pelea en el interior del recinto de piedra. El fronterizo sabía que a menos que lograse abrir la puerta, nadie llegaría en su ayuda. Apoyó la espalda contra la pared una vez más y movió la espada con un brusco bandazo barriendo a los asaltantes. Tres murieron y varios estaban heridos, pero los que quedaban estaban logrando terminar con su resistencia gracias a sus repetidas embestidas. Tenía que escapar lo antes posible. En aquel momento, un chirrido de palancas y engranajes llenó la garita, y comprendió con horror que alguien estaba soltando los cerrojos internos de las puertas frontales. En una carga salvaje, intentó abrirse paso hacia el mecanismo de control, pero los atacantes se interpusieron en su camino, y se vio obligado a hacer un movimiento circular alejándose de su objetivo. Poco más tarde se

produjo el chirrido agudo del metal contra metal, seguido por una serie de martilleos. ¡Estaban forzando las palancas! Despreocupándose por completo de su seguridad, el enfurecido Balinor se arrojó sobre los enemigos que quedaban.

Entonces la puerta de la garita se abrió con violencia y la mayoría de los centinelas traidores se abalanzaron hacia allí. Una luz grisácea inundó la habitación y la delgada figura de Durin apareció junto a su amigo. En tétrico silencio, blandieron sus espadas contra los enemigos, obligándolos a alejarse de la maquinaria, a alejarse de la puerta por donde podían escapar, acorralándolos en un rincón. Allí, trabados en una lucha cuerpo a cuerpo, acabaron con todos. Sin mirar a los muertos, el rey se lanzó hacia el mecanismo de cierre dañado, con el rostro contraído por la furia mientras examinaba las palancas y engranajes retorcidos. Ante aquello, cargó su peso sobre la palanca principal, pero ésta no se movió. Durin se puso pálido al comprender qué ocurría.

-¡No tenemos tiempo! -exclamó Balinor, presionando con violencia las palancas forzadas.

Un gran estruendo resonó en el recinto de piedra, vibrando a través de las paredes, y haciendo temblar a los dos humanos.

-¡Las puertas! -gritó Durin consternado.

Un segundo estrépito estremeció la garita, y luego un tercero. Fuera, en las defensas exteriores se oyeron unas pisadas corriendo y un momento después apareció ante ellos el rostro oscuro de Messaline. Empezó a hablar, pero Balinor estaba ya dando órdenes y dirigiéndose hacia las almenas.

-Que limpien esta habitación y que nuestros mecánicos intenten liberar esos engranajes. ¡Los cerrojos de las puertas han sido forzados y retorcidos! -Messaline pareció recibir un golpe mortal-. Reforzad las puertas con tablones de madera y que nuestro mejor regimiento se disponga en formación de falange a cincuenta pasos y hacia ambos lados. Los enemigos no pueden pasar. Poned dos líneas de arqueros sobre la Muralla Interior para contener la entrada. Las reservas y los comandos de guarnición defenderán la Muralla Interior. La mantendremos mientras podamos. Si cae, la Legión se retirará a la segunda defensa y resistirá. Si perdemos ésa, nos reagruparemos en el puente de Sendic. Ésta será la última línea de defensa. ¿Algo más?

Rápidamente Durin explicó dónde había ido Hendel. Balinor sacudió la cabeza débilmente.

-Nos han traicionado una y otra vez. Hendel tendrá que arreglárselas sin nuestra ayuda por el momento. Si el palacio cae y se abren paso desde atrás, estamos perdidos. Messaline, tú mantendrás el flanco derecho de la falange, Ginnisson tomará el izquierdo, y yo el del centro. ¡El enemigo no debe pasar! Rezad para que Eventine llegue a tiempo antes que nos fallen las fuerzas.

Messaline desapareció corriendo. Las estrepitosas embestidas del enorme ariete continuaban sacudiendo la gran muralla mientras Balinor y Durin se miraban frente a frente en la pequeña sala. La luz del día empezaba a declinar mientras la sombra del Señor de los Brujos seguía avanzando hacia la ciudad sitiada. El gigante fronterizo se acercó con lentitud a la salida y estrechó la mano de su amigo elfo.

-Adiós, amigo. Éste es el fin para nosotros. El tiempo se ha acabado -le dijo.

-Eventine no deseaba fallarnos... -empezó el elfo en tono de disculpa.

-Lo sé, lo sé -replicó Balinor-. Tampoco Allanon. No ha encontrado la Espada ni al heredero de Shannara. Su tiempo también se ha acabado. -Se produjo un breve silencio entre ellos, punteado por los gritos de los hombres sobre las murallas y los choques del ariete contra las puertas de Tyrsis. Balinor secó la sangre que brotaba de un corte sobre su

ojo-. Busca a tu hermano, Durin. Pero antes de abandonar la Muralla Exterior, encargaos de que viertan todo el aceite que quede sobre ese ariete y lo incendien. Si no logramos detenerlos, al menos los calentaremos.

Sonrió con tristeza y se deslizó fuera de la garita. Durin se quedó contemplándolo con expresión absorta, preguntándose qué perverso destino los habría conducido hasta aquel injusto final. Balinor era el hombre más extraordinario que el elfo había conocido. Sin embargo, lo había perdido todo; su familia, su ciudad, su casa, y ahora también le iban a arrebatar la vida. ¿Qué clase de mundo permitía una injusticia tal, donde los seres humanos buenos eran desprovistos de todo y las criaturas desalmadas sobrevivían para enorgullecerse de sus muertes? Durante un momento estuvo seguro de que no fracasarían, de que lograrían destruir de algún modo al abominable Señor de los Brujos y salvar las cuatro tierras. Pero ese sueño había terminado.

Durin levantó la vista aturdido mientras varios robustos mecánicos de la Legión entraban en la garita para empezar su trabajo desesperanzado con el mecanismo de los cerrojos. El elfo salió hacia las defensas. Era el momento de buscar a Dayel.

La lucha por defender la Muralla Exterior fue terriblemente cruel. A pesar del ataque devastador concentrado en los hombres de la Legión Fronteriza por las líneas de arqueros gnomos debajo del promontorio, los valientes defensores lograron cortar el paso a los trolls que manejaban el gran ariete antes de que derribasen las puertas. Los restantes calderos de aceite fueron trasladados hasta la fortificación justo encima del espolón y vertidos sobre la máquina enemiga y sus portadores. Siguieron antorchas encendidas e instantáneamente toda la zona quedó consumida por una masa de llamas y humo negro. El metal se fundió y los trolls ardieron vivos en pocos minutos con sus armaduras convertidas en un horno del que no pudieron escapar. Pero nuevos soldados enemigos cubrieron rápidamente la brecha y el poderoso espolón continuó embistiendo las puertas de la ciudad con golpes retumbantes y estruendosos, que primero doblaron y después rajaron la barra atravesada y las tablas que aguantaban los altos portones.

El cielo gris se volvió negro a causa del humo que se elevaba de las ardientes praderas ocultando las murallas de la ciudad y a sus defensores en una neblina densa y lóbrega. El olor a carne quemada irritó la nariz y los pulmones de los soldados de la Legión mientras los cuerpos chamuscados de los atacantes trolls se amontonaban ante la Muralla Exterior. Los dos oponentes se esforzaban con desesperación en aniquilar la fuerza del otro, pero el estancamiento se mantenía. Durante un rato, pareció que el día podía terminar sin ningún cambio más en la situación de los dos ejércitos.

Pero al final la gran barra de seguridad se partió en dos, los maderos se combaron y se astillaron, y el gigantesco ariete se abrió camino por las puertas de Tyrsis. En una embestida, los primeros soldados de la Tierra del Norte se precipitaron al patio del interior y fueron abatidos al instante por los arqueros de la Legión situados sobre la Muralla Interior. Dispuesta en forma de cuña abierta hacia las puertas de la Muralla Exterior, la falange de la Legión con sus lanzas sobresaliendo entre los escudos, resistió la embestida del enemigo. El ariete siguió empujando y las puertas se abrieron aún más, y entonces las primeras filas de la fuerza invasora de la Tierra del Norte penetraron por la abertura y arremetieron contra las lanzas de la Legión Fronteriza. Las defensas de la Legión vacilaron un poco, pero resistieron, expulsando hacia atrás a los atacantes, siendo abatidos por los arqueros situados a ambos lados y detrás de ellos. En segundos, el patio estuvo cubierto de muertos y heridos de la Tierra del Norte, y la brecha abierta en las puertas momentáneamente contenida, de modo que la gran fuerza invasora no podía avanzar.

Durin se hallaba situado cerca de la garita sobre la Muralla Exterior, y desde allí observó como el asalto era repelido por la falange de la Legión. Descubrió que su hermano

se había marchado al palacio con Janus Senpre, y decidió quedarse con Balinor mientras le fuera posible. El enemigo intentaba ahora recobrar su iniciativa; sobre las praderas, los maturenos dirigían a los comandos de rock trolls hacia la brecha de las puertas de la ciudad sitiada. El ejército norteño apelaba al eje de sus fuerzas decidido a aniquilar para siempre a los hombres de la Tierra del Sur. La Muralla Exterior estaba sometida a un nuevo ataque desde todos los ángulos, mientras hordas de gnomos y trolls avanzaban con escaleras, cuerdas y garfios de anclaje. Las filas debilitadas de los defensores de la Legión que seguían en las almenas, luchaban desesperadamente para evitar una penetración, pero sus hombres iban muriendo mientras que el número de componentes del ejército de la Tierra del Norte parecía ilimitado. La batalla se estaba convirtiendo en una guerra de resistencia que los hombres de Tyrsis no podían esperar ganar.

Entonces, en el cielo oscuro sobre la ciudad asediada, dos figuras aladas se elevaron cerniéndose amenazadoramente, y Durin sintió que su sangre se helaba. ¡Portadores de la Calavera! ¿Estaban tan seguros de su victoria que se atrevían a mostrarse a la luz del día? El elfo sintió que su corazón se encogía. Había hecho todo lo que pudo allí; era momento de reunirse con su hermano. Fuera cual fuese el destino que les aguardaba, al menos lo afrontarían juntos.

Se giró con ligereza y salió corriendo agachado junto a la muralla hasta llegar justo detrás del flanco izquierdo de la falange de la Legión. Un camino empedrado y empinado descendía hacia los barracones situados entre las murallas de la ciudad, a unos cuantos cientos de metros de las últimas líneas de la Legión. Un rugido ensordecedor brotó de entre los hombres enzarzados en la batalla sobre las murallas. Cuando Durin llegó al pie de la pendiente, vio las figuras altas y con armaduras de los trolls que entraban por las puertas de la Muralla Exterior. Se detuvo involuntariamente, sintiendo que los próximos minutos podían ser cruciales para la Legión Fronteriza.

La falange apretó su formación y esperó el asalto mientras los enormes trolls avanzaban sus filas y se desplazaban con lentitud hacia el centro de la línea defensiva donde se encontraba Balinor. Tres metros separaban a los combatientes cuando, para sorpresa de todos, el regimiento de trolls giró de pronto hacia la izquierda y cargó contra el flanco de la Legión. Se produjo un ruido crujiente cuando las dos fuerzas se juntaron y un terrible choque de metales al tropezar las lanzas contra las mazas y los escudos contra las armaduras. Durante un momento, la falange de la Legión se mantuvo firme y los primeros trolls fueron derribados y muertos. Pero la fuerza y el peso superiores de los guerreros de la Tierra del Norte presionó de nuevo contra los hombres de la Legión Fronteriza hasta que, por último, el extremo derecho de la falange empezó a desmoronarse.

La dominante figura de Ginnisson avanzó hacia este hueco, su pelo rojo aleteaba mientras intentaba mantener la formación. Los trolls fueron expulsados paso a paso, mientras Balinor se acercaba por la derecha y Messaline desde atrás. Fue el combate más feroz que Durin había presenciado en aquel terrible conflicto, y contempló con horror como los grandes rock trolls contenían a los hombres de la Legión Fronteriza y volvían a presionar. Un instante después, forzaron la brecha de la falange y Ginnisson desapareció al ser arrollado por una embestida de los enormes atacantes, que siguió corriendo hacia los barracones y la Muralla Interior.

Durin se encontraba justamente en el camino de éstos. Hubiera tenido tiempo de llegar hasta la protección de las murallas, pero el elfo estaba ya apoyado sobre una rodilla, con el arco preparado y tenso. El primer troll cayó a cincuenta pasos, el segundo diez más cerca, el tercero a veinticinco. Los soldados de la Legión situados en la muralla se lanzaron al ataque, y los arqueros de las menores alturas de la Muralla Interior intentaron con desesperación detener la invasión. Todo fue confuso para el elfo cuando los trolls y los

legionarios se acercaron en avalancha hacia él, enzarzándose en un combate cuerpo a cuerpo. Todavía seguían yendo hacia él más gigantes norteños, y Durin disparó la última flecha contra ellos.

Arrojó el arco y, por primera vez, pensó en escapar. Pero ya no quedaba tiempo, y sólo pudo coger una espada tirada antes que la masa de guerreros estuviese encima de él. Se esforzó salvajemente por mantener el equilibrio al ser obligado a retroceder hacia la pared de los barracones. Un gigante rock troll apareció justo delante, una masa negra de piel leñosa vestida con armadura, y el elfo se echó con desesperación hacia un lado mientras la enorme maza se balanceaba hacia él. Sintió un dolor intenso en su hombro izquierdo, seguido de un extraño aturdimiento. Intentó permanecer consciente, mientras el dolor volvía con una fuerza que hizo temblar a su débil cuerpo. Pero ya caía. Su rostro estaba apoyado contra la tierra y su respiración se había reducido a pequeños jadeos. Una terrible pesadez se apoderó de él y sintió que la marea de la batalla se alejaba de él. Intentó ver, pero el esfuerzo era demasiado grande, y lentamente se deslizó en la inconsciencia, a través de la cual el dolor aún parecía penetrar en fuertes estallidos.

Menion Leah inclinó su cara ensangrentada sobre el cuerpo de Hendel y levantó la figura inerte en sus brazos. Con pasos mecánicos y calculados, se abrió camino entre los cuerpos de los enemigos hasta la escalera y ascendió con lentitud hacia la puerta abierta, subiendo cada peldaño cuidadosamente, pero sin mirar hacia el bulto sin cabeza enredado en un montón de ropas rojas que se desparramaban sobre la antigua escalera. Aturdido, el montañés atravesó la puerta del sótano y avanzó por el pasillo vacío del palacio, sosteniendo cerca de él el cuerpo sin vida del enano. Caminaba sin ningún objetivo. En sus ojos había una mirada vaga, en su cara una expresión de una angustia silenciosa que clamaba el alivio del dolor. Llegó hasta el vestíbulo y allí se detuvo al oír el sonido de unos pies que corrían, que resonaban sordamente desde el pasillo del lado este. Depositó con suavidad su carga sobre el suelo pulido y esperó hasta que la joven delgada, de cabellos rojizos se detuvo ante él, con el rostro lleno de lágrimas.

-Oh, Menion -susurró débilmente-. ¿Qué han hecho?

Los ojos de él destellaron y su boca se movió sin emitir ningún sonido, como buscando palabras que no tenía. Inmediatamente Shirl se acercó y pasó su fino brazo alrededor de su cuello y su rostro junto al de él. Un momento después, sintió los brazos fuertes que le rodeaban y la terrible angustia contenida en él estalló sin ruido y se desbordó sobre ella hasta desaparecer entre el silencio y el calor de la joven.

Sobre los bastiones de la Muralla Interior, Balinor concluyó la revista final de las defensas de la Legión y se detuvo presa del cansancio sobre las puertas obstruidas con barricadas. Los habitantes de la Tierra del Norte estaban ya agrupándose para una última embestida. Unos momentos antes, la impenetrable Muralla Exterior había caído y los valerosos soldados de la Legión Fronteriza fueron obligados a retroceder a la segunda línea de defensa. Balinor contempló sombríamente desde la altísima muralla a los enemigos que se congregaban, y apretó con fuerza la empuñadura de su espadón hasta que sus nudillos se volvieron blancos bajo la cota de malla. Su capa y su túnica estaban desgarradas tras el terrible combate por tapar la brecha en las puertas de la Muralla Exterior contra el asalto de los trolls. Balinor mantuvo firme el centro de la falange, pero las alas se habían derrumbado. Ginnisson fue asesinado y Messaline gravemente herido, y cientos de hombres de la Tierra del Sur murieron defendiendo la Muralla Exterior hasta que toda esperanza se desvaneció. Hasta Durin había desaparecido en la lucha. Ahora el rey de Callahorn se encontraba solo.

Hizo un gesto brusco hacia un hombre que sostenía unos tablones para asegurar las puertas de abajo. Su cota de malla destelló bajo la luz grisácea, mostrando los lugares donde una docena de golpes habían desgarrado el metal protector. Durante un momento, se permitió entregarse por completo a la desesperación. Le habían fallado; todos le habían fallado. Eventine y el ejército de los elfos. Allanon. Toda la Tierra del Sur. Tyrsis estaba a punto de ser aniquilada y con ella el país de Callahorn, y nadie había ido aún en su ayuda. La Legión había luchado sola para salvarlos a todos; la última defensa de la Tierra del Sur. ¿Para qué había servido? Pronto se contuvo, apartando las dudas y el abatimiento. No había tiempo de compadecerse. Había demasiadas vidas que salvar, y él era el único que podía hacerlo.

El ejército de la Tierra del Norte estaba organizando sus líneas a lo largo de la base de la Muralla Exterior. Las escaleras, cuerdas y garfios de hierro, preparados ya para el asalto. Grupos dispersos de rock trolls habían escalado ya la Muralla Interior durante la batalla e irrumpido en la ciudad. Durante un momento, Balinor se preguntó qué habría sido de Hendel y de Menion Leah. Teóricamente estaban protegiendo el palacio y evitando un asalto desde atrás; de no ser así, la ciudad ya habría caído. Ahora tendrían que resistir en el caso de que los grupos aislados enemigos se dirigieran hacia el palacio.

Sus ojos estaban irritados por las partículas que se elevaban con las nubes formadas por el humo del aceite, y tuvo que frotárselos hasta que las lágrimas brotaron. Todo parecía enmascarado por una bruma densa y gris cuando miró hacia las fortificaciones de las murallas. La Legión había sido colocada en una posición defensiva imposible contra un enemigo tan enorme que las pérdidas de cientos en sus filas le resultaban insignificantes. Pensó en las palabras de Hendel tras la muerte de su padre y de su hermano. El último Buckhannah. El nombre moriría con él, moriría al igual que moriría Tyrsis y su pueblo. El conocido rugido se elevó en ecos atronadores desde las gargantas de los guerreros norteños, que cargaron sin piedad contra las defensas amuralladas de la Legión. La larga cicatriz sobre la mejilla del fronterizo se convirtió en una sombra púrpura cuando alzó amenazadoramente su sable.

Casi en el mismo momento, los primeros grupos dispersos de la fuerza de avance de trolls llegaron al pie del puente de Sendic y se detuvieron vacilantes. Una línea de decididos soldados de la Legión se extendía a lo ancho en el centro del arco de piedra, impidiendo el acceso al hogar de los Buckhannah. Janus Senpre estaba al frente, flanqueado en un lado por Menion Leah, que se erguía a pesar de su cuerpo maltrecho, sosteniendo firme con ambas manos la espada de Leah, y en el otro por Dayel, con su joven rostro demacrado pero resuelto. Detrás de los rock trolls el aire estaba lleno del humo de nuevos fuegos que se elevaba desde los edificios de la ciudad. En la Muralla Interior se oyeron gritos atemorizados imponiéndose al clamor de la batalla. A lo lejos, se veían unas figuras que se escabullían con rapidez por la desierta Vía Tyrsiana hacia la relativa seguridad de sus casas. En silencio, las fuerzas se enfrentaron, el número de trolls iba creciendo rápidamente por la aparición de otros para engrosar sus filas. Éstos estudiaron a los sureños con la mirada experta y vaga de los soldados profesionales, seguros al saber que pertenecían a la fuerza combativa mejor entrenada del mundo. Los defensores del puente no llegaban a cincuenta.

El cielo de la tarde se había vuelto negro, y una misteriosa tranquilidad se cernía sobre los dos ejércitos. Desde algún lugar de la ciudad en llamas, Menion percibió el llanto claro y débil de un niño pequeño. Varios pasos a su izquierda, Dayel sintió que el viento frío del norte amainaba hasta convertirse en un suave susurro. Ante ellos, los trolls gigantes se colocaron en formación, sosteniendo grandes mazas; luego, como si todos

fueran uno, avanzaron pesadamente. En el centro, la última línea de defensa de la ciudad aguardaban la embestida de los guerreros de la Tierra del Norte.

Sobre la loma situada al oeste de la ciudad, Flick Ohmsford y el pequeño grupo de jinetes elfos observaban con impotencia la destrucción de Tyrsis. Flanqueado por Eventine y Jon Lin Sandor, el valense sintió que el último vestigio de esperanza se desvanecía mientras las hordas del inmenso ejército de la Tierra del Norte cruzaban las puertas de la Muralla Exterior. Nubes de humo negro se alzaban desde el interior de Tyrsis, y los últimos restos de la orgullosa Legión Fronteriza fueron expulsados de sus murallas. Las defensas de la ciudad habían sido franqueadas. Contempló con horror las figuras grotescas de los Portadores de la Calavera volando a la vista de todos sobre el enemigo que avanzaba, sus alas negras extendidas bajo el oscurecido cielo del mediodía. Los peores temores de Allanon se habían confirmado. El Señor de los Brujos estaba victorioso.

Entonces un grito agudo salió de un jinete a su izquierda y el rostro de Eventine surgió ante su vista cuando éste espoleó a su montura, apartando al valense en la embestida. Al otro lado de la enorme extensión de la llanura, varios kilómetros hacia el oeste, una línea oscura se agrandaba en la penumbra del horizonte. Un retumbo sordo de cascos se elevó desde la distancia para mezclarse con el clamor y la furia de la batalla.

La línea oscura aumentó rápidamente hasta convertirse en un frente de jinetes con miles de banderas y lanzas agitándose. El gemido retumbante, claro y estridente de un cuerno de guerra anunció su llegada. Los vítores se elevaron en el pequeño grupo de elfos cuando el enorme destacamento de jinetes empezó a cubrir las llanuras, barriéndolas a toda velocidad hacia Tyrsis.

Advirtiendo su avance, la retaguardia del ejército norteño ya había cerrado sus filas y se disponía a recibir la marea que se aproximaba. Era el ejército de los elfos que al fin llegaba para apoyar a los defensores de Tyrsis, a las naciones asediadas, a toda la humanidad que había luchado tan duramente para sobrevivir a través de los siglos. ¡Quizá demasiado tarde!

XXXIII

Con un movimiento suave y silencioso Shea extrajo la antigua hoja de su funda gastada. El metal destelló bajo la débil luz de las antorchas con un reflejo azul oscuro. La superficie de hierro estaba impecable, como si la Espada legendaria nunca hubiera sido usada en una batalla. Era inesperadamente ligera, una hoja delgada y equilibrada de excepcional factura, la empuñadura cuidadosamente labrada con el blasón familiar de la mano alzada sosteniendo la antorcha encendida. Shea sostuvo el arma con cuidado mirando inmediatamente hacia Panamon y Keltset, buscando su seguridad, temeroso de repente por lo que iba a ocurrir. Sus compañeros, con caras lúgubres, seguían sin moverse, inexpresivos e impasibles. Agarró con fuerza la Espada con ambas manos, elevando la hoja hasta apuntar directamente hacia arriba. Sus palmas sudaban copiosamente, y sintió que su cuerpo se enfriaba en la oscuridad de la celda. Hubo una ligera agitación en un lado, y de los labios de Orl Fane salió un débil gemido. Pasaron unos momentos y Shea empezó a darse cuenta de la creciente impresión producida en su palma por la presión del blasón de la empuñadura. Todavía no ocurría nada.

...En la penumbra gris de la sala vacía, situada en la cima de la Montaña de la Calavera, las aguas oscuras de la vasija de piedra estaban tranquilas y lisas. El poder del Señor de los Brujos yacía durmiente...

Bruscamente la Espada de Shannara se volvió más caliente en las manos de Shea, y una extraña y palpitante ola de calor pasó del hierro a las palmas del atónito valense y después desapareció. Sobresaltado, dio un paso rápido hacia atrás y bajó la hoja un poco. Un instante después, el calor repentino fue sustituido por una aguda sensación de hormigueo que surgió del arma y se transmitió a su cuerpo. Aunque no sintió ningún dolor, la repentina sensación le produjo un escalofrío, y notó que sus músculos se endurecían. Instintivamente trató de soltar el talismán, pero descubrió con sorpresa que no podía hacerlo. Algo en su interior se lo impedía, y sus manos se apretaban con fuerza alrededor de la empuñadura.

Esta sensación de hormigueo lo atravesó pero no duró, y ahora era consciente de un nuevo flujo de energía que atraía su fuerza vital, llevándola hacia el metal frío de la Espada, hasta que el arma formó parte de él. La pintura dorada que cubría el mango labrado empezó a desprenderse en las manos del muchacho y la empuñadura se convirtió en plata pulida, envuelta en reflejos rojizos de luz que parecían arder rodeando el metal brillante como algo vivo. Shea sintió las primeras sacudidas de algo que empezaba a despertarse, algo que estaba en él y que era distinto de todo lo que conocía de sí mismo. Aquello le atraía, de forma sutil pero firme, haciéndole profundizar en su interior.

A varios pasos de él, Panamon Creel y Keltset observaban con preocupación creciente cómo el pequeño valense parecía entrar en trance. Sus párpados se cerraban pesadamente, su respiración se aceleraba, su cuerpo parecía petrificado a la débil luz de la celda. Sostenía con ambas manos la Espada de Shannara, la hoja apuntando hacia arriba y el puño de plata pulida emitiendo destellos. Durante un momento, Panamon Creel consideró si era indicado zarandear al valense para despertarlo, pero algo le reprimió. En las sombras, Orl Fane empezó a arrastrarse sobre las piedras lisas hacia la preciosa Espada. Panamon dudó un momento y después lo apartó con la bota.

Shea se sentía atraído hacia las profundidades de su ser, al igual que un corcho succionado por una resaca. Todo a su alrededor empezó a desvanecerse. Los muros, el techo y el suelo de la celda desaparecieron primero, después la figura gimiente y encogida

de Orl Fane; finalmente incluso las sólidas figuras de Panamon y Keltset. La extraña corriente parecía envolverle de forma total, y se dio cuenta de que no podía resistirse a ella. Lentamente fue conducido hasta los accesos más recónditos de su ser, hasta que todo fue negro.

...Un momentáneo temblor rizó la superficie de las aguas tranquilas de la vasija en las profundidades de la cueva situada en la corona de la solitaria cabeza de la muerte. Los seres reptantes que servían al Amo, escaparon aterrorizados de sus escondites en las paredes de piedra. El Señor de los Brujos se despertó alertado...

En la vorágine de emociones y del yo auténtico que comprendía la región más profunda de su ser, el portador de la Espada de Shannara se enfrentó cara a cara consigo mismo. Durante un rato fue un caos de impresiones indefinidas; después la corriente pareció invertirse, conduciéndole en una dirección completamente nueva. Las imágenes e impresiones se asomaban ante él. Impelido de repente ante sus ojos, el mundo en que había nacido y vivido, desde el pasado hasta el presente, se reveló, privado de todas sus ilusiones cuidadosamente alimentadas, y lo que vio fue la realidad de la existencia con toda su crudeza. Ningún sueño dulce coloreó su visión de la vida, ninguna fantasía anhelada cubrió la aspereza de sus opciones, ninguna visión de autoconvencimiento suavizó la rigidez de sus dictámenes. Entre todo esto se vio a sí mismo en el instante insignificante y triste de la vida que representaba.

La mente de Shea pareció explotar dentro de sí, y él se quedó paralizado por lo que vio. Se esforzó con desesperación por agarrarse a la idea que siempre había tenido sobre su persona y que le había mantenido seguro, su bien asida cordura, luchando por protegerse de la vista de su desnudez interior y de la debilidad de lo que era forzado a reconocer como él mismo.

Entonces la fuerza de la corriente pareció disminuir un poco. Shea se obligó a abrir los ojos, evitando durante un momento la visión de su interior. Ante él estaba erguida la Espada, irradiando una cegadora luz blanca que la inundaba desde la hoja hasta la empuñadura. Detrás de ella, pudo ver a Panamon y a Keltset, de pie e inmóviles, con su mirada fija en él. Entonces los ojos del gigante troll se desviaron ligeramente, centrándose en la Espada. Había entendimiento y una extraña urgencia en el gesto, y cuando Shea volvió su mirada a la Espada de Shannara, su luz pareció palpitar. Una especie de impaciencia se esforzaba por transmitirse de la Espada a su cuerpo, pero encontraba algún impedimento.

Durante un segundo, el muchacho intentó luchar contra esta transmisión, luego sus ojos se cerraron de nuevo y volvió la visión interior. Ya estaba superado el primer impacto de la revelación, y ahora hizo un esfuerzo por comprender lo que estaba ocurriendo. Se concentró en las imágenes de Shea Ohmsford, sumergiéndose totalmente en los pensamientos, emociones, criterios y motivaciones que constituían a ese personaje que era a la vez ajeno e íntimo.

Las imágenes se borraban con brusquedad aterradora, y de repente estaba viendo otro aspecto de sí, un aspecto que nunca había sido capaz de reconocer; o quizá que simplemente se negaba a aceptar. Reveló una línea interminable de acontecimientos, todas las caricaturas de los recuerdos en que había creído con tanta convicción. Aquí se encontró con un recuento de cada vez que había herido a otros, cada vez que había sentido envidia, sus prejuicios profundamente enraizados, sus deliberadas verdades a medias, su autocompasión, sus temores; todo eso estaba oscuro y escondido dentro de él. Allí estaba el Shea Ohmsford que huyó de Val, no para salvar y proteger a su familia y amigos, sino por temor a perder su vida, buscando cualquier excusa para ocultar el pánico; el Shea Ohmsford que egoístamente permitió a Flick compartir su pesadilla para que aliviara su

dolor. Allí estaba el muchacho que se burlaba y menospreciaba la moral de Panamon Creel, mientras que al mismo tiempo permitía al ladrón poner en riesgo su vida para salvar la suya. Y allí...

Las imágenes siguieron incesantes. Shea Ohmsford se apartó con horror de lo que estaba viendo. No podía aceptarlo. ¡Nunca lo aceptaría!

Sin embargo, recurriendo a alguna fuente interior de fuerza e inteligencia, su mente se abrió receptivamente a las imágenes, expandiéndose para comprenderlas, persuadiéndose, o quizá forzándose, a admitir la realidad de lo que se le mostraba. No podía negar este otro lado de su carácter como la parte negativa de una persona que siempre había creído ser. Éste era sólo un retazo del auténtico Shea Ohmsford; pero verdaderamente existía aunque le costara aceptarlo.

Pero tuvo que hacerlo. Era la verdad.

...Lleno de rabia frenética, el Señor de los Brujos despertó del todo...

¿Verdad? Shea abrió los ojos de nuevo para contemplar la Espada de Shannara, envuelta en el claro resplandor desde la hoja hasta el mango. Una sensación palpitante y cálida se extendió rápidamente a través de él, sin llevarle ninguna visión, sino sólo una profunda conciencia interior.

Bruscamente se dio cuenta de que conocía el secreto de la Espada. La Espada de Shannara poseía el poder de revelar la verdad, de obligar a quien la empuñaba a reconocer la verdad sobre sí mismo, quizás incluso a revelar la verdad sobre otros que podían tener alguna relación con él. Dudó de su análisis, tratando desesperadamente de continuar con esta revelación inesperada; para encontrar algo más, porque debía existir algo más. Pero no había nada más que descubrir. Eso era todo lo que encerraba la célebre magia de la Espada. Más allá de eso, no era más de lo que parecía; una espada finamente labrada de otra época.

La comprensión de lo que aquello significaba desgarró su mente y lo dejó aturdido. No había duda de por qué Allanon no le había revelado el secreto. ¿Qué arma era ésta frente al poder increíble del Señor de los Brujos? ¿Qué defensa podía proporcionarle contra un ser que tenía fuerza para aplastarlo con poco más que un pensamiento? Con escalofriante certeza, Shea supo que había sido traicionado. ¡El poder legendario de la Espada era una falsedad! Sintió que le empezaba a invadir el pánico, y apretó los ojos con fuerza para luchar contra el escalofrío que sentía. La negrura que le rodeaba empezó a agitarse violentamente y la sensación de mareo creció hasta darle la impresión de que perdía la conciencia.

...En su refugio gris y desolado de la montaña, el Señor de los Brujos observaba y escuchaba. Lentamente su rabia empezó a amainar, y dentro de la oscuridad de su capucha asintió satisfecho. El valense que creía haber destruido estaba vivo. A pesar de todo, había encontrado la Espada. Pero el hombre se encontraba muy débil, falto del conocimiento necesario para comprender el talismán. Estaba sobrecogido por el miedo, y sería vulnerable. Rápidamente, sigilosamente, el Amo se deslizó de su cavernosa habitación...

La figura alta de Allanon se detuvo vacilante en la cima de la colina yerma y erosionada, sus ojos oscuros invisibles bajo sus espesas cejas, mientras estudiaba la línea de montañas solitaria y árida que se elevaba en el horizonte gris del norte. Parecía que también las montañas le contemplaban a él, sus rostros cavernosos consumidos y marcados con cicatrices, reflejando el alma de la tierra que las había generado hacía tantos años. Un silencio profundo se cernía de forma expectante sobre todo el vasto desierto que era la Tierra del Norte. Incluso los vientos de las altas montañas se habían calmado. El druida se envolvió en sus ropas negras y suspiró. No había duda; el largo alcance de su mente no le

mentiría en aquello. El objetivo por el que tanto había luchado al fin se había conseguido. En los oscuros rincones del Filo del Cuchillo, aún muy lejos de donde se encontraba el místico, Shea Ohmsford había desenvainado la Espada de Shannara.

¡Sin embargo algo iba mal! Incluso aunque el muchacho fuera capaz de resistir y aceptar la verdad sobre sí mismo y quizá reconocer el secreto de la Espada, todavía no estaba preparado para usar el talismán adecuadamente contra el Señor de los Brujos. No tendría tiempo de ganar la confianza necesaria mientras se encontrase solo y sin ayuda, privado del conocimiento que sólo Allanon podía darle. Estaría lleno de inseguridades y atormentado por el miedo, una presa fácil para Brona. Incluso ahora, el druida pudo sentir el despertar del enemigo. El Señor de la Oscuridad empezaba a descender de su refugio en la montaña, totalmente seguro de que el portador de la Espada estaba ciego al poder del talismán. Su ataque se produciría de forma rápida y salvaje, y Shea sería destruido antes de poderlo conseguir.

Sólo quedaban unos minutos para la confrontación, y Allanon sabía que no podía llegar a tiempo para ayudarle. Finalmente había comprendido que tanto Shea como la Espada de Shannara de alguna forma se habían dirigido hacia el norte. Dejando a los otros en Callahorn, emprendió una carrera para acudir en ayuda del valense. Pero los acontecimientos se habían sucedido demasiado deprisa. Ahora sólo tenía una posibilidad de serle útil a Shea, si es que realmente existía alguna posibilidad real de eso, y aún estaba demasiado lejos. Arrebujando en la túnica su enjuta figura, el druida se deslizó velozmente colina abajo, convirtiendo a su paso el polvo de la superficie en pequeñas nubes.

Panamon Creel fue a adelantarse cuando Shea se desplomó sobre una rodilla, pero el brazo enorme de Keltset se interpuso. El troll estaba de espaldas a la entrada de las cavernas escuchando. Panamon no podía oír nada, pero una repentina sensación de temor le llegó de su interior, deteniendo su movimiento hacia el valense. Los ojos de Keltset se giraron, como marcando el recorrido de alguien por el pasillo más allá de la celda, y Panamon sintió intensificarse su temor.

Después una sombra cayó sobre todo. La luz de la antorcha que perfilaba la diminuta caverna disminuyó de repente. De pie ante la puerta, había una figura alta envuelta en túnicas negras. Sin que nadie se lo dijera, Panamon Creel supo que era el Señor de los Brujos. Donde debería haber existido un rostro, bajo la capucha, no había más que oscuridad y una neblina verdosa que se movía con lentitud alrededor de dos centellas rojizas. Las centellas se volvieron primero hacia Panamon y Keltset, convirtiéndoles de inmediato en estatuas inmóviles, concentrando en sus cuerpos paralizados todos los miedos y temores que habían conocido. El ladrón intentó gritar para prevenir a Shea, pero descubrió que no podía hablar, y vio cómo la capucha sin rostro se desplazaba lentamente hacia él.

El valense sintió que recuperaba la conciencia en la humedad sombría de la pequeña celda. Todo le parecía extrañamente distante, aunque en algún lugar de su mente nublada había una vaga señal de alarma. Pero respondió a ella con pereza, y durante un rato sólo percibió el olor mohoso del aire rancio y de la roca, y el débil aleteo de la antorcha. En su ofuscamiento, distinguió las figuras inmóviles de Panamon y Keltset a no más de metro y medio, con el terror reflejado en sus facciones. Orl Fane, encogido al fondo de la celda, se enrolló formando una pequeña bola amarilla que gimoteaba y balbuceaba inconscientemente. Ante él resplandecía la hoja brillante de la Espada de Shannara.

Luego, en un momento, el secreto de la Espada retornó, y con él, la gravedad de su situación. Intentó levantar la cabeza, pero sus ojos parecían inmovilizados hacia el frente. De repente, como una corriente de hielo, le inundó el miedo y la desesperación, y sintió

que se ahogaba en ella. Empezó a transpirar sudor frío y sus manos a temblar. Una sola idea gritaba en su mente: ¡Escapa! Huir antes de que la terrible criatura cuyo reino prohibido había osado invadir descubriese su presencia y le destruyera. El objetivo por el que había arriesgado todo ya no le importaba; todo lo que quedaba en su mente era la necesidad apremiante de huir.

Se tambaleó. Cada fibra de su ser le gritaba que saliera corriendo hacia la puerta, que soltase la Espada y huyera. Pero no podía hacerlo. Algo en su interior se negaba a soltar la Espada. Intentó con desesperación controlar su terror, apretando con sus manos la empuñadura, asiendo el metal con fuerza hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Era lo único que le quedaba, lo único que se interponía entre él y el pánico absoluto. Se agarró a ella desesperado, su cordura mantenida por un talismán que sabía inútil.

¡CRIATURA MORTAL, ESTOY AQUÍ!

Las palabras produjeron un eco escalofriante en el profundo silencio. Los ojos de Shea se esforzaron por mirar en la dirección de la puerta. Al principio sólo distinguió unas sombras; luego las sombras se juntaron lentamente, uniéndose para formar la figura cubierta del Señor de los Brujos. Su túnica parecía extenderse por la habitación, como una amenaza; una túnica informe, oscura e impenetrable. Desde el interior de la capucha, la densa neblina gris se arremolinaba y sus ojos parecían centellas llameantes que se avivaron e intensificaron su brillo todavía más.

CRIATURA MORTAL, ESTOY AQUÍ. ¡INCLÍNATE ANTE MÍ!

Shea empalideció de miedo. Algo enorme y negro asaltó su mente, y se balanceó precariamente al borde del pánico absoluto. Ante él pareció abrirse un abismo sin fondo. Sólo haría falta un leve empujón... Se obligó a sí mismo a concentrarse en la Espada y en su necesidad desesperada de seguir vivo. Una bruma rojiza se filtró en su mente, llevando con ella las voces de innumerables criaturas sentenciadas que pedían clemencia sin esperarla. Algo trepaba por sus brazos y sus piernas adhiriéndose a ellos, tirando de él, atrayéndole hacia el abismo. Su valor se disolvió. Era tan vulnerable. ¿Cómo resistiría ante un ser tan poderoso como el Señor de los Brujos?

En el lado más lejano de la celda, Panamon Creel observaba a la figura vestida de negro que se aproximaba a Shea. El Señor de los Brujos parecía carecer de materia, una capucha sin rostro, una túnica vacía. Pero obviamente era demasiado para que Shea pudiera oponérsele solo, con Espada o sin ella. Haciendo un gesto rápido de advertencia hacia Keltset, Panamon apartó la sensación de pánico que se estaba apoderando de él y se dispuso a atacar, alzando el punzón de su brazo en una embestida violenta. Casi por casualidad, la figura oscura se volvió hacia él, y ahora ya no parecía vacía sino llena de un poder pavoroso. Un gesto del brazo, y el ladrón sintió que algo fuerte como el hierro agarraba su garganta y lo lanzaba contra la pared. Intentó escapar, pero estaba inmovilizado y Keltset con él. Sin poder hacer nada, observaron cómo el Señor de los Brujos se volvía hacia el valense.

La lucha estaba prácticamente decidida contra Shea. Aún seguía sosteniendo ante sí la Espada, pero sus últimas resistencias se desmoronaban ante el asalto del Señor de la Oscuridad. Ya no podía pensar racionalmente. Estaba impotente ante las emociones que lo desgarraban. Desde la oscuridad de la capucha, una orden terrible le hizo estremecerse.

¡SUELTA LA ESPADA, CRIATURA MORTAL!

Shea luchó con desesperación contra el impulso de obedecer. Todo se volvió confuso mientras respiraba con dificultad. En el fondo de su mente, una voz conocida pareció pronunciar su nombre. Intentó responder, pidiéndole ayuda. La voz del Señor de los Brujos volvió a desgarrarlo.

¡SUELTA LA ESPADA!

La hoja se deslizó un poco. Shea sintió que su mente estaba cada vez más aturdida, y que la oscuridad se acercaba a él. La Espada no le servía para nada. ¿Por qué no tirarla? No podía oponerse a aquel ser espeluznante. Él era sólo un ser mortal débil e insignificante.

La Espada resbaló aún más. De repente, Orl Fane dejó escapar un grito de terror y cayó sollozando sobre el suelo de la celda en tinieblas. Panamon estaba blanco. La enorme figura de Keltset parecía estar sujeta contra la pared. La punta de la Espada de Shannara vacilaba a sólo unos centímetros del suelo, oscilando lentamente.

Entonces la voz en la mente de Shea lo llamó de nuevo. Desde algún lugar, las palabras llegaban a él en un susurro tan débil que apenas podía captarlas.

¡Shea! Ten valor. Confía en la Espada.

¡Allanon!

La voz del druida atravesó el terror y las dudas que dominaban al muchacho. Pero estaba tan lejos; tan lejos...

Cree en la Espada, Shea. Todo lo demás es ilusión...

Las palabras de Allanon desaparecieron ante un grito de furia del Señor de los Brujos, que cubrió la odiada voz del druida en la mente del valense. Pero la conciencia le llegó demasiado tarde a Brona. Allanon había lanzado un cabo salvavidas, y Shea lo había cogido, tirando de él desde el borde de la derrota. El miedo y las dudas fueron cediendo. La Espada, aunque poco, se elevó.

El Señor de los Brujos pareció retroceder un paso y la capucha sin rostro se giró levemente en dirección a Orl Fane. Al momento, el gnomo quejumbroso se irguió de una sacudida, como si se tratase de un muñeco de madera. Ya no era dueño de sí. El instrumento del Señor de la Oscuridad se precipitó hacia delante y sus manos nudosas y amarillas intentaron con desesperación apoderarse de la Espada. Sus dedos rodearon la hoja desnuda y él tiró inútilmente desde allí. Pero, de pronto, Orl Fane dejó escapar un grito de angustia, apartando sus manos del talismán. Sus facciones se crisparon cuando cayó al suelo, y se llevó las manos a los ojos, como intentando ocultarles alguna horrible visión.

De nuevo el Señor de los Brujos hizo un ademán. La figura temblorosa del gnomo se incorporó y volvió a lanzarse a la lucha, chillando. Otra vez agarró la hoja resplandeciente, y otra vez gritó y cayó de rodillas, soltando el talismán con los ojos inundados de lágrimas.

Shea bajó la vista hacia la figura encogida y entendió lo que estaba ocurriendo. Orl Fane había visto la verdad sobre sí mismo, al igual que le había sucedido a él tras el primer contacto con la Espada. Pero para el gnomo la verdad era insoportable. Sin embargo, había algo extraño en todo aquello. ¿Por qué no intentaba Brona arrebatarle la Espada él mismo? Habría sido muy sencillo para él; sin embargo, el Señor de los Brujos intentó primero convencer a Shea de que la soltase y después utilizó al enloquecido Orl Fane como instrumento. Tanto poder tenía el Amo, y sin embargo parecía incapaz de arrebatarle la Espada. Habría sido sencillo. Intentaba encontrar la respuesta, cuando se produjo el primer resplandor de entendimiento.

Orl Fane estaba de pie una vez más, aún obedeciendo impotente las órdenes del Señor de los Brujos. Se acercó a Shea con loca desesperación, palpando con sus dedos nudosos el aire que tenía ante él. El valense intentó evitar la embestida, pero Orl Fane estaba más allá de la razón, su mente ya no existía, su alma no le pertenecía. Con un aullido de terror y frustración, se arrojó contra la Espada. La menuda figura se agitó convulsivamente en el brillante metal, la única cosa que todavía le importaba en el mundo. Durante un instante fue suya. Luego murió.

Shea, aturdido, retrocedió, liberando el arma del cuerpo sin vida. Entonces, el Señor de los Brujos reemprendió su asalto, penetrando malignamente en su mente, intentando aniquilar todas sus resistencias. De forma brutal y directa, sin emplear ninguna trampa inteligente, ninguna insinuación de incertidumbre, ningún truco de autoengaño. Sólo el miedo, implacable y devastador, se abalanzó con la fuerza de un golpe de martillo. Las visiones se acumularon en la mente de Shea; el poder espeluznante del Señor de los Brujos representado de mil horribles maneras, todas dirigidas hacia la exterminación del joven. Se sintió reducido al ser más insignificante y le pareció que el Señor de los Brujos iba a convertir en polvo al impotente humano.

Pero el valor de Shea resistió. Había estado a punto de sucumbir a la locura una vez, y ahora se mantendría firme, creería en sí mismo y en Allanon. Apretó la Espada con ambas manos, obligándose a dar un paso hacia delante para atravesar la confusión constrictora, el muro de terror que lo aislaba. Trató de creer que aquello era sólo una ilusión, que el terror y el pánico creciente no le pertenecían. El muro cedió ligeramente, y luchó con más fuerza contra él. Recordó la muerte de Orl Fane y construyó en su cabeza una imagen mental de todos los que morirían si él fallaba ahora. Recordó las palabras susurradas de Allanon. Y se concentró en lo que creía que debía ser la debilidad del Señor de los Brujos, revelada en su extraña resistencia a quitarle él mismo la Espada. Se obligó a creer que el secreto real del poder del talismán era una ley que afectaba incluso a una criatura tan pavorosa como Brona.

La confusión disminuyó de repente y el muro de miedo se desmoronó. Shea se encontró ante el Señor de los Brujos y las centellas rojas destellaron ferozmente en la oscura neblina verdosa debajo de la capucha. Los brazos de la capa se levantaron rápidamente como para protegerse de algún peligro inminente, y la figura oscura se apartó. En la penumbra de la pared del fondo, Panamon Creel y Keltset se liberaron de pronto y se precipitaron hacia delante sacando sus armas. Shea sintió que los últimos vestigios de la resistencia que le oponía el Señor de los Brujos se desvanecía. Entonces la Espada de Shannara se inclinó hacia abajo.

Un grito agudo de terror surgió de la mortaja temblorosa y un brazo largo y esquelético se lanzó hacia arriba salvajemente. Shea presionó con fuerza la hoja resplandeciente contra la figura que se contorsionaba, obligándole a retroceder contra la pared más cercana. No podría escapar. Sería el fin de aquella criatura malvada y monstruosa. Ante él, las ropas oscuras se agitaron en respuesta mientras los dedos engarfiados palpaban penosamente el aire de la celda húmeda. El Señor de los Brujos empezó a desmoronarse, y profirió en un grito su odio hacia el ser que lo destruía. Después de aquel grito, el eco de miles de voces clamó la venganza que durante tanto tiempo se les había negado.

Shea sintió el horror de la criatura transmitiéndose de la Espada a su mente, pero con él llegó la fuerza de las otras voces y se mantuvo firme. El contacto con la Espada llevaba consigo una verdad que no podía negarse siquiera con toda la ilusión y artificio del Señor de los Brujos. Era una verdad que no podía admitir, que no podía aceptar, que no podía resistir; y además una verdad contra la que no podía defenderse. Para el Señor de los Brujos la verdad era la muerte.

La existencia mortal de Brona era sólo una ilusión. Hacía tiempo, todos los medios que había empleado para prolongar su existencia mortal fracasaron, y su cuerpo murió. Sin embargo, su convicción obsesiva de que no podía perecer se convirtió en una parte de su ser vivo, y logró persistir gracias a la brujería que le condujo hasta la locura. Negando su propia muerte, conservó su cuerpo sin vida para lograr la inmortalidad que se le había escapado. Existiendo como una criatura que pertenecía a dos mundos, su poder parecía

espeluznante. Pero ahora la Espada le obligaba a contemplarse a sí mismo como lo que realmente era; un caparazón sin vida que se descomponía, conservado sólo por la creencia en su propia realidad; una falsificación, una fantasía creada sólo por la fuerza del deseo, tan efímera como la apariencia física que había adoptado. Él era una mentira que había crecido gracias a los temores y las dudas de los mortales, una mentira que había creado para ocultar la verdad. Pero ahora la mentira estaba al descubierto.

Shea Ohmsford pudo aceptar la debilidad y flaqueza que constituía su naturaleza humana, pero el Señor de los Brujos nunca aceptaría lo que la Espada revelaba, porque la verdad era que la criatura que se suponía que era él había dejado de existir casi mil años antes. Todo lo que quedaba de Brona era una mentira; y ahora también ésta le era arrebatada por él poder de la Espada.

Gritó por última vez, un gemido de protesta que resonó tétricamente por toda la celda, mezclándose con las crecientes voces triunfales de un coro fantasmagórico. Después todos los sonidos cesaron. El brazo extendido empezó a descomponerse y a convertirse en polvo, cayendo de la figura como ceniza, al mismo tiempo que el cuerpo se consumía debajo de las ropas. Los diminutos resplandores rojos destellaron una vez más en la neblina verdosa que se disipaba, y desaparecieron. La capa se derrumbó totalmente, reposando en el suelo como un fardo, mientras la capucha se aplastaba poco a poco, hasta que sólo quedó en el suelo un montón de ropas raídas.

Un instante después, Shea empezó a tambalearse. Tantas emociones habían acosado sus nervios, tanta tensión había soportado durante tanto tiempo, que ahora su cuerpo exigía una compensación. El suelo pareció inclinarse bajo sus pies, y lenta, muy lentamente, se deslizó hacia la oscuridad.

En la ciudad de Tyrsis, la larga y terrible lucha entre la criatura mortal y la criatura del espectro culminó con terrible precipitación. Desde su profundo corazón de roca, la tierra empezó a retumbar, desgarrándose su superficie a causa de los temblores continuos y amenazadores. En las colinas bajas al este de Tyrsis, el pequeño grupo de jinetes elfos luchaba por controlar a sus aterradas monturas, y el debilitado Flick Ohmsford contempló con perplejidad cómo la tierra que le rodeaba empezaba a estremecerse con extrañas vibraciones. Sobre la Muralla Interior, la figura gigantesca e indestructible de Balinor repelía asalto tras asalto, mientras el ejército de la Tierra del Norte intentaba en vano abrir una brecha en las defensas del sur, y durante varios minutos, los temblores pasaron totalmente desapercibidos en la ferocidad de la batalla. Sobre el puente de Sendic, los trolls que avanzaban se detuvieron y miraron a su alrededor, mientras el retumbo continuaba creciendo. Menion Leah se sorprendió cuando sobre la antigua piedra aparecieron grandes grietas, y los defensores del puente se prepararon para salir corriendo. Las profundas vibraciones aumentaron con rapidez, creciendo con una fuerza aterradora hasta convertirse en una avalancha de trepidaciones retumbantes que recorrieron toda la tierra y la roca. El viento se desató sobre la región en feroces ráfagas, dispersando al ejército de elfos que aún corría para liberar a Tyrsis. Desde Culhaven en el Anar hasta los confines más alejados en la enorme Tierra del Oeste, el viento rugió con violencia. Los árboles enormes de los bosques se partieron y astillaron, y las partes serradas de las montañas fueron arrancadas y convertidas en polvo, mientras la fuerza del viento y del terremoto batía las cuatro tierras. El cielo se oscureció hasta quedar totalmente negro; sin nubes, sin sol y vacío, como si los cielos hubiesen sido borrados de una simple pincelada. Enormes relámpagos rojos atravesaron la oscuridad recorriendo el cielo de un horizonte al otro, cubriéndolo con un entramado impenetrable de energía eléctrica. Era el fin del mundo. El holocausto anunciado finalmente llegaba.

Pero un momento después, desapareció, disolviéndose en una tranquilidad completa y profunda. El silencio lo cubrió todo como un velo, hasta que desde la negrura impenetrable se elevaron unas voces gimientes, convirtiéndose rápidamente en gritos de angustia. En la ciudad de Tyrsis, la batalla estaba olvidada. Los habitantes de la Tierra del Norte y del Sur contemplaron con horror cómo los Portadores de la Calavera eran arrastrados cielo arriba como espectros informes, retorciéndose en una atroz agonía, con sus miembros ganchudos contorsionándose mientras gritaban. Durante un momento, quedaron suspendidos a la vista de todos los humanos que se encontraban debajo, dejándolos horrorizados pero impidiéndoles apartar la vista. Luego las figuras aladas comenzaron a desintegrarse, descomponiéndose sus cuerpos lentamente en cenizas que flotaron hasta caer hacia la tierra. Segundos más tarde, no quedó nada excepto la enorme negrura vacía, que empezó a desplazarse hacia el norte con un movimiento rápido y. precipitado, levantándose sus bordes como si fuesen los extremos de una manta. Primero en el sur y después en el este y el oeste, apareció el cielo azul y el sol cubrió las tierras con su brillo deslumbrante. Admirados, los mortales contemplaron cómo las tinieblas insondables se transformaban en una simple nube negra en el norte, suspendida inmóvil sobre el horizonte. Después, se hundió detrás de la tierra y desapareció para siempre.

El tiempo transcurría mientras Shea flotaba sin sentido en un vacío enorme y negro.

-No creo que lo hiciera él.

Una voz llegó hasta su mente desde algún lugar lejano. Sus manos y su rostro sintieron de repente el frío de la piedra lisa en la piel caliente.

-Espera un momento, está parpadeando. ¡Creo que vuelve en sí!

Panamon Creel. Los ojos de Shea se abrieron y se encontró a sí mismo yaciendo en el suelo de la pequeña celda. La luz amarillenta de la antorcha aleteaba en la penumbra con un brumoso resplandor. De nuevo era él mismo. Con una mano aún agarraba la Espada de Shannara, pero el poder del talismán lo había abandonado, y la extraña ligazón que durante un tiempo breve los unió había desaparecido. Se incorporó torpemente apoyándose en sus manos y rodillas, pero un retumbo amenazador y profundo sacudió la caverna cuando se iba a incorporar. Unas manos fuertes se extendieron para sostenerlo.

-Quédate tranquilo, aguarda un minuto. -La voz ronca de Panamon sonó casi en su oído-. Déjame echarte un vistazo. Así, mírame ahora.

Palpó de arriba a abajo al pequeño valense y después los ojos de ambos se encontraron. Había sólo un vestigio de temor en la dura mirada del ladrón, y ahora sonreía.

-Está bien, Keltset. Salgamos de aquí ya.

Levantó a Shea y empezó a andar hacia la puerta. La figura enorme de Keltset les precedía pesadamente a cierta distancia. El muchacho dio unos cuantos pasos indecisos y se detuvo. Algo le retenía.

-Estoy bien -musitó de forma casi inaudible.

Entonces, bruscamente, lo recordó todo; el poder de la Espada transmitiéndose a su cuerpo, sus visiones interiores de la verdad sobre sí mismo, la batalla espantosa contra el Señor de los Brujos, la muerte de Orl Fane... Dio un grito y tropezó.

Panamon Creel estiró instintivamente su brazo sano y sostuvo al pequeño valense.

-Despacio, despacio, todo ha terminado. Lo hiciste; has ganado. El Señor de los Brujos está destruido. Pero toda esta montaña tiembla. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que todo se derrumbe sobre nosotros!

El retumbo se había intensificado; de las paredes y del techo de la caverna empezaban a desprenderse fragmentos de roca, cayendo como una lluvia de polvo y grava. En la piedra empezaron a formarse grietas a medida que los temblores seguían aumentando. Shea miró a Panamon y asintió.

-Todo irá bien. -El ladrón vestido de escarlata se incorporó rápidamente-. Voy a sacarte de aquí. Te lo prometo.

Los tres humanos se adentraron en el oscuro pasadizo con el que comunicaba la celda. El escabroso túnel giraba y serpenteaba por el corazón del Filo del Cuchillo, las paredes rugosas se rasgaron con grietas y fisuras quebradas. Rápidamente aparecieron más cuando el ruido se hizo más fuerte y las paredes empezaron a crujir y a desmoronarse. La montaña tembló como si la tierra estuviese amenazando con abrirse y tragársela entera, temblando con la fuerza de las reverberaciones atronadoras que provenían del mismo núcleo. Atravesaron innumerables pasadizos y cámaras, avanzando sin cesar, pero incapaces de encontrar una salida que los pusiera a salvo. Varias veces alguno de ellos quedó cubierto por una cascada de rocas y polvo, pero los otros se precipitaron para ayudarle a salir. Pedazos grandes de roca cayeron ante ellos bloqueando el túnel, pero el poderoso Keltset apartó los pedruscos, y el pequeño grupo pudo continuar. Shea empezó a perder todo el sentido de lo que les estaba ocurriendo, un extraño cansancio se apoderó de su cuerpo, presionándole despiadadamente y agotando las pocas resistencias que le quedaban. Cuando creyó que no podía seguir, Panamon estuvo a su lado para sostenerlo, levantándolo o empujándolo alternativamente sobre los escombros de piedras.

Habían llegado a una parte especialmente estrecha de un pasadizo que viraba con brusquedad a la derecha, cuando un temblor violento sacudió la montaña agonizante. Todo el techo del pasadizo se resquebrajó con un crujido chirriante y empezó a caer lentamente. Panamon gritó y empujó a Shea, intentando protegerlo con su propio cuerpo. Keltset se precipitó hacia allí al instante, aguantando con sus enormes hombros las toneladas de rocas. El polvo cayó en nubes cegadoras y durante un momento todo quedó oscuro ante ellos. Entonces Panamon Creel levantó al valense y tiró de él apresuradamente para pasar junto a la figura potente del rock troll. Shea miró hacia arriba al pasar junto a él, trepando sobre las piedras, y los ojos afables se encontraron con los suyos. El techo se desprendió un poco más, y el enorme soporte humano opuso toda la fuerza impresionante de un rock troll contra ello, con su cuerpo de aspecto leñoso rígido a causa de la tremenda tensión. Shea vaciló, pero la fuerte mano de Panamon lo cogió por el hombro, empujándole hacia delante, llevándolo hasta el otro lado de la curva del túnel, donde el pasillo era más ancho. Allí se derrumbaron sobre un montón de rocas y polvo, respirando sofocados. Dirigieron la mirada a Keltset, su figura enorme aún sostenía la piedra que se iba desprendiendo. Panamon hizo un repentino movimiento para retroceder, pero un rugido profundo desgarró la base de la montaña; con el quejido de las rocas al deslizarse, el túnel se desmoronó, viniéndose abajo totalmente. Se derrumbaron toneladas de rocas y el camino hacia atrás desapareció por completo. Shea dejó escapar un grito y se lanzó hacia la muralla de rocas, pero Panamon tiró bruscamente de él, colocando la mano del punzón ante su cara.

-¡Está muerto! Ya no podemos ayudarle.

El rostro demacrado del muchacho lo miró consternado.

-¡Sigamos, salgamos de aquí! -El ladrón estaba lívido de rabia-. ¿Quieres que su muerte no sirva de nada? ¡Muévete!

Levantó a Shea violentamente y lo arrastró hacia la parte abierta del túnel. El retumbo profundo siguió vibrando en toda la montaña, y una serie de sacudidas violentas y bruscas casi derribaron a los dos hombres mientras avanzaban tropezando. Shea corría ahora a ciegas, sus ojos nublados por el polvo y las lágrimas. Se estaba haciendo difícil

distinguir el camino, y parpadeó y entrecerró los ojos intentando aclarar su visión. La respiración trabajosa de Panamon sonaba junto a su oído y sintió la punta del punzón empujándole por la espalda, hostigándole para que corriese más. Cascotes de roca se desprendían de las paredes de los pasillos y del techo y caían como una lluvia sobre su cuerpo desprotegido, cortándolo y golpeándolo, convirtiendo sus ropas de montaña en tiras de harapos que colgaban de su cuerpo menudo y sudoroso. En sus manos aferraba la Espada resplandeciente, inútil ahora excepto como una prueba de que lo ocurrido no eran fantasías de loco.

De repente el túnel se desvaneció en la luz gris del cielo de la Tierra del Norte, y se encontraron fuera de la montaña. Ante ellos, los cuerpos dispersos de los trolls y los mutens yacían exánimes. Sin detenerse, los dos hombres siguieron su carrera hacia la entrada del paso tortuoso que partía el terrible Filo del Cuchillo. La tierra endurecida temblaba con violencia, largas grietas quebradas aparecieron desde la base de la montaña de la Calavera y progresaron serpenteando hacia el anillo natural de peligros que rodeaban la tierra prohibida. Un estrépito chirriante, más fuerte que los anteriores, hizo girarse a los dos corredores. Con pasmo silencioso, contemplaron cómo el rostro enjuto de la calavera empezaba a hundirse y a partirse. Todo estaba destruyéndose, y el sello del Señor de los Brujos desapareció mientras toneladas de rocas caían en cascada y la montaña de la Calavera dejaba de existir. Una nube densa de polvo amarillo se elevó hacia el cielo y de las entrañas de la tierra surgió un estruendo que resonó en el enorme vacío de la Tierra del Norte. Un viento violento barrió los restos de la montaña destruida y los temblores de la tierra aumentaron más y más. Shea vio con horror cómo el monstruoso Filo del Cuchillo empezaba a temblar con la fuerza de esta nueva convulsión. ¡Todo el reino se desintegraba!

Panamon corría salvajemente hacia el paso, arrastrando al aturdido Shea. Pero el muchacho ya no necesitaba que lo arrastrasen y por sí solo iba discerniendo el camino con rapidez, saltando sobre los cuerpos muertos amontonados. De las últimas reservas de valor y determinación, hizo acopio de sus fuerzas, y Panamon Creel se sorprendió de repente corriendo para alcanzarlo. En ese momento llegaron a la entrada del paso de la montaña; fragmentos del altísimo Filo del Cuchillo empezaban a desprenderse y a caer, resquebrajándose en grietas profundas mientras los temblores retumbantes continuaban sacudiendo la tierra. Enormes pedruscos cayeron con fuerza aplastante sobre el cañón tortuoso, y desde las alturas de los antiguos picos, una avalancha de piedras sueltas se deslizaba continuamente, ganando más fuerza a medida que transcurrían los segundos. En el centro de aquella destrucción, los dos hombres del sur regateaban y serpenteaban en su escapada; el harapiento semielfo y el ladrón manco. La fuerza del viento les batía por la espalda, empujándolos a través de la lluvia de piedras y polvo. En las paredes de las rocas llegaban y desaparecían giros y recodos, y supieron que estaban acercándose al final del cañón y a las estribaciones abiertas del otro lado. Shea se dio cuenta entonces de que su visión era de nuevo borrosa y que andaba a tropezones. Y se frotó los ojos para aclararla.

De repente toda la pared oeste del cañón pareció que iba a romperse y a derrumbarse sobre los dos hombres, enterrándolos en un alud de rocas y polvareda. Algo puntiagudo golpeó su cabeza descubierta, y perdió el sentido por un momento. Quedó tendido parcialmente cubierto por una masa de escombros, su mente inquieta tratando de volver en sí. Entonces Panamon lo desenterró, apartando con su fuerte brazo los trozos de piedra y tirando de él para levantarlo. A través de una nube gris, Shea vio sangre en el rostro del hombre. Se incorporó con esfuerzo, apoyándose en la Espada de Shannara.

Panamon seguía de rodillas. La mano del punzón apuntó al paso que había quedado tras ellos. Con sorpresa, descubrió una criatura deforme y torpe descendiendo hacia ellos

entre las nubes de polvo. ¡Un muten! El rostro amorfo se volvió, y el monstruo se arrastró hacia ellos. Panamon levantó la mirada hacia Shea y sonrió tétricamente.

-Nos ha seguido desde el otro extremo. Pensé que lo habíamos perdido entre las rocas, pero es perseverante.

Se incorporó y desenvainó su sable.

-Sigue avanzando, Shea. Te alcanzaré en seguida.

El sobresaltado valense negó con la cabeza. Debía haber entendido mal.

-Podemos correr más que él -declaró finalmente-. Casi hemos llegado al final del pasadizo. Allí podemos luchar los dos contra el muten.

Panamon sacudió la cabeza y sonrió tristemente.

-Me temo que no. Me he hecho daño en la pierna. No puedo correr más. -Su cabeza volvió a sacudirse cuando Shea fue a abrir la boca para hablar-. No quiero oírlo, Shea. ¡Ahora corre y no pares!

Las lágrimas resbalaban por el rostro del valense mientras miraba fijamente al hombre.

-¡No puedo hacer eso!

Un repentino temblor sacudió el Filo del Cuchillo, derribando de rodillas de nuevo a los dos. Los pedruscos se desprendieron por la ladera que se derrumbaba mientras fuertes convulsiones continuaban aumentando procedentes del centro de la tierra. El muten se acercaba mecánicamente hacia ellos, indiferente a las sacudidas. Panamon se incorporó tembloroso, tirando de Shea para que se moviera.

-Todo el paso se está viniendo abajo -le dijo-. No tenemos tiempo de discutir. Puedo cuidar de mí mismo; como lo he hecho siempre antes de encontrarte a ti y a Keltset. Ahora quiero que corras; que salgas de este paso.

Apoyó una mano sobre el frágil hombro del valense y le dio un suave empujón. Shea dio varios pasos hacia atrás y se detuvo vacilante, levantando la Espada de Shannara casi amenazadoramente. El rostro ancho de Panamon Creel mostró un destello de sorpresa, y después su típica sonrisa irónica apareció y sus ojos se avivaron chispeantes.

-Volveremos a encontrarnos, Shea Ohmsford. Me esperarás.

Hizo un ademán de despedida con el brazo del punzón, y se volvió para enfrentarse al muten que avanzaba. Shea lo contempló durante un momento. Su visión borrosa debía engañarle porque le pareció que el ladrón escarlata no cojeaba. Luego los fuertes temblores agitaron la montaña otra vez, y el muchacho escapó hacia las estribaciones para ponerse a salvo. Resbalando y tropezando con las rocas sueltas y la tierra, esquivando las cascadas de piedras y escombros que se desplomaban desde las alturas del Filo del Cuchillo hacia el estrecho cañón, siguió corriendo solo.

XXXIV

La tarde casi había pasado. El sol se filtraba en largos rayos difusos a través de las nubes blancas, posándose cálidamente sobre el terreno yermo y vacío de la Tierra del Norte. Aquí y allá la luz caía sobre pequeños brotes de hierba; los primeros indicios de una vida que pronto florecería en aquella tierra que había permanecido marchita y desolada durante tantos años. A lo lejos, las puntas romas del derrumbado Filo del Cuchillo sobresalían en el horizonte del norte; y desde el valle devastado del otro lado, el polvo aún se veía suspendido sobre las ruinas del Reino de la Calavera.

Shea pareció surgir de la nada, vagando a la deriva a través de un laberinto de barrancos y riscos cercenados en las estribaciones que se encontraban bajo el Filo del Cuchillo. Medio ciega y completamente exhausta, la figura harapienta era apenas reconocible. Se acercó a Allanon sin verlo, agarrando fuertemente con ambas manos el puño de plata de la Espada. Durante un momento, el druida contempló sin hablar el extraño espectáculo del espadachín andrajoso dando bandazos. Después, con un grito agudo de alivio, se precipitó corriendo a recibir y sostener al delgado y abatido Shea Ohmsford.

El valense permaneció durmiendo durante un largo rato, y cuando se despertó otra vez, ya era de noche. Estaba tumbado en un refugio de un saliente rocoso que se abría hacia un barranco profundo de amplio fondo. Un pequeño fuego crepitaba pacíficamente, aportando abrigo adicional a la manta que lo envolvía. Su visión cansada empezaba a aclararse, y se encontró contemplando el cielo de una brillante noche estrellada que se extendía como un dosel de una punta a la otra del risco. Sonrió ante aquello. Podía imaginarse de nuevo en Val Sombrío. Un momento después la sombra oscura de Allanon se acercó a la débil luz del fuego.

-¿Te encuentras mejor? -preguntó el druida sentándose. Había algo extraño en Allanon. Parecía más humano, menos amenazante, y su voz tenía una calidez desacostumbrada.

Shea asintió.

-¿Cómo me encontraste?

-Tú me encontraste a mí. ¿No recuerdas nada?

-No, nada. Nada después de... -Shea se detuvo vacilante-. ¿Había alguien...? ¿Viste a alguien más?

Allanon estudió su expresión ansiosa durante un momento, meditando la respuesta, y negó con la cabeza.

-Estabas solo.

Shea sintió que algo le oprimía la garganta, y volvió a recostarse en el calor de las mantas, tragando saliva. De modo que Panamon también había desaparecido. En cierto modo, no esperaba que el final se produjese de esta forma.

-¿Estás bien? -La voz del druida le llegó en medio de la ofuscación-. ¿Te gustaría comer algo? Creo que te sentaría bien hacerlo.

-Sí. -Shea se incorporó hasta sentarse y se envolvió con la capa. Junto al fuego, Allanon servía sopa en un pequeño cuenco. El olor que llegó a Shea era apetecible, y lo inhaló en profundidad. Entonces, de repente, se acordó de la Espada de Shannara y la buscó en la oscuridad. La encontró casi al momento, reposando junto a él, el metal

brillante destellando ligeramente. Como en un acto reflejo, palpó los bolsillos de su túnica buscando las piedras élficas. No pudo encontrarlas. Presa del pánico, empezó a tantear con desesperación entre sus ropas para localizar la bolsita, pero el resultado fue el mismo. No estaba. Una sensación de derrumbe se apoderó de él, y se recostó durante un momento. Quizás Allanon...

-Allanon, no encuentro las piedras élficas -dijo-. ¿Las has...?

El druida se acercó a él y le entregó el cuenco humeante de sopa y una cuchara de madera. Su rostro era una sombra negra inescrutable.

-No, Shea. Debiste perderlas cuando huías del Filo del Cuchillo. -Viendo la mirada abatida en el rostro del otro, se acercó para darle unas palmadas tranquilizadoras en el hombro-. No hay por qué preocuparse de eso ahora. Las piedras han servido a su propósito. Quiero que comas algo y te vuelvas a dormir; necesitas descansar.

De forma mecánica, Shea tomó la sopa, sin poder olvidar con tanta facilidad la pérdida de las piedras. Habían estado con él desde el principio, protegiéndole a cada paso durante el camino. Varias veces le salvaron la vida. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? Trató de recordar durante un momento, intentando en vano descubrir dónde podía haberlas perdido, pero fue inútil. Podía haber sucedido en cualquier momento.

-Siento lo de las piedras -se disculpó en voz baja, dándose cuenta de que no podía decir nada más.

Allanon se encogió de hombros y sonrió. Parecía cansado y algo más viejo cuando se sentó junto al valense.

-Quizás aparezcan más tarde.

Shea acabó el cuenco en silencio y Allanon volvió a llenarlo sin preguntar. El líquido caliente relajó al aún agotado valense; una somnolencia aturdidora empezó a adueñarse poco a poco de su cuerpo. Se estaba quedando dormido otra vez. Hubiera sido tan fácil ceder a ese estado, pero no podía. Todavía había demasiadas cosas que le inquietaban, demasiadas preguntas no contestadas. Deseaba conocer aquellas respuestas ahora por el único hombre que podía dárselas. Se lo merecía después de todo lo que había pasado.

Hizo un esfuerzo para sentarse, consciente de que Allanon lo observaba desde la oscuridad al otro lado de la fogata. A lo lejos, el grito agudo de un pájaro nocturno quebró el profundo silencio. Shea permaneció quieto un rato. La vida estaba volviendo a la Tierra del Norte después de tanto tiempo. Depositó el cuenco de sopa en el suelo a su lado y se volvió hacia Allanon.

-¿Podemos hablar un poco?

El druida asintió con la cabeza.

-¿Por qué no me explicaste la verdad sobre la Espada? -preguntó el valense suavemente-. ¿Por qué?

-Te expliqué todo lo que necesitabas saber. -El rostro oscuro de Allanon estaba impasible-. La Espada te contó el resto. -Shea lo miró con incredulidad-. Era necesario que descubrieses por ti mismo el secreto de la Espada de Shannara -continuó el druida-. No era algo que yo pudiera explicarte; era algo que tenías que experimentar. Tenías que aprender a aceptar la verdad sobre ti mismo antes que la Espada pudiera serte útil como un talismán contra el Señor de los Brujos. Era un proceso en el que yo no podía intervenir directamente.

-Bueno, ¿no podías al menos haberme dicho por qué la Espada destruiría a Brona? -insistió Shea.

-¿Y de qué te habría servido, Shea?

El valense frunció el ceño.

-No lo entiendo.

-Si te hubiera dicho todo lo que estaba en mi poder decirte sobre la Espada, teniendo en cuenta que entonces no tenías la capacidad de una mirada retrospectiva como tienes ahora para esclarecerte la mente, ¿te habría servido de algo? ¿Habrías sido capaz de continuar la búsqueda de la Espada? ¿Habrías sido capaz de empuñar el arma contra Brona, sabiendo que no haría otra cosa que revelarle la verdad sobre sí mismo? ¿Me habrías creído si te hubiese dicho que algo tan simple destruiría a un monstruo con el poder del Señor de los Brujos? -Se agachó cerca de Shea bajo la débil luz del fuego-. ¿O habrías dejado de confiar en ti mismo y en la búsqueda? ¿Hasta dónde hubieras podido soportar la verdad?

-No lo sé -contestó Shea vacilante.

-Pues te diré algo que no podía decirte antes. Jerle Shannara, hace quinientos años, conocía todas estas cosas, y fracasó.

-Pero yo creía...

-¿Que había triunfado? -concluyó Allanon el pensamiento-. Si hubiese triunfado, ¿no habría sido destruido el Señor de los Brujos? No, Shea, Jerle Shannara no triunfó. Bremen confió al rey de los elfos el secreto de la espada porque él también creyó que conociendo cómo debía usarse el talismán, estaría mejor preparado para un enfrentamiento con Brona. No fue así. Incluso aunque fue prevenido de que se le revelaría la verdad sobre sí mismo, Jerle Shannara no estaba preparado para lo que descubrió. Sin embargo, probablemente no había ninguna forma en que pudiera haberse preparado de antemano. Nos construimos muchos muros para ser completamente honestos con nosotros mismos. Y yo no creo que él nunca creyese realmente en los avisos de Bremen sobre lo que ocurriría cuando finalmente empuñase la Espada. Jerle Shannara era un rey guerrero, y su instinto natural le llevó a confiar en la Espada como un arma física, a pesar de que fue avisado de que eso no le serviría de nada. Cuando se enfrentó al Señor de los Brujos y el talismán empezó a funcionar tal como Bremen había predicho, el pánico se apoderó de él. Su fuerza física, su valor para la lucha, su experiencia en la batalla, todo fue inútil. Fue demasiado para que pudiera aceptarlo. Como consecuencia, el Señor de los Brujos logró escaparse.

Shea lo miró poco convencido.

-Podría haber sido distinto conmigo.

Pero el druida no pareció oírle.

-Yo habría estado contigo cuando encontrases la Espada de Shannara, y cuando el secreto del talismán se te revelase, te habría explicado su significado como arma frente al Señor de los Brujos. Pero te perdí en los Dientes de Dragón y sólo más tarde me di cuenta de que habías encontrado la Espada e ido hacia el norte sin mí. Fui a buscarte, pero fue demasiado tarde. Pude percibir tu pánico cuando descubriste el secreto de la Espada, y supe que el Señor de los Brujos también podía percibirlo. Pero aún estaba demasiado lejos para llegar a tiempo. Intenté llamarte desde lejos, proyectar mi voz en tu mente. No había tiempo para explicarte qué hacer; el Señor de los Brujos lo impedía. Unas pocas palabras, eso fue todo. -Se detuvo, casi como si hubiera entrado en trance, su mirada fija en el aire que se interponía entre ellos-. Pero tú descubriste la respuesta por ti solo, y sobreviviste.

El valense apartó la mirada, recordando de repente que, aunque él estaba vivo, al parecer todos los que le acompañaron al Reino de la Calavera habían muerto.

-Podría haber sido distinto -repitió.

Allanon no dijo nada. A sus pies, el pequeño fuego se extinguía lentamente convirtiéndose en rescoldos rojizos a medida que la noche les envolvía. Shea cogió el cuenco de sopa y la acabó rápidamente. Estaba asintiendo con la cabeza cuando Allanon se movió de forma inesperada y se inclinó hacia él.

-¿Crees que cometí un error al no decirte la verdad sobre la Espada? -murmuró en tono suave. Fue más una afirmación que una pregunta-. Quizá tengas razón. Quizás hubiera sido mejor para todos si te hubiese revelado la verdad desde el principio.

Shea levantó la vista hacia él. El rostro enjuto era una máscara de huecos oscuros y líneas angulosas que parecían la envoltura del enigma perpetuo.

-No, hiciste bien -replicó con lentitud el valense-. No estoy seguro de que pudiera haber asumido correctamente la verdad.

La cabeza de Allanon se ladeó un poco, como reflexionando sobre la posibilidad.

-Debería haber tenido más fe en ti, Shea. Pero tenía miedo. -Se detuvo cuando un rastro de duda cubrió el rostro del valense-. No me crees, pero es verdad. Para ti, y para los otros también, siempre he sido algo más que humano. Fue necesario, o tú nunca habrías aceptado tu papel tal como te lo asigné. Pero un druida sigue siendo un ser humano, Shea. Y has olvidado algo. Antes de convertirse en el Señor de los Brujos, Brona era un druida. Por eso, hasta cierto punto al menos, los druidas debían asumir la responsabilidad de lo que hizo. Le permitimos convertirse en el Señor de los Brujos. Nuestros conocimientos le dieron la oportunidad de ello; nuestro subsiguiente aislamiento del resto del mundo le permitió evolucionar. Todas las razas humanas podrían haber sido sometidas o destruidas, y los culpables habríamos sido nosotros. Los druidas tuvimos dos veces la oportunidad de destruirlo; y las dos veces fracasamos. Yo era el último que quedaba de los míos, y si fracasaba también, no quedaría nadie para proteger a las razas contra el maligno monstruo... Sí, tuve miedo. Un pequeño error y Brona hubiera quedado libre para siempre. -La voz del druida se desvaneció en un susurro y bajó la mirada durante un instante-. Hay algo más que debes saber. Bremen para mí era algo más que un simple antepasado. Era mi padre.

-¡Tu padre! -Shea se reanimó-. Pero eso no es pos...

Su voz se apagó, incapaz de terminar. Allanon sonrió ligeramente.

-Seguramente habrás supuesto que yo era más viejo de lo que puede ser cualquier hombre normal. Los druidas descubrieron el secreto de la longevidad después de la Primera Guerra de las Razas. Pero existe un precio; un precio que Brona se negó a pagar. Son necesarias muchas exigencias y disciplina, Shea. No es un don maravilloso. Y para nuestro tiempo de vigilia, acumulamos una deuda que debe ser pagada con un sueño especial que nos restaura las energías de nuestro envejecimiento. Hay muchos pasos hacia la verdadera longevidad, y algunos no son agradables. Ninguno es fácil. Brona buscó un camino diferente, una forma para no tener que pagar el mismo precio, los mismos sacrificios; al final sólo encontró la ilusión.

El druida pareció recluirse en sí mismo durante un momento; luego continuó:

-Bremen era mi padre. Tuvo una oportunidad de acabar con la amenaza del Señor de los Brujos, pero cometió demasiados errores, y Brona escapó. Su huida fue responsabilidad de mi padre; y si el Señor de los Brujos hubiera logrado realizar sus planes, mi padre habría tenido que cargar con ello. Yo vivía con el temor de que eso ocurriese hasta que se convirtió en una obsesión. Juré que no cometería los mismos errores que él. Me temo, Shea, que nunca tuve demasiada fe en ti. Temí que fueses demasiado débil para lo que debía hacerse, y te oculté la verdad para mi propio provecho. En muchas formas, no jugué limpio contigo. Pero tú eras mi última posibilidad de redimir a mi padre, de purgar mi

propio sentimiento de culpa por lo que él había hecho, y de borrar para siempre la responsabilidad de los druidas por la creación de Brona. -Dudó un momento y miró a los ojos de Shea-. Me equivoqué, valense. Tú eres mucho mejor de lo que yo creía.

Shea sonrió y meneó la cabeza lentamente.

-No, Allanon. Tú que me hablaste con frecuencia de reflexionar sobre el pasado. Haz caso ahora de tus propias palabras, historiador.

En la oscuridad frente a él, el druida le devolvió la sonrisa con un toque melancólico.

-Ojalá..., ojalá tuviésemos más tiempo, Shea Ohmsford. Tiempo para conocernos mejor el uno al otro. Pero hay una deuda que debo pagar..., demasiado pronto...

Su voz se apagó casi con tristeza, el rostro enjuto se inclinó hacia las sombras. El valense, confundido, esperó un momento, pensando que iba a añadir algo más. No lo hizo.

-Hasta mañana, entonces. -Shea se estiró y se arrebujó en la capa caliente, relajado por la sopa y el fuego-. Tenemos un largo camino de vuelta hasta la Tierra del Sur.

Allanon no respondió de inmediato.

-Tus amigos están cerca, buscándote -dijo al fin- Cuando te encuentren, ¿les referirás todo lo que te he explicado?

Shea casi no lo oyó; sus pensamientos vagaban ya hacia Val Sombrío y la esperanza de volver a casa.

-Tú puedes hacerlo mejor que yo -murmuró soñoliento.

Hubo otro largo rato de silencio. Al final escuchó que Allanon se movía en la oscuridad al otro lado, y cuando habló de nuevo, su voz sonó distante.

-Tal vez yo no pueda, Shea. Estoy muy cansado. Estoy físicamente exhausto. Ahora, durante un tiempo, debo... dormir.

-Hasta mañana -murmuró Shea-. Buenas noches.

-Adiós, mi joven amigo. Adiós, Shea.

Pero el valense ya dormía.

Shea se despertó con un sobresalto, el sol de la mañana caía sobre él. Sus ojos se abrieron de golpe con el sonido de unos cascos de caballo y unas pisadas de botas, y se encontró rodeado de una serie de figuras menudas y esbeltas vestidas de verde. Instintivamente, su mano cayó sobre la Espada de Shannara, y haciendo un esfuerzo se incorporó, entrecerrando los ojos para distinguir sus rostros. Eran elfos. Un elfo alto de facciones duras se adelantó y se inclinó sobre él. Los ojos verdes penetrantes y profundos se encontraron con los suyos y una mano firme se apoyó sobre su hombro, como para tranquilizarlo.

-Estás entre amigos, Shea Ohmsford. Somos los soldados de Eventine.

Shea se puso en pie con lentitud, aún agarrando la Espada con cautela.

-¿Allanon...? -preguntó mirando alrededor.

El elfo dudó durante un momento, luego sacudió su cabeza.

-No había nadie más aquí. Sólo tú.

Shea, aturdido, pasó junto a él y se abrió paso entre el anillo de jinetes, escudriñando toda la distancia del ancho barranco. Sólo se encontró con rocas grises y polvo, un paisaje vacío y desierto que serpenteaba hasta desaparecer de la vista. Excepto los jinetes elfos y él, no había nadie más. Entonces, algo que el druida había dicho volvió a su memoria, y supo que Allanon se había marchado de veras.

-Dormir... -se oyó murmurar a sí mismo.

De forma mecánica, se giró hacia los elfos que esperaban, después dudó mientras las lágrimas resbalaban por su rostro ojeroso. Pero Allanon volvería cuando lo necesitaran, se dijo enojado. Como siempre había hecho. Se restregó las lágrimas y contempló durante un momento el azul brillante del cielo de la Tierra del Norte, y le pareció oír la voz del druida llamándolo desde lejos, muy lejos. Una débil sonrisa se esbozó en sus labios.

-Adiós, Allanon -respondió en voz baja.

XXXV

Así terminó todo. Unos diez días después, aquellos que todavía quedaban de la pequeña expedición, que partió de Culhaven tantas semanas antes, se despidieron por última vez. Era un día claro y brillante, con un sol radiante y el frescor del verano. Desde el oeste, una brisa suave erizaba la alfombra verde esmeralda de las praderas tyrsianas; y a lo lejos, el perezoso rumor del Mermidon flotaba en la quietud matutina. Estaban reunidos junto a la carretera que salía de la ciudad amurallada; Durin y Dayel, el primero con su brazo izquierdo inutilizado, entablillado y vendado. Dayel lo había encontrado entre los heridos y ahora se recuperaba con rapidez. Balinor Buckhannah, vestido con su cota de malla y su capa de montar de color azul; Shea Ohmsford, aún pálido; el fiel Flick y Menion Leah. Hablaron en voz baja durante un rato, sonriendo animosamente, intentando parecer afables y relajados sin lograrlo del todo, echando alguna que otra ojeada hacia los caballos amarrados que pacían tranquilamente detrás de ellos. Al final se produjo un silencio violento, y las manos se extendieron y se estrecharon, intercambiando promesas de próximas visitas. Fue un adiós doloroso, y detrás de las sonrisas y los apretones de manos había tristeza.

Después se alejaron cabalgando, cada uno hacia su hogar. Durin y Dayel se dirigieron hacia el oeste, hacia Beleal, donde al fin Dayel se reuniría con su amada Lynliss. Los Ohmsford giraron hacia el sur, hacia Val Sombrío y, como Flick repitió varias veces a su hermano, hacia un bien merecido descanso. En lo que a Flick se refería, sus días de viajes habían acabado. Menion Leah fue con ellos hacia Val, decidido a comprobar personalmente que nada le ocurriese a Shea. Desde allí volvería durante un tiempo hacia las tierras altas para estar con su padre, que ya debería echarle de menos. Pero muy pronto sabía que volvería a la región fronteriza a reunirse con la pelirroja hija de reyes que lo estaría esperando.

De pie en silencio, junto a la carretera vacía, Balinor contempló a sus amigos hasta que no fueron más que sombras en los prados distantes de las llanuras. Después montó su caballo y cabalgó de vuelta hacia Tyrsis.

La Espada de Shannara se quedó en Callahorn. Shea había tomado la firme decisión de dejar la Espada en el pueblo fronterizo. Nadie había dado tanto por preservar la libertad de las cuatro tierras. Nadie merecía más que ellos que se les confiase su cuidado y conservación. Y de este modo, la Espada de Shannara fue incrustada con la hoja hacia abajo en un bloque de mármol rojo y colocada en una cripta en el centro de los jardines del parque del Pueblo de Tyrsis, protegida por el ancho arco del puente de Sendic, donde permanecería para siempre. Grabada en la piedra de la pared de la cripta se leía la siguiente inscripción:

Aquí se encuentra el corazón y el alma de las naciones.
Su derecho a ser libres,
Su derecho a vivir en paz,
Su valor para descubrir la verdad,
Aquí se encuentra la Espada de Shannara.

Semanas más tarde, Shea se sentaba en uno de los taburetes altos de madera de la cocina de la posada y contemplaba abstraído el plato de comida sobre el mostrador. A su lado, Flick ya empezaba su segunda ración. Acababa de anochecer y los hermanos Ohmsford habían pasado todo el día reparando el tejado del pórtico. El sol del verano era caliente y el trabajo había sido tedioso; sin embargo, aunque estaba cansado y un poco nervioso, Shea se sentía incapaz de avivar su apetito. Estaba aún picoteando la comida, cuando su padre apareció en la puerta que daba al pasillo, murmurando algo para sí. Curzad Ohmsford se acercó a ellos sin dirigirles la palabra y dio unas palmadas en el hombro de Shea.

-¿Cuánto tiempo va a durar este disparate? -preguntó entonces.

Shea levantó la vista sorprendido.

-No sé a qué te refieres -contestó con sinceridad, dirigiendo una mirada a Flick, que se encogió de hombros.

-Sigues sin comer, por lo que veo. -Su padre examinó el plato de comida-. ¿Cómo piensas recuperar tus fuerzas si no comes lo suficiente?

Se detuvo un momento y después recordó que había cambiado de tema.

-Forasteros, a eso me refiero. Ahora supongo que volverás a marcharte. Pensé que todo había terminado.

-No voy a irme a ninguna parte. ¿De qué estás hablando?

Curzad Ohmsford se sentó pesadamente sobre un taburete libre y observó con atención a su hijo adoptivo, resignado al hecho de que no obtendría una respuesta directa sin un poco de esfuerzo innecesario.

-Shea, nosotros nunca nos hemos mentido, ¿verdad? Cuando volvisteis de vuestra visita al príncipe de Leah, nunca os presioné para saber lo que estuvisteis haciendo allí, incluso aunque partisteis a medianoche sin decir una palabra a nadie, aunque al volver parecíais vuestros propios fantasmas y evitasteis explicarme por qué os encontrabais así. Ahora respóndeme -continuó rápidamente cuando Shea trató de poner reparos-. Nunca antes te pedí que me contases nada, ¿verdad? -Shea sacudió la cabeza en silencio. Su padre asintió satisfecho-. No. Porque resulta que yo creo que los asuntos de un hombre le pertenecen a él. Pero no puedo olvidar que la última vez que desaparecisteis de Val fue justo después de que otro forastero apareciera preguntando por ti.

-¡Otro forastero! -exclamaron los hermanos a la vez.

Todos los recuerdos volvieron a ellos; la misteriosa aparición de Allanon, el aviso de Balinor, los Portadores de la Calavera, la huida, el miedo... Shea bajó del taburete deslizándose con calma.

-¿Hay alguien ahí... buscándome?

Su padre asintió. Su cara ancha quedó ensombrecida al advertir la preocupación reflejada en la mirada de su hijo hacia la puerta.

-Un forastero, como la otra vez. Entró hace varios minutos, y preguntó por ti. Te espera en el vestíbulo. Pero no entiendo...

-Shea, ¿qué podemos hacer? -interrumpió Flick con inquietud-. Ni siquiera tenemos las piedras élficas para protegernos.

-No..., no sé -musitó su hermano, intentando con todas sus fuerzas razonar a pesar de la confusión-. Podemos escaparnos por la puerta de atrás...

-¡Esperad un minuto!

Curzad Ohmsford había oído suficiente. Los agarró a los dos por los hombros y los obligó a volverse hacia él, contemplándolos con incredulidad.

-No permitiré que mis hijos escapen de las dificultades. -Estudió las caras preocupadas por un momento y después movió la cabeza-. Debéis aprender a enfrentaros a vuestros problemas, no a huir de ellos. Estáis aquí en vuestra casa, entre familia y amigos que os protegen, y habláis de salir corriendo. -Los soltó y retrocedió un paso-. Ahora vayamos juntos a saludar a ese hombre. Parece un tipo duro, pero estuvo muy afable cuando hablé con él. Además, no creo que un hombre manco sea un rival peligroso para tres hombres enteros; aunque tenga un punzón en lugar de mano.

Shea se sobresaltó.

-¿Manco?

-Da la impresión de que hubiera viajado mucho hasta llegar aquí. -El viejo Ohmsford actuaba como si no hubiese oído a Shea-. Lleva una bolsita de cuero y dice que te pertenece. Me ofrecí a entregártela, pero me aseguró que sólo te la daría a ti. -De repente, Flick comprendió-. Debe de ser algo importante -continuó su padre-. Me dijo que se te cayó cuando volvías a casa. ¿Cómo ocurrió eso?

Curzad Ohmsford tuvo que esperar bastante rato hasta obtener la respuesta. Sus hijos pasaron junto a él corriendo y atravesaron la puerta de la cocina, dirigiéndose hacia el vestíbulo de la posada.